

ENSAYO DE MEMORIA:
EL EMPOBRECIMIENTO Y LA RECUPERACIÓN
DEL ENSAYO EN EL CONTEXTO DE LA
REVOLUCIÓN CUBANA

A dissertation
presented to
the Faculty of the Graduate School
at the University of Missouri-Columbia

In Partial Fulfilment
of the Requirements for the Degree
Doctor of Philosophy

by
ALIOUSKA MOLINA PLACERES
Dr. Erick Blandon, Dissertation supervisor

MAY 2022

© Copyright by Aliuska Molina Placeres 2022
All Rights Reserved

The undersigned, appointed by the dean of the Graduate School, have examined the PhD dissertation entitled

ENSAYO DE MEMORIA:
EL EMPOBRECIMIENTO Y LA RECUPERACIÓN
DEL ENSAYO EN EL CONTEXTO DE LA
REVOLUCIÓN CUBANA

presented by Aliuska Molina Placeres,
a candidate for the degree of Doctor of Philosophy,
and hereby certify that, in their opinion, it is worthy of acceptance.

Professor Erick Blandón

Professor Charles Presberg

Professor Michael Ugarte

Professor Gustavo Carlo

ACKNOWLEDGEMENTS

Mi agradecimiento al ya inexistente Departamento de Lenguas Romances y a la Escuela de Lenguas, Literatura y Cultura de la Universidad de Missouri que vino a reemplazarlo, por haberme dado la oportunidad de continuar y terminar mis estudios de doctorado.

Una gratitud muy especial al Dr. Michael Ugarte por su interés en los acontecimientos de Cuba, fueran estos anteriores o posteriores a 1959. Su disposición a indagar en zonas poco conocidas y no siempre satisfactorias de la Revolución de 1959, me ha servido de estímulo y, a la vez, me ha hecho poner a prueba la solidez de mis argumentos.

A los miembros del comité, a su supervisor Erick Blandón, y a los doctores Charles Presberg y Gustavo Carlo, mi gratitud por participar en el desarrollo de la disertación a pesar de sus otros compromisos.

TABLE OF CONTENTS

ACKNOWLEDGEMENTS.....	ii
ABSTRACT.....	v
PREFACIO.....	1
INTRODUCCIÓN. El ensayo, ¿un cajón de sastre?	
I. Dos tipos de ensayo, dos tipos de antologías.....	9
II. Ciertas cuestiones incluíbles	18
III. El ensayo en los umbrales del estado moderno.....	30
IV. Montaigne, <i>madre</i> del ensayo.....	64
V. El dedo meñique bajo la lupa.....	79
VI. La euforia científico teórica y sus problemas.....	119
PRIMERA PARTE. Un género en crisis y un reformismo a ciegas	
I. El tiempo de los desencantados.....	144
II. Una antología del ensayo en cuarenta años.....	157
III. Pensamiento contra pensamiento.....	167
IV. El ensayo en Cuba, un género sujeto a purgas.....	196
V. El diversionismo ideológico, una nueva lectura.....	222
VI. El hinchado barril de los setenta y el terror ancla.....	256
SEGUNDA PARTE. En un siglo de revoluciones	
I. Un técnico de la violencia.....	271
II. Revoluciones opresivas.....	283
III. Gobernante y pueblo: una pareja monstruosa.....	292
IV. Un erudito de la violencia.....	300
V. La realidad, cuando «infinito es el más pequeño trozo del mundo».....	310
VI. Un Estado verde olivo.....	340
VII. La radicalidad que cavila.....	361
VIII. La joya y el arma. A manera de conclusión.....	374
APPENDIX	
WORKS CITED.....	408

VITA.....416

ABSTRACT

ENSAYO DE MEMORIA:

EL EMPROBRECIMIENTO Y LA RECUPERACIÓN DEL ENSAYO EN EL CONTEXTO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

by

Aliuska Molina Placeres

En esta disertación hacemos un estudio amplio de las condiciones políticas e ideológicas que dieron lugar al empobrecimiento del ensayo en los tiempos de la Revolución cubana de 1959, y de las primeras señas de recuperación que da la disciplina hacia finales de los años ochenta e inicio de los noventa. Exploramos las razones ideológicas pero también políticas que dieron lugar a ese empobrecimiento y recobro.

Nuestra pesquisa avanza paralelamente en la historia del ensayo latinoamericano y en la de la Revolución cubana: la estirpe americanista del género y el humanismo presumible en todo proceso revolucionario de aceptación popular, crearon una coyuntura que fue aprovechada para pautar formas y contenidos a la producción del género en las nuevas condiciones del país. Una gran cantidad de autores quedaron eclipsados o silenciados, mientras otros -en gran medida por lo aprovechable o lo inocuo del contenido político de sus obras, recibían el espaldarazo del sistema cultural en conformación.

Nuestro estudio es también, entonces, un análisis de la Revolución cubana en su doble faz de proceso liberador y opresivo. Para este análisis encontramos un gran respaldo en los trabajos del historiador Hugh Thomas y en teóricos de los sistemas de poder y de las revoluciones como Hannah Arendt y Michael Foucault.

Prefacio

Esta disertación trata del daño que sufrió el ensayo cubano en el ambiente cultural de la Revolución de 1959 y de las primeras señas de recobro que da el género a mediados de la década de los ochenta. Ya ha dejado de ser un secreto o un descubrimiento el impacto no siempre favorable que tuvo en las artes y la literatura la llegada al gobierno de los rebeldes. El ensayo no fue una excepción pero su declive a menudo quedó enmascarado en las transformaciones que tuvo el género fuera de Cuba, a lo largo del siglo XX, y que en muchas ocasiones también han sido entendidas como un signo de decadencia o del fin de la modalidad tal y como solía practicarse.

Frente al deterioro del ensayo cubano he notado, fundamentalmente, tres posturas: se le ve como algo demasiado propio de la circunstancia del país; se le ve como algo demasiado general y vinculado al trayecto de esta forma de escritura en Hispanoamérica; no se le ve en absoluto. Ni únicamente propio de lo ocurrido en la isla, ni conforme sólo a un fenómeno general, el empobrecimiento del ensayo cubano respondió a circunstancias y prácticas represivas muy específicas, pero éstas encontraron su respaldo en ciertas concepciones que se tenían del género desde los primeros estudios que se le dedicaran tiempo antes de la Revolución. El valor americanista de esta literatura, noción ampliamente desarrollada por el cubano Medardo Vitier en su precursor libro *Del ensayo americano*, 1945, y donde se refiere a autores de todo el continente, se hará básico en muchos de los exámenes que le sigan, mientras en la Cuba revolucionaria proveerá los argumentos que guíen la decantación de autores, el reconocimiento de las nuevas obras y

el trabajo con el canon. Podemos afirmar, entonces, que unas ideas amplias sobre el ensayo en Hispanoamérica se acoplaron a prácticas opresivas particulares, y también diríamos que ocurrió lo opuesto: la Revolución y su sistema cultural ayudó al renacimiento de las discusiones sobre el compromiso del intelectual, lo que tuvo impacto fuera de la isla y en el género y sus estudios.

En nuestra disertación hemos intentado sondear ese flujo de ideas y valoraciones aunque con una mirada más atenta a los cauces que van a dar en la Cuba de 1959. Ese examen nos ha permitido hacer más visibles aquellos elementos ideológicos que le dieron al género el aspecto agrietado y, más, fracturado en dos grandes campos que hoy tiene. Muchas estimaciones actuales del género todavía se embrollan de buena gana en la cuestión sobre qué debe ser llamado ensayo y qué no debe serlo. Esas lides suelen preciarse de su estirpe y motivaciones literarias y pasar por alto o despreciar todo lo concerniente a lo político. Seguramente no le faltan razones, aunque quizás, en cierta dimensión, ni las conozcan. Para nosotros, sin embargo, qué obras catalogar o no catalogar como ensayo, y a qué preceptiva acogernos para restablecer el canon, es asunto que tiene, al menos por ahora, mucho de irrelevante o de engañoso. Desde luego, no porque no creamos en la existencia de la buena literatura y en los muchos avances de otra que no lo es. Ni porque no nos interese el replanteamiento de cuestiones tales como el estilo, el gusto, el talento, el cultivo del lenguaje, de las ideas, y de las relaciones con la tradición. Lo que sucede es que hemos presenciado por demasiado tiempo esas controversias y otras similares, y hemos visto sus grandes denuedos y, asimismo, su tremenda infructuosidad. Como se sabe, el siglo XX fue la arena de un combate sobresaliente e inagotable entre la realidad y el arte, del cual la sospechada crisis del

ensayo a menudo sólo resulta un eco. Así, en lugar de retomar esa polémica y ponernos también nosotros a intentar una demostración sobre los grandes atributos de ensayistas de unos autores eliminados o eclipsados por el auge de otras producciones, decidimos remontarla, recorrer esa fractura del género que comienza por señalar la existencia de un ensayo literario, esteticista y divagador, y otro que está comprometido con la sociedad y al que se le reconoce una significación obviamente más grave y relevante. Más que hacernos parte de esta pelea y otras en torno a los tipos de ensayos y sus respectivas características y valías, decidimos concentrarnos en apreciar la manera en que se elabora la fractura misma y se plantean esos antagonismos y, sobre todo, hacer ver las opresiones a que pueden dar lugar cuando el ambiente lo favorece. Mi acometida, entonces, ha sido amplia y se ha movido entre el registro de prácticas opresivas concretas y otras que corresponden más al plano de la subjetividad y entre las cuales la idea misma de la revolución debe contarse. No hay que perder de vista que al estudiar fenómenos de la cultura cubana en el periodo revolucionario estamos tratando con una circunstancia que hoy tiene más de sesenta años; nuestro propósito ha sido poner a la luz no sólo el impacto masivo que significó la Revolución de 1959, sino también aquellos efectos del poder que se han producido a largo plazo, a través de la formación, las expectativas puestas en el individuo, los mecanismos de control del pensamiento y la opinión política.

El capítulo introductorio, dedicado en su totalidad al ensayo y sus estudios, “El ensayo, ¿un cajón de sastre?”, me permitió examinar los inicios algo voluntaristas de unas nociones sobre el género en Latinoamérica que andando el tiempo ganarían firmeza y se convertirán en criterios para el aprecio de las obras; sirvió también para seguir de cerca

los vínculos entre los anhelos de la crítica y los acontecimientos sociopolíticos del momento; y, finalmente, para denotar las caminos principales que el género recorrió durante el siglo pasado, y la ocurrencia en Cuba (y, entonces también, el enmascaramiento) de fenómenos de la cultura occidental contemporánea como, por ejemplo, la crisis del lenguaje y las ambiciones científico-teóricas de que se impregna mucha literatura. En el subcapítulo “El ensayo en los umbrales del estado moderno” repasamos las resonancias que el mundo político de los siglos XVI y XVII tuvo en el naciente ensayo europeo, un aspecto que cierta crítica hispanoamericana de relevancia soslayó o rehuyó, siempre sin dejar de advertir sobre la existencia de un ensayo de raigambre combatiente en este lado del mundo. En este subcapítulo también encontramos ocasión para acercarnos a las transformaciones de esa figura tan fundamental del poder en las sociedades contemporáneas que es el estado.

En las páginas tituladas “Primera parte. Un género en crisis y un reformismo a ciegas” entramos plenamente en Cuba. Recorreremos la década de los ochenta y los noventa, tiempo de la desintegración del campo socialista y en que los primeros nacidos después de la Revolución están comenzando su vida de adultos. Se trata de un periodo crucial que se saldó con la supervivencia del gobierno y que hoy debe entenderse como un antes y un después, una de las grandes fracturas en esa historia revolucionaria que las autoridades siguen deseando lo más compacta y duradera posible. En esas páginas hablamos de los jóvenes escritores de la generación de los ochenta, de sus ilusiones, sus pedidos de reformas, sus batallas rápidamente sofocadas, de su diáspora gestionada por un gobierno que hasta ese momento los había mantenido en el cautiverio de la isla, y de los éxodos masivos por mar a los que se aventura la población. En el subcapítulo “Una antología del

ensayo en cuarenta años” estudiamos la primera publicación dedicada al género después del triunfo de 1959: *Antología del ensayo cubano del siglo XX*, 2002, un libro esperado y, a su vez, testimonio del deterioro que había sufrido el género y de las ansiedades por sacarlo de esa situación.

En los capítulos restantes de esta primera parte comenzamos una mirada en retrospectiva, nos dirigimos a las primeras décadas del proyecto revolucionario, pues es allí donde toma sistematicidad la llamada *Política cultural de la Revolución* que todavía hoy, de un modo u otro, padecen los intelectuales y artistas del país. “El ensayo, un género sujeto a purgas” muestra los argumentos de funcionarios e intelectuales reconocidos y favorables al poder sobre la necesidad de un nuevo ensayo ajustado al marxismo y su visión científica del mundo. “Pensamiento contra pensamiento” está dedicado a la revista *Pensamiento crítico*, una publicación de los años sesenta que, creada por el propio Fidel Castro (1926-2016), tuvo muchas funciones: ayudó a la difusión del marxismo en sus glosas más heterodoxas y ajustadas a los planes de continuidad de la lucha guerrillera cubana en América Latina; vinculó a la intelectualidad de la isla con la izquierda internacional; y abrió un nuevo espacio para el desarrollo de las ciencias políticas y sociales; sin embargo, su papel más importante y también más oculto, fue servir de crítica a los viejos comunistas de los tiempos de la República y así matizar las relaciones con aquel partido del cual Fidel Castro se había mostrado tan desvinculado a inicios del proceso pero que terminaría necesitando y usando tanto. Como se ve entonces, desde muy temprano la intelectualidad quedó enredada en unas pugnas de poder de las cuales siempre salió sin verdaderos beneficios y, más que ello, vista como traidora y castigada. Una vez neutralizados los adversarios políticos y los rivales más prominentes

en la pelea por el ejercicio del poder, el gobierno puso todo su interés en el control en la población y ese desplazamiento es lo que nos ocupa en el subcapítulo “El diversionismo ideológico, una nueva lectura”. En esas páginas tratamos de sacar a la luz al empalme de ese llamado a la purificación social con prácticas internas del partido comunista, y los empeños de hacer ver ambos mecanismos de vigilancia y saneamiento como una respuesta a los influjos malignos del pasado y del extranjero, es decir, del periodo de la República y de los Estados Unidos: entre los elementos proclives al mal estaban en primer término los escritores de origen burgués (veremos el expediente de *diversionista ideológico* que la Seguridad del Estado de Cuba, bajo la tutela de los Servicios de inteligencia de la Stasi, le abrió al escritor José Lezama Lima), los intelectuales críticos del marxismo dogmático, los religiosos, los jóvenes aficionados a las modas y la música extranjeras, y también, por supuesto, los homosexuales.

Las páginas tituladas “Segunda Parte. En un siglo de revoluciones” surgió de la necesidad de pensar y hacer ver la Revolución cubana como un fenómeno de doble faz: por un lado, su proyección de fuerza emancipatoria y redentora dirigida contra la dictadura de Fulgencio Batista (1901-1973), las desigualdades rampantes, la corrupción y las relaciones de dependencia con los Estados Unidos; y por el otro, su naturaleza de poder institucionalizado, con todo lo que ello entraña: desde las pugnas por hacerse con el mando absoluto y el dominio total del país, hasta la unificación de todas las entidades nacionales en torno a un estado socialista productor no sólo de bienes sino también de control social y político. Esta dualidad donde una serie de elementos subjetivos sustanciales para la literatura de pensamiento se articulan con prácticas de dominación muy concretas, es de gran importancia y no es difícil percibir que muchos juicios sobre la

Revolución cubana han dependido de cuánto se ha privilegiado uno o el otro. A nosotros, sin embargo, nos pareció más provechoso hacer ver cómo esos dos aspectos de la Revolución se interrelacionan y se demandan y sirven mutuamente. Páginas de particular importancia en este sentido son las que dedicamos al ensayo *Calibán* (1971) de Roberto Fernández Retamar.

Para el manejo de contenidos históricos sobre las revoluciones modernas y su confluencia en un siglo XX de autoridades desaforadas, nos fueron de gran ayuda los estudios de Hannah Arendt sobre la violencia y la revolución, y los de Michael Foucault sobre el lenguaje y el poder. Sus metodologías y puntos de vista diversos y, en ocasiones opuestos, no hicieron más que enriquecer y dar amplitud de miras a nuestro análisis. El valor de la ciencia, de la verdad y de la historia en la cultura política y la dinámica de las sociedades contemporáneas son tópicos recurrentes en los estudios de Foucault a los que nuestra disertación debe mucho.

En el subcapítulo de esta segunda parte, páginas finales de la tesis que llevan por título “La joya y el arma”, regresamos al que fuera el tiempo inicial de nuestro estudio sobre la Revolución cubana: ese periodo de cambio de una Cuba al resguardo de la URSS y el campo socialista de Europa del Este, a la Cuba paria y depauperada de los años noventa y el nuevo milenio. Es al final de esos ochenta caracterizados por una voluntad reformativa siempre sofocada o castigada por las autoridades, y durante los noventa del país hambreado y sacudido por el desengaño, la desilusión, y olas migratorias que todavía no han concluido, que comienza el renacimiento del ensayo cubano. Corresponde a la primera generación de los nacidos después de 1959, a sus escritores, pero también a sus artistas plásticos, sus filósofos e historiadores, el haber inquietado, ya que no

transformado, los ambientes culturales de los ochenta y los noventa, y antes de abandonar la isla -pues se trata de una generación que terminará casi toda en el exilio-, el haber revitalizado las artes y haber comenzado a interrogarse públicamente sobre la actualidad, el futuro, y sobre lo que había sido el pasado reciente de Cuba. En ese ambiente aparecen los singulares y relevantes ensayos de Antonio José Ponte, un conjunto de trabajos que comienza a tomar forma a finales de los ochenta e inicios de los noventa -alrededor de los 25 años del autor-, casi siempre para ser leídos en coloquios, aunque publicados después en revistas, y que en su mayoría terminaban siendo una reflexión sobre el acto mismo de escribir. Esa recurrencia temática no fue, por supuesto, algo casual y andando el tiempo cobró una densidad insoportable para las autoridades: el trato que José Lezama Lima, Virgilio Piñera y los poetas del grupo Orígenes tuvieron que soportar después de 1959; la tiesura en que quedó envuelto el legado literario e independentista de José Martí, o la vida en el exilio de Lorenzo García Vega, son algunas de las cuestiones que terminarían por hacer de los ensayos de Ponte una literatura impublicable en Cuba. En nuestra disertación analizamos cómo este autor pasó de ser una de las figuras más relevantes de su generación y uno de los más publicados en las revistas nacionales, a la condición de censurado, expulsado desde 2003 de la Unión Nacional de Artistas y Escritores de Cuba y, desde 2007, de escritor en el exilio. El ensayo cubano, sin embargo, había vuelto a sus días de mejor salud, y aunque los daños han sido profundos y las secuelas muy persistentes, esta vez sería más difícil desahuciarlo.

Introducción

I. Dos tipos de ensayos, dos tipos de antologías

¿Vale la pena insistir en la discusión sobre el ensayo, y qué obras pertenecen al género o lo representan mejor? A juzgar por la antología del ensayo hispanoamericano del siglo XX, *El estilo es la idea*, una compilación crítica de 2008 a cargo de Alberto Paredes, diríamos que sí. A juzgar por la *Historia de la literatura hispanoamericana I: Del Descubrimiento al Modernismo* que Gredos publica en 2010, con Roberto González Echevarría y Enrique Pupo Walker como editores, diríamos que no. Quien llegue a este libro -en realidad una traducción actualizada y aumentada de *The Cambridge History of Latin American Literature*, de 1996- en busca de la historia del ensayo hispanoamericano del siglo XIX que los capítulos 16 y 17 prometen, encontrará que hay allí muy poco, prácticamente nada, sobre el género, especialmente en el primero de esos capítulos, “El ensayo en la Suramérica española: de 1800 hasta el modernismo”, donde el autor, Nicolás Shumway, despacha el asunto de inmediato:

De todas las formas literarias el ensayo es la menos definida y puede incluir textos tan diversos como cartas, biografías, discursos, artículos de periódicos, decretos políticos y tratados filosóficos. Este capítulo no pretende definir el ensayo como una forma literaria, pero los textos de los que va a hablar reflejan las muchas formas que puede tomar un ensayo. (564)

Este párrafo desahogado aunque confuso, con una cabriola que hurta el sentido y no permite saber si el ensayo es una pieza que admite la inclusión de otros géneros o si los materiales de otros géneros son los que aportan lo ensayístico, es un reflejo de las irresoluciones y prejuicios con que el tema se ha venido abordando. En los breves párrafos de Shumway, a su desentendimiento del «ensayo como una forma literaria»,

sigue el disgusto ante los estudios de los letrados hispanoamericanos a través de las corrientes intelectuales europea: «Resulta que descubrir cómo penetró el pensamiento europeo en Hispanoamérica es un problema complejo y de resolución casi imposible» (563), son las palabras de Shumway, desconcertantes si se tiene en cuenta su propio trabajo y muchos otros de aquellos años, tan ambiciosos en los exámenes reconstructivos del periodo colonial. ¿Acaso fueron vanas las pesquisas de Octavio Paz (1914-1998) en las *Trampas de la fe* sobre los libros que circulaban en Nueva España y que pudieron llegar a las manos de Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695)? Repasar los lomos de la biblioteca que aparece tras la monja en sus dos conocidos retratos, ¿fue sólo una petulancia novelesca? Allí dio con el nombre «a la latina» de Atanasio Kircher (1601-1680), y ese hecho le sirvió de reválida tanto como si aquella biblioteca se hubiese conservado, pues toda reconstrucción implica un acto de fe, un deseo de acercarse más que de dominar, y cierto grado de conformismo al que la imaginación y las buenas deducciones prestan auxilio, pues más que de veracidades, se trata de tanteos, avisos, fragmentos nunca perfectamente acoplados pero que nos dejan entrever la escena. Para Paz, en la obra de Kircher podía hallarse la confluencia de tres corrientes opuestas: el catolicismo sincretista de la Compañía de Jesús; el hermetismo neoplatónico egipcio heredado del renacimiento, y las novedades en el campo de la física y la astronomía, «...ofrecía a sus lectores, más que una síntesis de elementos contradictorios, una superposición de hechos, elementos y fantasías» (238). Por esos enrevesados caminos va encontrando Paz la materia de unas influencias que a la postre darían tantas señas de originalidad y desasosiegos creativos en las páginas de Sor Juana. «Por Kircher -dice Paz a propósito del hermetismo neoplatónico-, sor Juana se enlaza a una tradición que no ha

cesado de inspirar a los poetas de nuestra civilización, desde el renacimiento hasta la época contemporánea», le parecía extraordinario que una de las ramificaciones de ese hermetismo, con su deseo de experimentación, con sus destellos mágicos, su alquimia, se encontrara en el México de fines del siglo XVII y que se hubiese manifestado en la riqueza intelectual y la complejidad reflexiva de un poema como “Primero sueño” (1692); y si Menéndez Pelayo había dicho que el “Neptuno alegórico” (1680) «era un curioso documento para la historia de las costumbres coloniales»; Paz lo propone como «un documento para la historia de las ideas en el mundo hispánico» (240).

Las ideas, que informan la poesía, y la poesía que informa las ideas... Nos hemos permitido esta digresión más que como una riposta al criterio de Shumway frente al ensayo, como una manera de resaltar el espeso sedimento de la cultura latinoamericana, tan plenamente explorado en el libro de Paz: el islamismo que impregna a las nacientes Españas y Portugal del XVI y el temple musulmán, y no sólo cristiano, que tuvo la evangelización por el dominio y por las armas (46); la influencia a través del heredero de los Reyes católicos, Carlos V, del Estado borgoñón en la cultura española: administración y gobierno, economía del arte y de la fiesta, («Lo que se ha llamado con cierta superficialidad el barroquismo de los pueblos hispánicos -nuestra propensión al concepto, la antítesis, la máscara y el claroscuro- no es quizás sino una expresión de la subterránea pero viva corriente borgoñona» (200)); la pluralidad de la España de Carlos V empalmada con la indígena precolombina, toda una civilización de muchas lenguas y pueblos (51, 202); la orfandad espiritual tras la conquista y el regreso, a través del sincretismo, «al antiguo mundo de lo sagrado» (51)... Pero aquí lo dejamos, esta enumeración que podría ser mucho más larga y que en tantas cuestiones concierne a toda

la América española, será suficiente para resaltar el complejo medio del que sale la llamada literatura latinoamericana, cuestión bastante ineludible a la hora de acercarse a la historia de un género que, de cualquier modo, tampoco pretendemos hacer aquí.

Aunque parece más difícil sostener una idea de pureza o retraimiento que recorrer los contaminaciones culturales de las colonias, Shumway encuentra un terreno firme -y un vínculo mejor entre los pensadores que ha elegido-, en las guerras de independencia contra España y en los conflictos de las élites locales durante los procesos de fundación de las nuevas naciones. Lo que sigue, entonces, no un repaso del género ensayo, sino una historia del independentismo suramericano a través de los documentos más diversos. Tan alejado queda ese estudio de lo anunciado en su título, que en los párrafos sobre Mariano Moreno (1778-1811) el autor no descarta revisar unas páginas encontradas en el Archivo General de las Indias de Sevilla adjudicadas al abogado y político porteño. En lugar de una obra reconocida, Shumway da sitio al debate sobre la posible autoría de un texto, al “documento misterioso” y polémico por lo tiránico e irritante de su contenido (582).

Obviamente, el *Plan de las operaciones que el gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata debe poner en práctica para consolidar la grande obra de nuestra libertad e independencia*, que es el título del hallazgo, es cuestión de interés histórico y como tal se le destaca. Palabra y estrategia política van a la par y esa resulta ser la pauta de todo su repaso. En realidad, en estas páginas sobre Mariano Moreno, así como en las que dedica a José Gervasio Artigas (1764-1850), a Juan Bautista Alberdi (1810- 1884) o a Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), Shumway no hace más que refundir capítulos de su libro de 1993, por otra parte, excelente, *La invención de Argentina: historia de una idea*. Terminamos de leer sus páginas sin enterarnos si fue ese

libro suyo lo que condicionó su acercamiento al ensayo o si en verdad era lo único viable para quien describe el género en XIX hispanoamericano como el producto de un tiempo de grandes agitaciones en el que «sólo unos pocos escritores disfrutaron del lujo de la especulación abstracta, o de la literatura puramente imaginativa » (Shumway 564).

Algo más útil resulta el capítulo 17, «El ensayo en México, Centroamérica y el Caribe en el siglo XIX», a cargo de Martín S. Stabb, pues aunque tampoco hay allí una historia o un examen del género, encontraremos líneas sobre las ideas y los movimientos artísticos del periodo -Neoclasicismo, Romanticismo, Positivismo, Modernismo- y observaciones frecuentes sobre el estilo de los autores y su nunca olvidada condición de polígrafos. Se nos informa sobre la literatura y la historia decimonónicas, pero no sobre las condiciones o dificultades para el desarrollo de ensayo. Oradores, cronistas, periodistas y pensadores sobresalientes del independentismo llenan esas páginas, e igualmente avanzamos entre temas y rasgos literarios generales. Quizá las notas sobre José Martí (1853-1895), la originalidad de su pensamiento político y de su prosa y poesía, sean los mejores momentos de este estudio, aunque en realidad son apuntes que se desplazan rápidamente a las comparaciones ideológicas: la defensa de las poblaciones indígenas y negras y la cultura autóctona que distinguiría a Martí de un autor anterior como Sarmiento, o de uno posterior y más próximo en estilo como el uruguayo José Enrique Rodó (1872-1917). Son comparaciones muy posibles, por supuesto. Ciertamente es que para Martí la pugna entre civilización y barbarie era una falacia, y que llamaba a empoderar a los humildes, pero las comparaciones ayudan poco si no se ha hecho un análisis del género en la extensión de una época y sus ideas. Por lo general los autores que se traen al cotejo quedan sustraídos de su tiempo y sin la perspectiva adecuada para

el juicio a que se les somete. Por ejemplo, el americanismo de Sarmiento puede decaer frente al pensamiento martiano pero suele ganar relieve cuando se le compara con el hispanismo de Andrés Bello (1781-1865)¹, y el *Ariel* de Rodó, aún con su claustro y su élite de letrados, significó una defensa de los pueblos de América Latina frente a los ánimos imperialistas de inicios del siglo XX. A pesar de lo útil que puedan ser las notas sobre la literatura de los autores mencionados en el capítulo -por ejemplo, los comentarios al estilo de Justo Sierra (1848-1912), la celebración de los textos breves de Enrique José Varona (1849-1933) o el aprecio a la crítica literaria de Eugenio María de Hostos (1839-1903) – se trata de un repaso donde el género es entendido como algo excepcional, lo impedido o postergado por la entrega de los hombres a las tareas revolucionarias y fundacionales de su tiempo. En este sentido dice Stabb:

[...] los ensayistas del siglo XIX de la Hispanoamérica septentrional se involucraron tan profundamente en los asuntos de sus nuevas naciones -o de las que serían nuevas naciones- que sus actividades literarias nos pueden parecer secundarias. Pero en algunos casos, por ejemplo Martí, o quizás Sierra, la calidad de sus escritos les habría otorgado un puesto entre los mayores ensayistas de Hispanoamérica sin tener en cuenta sus contribuciones en la esfera no literaria. (613)

Estos criterios que pueden excluir al ensayo literario de una historia de la literatura, o abordarlo en los términos informales o leves de la excepción, son menos inocuos de lo que parecen, y han tenido resortes y consecuencias de más alcance que lo que sugiere privilegiar la escritura de ideas. Podría decirse, incluso, que esos criterios forman parte de una cultura no tan extensa como tenaz en sus valoraciones ideológicas, la cultura del siglo XX que pone sus ojos en el XIX y deambula por aquel pasado como una recién llegada que descubriera y se dejara deslumbrar y contagiar de su gallardía. Sólo a la

¹ Para comparación así ver Reyes, *Un hijo*, 400.

enmarañada centuria que acaba de concluir, nefasta en muchos sentidos, se le dirige esta pregunta que tenemos en la nota liminar de la antología de Alberto Paredes:

¿Es en realidad tan extravagante pensar o conceder que las palabras y oraciones que forman un ensayo son algo más que materia neutra apenas capaz de comunicar ideas? ¿Es posible sostener que ensayistas como Rodó y Vaz Ferreira -e incluso Martínez Estrada o Mariátegui- se sostienen hoy día estrictamente por sus ideas?. (9)

El estilo es la idea, el título que en homenaje a la conocida frase de George Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), *Le style est l'homme même* (9), Paredes dio a su antología, no sólo quiere decirnos que hay autores en los que la idea y el trabajo con el lenguaje son inseparables, también busca la alquimia que junte para siempre esos dos elementos fundamentales del ensayo, –«con todos los tonos y temperaturas de las verdaderas parejas» (22). Su antología es un repaso de los presupuestos del género en vista a un rescate del ensayo que aspira a ser literatura y que ha sido escrito como literatura, una acometida afable pero que no escatima en nociones con frecuencia desestimadas o subvaloradas como el gusto, el gozo, el placer, la identidad del lector, el yo del ensayista, o los misterios del talento y del estilo. No descarta a autores que se volvieron relevantes en las batallas políticas de su tiempo, ¿cómo podría hacerlo si defiende, a través de Flaubert (1821-1880), una concepción anatómica del estilo, una ligadura de sangre y tejido entre lo que se piensa y su expresión? Dice Paredes:

Este es el tipo de libro, atento lector, que no puede concebir que un estudio estilístico o formal sea una manera de dar la espalda a las cuestiones debatidas y expuestas por el escritor (y que el estudioso pudiera extraviarse en gélidos castillos formales, insensible a los intensos asuntos y reclamos que palpitan en las palabras del escritor). ¡Todo lo contrario!, la convicción opuesta es quien anima este libro, su Musa: el estilo es el alma del texto escrito, sustento e identidad tanto de las ideas como de su expresión. La correspondencia de Flaubert, el hombre-pluma, puede seguir diciéndolo por mí, impecable y fogosamente: “¡El estilo es la vida!, ¡es la sangre misma del pensamiento! ...” . (10)

No prescinde del ensayo inmerso en las cuestiones públicas, busca entre aquéllos el que, además, es buena literatura, y en algún momento llegará a definir su trabajo como la persecución de una quimera: «el arte de la prosa de ideas» (14). Hay para Paredes tres tipos o recursos de persuasión en este género: el que se apoya en la lógica, el que acude a los recursos lúdicos, y el que se vale de los credos y posiciones partidistas (25). Los tres han sido muy usados por los escritores del continente, dice, con frecuencia en un mismo texto. Ignorar la última de esas vías, propia del escritor militante, sólo podría hacerse inadvertiendo una enorme porción de la producción ensayística del siglo XIX hispanoamericano y también del siglo XX, que es, como ya se apuntó, el periodo de su antología. Pero para Paredes el proselitista hispanoamericano escritor de ensayos es muchas veces un gran creador, y bien lo muestran aquellos recursos sagaces que han hecho o harían perdurar una obra más allá de su puntualidad política (42). Así, por ejemplo, no elige para la muestra al José Carlos Mariátegui (1895-1930) de *Siete ensayos de la realidad peruana*, pues aunque de prosa pulcra no le parece «un libro memorable por el vuelo de la pluma» (166), prefiere «Últimas aventuras de la vida de don Ramón del Valle Inclán», páginas donde el luchador y el artista coexisten (166).

La *Historia de la literatura hispanoamericana* que hemos referido -donde sencillamente no se trata del ensayo literario- y la antología *El estilo es la idea* -donde sencillamente se trata del ensayo literario- son sólo muestras de una tirantez en torno al género que ya dura bastante. Dura tanto que se puede decidir ignorársele, aunque en verdad nunca se le ignore. En nuestro trabajo esa tirantez no será ni esquivada ni central, será abordada desde otros ángulos: aquéllos que nos lleven a verla por los entresijos de su artificialidad, sus énfasis, sus provechos, sus enmascarados motivos. Éste, entonces, no es

un estudio sobre el ensayo en general, ni es tampoco sobre alguno de esos dos territorios principales en que se ha ido separando el género, es sobre la fractura que parece recorrerlo y de la cual nos hemos preguntado de dónde viene, cuán natural es, dónde replica, qué significan esas réplicas.

II. Ciertas cuestiones ineludibles

Cuando leemos antologías y estudios como el de Paredes, donde se busca hacer razonables las virtudes mismas de la creación y la imaginación, y la belleza es invocada como un estandarte frente a la náusea de las «dicotomías escurridizas, exasperantes y sin embargo ineludibles» (24); y cuando vemos una y otra vez esas explicaciones sobre el porqué del ensayo de su elección -«cuestiones que me importan en un estado de la lengua que admiro» (23), «pensar desde la armonía de las palabras» (23), «inteligencia en el orden posible de la belleza» (24)-, frases ecuánimes y que, a su vez, haciendo una demostración de equilibrio, buscan avanzar sobre la grieta: encontrar donde poner el pie, ir por aquellos cantos atascados en el vacío como por un puente breve..., cuando vemos esa clase de análisis, decíamos, tenemos la impresión de una ansiedad y una impotencia que permanecen a pesar del cabal desarrollo del estudio. Y es que en estos acercamientos algo suele quedar inexplorado: aquellas cuestiones por las que se hizo posible prestigiar una literatura y desvalorizar la otra. Podemos seguir invocando la Belleza de la creación literaria -siempre habrá para quien esa invocación sea más que suficiente- pero ahíto de apelaciones y a la altura de los confusos y ásperos tiempos que corren, ¿no valdría insistir un poco en preguntarnos qué la expulsó? ¿Qué habrá significado y significará todavía ese exilio? La historia de decadencia de un género literario puede y, acaso, incluso, debe hacerse en primer lugar desde la literatura, pero, su declinación, ¿fue sólo literaria? Mucho de lo que resulta inalcanzable con razones, y mucho de lo inexplorado en los estudios que se plantean una defensa y reparación del ensayo literario está en los territorios de las ideologías y la política. Es algo que intuimos o sabemos, pero las

ideologías y la política ya parecen estar en todas partes, de la misma manera que todo parece estar en ellas, han impregnado las estimaciones más más inocuas, han envejecido y rejuvenecido al paso de los tiempos, se han asentado, se han adormecido, han tomado la forma de otros lenguajes y son tan difíciles de rastrear y de llevar a unos comienzos que por lo general nos conformamos con un paseo por esas orillas y unas insinuaciones que permitan dejar ver que seguimos al tanto pero que, también, seguimos de largo. Ahora bien, hay circunstancias que merecen se insista en una exploración de este tipo. Es el caso de insurgencia cubana de 1959, redefinida en 1961 como Revolución socialista: su sistema cultural fue un campo muy propicio para el avance de eso que hemos referido como la falla o fractura del ensayo.

Podemos afirmar que instaurado el sistema cultural revolucionario comienza una exclusión y decadencia del género que, en sus formas más visibles, durará varios lustros. Y decimos en sus formas más visibles, pues los daños de un sistema político al pensamiento, al lenguaje, a los modos de manejar la tradición o de hacer frente a sus vacíos, y de lidiar con la censura y la ideología, son secuelas muy persistentes pero no muy fáciles de medir ni aprehender. Ahora bien, el empobrecimiento del ensayo cubano después de 1959 no fue un hecho azaroso ni descuidado, ni fue sólo un efecto de circunstancias hostiles; como veremos en esta disertación, se trata de algo que con cierta prontitud gana institucionalidad y métodos. Ese declive se da en un medio en se profetiza el advenimiento de una nueva escritura; se reformula el canon del género; se avala a unos autores y se desacredita, silencia o elimina a otros; se ancla el género a la historia política de la nación; se recurre al dato erudito sólo cuando es de provecho; se aúpan lo que se considera sensibilidades cercanas a lo real; se pide -a través del marxismo- una visión

científica del mundo. Y a todo esto habría que añadir las enormes distancias que se abren cada día entre el ayer de la República y el hoy de la Revolución, el pasado se hace más remoto pero también más breve, los relatos que importan son los que puedan formar parte de un único relato, el de la larga gesta emancipadora cubana y el triunfo de los rebeldes. El historiador inglés Hugh Thomas (1931-1917), que apreció muy bien esas continuidades del pensamiento revolucionario y las reflejó, aunque con un sentido más positivo, en el título de su extensa historia, *Cuba. La lucha por la libertad* (1762- 1970) (1974), hacía esta descripción a la altura de la primera década del nuevo gobierno:

El conjunto de proyectos propagandísticos de la Revolución es, en realidad, un buen ejemplo del mito de Sorel [Georges Sorel. *Reflexión on violence*] en acción –«un complejo de objetivos remotos, actitudes morales tensas y esperanzas de éxito apocalíptico», sostenido por el recuerdo de pasadas escaramuzas convertidas en epopeya de un modo extravagante, y por las concentraciones masivas que se celebran regularmente los días de fiesta nacional [...] (1865).

O también:

Se habla mucho de los años de lucha revolucionaria contra Batista, y el cubano medio que se ha quedado en la isla ahora debe tener una opinión muy curiosa sobre los viejos tiempos, sea cual sea su actitud respecto a la Revolución. [...] (1864).

Si en apenas diez años y frente a los ojos de los que acababan de vivirlo ocurrían tales distorsiones del pasado, ¿qué no sería para los que nacieron después?, pregunta que nos hacemos porque en ella está implícita el tiempo desde el cual hablamos en este estudio: el de la Revolución a largo plazo, en sus efectos. Si volvemos a los inicios del gobierno revolucionario o salimos de su tiempo, hacia un pasado todavía más remoto o hacia el futuro -el tiempo que más ha codiciado el régimen y el que le ha sido más desconocido-, lo hacemos siempre desde aquel momento y para volver a aquel momento en que los primeros hijos de la Revolución comienzan a tener vida de adultos. Ese tiempo corresponde a la década de los años ochenta, y los jóvenes artistas y escritores llegan a un

medio cultural seriamente impactado por las políticas represivas de los años setenta, empobrecido en ideas, en lenguaje, sin contacto con el extranjero y acosado por la ideología revolucionaria y el dogmatismo filosófico pero, también, urgido de una imagen más indulgente y hasta reformativa. Para entonces ya habían ocurrido y seguían siendo muy habituales los debates sobre la libertad de creación y las funciones del arte y del artista en una sociedad como la cubana; discusiones inagotables pero estériles, ya que en una revolución en las vecindades de los Estados Unidos -y este era y sigue siendo el argumento más socorrido por las autoridades- el artista tenía que saber pensar y repensar sus reclamos. Así, aquellos jóvenes llegaban a un medio gustoso de polémica pero, también, repleto de imperativos ideológicos y con una historia de intimidaciones y castigos -desde las advertencias del *máximo jefe* hasta los reformatorios, las expulsiones laborales, los juicios y condenas en prisión- que poco a poco irían descubriendo, arrancándole al silencio, hasta que fueran ellos las nuevas víctimas². Si, como veremos, las primeras dos décadas de la Revolución fueron las de las pugnas de poder, la radicalización de las políticas y la alianza con la URSS, los descalabros económicos y los intentos de controlar y disciplinar a los individuos, los ochenta, que abren con el gran

² Pienso en los integrantes de los tanteos reformativos de finales de los ochenta *Paideia* y *Tercera opción*. *Paideia*, un «proyecto de actuación práctico-crítica en el campo de la cultura» como lo definen sus creadores en la carta enviada por ellos a Abel Prieto, Presidente de la Unión Nacional de Artistas y Escritores de Cuba (UNEAC), surge en febrero de 1989 con la intención de revitalizar la cultura y hacer más ricos, abiertos y realistas sus debates y la actividad artística. El proyecto fundado por Rolando Prats Páez y la conocida poeta Reina María Rodríguez esperaba desarrollar cursos de filosofía, talleres, exposiciones, conferencias, y poseer su propia publicación y sala de proyecciones, pero fue prontamente censurado, dejó de existir en enero de 1992. Ver Prats. “*Paideia*”. *Rialta Magazin*.

Tercera opción puede entenderse como una secuela de la censura al Proyecto *Paideia*. Fue un movimiento creado por César Mora Adam, Rolando Prats Páez, Omar Pérez y Jorge Crespo. Se describía como Movimiento Independiente de Opinión y fue abiertamente opuesto a la política cultural y represiva del gobierno y que sus integrantes, finalmente, también sufrieron. Los documentos se encuentran adjuntos al dossier de *Paideia*, y unas excelentes memorias del movimiento (incluidos muchos detalles de los castigos a sus miembros: reclusión psiquiátrica, correccional y exilio) pueden leerse en Novo, “César”, *El estornudo*.

éxodo del Mariel³, van a convertirse en los años de cierto bienestar económico y ambiente de apertura. Ninguna de los dos bonanzas, ni la económica ni la civil, duraría mucho, pero por un tiempo el país ganó un aspecto de normalidad y calma, aunque ello también significó una entrega mayor a su destino soviético, los signos materiales e ideológicos de los países socialistas de Europa del Este alcanzaron plenitud en los ochenta y se hicieron una cultura familiar a los niños y adolescentes de entonces⁴.

Poco exagero si afirmo que el pasado de Cuba había dejado de existir, y claro que no sólo por esa impaciencia lastimosa y esquiva con que se pasa la vista por los muebles viejos de los abuelos. El pasado era siempre unas gestas y unos héroes. Era también la pseudorepública, la época de los gobiernos corruptos, de la sociedad dividida en ricos y pobres, de la sacarocracia y los campesinos indigentes del tiempo muerto; del gobierno criminal de Machado, de la tiranía de Batista; del hampa y los casinos; de la burguesía siempre próspera y de los obreros siempre en huelga; de la americanización de la cultura

³ El éxodo del Mariel ocurrió entre el 15 de abril y el 31 de octubre de 1980. Comenzó con un asalto a la embajada del Perú en La Habana y la petición de asilo de un grupo de personas al que se unieron muchos otros cuando el gobierno, incapaz de controlar la situación, invitó a abandonar el país a todos los que lo deseara. Llegaron flotillas privadas desde la Florida y para finales de octubre unas 120 000 personas habían abandonado la isla. Se ha dicho que el éxodo se debió, sobre todo, a la crisis económica de Cuba en los setenta. Fue un factor, sin dudas, pero al que habría que añadir la represión sostenida y extendida de aquellos años. El éxodo del Mariel provocó rechazo en la comunidad cubano americana en los Estados Unidos, pues el gobierno habría aprovechado la ocasión para sacar de sus prisiones e integrar al éxodo a criminales y delincuentes comunes, así como pacientes de psiquiatría. Algunos artistas de gran relevancia como el escritor Reinaldo Arenas, el pintor Carlos Alfonso y el jazzista Ignacio Berroa, abandonaron el país en ese momento.

⁴ Así, a inicios del milenio, recuerda los ochenta el líder de la contestaria banda de rock *Porno para Ricardo*, Gorki Águila: «En aquellos años, aún los productos soviéticos se adquirían en moneda cubana, estaban a precios asequibles y su calidad, en ocasiones, pudo ser mucho mayor que lo que ahora se ofrece en la *shopping* a precios disparados en relación con el salario en pesos cubanos.

La nostalgia que, en determinado momento, se puede sentir por los rusos se explica porque a su salida se perdió parte de nuestra identidad, de los recuerdos de la niñez, de nuestro ambiente afectivo y de apego a nuestra infancia. Pero romantizar con la nostalgia implica cegarnos a una realidad: los intentos de colonización soviética. Yo mismo he padecido esa visión romántica, en tanto que pertenezco a una generación de cubanos que vivimos la imposición de la cultura soviética. He vivido la contradicción de la nostalgia por los muñequitos rusos y por ciertas películas, pero esto de ninguna manera puede condicionar mi visión de desacuerdo y crítica hacia la imposición de una cultura contra la que, dicho sea de paso, no tengo nada. Tampoco tuvimos oportunidad de expresarnos contra la imposición de la cultura soviética, mucho menos rechazarla abiertamente». Águila, 187.

cubana y el desamparo absoluto de los artistas. Todo lo malo de Cuba estaba en aquel tiempo recorrido con una insistencia y parquedad tediosas, pústula en la que la Revolución había llegado a poner su cura de fuego. Un pasado inexistente pero con resaltes; desconocido y erizado de esas repulsiones y obstáculos al conocimiento en que suelen convertirse los prejuicios. Para los adolescentes y jóvenes de los ochenta Cuba era un islote recortado entre dos espejismos: el pasado de injusticias y crímenes de la República y el futuro nevado de la Unión Soviética y los viajes al cosmos⁵. Una idea oscura y otra luminosa. Una regresiva y la otra progresiva. Una, hacia las profundidades de la tierra y la otra hacia las profundidades del espacio. Y todo reforzado por un sistema de enseñanza sin un ápice de candor en sus enfoques y aspiraciones. Otras quiebras con el pasado eran los autores idos al exilio, los que habían muertos, los censurados o en el ostracismo: huecos de la historia política y cultural de los que se entraba y se salía sin siquiera saberlo. Como si en lugar de caer por el despeñadero de un error, se viviera en él. Y la idea de una cultura nacional inexistente antes de la Revolución, se oía a menudo⁶. A veces todavía se escucha. Aparte de todas las preguntas que pudiéramos hacernos sobre qué significa la consolidación de una cultura nacional en las circunstancias de los últimos sesenta años de Cuba, con sus éxodos recurrentes y un modelo socialista que muchos

⁵ El 18 de septiembre de 1980 el piloto de guerra cubano Arnaldo Tamayo Méndez (1942) compartió el vuelo espacial de la nave soviética Soyuz 38. Se convirtió así en el primer latinoamericano y afrodescendiente en ir al espacio. Como se sabe, la exploración espacial fue un sofisticado motivo de rivalidad durante la Guerra fría. En el verano de 1961 el visitante soviético Yuri Gagarin, primer hombre en el espacio, dejó en la isla avisos de lo que más tarde protagonizaría Tamayo, poco antes Fidel Castro había declarado el carácter socialista de la Revolución y había tenido lugar la fracasada invasión contrarrevolucionaria por Bahía de Cochinos y Playa Girón. En *Cuba. La lucha por la libertad (1762- 1970)* Hugh Thomas se pregunta si Estados Unidos se habría propuesto enviar hombres a la luna de no haber tenido lugar la Crisis de los misiles de 1962.

⁶ En su libro *Lunes, un día en la Revolución cubana*, sobre el suplemento cultural *Lunes de Revolución* (marzo de 1959-noviembre de 1961), Leandro Estupiñán comenta: «En cuanto a la obra de arte, los de Lunes estaban de acuerdo con que poco o nada de lo hecho antes del primero de enero de 1959 contribuía a la consolidación de lo que llamaron una “verdadera cultura nacional”, sobre todo porque aspiraban a fijarla luego de una renovación formal basada en un nuevo lenguaje [...]», Estupiñán, *Lunes* 138

nunca comprendieron del todo ni dejaron de sentir como algo foráneo e impuesto, la experiencia y los libros han venido a probarnos que las culturas pobres y desamparadas están siempre en una situación más productiva y beneficiosa, que aquellas al amparo interesado de un gobierno.

La generosidad del sistema editorial cubano (todos los clásicos de la cultura universal en manos del pueblo por unos centavos) nunca fue lo suficientemente grande para acoger la abundancia y diversidad temática y formal que el ensayo cubano había tenido en tiempos de la República; más de cuarenta años de la Revolución tendrán que transcurrir antes de que aparezca una muestra colectiva del género y, cuando ello suceda, contará con la venia del sistema cultural cubano pero llevará el sello de la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica, nos referimos a la antología de 2002 *Ensayo cubano del siglo XX*. Selección, prólogo y notas de Rafael Rojas y Rafael Hernández, conjunto del que hablaremos en las páginas tituladas “Una antología del ensayo en cuarenta años”. Esfuerzos semejantes habían sido mucho más productivos y regulares en la República. Nos referimos a *La prosa en Cuba* (1928), selección de José Manuel Carbonell y Rivero (1880-1968), *Ensayistas contemporáneos, 1900-1920* (1938), de Félix Lizaso (1891-1967), y *Los mejores ensayistas cubanos* (1959), de Salvador Bueno (1917-2006). El segundo de esos libros, además, fue complemento de una serie de conferencias radiales que Lizaso, bajo el auspicio de la Dirección de Cultura de la Secretaría de Educación, había dedicado a esos autores un año antes. Y en 1945 Medardo Vitier (1886-1960) publicó *Del ensayo americano* (1945), el primer estudio del género en Latinoamérica. Un libro que comentamos detenidamente más adelante. Después de 1959 ocurre una reconceptualización del ensayo cuyo objetivo es, precisamente, romper con ciertos

autores y con una visión del mundo que, se dice, no encaja en la nueva circunstancia del país. Estas discriminaciones que ocurren, digamos, en altas esferas de la cultura, tienen su respaldo en otros hechos: por ejemplo, el halo de movimiento rebelde ilustrado que se ganó pronto el gobierno de Fidel Castro, y la colaboración que buscó éste en los círculos universitarios que simpatizaban con el proyecto. En las páginas “Pensamiento contra pensamiento”, a propósito de la revista *Pensamiento crítico* (1967-1970), me detengo en esa temprana colaboración entre el gobierno y los miembros del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana que formarían la redacción de esa revista. La época de *Pensamiento crítico* es útil por muchas razones de las que ahora sólo mencionamos las siguientes: primero, es entonces que parece haber comenzado la desvalorización y el barrido masivo y duradero del ensayo por las ciencias sociales y las ciencias políticas. Segundo, el material de la revista no fue sólo reactivo; ya veremos cómo formó parte de estrategias políticas muy específicas que apuntaban hacia fuera y hacia dentro de Cuba, un provecho por el que la revista terminaría convirtiéndose en un arma de doble filo e impactando en los propios redactores y, de algún modo, en toda la intelectualidad. Acusados de lecturas demasiado heterodoxas y revisionistas del marxismo, los redactores de *Pensamiento crítico* pasaron a ser elementos poco confiables y hasta peligrosos, portadores de *diversionismo ideológico*, un presunto mal perseguido desde finales de los sesenta y por toda la década siguiente. En tercer lugar, los conflictos en torno a esa publicación y a otras similares que le siguieron, ayudaron a crear una idea bastante engañosa: la del intelectual revolucionario pero cismático o revisionista, una figura compleja que ha dado al gobierno tantos dolores de cabeza como beneficiosos espejismos.

Primero una falta y después un delito de márgenes amplios y difusos, la sombra del *diversionismo ideológico* se alarga por todos los setenta y cae lo mismo sobre el marxista revisionista que sobre el intelectual de origen burgués; sobre el joven aficionado a la música extranjera que sobre el religioso. Ese terror de la segunda década revolucionaria ya es bastante conocido e, incluso, ha sido recogido e, incluso, lamentado por la historiografía revolucionaria, en nuestras páginas “El diversionismo ideológico, una nueva lectura”, exploramos otros flancos. En nuestro criterio, esa figura extraída de añejas dinámicas del partido comunista, pero que será redefinida como un efecto de guerra no convencional de Estados Unidos contra la Unión Soviética y sus aliados, sirvió al gobierno para trasladar su mira de los adversarios y rivales políticos, su enemigo manifiesto y ya en general neutralizado, a un presunto peligro social. Es, como veremos, una transferencia que no ocurre sin valerse del escritor crítico o disidente y del escritor caracterizado como burgués y que, de hecho, va a juntarlos y a convertirlos en una misma hostilidad. A instancias del diversionismo ideológico se desahuciaron autores con un gran trayecto como José Lezama Lima (1911-1976) o jóvenes como Reinaldo Arenas (1943-1990), y los programas de reeducación y *disciplinamiento* de los individuos, que ya habían tenido muchos avances, tomó regularidad y respaldo legal.

En los ochenta, cuando los primogénitos de la Revolución, virtualmente libres de la culpa pequeñoburguesa y demás aberraciones del pasado, llegan a los círculos literarios, la obsesión por la conducta está intacta, pero la ley o la persecución policial no son ya los únicos encargados de las infracciones, para ese entonces impera la idea del comportamiento irreprochable, una aspiración observada por la más diversa gama de individuos, reflejada en sus palabras, sus ideas, sus gestos, y que funciona como la

primera inhibición y reprimenda de los descarríos, tan cohesionados han quedado los organismos (civiles y políticos, formativos y laborales) del Estado, y tanto han calado las exigencias y expectativas sobre los individuos. La moda *rara*, la música extranjera (la americana, especialmente), el rock, el homosexualismo, cualquier comportamiento emancipado o extraño a las pautas de la vida que se han ido imponiendo, siguen repudiándose en unos casos, mirándose con ojeras en otros, y desatando ocasionales represalias. La cultura desmoralizada y drenada por las regulaciones de los setenta, y las noticias de llegada de Europa del Este -muchos jóvenes cubano estudiaban en los países del campo socialista-, dieron lugar a unos ochenta de debate esperanzados y negociaciones de reformas. En nuestro estudio no podremos hacer un análisis de todo lo ocurrido en ese tiempo de demandas, críticas y de muy discretas (y a veces engañosas) aperturas por parte de la dirección cultural, años paradójicos en que Cuba llega a la mejor imitación de un modelo que está a punto de derrumbarse, pero no dejaremos de referir el reformismo de los artistas plásticos y los poetas, los límites de ese reformismo, y el estratégico cierre que el Ministerio de Cultura dio a sus acciones. Finalmente, en las páginas “La joya y el arma” veremos el inesperado resurgir del ensayo literario con la obra que Antonio José Ponte comienza a producir poco antes del inicio de los noventa.

Nacido en 1964, Ponte es una figura fundamental de los ochenta y los noventa, y desde 2007, año en que abandona Cuba, de la comunidad literaria en el exilio. El título de su primer conjunto de ensayos *Un seguidor de Montaigne mira La Habana*, publicado en 1995 por la editorial de libros artesanales Vigía, debe tomarse como una declaración de estilo o, mejor, como una declaración en defensa del estilo y una señal de lo bien que percibía el estado del ensayo cubano para cuando comienza a escribir los suyos. Muy

pocos jóvenes podían apreciar tan bien lo que pasaba entonces en la cultura nacional. Es difícil sopesar el presente si se conoce poco o mal el pasado, y su interés por el pasado, que lo hizo creador de la columna “Entrada al 19” en la primera revista de su círculo literario, la rápidamente cancelada *Naranja Dulce* (1988-1989)⁷, será una constante en todos sus ensayos de aquella época y, como veremos, una manera no siempre comprendida ni estimada de llegar al presente. En esta disertación vamos a detenernos en tres obras de Ponte que en nuestro criterio constituyen el más temprano y también el más espléndido renacimiento del ensayo escrito en la isla tras la crisis que sigue a 1959. *Un seguidor de Montaigne mira La Habana* (1995), *Las comidas profundas* (1997) y *El libro perdido de los originistas* (2002), son obras breves -las dos primeras sobre todo- con muchos elementos en común, uno de los que más nos interesa: la vuelta a los hábitos de la casa, de la ciudad, del escritor, costumbres y espacios íntimos asolados, espacios de individualidad, una tierra idónea para el redescubrimiento y los capciosos anacronismos.

Todos esos momentos importantes en la cultura cubana a que hacemos referencias: el auge de las ciencias sociales en los sesenta; el paso del adversario político al peligro social en los setenta (con énfasis en el escritor disidente, homosexual o de origen burgués); las tentativas de apertura y reforma de los ochenta; y el renacimiento del género

⁷ *Naranja Dulce* fue un tabloide del suplemento *Caimán Barbudo* (1966) que apareció en el contexto aperturista de los ochenta, pero sólo se publicaron cuatro números, entre 1988 y 1989, la crisis económica -y del papel- dieron un argumento a la burocracia cultural que clausuró la revista. Su consejo editorial estuvo integrado por Víctor Fowler, Omar Pérez, Emilio García Montiel, Ernesto Hernández Busto, Abelardo Mena, Atilio Caballero, Alberto Garrandés, Luis Felipe Calvo y Antonio José Ponte. En la Presentación a la edición facsímil de la revista dice la investigadora Idalia Morejón Arnaiz: «Humor, orientalismo, pensamiento poético, arte contemporáneo, teatro de vanguardia, cine, son algunos de los temas que la revista presenta, en miradas y lecturas diferentes a las del discurso oficial, y con el subsidio de una biblioteca renovada: Blanchot, Barthes, Gramsci, Lezama Lima, Bataille, Martí, Eco y Jakobson, entre otros pensadores. Se trata, pues, de autores y obras aún excéntricos en la Cuba de los ochenta, cuyas ideas impulsan en otra dirección un proyecto editorial que desea construir otra imagen del escritor y de la escritura, con gestos que escandalizan y generan extrañeza.» *Naranja Dulce*, Edición facsimilar, 8

en los noventa, son, más que una cronología de hechos y políticas relevantes, sitios desde donde poder apreciar mejor (al menos, ése es nuestro propósito) la combinación de estrategias e ideología que sirvió en Cuba al control de la intelectualidad y ayudó a la declinación del ensayo. Sin duda, una multiplicidad de elementos fue causa del perjuicio del género: el cambio de época, el auge del marxismo y las ciencias sociales, la censura, la política institucional y la práctica de los funcionarios, la presunta modernización y apertura del canon; todos ellos son observados en nuestro estudio, pero igualmente hemos querido detenernos en cuestiones menos evidentes y que pertenecen al orden de la subjetividad y, por ende, suelen quedar veladas o, también, servir de velos. La primera de esas cuestiones es la idea misma de revolución. Que el ensayo haya sido expresión de ideales revolucionarios y que las revoluciones puedan convertirse en su ruina, ha sido, nos parece, uno de los puntos ciegos en los estudios del género. Como veremos, por la idea de la revolución y de los valores que se le asocian -libertad, justicia, igualdad, pueblo- y el vínculo de éstos con estrategias políticas concretas, transitan muchos de los descritos más eficaces que ciertos autores y obras van a sufrir en el siglo XX.

III. El ensayo en los umbrales del estado moderno

De gran importancia para el desarrollo de nuestra tesis ha sido el curso que Michel Foucault (1926-1984) ofreció en el Colegio de Francia, *Defender la sociedad*, entre 1975 y 1976. Las fechas no son aquí un dato inocuo, en las páginas “Situación del curso” que Alessandro Fontana y Mauro Bertani le añaden a este ciclo de conferencias leemos:

En 1967 y 1968, como lo recuerda Daniel Defert en su “Cronología” [...], Foucault leía a Trotsky, Guevara, Rosa Luxemburgo y Clausewitz. A propósito de los escritos de los Black Panthers, que leía en la misma época, decía en una carta: «Desarrollan un análisis estratégico liberado de la teoría marxista de la sociedad» [...]. En una carta de diciembre de 1972 dice que quiere emprender un análisis de las relaciones de poder a partir de «la más desacreditada de las guerras: ni Hobbes, ni Clausewitz, ni lucha de clases: la guerra civil» [...]. Por último, en agosto de 1974, en otra carta, volvía a decir: «Mis marginales son increíblemente familiares y reiterativos. Ganas de ocuparme en otra cosa: economía política, estrategia política ».... (252)

Defender la sociedad es un recorrido extenso que busca en el pasado explicaciones a esa feroz «superproducción de poder» de que habían dado muestra los estados del siglo XX: «El fascismo y el estalinismo -opina Foucault- utilizaron y extendieron los mecanismos ya presentes en la mayoría de las demás sociedades. [...] a pesar de su locura interna, usaron en gran medida las ideas y los procedimientos de nuestra racionalidad política» (Foucault 248). Motivos de esa racionalidad explotada por los sistemas de poder modernos los encuentra Foucault en las transformaciones del Estado hacia finales de la Edad Media y en los discursos críticos de contenido histórico y político que aparecieron con motivo de esa evolución.

Durante mucho tiempo la Edad media fue entendida, sobre todo, como una época caballeresca. Aunque los días de ese ideal pudieron haber estado concluidos hacia el siglo XIII y en lo que sigue dominan el Estado, la burguesía mercantilista en ascenso y el

poder financiero de los príncipes, las formas nobles de la vida asociadas al ideal caballeresco no habían perdido su imperio ni lo perderían hasta que los estudios de siglos posteriores trajeran una luz mejor sobre lo que entonces acontecía. En medio de su decadencia o lejos ya de ésta, la nobleza continuará de una manera imaginaria y afectiva en la cúspide de la estructura social... Es lo que nos cuenta Johan Huizinga en su conocido libro *El otoño de la Edad Media* al sopesar la vida de la cultura, en la cual «tiene el valor de una verdad la ilusión en que los contemporáneos viven» (82). Así, no deja de admirarle, aunque tampoco le extraña, que el prolífico historiador áulico Georges Chastellain (1405-1475), conocedor de primera mano de los empujes que tomaba la burguesía de Flandes, lugar de su crianza, continuara aferrado a la idea de una nobleza de la que veía manar todos los poderes:

Dios ha creado al pueblo bajo para trabajar, para cultivar el suelo, para asegurar por medio del comercio la sustentación permanente de la sociedad; ha creado el clero para los ministerios de la fe, y ha creado la nobleza para realzar la virtud y administrar la justicia, para ser con los actos y las costumbres de sus distinguidas personas el modelo de los demás. Las más altas funciones del Estado: la defensa de la Iglesia, la propagación de la fe, el amparo del pueblo contra la opresión, el fomento del bienestar general, la lucha contra la violencia y la tiranía, la consolidación de la paz son adjudicadas todas por Chastellain a la nobleza. La veracidad, la valentía, la moralidad y la dulzura son, por otra parte, sus cualidades. Y la nobleza francesa, dice este exaltado panegirista, responde a esta imagen ideal. En la obra entera de Chastellain se advierte que el autor ve, efectivamente los sucesos de su tiempo a través de ese cristal de color de rosa. (Huizinga 83, 84)

Era un tiempo engeguedido o negado a los cambios de la vida. Que subordinaba o trascendía esos cambios -degeneración o virtud, decadencia o florecimiento- a la concepción de una sociedad en “estados” entendidos éstos como «la idea de una entidad querida por Dios» (82)⁸. Una nobleza de la que no se quería notar que decaía, una

⁸ «La idea de la organización de la sociedad en “estados” penetra en la Edad Media todas las especulaciones teológicas y políticas hasta sus últimas fibras. Esta idea no se limita, en absoluto, a la consabida trinidad: clero,

burguesía de pujanza política y comercios prósperos pero ignorada e, incluso, deliberadamente confundida con el campesinado y el hombre de pueblo bajo (confusión que durará hasta los tiempos de la Revolución francesa, se nos indica (84) y que, en efecto, veremos en Emmanuel Sieyès (1748-1836) cuando estratégicamente describa el tercer estado como una nación entera, esa Francia de la que sólo habría que excluir a los privilegiados), denotan no tanto la rigidez de la sociedad como de la concepción que se tiene de ella. Y cuando se trate de la miseria y de la protección del débil que debía corresponder al noble (supuestamente, y en primer lugar, noble también de corazón), o de la igualdad natural de los hombres -«idea [...] ya tomada por los Padres de la Iglesia a Cicerón y a Séneca»- el espíritu y las acciones seguirán buscándose y desencontrándose, pues, nos dice Huizinga, fueron nociones que los hombres de aquellos tiempos repitieron con énfasis múltiples pero, a menudo, sin gran impacto social: «para el hombre medieval estaba el punto céntrico de la idea en la cercana igualdad ante la muerte, no en una inasequible lejana igualdad en la vida» (89).

Entonces, un hallazgo muy interesante de esta época o, más precisamente, de las que serán sus postrimerías, lo tendríamos en un nuevo tipo de historia que, según Michael Foucault, habría comenzado a aparecer hacia el XVI y que, a pesar de la tradición, del

nobleza y tercer estado. El concepto de estado no solo tiene más valor, sino también una significación mucho más amplia. En general, se considera como un estado toda agrupación, toda función, toda profesión, hasta el punto de haber podido existir junto a la división de la sociedad en tres estados otra división en doce. Pues *estat* u *ordo* es algo que implica la idea de una entidad querida por Dios. Las palabras *estat* y *ordre* abrazan en la Edad Media un gran número de agrupaciones humanas que son muy heterogéneas para nuestro modo de pensar: los estados en el sentido de nuestras clases sociales, las profesiones, el estado de matrimonio junto al estado de soltería, el estado de pecado -*estat de péchié*-, los cuatro *estats de corps et de bouche* de la corte: panetiers, escanciadores, trinchadores y maestros de cocina, las Órdenes sacerdotales -prebistero, diácono, subdiácono, etc.-, las Órdenes monásticas, las Órdenes militares. Lo que para el pensamiento medieval da unidad al concepto de “estado” o de “orden” en todos estos casos, es la creencia de que cada uno de estos grupos representa una institución divina, es un órgano en la arquitectura del universo, tan esencial y tan jerárquicamente respetable como los Tronos y las Dominaciones celestiales de la jerarquía angélica. » Huizinga, 83, 84.

peso de los ordenamientos, a pesar de las persistencias del Estado y sus rehusados florecimientos, trae una palabra nueva empeñada en hablar de una sociedad de vencidos y vencedores. A la historia ritualista, pacificadora, fundadora del orden y justificativa del poder soberano que predomina durante el periodo medieval y más allá de éste, habría comenzado a oponérsele, una suerte de *contrahistoria*, un relato histórico -explica Foucault en *Defender la sociedad-*, que se desprende de aquellas viejas funciones y que empieza por decir: lo que se cuenta de tu reino y de ese pueblo que llamas tu pueblo y que te reconoce como su soberano, no es mi historia (74). La contrahistoria, se nos dice, estaría más cerca de la profecía bíblica que de las crónicas legendarias de los romanos; habría llegado para entorpecer el ritual historiográfico en torno a la génesis, la ejemplaridad y la memoria de héroes y reyes, y para servirse de algo hasta entonces desatendido o desaprovechado: el relato de los enfrentamientos entre los pueblos o, dicho de otro modo, la memoria de la guerra de las razas. Todo un mundo de ascendientes y pueblos reaparece en el panorama de esa práctica histórica, o aparece por primera vez con una intención muy particular, que es la de volver a poner en claro una situación de sometimiento, sus inicios y la persistencia de esa situación. A partir de esos nuevos contenidos históricos:

Va a saberse que lo que es victoria para unos es derrota para los otros. La victoria de los francos y Clodoveo también hay que leerla, a la inversa, como la derrota, el avasallamiento y la esclavitud de los galorromanos. El nuevo discurso hará que los elementos que desde el lado del poder son derecho, ley u obligación aparezcan como abuso, como exacción, desde el momento en que nos colocamos en el lado opuesto [...] La posesión de la tierra por los grandes señores feudales y el conjunto de cánones que reclaman van a presentarse y denunciarse como actos de violencia, confiscaciones, pillajes, tributos de guerra cobrados a la fuerza a las poblaciones sometidas. Por lo tanto, se deshace la gran forma de la obligación general, cuya fuerza intensificaba la historia al cantar la gloria del soberano, y vemos que la ley, al contrario, aparece como una realidad de doble faz: triunfo de unos, sumisión de los otros. (73)

Por valerse del relato de las guerras de razas y por hacer de la guerra el recurso de los análisis y las protestas sobre las leyes y el poder a que se ve sometido un determinado grupo, y por ser, además de crítico, un discurso belicoso y reivindicativo, la contrahistoria, para Foucault, no sólo marca otro comienzo de Europa, acaso el verdadero, -«comienzos de sangre y de conquista», dice (76)-, sino también la aparición del primero o, cuando menos, de uno de los primeros discursos histórico-políticos de Occidente. Es el discurso de la guerra desplazado al terreno de una paz engañosa, al mundo de las instituciones, las leyes, de una sociedad civil y pacífica pero repleta de viejas celadas y viejas derrotas que hay que desmontar, sacar a la luz y revertir. Ese discurso crea una discontinuidad entre las sociedad medieval y la antigüedad romana; individualiza el periodo de la Edad Media; desata una búsqueda de antepasados y disocia el orden de la sociedad ternaria indoeuropea (orden religioso, guerrero, productor)⁹ en otro que no es funcional sino lo opuesto, y que no es tripartita sino binario; un orden que no tan parca como recelosamente se refiere a vencedores y vencidos. Sobre esa nueva manera de contar los hechos, apunta:

El papel de la historia, por tanto, será mostrar que las leyes engañan, que los reyes se enmascaran, que el poder genera una ilusión y que los historiadores mienten. No será, entonces, una historia de la continuidad, sino una historia del desciframiento, del develamiento del secreto, de la inversión de la artimaña, de la reapropiación de

⁹ Foucault se refiere a la teoría de la trifuncionalidad desarrollada sobre todo por el francés Georges Dumézil (1898-1986). Según esta teoría, apoyado en la mitología comparada, las sociedades indoeuropeas estaban organizadas en tres funciones: la función de lo sagrado, la guerrera y la productiva. En *Los dioses soberanos de los indoeuropeos* Dumézil escribe: «La investigación a través de los textos védicos, de testimonios sobre la “ideología tripartita”, en el sentido preciso en que empleo esta palabra, abarca varias series de nociones. Las principales son: la serie de los tres grupos de hombres que componen, al menos idealmente, toda la sociedad (sacerdotes; guerreros; ganaderos-agricultores), con la de los principios correspondientes (*brahmán, ksatrá, vís*); serie de nociones que, sin aludir directamente a estas tres actividades, se distribuyen en los mismos ámbitos (sagrado y poder; fuerza y victoria; riqueza, fecundidad, salud, etc.) [...]» (223) Esta distribución que se encuentra en el sistema de castas de la India, también la ve Dumezil en los mitos, las historias fundacionales de la Antigua Roma, o en las sociedades estamentales del Antiguo Régimen: nobleza, clero y tercer estado.

un saber tergiversado o enterrado. Será el desciframiento de una verdad sellada. (Foucault 73)

Se desafía una historia a través de otra, un saber a través de otro. Dos cuestiones muy importantes de esta contrahistoria son su naturaleza de guerra instruida y la gran diversidad ideológica y formal de sus emisores. Varias veces se preguntó Foucault sobre la relación del pensamiento revolucionario europeo que va de los siglos XVII al XIX con esa nueva práctica del discurso histórico. Le parecía que no había manera de comenzar a entender la cuestión de las revoluciones (« [...] esta idea de la revolución, que atraviesa todo el funcionamiento político y toda la historia de Occidente desde hace más dos siglos y, que, por otra parte, es, en definitiva, muy enigmática en su contenido y en su origen [...]» (78)) si no era vista en primer lugar como un reto a las disimetrías sociales, un desafío a los servilismos y despotismos. Como la contrahistoria, el proyecto revolucionario también podía valerse de un saber histórico amplio y complejo, también rebuscaba en el pasado e intentaba reactivar una guerra antigua en la que no se había sido el vencedor. Buscaba revertir una situación de sometimiento presente con raíces en el pasado (78, 79). Con la contrahistoria, insistía, nos encontramos «mucho más cerca de la Biblia que de Tito Livio», y sugería no olvidar « [...] que la Biblia fue, al menos a partir de la segunda mitad de la Edad Media, la gran forma en que se articularon las objeciones religiosas, morales y políticas al poder de los reyes y el despotismo de la Iglesia» (Foucault 72). Del análisis de Foucault podemos deducir que, si no toda la contrahistoria fue un discurso revolucionario, el discurso revolucionario sí será siempre una forma de contrahistoria, una confluencia que comenzará a formar parte de la conciencia histórica y política de la sociedad europea.

Un texto de la época que Michael Foucault no menciona pero que, nos parece, hubiera encajado perfectamente en las características y el ímpetu de esa palabra a contracorriente, es el *Discurso de la servidumbre voluntaria* de Étienne de La Boétie (1530-1563), esas páginas a las que Michel de Montaigne (1533-1592) decía deberle la primera noticia que tuvo de su autor y, así, los comienzos de una amistad que creía «tan entera y tan perfecta que ciertamente los libros apenas hablan de otras semejantes» (242)¹⁰ y de la cual, como en enmienda, dejó muchos avisos en su libro y el celebrado capítulo “La amistad”¹¹.

Alguna vez, ya muerto La Boétie, Montaigne había querido incluir *el Discurso de la servidumbre voluntaria* en *Los ensayos*; dijo haber desistido de la idea al notar que los protestantes se le habían adelantado¹² y, de paso, agregó unos reparos: el *Discurso* era una muestra muy parca de lo que podía su autor, que tenía entre dieciséis y dieciocho años al escribirlo, y los usos levantiscos de sus intérpretes iban mal con la índole de La

¹⁰ Hay, como se sabe, muchas ediciones de *Los ensayos* de Michel de Montaigne. En esta disertación usamos la muy cómoda y completa publicada por la editorial Acanalado en 2007, en su reimpresión de 2016. Sin pretender incluir todas las variantes de *Los ensayos*, la edición de Acanalado conserva los estrato del texto en las versiones de más importancia desde su primera publicación, en 1580, hasta la de 1595, tomada la de Marie de Gournay como la definitiva. El prólogo de nuestro libro es de Antoine Compagnon y la edición y traducción del francés de J. Bayod Brau.

¹¹ Véase además del capítulo XXVII, “La amistad”, el XXVIII, introducción a “Veintinueve sonetos de Étienne de La Boétie”. (264-265). Montaigne ya conocía el *Discurso* de La Boétie cuando, en 1557, en Burdeos, conoce al autor, se inicia una amistad que durará hasta la muerte de éste, en 1563. Por la cronología de esta relación que Miguel Abensour y Marcel Gauchet reconstruyen en su prólogo a la edición argentina de *Discurso de la servidumbre voluntaria*. Sabemos que «En 1571, Montaigne publica en París todas las obras de La Boétie, así como los *Vers François de Feu Estienne de LaBoétie (Versos franceses del difunto Etienne de La Boétie)*, con excepción del *Discurso de la servidumbre voluntaria*» Abensour y Gauchet 10.

¹² «Montaigne reserva, en efecto, la obra mayor de su amigo, el *Discours*, para incluirlo como pieza central en su libro futuro a cuya redacción consagra su retiro. Con gran desesperación suya, partidarios calvinistas lo preceden en esta intención y publican, en 1574, una edición pirata parcial, sin nombre de autor en “Le Réveille matin des François” (“Despertador de los franceses”) y después, en 1576, una edición completa con el nombre de La Boétie, en las *Mesmoires des Estats de France sous Charles le Neuvième*, con el título de *Contra Uno*. Montaigne debe pues renunciar a su proyecto inicial bajo pena de hacer profesión de fe calvinista y reemplaza, en la primera edición de los *Ensayos* de 1580, el *Discurso* por *Veintinueve sonetos del difunto Etienne de la Boétie*. » (Abensour 11). También en la nota 92 (262) de *Los ensayos* leemos: «Los protestantes publicaron, en efecto, La servidumbre voluntaria dentro de ciertas compilaciones de panfletos «monarcómacos», primero parcialmente en 1574 (*Le reveille-matin des François*) y después íntegramente en 1577 (*Memoires de l'estat de France sous Charles IX*). »

Boétie que, moldeada a la usanza de otros siglos, lo hacía desestimar las novedades, las revueltas, y ser un prudente observador de las leyes¹³. Se ha dicho que esos reparos no tenían otro interés que recuperar las páginas de aquellos que se las habían apropiado y liberarlas de la censura y la vigilancia (Abensour y Gauchet 12). No es difícil congeniar con esto, pero parece asunto más complejo: además de los hechos en curso y las posibles precauciones de Montaigne, hay en *Los ensayos* una tensión entre el escritor singular, polémico, lector crítico y refinado en sus notas de humor e ironía, con sorprendentes observaciones sobre la intimidad, paradójico y a veces francamente contradictorio, y el hombre público. Una tensión nunca resuelta, como tampoco en nosotros -dirá el propio Montaigne- se agota nunca la distancia entre la persona que somos hacia dentro y quien somos hacia fuera, y que, de hecho, diera motivo a tan variadas recepciones de *Los ensayos* y juicios sobre su autor: un polemista de introspección desagradable para Blaise Pascal (1623-1662); un conservador político para la Tercera República; un diletante y escéptico a finales del XIX; un escéptico y epicúreo en el XX¹⁴. Aunque Montaigne alabara la discreción política de La Boétie, y dijera ser él mismo muy observador del orden público y las costumbres¹⁵, sus ensayos, a los que llamó sandeces (188), monstruosidad, grotescos, escritos de azarosa proporción y orden y, por medio de Horacio (y dando un pie forzado al Alfonso Reyes (1889-1959) que vendrá) algo que

¹³«He visto que esta obra ha sido publicada después, y con mala intención, por quienes intentan turbar y cambiar el estado de nuestro orden político, sin preocuparse por si lo mejoraran, que la han mezclado con otros escritos de su estofa. Me he desdicho por ello de darle cabida aquí. Y para que la memoria del autor no sufra daño entre aquellos que no han podido conocer de cerca sus opiniones y sus actos, les advierto que trató este asunto en la infancia, a manera solamente de ejercicio, como un asunto vulgar y trasegado en mil lugares de los libros. No pongo en duda que creyera lo que escribía, pues era lo bastante escrupuloso para no mentir ni siquiera jugando». Montaigne 262.

¹⁴ Ver Antoine Compagnon. Prólogo a *Los ensayos* (XI)

¹⁵ «En todo, salvo simplemente en lo malo, debe temerse el cambio: el cambio de las estaciones, de los vientos, de la comida. Y ninguna ley goza de verdadera autoridad sino aquella a la que Dios ha dado cierta duración antigua, de modo que nadie sepa su origen ni que alguna vez ha sido diferente» Montaigne 325.

comienza en mujer y termina en pez (240), están lejos de preceptivas o acatamientos. Y en lo referentes a la cosa pública, las afinidades con el *Discurso de la servidumbre voluntaria* son explícitas y abundantes. Sin ninguna ambición exhaustiva (imposible sofocar los aires de irreverencia y los contrapuestos puntos de vista que soplan por todo el libro), recordemos, por ejemplo, su consejo a «sufrir ese benéfico trastorno» (141) que resulta de perturbar la costumbre y hallar el nuevo matiz de las cosas. Pues la costumbre:

[...] es en verdad una maestra violenta y traidora. Establece en nosotros poco a poco, a hurtadillas, el pie de su autoridad; pero, por medio de este suave y humilde inicio, una vez asentada e implantada con la ayuda del tiempo, nos descubre luego su rostro furioso y tiránico, contra el cual no nos resta siquiera la libertad de alzar lo ojos. (Montaigne 127)¹⁶

O sus ideas sobre la enseñanza de la historia a los hijos:

Que no le enseñen tanto las historias como a juzgarlas. Ésta es a mi entender, entre todas, la materia a la cual nuestros espíritus se aplican en una medida más distinta. Yo he leído en Tito Livio cien cosas que otro no ha leído. Plutarco ha leído cien aparte de las que yo he sabido leer y aparte, acaso, de lo que el autor había registrado. (200)

Sobre la naturaleza de hombres que seguían teniendo los más elevados:

El poeta Hermódoto había compuesto unos versos en honor de Antígono en los cuales le llamaba hijo del Sol; y él, por el contrario, dijo: «El que vacía mi retrete sabe bien que no hay nada de eso». (383, 384)

Sobre las muchas inconveniencias de ser rey o emperador, sobre todo cuando éstos no

saben comportarse:

[...] Porque aquello que para nosotros es falta de juicio, en su caso el pueblo lo considera tiranía, desprecio y desdén de las leyes. Y, aparte de la inclinación al vicio, parece que ellos le añaden también el placer de maltratar y pisotear los usos

¹⁶ También La Boétie había establecido un vínculo entre costumbre y sometimiento: «Así pues, la primera razón de la *servidumbre voluntaria* es la costumbre, al igual que los más bravos caballos rabones que, al principio, muerden el freno que, luego, deja de molestarlos y que, si antes coceaban al notar la silla de montar, después hacen alarde los arneses y, orgullosos, se pavonean bajo la armadura. Se dice que ciertos hombres han estado siempre sometidos y que sus padres ya vivieron así. Pues bien, éstos piensan que les corresponde soportar el mal, se dejan embaucar y, con el tiempo, crean ellos mismos las bases de quienes los tiranizan. Pero el tiempo jamás otorga el derecho de hacer el mal, aumenta por el contrario la ofensa.» La Boétie 59

públicos. Lo cierto es que Platón [427 a. C. – 347 a.C], en sus *Gorgias*, define al tirano como aquel que, en una ciudad, tiene licencia para hacer todo lo que se le antoja. Y a menudo, por este motivo, la manifestación y exhibición de su vicio hiere más que el vicio mismo....(388)

O, finalmente, este hipotético lamento de los reyes ante la imposibilidad de conocer el amor de la amistad verdadera, y que trató de modo muy similar a como lo hiciera La

Boétie:

Que mis súbditos no me ofendan no prueba ningún buen sentimiento. ¿Por qué voy a entenderlo de ese modo si aunque quisieran ofenderme no podrían? Nadie me sigue porque entre él y yo haya amistad, pues no puede trabarse amistad donde existe tan poca relación y correspondencia. Mi elevación me ha arrebatado el trato de los hombres, la disparidad y la desproporción son demasiado grandes. Me siguen por fingimiento o por costumbre, o, más que a mí, a mi fortuna, para aumentar la suya. Todo lo que me dicen y hacen no es sino disfraz. Dado que mi gran poder sobre ellos frena su libertad por todos lados, nada veo por todos lados que no esté oculto y enmascarado.... (390, 391)¹⁷

Sin más fecha de escritura que la de los años universitarios de su autor, y publicado post mortem, en 1577, el *Discurso de la servidumbre voluntaria* es asombroso, quizás una de las más tempranas y perspicaces interrogaciones en torno a la ecuación de dominador y dominado, similar a ésas que Foucault buscó en su ambicioso estudio *Defender la sociedad* y que, de hecho, encontró en los papeles del noble y erudito historiador Henry de Boulainvilliers (1658-1722), el enigma que planteó a éste el poder de unos pocos frente a la impotencia de muchos. Para Foucault, Boulainvilliers había sido el primero en recorrer de un extremo al otro esa pareja monstruosa de soberano y siervo,

¹⁷ Sobre estas relaciones marcadas por el servilismo había escrito La Boétie: «El labrador y el artesano, por muy sometidos que estén, quedan en paces al hacer lo que se les manda, mientras que el tirano ve a los que lo rodean acechar y mendigar sus favores. No basta con hacer lo que les ordena el tirano, sino que deben pensar lo que él quiere que piensen y, a menudo, para complacerlo, deben incluso anticiparse a sus deseos. No están solamente obligados a obedecer, sino que deben también complacerlo, doblegarse a sus caprichos, atormentarse, matarse a trabajar en sus asuntos, gozar de sus mismos placeres, sacrificar sus gustos al suyo, anular su personalidad, despojarse de su propia naturaleza, estar atentos a sus palabras, a su voz, a sus señales y a sus guiños, no tener ojos, pies ni manos como no sea para adivinar sus más recónditos deseos, o sus más secretos pensamientos». La Boétie 69.

y en notar las múltiples fuerzas que conforman, alimentan y la hacen funcionar. El primero, entonces, en imaginar el poder como una relación de fuerzas, algo que no está inerte y coagulado en la figura del soberano, sino en tránsito, y que sólo puede entenderse y describirse al hacer, no la historia del rey ni la del pueblo, sino «la historia de lo que constituye esos dos términos uno frente al otro, de los cuales uno nunca es infinito y el otro nunca es cero» (Foucault, 158). Pues bien, más de un siglo atrás el joven La Boétie había comenzado su *Discurso de la servidumbre voluntaria* con este acertijo:

De momento, quisiera tan sólo entender cómo pueden tantos hombres, tantos pueblos, tantas ciudades, tantas naciones soportar a veces a un solo tirano, que no dispone de más poder que el que se le otorga, que no tiene más poder para causar perjuicios que el que se quiera soportar y que no podría hacer daño alguno de no ser que se prefiera sufrir a contradecirlo. Es realmente sorprendente –y, sin embargo, tan corriente que deberíamos más bien deplorarlo que sorprendernos– ver cómo millones y millones de hombres son miserablemente sometidos y son juzgados, la cabeza gacha, a un deplorable yugo, no porque se vean obligados por una fuerza mayor, sino, por el contrario, porque están fascinados y, por decirlo así, embrujados por el nombre de *uno*, al que no deberían ni temer (puesto que está *solo*), ni apreciar (puesto que se muestra para con ellos inhumano y salvaje). (45, 46)

Es muy posible que, en cierto sentido, el breve discurso de La Boétie no deba compararse a las complejas elaboraciones desarrolladas por el noble Henry de Boulainvilliers, ni a la audaz imbricación de política e historia que Foucault encontró en los legajos de éste, lo que tendremos ocasión de volver a comentar en el capítulo de esta disertación titulado “Un siglo de revoluciones”. Sin embargo, *La servidumbre voluntaria* parece un antecedente muy admirable y, para nuestro estudio del ensayo, de gran interés¹⁸. Como lo hará Boulainvilliers contra la molición y la orgullosa ignorancia de una

¹⁸ Por lo pronto señalamos una diferencia fundamental entre La Boétie y Boulainvilliers: si para éste la libertad de uno comienza con el sometimiento del otro, para el primero la libertad es todavía un derecho natural. Leemos en el *Discurso*: «A decir verdad, no vale la pena preguntarse si la libertad es natural, puesto que no se puede mantener a ningún ser en estado de servidumbre sin hacerle daño: no hay nada en el mundo más contrario a la

nobleza en declive, las páginas de La Boétie son un zarandeo a los hombres para que reparen en todo aquello que los ha hecho serviles: la costumbre, «que ejerce tanto poder sobre nuestros actos, los ejerce sobre todo, para enseñarnos a servir» (55), la cobardía y el apocamiento que tan fácilmente se da en los que no han conocido más que el yugo; el embrutecimiento a cuenta de los festejos y placeres regalados a ese fin por los poderosos; los encantamiento en los que los tiene la admiración y devoción al poder; los poetas, narradores e historiadores que ayudan a la adulación de los reyes; los hombre que al servicio de la tiranía se vuelven tan crueles como el propio tirano. El *Discurso*, aunque sale de un hombre con plena conciencia de su lugar y el lugar de aquellos que le rodean y conforman su mundo -esa burguesía en ascenso y tan implicada en la administración pública- habla a todos los que se encuentran por debajo del rey, emplea el término nación que se volverá tan importante hacia el siglo XVIII, y advierte a los que poseen cargos sobre de males de convertirse en un medio y réplica de tiranía:

En general, el pueblo no acusa al tirano de los males que padece, sino a los que lo gobiernan. El pueblo, la nación entera, todos, hasta los campesinos y los labradores, conocen sus nombres, descubren sus patrañas, lanzan contra ellos mil ultrajes, mil insultos, mil maldiciones. (73)

Y esta es una de las cuestiones más relevantes del *Discurso*: su belicosidad, claramente dirigida a la figura real y contra las monarquías absolutas en auge, lleva un mensaje que de pronto se abre a la sociedad toda: los hombres de confianza del rey, los gobernantes, los administradores, los guerreros, los intelectuales, los campesinos. La Boétie percibe la sucesión de funciones e imagina una capacidad de dominio que, así como sale de la figura soberana, inmediatamente la vemos hormiguar por todos los extremos, una

naturaleza, llena de razón siempre, que la injusticia. Queda, pues, por decir, que la libertad es natural y que, en mi opinión, no sólo nacemos con nuestra libertad, sino también con la voluntad de defenderla. » Foucault *Defender*
52

descripción que, aparte de lo perfecta o imperfecta que resulte, destaca esa proliferación y encadenamiento de los poderes del Estado, hoy tan perceptibles como entonces debieron ser de difusos:

Llego ahora a un punto que, creo, es el resorte y el secreto de la dominación, el sostén y el fundamento de la tiranía. El que creyera que son las alabardas y la vigilancia armada las que sostienen a los tiranos, se equivocaría bastante [...]

[...] Siempre han sido cinco o seis los confidentes del tirano, los que se acercan a él por su propia voluntad, o son llamados por él, para convertirse en cómplices de sus crueldades, compañeros de sus placeres, rufianes de sus voluptuosidades y los que se reparten el botín de sus pillajes. Ellos son los que manipulan tan bien a su jefe que éste pasa a ser un hombre malo para la sociedad, no sólo debido a sus propias maldades, sino también a las de ellos. Estos seis tienen a seiscientos hombres bajo su poder, a los que manipulan y a quienes corrompen como han corrompido al tirano. Estos seiscientos tienen bajo su poder a seis mil, a quienes sitúan en cargos de cierta importancia, a quienes otorgan el gobierno de las provincias, o la administración del tesoro público, con el fin de favorecer su avaricia y su crueldad, de ponerla en práctica cuando convenga y de causar tantos males por todas partes que no puedan mover un dedo sin consultarlos, ni eludir las leyes y sus consecuencias sin recurrir a ellos. Extensa es la serie de aquéllos que siguen a éstos. El que quiera entretenerse devanando esta red, verá que no son seis mil, sino cien mil, millones los que tienen sujeto al tirano y los que conforman entre ellos una cadena ininterrumpida que se remonta hasta él. Se sirven de ella como Júpiter quien, según Romero, se vanagloriaba de que, si tirara de la cadena, se llevaría consigo a todos los dioses. De ahí provenían el mayor poder del senado bajo Julio César, la creación de nuevas funciones, la institución de cargos, no, por supuesto, para hacer el bien y reformar la justicia, sino para crear nuevos soportes de la tiranía. (La Boétie 67)

Una descripción descendente del poder (ya veremos en el siglo XVIII, con Sieyès, teórico de la Revolución francesa, y su famosa alocución *¿Qué es el Tercer Estado?* (1789) otra que lleva un camino ascendente) muy admirable sobre todo porque en ella el poder circula o, cuando menos, hay la intuición de que circula: pasa a través de los individuos, las instituciones, las capas sociales. Aunque, por supuesto, todavía se trata de una concepción del poder en el esquema de soberano y súbdito, las figuras entre esos dos extremos se han hecho más abundantes y visibles. Si se acepta la propuesta de Michael

Foucault de que desde el siglo XVI y, fundamentalmente, en el XVII y el XVIII, con el florecimiento de la sociedad industrial, ocurre un cambio en los mecanismos de poder, «nueva mecánica [que] recaee, en primer lugar, sobre los cuerpos y lo que hacen más que sobre la tierra y su producto»; « [que] supone una apretada cuadrícula de coerciones materiales más que la existencia física del soberano y [...] cuyo principio es que se deben incrementar, a la vez, las fuerzas sometidas y la fuerza y la eficacia de quienes las someten» (43), aceptaremos que el *Discurso* es uno de esos textos puente entre épocas y que encaja muy bien en la serie de panfletos, discursos y ensayos que Foucault llamó contrahistoria, impugnación al discurso teórico jurídico de la soberanía, una forma de poder socavada y en transformación y convivencia con nuevas formas de dominio¹⁹. La contrahistoria, de la cual el *Discurso* de La Boétie podría formar parte, parece funcionar siempre en dos sentidos: va al pasado para encontrar un arsenal de argumentos y ejemplos críticos rotundos, para destruir unos orígenes y reconstruir (imaginar) esas historias perdidas o desfiguradas de derrota y sometimiento, historias que minarán el

¹⁹ Sobre la teoría jurídico política de la soberanía, esa con la que la contrahistoria batalla y que como estamos viendo, comparte el espacio con la emergencia del estado moderno sin que podamos considerar desaparecida, tuvo fundamentalmente, según Foucault, cuatro funciones: «En primer lugar, se refirió a un mecanismo de poder efectivo que era el de la monarquía feudal. Segundo, sirvió de instrumento y también de justificación para la constitución de las grandes monarquías administrativas. A continuación, a partir del siglo XVI y sobre todo del XVII [...] fue un arma que circuló tanto en un campo como en el otro, que se utilizó en un sentido o en el otro, ya fuera para limitar o, al contrario, para fortalecer el poder real. La encontramos del lado de los católicos monárquicos o de los protestantes antimonárquicos; del lado de los protestantes monárquicos más o menos liberales; también del lado de los católicos partidarios de regicidio o del cambio de dinastía. Vemos que esta teoría de la soberanía actúa en manos de los aristócratas o de los parlamentarios, del lado de los representantes del poder real o del lado de los últimos señores feudales. En resumen, fue el gran instrumento de la lucha política y teórica alrededor de los sistemas de poder de los siglos XVI y XVII. Por último, en el siglo XVIII volvemos a encontrar esta misma teoría de la soberanía, como reactivación del derecho romano, en Rousseau y sus contemporáneos [...]: en ese momento se trata de construir, contra las monarquías administrativas, autoritarias y absolutas, un modelo alternativo, el de las monarquías parlamentarias. Y ése es el papel que desempeña en el momento de la Revolución» Foucault *Defender* 42, 43

presente y permitirán el arribo de un tiempo nuevo. Es una palabra combativa e interesada en su impacto ya no sólo histórico sino también político.

Aprovechamos ahora para subrayar (aunque en realidad lo veremos más detenidamente en páginas posteriores) que la contrahistoria no fue una palabra poseída y empuñada únicamente por las capas más desfavorecidas de la sociedad. Foucault explica que aunque quizás pudo haber estado vinculada con revueltas populares de la segunda mitad de la Edad Media (76), sus formas de emisión son muy variadas: como ya decíamos, será parte de un saber histórico tan insurrecto como erudito, pero también aparecerá en los relatos populares, las tradiciones folclóricas, o los debates cosmobiológicos (76). Y la cuestión de la conquista y dominación de una raza o pueblo por otro será uno de sus temas primordiales: por ejemplo, el derecho de conquista que un rey se adjudica siglos después de haber ocurrido aquélla; las leyes escritas en una lengua que desconocen quienes las sufren; la presencia de conjuntos legendarios como el de sajones y normandos, con sus narraciones míticas y relatos artúricos; la de los francos germánicos y los galorromanos. (A Foucault no se le pasa anotar la afición que más tarde mostraría Karl Marx (1818-1883) por las novelas de Sir Walter Scott (Foucault 96)). Y, por supuesto, la cuestión de las rebeliones.

La contrahistoria, entonces, no sería privativa de ningún grupo, al contrario, grupos diversos y enemigos enfrentados a un mismo poder lo comparten —«[...] más allá de los grandes sistemas filosóficos jurídicos que elude, este discurso une, en efecto, un saber que es a veces el de los aristócratas a la deriva, las grandes pulsiones míticas, y también

el ardor de las revanchas populares» (62)²⁰. *Defender la sociedad* es, en gran medida, un repaso de los múltiples emisores y las múltiples conversiones que ese discurso habría tenido a lo largo de los tres siglos: se le sigue a través de la escatología medieval, el movimiento radical y revolucionario inglés del XVII, la aristocracia francesa opuesta a Luis XIV, los historiadores del pueblo, como Jules Michelet, a inicios del XIX, y en los trasposos que habría tenido en conceptos cada vez más cercanos a nosotros: la lucha de clase o, también, la raza entendida desde una perspectiva médico biológica y con vistas a argumentos colonizadores o de control social. Una práctica histórica, entonces, de largo trayecto pero que todavía nos concierne «Su origen, a fines de la Edad Media» -señala Foucault- «no lo marcó lo suficiente para funcionar políticamente en un solo sentido» (77).

Hijo de su tiempo, el *Discurso de la servidumbre voluntaria* de Étienne de La Boétie también se volvió un texto de acogidas múltiples. Después de circular entre un selecto grupo de amigos, y de la apropiación por parte de los calvinistas que ya comentamos, se

²⁰ En la clase del 21 de enero Foucault menciona algunos de los temas de esa guerra de razas: « [...] desde su origen y hasta muy avanzado el siglo XIX, e incluso en el XX, es un discurso que también se apoya y a menudo se inviste en formas míticas muy tradicionales. En él se acoplan, a la vez, saberes sutiles y mitos, no diría groseros pero sí fundamentales, pesados y sobrecargados [...] En esa mitología se cuenta que las grandes victorias de los gigantes se olvidaron y taparon poco a poco; que se produjo el crepúsculo de los dioses; que algunos héroes fueron heridos o muertos y ciertos reyes se durmieron en cavernas inaccesibles. Es también el tema de los derechos y los bienes de la primera raza, que fueron escarnecidos por invasores astutos; el tema de la guerra secreta que continúa; el tema del complot que hay que restablecer para reanimar esa guerra y expulsar a los invasores y enemigos; [el de la batalla] que por fin va a invertir las fuerzas y hará de los vencidos seculares unos vencedores que no conocerán ni ejercerán el perdón. [...] va a reactivarse sin cesar, ligada al tema de la guerra perpetua, la gran esperanza del día de la revancha, la espera del emperador de los últimos días, del *dux novus*, del nuevo jefe, el nuevo guía, el nuevo Führer, la idea de la quinta monarquía, el tercer imperio o el tercer *Reich*, que será a la vez la bestia del Apocalipsis o el salvador de los pobres. Es el retorno de Alejandro perdido en las Indias; el regreso, tan largamente esperado en Inglaterra de Eduardo el Confesor. Es Carlomagno dormido en su tumba, que despertará para reanimar la guerra justa; son los dos Federicos, Barbaroja y Federico II, que esperan en su caverna el despertar de su pueblo y su imperio; es el rey de Portugal, perdido en las arenas de África, que volverá en busca de una nueva batalla, una nueva guerra, una nueva victoria que será, esta vez, definitiva». [...] (61, 62). En la clase del 28 de enero, Foucault vuelve a algunos de estos temas en las transcripciones que la guerra de razas tuvo en el siglo XX con el nazismo y el Estado soviético.

enmascaró de silencio y olvido, el Cardenal Richelieu (1585-1642) tuvo que pagar caro por un ejemplar, y a ratos desapareció verdaderamente o continuó una marcha a hurtadillas. Se ha interpretado como una réplica deliberada a *El príncipe* de Nicolás de Maquiavelo (1469-1527), se le ha reencontrado en *La conjuración del conde Fiesque* (1665) de Jean-François Paul de Gondi (1613- 1679), cardenal de Retz; o en las páginas iniciales del *Tratado teológico-político* (1670) de Baruch Spinoza (1632-1677). También se ha dicho que Jean Paul Marat (1743-1793) lo plagió en *Las cadenas de la esclavitud* (1774), especialmente en el capítulo “El pueblo forja sus propias cadenas” o donde se trata de la corrupción que Ciro causó en los lidios, y aparecerá en el órgano monárquico *El amigo de la Revolución* durante la Revolución francesa. En opinión de Abensour y Gauchet, autores de los que hemos tomado los datos anteriores²¹, una edición en 1835 inicia la modernidad del texto, sus lecturas de panfleto de oposición y en la búsqueda de la democracia²². Pero, como insisten estos autores y ya veníamos viendo, al propio siglo XVI pertenece una buena ración de esa modernidad:

De la China a los Andes, los antiguos imperios engendraron sin duda máquinas estatales, en otro aspecto aún más aplastantes que las secretadas por las monarquías europeas del siglo XVI. Pero este aparato burocrático que se edifica en la cabeza de la sociedad deja en la base perdurar un mundo separado del Estado, incluso un

²¹ Ver de la página 11 a la 15 del prólogo

²² En los subcapítulos “Las lecturas militantes” (14-16) y “Las lecturas en busca de una solución” (16-22) Abensour y Gauchet repasan algunas de las interpretaciones del *Discurso* cuya dificultad no dejan de señalar. Así, en estas palabras: «Es una voz única la de La Boétie, que nos dice que la cuestión de la servidumbre voluntaria no se reduce a la del amor a la dominación. La servidumbre no es la aceptación ciega y franca del orden establecido; lo contrario de la servidumbre no es simplemente la sublevación que sacude regularmente el orden establecido. El pueblo es tan capaz de odiar la dominación y combatirla como de consentir su imposición. Es sobre este desdoblamiento, sobre esta articulación, sobre este vínculo interior del deseo de sublevación y de la voluntad de servir, que se trata de centrar la atención». (26) La negativa a leer el texto como literatura militante lista a las manipulaciones tampoco falta. Pensamos, por ejemplo, en las significativas palabras de Santi Soler, en su trabajo “Lectura a triple nivel”: « En nuestro siglo de revoluciones manipuladas, sabemos además que el pueblo se revela y sigue en rebeldía, pero que la servidumbre permanece en el interior del movimiento que quiere producir la libertad; más que el fracaso de los levantamientos para romper con la servidumbre, nos ha tocado aprender la capacidad de las revoluciones para producir una nueva opresión tanto más temible cuanto que se forjó en las aventuras de la libertad.» Ver Soler, 147

mundo anterior al Estado en muchos de sus aspectos. La ambición del Estado moderno, tal como encuentra precisamente sus cimientos estables en la Europa del siglo XVI, es otra por completo. No controlar desde arriba y, a distancia, la sociedad para extraer de ella el excedente económico, sino penetrar literalmente la sociedad, introducirse en sus articulaciones más finas, hacerse dueño de sus engranajes más íntimos. Reglamentar, codificar, redefinir, cambiar, modernizar. “Civilizar”, dirán los grandes agentes ilustrados y los celosos servidores. (Abensour y Gauchet 29)

Mucho nos recuerdan estas palabras las capacidades que va ganando el estado y que Michael Foucault sigue y describe en *Defender la sociedad*: el paso, ya más definitivo en el XVII y XVIII de las relaciones de soberanía a una mecánica de poder más minuciosa, más continua, y también mucho más variada y abundante en ejecutores y destinatarios, en su cadena de relevos. Foucault llama a esto el paso de las relaciones de poder soberano al poder *disciplinario* propio del desarrollo del capitalismo industrial (44, 45): mientras la teoría de la soberanía es «lo que permite fundar el poder absoluto en el gasto absoluto de poder», el poder disciplinario significa «el mínimo de gastos y el máximo de eficacia» (44). Pero volvamos a Abensour y Gauchet, a su comentario sobre la sublevación de la gabela en Guyana, de 1548 -según algunos, el motivo de La Boétie para su *Discurso*:

Algo empieza: la resistencia campesina a la influencia siempre más poderosa del aparato monárquico que las reiteradas exigencias fiscales hacen súbitamente sensible. La opresión cambia de figura, la protesta rompe con el estilo clásico de las revueltas antiseñoriales para ensancharse hasta las dimensiones de una sublevación contra el Estado (28)

Contra el estado, lo que significa en primerísimo lugar contra sus novedades. Y este es, nos parece, uno de los momentos más interesantes de este prólogo al *Discurso*, pues admite lo paradójico de los hechos a la vez que penetra en el enigma planteado por La Boétie, el porqué de la disposición de los hombres a servir:

Lo que la motiva, en cierto modo, es el odio a la novedad. Subrayando la importancia de este rasgo para la comprensión de la hostilidad popular por la gabela, Bercé [Yves-Marie Bercé (1936)] escribe: “Los recaudadores de la gabela no son sólo llamados malvados. Se los tilda de inventores. Enumerando los abusos

del gobierno provincial, que deben ser suprimidos, las gentes de las comunas empiezan cada artículo de su catálogo repitiendo *otro invento...*, *otra innovación...* Los rebeldes no rechazan los impuestos, sólo rechazan más impuestos. Los recaudadores de la gabela son detestables porque sus procedimientos no responden a las costumbres, a la tradición, a los usos inmemoriales que modelan los gestos y la vida de cada cual. Las innovaciones, los cambios, están cargados de desgracias para las pobres gentes. De un hecho considerado odioso, se dice que *el pueblo lo encontraba extraño y nuevo*. Es al pasado hacia el que se vuelve la esperanza campesina. Por otra parte, quizá por este cauce se introduce la utopía en el movimiento. No olvidemos que la guerra de los campesinos no está lejos cuando estalla la sublevación de Guyana, y alguien se ha preguntado sobre la eventualidad de una propaganda protestante subterránea en la inspiración de los insurrectos. Un eco lejano de la “buena nueva”, predicada por Thomas Müntzer [(1489 1525)], pudo haberlos alcanzado, y el anuncio de la restauración del tiempo en el que, cuando Adán cavaba y Eva hilaba, no había ni nobles ni amos, pudo configurar su esperanza. (Abensour y Gauchet 28)

El conservadurismo como liberación, lo regresivo como esperanza..., quizás hay algo de esto al fondo de la irresuelta pregunta sobre el consentimiento de los hombre en servir, sobre el no desear verdaderamente la libertad o desearla con tanta cautela y tan parcial o desgadamente que, decía La Boétie, nunca se llega a conseguirla. Sin poder detenernos más en el largo debate que para su salud y la nuestra todavía lleva a costas el *Discurso*, resaltamos sólo dos cuestiones: Primero, la virulencia de la época tiene su diana en el estado. Claro que como dicen Abensour y Gauchet «no se trata de hacer de un embrión de monarquía absoluta un pariente próximo de nuestros actuales Molocs totalitarios», (estos autores desconfían de las continuidades porque es parte de sus encubrimientos y hegemonías que el estado haya producido una historia de sobrecogedora continuidad), pero tampoco se trata, advierten, de ignorar ese momento de innovadoras mudanzas dentro del proyecto estatal. La segunda cuestión: el nuevo dominio produce un nuevo saber. Un saber que explica, discute, batalla y argumenta la vida social en un diálogo cerrado con el estado. Los autores le llaman ideología, o más aún, nos hablan de la ideología en su nacimiento, algo que imagina y oculta al mismo tiempo, que busca dar

cuenta de la sociedad a partir de ella misma, pero una sociedad que ese mismo estado en discusión ha producido (31, 32). Veamos estas palabras:

El Estado es siempre secretamente ateo. No cree en la obra divina. Tiene buenas razones para no creer más que en la suya. Y, si se apodera de la religión, es para finalmente destruirla. Un día deberá abolirla para establecerse del todo él mismo. Ni Dios ni naturaleza por encima de él, nada en las leyes de la sociedad que esté eternamente destinado a ser respetado. Ningún límite a su derecho de cambiar. Omnipotente y productivo, expresa por todas partes el artificio y la marca de una creación en la comunidad humana. Incluso en el sujeto humano: ningún paro en la fabricación social por encima de la intangible naturaleza psicoantropológica que dictaría sus exigencias a la institución. El hombre del Estado será el *hombre nuevo*. Bajo el efecto de esta negación en marcha de la naturaleza, en esta anulación de cualquier trascendencia que no sea la del Estado mismo, surge un nuevo modo de explicación de la comunidad política. Lo social, en tanto que tal, se hace pensable. El Estado, al imponerse radicalmente a la sociedad, impone otro pensamiento de lo social. (Abensour y Gauchet 32)

De nuevo, no puedo más que encontrar anuncios y familiaridades entre este siglo XVI que ya proyecta su Leviatán, su Ogro filantrópico, y le da batalla, y la idea de una práctica histórica insurrecta, esa historia crítica o desentendida del poder real, con múltiples manifestaciones desde la Antigüedad aunque aplacadas y apartadas por los saberes más prestigiados de la filosofía y el derecho (Foucault *Defender* 62), esa contrahistoria de estirpe aristocrática o popular, metida plenamente en la sociedad civil, en las instituciones, que rebusca en las leyes, se pregunta por el estado presente de las cosas y lo impugna con el recuerdo y la fantasía de sus reanimados antepasados²³. El discurso de la contrahistoria sería esa palabra que no sólo se desentiende o desafía el

²³ De hecho, Abensour y Gauchet observan una similitud entre la pelea política que mueve un texto como el de La Boétie y lo que está ocurriendo en la práctica histórica del momento: «Un paralelo chocante se impone en este punto con el destino de la reflexión histórica del siglo XVI francés, tal como lo iluminó recientemente G. Huppert en una obra apasionante [Georges Huppert, *L'idée de l'histoire parfaite*, trad. franc., París, Flammarion. 1973]. Nos permite ver el surgir de una auténtica crítica histórica, cuidadosa con sus fuentes, destructora de los relatos legendarios del origen, que rompe con la teoría providencial de la historia universal y que ataca la idea de un derecho natural en nombre del historicismo. Sin duda alguna tenemos ahí el doble exacto, en el campo de lo histórico, de la corriente de ideas representada por el *Discurso* en el campo de lo político y la confirmación del hecho de que hay un proceso intelectual de conjunto que afecta a todo lo que tiene relación con el pensamiento de la sociedad. » Abensour y Gauchet 33

poder soberano, sino que va a la par del estado en metamorfosis, esa evolución y ampliación de las capacidades estatales que, sin embargo, contienen, como lo vemos todavía hoy, múltiples formas de la concepción soberana del poder. El florecimiento del capitalismo industrial y la manifestación de unos mecanismos de control que enfocadas en el disciplinamiento de la vida nada tienen que ver con la soberanía y que, de hecho, por la amplitud y la minuciosidad de sus dispositivos se oponen palmo a palmo al dominio basado en la figura de un monarca, ¿no debían haber dado fin a la concepción teórica jurídica de la soberanía? Es una de las preguntas clave que respecto a este tema tenemos en *Defender la sociedad* (44), y la respuesta es que el *poder disciplinario* no sólo no consiguió sacar la soberanía del panorama sociopolítico, sino que ésta misma sirvió, entre otras cosas, para el enmascaramiento del *poder disciplinario*:

[...] esta teoría y la organización de un código jurídico centrado en ella permitieron superponer a los mecanismos de la disciplina un sistema de derecho que enmascaraba sus procedimientos, que borraba lo que podía haber de dominación y técnicas de dominación en la disciplina y, por último, que garantizaba a cada uno el ejercicio, a través de la soberanía del Estado, de sus propios derechos soberanos. En otras palabras, los sistemas jurídicos, ya fueran las teorías o los códigos, permitieron una democratización de la soberanía, la introducción de un derecho público articulado en la soberanía colectiva, en el momento mismo, en la medida en que y porque esa democratización estaba lastrada en profundidad por los mecanismos de coerción disciplinaria ...

Por lo tanto, en las sociedades modernas, a partir del siglo XIX y hasta nuestros días, tenemos por una parte una legislación, un discurso y una organización del derecho público articulados en torno al principio de la soberanía del cuerpo social y la delegación que cada uno hace de su soberanía al Estado, y, al mismo tiempo, una apretada cuadrícula de coerciones disciplinarias que aseguran, de hecho, la cohesión de ese mismo cuerpo social.... Un derecho de la soberanía y una mecánica de la disciplina: entre estos dos límites, creo, se juega el ejercicio del poder. (44, 45)

Y para que sopesemos un poco más los apaciguados anacronismos que han permanecido enquistados y se han hecho naturaleza de las estructuras sociales en que se desarrolla nuestro presente y, valga decir, nuestra batallas y argumentos de hoy, añade:

El discurso de la disciplina es ajeno al de la ley; es ajeno al de la regla como efecto de la voluntad soberana. Las disciplinas, en consecuencia, portarán un discurso que será el de la regla: no el de la regla jurídica derivada de la soberanía sino el de la regla natural, vale decir, de la norma. Definirán un código que no será el de la ley sino el de la normalización, y se referirán necesariamente a un horizonte teórico que no será el edificio del derecho sino el campo de las ciencias humanas. Y la jurisprudencia de esas disciplinas serán las de un saber clínico.

[...]

El hecho de que en nuestros días el poder se ejerza a la vez a través de ese derecho y esas técnicas, que esas técnicas de la disciplina y los discursos nacidos de ésta invadan el derecho, que los procedimientos de la normalización colonicen cada vez más los de la ley, es creo, lo que puede explicar el funcionamiento global de lo que llamaría una *sociedad de normalización*. (46)

En el largo trayecto recorrido por del discurso de la guerra de razas (llamado también «contrahistoria de la guerra de razas» o «discurso de la guerra permanente») hay dos pasajes de gran importancia para nosotros y la literatura de pensamiento que nos es contemporánea. Primero, la posible colonización y neutralización de ese discurso a través de la dialéctica²⁴. Creo que nadie educado en Cuba a partir de los sesenta y hasta bien avanzados los ochenta quedó ajeno al concepto. Fueron años en que hojear (u ojear) un libro, especialmente si éste pretendía ofrecer un panorama cultural o histórico, significaba dar con un puñado de nociones y reflexiones acordes a la filosofía marxista, entre las cuales solía aparecer, y con gran privilegio, esa figura de la dialéctica materialista denominada «ley de la unidad y lucha de los contrarios». Todo lo que fuera de Cuba era guerra y pelea política, en Cuba ya había concluido o eran las trazas del sistema

²⁴ En su clase del 21 de enero Foucault decía: «La dialéctica bien puede aparecer, a primera vista, como el discurso del movimiento universal e histórico de la contradicción y la guerra, pero creo que en realidad no es en absoluto su convalidación filosófica. Al contrario, me parece que actuó más bien como su reedición y su desplazamiento en la vieja forma de discurso filosófico jurídico. En el fondo, la dialéctica codifica la lucha, la guerra y los enfrentamientos en una lógica o una presunta lógica de la contradicción; los retoma en el proceso doble de totalización y puesta al día de una racionalidad que es a la vez final pero fundamental y de todas maneras irreversible. Por último, la dialéctica asegura la constitución, a través de la historia, de un sujeto universal, una verdad reconciliada, un derecho en que todas las partes tendrán por fin su lugar ordenado. Me parece que la dialéctica hegeliana y todas las que le siguieron deben comprenderse -cosa que trataré de mostrarles- como la colonización y la pacificación autoritaria, por la filosofía y el derecho, de un discurso histórico político que fue a la vez una constatación, una proclamación y una práctica de la guerra social» (63).

capitalista en desaparición, trazas de la convivencia antagónica de burguesía y proletariado, de lo decadente y lo naciente, de lo viejo y lo nuevo, una lucha de opuestos tan inevitable como fundamental para el desarrollo y el avance de la vida. Todas las crispaciones sociales se convertían en contradicciones y pasaban por aquella ley de donde salían teóricamente conjuradas. Cuando Foucault habla de la «dialéctica hegeliana y todas las que le siguieron» como colonización y neutralización del discurso de la guerra (63), no podemos más que rendirnos al peso de las evidencias. El otro momento importante habría comenzado a aparecer hacia inicios del siglo XIX, y es la doble conversión de la guerra de razas en lucha de clases, por una parte, y en un racismo biológico social, por la otra. Ya hemos visto algo de esa lucha de clases que la filosofía marxista considera central a la historia de las sociedades, imperecedera ecuación de explotadores y explotados que la comunidad de países socialistas iba a resolver con el triunfo de la clase obrera y la instauración de la dictadura del proletariado. Discurso revolucionario de luchas teóricas, políticas y económicas que, sin embargo, pronto encontró un reverso o un dique:

[...] el discurso de la lucha de razas -que en el momento en que apareció y empezó a funcionar, en el siglo XVII, era en esencia un instrumento de lucha para unos campos [políticamente] descentrados- va a recentrarse y convertirse, justamente, en el discurso del poder, de un poder centrado, centralizado y centralizador; el discurso de un combate que no debe librarse entre dos razas, sino a partir de una raza dada como la verdadera y la única, la que posee el poder y es titular de la norma, contra los que se desvían de ella, contra los que constituyen otros tantos peligros para el patrimonio biológico. Y en ese momento vamos a tener todos los discursos biológicos racistas sobre la degeneración, pero también todas las instituciones que, dentro del cuerpo social, van a hacer funcionar el discurso de la lucha de razas, como principio de eliminación, de segregación y, finalmente, de normalización de la sociedad. (65)

Como se supondrá, con esta sociedad monista y este racismo de estado -que es exactamente como le llama (65)-, Foucault no se refiere sino a esas dos manifestaciones

del ejercicio del poder que el siglo XX conoció a través del nazismo y el socialismo soviético. Mientras el racismo biológico del primero busca insertar su ideología en la escatología y los relatos legendarios medievales que el discurso de las razas en guerra había hecho circular y había dejado a mano: exilios, guerra ancestral, revueltas populares, sojuzgamientos antiquísimos de la raza alemana, o el advenimiento de un tiempo largamente esperado; el socialismo soviético se impone llevar a cabo un saneamiento social de empaque científico (82). Y también ahora volvemos a rendirnos al peso de las evidencias, pues esta descripción de Foucault es precisamente lo que ocurrirá en Cuba, una vez establecido el carácter socialista de la Revolución y mientras se está conformando la hegemonía del partido comunista:

Se trata de retomar y asimilar el discurso revolucionario de las luchas sociales -justamente el que, por muchos de sus elementos, había salido del viejo discurso de las luchas de raza- a la gestión de una policía que garantiza la higiene silenciosa de una sociedad ordenada. Lo que el discurso revolucionario designaba como el enemigo de clase, va a convertirse en el racismo de Estado soviético, en una especie de racismo biológico. ¿Quién es ahora el enemigo de clase? Pues bien, es el enfermo, el desviado, el loco. Por consiguiente, el arma que debía luchar antaño contra el enemigo de clase (arma que era la de la guerra o eventualmente la de la dialéctica y la convicción) ya no puede ser hoy más que una policía médica que elimina, como un enemigo de raza a ese enemigo de clase. (82)

Como indicamos antes, en esta disertación exploramos detenidamente el concepto del diversionismo ideológico, noción salida de las regulaciones internas del partido comunista, pero que el gobierno cubano presentó transformado en un arma de guerra no convencional, empuñada contra los países del campo socialista, y como un peligro que avanzaba a hurtadillas por la sociedad. Varias categorías de individuos se hacen entrar en el rango de los desviados de la ideología del estado socialista, que es, según el discurso salido de ese mismo Estado, el de la nación toda. Ahora, como observa Foucault al comentar estas conversiones del siglo XX, ya no se trata de la raza que «vino de otra

parte, la que triunfó y dominó por un tiempo, sino la que se infiltra permanentemente y sin descanso en el cuerpo social o, mejor, se recrea constantemente en el tejido social y a partir de él» (65); ya no se trata de enfrentar a unos enemigos que han encontrado en las instituciones y en la ley las formas de someternos, ahora no será defenderse de un grupo determinado, sino de defender la sociedad y su estado de unos individuos desalineados, extraviados, y del peligro de irregularidad que ellos representan: «Tenemos que defender la sociedad contra todos los peligros biológicos de esta otra raza, de esta subraza, de esta contrarraza que, a disgusto, estamos construyendo» (65). Como se verá en nuestras páginas “El diversionismo ideológico, una nueva lectura”, entre los señalados por el gobierno como proclives a la ofensa y, poco después, delito, se encuentran desde el escritor joven de formación marxistas pero revisionista de la doctrina, hasta el escritor de origen burgués, de moral presuntamente lastrada por todos los vicios del pasado. Y también aparecen los jóvenes con creencias religiosas, los que gustan de las modas extranjeras y, por supuesto, los homosexuales, uno de los grupos más castigados. Nos detenemos muy especialmente en una exposición que la policía política cubana preparó en 1974, al parecer en coordinación con el Ministerio de Inteligencia de Alemania del Este, la Stasi, sobre el diversionismo ideológico, catalogado ya como actividad contrarrevolucionaria, y en la que fueron expuestos, entre muchas otras cosas, los libros y manuscritos del novelista, poeta y ensayista José Lezama Lima (1910-1976).

El diversionismo ideológico como mecanismo represivo ya no es una cuestión desconocida en Cuba; sin embargo, en nuestra lectura nos interesa poner a la vista no sólo las exuberancias y abusos que permite una ideología, sino también lo que esos mismos excesos enmascaran respecto a las ambiciones personales y los despotismos que esas

ambiciones conllevan. Como veremos, la cuestión del diversionismo ideológico sirvió para esconder o darle un matiz de lucha revolucionaria a una larga cruzada contra viejos comunistas rivales del gobierno de Fidel Castro, peleas de poder más tergiversadas mientras más despiadadas y que, de paso, permitieron el desplazamiento y uso de esa supuesta infracción en el amplio espacio de la sociedad.

Entonces, ¿qué podemos sacar de esta contrahistoria que avanza a la par y en batalla contra el estado hasta demostrarse, a la vuelta de los siglos, una palabra capturada por los mecanismos más normativos o violentos del poder estatal? Concluimos que, en efecto, el poder es fluido y está hecho, no sólo de la movilidad y la sucesión de esas fuerzas que constituyen los individuos, sino también de las ideas que transitan a conveniencia y más fácilmente de lo que suele creerse de unos grupos e ideologías a otros. No se trata de referirse al poder como si fuera «la cosa mejor repartida del mundo, la más repartida, aun cuando, hasta cierto punto lo sea», advertía Foucault (39), se trata de ver cómo el poder es, además de dominación, un horizonte hacia el cual los individuos también se dirigen. Entre las precauciones de métodos que encontramos en *Defender la sociedad* se nos propone evitar una lectura descendente del poder, más ajustada, según parece, a las estructuras de la soberanía, obstáculo y acaso un velo a la hora de comprender las profusiones y minuciosidades que paulatinamente fue ganado el estado hasta llegar a su expresión actual:

[...] lo importante es no hacer una especie de deducción del poder que parta del centro y trate de ver hasta donde se prolonga por abajo, en qué medida se reproduce, se extiende hasta los elementos más atomistas de la sociedad. Al contrario, creo que hay que hacer [...] un análisis ascendente del poder, vale decir, partir de los mecanismos infinitesimales, que tienen su propia historia, su propio trayecto, su propia técnica y táctica, y ver después cómo esos mecanismos de poder, que tienen por lo tanto su solidez y, en cierto modo su tecnología propias, fueron y son aún investidos, colonizados, utilizados, modificados, transformados, desplazados,

extendidos, etcétera, por unos mecanismos cada vez más generales y unas formas de dominación global. No es ésta la que se pluraliza y repercute hacia abajo. Creo que hay que analizar la manera en que, en los niveles más bajos, actúan los fenómenos, las técnicas, los procedimientos de poder; mostrar cómo se desplazan esos procedimientos, desde luego, cómo se extienden, se modifican, pero, sobre todo, cómo son investidos, anexados por fenómenos globales, y cómo unos poderes más generales o unas ganancias económicas pueden deslizarse en el juego de esas tecnologías de poder, a la vez relativamente autónomas e infinitesimales. (39)

Las instancias estatales que el gobierno revolucionario cubano de 1959 heredó y decidió conservar y aprovechar aunque ajustándolas a los nuevos intereses e ideología y agregándole apéndices, como crisoles de justicia incrustados en una vieja estructura, es un excelente terreno donde observar la investidura de poder de los individuos. En el medio intelectual, por ejemplo, las instituciones fueron apareciendo prácticamente a la par que se fue conformando el gobierno. Los rebeldes, los viejos comunistas, los liberales y demócratas republicanos, los estudiantes universitarios, aquellos escritores que querían conservarse independientes, todos llegaron a mostrar identidad de grupo y algún grado de autonomía y todos fueron paulatinamente neutralizados y barridos hacia instancias más abarcadoras, aunque también más centralizadas. No por casualidad la famosa alocución de Fidel Castro “Palabras a los intelectuales”, donde éste aparentó llevar el papel de un árbitro imparcial y honesto en una pelea del gremio artístico sobre la censura, terminó con el cierre del incómodo suplemento cultural *Lunes de Revolución* y con la creación de la Unión Nacional de Artistas y Escritores de Cuba y sus órganos difusores. Es decir, terminó con la reactivación enmascarada y ya institucional de aquella censura en debate. La Revolución, dijo Fidel Castro, no podía dar recursos a unos para que atacaran a otros, de modo que todos debían unirse en una misma entidad, compartir las mismas casas de descanso, los mismos recursos para la formación de talentos, las mismas publicaciones. Y así, a través de aquella armonía impuesta, aquella ladina y oportunista generosidad,

comenzó a tomar forma y una cohesión sin fisuras la institución cultural del estado revolucionario, que como todas las otras instituciones, se demostró tan accesible como abarcadora e indivisa²⁵. Y el individuo fue incorporado y también compelido a unas instituciones estatales de márgenes que no podían ser traspasados sin quedar en el desamparo más absoluto. Todavía hoy, cuando de cara al mundo el gobierno cubano ha consentido la convivencia con organizaciones independientes, y hasta ha redefinido algunas de las suyas como no gubernamentales, existir al margen del estado sigue significando un desafío y un posicionamiento político de extrema fragilidad y peligro.

¿Y qué nos dicen la contrahistoria sobre el ensayo? ¿Qué podemos sacar de ese tránsito donde el ensayista pasó de arquero a diana, a peligro que el estado y la sociedad estatalizada se proponen eliminar? Nos dice que el género del ensayo, como pensamiento sobre el individuo y su entorno tuvo en el polémico siglo XVI, con las innovaciones en el relato de la historia, la vitalidad y usos de la erudición, y la beligerancia y movilidad de las ideas políticas, tiempos muy propicios, y que si el *Discurso*, incorporado desde 1727 a las ediciones de *Los ensayos*, pasó un largo rato visto como literatura y “a la sombra de Montaigne” (Abensour y Gauchet: 13), también cierta vitalidad desafiante habría llegado

²⁵ Leamos estas línea de Fidel Castro en “Palabras a los intelectuales”: «Es un deber de la Revolución y del Gobierno Revolucionario contar con un órgano altamente calificado que estimule, fomenta, desarrolle, oriente, sí, oriente, ese espíritu creador; lo consideramos un deber y esto ¿acaso puede constituir un atentado al derecho de los escritores y los artistas? ¿Esto puede constituir una amenaza al derecho de los escritores y artistas por el temor a que se cometa una arbitrariedad o un exceso de autoridad? De la misma manera podemos albergar el temor de que al pasar por un semáforo el policía nos agrede. De la misma manera podemos albergar el temor a que el juez nos condene. De la misma manera podemos albergar el temor de que la fuerza existente del Poder Revolucionario cometa un acto de violencia contra nosotros ...

La existencia de una autoridad en el orden cultural no significa que haya una razón para preocuparse del abuso de esa autoridad, ¿quién es el que quiere o el que desea que esa autoridad cultural no exista? Por el mismo camino podría aspirar a que no existiera la Milicia, a que no existiera la Policía, que no existiera el Poder del Estado, y que incluso que no existiera el Estado, y si a alguien le preocupa tanto que no exista la menos autoridad estatal, entonces, que no se preocupe, que tenga paciencia, que ya llegará el día en que el Estado tampoco exista (*Aplausos*)» (30, 31).

a Montaigne desde el *Discurso* y su época. A propósito de Montaigne, decía Martínez Estrada en su libro *Heraldos de la verdad*:

Su sentido de la libertad, que es hiperbólico, y su respeto por la dignidad del hombre, a pesar de toda su miseria y perversión, le hacen repugnante la humillación y la servidumbre de cualquier género. En ese sentido La Boétie pudo influir sobre Montaigne. Eran, por otra parte, las ideas de su tiempo, en que abundaban los panfletos contra toda dictadura y hasta los tratados jurídicos contra la tiranía en el ejercicio del poder. (37)

El texto de La Boétie posee una complejidad que, en efecto, bien lo habría acomodado al espacio que su amigo le reservara alguna vez en *Los ensayos*²⁶, sus reflexiones se acercan a acertijos filosóficos pero sin perder una altivez de ánimo que también encontramos en Montaigne aunque por lo general empleada en la defensa de sus temas y perspectiva de escritura. La flexibilidad del género ensayístico, que tanto se menciona, es primero, en Montaigne, una flexibilidad de las ideas, un no aferrarse a razonamientos ni volver a por ellos para desaparecerlos una vez que el tiempo y las nuevas aproximaciones se los han hecho objetables. Su escritura trabajada y pulida a lo largo de los años, hizo suyo el tema de la variedad de criterios y las acometidas paradójicas con que un autor puede referir un mismo asunto. Dos acercamientos muy distintos a la verdad, uno en el libro primero de

²⁶ Abensour y Gauchet reunieron en su prólogo algunas observaciones sobre La Boétie y Montaigne del libro de Michel Butor en *Essai sur les essais*: — Es la lectura misma del *Discurso de la servidumbre voluntaria* que hizo nacer en Montaigne el deseo irreprimible de conocer a su autor, como si, en la lectura de la obra, hubiera tenido el sentimiento casi milagroso de un reconocimiento. En la pasión de libertad que comunica este texto, “reconoció” a un alma a la antigua que vibraba con la misma rebelión que la suya. — Así, se descubre la importancia excepcional que Montaigne concedía al *Discurso* de su amigo para la elaboración de su obra personal. “El libro que Montaigne quiere hacer, y que llegará a ser el primero de los *Essais*, tiene que ser, entre otras cosas, un monumento a La Boétie, su tumba.” — La estructura interna del Libro I de los *Essais*, lo que Butor llama “el enfoque manierista”, confirma este gran propósito. El *Discurso* estaba destinado inicialmente a constituir el centro de la obra alrededor de la cual debía ordenarse el resto. Los dos temas más importantes de los *Essais*, “De la institución de los niños” y los “Caníbales”, hubieran compuesto dos retratos simétricos en relación con el foco principal, al igual que la figura de los tres hermanos en el exilio: La Boétie en el centro con el contrapunto de la de Montaigne y la del caníbal. (11, 12)

Los ensayos, y otro en el libro tercero y último, servirían de ilustración. En el capítulo IX, “Los mentirosos”, nos dice sobre los embustes y sus riegos:

Lo he experimentado a menudo, y graciosamente, a costa de aquellos que hacen profesión de no formar su discurso sino según convenga a los intereses que negocian y según el gusto de los grandes a quienes hablan. Dado que estas circunstancias a las que pretenden someter su fidelidad y conciencia están sujetas a múltiples cambios, han de diversificar al mismo tiempo su discurso. De ahí que de una misma cosa digan ahora gris y luego amarillo, hablen a alguien de una manera, a otro de otra manera [...] (Montaigne 49)

Y concluye:

A decir verdad, mentir es un vicio maldito. Sólo por la palabra somos hombres y nos mantenemos unidos entre nosotros. Si conociésemos su horror y gravedad, lo perseguiríamos con el fuego, más justamente que otros crímenes. (49)

Mientras en el capítulo X, “Reservar la propia voluntad”, donde se refiere a las inconveniencias que para su carácter resultó el desempeño de un puesto público, y los cuidados que puso en cumplir con sus funciones sin olvidarse nunca de sí mismo, leemos:

No es, en efecto, nuevo que los sabios prediquen las cosas como son útiles, no como son. La verdad tiene sus obstáculos, desventajas e incompatibilidades con nosotros. A menudo es preciso engañarnos para que no nos engañemos; y cerrarnos los ojos, adormecernos el juicio para enderezarlos y corregirlos (1500).

La verdad en su reverso de mentira burda y dañina, o la verdad en su reverso de mentira sutil y provechosa, no es una tensión inocua, forma parte de esa escritura exploratoria que recorre todo el libro y que Martínez Estrada veía tan similar en Montaigne y en Nietzsche; ese empujarse a pensar lo mismo una y otra vez, a desafiar la lógica con la intuición, los axiomas con el razonamiento, la vigilia con lo que cuentan de ella los sueños (a menudo sueño que sueño, decía Montaigne, testificando de su cuerpo y espíritu), el discernimiento con lo dudoso, las sistematicidades con la escritura fragmentada, concisa y divagadora. Montaigne era para Martínez Estrada, como Nietzsche, uno de «los visionarios de las verdades que solo pueden expresarse por

metáforas» (213). El peso de lo azaroso; la fuerza e imposiciones del error; el testimonio silente del pasado en los cuerpos; la puesta a prueba de las costumbre y los valores largamente asentados..., todo ello es llevado a una balanza donde el otro platillo, de pronto, aparece ocupado por la verdad. La mentira provechosa, que Montaigne tomó, entre otros, de Platón (habría que juntar a esto sus páginas sobre el Platón titubeante y ajeno a las aseveraciones)²⁷ y que comentó, como acabamos de ver, en relación con las cuestiones públicas, también parece haber sido un redescubrimiento de los siglos XVI y XVII, pues no hay lucha de grupos sin una verdad que funcione para el beneficio de esas sociedades, para la defensas de sus intereses frente a los amplios alcances que pueden mostrar las leyes o el estado. La verdad como instrumento de una lucha partisana es uno de los rasgos más definitorios que encontró Foucault en esa contrahistoria de la guerra de razas:

[...] si ese sujeto que habla de su derecho (o, mejor, de sus derechos) habla de la verdad, esta tampoco es la verdad universal del filósofo. Es cierto que ese discurso sobre la guerra general, ese discurso que trata de descifrar la guerra debajo de la paz, se propone expresar con claridad, tal como es, el conjunto de la batalla y restablecer el recorrido global de la guerra. Pero no es, pese a ello, un discurso de la totalidad o la neutralidad; es siempre un discurso de perspectiva. Solo apunta a la totalidad al entreverla, atravesarla, penetrarla con su propio punto de vista. Vale decir que la verdad es una verdad que no puede desplegarse más que a partir de una posición de combate, a partir de la victoria buscada, en cierto modo en el límite de la supervivencia misma del sujeto que habla. (57)

Pero no fueron sólo los historiadores y sus panfletos belicosos quienes dieron a Foucault la clave de esa verdad transformada en herramienta y legible solo a través del combate; también la encontró en la lectura de Friedrich Nietzsche (1844-1900) -a su vez, un

²⁷ Ver el capítulo XII del libro II, "Apología a Ramón Sibiuda" (754).

admirado lector de Montaigne²⁸- los bríos necesarios para hacer el camino del genealogista, del genealogista nietzscheano donde -inevitablemente, y algo aviesamente también- lo primero que se sabe es que no hay génesis lineales, y que en ese viaje al secreto esencial de las cosas lo que se descubre es «el secreto de que ellas están sin esencia». En su fundamental ensayo “Nietzsche, la Genealogía, la Historia” incluido en el libro *Microfísica del poder*, no demora en darnos este compendio de negaciones sacado de los trabajos del filósofo alemán:

¿La razón? Pero ésta nació de un modo perfectamente razonable, del azar. ¿El apego a la verdad y al rigor de los métodos científicos? Esto nació de la pasión de los sabios, de su odio recíproco, de sus discusiones fanáticas y siempre retomadas, de la necesidad de triunfar -armas lentamente forjadas a lo largo de luchas personales. ¿Será la libertad la raíz del hombre, la que lo liga al ser y a la verdad? En realidad, ésta no es más que una «invención de las clases dirigentes». Lo que se encuentra al comienzo histórico de las cosas, no es la identidad aún preservada de su origen -es la discordia de las otras cosas, es el disparate. (10)

Pensarse y preservar válidos los juicios propios en medio de estos juegos caleidoscópicos de la verdad, es parte de la aventura y de los afanes de estos pensadores. Entonces, nos preguntamos ahora, cuánto de todo esto no habrá pasado también al ensayo latinoamericano y, tarde o temprano, ayudado a su conformación. La transcripciones que hemos visto de la guerra de razas, su recurrente tema de la conquista y de los antiguos derechos contra los de la dominación, sus vínculos con el discurso

²⁸ En su trabajo “De Montaigne a Nietzsche. El retorno de lo trágico” Martin González Fernández hace un buen repaso de los estudios sobre la afición de Nietzsche a *Los ensayos*. Allí cuenta: «Nietzsche es un ávido lector de Montaigne. Lo es desde que, en las Navidades de 1870, Cosima Wagner le obsequiara un ejemplar de los ensayos del bordelés, del que Nietzsche ya no se separará jamás. El libro tiene, desde luego, en primer término un valor sentimental para Nietzsche. Estará asociado a un acontecimiento crucial en su vida -el regalo consagra de alguna forma, la admisión de Nietzsche en la intimidad del círculo de la familia Wagner, en Tribtschen- y a la imagen de Cosima, la «nueva Ariadna». Pero, por encima de ello, el texto tiene para él un valor filosófico de primer orden, razón por la que le ha de cautivar el resto de sus días. Nietzsche citará al bordelés en distintos pasajes de su obra y todavía quince años después, en carta de 21 de marzo de 1885, le confesará a su madre que, si bien no sabría admirar a ninguno de sus contemporáneos, no dudaría en hacerlo respecto a algunos nombres del pasado, entre ellos, por supuesto, Montaigne. » (133)

revolucionario y su devenir más reciente en un racismo de estado que, al menos la sociedad cubana posterior a 1959 ha conocido, indican importante parentescos y continuidades²⁹. Sin embargo, desde sus primeros estudios, el ensayo latinoamericano fue concebido como una escritura que se distinguía de la europea precisamente por su interés e insistencia en las cuestiones políticas y sociales. Como veremos en las páginas siguientes, la concepción de un ensayo americanista sirvió para establecer unas distinciones entre la escritura comprometida y batalladora del nuevo mundo y la universalista y esteticista del viejo continente que, a la manera de esas nociones forjadas por el voluntarismo interesado de los estudiosos ante los que Nietzsche se encarnecía y sonreía, y, así de rudimentarias, se convirtieron en valores, tomaron el peso de un principio y, llegado el momento, sirvieron de fundamento a la estima de unas obras y el

²⁹ De hecho, la conquista de América habría formado parte de la contrahistoria y no sólo como ejemplo de conquista sino como argumento en las peleas del momento. En *Defender la sociedad* Foucault provee un ejemplo de finales del XVI que le parece admirable, pues la conquista de las tierras americanas es empuñada en la lucha parlamentaria del siglo XVI en Inglaterra, una lucha de derechos que se remonta a la conquista de los sajones por los normandos. En *Defender la sociedad* leemos sobre la analogía entre Inglaterra y América: «Creo que quien la formuló por primera vez en 1581 fue Blackwood [Adam Blackwood (1539-1613) (En nota 18: A. Blackwood, *Adversus Georgii Buchanani dialogum, de juri regni apud Scotos, pro regibus apologia*, Poitiers, 1581), en un texto que se llama *Apologia pro regibus*), en el que dice lo siguiente, que es muy curioso: “por cierto, hay que comprender la situación de Inglaterra en la época de la invasión normanda como se comprende hoy la situación de América frente a las potencias que todavía no se llaman coloniales. Los normandos fueron en Inglaterra lo que los europeos son actualmente en América”. Blackwood hacía un paralelo entre Guillermo el Conquistador y Carlos V. A propósito de este último, decía:

Ha sometido por la fuerza una parte de las Indias occidentales y no dejó a los vencidos sus bienes en nuda propiedad sino simplemente en usufructo y mediante una prestación. Pues bien, lo que Carlos V hizo en América, y que nosotros consideramos perfectamente legítimo porque hacemos lo mismo, no nos engañemos, los normandos lo hicieron en Inglaterra. Los normandos tienen en Inglaterra el mismo derecho que nosotros tenemos en América, es decir, el derecho que corresponde a la colonización.

Y en ese final del XVI tenemos, si no por primera vez, sí al menos una primera vez, creo, una especie de efecto de contragolpe de la práctica colonial sobre las estructuras jurídico políticas de Occidente. Nunca hay que olvidar que la colonización, con sus técnicas y sus armas políticas y jurídicas, trasladó sin duda modelos europeos a otros continentes, pero también tuvo muchos efectos de contragolpe sobre los mecanismos de poder de Occidente, sobre los aparatos, las instituciones, las técnicas de poder. [...] [lo que tuvo el efecto de] algo así como una colonización, un colonialismo interno. Foucault *Defender* 99, 100

desecho de otras. Los vínculos entre un Montaigne de «perspectiva utópica, libertaria, naturalista, pagana, crítica, [que] alienta siempre bajo el velo de su conservadurismo político y de su sumisión religiosa», el amigo devoto de La Boétie, devoción que acaso es muestra de su gran inconformismo, según las palabras J. Bayod Brau en el estudio introductorio a *Los ensayos*, (XLVII), el Montaigne inquieto, censurado y a veces, por sagacidad ante la censura, en clave, y el José Lezama de los ensayos *La expresión americana*, *La cantidad hechizada*, *Confluencias*, condenado al ostracismo por el estado revolucionario, no son los vínculos de los autores resguardados en castillos y torres de marfil, ni la de los hombres de letras, los sentados y quedados al margen de mundo que los hombres de acción han tenido la entrega y el coraje de conquistar, son los vínculos más huidizos de la sensibilidad y de los dones del pensamiento, y también los de las batallas políticas, zigzagueantes, perpetuas y, a menudo tan cruentas como falaces.

IV. Montaigne, *madre del ensayo*

En esta disertación hacemos no tanto la historia del ensayo cubano como la de su destrucción. La Revolución pretendió ser comienzo de muchas cosas, todos los géneros sufrieron con ese afán pero probablemente ninguno en mayor medida que el del ensayo, su naturaleza de palabra literaria y artística con alcance social lo llevó al centro de los conflictos y reajustes. Otro problema fue la existencia de una tradición de pensamiento y de obras importantes del periodo republicano, su difícil convivencia con los avances hegemónicos de la nueva ideología. Hubo un interés específico en la eliminación de unos determinados autores, pero no debe descontarse la de aquéllas ideas que habían circulado ampliamente desde finales del XIX; por ejemplo, los pormenores de las luchas independentistas de 1868 y 1895; el descontento de la clase burguesa y los intelectuales con la República; o los debates de los años veinte y treinta, muy libres y arrojados, sobre la opción para el país del socialismo³⁰. Estas tres cuestiones se volverán tabúes o asuntos que sencillamente quedaron sepultados por los nuevos temas o enfoques. El generoso sistema editorial de la Revolución fue, además, un manto de palabras que cayó sobre muchas otras. Estudiar el empobrecimiento que sufrió ensayo cubano después de 1959, los elementos propios y foráneos que ayudaron a ello, donde los hay desde muy

³⁰ Como cuenta Mario Juan Valdés Navia en su trabajo "Umbral: el minorismo matancero en el contexto de la crisis de la Primera República burguesa", una buena muestra de estos debates la tenemos en la actividad de los intelectuales del Grupo Minorista de Matanzas, 1927-1928. En su manifiesto anunciaron "tratar aquellas cuestiones filosóficas y sociales que son, actualmente, problemas por resolver" y entre los temas que prometían estaban: las tendencias del socialismo, el papel del individuo en la sociedad, el imperialismo norteamericano y su relación con los problemas cubanos, y los derechos de la mujer. En su trabajo Valdés Navia recuenta las conferencias y puntos de vista contrapuestos de dos de los miembros del grupo sobre la opción del socialismo: el ensayista Fernando Lles y Berdayes (1883-1949), y el orador y también ensayista Medardo Vitier Guanche (1886-1960). Mientras M. Vitier defiende la posibilidad de un socialismo donde el Estado no ocupe el papel preponderante que había adquirido en el llamado socialismo real de la Rusia soviética, Lles hará una defensa del individualismo y se decantará por las tendencias liberales. Ver Valdés Navia, *Cuba posible*.

elementales y azarosos hasta los muy agresivos y sofisticados, dejará ver la rapidez con que puede arruinarse el trabajo de varias generaciones. Pero, igualmente, lo difícil que es borrar del todo las obras de unos autores, una época o una tradición: la cultura de un país posee vigores desconocidos, persiste y, a veces, hasta progresa en secreto, aguarda hasta que aparece el momento de los rebrote.

Una dificultad añadida y poco tenida en cuenta cuando se estudia el periodo revolucionario es la tendencia a ver sus prácticas represivas como privativos del sistema o, a la inversa, a atenuarlas y desatenderlas debido a su similitud con sucedidos en otros periodos, regímenes o ambientes políticos. Ambas pueden resultar lecturas limitadas y que deformen los hechos. A nosotros nos interesa observar las continuidades e incluso la retroalimentación entre las prácticas de poder del periodo revolucionario y nociones o actos presumiblemente ajenos pero que en realidad son las piezas dispersas de un mismo asunto. Por ejemplo, la porfía en torno al ensayo no era nueva para 1959 ni, como venimos viendo, terminó con los excesos a que llegara entonces: apareció desde mucho antes, al parecer aún continúa, y sus causas rebasan la oposición de ideología y estética con que suele resumirse. Una idea de lo persistente que ha sido la porfía en torno al ensayo la dará este dato: en 1945 se publica *Del ensayo americano*, de Medardo Vitier y las páginas de Enrique Anderson Imbert (1910-2000) “Defensa del ensayo”. Es decir, el género apenas comenzaba a historiarse cuando ya se escribían páginas en su auxilio. Se dirá que una historia es también puede ser un alegato y, en efecto, de cierto modo el trabajo de ambos autores no se contraponen. Sin embargo, estos dos centinelas del género llevan armaduras muy distintas que será provechoso revisar.

¿De quién defiende Anderson Imbert el ensayo? No es todavía una de esas quejas habituales sobre los que han convertido el género en un cajón de sastre o contra los que buscan conservarlo en su pureza; sus páginas se dirige a los amantes de los métodos bien sostenidos y las suculentas listas bibliográficas; a los sistemáticos, los tratadistas, a los fanáticos de la Filosofía que ven en ésta un rigor y jerarquía que un ensayo -«personal, espontáneo y audaz» -dice-, no podría igualar (Anderson Imbert, “Defensa” 301). No se nos escapa, entonces, que unos años antes, exactamente en 1938, Medardo Vitier había publicado *Las ideas en Cuba*, libro celebrado que desanda tres caminos principales y entretejidos de la cultura cubana del siglo XIX: el saber filosófico, el pensamiento político, y la crítica literaria. Para Medardo Vitier la Filosofía era la escritura fuerte, con médula; lo que nos disciplinaba, nos daba seriedad científica, nos rendía un método, lo que nos enfrentaba a lo diverso y por ello mismo nos enseñaba a tolerar, a condescender - « La tolerancia es flor del intelecto que no brota sino en ambientes de teorías antagónicas» escribió en los párrafos sobre su admirado Enrique José Varona (tomo 2, 168). Recorre amenamente los primeros tiempos de la imprenta en Cuba, las primeras revistas y gacetas, los periódicos, colegios y seminarios, las principales directrices de la crítica literaria, pero nada de ello supera la importancia y autoridad que vio en la enseñanza y el cultivo de la Filosofía. Así, y aunque siempre de manera comedida, *Las ideas en Cuba* es un libro donde los autores decrecen por su demasiado empirismo, su carencia de vínculos interdisciplinarios o por las limitaciones de la doctrina filosófica que siguieron. Éste el caso del propio Varona, en el cual, opinaba, la afición al Positivismo lo ha convertido todo en una ciencia particular, sin relaciones con el pasado, con la historia: una ganancia para las ciencias pero una pérdida para el espíritu filosófico que debió

despertar en sus discípulos y en los ambientes letrados (Tomo 2, 157). Y con Varona en mente, que le había enseñado tantas cosas a la intelectualidad cubana y a él mismo, se lamentaba el estudioso:

¿Qué formación filosófica tendrá quien estudie Psicología, que hoy es una ciencia particular, y no se entere del fluir del pensamiento universal, a través de escuelas y sistemas? ¿Qué intereses contemporáneos vamos a avivar si no nos familiarizamos con Bergson, Husserl, Dilthey, etc.? A más de que es indispensable el estudio de las obras fundamentales, como la *Metafísica* de Aristóteles, el *Discurso del método* de Descartes, la *Crítica de la razón pura* de Kant, para no citar otras que son del caso. Si se enseña Filosofía, no pueden dejar de enjuiciarse doctrinas como el Pragmatismo, el Intuicionismo, la Fenomenología; figuras como Croce, Santayana, Russell. ¿Y el siglo XIX con la influencia de Hegel, de Comte, de Spencer, de Marx? (161)

Así mismo, la primacía de crítico literario que muchos le habían dado en su tiempo a Enrique Piñeyro (1839-1911), fue seriamente puesta en duda pues «le falta, para serlo la capacidad interpretativa que por vía científica o filosófica mira a la totalidad de las relaciones, sin contentarse con las puramente literarias». (tomo 2, 196-7). Un párrafo acaso todavía más ilustrativo lo tenemos cuando explica cómo se forman y progresan los movimientos filosóficos, palabras que habremos de tener en cuenta cuando volvamos a su estudio sobre el ensayo:

[...]los movimientos que en Filosofía merecen el nombre de tales, crean una atmósfera de reflexión, donde los criterios sobre el *mundo* y la *vida* (descomponiendo estas dos realidades en sus varias facetas) se tensionan en *valores*. Los movimientos, además, ponen en circulación las ideas, enriquecen y flexibilizan los intereses del estudioso y aún del simple lector. Son, pues, avivamiento de la conciencia, y señalan, no importa el camino, las vivencias superiores del espíritu. Son primeros núcleos, pero pronto dilatan sus potencias en ondas que afectan a veces la organización de una cultura, o al menos calan en la voluntad de una generación, como pasó con el Krausismo en España, de Sanz del Río a Giner y sus discípulos, transidos todos de superioridad hispánica vital. (159)

Muy distinta es la mirada de Anderson Imbert a la Filosofía, precisamente le molesta que se vea como si campeara sobre todos los oficios de la inteligencia y que se hable de

ella como si existiera de verdad (53). Esta última queja que puede parecer algo candorosa es, acaso, la más avispada; no magnánima con el sistema de pensamiento sino con el hombre, a quien le recuerda su condición de creador, y creador de habilidades tan variadas que ha podido producir, además de ensayos, reflexiones filosóficas. Leámoslo en sus palabras:

Siempre me ha parecido una manifestación de locura esa creencia de que los conceptos pueden independizarse del proceso psicológico que los elabora, sustantivarse como el ectoplasma de los espiritistas, convertirse en “espíritu objetivo” y desde fuera volverse airados contra los hombres que les dieron vida. Fue en un raptó de cordura que Aristóteles elaboró su concepto de los géneros poéticos; pero fue en un largo rato de locura -del Renacimiento al Romanticismo- que esos géneros se hipostasiaron en realidades retóricas y ejercieron un poder insultante sobre los poetas mismos. Yo respeto en muchos hombres sinceros y originales esas indagaciones teóricas a las que me represento con el concepto de Filosofía; pero si me dicen, con el aire desafiante de un Quijote, que la Filosofía (del Toboso o de donde sea) exige algo más que respeto puesto que es la reina sin par de todas las disciplinas intelectuales y yo debo acatarla o morir, entonces me sublevo y aseguro que no conozco a esa señora llamada Filosofía. (53, 54)

1945 parece un año perfecto para hablar de ideas que se volvieron ectoplasmas capaces de humillar a los hombres y hasta de borrarlos de la faz de la tierra. Decimos Filosofía o Ensayo pero bien sabemos de aquellas otras nociones, distintas pero no tanto en su sentido de artificio y en su ajuste al conjunto de las fuerzas arrasadoras, de nación, patria o soberanía del Estado. ¿No era Anderson Imbert autor de un cuento breve en que unos técnicos intentan montar una Academia de Filosofía con unos aparatos que tomaran prestados del Departamento de Guerra? Ciertamente, como también lo era de aquel otro, “Aquiles y la tortuga”, una glosa a la paradoja de Zenón de Elea que en realidad trata de los disfraces que se le pueden dar a un argumento: meros puntos del espacio - le replica Meliso a Zenón- fueron disfrazados de Tiempo: la fama de la ligereza de Aquiles y de la lentitud de la tortuga hizo de pasado; la voluntad de los corredores hizo de presente; y la

meta hizo de futuro. Así la eterna persecución de Aquiles a la tortuga se sostiene y persiste psicológicamente, cuando las matemáticas lo ha probado imposible... Pero el desplante de Imbert a las quimeras conceptuales fue más lejos en sus páginas “¿Quién es el Padre del Ensayo?”, recogidas en su libro *Los domingos del profesor*. Allí achacó a una filosofía de la literatura muy del siglo XIX -filosofía con orejas de burro, dijo, «según la cual los géneros literarios son cuerpos biológicos sometidos a las mismas leyes que regulan la evolución de las especies. Nacen, crecen, declinan y mueren. Y naturalmente (¡naturalmente!), tienen papá» (1)- que a Edmundo Gosse se le hubiese ocurrido precisar la fecha y lugar de nacimiento del ensayo: marzo de 1571, en un cuarto del segundo piso del castillo de Montaigne. Como la Filosofía con mayúscula y tomada como una realidad, el Ensayo con mayúsculas y comprendido como género abstracto y universal, no existe para Anderson Imbert. O existe, pero sólo en la cabeza de los profesores. Lo que sí tiene existencia, advierte, son los ensayos y aquellos que los han escrito, «“los ensayos”, concretos, singularísimos, e irrepetibles en la historia de la literatura. No hay dos ensayistas que los escriban del mismo modo» (1).

De vuelta al estudio de Medardo Vitier, lo primero que sería necesario aclarar es la amplitud de su perspectiva. Se nos anuncia un estudio del ensayo americanista, «prosa en que se exponen y discuten las cuestiones vitales latinoamericanas», desglosado, sin embargo, en dos grandes conjuntos: el ensayo preocupado por las cuestiones culturales - de orden racial, político o económico- y el ensayo de índole histórico nacional o regional (7). Es una restricción que resulta bastante paradójica: mientras más busca estrecharse más se ensancha, lo que explica que en los estudios posteriores éste libro sea mencionado sin discutirse mucho o nada sobre esos deslindes, y se tenga sencillamente como el

primer estudio del género que aparece en lo que había sido la América española. De igual modo, aunque el autor advirtió que no haría una historia del ensayo (7), ni su estudio tendría pretensiones de erudición, ni sería una tarea bibliográfica o biográfica (7), tenemos allí una génesis del género que desde entonces sí ha sido admitida con pocos añadidos y variaciones. Los trazos principales de esos orígenes dicen que el ensayo ya se escribía desde mucho antes de ser reconocido como tal; que su modernidad comienza con la publicación en 1580 de los *Essais* de Miguel de Montaigne y, poco más tarde, en 1597, con las “dispersed meditations” del filósofo inglés Francis Bacon (1561-1626); que demoró hasta finales del siglo XIX para ser acogido en España, un retraso que también va a observarse en sus colonias, aunque aún así Latinoamérica le habría sacado casi un siglo de ventaja a la metrópoli, con obras de los tiempos de las independencias, lo producido por los reformistas caribeños y, ya más adelante, con los modernistas. *Vida de Juan Facundo Quiroga. Civilización y Barbarie* (1845), del argentino Domingo Faustino Sarmiento, suele aparecer como una de las obras iniciadoras del ensayo moderno hispanoamericano, mientras que en España habría comenzado a finales del siglo, con la generación del 98. Para Medardo Vitier no hay verdadero ensayo en la región hasta el siglo XX (idea que, a su modo, tenemos en los estudiosos Shumway y Stabb), con la publicación en 1900 de *Ariel*, pero, como decíamos, admitió los vislumbres y expresiones más plenas del género que los especialistas habían rastreado en tiempos muy anteriores al de los pioneros europeos: los libros sapienciales de la Biblia, las sentencias de Confucio, las enseñanzas de Lao Tse, y, por supuesto, los autores de la antigüedad clásica, con rasgos ensayísticos más discernibles e influencia directa en el ensayo moderno. Las *Confesiones* de San Agustín (Agustín de Hipona (354-430)) o *Consolación de la filosofía*

de Severino Boecio (480-525 (?)) son obras del Medioevo que destaca y, entre las del renacimiento, los *Discursos* y *El Príncipe* de Maquiavelo, *Elogio de la locura* de Erasmo de Rotterdam (1466-1536), y en relieve menor, dice, e *Libro áureo de Marco Aurelio* de Fray Antonio de Guevara (1480-1545) (46-51). Insistía: «¿Qué condición ensayística falta en *Los Nombres de Cristo*, de Fray Luis de León [1527-1591]? Por eso ya Bacon notó en conocida frase: “The word is late, but the thing is ancient” » (49-51).

Observaciones de interés para nosotros, aunque desarrolladas al vuelo en este primer estudio, son las del papel de las revistas y periódicos europeos de los siglos XVIII y XIX. Con las publicaciones inglesas *The Tatler* (1709) y *The Spectator* (1711-1714), creadas por Richard Steele (1672-1729) y Joseph Addison (1672-1719), el género se habría vuelto más habitual, más breve y variado, y menos personal y erudito, es decir, habría comenzado a popularizarse, lo que continuarían la *Édimburgh Review* (1802), la *Quarterly Review* (1809), y muchas otras publicaciones periódicas del XIX (51-52). Medardo Vitier llama la atención sobre el interés en las cosas concretas y cotidianas de los ensayos de Steele y Addison: «Su crítica se detiene en las costumbres. No intenta remover más. Humor, sátira, amenidad, información..., y a salvo la estructura de la sociedad» (55). Podemos argüir que el humor y la sátira poseen largas credenciales de revulsivo social, pero nuestro estudioso con su ostensible tendencia al orden y la buena disposición de sus datos, pudo haber preferido esa nota discreta mientras seguimos a la espera de un ensayo más comprometido, el americanista, que está por llegar en sus páginas. Sobre el desarrollo del género en los Estados Unidos las observaciones son muy breves, apenas se nos ofrecen unos nombres, entre ellos la notoria influencia en Latinoamérica de Ralph Waldo Emerson (1803 -1882). Medardo Vitier, como bien se

aprecia en su libro *Las ideas en Cuba*, tenía un gran conocimiento de las publicaciones periódicas cubanas durante la Colonia, así que es una pena que no se haya detenido más en ese gran momento que significó para la literatura Latinoamericana el encuentro de la cultura cosmopolita y el periodismo batallador del siglo XIX.

Una nota significativa en esos comienzos del ensayo que Medardo Vitier propone, es la resuelta distinción entre dos formas de escritura: la de Montaigne y la de Bacon, una diferencia que será muy recurrida, ya que en realidad significó un trazo entre la escritura exploratoria e imaginativa y la escritura concisa y práctica. Con el tiempo esa quiebra se hará más profunda y ganará muchas réplicas. Siguiendo el juicio de los críticos, dice:

Bacon es conciso; sus cláusulas están repletas de mensaje. Montaigne es discursivo. Bacon reserva su *pathos íntimo*; no se abandona en la vertiente de la comunicación, mientras que Montaigne va revelando en cada página su individualidad. Bacon, en fin, refleja una mentalidad práctica, calculadora, en tanto Montaigne, aunque es un espectador escéptico, colora sus reflexiones de idealidad. Uno y otro hallaron en fuentes clásicas la incitación determinante. (48)

Suscribe las influencias de Platón en Montaigne -naturalidad y gracias de los diálogos- y la de Aristóteles en Bacon -concisión lógica-, pero la influencia de Cicerón, Séneca y Plutarco, a los que ambos recurren con frecuencia, le parecen más relevantes. Cuando ponga su atención en España e Hispanoamérica encontrará ensayistas plenos cercanos a los ingleses aún si el género todavía no se practicaba como tal: el monje benedictino Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764) o, más tarde, el escritor ecuatoriano Juan Montalvo (1832-1889), éste último con la curiosa doble faceta de ser un inicio y un término, pues, según Medardo Vitier, en su obra precursora tendríamos también uno de los últimos ejemplos del ensayo de estas tierras en que se sigue a los modelos europeos:

En Montalvo la semejanza es con Bacon, en punto a temas nada más. ¿No recordamos los del pensador inglés, en sus essays, al leer "De la Belleza", "De la Nobleza", en Montalvo? En el modo de tratarlos y en la extensión difieren. Tales

temas, en un hispanoamericano de fines del siglo XIX parecen como últimas resonancias, por acá de aquel cuerpo de ideas que entretuvo a no pocos escritores del Renacimiento. Según hemos de ver, el ensayo abandonó esos motivos para orientarse en cosas de americanismo. (56)

De manera bastante escueta y presurosa nos vemos desplazados de los temas y estilo de los pioneros a un contraste de más calado, el del ensayo europeo y el ensayo americano, y, ya mismo, el del ensayo universalista y el más específico o regional, un reparto de valores nada extraño en una cultura donde las dicotomías hicieron cátedra y donde todavía aparecen para dar auxilio al pensamiento crítico. De ese ensayo de propósitos regionales participarían por igual los escritores españoles y latinoamericanos del novecientos: «Aquellos se enfrentan con la interrogación de la hispanidad; despiertan la conciencia española. Estos examinan también la hispanidad (en su tradición colonial) y van, gradualmente, penetrando en los problemas contemporáneos» (56).

En “¿Quién es el Padre del ensayo?” Anderson Imbert también se detiene en las diferencias entre Montaigne y Bacon, pero sólo para insistir en que son tan originales y diversos que más nos valdría limitarnos a hablar de autores:

Para Montaigne no había conocimiento más cierto que el de sí mismo, y se sonreía escépticamente de todo lo demás. De esa fecunda matriz se desprendieron sus ensayos, vivos, libres, ágiles, como monólogos interiores. Para Bacon, en cambio, lo importante era rehuir las falsificaciones de la mente y encontrar un método inductivo, experimental, que lo condujera al dominio de la realidad. Montaigne era un genio confidencial, artista del pensamiento, que daba al ensayo la plenitud de sus fuerzas de expresión: “todos me reconocerán en mi libro, y a mi libro en mí”, “el libro es consustancial del autor”. Bacon era un genio técnico –“saber es poder”- para quien los ensayos eran diversiones al margen de propósitos más eficaces, como el *Novum Organum*. (2).

Genialidad confidencial y genialidad técnica..., siempre podremos preguntarnos cuánto de las valoraciones no son únicamente expresión de aquello que los críticos han perseguido y con lo que se han encariñado porque se les *parece*. Como sea, nótese que las

diferencias entre Montaigne y Bacon que ocupan a Medardo Vitier pautan una cronología; comprenden un ligero juicio moral; dan estructura interna, contornos, y cierta solidez de género a esta modalidad literaria. En las páginas de Anderson Imbert las diferencias son lo propio de cada autor, no un arqueo; son sus talentos e intereses; se resaltan autores para minar una idea del Género o del género -con mayúscula o con minúscula, pues decía no creer en ninguno (Skirius 303). Hacia los párrafos finales revisa ese criterio común que él mismo había usado alguna vez, “Montaigne, padre del ensayo”³¹, se entromete en la casa de familia y realiza una nueva y ocurrente distribución de papeles:

Si, para seguir la corriente a Gosse, nos imagináramos el nacimiento del género “Ensayo”, no diríamos que Montaigne fue el padre. Más bien, la madre. El padre fue Bacon.

Montaigne le dio el ser y el nombre, lo acunó en sus brazos, lo crio en su pecho, por el costado del corazón, le enseñó a andar y a hacerse hombre. Desde entonces hasta hoy cada vez que alguien se encuentra con el Ensayo exclama: “¡la viva imagen de Montaigne!”. Afortunadamente para la literatura, el Ensayo salió a la madre.

Bacon, cuando se enteró de que la criaturita había nacido, le hizo una que otra caricia, le cambió algún pañal y luego lo abandonó. No tenía interés en él. En el fondo no lo quería. Y por eso el ensayo no siguió sus huellas. La gratitud, a la madre, que le consagró, exclusivamente, toda su vida. (2, 3)

Valga decir que para la fecha de publicación de estas páginas de Imbert -1965, recordamos- ya tenemos en Cuba una crítica apegada al estudio de Medardo Vitier donde

³¹ En *Defensa del ensayo*, recogido en la antología de John Skirius, dice « [...]los ensayos no son balbuceos en una lengua no aprendida, no son los primeros pasos en un camino que otros -los autores de tratados, tesis, disertaciones y discursos- ya han aprendido hasta el final. Ni balbuceos ni primeros pasos fueron las páginas de Montaigne, “padre del Ensayo”. La historia del ensayo no nos muestra un limbo de indecisos y aprendices, sino una rotunda asamblea de espíritus que se sentían seguros, ingeniosos y cabales» (303). También allí escribió: «Como no creo en los géneros, tampoco creo en las definiciones. Una aproximación escolar sería ésta: el ensayo es una composición en prosa, discursiva pero artística por su riqueza en anécdotas y descripciones, lo bastante breve para que podamos leerla de una sola sentada, con un ilimitado registro de temas interpretados en todos los tonos y con entera libertad desde un punto de vista muy personal. Si se repara en esa definición más o menos corriente se verá que la nobilísima función del ensayo consiste en poetizar en prosa el ejercicio pleno y la fantasía del escritor. El ensayo es una obra de arte construida conceptualmente, es una estructura lógica, pero donde la lógica se pone a cantar [...] (304).

el ensayista francés ni siquiera es mencionado, sólo se hace referencia a Francis Bacon, y ello, también, de la manera más limitada, como vestigios de una escritura con cada vez más escaso ascendente sobre el ensayo latinoamericano y, en particular, sobre el ensayo de la Revolución. Sin proponérselo, ese relato de un género nacido de madre que nos cuenta Imbert, con tiernos cuidados y larga gratitud de hijos, es de una ironía que impacta en la crítica filosófica del siglo XIX y, además, en la del XX, al menos en ambientes doctrinarios y machistas como el de la Revolución cubana, donde la mera vocación literaria de un joven llegó a verse como debilidad y tendencia al homosexualismo³².

Aclaremos ahora que, por supuesto, no adjudicamos a Medardo Vitier ninguna originalidad en la distribución de valores contrastado de que hace uso. Aparte de haber escrito el primer estudio del género en español, y haberle señalado unos orígenes y caminos que, como ya decíamos, la crítica posterior ha acogido sin demasiadas reservas, M. Vitier sólo se vale de unas dicotomías que, bien a través de la cultura o de las escuelas filosóficas, están con nosotros desde hace ya mucho tiempo: «Cada sociedad al definirse a sí misma define a las otras»: helenos y bárbaros, en la Antigüedad; paganos y cristianos, en el Medioevo; civilización y barbarie, en la Modernidad», dice Paz en su *Sor Juana* (1983: 47). También Alfonso Reyes se detuvo en este asunto, y casi como un rasgo psicológico si tomamos por cierta su observación de una inteligencia americana que brota en un mundo siempre enfrentado a grandes disyuntivas: el conquistador que

³² En *La maldición. Una historia del placer como conquista*, del escritor cubano Víctor Fowler (1960), leemos: «Para explicar por qué yo, sin ser homosexual yo mismo, al menos hasta donde eso puede asegurarse, escribo todo un libro sobre un tema como éste, tengo tres razones: una de pura arquitectura literaria (la más banal de todas), la segunda, de carácter más bien social, pues me incomoda cualquier política de exclusión, y la tercera, la decisiva y verdaderamente cuestionadora) está referida al lugar desde donde se habla» Y líneas después: «En cuanto a la política de exclusiones alrededor del homosexual, me disgusta bastante en cuanto me toca como persona y como poeta. Corresponde al terreno de la experiencia de cada uno, la cantidad de veces que nos hemos vistos sancionados como femeninos, débiles, maricones, tan sólo por el hecho de escribir. (10)

encuentra su casa en la tierra a someter; el que se hace parte de una aristocracia indiana y satiriza a los advenedizos y arribistas recién llegados, se distingue y atiza unos resquemores que terminarán en conspiración y separatismo; el letrado que pugna por la nueva realidad o por la vieja tradición: americanista o hispanista; el liberal o el conservador de los tiempos anteriores y posteriores a las independencias; y, finalmente, en la breve serie de Reyes, el que sopesa la realidad del federalismo americano y las nociones humanistas de la filosofía política francesa (400)³³. Una inteligencia, entonces, que a menudo se vio en situación extrema, cuajada en batallas y obligada a imponerse, a validarse, a elegir, y que también pedirá a sus lectores que elijamos. Y, sin embargo, nada de esto impide que notemos los ordenamientos y simplificaciones a que fuerzan o que llevan consigo tales dicotomías³⁴. Si leemos con atención el panorama que nos ofrece Medardo Vitier, hallamos una secuencia de análisis que casi siempre se plantea en esos pares de opuestos, pausa de la que salimos través del valor entendido como el más positivo, hasta dar con otras dos nuevas oposiciones, y así hasta que lleguemos a los momentos últimos y más depurados. (Recordemos, nuestro autor es un apasionado de la filosofía y de esa manera dispone gran parte de su información: como progresos de tesis, antítesis y síntesis. A ratos nos hemos preguntado si su condescendencia crítica no tiene que ver, más que nada, con sus deseos de disimular el marco de esta disposición que domina en sus acercamientos a la literatura). No es extraño, entonces, que finalmente nos

³³ “Notas sobre la inteligencia americana” fue una conferencia de Reyes en la VII Conversación del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual celebrada en Buenos Aires, septiembre de 1936, con el tema “Relaciones actuales entre las culturas de Europa y América Latina”. Reyes *Un hijo* 399-405

³⁴ De cualquier modo, esta tendencia a establecer órdenes y contrastes merecería una nueva atención: en las próximas páginas veremos que si bien la actividad con el lenguaje y, en este caso, la literatura, ha estado sujeta a toda clase de distribuciones y contrastes ordenadores, el lenguaje mismo ha sido concebido como un vehículo de orden del pensamiento y, también, entonces, del entorno. En las páginas de esta disertación, “El dedo meñique bajo la lupa”, volveremos a esa capacidad ordenadora del lenguaje que Michael Foucault estudió tan bien en su conocido trabajo *Las palabras y las cosas*.

hable en los términos de una «marcha gradual del género», en particular de lo que él llama con amplitud el ensayo americanista, mientras se encarga de darnos el panorama de ese avance: Montaigne es de un idealismo sublime y Bacon es pragmático pero ambos son universalistas; los autores latinoamericanos -Steele y Addison mediante- son concretos; también son concretos los españoles novecentistas pero escriben de una España que termina y aquéllos lo hacen de una América que comienza y, así, Sarmiento y Juan María Gutiérrez (1809-1878) son expresión del realismo argentino, «esto es, de esa voluntad histórica con que los hijos de esa nación han escrutado sus orígenes y posibilidades» (57); Montalvo trae los anuncios del humanismo americanista que veremos con Rodó; con Manuel Ugarte (1875-1951) ese americanismo se hace político, un método que, sin embargo, será superado por Francisco García Calderón (1883-1953) con *La creación de un continente*. Finalmente, José Vasconcelos (1882-1959), con la fuerza y amplitud de su espectro temático, y Mariátegui, con la teoría marxista que aplica al Perú, son los autores cenit de este panorama. Aunque Medardo Vitier traza esta serie valiéndose de autores que podemos encontrar o no en el estudio individualizado de su libro, es una idea que considera verificable en lo que entonces lleva recorrido el ensayo del siglo XX. Leamos esta conclusión suya:

[El ensayo] Ha ido de lo abstracto a lo concreto, a las realidades actuales. He señalado algunos momentos indicadores. Al estudiar el conjunto, en que entran muchos otros ensayistas, lucirá mejor esa gradual diferenciación de temas a que llamo la atención.

Aquellas “dispersed meditations”, aquellas reflexiones penetradas de humanidades con que Montaigne iluminó tantos lados de la vida, ceden ahora el lugar a una dialéctica armada de datos. El ensayo acude a urgencias de un mundo que estamos cimentando por acá, quién sabe si más seguro que el de contornos hispánicos, de raíz colonial.

[...]

Se leyó antaño para deleite; ahora para encender en el ánimo la pasión del trabajo y de los designios de nuestra América. Vigilante ensayo batallador, no hay en

estos pueblos a la vez vivaces y dolorosos, preocupación que no haya recogido, ni peligro que no haya avisado, ni sus cultivadores se han dado punto de reposo... (57-58)

De tomarse por cierta, esta soberbia progresión no habría ocurrido sin escollos, pero sólo necesitamos recordar ese momento de *Nuestra América* (1891) en que José Martí dialoga directamente con el *Facundo* de Sarmiento:

El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser del país. La forma de gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país. Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo al exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno y acata y premia la inteligencia superior, mientras esta no se vale de su sumisión para dañarle o le ofende prescindiendo de él... (17)

Y las antinomias mismas se le revelan a Martí como argumentos fútiles y herramientas de batallas terribles y estériles, y comienza a concebir -o a imaginar- nuevas salidas:

Ni el libro europeo, ni el libro yanqui daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa e inerte, se empieza como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos y se saludan. (20)³⁵

³⁵ Esta descripción amorosa y confiada en el amor entre los pueblos latinoamericanos no estaría en contradicción con el espíritu profundamente crítico hacia letrados y políticos de "Nuestra América". Según Mario Santí en el capítulo de su libro *Bienes del siglo*, "Nuestra América y la crisis del latinoamericanismo", el texto martiano no es precisamente una celebración o reafirmación de la unidad entre los países del área, sino una crítica al antiamericanismo de esos mismos países, crítica que colinda con la angustia de Martí por la exclusión de los intereses de Cuba, todavía sin independencia, del Congreso Panamericano de Washington, de mayo 3 de 1890, y por el desdén de los delegados, cosa que, según confesión del poeta, afectó su salud y lo dejó mucho más temeroso de la posible anexión de Cuba a los Estados Unidos. En su trabajo Santí documenta y analiza el aislamiento de Martí y el de su patria dentro de la «ficción piadosa de unidad continental» en que se había desarrollado el Congreso y cómo fue bajo los efectos de ese Congreso que se escribió *Nuestra América*. La pereza de los latinoamericanos hacia el conocimiento de su propia cultura; el menosprecio inicuo e impolítico hacia la raza aborigen; el oportunismo político; y un comportamiento que equivaldría a lo que hoy se conoce como mentalidad neocolonial, son las principales críticas que Martí habría dirigido en su texto a las élites políticas y letradas del continente. Santí hace una lectura novedosa y audaz de las motivaciones y los alcances de *Nuestra América* que han solido pasar inadvertidos. 77-89.

V. El dedo meñique bajo la lupa

Una génesis muy apegada a la de Medardo Vitier pero con una llamada nueva de importancia la tenemos en *Historia del ensayo hispanoamericano* publicada en 1973 por Peter G. Earle y Robert G. Mead, Jr., reedición con algunos añadidos de *Breve historia del ensayo americano* que Mead había publicado en 1956. A los precursores del ensayo que vimos antes se suman ahora los cronistas de Indias y la prosa de los primeros tiempos coloniales. No parece una inclusión caprichosa, el carácter personal de esos escritos, imantados desde luego por la cuestión del Descubrimiento y la Conquista (un visado de *autor latinoamericano* para nacidos en la Península); su apoyo en los poderes de la sátira y la ironía, la vaguedad genérica de esas obras, a medio camino entre la fábula y el testimonio, la literatura y el relato histórico, la biografía y el alegato político, obras a contracorriente de los prestigios que la lírica tendría en Latinoamérica hasta el XIX, no resultan avisos pobres ni extraviados. La privilegiada visión del Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), especialmente los *Comentarios reales*, y la prosa de Sor Juana Inés de la Cruz, aparecen entre lo más singular de esos anuncios. En el capítulo “El ensayo como género literario” del libro de Earle y Mead, leemos:

[...] desde la época colonial hubo prosistas que se dedicaban a meditaciones serias sobre la nueva realidad americana, tan difícil de interpretar a base de las acostumbradas normas peninsulares o europeas. Ya se vislumbra esta tendencia caviladora en varios de los cronistas de la conquista, y dicha preocupación se convierte en una amplia y muchas veces apasionada crítica sociopolítica de la colonia en precursores neoclásicos como Eugenio Espejo [1747-1795] y Concolorcorvo [Alonso Carrió de la Vandra, 1715? -1783]. (11)

No proponen los estudiosos un replanteo de los orígenes de la literatura en Latinoamérica ni se aventura una prioridad del género respecto a Europa, pero las puertas a las interpretaciones quedan entreabiertas. En realidad este destaque de los cronistas de

Indias y la prosa colonial ya estaba en Medardo Vitier, aunque sólo como notas rápidas y enclaustradas en el capítulo sobre la hechura político cultural del continente, diálogo con un trabajo de 1936 de Pedro Henríquez Ureña: “La América española y su originalidad”. A pesar del didactismo de sus páginas, a veces francamente pedagógicas, Henríquez Ureña está entre los autores de *Del ensayo americano* y muchos párrafos se dedican a explicar esa inclusión: aguas medicinales donde pueden irse a curar los «cultivadores de estilos “floridos” (203) », prosa que si no tiene el aliento de un Rodó, resistirá mejor el cambio de los gustos; ensayista que no se rinde a los devaneos de la imaginación, que no se entrega a los entusiasmos y las confesiones y, respecto a los temas, todo un desafío al aprendizaje superficial y a los golpes de efecto. Este rigor formal y de contenido gusta mucho a Medardo Vitier, que también es un pedagogo y siempre vio en el ensayo una mezcla de poesía y didactismo, y que aunque recelaba de la amplitud que iba ganando la modalidad, consintió en la existencia de subgéneros: ensayo epistolar, histórico, político, americanista o, como cataloga al de Henríquez Ureña, ensayo crítico.

Sobre la cuestión indígena, Medardo Vitier por lo general sólo se detiene en los aspectos más lúgubres: la cultura autóctona asediada y decapitada, la falta de instrucción, la dispersión y el estado de miseria presente de las poblaciones, mientras a Henríquez Ureña le interesa todo: lo que había antes de la Conquista, lo que perduró, los indígenas puros que consiguieron recibir una provechosa educación hispánica, los mestizos que integraron círculos influidos por la cultura europea; los americanos trasplantados a Europa y a España, la pintura, las danzas y bailes que circulaban entre los dos mundos; le parecía, como al Reyes de “La inteligencia americana”, que lo significativo de muchas obras del periodo colonial o contemporáneas no tardaría en tener connotaciones

universales; veía gran originalidad en la arquitectura barroca que, además de haber ganado rasgos propios, había llegado a influir en la española del XVIII (16). Y, como ya decíamos, se refirió a una corriente de creación literaria auténtica con inicios en el siglo XVI: el Inca, Juan Ruiz de Alarcón (1581-1639), Sor Juana, Andrés Bello, José María Heredia (1803-1839), y en los últimos cien años, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí, Rodó, Rubén Darío (1867-1926) (18). Para el cubano, Henríquez Ureña era un maestro y un orientador tanto en asuntos de la cultura europea como en la del continente americano; un autor imprescindible en ese debate sobre la independencia cultural que ya desde las primeras emancipaciones del continente no deja de ganar pujanza, y fundamental en la perspectiva de un libro como el de Medardo Vitier sobre el ensayo americanista:

Cree que hay parte de razón en los criollistas y parte en los europeizantes. Las sanas influencias europeas no estorban nuestra originalidad, pues «aquella comunidad tradicional afecta sólo a las formas de la cultura, mientras que el carácter original de los pueblos viene de su fondo espiritual, de su energía nativa». Aquí se manifiesta lo central de Henríquez Ureña sobre el americanismo literario. (213)

“La América española y su originalidad” termina con una nota que bien podría haber servido de preliminar al estudio de Medardo Vitier: «La época nueva, el momento presente, se carga de interrogaciones sociales, se arroja al mar de todos nuestros problemas» (18). Sin embargo, más que al cubano, que apenas las observa y que se concentra en el siglo XX, las ideas de aquel estudio parecen haber aprovechado a Mead y a Earle. El descarte parcial y la modificación de los patrones literarios europeos o peninsulares, insuficientes en la nueva realidad americana, habrían dado una literatura suigéneris, espontánea en unos casos, cultivada en otros, y a la larga, dicen los autores, tributaria del ensayo. Aunque no nos digan que el género surgió en América con las *Cartas de relación* o con la prosa de los primeros tiempos coloniales, la idea de la

singularidad literaria ya hace de vínculo entre aquellas primeras obras y el ensayo de los siglos XIX y XX:

[...] no olvidemos que la inquieta intelectualidad hispanoamericana siempre se ha sentido algo rebelde ante los géneros. La falta de creencia en los géneros de Anderson Imbert no es un caso aislado. Desde las *Cartas de relación* de Hernán Cortés hasta la *Historia de los cronopios y famas* de Julio Cortázar, y pasando por el *Facundo* de Sarmiento y las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma, el individualismo de forma siempre ha sido notable. Ello explica, en gran parte, la riqueza expresiva y la estructura tan variada del ensayo hispanoamericano. (12)

Como se ve, el asunto de América frente a Europa ha perdido mucho de su candor. Lo impar de la escritura latinoamericana, aquello que se decía había emergido por raíces más antiguas que la savia, ya no es tanto del orden de las consecuencias como del orden de la voluntad. O, más precisamente, la singularidad americana, tras un tiempo de concientización, se reformula como propósito. Todo lo accidental, lo caprichoso, lo espontáneo, ya no tiene formas mejores que las del empeño. No hay que olvidar que si Mead y Earle sopesan estudios del género hechos entre los años veinte y los cuarenta, el suyo es de los setenta, es decir, que lleva a cuestas más de medio siglo de escuelas literarias y de batallas ideológicas. El modernismo, la novela regionalista, las vanguardias, las polémicas sobre la tradición y las influencias europeas, la cuestión demográfica en todos los países del continente, las propuestas del Realismo mágico y lo Real maravilloso, el Boom de la novela latinoamericana y -para no dejar por obvio el hecho en torno al cual gira esta disertación-, la Revolución socialista cubana, con su enorme impacto en la educación y la cultura nacional y en el continente..., todo eso ha ocurrido para entonces y ha tenido una atención accesoria o primaria en el ensayo. Así, en el libro de Mead y Earle seguimos una historia y valoración bastante usuales pero, a la vez, entreveradas por los ecos de los tiempos que corren. De hecho, un dilema común a

todo estudio o panorama de este tipo radica en cómo o hasta dónde observar las viejas definiciones del género, y cuánto de originalidad o de arbitrariedad hay en un acercamiento *nuevo*. Un signo de lo que está ocurriendo para los años setenta lo tenemos en estos párrafos, donde los autores, después de incluir brevemente las entradas del *Diccionario de la Real Academia Española* y el *Random House Dictionary of the English Language*, se deciden, no por una, sino por tres definiciones del ensayo igualmente válidas. Citamos entonces con la generosidad debida:

[...] el ensayo cubre una parte considerable del *spectrum* literario. Imagínesse una raya horizontal que representa una sucesión de materiales semejantes, o sean los escritos de tipo ensayístico. Si dividimos está raya por la mitad y al segmento que apunta hacia la izquierda le señalamos las características de formalidad, objetividad e interés por lo intelectual, asignando al mismo tiempo las de informalidad, subjetividad e interés por lo imaginativo al segmento que apunta hacia la derecha, podremos decir que esta raya simboliza aquella extensión o zona del *spectrum* literario que denominamos ensayo. Hacia el extremo del segmento de la izquierda se encontrarán los tratados y monografías; luego, de la izquierda hacia la derecha, se encontrarán los ensayos formales -biográficos, históricos, críticos, expositivos en general. Cerca del punto divisor estarán los artículos de fondo de los periódicos, reseñas de libros y artículos de revistas y periódicos. Por el lado derecho aparecerán escritos de una naturaleza progresivamente más informal: ensayos personales, impresionistas, humorísticos, meros esbozos o *esquisses*. (Earle y Mead 8)

Espectro amplio pero que posee esta variante:

Es posible, también, otro concepto más restringido y literario del ensayo. De acuerdo con este concepto, sólo cabrían dentro del género los ensayos formales, biográficos, históricos y críticos, y los informales, ensayos humorísticos y esbozos. (8)

Y sobre esta última, a su vez, se impone el siguiente esclarecimiento:

En la imprecisa zona literaria denominada ensayo se entrecruzan, además, como ya se ha insinuado, elementos de otras categorías literarias, principalmente de la didáctica y de la poesía. El ensayista expone nociones con el intento de comunicar su criterio en torno a un asunto, pero no ordena sus ideas ni las concibe fríamente, como en un tratado, sino que estas reflejan una efusión viva, más o menos contenida, y un estilo más flexible que el de los libros de enseñanza. “Doctrina, sí, pero diluida en el comentario animado o en la meditación alada”, es como Vitier resume metafóricamente este aspecto del ensayo. (8)

En realidad Medardo Vitier se refirió a didáctica y poesía no como elementos foráneos y de una eventual participación en esta modalidad, sino como el centro de su naturaleza contrastada. Pero no nos interesa revisar minuciosamente todas estas propuestas, sólo señalar cuánto terreno ha ganado ya -al punto de hacer tan vacilante su definición- esa idea del ensayo como un género útil a objetivos muy disímiles y con formas diversas, escritura en una tradición y, a su vez, a merced de los cambios propios de la modernidad, esos que Alfonso Reyes había explicado en sus páginas “Las nuevas artes”, de 1944, y que cerró con la definición muy repetida desde entonces del ensayo, «centauro de los géneros»³⁶. Ya en una conferencia leída en el evento de 1969, “El ensayo y la crítica literaria en Hispanoamérica”, Earle había expresado su conformidad con el Quirón de Reyes. En acuerdo con éste, decía a propósito de la inestabilidad de las fronteras genéricas:

Las imágenes -plásticas, cinematográficas, religiosas, mitológicas, fotográficas, y hasta musicales- confrontan a las palabras, haciéndoles feroz competencia. La *percepción* llega, en nuestra literatura, a predominar sobre el *concepto* -no sólo por impulso estético o crisis ideológica como sucedió en el Barroco e Ilustración europeos- sino también por la naturaleza de la comunicación misma.

[...]

Las formas tradicionales se deshacen, o se rehacen, mezclándose técnicas y estilos. Estamos, con nuestros nervios, temores y violencias, en una época de profunda *hibridación literaria...* (24)³⁷

Y esta concepción amplia del género continuará siendo observada en el trabajo posterior que realiza con Mead, *Historia del ensayo americano*. Pero, insistimos, tampoco nos

³⁶ Sobre lo que estaba ocurriendo en las artes para la cuarta década del siglo pasado, decía Reyes: «La literatura se va concentrando en el sustento verbal: la poesía más pura o desasida de narración, y la comunicación de especies intelectuales. Es decir, la lírica, la literatura científica y el ensayo: este centauro de los géneros, donde hay de todo y cabe todo, propio hijo caprichoso de una cultura que no puede ya responder al orbe circular y cerrado de los antiguos, sino a la curva abierta, al proceso en marcha, al “Etcétera” cantado ya por un poeta contemporáneo preocupado de filosofía» Reyes. *Páginas* 689.

³⁷ Las memorias del evento, *El ensayo y la crítica literaria en Hispanoamérica*, fueron publicadas en 1970.

interesa permanecer en la polémica sobre cuál es la definición o la opción más válida del ensayo, si el más o el menos literario, el más o el menos proteico, el más o el menos poético, etc. Recorremos estas disquisiciones para hallar y mostrar momentos en que se acoplan o dan lugar a la infiltración y el enmascaramiento de estrategias políticas concretas que afectan a los autores y también a la modalidad. A la ya difícil definición del ensayo se suma, entonces, la cuestión del autor latinoamericano en rebeldía. El coloniaje, la diversidad lingüística, las poblaciones trasplantadas y heterogéneas, la cuestión religiosa, los carentes o desiguales programas educativos, el subdesarrollo económico y el caudillismo, también podrían haber dado cuentas de una literatura desajustada de los patrones genéricos europeos, sin embargo, el escritor aparece ahora como el agente principal de la riqueza y variedad expresiva y formal del ensayo en la región. Las singularidades se cargan de propósito. Como se ve, hay aquí una mudanza en la historia del género tal y como se había venido contando. Ya la original escritura americana no lleva como eje la exuberante naturaleza de la región, la secreta persistencia del mundo precolombino de que hablan Ureña o Vasconcelos, los múltiples sincretismos o la compleja historia que le han dejado los siglos de conquista y coloniaje, sino cierta voluntad de quien escribe, lo que también debe entenderse como cierta conciencia respecto a su trabajo y respecto a la literatura regional y metropolitana. Podía decirse que estamos en un nuevo comienzo pero que los autores quisieron llevar desde su actualidad, los setenta del siglo XX, hasta los días de las Crónicas de Indias.

Y no se trata de que queramos negar las posibles intenciones y propósitos de los escritores latinoamericanos; si hemos insistido en que el ensayo europeo surgió en un medio de revueltas, desafíos al poder y reescrituras de la historia de las cuales, a su

modo, formó parte, no habría razón para negarle valores semejantes al americano. Sin embargo el problema aquí es otro. Radica en que el ensayo americano, después de los desgajes del europeo que la crítica le ha ido argumentando, se ha hecho y ha insistido en unas distinciones temáticas y formales que ya nunca más van a desaparecer y que, a la larga o a la corta, se convertirán en argumentos para la decantación de autores y obras. Semejantes distingos no parecen el propósito de Earle y Mead que, de hecho, hablan de manera muy general sobre un inquieto autor latinoamericano frente a la tradición europea, pero se trata de una perspectiva que difícilmente admitía lecturas inocentes en las décadas de los sesenta y los setenta.

En su conferencia “El ensayo hispanoamericano como experiencia literaria”, leída en el evento de Toronto que recién mencionamos, Earle nos habla de una escritura que no distingue entre contenido y calidad literaria. Para este estudioso el ensayo de la región ha sido y es americanismo, un ejercicio de la voluntad, un combate, y todo eso, a su vez, ha sido literatura. Puede decirse que si Medardo Vitier va del ensayo europeo al americanista, lo que tenemos en Earle es americanismo literario:

Schopenhauer primero, y Ortega y Gasset después, comprendieron que el intelecto es una forma auxiliar de la voluntad, y no al revés. Voluntad es deseo con tendencia; y la voluntad es, creo, el fundamento central de la literatura toda, particularmente del ensayo, y más particularmente aún, del ensayo hispanoamericano. (26)

Y unas líneas después:

El ensayista es en parte un aventurero y en parte un analítico, un Don Quijote simultáneamente alucinado y desengañado, es decir, uno que sueña con Dulcinea, pero se acuesta con Maritornes; porque la vida intelectual hispanoamericana ha sido, en efecto, amplia confirmación del principio hegeliano de que la historia es una confluencia inevitable de “necesidad” (el proceso “latente y abstracto del espíritu”) y de “libertad” (el proceso de la “voluntad consciente de los hombres”). Esta confluencia es la materia en torno de la cual el ensayista hispanoamericano alumbra su tema conflictivo ya mencionado: la existencia frente al sueño. (26)

El americanismo literario resulta aquí una concepción completa, indivisible, del ensayo: no se interroga cuál de ambos ingredientes debe ser el predominante, de hecho, ya ni siquiera parece que haya ingredientes. Lo que tenemos en la conferencia de Earle en Toronto, así como en su libro en colaboración con Mead, es una travesía continua de lo heroico del XIX al pragmatismo de los inicios del siglo XX y a los escepticismos ya no regionales sino universales que afloran en los años de entreguerras. De Sarmiento y Martí al Octavio Paz de *El laberinto de la soledad* (1950) o *El arco y la lira* (1956). O, también, por mencionar a algunos otros, de Alberdi, Montalvo y Manuel González Prada (1844-1918) a Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964), Eduardo Mallea (1903-1982), H. A. Murena (1923-1975). En ese trayecto que traza Earle, de la voluntad libertaria a la acción y de la acción a un relato de la historia más revelador pero también más crítico, más dramático, y a veces francamente escéptico y desesperanzado, hay muchos grados: maneras cada vez más propias de posesión del lenguaje, indagaciones en la psicología y el carácter nacional, incómodas por su contenido pero de escritura y discernimiento muy elevados; una estética de la conducta que llega desde los tiempos del romanticismo, del modernismo, y en la cual «Ser heroico, valiente, y noble era lograr -en acción o creación- alguna forma de belleza» (29), y, finalmente, la escritura como subversión. Más que cortes o quiebras insalvables, lo que se nos ofrece es un trayecto ágil, ondulante, aunque no exento de crisis. En coherencia con el estudio de Toronto leemos en *Historia del ensayo hispanoamericano*:

El arco iris idealista de los soñadores del siglo pasado [XIX] se ha desvanecido. El antiguo drama del bien y del mal, tema obsesivo desde los últimos románticos hasta los últimos modernistas, cede el paso al tumulto de nuevos y más confusos problemas, y el tono puede situarse en una trayectoria que apunta desde una actitud viva de esperanza hacia la postura agonizante, escéptica, interrogante, de nuestros tiempos. Con su flexible molde de “centauro” genérico el ensayo, junto con la

nueva novela, ha evolucionado al compás de la historia, adquiriendo riqueza de forma y de espíritu. (75)

Si bien parece cierto que desde finales de la Primera Guerra Mundial y los años de la Guerra civil española comienza otro momento del ensayo hispanoamericano -que los tiempos oscuros produzcan buena literatura, como dicen los autores, no es una falsedad, aunque tampoco es una pauta-, y que los conflictos del siglo ampliaron el género en temática, en profundidad, y en recursos críticos y un humor saludable, puede decirse que para los años setenta en que Earle y Mead publican su estudio, el ensayo ha comenzado a dar muestras de una mengua de la que cual, a juzgar por las quejas de sus lectores, todavía no ha salido. Pero Earle y Mead no se refieren precisamente a este declive, se refieren a una crisis que ubican en el periodo de entreguerras y a la que dan una raíz ontológica que, entonces, no hay que confundir con lo provocado por la censura política, el barrido de autores, la imposición de métodos y temas que se verán en un medio como el de la Revolución cubana, ni confundir tampoco con el cientificismo y la pobreza literaria e imaginativa que desde los setenta marca de manera más general al ensayo y que también comentaremos. Es una pena que Earle y Mead hayan notado y, a la vez, dejado pasar la ocasión de reflexionar sobre esa «postura agonizante, escéptica, interrogante», que notaron en el periodo de entreguerras del siglo XX, y que, más que una crisis latinoamericana, era y continúa siendo una circunstancia de la cultura occidental moderna. Una circunstancia que confluye, se empalma o se impregna de los conflictos bélicos y políticos del siglo, pero que viene de antes y se expresa con una especial nitidez en las relaciones del escritor con el lenguaje.

En realidad, mientras más universal se vuelve el ensayo latinoamericano, más parece participar de esa literatura vuelta hacia las cuestiones del lenguaje, cuestión que viene

tomando peso desde el siglo XIX, y que tendrá entre las obras más alusivas *Carta de lord Chandos*, publicada en 1902 por Hugo von Hofmannsthal (1874-1929)³⁸. ¿Es un azar que esta misiva, que trata no precisamente sobre la esterilidad literaria, sino sobre la imposibilidad de continuar aprehendiendo con palabras lo inefable o lo común de la vida, haya sido *enviada* a Francis Bacon?: escrita con mano anacrónica, la carta está hecha de dos tiempos nunca recortados o definidos del todo sino sinuosos y entremezclados, como juegos de sombras que avanzan o retroceden: el pasado del gran estilo y el tiempo de una actualidad transida de emociones pero dudosa de sus juicios y de su expresión. Recordamos algo de la afligida cotidianeidad que el lord relata:

Mi espíritu me obligaba a ver con una proximidad inquietante todas las cosas que aparecían en tales conversaciones: igual que en una ocasión había visto a través de una lente de aumento un trozo de la piel de mi dedo meñique que semejaba una llanura con surcos y cuevas, me ocurría ahora con las personas y sus actos. Ya no lograba aprehenderlas con la mirada simplificadora de la costumbre. Todo se me deshacía en partes, las partes otra vez en partes, y nada se dejaba ya abarcar con un concepto. Las distintas palabras flotaban alrededor de mí, cuajaban en ojos que me miraban fijamente y en los que yo a mi vez tengo que sumergir mi mirada: son remolinos a los que me da vértigo asomarme, que giran sin cesar y a través de los cuales se llega al vacío. (19, 20)

Observación, hábito, distribución espacial de las cosas, lenguaje, objetos y sujeto de la experiencia, todo está aquí bajo impacto. El más pequeño de los dedos de la mano como un paisaje de texturas subyacentes o despejadas, amplificaciones que un sujeto hiperestésico, frente al cual el mundo ha perdido toda suerte de disposición armoniosa y en escalas, repite anómalamente en su cotidianeidad. También en el estudio fundamental *Las palabras y las cosas*, Michael Foucault se detiene en el ojo posado en la lente,

³⁸ Muy difundida y comentada en nuestros días, *Carta de lord Chandos* no era desconocida en los círculos cultos cubanos de la República. Una mención aparece en el Prólogo de Cintio Vitier, el hijo de Medardo Vitier, a *Mózar* ensayando su *réquiem*, de Tristán de Jesús Medina (1831-1886), publicado en 1964 por la Biblioteca Nacional José Martí, Colección cubana.

exactamente en el microscopio, pues la función de la mirada fue clave en la reconformación del orden que hoy es parte de nuestra cultura. Como se sabe, *Las palabras y las cosas*, un análisis que abarca del Renacimiento hasta nuestros días sobre la manera en que los hombres han concebido la posible existencia de un orden inherente al mundo y han tratado ellos mismos de encontrarlo y ordenar lo que les rodea, es también, y no en último sitio, una reflexión sobre el lenguaje: cómo se le concibió en el siglo XVI, y cómo va a entenderse durante los siglos XVII y XVIII, umbral y parte de nuestra modernidad, indistintamente referido en el estudio como barroco o periodo clásico. Allí leemos:

Hacia fines del siglo XVI, la semejanza ha desempeñado un papel constructivo en el saber de la cultura occidental. En gran parte fue ella la que guio la exégesis e interpretación de los textos; la que organizó el juego de símbolos, permitió el conocimiento de las cosas visibles e invisibles, dirigió el arte de representarlas. El mundo se enrollaba sobre sí mismo: la tierra repetía el cielo, los rostros se reflejaban en las estrellas y la yerba ocultaba en sus tallos los secretos que servían al hombre. La pintura imitaba el espacio. Y la representación -ya fuera fiesta o saber- se daba como repetición: teatro de la vida o espejo del mundo, he ahí el título de cualquier lenguaje, su manera de anunciarse y de formular su derecho a hablar.... (26)

Lo que *Las palabras y las cosas* trata de comprender y de contarnos es cómo nuestro tiempo se separó de esta cultura milenaria, cómo la semejanza dejó de ser esa guía que parecía poder llevar a los hombres de un extremo al otro del mundo a través del lenguaje oculto de las similitudes³⁹; qué ocupó su lugar en los nuevos códigos del orden; en qué

³⁹ Al analizar las cuatro formas en que se concebían las semejanzas – *convenientia*, *æmulatio*, *analogia*, *sympathia*- explica Foucault: « [...] Toda semejanza recibe una signatura; pero ésta no es sino una forma medianera de la misma semejanza. Tanto que el conjunto de marcas hace deslizar, sobre el círculo de similitudes, un segundo círculo que duplicaría exactamente y punto por punto al primero, si no fuera porque este pequeño desplazamiento hace que el signo de la simpatía resida en la analogía, el de la analogía en el de la emulación, el de la emulación en la conveniencia, que requiere a su vez para ser reconocida la señal de la simpatía... La signatura y lo que designa son exactamente de la misma naturaleza; solo obedecen a una ley de distribución diferente, el corte es el mismo.

La forma designante y la forma designada son semejanzas, pero vecinas. Si duda por ello la semejanza, en el saber del siglo XVI, es lo más universal que hay; a la vez que lo más visible, aunque sin embargo, hay que descubrirlo por ser lo más oculto [...]» (37, 38).

sentido o con qué fines cambió la percepción; qué se privilegió; qué se desechó; qué emergió. Prácticas de la reflexión y el ordenamiento que se reconstruyen sin apagar nada del pasado, sin prometer ni buscar ningún progreso, sino, por el contrario, haciendo legible cada retorno, cada rasgo vencido y a la vez persistente; conservando en su vitalidad las trazas de esas disposiciones que han formado los estratos culturales de los últimos cinco siglos. Estamos ante un análisis de estirpe literaria y significativo a toda historia de la literatura, cuando ésta nos es presentada como la única escritura que hoy en día posee la capacidad de regresar, bien sólo sea alegórica y alusivamente, al ser primitivo y enigmático del lenguaje renacentista (51). ¿Cómo retorna una cultura como la nuestra, centrada en las cuestiones de la significación, a aquella otra donde toda marca «estaba reabsorbida en la soberanía de lo Semejante» (51)? ¿Se trata de un retorno o de una emergencia? ¿Por qué se produce? ¿Cómo se expresa y qué significa? La convivencia -revuelta, intuitiva y contradictoria, estimulante o inhibidora- de nuestra cultura con múltiples elementos de la episteme clásica y renacentista, es una de las cuestiones que guía el trabajo de Foucault en *Las palabras y las cosas*; así como el hecho de una función representativa del lenguaje profundamente alterada por el valor que la significación tiene en nuestros días, por el forcejeo entre los esfuerzos de interpretación y de formalización (293), y por la entrada del hombre en tanto hombre, y no en tanto especie, en la serie de las representaciones (300). *Las palabras y las cosas* también contiene una reveladora exploración de los retornos de la literatura moderna a las formas arcaicas y enigmáticas del lenguaje renacentista. Vuelta singular, inesperada, dice Foucault, y que ocurre, no por el deseo «de reencontrar una palabra primera que se hubiera escapado», sino debido al esfuerzo más simple y perturbador «de inquietar las

palabras que decimos, de denunciar el pliegue gramatical de nuestras ideas, de disipar los mitos que animan nuestras palabras, de volver a hacer brillante y audible la parte de silencio que todo discurso lleva al enunciarse» (291). ¿No comenzamos a reconocer en todo esto algo de los esfuerzos aprehensivos, abandonados y relatados a la vez del lord Chandos escritor y de su carta desde un velado siglo XX al XVI y XVII de Francis Bacon? Y, ¿no es esa la relación inquisitiva, y también caótica e inerme, que la literatura occidental ha venido teniendo con el lenguaje, y que Earle y Mead le sospecharon al ensayo latinoamericano de mediados del siglo anterior? Recordemos a muy grandes rasgos (y refiriéndonos sólo a los dos primeros de los órdenes allí estudiados -vivir, hablar, trabajar-,) el recorrido de Foucault.

Hacia mediados del siglo XVII la concepción del lenguaje se transformó de una entidad «opaca, misteriosa, cerrada sobre sí misma, masa fragmentada y enigmática [...]» (42); algo dado por Dios a los hombres, depositado en la vida y en una unión inextricable con la vida, pues «las cosas mismas ocultan y manifiestan su enigma como un lenguaje y porque las palabras se proponen a los hombres como cosas que hay que descifrar» (43), para convertirse en un «conjunto de signos independientes, uniforme y liso en el que las cosas vendrían a reflejarse como en un espejo a fin de enunciar, una a una, su verdad singular» (42). Hubo entonces un tránsito de una cultura del desciframiento -leer y descifrar las marcas de la semejanza- a una cultura representativa en la que la mirada ocupó un papel fundamental y, sin embargo, restrictiva: la mirada se demuestra minuciosa pero no precisamente por una atención que hubiera sido conquistada o reconquistada, o por una curiosidad antes desatendida, sino por el deseo mismo de ordenar, discriminando, a través de lo que se observa. Recorremos a pasos agigantados

esa separación entre las palabras y las cosas que habría ocurrido en el paso de una cultura de la semejanza y el desciframiento a otra de la mirada y la representación.

Comprender el papel del lenguaje en los esfuerzos de ordenar el mundo y sus seres requirió apreciarlo en su naturaleza de lenguaje hablado pero también, y sobre todo, en su valor de grafo a partir del Renacimiento, con la llegada a Europa de los manuscritos orientales y con la invención y desarrollo de la imprenta. ¿Quién no recuerda aquel momento en que, paseándose por las calles de Barcelona, don Quijote dio con el letrero de «Aquí se imprimen libros», ingenio de la imprenta que veía por primera vez y a la que entró para dejarse sorprender por todo menos por aquella «*Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal vecino de Tordecilla», el libro apócrifo de sus andanzas que allí se corregía (1033)? A propósito de esta primacía que iría tomando la palabra escrita, Foucault no demora en revisar la historia renacentista según la cual no había sido el lenguaje hablado el primero dado por Dios a los hombres:

Vigenère y Duret dijeron -y en términos casi idénticos- que lo escrito había precedido siempre a lo hablado, con toda certeza en la naturaleza y quizás también en el saber de los hombres. Pues era muy posible que antes de Babel, antes del Diluvio, hubiera una escritura compuesta por las marcas mismas de la naturaleza, de modo que estos caracteres tendrán el poder de actuar directamente sobre las cosas, de atraerlas o rechazarlas, de figurar sus propiedades, sus virtudes y sus secretos. Escritura primitivamente natural, de la que ciertos saberes esotéricos y la cábala del primer jefe, conservaron una memoria dispersa y cuyos poderes, por largo tiempo adormecidos, tratan de recoger. (46)⁴⁰

Lo que se ve y lo que se lee forman parte de una continuidad, constituyen la madeja inextricable de los seres y de lo dicho y oído sobre ellos. En la cultura del siglo XVI todo conocimiento constituye una interpretación: hay que conseguir leer lo que está cifrado y

⁴⁰ Según la nota al pie 35 de *Las palabras y las cosas*: Blaise de Vigenère (*Traité des chiffres*) y Claude Duret, (*Trésor de l'histoire des langues*.)

adormecido en las cosas, despertar su marca o signo al saber y provecho de los hombres. Por ello el *comentario* es uno de sus elementos fundamentales, junto a la concepción de un texto primordial y de un lenguaje en bruto. Si el mundo está lleno de marcas, también se llenará del comentario a esas marcas, y de los comentarios a los comentarios. La Escrituras, el saber de los sabios, los relatos de viajes, las leyendas, todo texto lleva consigo los textos virtuales y reales que lo comentan y que a su vez son materia de nuevos comentarios. Una muestra de lo próximos que seguimos a esa lejanía, son las palabras de Michael de Montaigne citadas por Foucault, sobre el carácter del trabajo literario, es decir, del ensayo, que lo ocupaba entonces: «Hay más que hacer interpretando las interpretaciones que interpretando las cosas; y más libros sobre libros que sobre cualquier otro tema; lo único que hacemos es interglosarnos» (48). Es el tiempo en que la erudición, y también la magia, se demuestran prácticas no secundarias o auxiliares sino requeridas, inherente al acto de conocer (42, 43)⁴¹. ¿Qué son las *magias naturales* sino un interrogarse sobre las simpatías que secretamente guardan entre sí las cosas del mundo y un suscitar los poderes ocultos de esa familiaridad? («Dime, pues - pide Paracelso- por qué la serpiente en Helvecia, Algoria, Suecia, comprende las palabras griegas *osy, osya, osy?* [...] ») (Foucault *Defender* 41)). Y lo mismo con el saber del erudito: la tradición es otro depósito de marcas, la escritura de los sabios y los iluminados. Leemos en *Las palabras y las cosas*:

⁴¹ De la magia a finales del siglo XVI dice Frances A. Yates en su hermoso libro *Las últimas obras de Shakespeare: una nueva interpretación*: «En las últimas obras [de Shakespeare] esa atmósfera es verdaderamente fuerte y, además, queda asociada con mayor claridad a las grandes tradiciones de la magia renacentista: la magia como sistema intelectual, prefiguración de la ciencia; la magia como instrumento para unir opiniones religiosas opuestas en un movimiento general de reforma hermética; la magia como movimiento moral y de reforma. Todos esos aspectos estaban presentes en las empresas misioneras de Giordano Bruno, en su nuevo sistema del universo, en su religión hermética de amor y magia que predicó por toda Europa y, en particular en Inglaterra de 1582 a 1585, los años formativos de Shakespeare». (110)

No existe diferencia alguna entre estas marcas visibles que Dios ha depositado sobre la superficie de la tierra, a fin de hacernos conocer sus secretos interiores, y las palabras legibles que la Escritura o los sabios de la Antigüedad, iluminados por una luz divina, han depositado en los libros salvados por la tradición. La relación con los textos tiene la misma naturaleza que la relación con las cosas, aquí como allí, lo que importan son los signos. Pero Dios, a fin de ejercitar nuestra sabiduría, ha sembrado la naturaleza solo de figuras que hay que descifrar (en este sentido el conocimiento debe ser *divinatio*), en tanto que los antiguos dieron ya interpretaciones que sólo tenemos que recoger. Que sólo tendríamos que recoger, si no fuera necesario aprender su idioma, leer sus textos, comprender lo que han dicho. La herencia de la Antigüedad es, como la naturaleza misma, un amplio espacio que hay que interpretar; aquí como allí, es necesario destacar los signos y hacerlos hablar poco a poco.... (42)

En un esfuerzo hermenéutico semejante pero en niveles distintos, la *magia natural* es aquella práctica capaz de dotar de un lenguaje al mundo marcado pero mudo de la naturaleza, mientras el erudito haría de los grafos, también silenciosos, palabras insufladas de contenido. Así mismo, y según este escalonado juego de exégesis que se nos describe, la escritura de los sabios es respecto a la verdad eterna, lo que la *magia natural* respecto al secreto de la naturaleza; si tienen el valor de un signo es porque emulan a la naturaleza o la reflejan; es decir, los textos no conforman o se nos presentan como una autoridad del saber, develan cosas con las que están ligadas desde lo más remoto de los tiempos: «son un tesoro de segundo grado que nos remite a las notas de la naturaleza que indican oscuramente el oro fino de las cosas mismas» (42). Conocer la naturaleza es avanzar a través de las semejanzas, a través de las marcas que permiten discernir lo semejante, una tarea tan extensa o inagotable como el propio universo, limitada sólo por el juego en que se mantienen el macrocosmos y el microcosmos⁴² y que,

⁴² Sobre la categoría del microcosmos, leemos en *Las palabras y las cosas*: « Poco importa [para este estudio] que sea o no, como se decía, una visión del mundo o *Weltanschauung*. De hecho, tiene una o más bien dos funciones muy precisas en la configuración epistemológica de esta época. Como *categoría del pensamiento* aplica a todos los dominios de la naturaleza el juego de las semejanzas duplicadas; garantiza a la investigación que cada cosa encontrará, en una escala mayor, su espejo y su certidumbre macrocómica; afirma en cambio que el orden visible

casi de manera inversa, no hacia lo extenso o proliferante, sino hacia lo más arcaico, lo más originario, también se encuentra al seguir la estela del lenguaje. Como el tanteo de las semejanzas en un mundo aparentemente inagotable, los comentarios son aproximaciones a un texto anterior, y ese texto anterior es igualmente una aproximación a un texto más arcaico. «No existe comentario salvo en el caso de que bajo el lenguaje que se lee y se descifra, pase la soberanía de un Texto primitivo. Y es ese texto el que, al fundamentar el comentario, le promete como recompensa su descubrimiento final» (49).

Antes del XVII la naturaleza y su relato formaban un mismo texto, los seres y el discurso no podían desligarse, pues conocer era tener en cuenta todo lo que se había visto, escuchado o relatado, de modo que no había un naturalista que no fuera también un compilador de datos, es decir, un compilador de marcas de la semejanza, y un descifrador:

[...] hacer la historia de una planta o de un animal era lo mismo que decir cuáles son sus elementos o sus órganos, qué semejanza se les puede encontrar, las virtudes que se le presentan, las leyendas e historias en las que ha estado mezclado, los blasones en los que figura, los medicamentos que se fabrican con su sustancia, los alimentos que proporciona, lo que los antiguos dicen sobre él, lo que los viajeros pueden decir. La historia de un ser vivo era este mismo ser, en el interior de toda esa red semántica que lo enlaza con el mundo. La partición, para nosotros evidente, entre lo que nosotros vemos y lo que otros han observado o transmitido, y lo que los otros, por último han imaginado o creído ingenuamente, esta gran tripartición, tan sencilla en apariencia y tan inmediata, entre la *observación*, el *documento*, y la *fábula* no existía aún. Y no era que la ciencia vacilara entre una vocación racional y todo el peso de una tradición ingenua, sino que había una razón muy precisa y

de las esferas más altas vendrá a reflejarse en la profundidad más oscura de la tierra. Pero, entendida como *configuración general* de la naturaleza, pone límites reales y, por así decirlo, tangibles al avance incansable de las similitudes que se relacionan. Indica que existe un gran mundo y que su perímetro traza el límite de todas las cosas creadas; que en el otro extremo existe una criatura privilegiada que reproduce, dentro de sus restringidas dimensiones, el orden inmenso del cielo, de los astros, de las montañas, de los ríos y de las tormentas; y que, entre los límites efectivos de esta analogía constitutiva, se despliega el juego de las semejanzas. Por este hecho mismo, la distancia del microcosmos y del macrocosmos, a pesar de ser inmensa no es infinita; los seres que allí moran pueden ser numerosísimos, pero al final podrá contárselos; y en consecuencia, las similitudes que, por el juego de los signos que exigen, se apoyan siempre unas en otras, no corren el riesgo de escaparse indefinidamente. Tienen, para apoyarse y reforzarse, un dominio perfectamente cerrado. La naturaleza, en tanto juego de signos y de semejanzas, se cierra en sí misma según la figura duplicada del cosmos». (39)

apremiante: los signos formaban parte de las cosas, en tanto que en el siglo XVII se convierten en modos de representación. (129, 130)

Así como ya habíamos visto a un Montaigne reflexivo sobre la eterna cascada de glosas en que se le presentaba el acto de escribir, Francis Bacon hablará críticamente de la tendencia a suponer un orden y a ver unas semejanzas que más bien son ilusorios⁴³, y los nuevos naturalistas se empeñarán en sustituir aquel compendio enorme y, como dicen, «farragoso», por una tabla que discrimine todo lo proliferante, oscuro y, más que nada, todo lo que no se ve. El organismo del ser vivo, su desnuda anatomía, alcanza el privilegio en lo escueto de una tabla, y se desechan aquellas cuestiones que eran, digamos, su relato: lo invisible, lo imaginable, lo muerto. La anatomía se adelanta al *discurso* y, también, se distancia del *discurso*, palabra fundamental ésta que señala el grado de funcionalidad -«la representación misma representada por medio de signos verbales»- en que se encuentra entonces el lenguaje. Un contraste entre cómo se piensa y cómo se habla, servirá a Foucault para mostrar la primacía que el lenguaje está adquiriendo, su poder de servir a la representación y al análisis de la representación mejor que cualquier otro sistema de signos:

Lo que distingue al lenguaje de todos los demás signos y le permite desempeñar un papel decisivo en la representación no es tanto que sea individual o colectivo, natural o arbitrario, sino que analice la representación según un orden necesariamente sucesivo: los sonidos, en efecto, sólo pueden ser articulados uno a uno; un lenguaje no puede representar al pensamiento, de golpe, en su totalidad; es necesario que lo disponga parte a parte según un orden lineal. (87)

⁴³ La cita completa que Foucault hace del *Novum organum* (1620) de Francis Bacon dice: «El espíritu humano se inclina naturalmente a suponer en las cosas un orden y una semejanza mayores de los que en ellas se encuentran; y en tanto que la naturaleza está llena de excepciones y de diferencias, el espíritu ve por doquier armonía, acuerdo y similitud. De allí, esa ficción acerca de que todos los cuerpos celestes describen, en su movimiento, círculos perfectos» (58).

Mientras por su naturaleza súbita y amalgamada el pensamiento es extraño al desgrane lineal de la representación, es obvio que una idea o conjunto de ideas sólo puede enunciarse al desplegarse en proposiciones, y es esa discursividad del lenguaje lo que le da una distinción en el sistema representativo del pensamiento (y que, de hecho, representa) y en el sistema de signos al que pertenece. Sobre el lenguaje, se nos dice, entonces, de manera bastante esclarecedora y categórica:

Es, con respecto al pensamiento y a los signos, lo que el álgebra respecto a la geometría: sustituye la comparación simultánea de las partes (o de las magnitudes) por un orden cuyos grados han de recorrerse unos tras otros. En este sentido estricto, el lenguaje es el análisis del pensamiento: no es un simple recorte, sino la profunda instauración de un orden en el espacio. (88)

De este orden sucesivo de los signos verbales se encargará la entonces denominada *Gramática general*. Su estudio se centrará no tanto en el lenguaje mismo como en el orden de los signos y en el análisis de representación del pensamiento (88, 89).

Consecuencia muy relevante de todo esto es «la relación consigo mismo» en la que entra el lenguaje clásico «y que hasta entonces no había sido posible ni aún concebible» (84).

De la búsqueda de un Texto primordial a través del comentario, o del comentario que exigía la interpretación de las semejanzas, se está ahora en los imperativos y desdoblamientos de la representación. El Texto primero se desvanece, se desvanece el sedimento del lenguaje depositado en las cosas. «El enigma de una palabra que debe ser interpretada por un segundo lenguaje es sustituido por la discursividad esencial de la representación: posibilidad abierta, aun neutra e indiferente, pero que el discurso se encargará de completar y de fijar» (84). El valor de arcano del lenguaje cede ante nuevas interrogantes sobre el discurso: cómo designa, cuáles son sus elementos, sus discriminaciones, sus análisis, etc. «El comentario deja su lugar a la crítica» (85). Y el

hecho mismo de que en esta reflexión el lenguaje se enfrente a su propia función representativa, abre dos inquisiciones paralelas: la palabra es interrogada en tanto signo, función pura, mecanismo, autonomía, pero también en tanto a su mentira o su verdad, a su transparencia o embrollo, a su poder de decir o no a través de las palabras que representan lo dicho. (85) La oposición de fondo y forma, tan relevante en los siglos XIX y XX, muestra así su larga historia y su pertenencia a aquel siglo XVII:

Desde la época clásica el comentario y la crítica se oponen profundamente. Al hablar del lenguaje en términos de representación y de verdad, la crítica lo juzga y lo profana. Manteniendo el lenguaje en la irrupción de su ser y preguntándole por lo que respecta a su secreto, el comentario se detiene ante el escarpe del texto anterior y se propone la tarea imposible, siempre renovada, de repetir el nacimiento en sí: lo sacraliza. Estas dos maneras del lenguaje de fundar una relación consigo mismo van a entrar de ahora en adelante en una rivalidad de la que aún no hemos salido. Y que quizás se refuerce de día en día. Pues la literatura, objeto privilegiado de la crítica, no ha dejado de aproximarse, desde Mallarmé [Stéphane Mallarmé (1842-1898)], a lo que el lenguaje es en su ser mismo y, por ello, pide un segundo lenguaje que no tenga ya la forma de crítica sino de comentario. En efecto, todos los lenguajes críticos, desde el siglo XIX, están cargados de exégesis, un poco a la manera en que la época clásica, las exégesis estaban cargadas de métodos críticos. Sin embargo, en tanto que no se desate la pertenencia del lenguaje a la representación en nuestra cultura o, cuando menos, se la delimite, todos los segundos lenguajes seguirán presos en las alternativa de la crítica o el comentario. Y proliferarán al infinito en su indeterminación. (86)

De aquellas historias que transitaban sin discordia de la naturaleza y costumbres de un animal a los adagios, los misterios, los emblemas; o de su alimentación, fisionomía y movimientos a los presagios, los usos en la medicina, o los sueños, se está entonces frente a una tabla escueta y rendida al poder de la observación. Pero, insistimos con Foucault, no se trata de una sensibilidad inédita: del teatro al recuadro, de la exposición circular al catálogo, lo que ha surgido es un nuevo espacio de ordenamiento: «La historia natural - que justo por ello aparece en ese momento- es el espacio abierto en la representación por un análisis que se anticipa a la posibilidad de nombrar; es la posibilidad de *ver* lo que se

podrá *decir* [...]» (130); una nueva disposición pero que carga con mucho de lo que el lenguaje ha sido en el pasado, algo que se descubre precisamente en ese esfuerzo en pos de la representación más neutra y depurada posible, una tabla nítida que retome y dé transparencia a un orden que se considera existente desde lo más remoto de los tiempos. Así, por ejemplo, la muy característica de este tránsito, aunque no única, del naturalista sueco Carlos Linneo (1707-1778), dedicada a cualquier tipo de animal y que apenas contiene siete casillas -nombre, teoría, género, especie, atributos, uso y, en último lugar, *litteraria*. Preciso es reparar en ese último recuadro, se nos dice. En su carácter de suplemento: relatos, creencias, tradiciones, relegados y que, sin embargo, en tanto lenguaje, remonta toda la disposición, ya que el ser que aparece antes de este «lenguaje del lenguaje», no está indicado sino por el nombre (131). Los cuadros de la tabla se llenan de plantas y animales pero también de palabras: lenguas, raíces, documentos, archivos, siguen el mismo modelo de distribución; es decir, el lenguaje participa de «un orden que es del mismo tipo que el que se estableció entre los vivientes» (132).

En el periodo clásico, umbral y parte de nuestra cultura, todo pasa por la mirada, y lo visto y lo leído se han distanciado. Aceptada esta propuesta de Foucault, también se aceptará una separación fundamental entre lo que desde entonces se considera ciencia o historia. Veamos la reflexión que hace, a través de Descartes (*Regulae*, capítulo XIV), de este otro alejamiento:

Por un lado, estará la erudición, la lectura de los autores, el juego de sus opiniones [...]. Frente a esta historia, y sin medida común con ella, se levantan los juicios seguros que podemos hacer mediante las intuiciones y su encadenamiento. Ellas y sólo ellas constituyen la ciencia y aún cuando hubiéramos leído «todos los razonamientos de Platón y de Aristóteles... no habríamos apresado, al parecer, nada de ciencia, sino de historia». Desde entonces, el texto deja de formar parte de los signos y de las formas de la verdad; el lenguaje no es ya una de las figuras del mundo, ni las signatura impuesta a las cosas desde el fondo de los tiempos. La

verdad encuentra su manifestación en la percepción evidente y definida. Pertenecer a las palabras es traducirlas, si pueden; ya no tienen derecho a ser su marca. El lenguaje se retira del centro de los seres para entrar en su época de transparencia y neutralidad. (62)

Rechazada la amalgama de anatomía y fábula, ahora se trata de observar y, en efecto, se observa, pero para excluir y conseguir el ordenamiento más conciso y nítido. Y la lente o el microscopio no serán allí un recurso excepcional sino una confirmación de la regla. Se observa en lo mínimo no para extraviarse en esa pequeñez, sino para volver de ella y poder acercarse a lo grande, para permitir que lo visible continúe siendo y diciendo, y resolver con ello los problemas de la generalización: «descubrir cómo las formas, las disposiciones, las proporciones características de los individuos adultos y de su especie pueden transmitirse a través de las edades, conservando su rigurosa identidad» (134). La cultura representativa es discernimiento a través de lo observado, cuándo, sin embargo, «observar es contentarse con ver. Ver sistemáticamente pocas cosas» (134). No cabe aquí demorarnos en todos los pormenores de esta nueva disposición, pero nos gustaría subrayar la remisión que la emergente Historia natural hace de lo todo visible a un conjunto de cuatro categorías con que describir cada parte de una planta o animal existente en el universo, incluido el hombre. Estas categorías que son la forma de los elementos, su cantidad, su distribución, y su magnitud, y que en conjunto constituyen la estructura de los seres, tienen por objeto despejar la representación y hacerla sucinta y funcional en dos direcciones: «ante el mismo individuo, cada quien podrá hacer la misma descripción; y, a la inversa, a partir de tal descripción cada quien podrá reconocer los individuos que pertenecen a ella» (135)⁴⁴. Como se ve, se busca la más inteligible y

⁴⁴ El hombre, como acabamos de apuntar, no estaba excluido de esta disposición de los seres. Refiriéndose a las cuatro categorías de la estructura, dice Foucault: «Así, se pueden describir ciertas formas bastante complejas a

eficaz rearticulación entre las cosas y las palabras. Una nota de interés para nosotros es el papel de lenguaje con que los naturalistas concibieron la noción de estructura. Veamos este párrafo de Foucault que incluye palabras de Linneo:

La estructura, al limitar y filtrar lo visible, le permite transcribirse al lenguaje. Gracias a ella, la visibilidad del animal o de la planta pasa entera al discurso que la recoge. Y quizás, llegado al límite, pueda restituirse a sí misma a la mirada a través de las palabras, como en los caligramas botánicos que soñaba Linneo. Quería que el orden de la descripción, su repartición en párrafos y hasta sus modalidades tipográficas reprodujeran la figuras de la planta misma. Que el texto, en sus formas, disposición y cantidad variable, tuviera una estructura vegetal. «Es hermoso seguir la naturaleza: pasar de la raíz a los tallos, a los peciolos, a las hojas, a los pedúnculos, a las flores». Sería necesario separar la descripción en tantos apartes como partes existen en la planta, que se imprimiera con tipos gruesos lo que se refiera a las partes principales, y en letras pequeñas el análisis de las «partes de partes». Se añadirá lo que por lo demás se conoce de la planta a la manera de un dibujante que contempla sus esbozo con juegos de luz y de sombras: «el sombreado contendrá exactamente toda la historia de la planta, como su nombre, su estructura, su conjunto exterior, su naturaleza, su uso» (136).

Varias páginas dedica Foucault a esta estructura que por su disposición y sus variables participa de un lenguaje descriptivo y aspira a formar parte de una ciencia general del orden. La anatomía interna, tan importante en el Renacimiento, ha sido desplazada por lo más exterior y perceptible. «Son patas y cascos, flores y frutos, antes de ser respiración y líquidos internos» (137). Y es esa condición de visibilidad que llevan entonces el saber y toda disposición, lo que dará tanta relevancia epistemológica y taxonómica a la botánica, y marcará un camino que va de la planta al animal: a menudo, los órganos de la planta, a diferencia de lo que ocurre con los animales, están expuestos. De esta disposición salen los abundantes jardines botánicos del XVIII, las bellas ilustraciones de estambres, pistilos

partir de su semejanza, muy visible, con el cuerpo humano, que sirve como una suerte de reserva a los modelos de la visibilidad y sirve espontáneamente de articulación entre lo que se puede ver y lo que se puede decir» (135). Y continúa en nota al pie (nota 10, p. 135) con este apunte: «Linneo, *Philosophie botanique* [...], enumera las partes del cuerpo humano que pueden servir de arquetipos ya sea con respecto a las dimensiones, ya sea sobre todo con respecto a las formas: cabellos, uñas, pulgares, palmas, ojo, oreja, dedo, ombligo, pene, vulva, mama».

y pétalos que siguen siendo tan habituales en nuestro tiempo, y las gavetas de insectos brillantes y temblorosos en sus ensartes, una preeminencia de «las superficies y las líneas» (137) que, sin embargo, muy pronto vuelve a sufrir un cambio:

Un día, a fines del siglo XVIII, Cuvier [Georges Cuvier (1769-1832)] meterá mano a las exquisiteces de museo, las romperá, disechará toda la conserva clásica de la visibilidad animal. Este gesto iconoclasta, que Lamarck [Jean-Baptiste Lamarck (1744-1829)] nunca se atrevió a hacer, no traduce una nueva curiosidad por un secreto que no se había tenido ni la preocupación, ni el valor, ni la posibilidad de conocer. Es, lo que resulta mucho más grave, una mutación en el espacio natural de la cultura occidental: el fin de la *historia*.... (138)

El fin de la historia; es decir, de esa historia que había llegado para hacer, no una labor de compendio o comentario en torno a las marcas de las semejanzas (antes del XVII la existencia del historiador «no se definía tanto por la mirada como por la repetición» (131)), sino para transcribir ese *visible* pero un visible que ahora resulta una extensión desde la que cual volver a sumergirse, bucear en lo oculto de los órganos y sus funcionamientos, en lo oculto también de las causas y motivaciones recónditas de sucesos y comportamientos. Sin que desaparezca el sistema representativo del periodo clásico, desde finales del XVIII e inicios del XIX hay, se nos dice, una serie de desvíos que permiten:

sustituir la clasificación por la anatomía [interior], la estructura por el organismo, el carácter visible por la subordinación interna, el cuadro por la serie, precipitar hacia el viejo mundo plano y grabado en negro y blanco, los animales y las plantas, toda una masa profunda de tiempo a la cual se le dará el nombre renovado de *historia*. (138)

Entonces, se ha salido de la historia de lo ostensible para entrar en la historia de lo interno, de lo patente para dirigirnos a lo oculto. Pero, ¿se ha salido? ¿Qué es aquel pasaje de lord Chandos con la lupa sobre la yema de su dedo meñique si no una confluencia involuntaria de las tres epistemes: la observación privilegiada por el periodo

clásico, y ese ojo que atraviesa la lente, que divaga entre los surcos y cuevas de la piel (el hombre y su cuerpo en un universo de correspondencias, un universo marcado por la prosa divina) y el desproporcionado entorno que le rodea, imposible de valorar y de asir con palabras? Pero, ya se adivina, no puede hablarse de este último momento sin tener en cuenta uno de los argumentos más sustanciales de *Las palabras y las cosas* y muy vinculado al ser diverso del lenguaje en la vida contemporánea. Nos referimos, por supuesto, a eso que Foucault definió como «la invención del hombre», o como la aparición de «una ciencia del hombre».

Es muy conocido el análisis del cuadro *Las meninas*, de Diego Velázquez (1599-1660), con que Foucault buscó demostrar el carácter observador y organizador pero invidente para consigo mismo del periodo clásico. Ese lugar sugerido y vacío al centro *exterior* del cuadro *Las meninas* y que de modo indistinto corresponde al rey-modelo, al pintor, o al espectador, es lo que va a abrirse en la forma de una mente reflexiva en modernidad. Llegará un momento (de hecho, ya parecía preparado y a punto siempre de cuajar durante todo el periodo clásico), cada vez más cerca y más parte de nuestros días, en que los seres representados en la tabla, así como el estudio de los signos o del trabajo⁴⁵, pidan una observación más específica, más vuelta sobre sí, más sumida en sus leyes propias y, a la vez, en un vínculo imperioso con el hombre. Llegará el momento en que la representación pierda relevancia y el orden y las identidades se desvanezcan y no remitan más que a sí mismas y a su relación con el hombre, objeto de la tabla y ahora, también, de modo tan manifiesto y relevante, su sujeto:

⁴⁵ Recordamos que todo el estudio de Foucault se enfoca en tres órdenes: hablar, vivir y trabajar, y cualquier verdadera revisión de sus propuestas (que aquí apenas estamos refiriendo) requeriría observarlos en sus vínculos y por igual.

[...] ya que es él el que habla, ya que se le ve vivir entre los animales (y en lugar que no es sólo privilegiado, sino ordenador del conjunto que forman: aun si no es concebido como término de la evolución, se reconoce en él el extremo de una larga serie), ya que finalmente la relación entre las necesidades y los medios que tiene para satisfacerlas es tal que necesariamente es el principio y el medio de toda producción. (305)

Sujeto y objeto de la representación: el hombre permanecerá consiente de esa circunstancia suya, la hará un constante motivo de análisis o sus reflexiones pasarán inevitablemente por allí. El organizador de la tabla ya ha estado en sus cuadrículas en tanto especie, ser hablante y productor de bienes, y sabe, o intuye, que sólo se puede llegar a él a través de estos aspectos «como si primero ellos y (y quizás sólo ellos) detentaran su verdad» (305). Por otra parte, esta condición ambigua, de ejecutor condicionado desde el fondo de los tiempos, no hacen más que descubrirlo en su capacidad de pensar, y de pensar lo que ha sido, lo que es, lo que podría ser. En fin, no hace más que plantearle y replantearle las cuestiones de su finitud:

Todos estos contenidos que su saber le revela como exteriores a él y más viejos que su nacimiento, lo anticipan, desploman sobre él toda su solidez, y lo atraviesan como si no fuera más que un objeto natural o un rostro que ha de borrarse en la historia. La finitud del hombre se anuncia -y de manera imperiosa- en la positividad del saber; se sabe que el hombre es finito, del mismo modo que se conoce la anatomía del cerebro, el mecanismo de los costos de producción o el sistema de conjugación indoeuropeo; o mejor dicho, en la filigrana de todas estas figuras sólidas, positivas y plenas, se recibe la finitud y los límites que imponen, se adivina como en blanco todo lo que hacen imposible. (305)

El hombre puede reflexionar en todo estos asuntos puesto que es un animal pensante, y sin embargo, «no puede recorrerlos por entero en el relámpago de un entendimiento infinito» (306). La experiencia de su cuerpo en medio del orden de la vida; su deseo en medio de las leyes de producción, y su expresión en el medio del grueso sedimento histórico del lenguaje, le hablan de su finitud, y de una finitud que ya no está definida por el diálogo con lo infinito en tanto idea de la creación, relación del alma con el cuerpo o

de lo singular y lo universal, sino por un afincamiento en esos contenidos del vivir, trabajar y hablar, constreñidos y «dados por un conocimiento finito como formas concretas de la existencia finita» (308). Antes de inicios del XIX, dice Foucault, cuando la representación no se había desvanecido o no había perdido su primacía, los órdenes de la vida, el trabajo y el lenguaje formaban parte de ella como «las formas manifiestas de la finitud humana» (308) frente a una metafísica del infinito. Pero lo imperativo de ese diálogo entre lo finito e infinito ha cedido, y se está ante una suerte de círculo cerrado y siempre en los términos de la finitud: o las cosas en su positiva finitud hacen finito el conocimiento del hombre o, a la inversa, el conocimiento del hombre es finito y hace que las cosas se den en esa finita positividad. Entonces, leemos:

[...] todo el campo del pensamiento occidental se invirtió. Allí donde en otro tiempo había una correlación entre una *metafísica* de la representación y lo infinito, y un *análisis* de los seres vivos, de los deseos del hombre y de las palabras de su lengua, vemos constituirse una *analítica* de la finitud y de la existencia humana y, en oposición a ella (pero en una oposición correlativa) una tentación perpetua de constituir una *metafísica* de la vida, del trabajo y del lenguaje. Pero estas no son más que tentaciones, disputadas de inmediato y como minadas desde el interior, ya que no puede tratarse más que de metafísicas medidas por las finitudes humanas: metafísica de una vida que converge hacia el hombre aun cuando no se detenga en él; metafísica de un trabajo que libera al hombre de tal suerte que él, a su vez, puede librarse del trabajo; metafísica de un lenguaje que el hombre puede apropiarse de nuevo en la conciencia de su propia cultura. De tal suerte que el pensamiento moderno disputará consigo mismo en sus propios avances metafísicos y mostrará que las reflexiones de la vida, el trabajo y el lenguaje, en la medida en que valen como analítica de la finitud, manifiestan el fin de la metafísica: la filosofía de la vida denuncia la metafísica como velo de ilusión, la del trabajo la denuncia como pensamiento enajenado e ideología, y la del lenguaje como episodio cultural. (308, 309)

Y, entonces, como se deduce, en el anverso de esta muerte de la metafísica lo que tenemos es la «aparición del hombre», una aparición que, sin embargo, tampoco habría que entender como algo absolutamente inopinado e insólito. Al contrario, todo el periodo clásico habría tenido que ver con esta aparición y toda nuestra modernidad está marcada

o integrada a ese tiempo en que el hombre se puso a «existir dentro de su organismo, en la concha de su cabeza...», cuando se puso a existir «en el corazón de un trabajo cuyo principio lo domina y cuyo producto se le escapa», o desde que dirigió su pensamiento a «los pliegues de un lenguaje de tal modo más viejo que él que no puede dominar las significaciones reanimadas, a pesar de ello, por la insistencia de su palabra» (309). Pero la marca más nítida de una entrada en la modernidad (palabra ésta que Foucault siempre usa con reserva, y que por falta de expresión mejor en algún momento suplantará por las expresiones «mundo contemporáneo y su prehistoria» (296)), la tendríamos en ese tiempo que la finitud «comenzó a ser pensada en una referencia interminable consigo misma» (309). Así explica esta dinámica o relación entre el hombre y la infinitud:

La cultura moderna puede pensar al hombre porque piensa lo finito a partir de él mismo. Se comprende, en estas condiciones, que el pensamiento clásico y todos aquellos que lo precedieron hayan podido hablar del espíritu y del cuerpo, del ser humano y de su lugar tan limitado en el universo, de todos los límites que miden su conocimiento o su libertad, pero que ninguno de ellos haya conocido jamás al hombre tal como se da al saber moderno. El “humanismo” del Renacimiento, el “racionalismo” de los clásicos han podido dar muy bien un lugar de privilegio a los humanos en el orden del mundo, pero no han podido pensar al hombre. (Foucault *Las palabras* 309)

Creo que se ve el punto en que estamos. La finitud del hombre como una cuestión fundamental al pensamiento moderno, y la muerte de la metafísica o su suplantación por las tentativas de una metafísica del vivir, del trabajar y o del hablar, tienen muchas consecuencias en nuestros días que, pienso, no podemos no reconocer. Y así mismo, la disociación del sistema representativo parece haber tenido un efecto muy particular en lo concerniente al discurso. A diferencia de las reintegraciones que la historia natural y el análisis de la riqueza habrían tenido al dar paso a la biología (su reflexión en torno al enigma de la vida) y a la economía política (su reflexión en torno de la producción), el

paso de la gramática general a la filología nos dejó frente a una «dispersión del lenguaje» que es imperioso señalar:

[...] el lenguaje no existe desde ahora en adelante [inicios del XIX] y hasta llegar a nosotros más que de un modo disperso: para los filólogos las palabras son como otros tantos objetos constituidos y depositados en la historia; para quienes quieren formalizar, el lenguaje debe despojarse de su contenido concreto y no dejar aparecer más que las formas universalmente válidas del discurso; si se quiere interpretar entonces las palabras se convierten en un texto que hay que cortar para poder ver aparecer a plena luz ese otro sentido que ocultan; por último, el lenguaje llega a surgir para sí mismo en un acto de escribir que no designa más que a sí mismo. (296)

Foucault se pregunta si no fue a causa de esa dispersión que la filosofía pasó tiempo sin encargarse del lenguaje, o encargándose de modo bastante marginal hasta que aparezcan los trabajos de Friedrich Nietzsche, quien, opina, abrió una dimensión filosófico-filológica sólo comparable a los esfuerzos de Mallarmé por «por encerrar todo discurso posible en el frágil espesor de una palabra» (209). En Nietzsche la cuestión filosófica del bien y el mal está no soslayada sino replanteada y como diluida en exploraciones etimológicas y reflexiones en torno a lo designado o a quién posee la palabra, algo que Foucault se atrevió a leer, a entender como en diálogo con el gesto poético de Mallarmé:

A esta pregunta nietzscheana: ¿quién habla? responde Mallarmé y no deja de retomar su respuesta al decir que quien habla en su soledad, en su frágil vibración, en su nada, es la palabra misma -no el sentido de la palabra, sino su ser enigmático y precario. En tanto que Nietzsche mantenía hasta el extremo la interrogación sobre aquel que habla, y a fin de cuentas se libra de irrumpir en el interior de esta pregunta para fundarla en sí mismo, sujeto parlante e interrogante: *Ecce homo*, Mallarmé no cesa de borrarse a sí mismo de su propio lenguaje, a tal punto de no querer figurar en él sino a título de ejecutor en una pura ceremonia del Libro en el que el discurso se compondría de sí mismo. Es muy posible que todas estas cuestiones que atraviesan actualmente nuestra curiosidad, (¿Qué es el lenguaje? ¿Qué es un signo? Lo mudo en el mundo, en nuestros gestos, en todo el blasón enigmático de nuestras conductas, en nuestros sueños y nuestras enfermedades, todo esto, ¿habla, cuál es su lenguaje, según cuál gramática? ¿Es todo significativo o qué, y para quién y de acuerdo con qué reglas [...] ¿Qué es este lenguaje que no dice nada, que no se calla jamás y que se llama “literatura”?), es muy posible que todas estas interrogantes se

planteen en la distancia nunca salvada entre la pregunta de Nietzsche y la respuesta que le dio Mallarmé. (298)

También nosotros podemos ver un diálogo entre la hiperestesia parca de lord Chandos al inicio del siglo XX y este absorto al que Foucault se entrega en su libro cuando el siglo comienza a cerrarse. Todo el siglo XX estuvo marcado por esa relación insegura, irónica, notoriamente especializada o notoriamente libre, deshilachada, escéptica o vigorosa, comunicativa o afásica y que, por supuesto, se hizo muy evidente y tuvo su mejor campo de campo de expresión en la literatura. Podría decirse que, de hecho, con más o menos fortuna, hubo toda una literatura del lenguaje, como las vanguardias literarias de los veinte y sus vástagos perpetuos denotan bien. Podría decirse, si no supiéramos los contenidos políticos que los alentaron o que se hicieron o se han hecho participar de esos movimientos. La cuestión del lenguaje en nuestros días es ni única ni fundamentalmente un asunto del pensamiento ordenador y los cambio de episteme, y el propio Foucault lo indica con sólo retomar las pregunta de Nietzsche «quién habló» o «quien detenta la palabra» en los análisis del poder que realiza por los mismos años y que también venimos manejando en esta disertación. Si la marca de la episteme moderna es lo dominante del hombre y todo lo que lo amenaza, ello también se debe a la espesa sustancia política que la recorre. Así, en varios de los análisis de *Carta de lord Chandos* la hiperestesia afásica del personaje reaparece siempre vinculada a la desintegración del Imperio austrohúngaro, y en el ensayo de los ochenta de Claudio Magris, «La herrumbre de los signos», la destrucción del imperio, oculta en las postrimerías esplendorosas del XIX, irradia sobre todo el XX:

La ambivalencia del crepúsculo, suspendida entre el preludio del día y de la noche, marca la atmósfera del imperio de los Habsburgo y de su ocaso vivido como una aurora. El *Finis Austriae*, una de cuyas grandes voces la constituye Hofmannsthal,

es una mezcla contradictoria de espera y despedida, donde la última orla del pasado lanza con los resplandores ocultos entre sus pliegues el primer anuncio del futuro. Todos sus presagios antitéticos se han cumplido, confirmándose y desmintiéndose: el imperio, que según un lema sibilino, había de durar hasta el fin de los siglos, se disgregó poco después, pero de sus escombros no surgió la Europa soñada de sus proyectos democráticos, sino una fase catastrófica de la historia europea, una muerte anunciada e impulsada por la del imperio. Por otra parte, la cultura nacida de aquel crepúsculo ha permitido comprender, quizás como ninguna otra, el mundo surgido después de ese crepúsculo: se trataba de la palabra de un mundo por venir, que aún no ha transcurrido del todo, y que de hecho sigue ofreciendo respuestas a muchas preguntas de hoy. (*Carta*, 37, 38)

El hombre del siglo XX será entonces un ser tan preminente como frágil, tan eximio como trémulo: revolución, guerra mundial, bomba atómica, fascismo, comunismo, guerra fría, totalitarismo, serán algunas de sus pesadillas y su realidad, y su lenguaje espoleado y vacilante se impregnará de todos esos infortunios y promisiones torcidas, una palabra tan fatigada y gastada como él mismo pero, entonces, también, paródica, crítica, ininteligible a voluntad, enigmática, replegada sobre sí, segmentada, enmudecida o hecha sólo sonido, igualmente seducida por lo hay en el lenguaje de muy antiguo o de muy moderno. Y el ensayo latinoamericano no quedará ajeno a ninguna de estas cuestiones. De *El deslinde* (1944) de Alfonso Reyes a *Escrito sobre un cuerpo* (1969) y el *Barroco* (1974) de Severo Sarduy (1937-1993); del modernismo y las vanguardias a *El arco y la lira* (1956) de Paz o *Confluencias* (1988) de Lezama Lima, la cuestión del lenguaje se hizo tan fundamental a la literatura latinoamericana como lo era para el resto de occidente e, incluso, muy probablemente significó una fuga de las temáticas regionales. Y quién no recuerda aquellas líneas de Foucault al inicio de *Las palabras y las cosas*:

Este libro nació de un texto Borges. De la risa que sacude, al leerlo, todo lo familiar al pensamiento -al nuestro: al que tiene nuestra edad y nuestra geografía, trastornando todas las superficies ordenadas y todos los planos que ajustan la abundancia de seres. (1)⁴⁶

⁴⁶ Se refería a “El idioma analítico de John Wilkins” y a la peculiar taxonomía que recoge la enciclopedia chica que allí se menciona.

Se trata del derecho de ciudadanía universal y de la mayoría de edad que desde mediados de los años treinta Alfonso Reyes reclamaba a los europeos para la literatura de Latinoamérica.

Volvamos entonces al panorama que Earle y Mead, bastante aceptable para nosotros hasta que llegan a la generación cierre del estudio. Como decíamos, ellos dividen el siglo XX del género en tres momentos: los “Maestros” (autores reconocidos antes de 1935 y que caracterizan como *neohumanistas*: «de educación clásica, interpretes todos de la continuidad hispánica en circunstancias americanas, innovadores del estilo, y -sobre todo- testigos de un nuevo americanismo, en potencia universal» (77), esperanzados y cultivadores de la esperanza (154), enfrascados en «un refinamiento y sublimación del espíritu nacional» (154); los “Escépticos”, autores que comienzan a ser reconocidos después de 1935, también les llaman los *desarraigados* (en el sentido de no tener ya aquel ascendente hispánico que todavía pesaba en los “Maestros” y de no interesarse por el “American way of life” (154)): «de educación existencial, testigos de la soledad, poetas más que ideólogos, habitantes de América menos regionalistas que sus precursores, parricidas intelectuales» (75), los que buscan «lucecillas de vida en los abismos de la injusticia universal» (154). Estos son los autores de la crisis, paradójicamente poderosa en ideas y en expresión y, finalmente, los autores de los años setenta, con una obra en curso, “Los Nuevos”, como les denominan provisionalmente, que habrían heredado lo mejor de las dos escuelas anteriores y llegan para darle nuevos bríos al género:

El renovado deseo de humanizar a la cultura estimula a los nuevos ensayistas hispanoamericanos. Así como las dos generaciones anteriores, ellos meditan, profetizan y se indignan, y comparten su soledad histórica. Pero los nuevos están

menos dispuestos a permanecer al margen de las circunstancias. Su temática es más variada, y se han multiplicado las metáforas del hambre, la locura, la muerte, la dicha y el mal. (155)

¿Cuántas veces no hemos oído algo así de una generación o movimiento nuevo? Pero los progresos del hombre, como ya muchos consienten, no siempre son tan reales como parecen, y llevan un ritmo que poco o nada tiene que ver con sus dataciones más comunes. También es una pena que estos estudiosos, tan capaces de observar en la proliferante historia de la modalidad, nunca hayan sopesado verdaderamente los imperativos ideológicos que aparecieron en el horizonte del género con el triunfo de la Revolución cubana. Muchos panoramas literarios suelen narrarnos un mundo siempre en mejoramiento, carreras de relevos o paisajes donde todas las piezas terminan por encajar: equilibrios, compensaciones, lo malo superado o engullido por las fuerzas más poderosas del bien y los avances. Pero como dice Octavio Paz en *Los hijos del limo*, «La historia ignora la línea recta. Shakespeare no es más “desarrollado” que Dante ni Cervantes es un “subdesarrollado” frente a Hemingway» (43). Así, los años setenta fueron de una coacción y de una grisura tremendas en la cultura cubana, algo que Earle pudo haber visto anunciarse desde los días del evento de Toronto, a finales de los sesenta, en que compartió con intelectuales de la isla y que, efectivamente, a juzgar por la entrada que él y Mead le dedicaron a Roberto Fernández Retamar (1930-1919) en *Historia del ensayo hispanoamericano*, no ignoraba. Allí se nos ofrece un curioso resumen de la actividad ensayística de Retamar: registran sus ataques -por razones ideológicas o políticas- a autores cubanos y latinoamericanos, pero sólo para dejarnos saber que su libro *Calibán* (1971) «es la obra más polémica y militante de todas las de los Nuevos» (160, 161). *Calibán*, claro está, es bastante más que eso y bastante menos también. Uno de los

móviles manifiestos de ese libro fue responder a quienes en los medios cubanos e internacionales se habían mostrado ofendidos por el encarcelamiento y el proceso de corte estalinista que el Gobierno revolucionario cubano le presentara al poeta Heberto Padilla (1932-2000). Sin embargo, miremos lo que los estudiosos opinan de esos años:

El ensayo -se podría decir- está en camino; y los que van elaborándolo podrán, en poco tiempo relativamente, constituir una generación. Las violencias de 1968 y 1969 serán tal vez su acontecimiento generacional, así como las revoluciones incipientes hacia 1910 y las opresiones y represiones totalitarias hacia 1935 fueron acontecimientos, respectivamente, para los Maestros y Escépticos. No queremos decir, con esto, que las letras hispanoamericanas se reduzcan a un síntoma de lo político, sino que en Hispanoamérica los hechos políticos han constituido a menudo un barómetro para las sensibilidades intelectuales. Los mejores ensayistas -por ejemplo, José Martí, Ezequiel Martínez Estrada, Octavio Paz- siempre han intuido el valor *simbólico* de las circunstancias políticas, sociales e históricas. Han sabido encontrar el equilibrio estético adecuado entre la polémica (que dice: la realidad no es aceptable; cambiémosla) y el testimonio (que dice: la realidad es un misterio que nos afecta de esta o de aquella manera). (Earle y Mead 155, 156)

No vamos a insistir en lo que la Revolución cubana tuvo que haber significado para ese nuevo ensayo que Earle y Mead ubican alrededor de los sesenta y los setenta, ni diremos que el carácter totalitario del gobierno cubano o el sentido francamente conservador y represivo con que este gobierno tomó los eventos del 68 y 69, estaban a la vista como lo están ahora, de todo ello se hablará en el curso de los capítulos de esta tesis. Por ahora sólo queremos hacer ver la artificialidad de esas continuidades de épocas y autores, y el aventurado y falaz criterio de un ensayo en un vínculo más vívido con su circunstancia. La mirada detallada que permitiera a los estudiosos hablar de generaciones y cambios, se hace burda, manida, en esa nota sobre el diálogo con la realidad. Por otra parte, al igual que molesta ver a José Martí en el aislamiento de genialidad santificada, molesta verlo convertido en la pauta de conducta de una época («La separación representativa del siglo XIX entre dos clases de literatura -una personal-estética, otra colectivo-social- empezaba a deshacerse ya en las dinámicas visiones de José Martí [...]» (75, 76) son palabras de

Earle y Mead), pues casi siempre se trata de síntesis más o menos fáciles, y a menudo interesadas, de su talento literario (esa rareza que le reconoció Rubén Darío) y de la forma próxima al martirio que tomó su lucha por la independencia de Cuba. Igualmente, sólo desde una concepción muy general de lo que ha solido entenderse por el compromiso y la función social del escritor pueden hacerse confluír, sin ninguna aclaración, los ensayos que Octavio Paz y Martínez Estrada producen en los setenta. Todavía Paz no ha publicado *Los hijos del limo*, con sus páginas sobre las oscilaciones de la poesía moderna, entre la tentación revolucionaria y la religiosa⁴⁷ y sobre la pasión desdichada entre poetas y revoluciones⁴⁸, pero hay muchos anuncios de este libro en *El arco y la lira*, y un encono con su presente que las circunstancias políticas de aquel preciso momento, tendrían que haber hecho más agudo. Recordemos este párrafo de *El arco y la lira*:

El arte griego participó en los debates de la ciudad porque la constitución misma de la *polis* exigía la libre opinión de los ciudadanos sobre los asuntos públicos. Un arte “político” sólo puede nacer allí donde existe la posibilidad de expresar opiniones políticas, es decir, allí donde reina la libertad de hablar y de pensar. En este sentido el arte ateniense fue “político”, pero no en la baja acepción contemporánea de la palabra. Léanse *Los persas* para saber lo que es tratar al

⁴⁷ «En un extremo, el tema de la instauración de otra sociedad es un tema revolucionario que inserta el tiempo del principio en el futuro; en el otro extremo, el tema de la restauración de la inocencia original es un tema religioso que inserta al futuro cristiano en un pasado anterior a la Caída. La historia de la poesía moderna es la historia de las oscilaciones entre estos dos extremos: la tentación revolucionaria y la tentación religiosa» Paz *Los hijos* 62

⁴⁸ «Ver el conflicto entre los primeros románticos y la Revolución francesa como un episodio de la lucha entre autoritarismo y libertad no es del todo falso, pero tampoco es enteramente cierto. No, la explicación es otra. En circunstancias históricas distintas, el fenómeno se manifiesta una y otra vez, primero a lo largo del siglo XIX y después, con mayor intensidad, en lo que va del que corre. Apenas si vale la pena recordar los casos de Esenin, Mandelstam, Pasternak y tantos otros poetas, artistas y escritores rusos; las polémicas de los surrealistas con la Tercera Internacional; la amargura de César Vallejo, dividido entre su fidelidad a la poesía y su fidelidad al Partido Comunista; las querellas en torno al “realismo socialista” y todo lo que ha seguido después. La poesía moderna ha sido y es una pasión revolucionaria pero esa pasión ha sido desdichada. Afinidad y ruptura: no han sido los filósofos, sino los revolucionarios los que han expulsado a los poetas de su república. La razón de la ruptura ha sido la misma que la de la afinidad: revolución y poesía son tentativas por destruir este tiempo de ahora, el tiempo de la historia que es el de la historia de la desigualdad, para instaurar *otro tiempo*. Pero el tiempo de la poesía no es el de la revolución, el tiempo fechado de la razón crítica, el futuro de las utopías: es el tiempo de antes del tiempo, el de la “vida anterior” que reaparece en la mirada del niño, el tiempo sin fechas». Paz *Los hijos* 71

adversario con ojos limpios de las deformaciones de la propaganda. Y la ferocidad de Aristófanes se ejerció siempre contra sus conciudadanos; los extremos a los que recurre para ridiculizar a sus enemigos forman parte del carácter de la comedia antigua. Esta beligerancia política del arte nacía de la libertad. Y a nadie se le ocurrió perseguir a Safo porque cantase el amor en lugar de las luchas de la ciudad. Hubo que esperar hasta el sectario y mezquino siglo XX para conocer semejante vergüenza. (293)

Como se sabe, entre 1961 y 1963 Ezequiel Martínez Estrada encontró en Cuba un refugio de su hastío argentino. Allí trabajó como director del Centro de Estudios Latinoamericanos de Casa de Las Américas y escribió *En Cuba y al servicio de la Revolución cubana* o, según la reedición póstuma de 1964, *Mi experiencia cubana*. Un libro en el que el autor participa con sus opiniones, acaso sin entenderlas como tal o del todo, de las pugnas de poder que destruyeron al primer gobierno revolucionario y dieron lugar a la autocracia castrista. Todavía en los ochenta la académica Luisa Campuzano reclamaba la pertenencia de este título al ensayo de la isla, aunque muchos autores nacionales seguían silenciados o excluidos sin ambages de la historia literaria cubana⁴⁹. Entonces, para la fecha en que Earle y Mead publican su *Historia del ensayo hispanoamericano*, ¿era tan difícil notar que la noción del americanismo, actualizada en ideas como la función social del artista o el compromiso del intelectual, había perdido toda neutralidad y, más, había dejado de ser el pulso de un proceder para convertirse en una herramienta política? Provechoso hubiera sido notar que una mirada en bloque de los autores se había vuelto particularmente incorrecta, pues mientras unos encaraban las circunstancias desde la soledad de su posición y su criterio, otros lo hacían en apego a determinadas políticas y poderes y, por lo tanto, bajo su égida. Y, asimismo, que hablar del compromiso intelectual en Hispanoamérica como si fuera la sombra de un gesto que

⁴⁹ Nos detenemos en el estudio de Luisa Campuzano en las páginas tituladas “El ensayo, un género sujeto a purgas”.

llegara íntegra desde los tiempos coloniales, significaba mirar a la intelectualidad del continente no como individuos en un espacio de hechos cambiantes, esa tan venerada realidad, sino como esencias. Muy pronto en la Revolución cubana ser un buen escritor -o cantar al amor en lugar de a las batallas de los milicianos- se mostró insuficiente y, más todavía, sospechoso. Las lecciones implícitas en la buena escritura comenzaron a pasar inadvertidas o se hicieron fútiles: era preciso ser un agente del cambio, de ahí lo mucho que importan no sólo lo que escriben los ensayistas, sino también, los estudiosos del género.

Entre las propuestas primeras y definitivas del trabajo de Earle en Toronto tenemos ésta: «El ensayo empieza a ser en Hispanoamérica desde la época de Echevarría y Sarmiento algo así como la voz de la conciencia del hombre sensible ante su historia» (23), una opinión muy parecida a la de Medardo Vitier. Entre las últimas propuestas de su *Historia* tenemos la celebración de un ensayo americanista que recoge lo mejor de los autores maestros y de los parricidas, es decir, de los esperanzados y los escépticos, para volcarse ansiosa sobre la realidad en un renovado espíritu de humanización de la cultura. El estudio, entonces, cierra con esa nota entusiasta que, acaso, no sólo buscaba indicar una revitalización de las ideas de inicios del siglo, sino también deslizar una crítica a *La deshumanización del arte* (1925) de Ortega y Gasset. No podemos asegurarlo pero parece difícil hablar en términos semejantes sin pretender despertar ninguna resonancia. Además, como se sabe, el español se había referido a un arte indócil ante la realidad, que aborreciendo de lo humano (acaso por demasiado apego) se refugia en la estilización, cultiva una estética de las ideas. Claro que tampoco se nos escapan las desafiantes notas sobre la igualdad y el mal gusto de las masas con que comienza el ensayo de Ortega y

Gasset. Por el contrario, ello nos sirve para señalar la variedad de asuntos que permanecen bajo la nata de objetividad que pretenden los estudios, lo mucho que llega a la página de la manera más irreflexiva y también lo mucho que los autores han colocado allí en virtud de su humor, sus afectos, sus convicciones y combates. De cualquier modo, una referencia crítica a *La deshumanización del arte* nos parece aquí absolutamente inadecuada: apuntar críticamente a un diagnóstico de la sensibilidad creativa y receptiva que atraviesa unos ciento cincuenta años y se vale de contrastes muy sutiles entre la tradición y los movimientos artísticos de vanguardia, usando para ello unas impresiones sobre la última década del ensayo en curso, es cuando menos, atolondrado. Pero algo de ello predecía el propio Ortega y Gasset cuando comentó la posible falibilidad de su estudio y que las réplicas ahondarían:

[...] sería duplicar mi error si se pretendiese corregirlo destacando solo algún rasgo parcial no incluido en esta anatomía. Los artistas suelen caer en ello cuando hablan de su arte, y no se alejan debidamente para tomar una amplia vista sobre los hechos. Sin embargo, no es dudoso que la fórmula más próxima a la verdad será la que en giro más unitario y armónico valga para mayor número de particularidades-, y como en el telar, un solo golpe anude mil hilos. (85)

Tomar el rábano por las hojas, para decirlo en la lengua popular que evitó el filósofo, es esa propuesta de que hemos estado ante un arte deshumanizado y apolítico que comenzará a verse apremiado por el ensayo más humanista y nuevamente comprometido de los sesenta y los setenta. Nada nos dice que estuviera teniendo lugar esa transformación. Como veremos en las páginas de nuestro estudio “El diversionismo ideológico, una nueva lectura” y “El hinchado barril de los setenta y el terror ancla”, algo muy distinto está sucediendo en Cuba por esos años: por una parte, esterilidad, silencios, propaganda y batallas sectarias más que literatura de pensamiento y, por la otra, una política cultural que con el espaldarazo de algunos letrados, también acaso vistos a sí

mismos como los catedráticos y ensayistas del humanismo redentor revolucionario (José Antonio Portuondo, Carlos Rafael Rodríguez, Juan Marinello, Roberto Fernández Retamar, entre otros) se muestra, no precisamente humanista, sino de lo más despiadada.⁵⁰

⁵⁰ El espíritu intelectual de los setenta en Cuba, es decir, la presión del medio y la expectativas frente a los presuntos valores del escritor revolucionario, se transparenta bastante en el Prólogo que Ricardo Repilado le escribe en 1976 al conjunto *Páginas escogidas. Alfonso Reyes*, publicado por Casa de las Américas en 1978. El prologuista, al parecer, no pudo evitar la cuestión del marxismo, que ya se tenía como la metodología de análisis literario más apropiada y, como se ve en la cita que sigue, se acerca con no pocos malabarismos al asunto: «[Reyes] No ignoró el marxismo, y en ciertos trabajos de su madurez -sobre todo en algunos que dedicó a la historia de Grecia, aplicó los principios del materialismo histórico, pues “el estudio histórico de los pueblos no es completo mientras se prescindiera de su evolución económica y de las agencias económicas”. Con palabras que parecen ecos de algunas precisiones que hizo Engels, repudia las malas caricaturas del materialismo histórico que, pretendiendo ser la única explicación, reducen “a determinados exteriores lo mucho de invento, de libre y desinteresada iniciativa que caracteriza a la conducta humana”. Además, su interés en la literatura política más avanzada era muy vivo, tanto que hasta colaboró con Pedro Enríquez Ureña y Carlos Pereyra en una traducción al español de *El Estado y la revolución*, de Lenin. Pero Reyes no fue un marxista; tampoco es fácil llamarlo un hombre de acción revolucionaria, salvo limitadamente en los tiempos de su primera juventud. Sin embargo, se puso del lado de la verdad y la justicia; y a la hora de las grandes definiciones, siempre formó filas, firme y sin vacilar, junto a las izquierdas» (XLI, XLII).

VI. La euforia científico teórica y sus problemas

De gran provecho y agradable lectura es la *Breve historia del ensayo hispanoamericano* que el escritor peruano José Miguel Oviedo publicó por la Editorial Alianza en 1990. Mucho de las historias anteriores es asentido en sus páginas, pero las precisiones abundan y los comentarios son inteligentes y sensibles. Entre sus reparos tenemos el de no pasar por alto que el ensayo, aunque con precursores remotos, no surge como *concepto* sino hasta Montaigne, autor éste con el que adquiere especificidad genérica y comienza a ser «cultivado con autonomía y conciencia de forma» (19)⁵¹. Es una clarificación necesaria en ese momento, pues con el auge de los estudios poscoloniales han comenzado a abundar las propuestas más osadas sobre los orígenes de la modalidad. Muy discretas terminarán resultando las ideas de la originalidad hispanoamericana de un Henríquez Ureña o su celebración de la prosa de Nueva España frente a textos como “Cristóbal Colón, periodista” que Joaquín Roy había publicado en 1980, por momentos un diálogo explícito con los estudios de Mead, pero en el cual las crónicas de Colón son descritas como reportaje y entendidas como precursoras de la literatura ensayística. Llamativas aunque bastante caprichosas, estas páginas emparentan las Crónicas de Indias al periodismo contemporáneo sin tomar seriamente los influjos de la cultura europea en América o, por el contrario, tomándosela tan en serio que, de repente, se permite escuetos comentarios como éstos: «Bolívar y Sarmiento son todavía productos de Europa, y como hombres de raíz europea invierten toda la vida redescubriendo el continente, inventándolo» (132). La idea de las Crónicas de Indias como inicios del ensayo pudo

⁵¹ Es también la opinión con que Ezequiel Martínez Estrada inicia su ensayo, en *Heraldos de la verdad*, “Montaigne, filósofo impremeditado y fortuito”: «El ensayo, tal como lo concebimos hoy, está en Montaigne acabado en punto de perfección. No crea él un género, pero lo constituye al fijarle sus condiciones típicas, como la forma más holgada y libre de reglas para la expresión natural del pensamiento y la emoción» 7.

haber tomado ímpetus con el breve texto de Claude Lévi-Strauss (1908-2009)

“Montaigne y América” (1999), donde el antropólogo se refiere a la curiosidad del

ensayista por el Nuevo Mundo y las fuentes de que se valió:

Los primeros cronistas españoles de la conquista y los relatos de viajeros franceses recientemente publicados que, en la costa del Brasil, habían compartido la vida de los indios. Incluso conoció a uno de esos testigos y se sabe que se reunió con algunos salvajes que un navegador hizo desembarcar en Rouen. (115)

Esta cuestión de las prioridades, bastante inocua si todo se reduce, como ocurre a menudo, a insistir en una precedencia, nos interesa más cuando se nos habla del flujo de noticias y reflexiones entre los dos mundos: cómo Europa pensó América y cómo América permitió pensar, o repensar, Europa y, a su vez, con ello auestas, pensarse a sí misma. Y a esto precisamente se refiere Levi-Strauss cuando habla de un Montaigne reflexivo sobre la organización de los pueblos americanos, y cómo los más y los menos desarrollados le admiraron igualmente, y éstos últimos quizás más, pues la sencillez de sus vidas le impuso nuevas preguntas sobre la naturaleza del vínculo entre los hombres.

Dice Levi Strauss:

Hallamos algunos esbozos de respuestas dispersos en los *Ensayos*, pero sobre todo resulta claro que al formular el problema, Montaigne sienta las bases sobre las cuales Hobbes, Locke, Rousseau continuarán toda la filosofía política de los siglos XVII y XVIII. La continuidad entre Montaigne y Rousseau se resalta tanto mejor cuanto que la respuesta última dada por el segundo en *El contrato social*, al igual que la interrogación inicial en Montaigne, procede de una reflexión sobre hechos etnográficos: en Rousseau, la del *Discurso sobre el origen de la desigualdad*. Casi se podría decir que las lecciones que Montaigne pide a los indios de Brasil desembocan, a través de Rousseau, en las doctrinas políticas de la Revolución francesa. (116)⁵²

Y si aceptamos esta soñadora descripción del trasiego de las ideas, también podemos consentir en que éstas, las doctrinas de la Revolución francesa, retornan sobre lo andado

⁵² Thomas Hobbes, 1588 -1679; John Locke, 1632-1704; Jean-Jacques Rousseau, 1712-1778.

para desembocar, a su vez, en las islas y tierras americanas. Lo que nos interesa, entonces, del párrafo anterior -que también es sobre prioridades, pero esta vez en el terreno político europeo- es esa fluidez de las ideas que tan felizmente pasan por alto ciertos estudiosos y cierta concepción del ensayo americanista. Por supuesto, las ideas europeas están por todas partes en la producción de los letrados criollos, pero eso no ha impedido a algunos críticos hacer cortes básicos e insistir de la manera más rudimentaria y tosca en las preminencias “ensayística” de América. Aunque analizado muy superficialmente, sin el azogue de Europa en el espejo, el tema América es la constante de estos trabajos como el de Roy, donde los géneros de la prosa hispanoamericana - crónicas del descubrimiento, periodismo, ensayo y novela contemporáneos-, evolucionan hasta encontrarse y fundirse. Esta preocupación temática (América y sus problemas) ya es para algunos estudiosos lo único importante: no sólo les explica un tipo de ensayo, o subgéneros, o sirve para cuestionar y reformular el canon..., es el género mismo. En su antología *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*, 1981, John Skirius daba cuenta del embrollo conceptual de entonces:

José de Onís [1911-2003] ha llamado al ensayo hispanoamericano «una literatura funcional»: está definida por el contenido más que por la forma, y ese contenido supuestamente está comprometido con la interpretación de numerosas fluctuantes realidades de Hispanoamérica. Germán Arciniegas [1900-199] estaría de acuerdo con esta definición temática: para él, «el problema de nuestra América es singularísimo, y ofrece un campo de estudio que literariamente sólo cabe en el ensayo». Pero Arciniegas va más allá: «Ahí hasta las novelas se vuelven ensayos. Y la historia. Y el teatro. »...

José de Onís y Germán Arciniegas coincidirían en que Bartolomé de Las Casas [1484-1566] y Simón Bolívar [1783-1830] fueron ensayistas. Y Alejo Carpentier estaría de acuerdo con la inspiración de Montaigne en los primeros informes de los cronistas coloniales en América; sólo que Carpentier, que se considera a sí mismo más novelista que ensayista, ve en la *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo [1492-1584], la primera novela de caballería real de todos los tiempos». Por otra parte, Germán Arciniegas -más

ensayista que novelista- sugiere que en las crónicas coloniales hay que hallar el origen del ensayo hispanoamericano moderno. (20, 21).

Por supuesto, no vamos a entrar nosotros en el debate sobre la pertinencia de esos criterios y dataciones, sólo nos interesa hacer ver la primacía, casi el imperio, que ha tomado la cuestión temática, ella permite replantearse los inicios de la modalidad y replantearse la amplitud formal y de contenido que tiene en el presente. Con plena conciencia de la situación en que se encuentra su objeto de estudio, en ese corte vertical -y no pasivo y horizontal- que se ha planteado (9), Oviedo nota el estorbo de definir el género por lo que se trata en él:

...en el ensayo todo depende del enfoque, no del tema. Es decir, los marcos de una historia del ensayo no son temáticos ni de contenido, sino que están dados por la presencia de ciertos elementos intrínsecos que tienen que ver con el modo en que un escritor piensa un asunto, cualquiera que este sea: donde aquéllos se encuentren tendremos ensayo. (13)

E inmediatamente comienza a hablar de aquel aspecto que ya había ido quedando tan relegado: la forma. Esa forma fluida porque quiere ser parte de la movilidad del pensamiento, a veces como si sólo lo transmitiera, a veces como si quisiera calcarlo. Para Oviedo se trata de la mirada inquisitiva que el ensayista pone sobre su objeto y sobre sí mismo, una «puesta prueba» que se hace simultáneamente a través de su capacidad de discernimiento y su sensibilidad; introversión que ocurre, sin embargo, frente a los ojos del lector. Esa función inquisitiva tendría una consecuencia decisiva sobre todo lo examinado: es un ojo crítico y cuestionador que da vitalidad al texto, pero sobre todo crea espacios de imaginación y reflexión que el lector podrá sentir como propios. El valor de esta individualidad nos deja frente a otro aspecto del ensayo que ya veníamos viendo:

[...] el ensayista, aunque se mantenga fiel a su tema, no está limitado por él y en realidad lo excede a cada momento. Al cuestionar la verdad establecida, abre fronteras y niega las formas sacralizadas al conocimiento. Por esencia el ensayo es antidogmático, asistemático y con alguna frecuencia herético. Y el ensayista, una

persona que sólo dice *sí* después de haber dicho *no* o *quizás* a la autoridad del saber. Es importante reconocer estos rasgos, porque nos ayudan a entender lo que el género es y lo que su historia pretende ser. (13)

Interesante esta nota rápida que nos habla de un género irreverente por naturaleza, incómodo y rebelde frente a las autoridades, pero siempre ante la posibilidad de unos voluntariosos historiadores. También tenemos en Oviedo una lectura distinta y, en nuestro criterio, más acertada del periodo que va de la década del treinta a los años setenta del siglo pasado. No se nos habla de una generación de escépticos ni de una siguiente animada por los problemas sociopolíticos, la mirada de Oviedo es más amplia. Se detiene en la plaga de las guerras y el avance de los poderes despóticos, pero mira más detenidamente en el envés de esas circunstancias: por ejemplo, el éxodo de intelectuales y artistas hacia Latinoamérica que siguió a la Guerra Civil española y el enriquecimiento literario que indudablemente ello significó. Nota las renovaciones que trajo al género la corriente del existencialismo y los movimientos filosóficos afines, y el auge de los revisionismos marxistas y los debates en torno a la acción del intelectual, el compromiso, la militancia, o cómo tomar la estética realista: cuestiones de «candente filo moral -dice- que desvela a muchos y crea tempestuosas polémicas, no del todo resueltas todavía hoy» (94). Muy llamativo es su reparo, en medio del panorama descrito, de lo que define como el *ensayo creador*. Dos cuestiones le han hecho proponer esa clasificación: la altura artística, los recursos de imaginación y fantasía que poseen las obras de ese periodo, con el antecedente de Alfonso Reyes y representantes como Borges, Lezama Lima, Paz y Cortázar, y el valor crítico de esas obras. Según Oviedo esta confluencia de fantasía e imaginación con voluntad crítica, sistemática y teorizante, «formas antes separadas al punto de parecer antagónicas» (94), es un rasgo propio de toda la literatura

contemporánea. Una mezcla de recursos y una abundancia de propósitos en la que, paradójicamente, «el ensayo cobra una total soberanía y se reinterpreta como un verdadero sistema que resume una honda experiencia o visión del mundo, no muy distinta a los grandes intentos abarcadores de la poesía o la novela» (95). Estamos de acuerdo, pero ya que las tendencias de una época son creadas, entre otras cosas, por los hombres que la habitan, continuamos indagando en la parte que a éstos les corresponde.

A propósito del concepto de *ensayo creador* pensamos en lo ambicioso de obras como *Visión de Anáhuac* (1917) de Reyes; *La raza cósmica* (1925) de José Vasconcelos; *El laberinto de la soledad* (1950) de Paz; *La expresión americana* (1957) de Lezama Lima, o los ensayos de éste en el conjunto *Confluencias* (1988), en los que éste retoma, a través de la cultura universal, muchas de las nociones de lo que llamara el Sistema poético del mundo. Pensamos en los ensayos ficcionales de Borges o, al revés, en sus ficciones ensayísticas. Estamos aquí ante universos: una comunidad antigua; un hombre por venir; culturas que batallan con los asedios de su remoto, ultrajado y poderoso pasado; un sistema generador de metáforas..., y, sin embargo, ¿quién quedaría encerrado en sus contornos; sometido a su lógica? Oviedo no precisa demasiado las fechas del *ensayo creador*, acaso porque considera que, después de obras como las mencionadas, el ensayo hispanoamericano ya no podrá desprenderse de esos provechos o desandar esos nuevos espacios a los que llegara a través de la imaginación y un excepcional manejo del lenguaje, y los tiene en su sedimento como una reserva cultural no agotada aún. O acaso, y más tristemente, porque considera el *ensayo creador* como la antesala de otro momento, el del apogeo teorizante que comienza alrededor de los años sesenta y que todavía se encuentra en curso. Es entonces que habría ocurrido un verdadero cambio

sociocultural del género, en el sentido de la amplitud de temas que muestra y los múltiples métodos de que se vale: semiología, estructuralismo, feminismo, psicoanálisis, estudios culturales... «hoy no entendemos por ensayo literario o por investigación social -observa desde los noventa en que escribe- lo mismo que antes». Pero en seguida aclara que toda esa profusión metodológica y temática, que va de los aspectos sociopolíticos más disímiles a una actividad reflexiva que no excluye las propias herramientas empleadas en el estudio, no está libre de problemas:

La fiebre teorizante se ha diseminado por todas parte y ha creado un lenguaje -un «metalenguaje», dirían sus usuarios- que no es sino una especie de jerga técnica altamente especializada, a la que el lector desprevenido tiene poco acceso. En manos de la legión de discípulos de Lévi Strauss [1908-2000], Barthes [1915-1980], Jakobson (1896-1982), A. J. Greimas (1917 [-1992]), Emile Benveniste (1902-1976), Julia Kristeva (1941), Jacques Lacan (1901-1981) y Jaques Derrida (1930 [-2004]), el ensayo se ha hecho más ambicioso y abarcador e informado, pero al mismo tiempo se ha hecho más hermético e intransitivo, perdiendo así una de las virtudes esenciales del género. La pretensión científica de esos modelos no es escasa: aspiran a formular una teoría unificadora del lenguaje humano, que sirva igual para entender un poema como un artículo periodístico o un slogan político. Esta búsqueda de una «nueva objetividad» ha producido trabajos de cuyo rigor y originalidad no cabe duda, pero también ha incurrido en un absolutismo cientificista que tiende a sofocar el debate intelectual abierto a otros conceptos y principios. (132)

Y llegamos entonces a esa cuestión, el interés de una objetividad de calado científico en la apreciación de todas las cosas, que tanto daño hizo al ensayo cubano del periodo revolucionario y que tuvo efectos en todos los niveles de la creación y la crítica literaria: el lenguaje, los temas a tratar, las prioridades del análisis del autor, su perspectiva, su tono, su concepto o, acaso mejor, su no concepto de estilo⁵³. Ese cientificismo penetró

⁵³ Notas como ésta, aparecida en la “Tesis y Resolución del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba”, 1975, Acápite sobre la Educación y la Cultura, eran constantemente repetidas en las publicaciones y en los centros educativos o de desarrollo vocacional: «La modificación de modelos y puntos de referencia que han creado y crean aún escalas de valoración ajenos a nuestra ideología y realidad nacional, es una importante tarea de la crítica. Pero para que tales modificaciones se produzcan, la crítica deslinda los valores socialistas que se reflejan en el arte de los que pertenecen a la ideología burguesa. Los artistas y el pueblo buscarán esta crítica con interés ya

progresivamente a través, en primer lugar, del marxismo y, también, como se verá en las páginas tituladas “Pensamiento contra pensamiento”, a través de publicaciones como la revista *Criterios*, dedicada en gran medida a la semiótica, y una suerte de publicación relevo del movimiento de difusión y debates sobre la filosofía marxista de *Pensamiento crítico*. Creo que en Cuba hubo incluso un empalme y oscurecimiento en el encuentro del marxismo y el apogeo de la semiótica, pues mientras el primero era una filosofía de enseñanza obligatoria en la isla, un vulgarizado cuerpo de premisas para la conducta y para la educación de la nueva sociedad socialista y su visión del mundo, la semiótica y sus diversos campos de estudio eran una herramienta sofisticada y más constreñida a los medios intelectuales y a ciertos grupos dentro de estos medios, y pudo entenderse como un vínculo entre la confinada intelectualidad de Cuba y una vanguardia internacional de pensamiento e interpretación del arte y la literatura. Pero, ciertamente, hay también mucho de limitado y limitante en los propósitos unificadores de estos métodos y su pretendida objetividad. A diferencia de los mundos en que entramos con el *ensayo creador*, aquí estamos frente a nociones muy difíciles de dejar atrás una vez que se decide dialogar con ellas. Son despliegues en los que se cae con la aptitud del insecto en una tela de araña, y de los cuales, también como el insecto, sólo se sale, si se sale, de la manera más azarosa o brusca. Por otra parte, no es difícil imaginar lo conveniente de estos métodos de estudio, acreditados y graves pero de difícil comprensión y, con frecuencia, de encantos literarios nulos, a la instancias culturales cubanas. Las autoridades de la cultura debían encontrar algo catártico y a la vez absolutamente inocuo en la faena de esos intelectuales, enfrascados en reflexionar sobre su entorno con recursos tan

que en ella no encontrarán el individualismo anárquico-burgués, sino el juicio racional, científico y honesto, basado en los conceptos del marxismo leninismo» Ministerio *Política cultural* 118

abarcadores y también tan abstrusos. En general, estas disciplinas conocieron largos periodos de buena convivencia con la Revolución, y muy en particular cuando sus cultivadores se decían marxistas. No sería demasiado difícil reconstruir las utilitarias reducciones a que fue llevado el marxismo, conceptos con que se recorrían el pasado, el presente y el futuro del país, y todos los componentes de su denominada base económica y superestructura. Y tampoco sería demasiado difícil reconstruir las utilitarias reducciones a que se sometió, por imitación y por ajustes puntuales a aquel sistema filosófico, toda la historia nacional, desde los tiempos precolombinos hasta los revolucionarios⁵⁴. Por eso nos resulta tan significativo cuando, en *Defender la sociedad*,

⁵⁴ Para una rápida idea de los alcances buscados por la historiografía revolucionaria cubana y el juego de refuerzos mutuos que se ha dado entre la historia de la Revolución y el marxismo, reproducimos aquí el Preámbulo a la *Constitución de la República de Cuba de 1976*, la primera después de la Revolución y donde ésta aparece como el lugar hacia el que han confluído todas las guerras del pasado y de donde saldrán todas las batallas futuras: «Constitución de 1976 Preámbulo NOSOTROS, CIUDADANOS CUBANOS, herederos y continuadores del trabajo creador y de las tradiciones de combatividad, firmeza, heroísmo y sacrificio forjadas por nuestros antecesores; - por los aborígenes que prefirieron el exterminio a la sumisión; - por los esclavos que se rebelaron contra sus amos; - por los que despertaron la conciencia nacional y el ansia cubana de patria y libertad; - por los patriotas que en 1868 iniciaron las guerras de independencia contra el colonialismo español y los que en el último impulso de 1895 las llevaron a la victoria de 1898, victoria arrebatada por la intervención y ocupación militar del imperialismo yanqui; - por los obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales que lucharon durante más de cincuenta años contra el dominio imperialista, la corrupción política, la falta de derechos y libertades populares, el desempleo y la explotación impuesta por capitalistas y terratenientes; - por los que promovieron, integraron y desarrollaron las primeras organizaciones de obreros y de campesinos, difundieron las ideas socialistas y fundaron los primeros movimientos marxista y marxista-leninista; - por los integrantes de la vanguardia de la generación del centenario del natalicio de Martí que nutridos por su magisterio nos condujeron a la victoria revolucionaria de Enero; por los que, con sacrificio de sus vidas, defendieron la Revolución contribuyendo a su definitiva consolidación; GUIADOS APOYADOS en el internacionalismo proletario, en la amistad fraternal y la cooperación de la Unión Soviética y otros países socialistas y en la solidaridad de los trabajadores y pueblos de América Latina y el mundo; DECIDIDOS a llevar adelante la Revolución triunfadora del Moncada y del Granma, de la Sierra y de Girón encabezada por Fidel Castro que, sustentada en la más estrecha unidad de todas las fuerzas revolucionarias y del pueblo, conquistó la plena independencia nacional, estableció el Poder revolucionario, realizó las transformaciones democráticas, inició la construcción del socialismo y, con el Partido Comunista al frente, la continúa con el objetivo de edificar la sociedad comunista; CONSCIENTES de que todos los regímenes de explotación del hombre por el hombre determinan la humillación de los explotados y la degradación de la condición humana de los explotadores; de que sólo en el socialismo y el comunismo, cuando el hombre ha sido liberado de todas las formas de explotación: de la esclavitud, de la servidumbre y del capitalismo, se alcanza la entera dignidad del ser humano; y de que nuestra Revolución elevó la dignidad de la patria y del cubano a superior altura; DECLARAMOS nuestra voluntad de que la ley de leyes de la República esté presidida por este profundo anhelo, al fin logrado, de José Martí: «Yo quiero que

Michael Foucault describe una contraposición de saberes que le parece imprescindible en las batallas de estos tiempos: «los saberes locales, discontinuos, descalificados, no legitimados», por una parte, y «la instancia teórica unitaria que pretende filtrarlos, jerarquizarlos [...] en nombre de un conocimiento verdadero, en nombre de los derechos de una ciencia que algunos poseerían» (22). Y su llamado de atención, no ya sobre el contenido en sí de la filosofía marxista, sino sobre el hecho de que se le haga ver como ciencia:

[...] aún antes de plantearse la cuestión de la analogía formal y estructural de un discurso marxista o psicoanalítico con un discurso científico, ¿no hay que plantearse la cuestión, interrogarse sobre la ambición de poder que acarrea consigo la pretensión de ser una ciencia? [...] Y yo diría: «Cuando veo que se esfuerzan por establecer que el marxismo es una ciencia, no advierto, a decir verdad, que estén demostrando por todas que el marxismo tiene una estructura racional y que sus proposiciones, por consiguiente, competen a procedimientos de verificación. Veo, en primer lugar y ante todo, que están haciendo otra cosa: Veo que asocian al discurso marxista, y asignan a quienes lo emiten, efectos de poder que Occidente, ya desde la Edad Media, atribuyó a la ciencia y reservó a los emisores de un discurso científico». (23)

Batallar en un campo de saberes formalizados y percibidos como ciencias, dio lugar a una intelectualidad ojerosa, de engañosa sofisticación, y a veces de sofisticación verdadera pero también muy impotente respecto a los impactos socioculturales que anhelaban y buscaban tener con su trabajo. Los análisis literarios se llenaron de atisbos de estructuras para ser deconstruidas pieza a pieza, mientras mucho de la sustancia de las obras escapaba por las juntas y los recodos. No será demasiado decir que algo de aquel mundo dispuesto y recreado por la filosofía, el país ensombrecido y redibujado por las sistematicidades del marxismo y la historiografía revolucionaria, ordenado y redistribuido

la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos al dignidad plena del hombre»; ADOPTAMOS por nuestro voto libre, mediante referendo, la siguiente: CONSTITUCIÓN» Ver Cuba Ministerio de Justicia.

por un estado de infinitas y cohesionadas oficinas que ahora era en Cuba el inicio de los tiempos, se había metido en la imaginación y estaba al fondo de muchos de los análisis literarios de entonces, obsesionados con los métodos, los órdenes, las estructuras, de modo que hasta el *Sistema poético del mundo* de Lezama Lima se tomó con la más absoluta seriedad, es decir, como una fuga fantasiosa de un sistema a otro, una encerrona mucho más complaciente y esperanzada que aquellas en las que se vivía. Por otra parte, las disciplinas, sus complejidades metodológicas y su lenguaje, ofrecían soportes y motivos de análisis a unos lectores que, en un país de hábitos rotos, una tradición literaria bastante desconocida, un desprecio por la historia y un sistema cultural paternalista y vigilante, no siempre contaban con la mejor formación ni el mejor juicio.

Después de muchos años con una memoria nacional suplantada por el relato de la historiografía revolucionaria; por los espejismos de país que el Estado secretó como si antes y después de sus muros el espacio y el tiempo se cortara en abismos, y del respaldo filosófico a esas falacias, aparece una intelectualidad crítica y reformativa que, sin embargo, se sentirá compelida a batallar desde aquellos mismos soportes teóricos. Hoy se habla de la proliferación de las teorías en los ochenta y los noventa de Cuba como la emergencia de una intelectualidad joven en la búsqueda de su expresión, desafiante, crítica, paródica, abierta a las novedades, escrutadora de los fenómenos sociales y culturales, en lucha con las formas de dogmatismo que seguían enquistadas en la sociedad cubana después de la tenebrosa década de los setenta. En su estudio de 2017, “Breve sinapsis de las teorías culturales en Cuba”, Pablo Argüelles Acosta intenta un registro de las escuelas teóricas de los ochenta y los noventa y lo que él llama «sus instancias de encarnación, ya sea la obra personal de un artista o un proyecto científico de

mayor alcance»». Aunque el registro se descubre pronto como una sucesión de proyectos - gregarios, individuales e institucionales- fracasados por la intervención de la política cultural revolucionaria, no hay en el estudio casi ningún análisis de estas catástrofes. Un vacío del que se deduce que los estudios teóricos en Cuba resultaron portadores de ideas reformativas que en cuanto fueron demasiado lejos quedaron neutralizadas por el gobierno. Nada de esto es falso pero está incompleto.

Para comprender esos fracasos y los daños que el pensamiento teórico infligió al ensayo y al mundo de la cultura es preciso tener en cuenta que esa afición teórica de los ochenta y los noventa tenía sus raíces en los primeros años de la Revolución, y se había nutrido de los movimientos intelectuales que existían por aquellos tiempos en Europa y América Latina, muchos de ellos colaboradores de la revista ya mencionada *Pensamiento Crítico*, y de su equipo editorial, los miembros del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana. Y, además, habría que tener en cuenta que esa actividad teórica de los sesenta estuvo estrechamente vinculada a Fidel Castro y a su estratégica redefinición de la Revolución liberal burguesa de 1959 en una Revolución marxista-leninista. Es algo que analizamos en las páginas “Pensamiento contra pensamiento”. La fiebre teórica de los ochenta y los noventa ya había consumido a los jóvenes en los sesenta y, de hecho, lo decíamos antes, la revista *Criterios*, la más importante publicación dedicada a los estudios teóricos en Cuba, fue, según declaraciones explícitas de su director, el semiótico marxista Desiderio Navarro, la sustituta de *Pensamiento crítico*, cuando ésta se hizo inconveniente para el gobierno. También *Criterios* sufrió censura y algunos cierres temporales, pero siempre consiguió recobrase y hoy se ha convertido, de una revista que su políglota director armaba casi en solitario, en el órgano de una institución integral, el

Centro Teórico-Cultural Criterios⁵⁵, algo que no sólo habla de las aspiraciones o las claudicaciones de Navarro, sino también de cómo la Dirección de Cultura nunca descuidó ni dejó de ambicionar el territorio de estos estudios. La Cuba que ha salido y han argumentado algunas de esas teorías es demasiado preciada al gobierno para incurrir en descuidos. Ha habido pensamiento teórico en Cuba pero la Revolución también fue muy teórica: filósofos extranjero fueron prontamente a examinarla con sus propios ojos; los rebeldes la convirtieron en manuales; Fidel Castro explicaba sus eventos por cinco y seis horas desde una tribuna; el marxismo -después de adoptado por el gobierno y hecho ideología nacional y enseñanza obligatoria- decía que, como toda revolución socialista, la de 1959 había sido un hecho inevitable, ajeno a la voluntad última de los hombres, e imprescindible para el desarrollo social.

El pensamiento teórico que se desarrolló en la Revolución ha pasado siempre como un saber fatigoso pero irredento, crítico, capaz de penetrar en los fenómenos más complejos de la sociedad cubana, integral y objetivo; sin embargo, nunca debe olvidarse que transitó a la par del marxismo y, a menudo, anclado en éste. Algo de esta circunstancia se descubre en las palabras introductorias a la edición facsímil de *Naranja Dulce* - iconoclasta publicación de un grupo de jóvenes poetas y pintores de finales de los

⁵⁵ Sobre Navarro, dice Argüelles: «Bajo su dirección, *Criterios*, “revista internacional de teoría de la literatura, las artes y la cultura”, como reza su subtítulo, ha desempeñado un papel indispensable en la promoción del pensamiento internacional en Cuba e, incluso, en el más amplio contexto de la lengua española. Bajo la misma advocación y gracias también al empeño de este intelectual y la colaboración con instituciones nacionales e internacionales, han surgido un sello editorial y el Centro Teórico-Cultural Criterios. Como plataforma cultural Criterios ha asumido, además de numerosas publicaciones, la celebración de conferencias, encuentros académicos y talleres, marcados por la diversidad y la actualidad de los enfoques teóricos presentados, y en los que han tomado parte destacados intelectuales de Cuba y otros países».

ochenta que se volvió tan incómoda al gobierno que duró solo cuatro números-, cuando Idalia Morejón refiere «lo metódico, arqueológico y por momentos solapado en sus estrategias» con que aquellos autores buscaron participar en la «discusión sobre el lugar de la poesía y el arte, indagar sobre qué significaba ser escritor -escritor joven- en un sistema político totalitario» (12). Si dejamos aparte el final de la cita -casi nadie se piensa seriamente en su condición de escritor joven por el mero hecho de serlo, y la idea de Cuba como país totalitario no se reconocía ni se manejaba entonces como se hace hoy-, coincidimos en que fue una empresa llena de astucia y prolijidad: astucia, porque era la única manera de negociar con los burócratas culturales la existencia de la revista; prolijidad, porque algunos de sus realizadores o colaboradores tenían una declarada afición por el marxismo y aspiraban a reformar la cultura desde esa ideología que (como ya había ocurrido con los filósofos de los sesenta, pero de esto se sabía muy poco o nada entonces), consideraban mal leída y mal aplicada. No se niega el ánimo contestatario de los realizadores de este proyecto (así solía llamársele) que, como bien dice Morejón, fue una reflexión sobre la autonomía del lenguaje poético y literario, lo que también apuntaba a la autonomía de los escritores (12); que renovó la biblioteca cubana de entonces con nuevos acercamientos o lecturas -Maurice Blanchot (1907-2003), Roland Barthes, Antonio Gramsci (1891-1937), Lezama Lima, Georges Bataille (1897-1962), José Martí, Umberto Eco (1932-2016), Roman Jakobson (1896-1982) (8)-; estimuló el trabajo de traducción (8); acogió a los artistas plásticos y, con éstos, el arte lúdico, gremial y cifrado del grafiti y el comic, y un uso irónico de los íconos culturales foráneos que los burócratas aborrecían por parecerles una señal de decadencia y de penetración ideológica (10); y, finalmente, promovió una poesía de nuevo aliento, más imaginativa, más

compleja en la expresión y los temas, y permitió atisbar las primeras señas de la recuperación del ensayo.

Sin embargo, es preciso reconocer los límites con que los teóricos más reconocidos de entonces -Desiderio Navarro (1948-2017), y los más jóvenes Rolando Prats (1959), Víctor Fowler (1960), para dar unos ejemplos- podían acercarse a la política cultural revolucionaria. Es muy difícil penetrar y hacer añicos un sistema de premisas desde otro sistema de premisas. Por otra parte, pensar y refinar la lectura y comprensión de un cuerpo teórico o de un sistema filosófico impone una permanencia en sus confines y una vuelta y perenne observación de sus proposiciones. Valga recordar entonces la reserva con que Foucault hablaba de aquellos conocimientos regimentados y avalados por un saber teórico unitario, o su observación de que todas esas teorías que proliferaron entre finales de los cincuenta y durante los sesenta (marxismo, psicoanálisis, semiótica, etc.) proveyeron herramientas y críticas locales muy útiles que, sin embargo, dejaron ilesa la totalidad teórica del conjunto. En *Defender la sociedad* decía exactamente « [...] cualquier recuperación en los términos de la totalidad provocó de hecho un efecto de frenado» (20).

En este sentido podrían leerse las palabras de presentación que Víctor Fowler le hace al Nº 10, el último, de *Naranja Dulce*, dedicado al erotismo⁵⁶. Mientras el tema en sí era un desafío a las autoridades culturales, muy poco de la represión y la vigilancia a la sexualidad de los individuos quedaría explícito en aquellas líneas. En un país que había intentado corregir la homosexualidad y continuaba aborreciéndola y, si había ocasión,

⁵⁶ *Naranja Dulce* sólo consiguió tener cuatro números, los números 6, 7, 9, 10 que aparecen en los datos respectivos de esas cuatro tiradas corresponden a la serie de ediciones especiales del *Caimán Barbudo*, revista de la que *Naranja Dulce* fue un tabloide o suplemento. A su vez, el *Caimán Barbudo* -en sus momentos iniciales, según indica el machón bajo la dirección de Fidel Castro-, es un suplemento cultural del periódico *Juventud Rebelde*.

castigándola; que escarmentaba la infidelidad matrimonial del militante comunista como si se tratara de una ofensa política; que no consentía (ni consiente) en la circulación de parafernalia erótica alguna, y que con sus clases de educación sexual dirigidas a los adolescentes trataba del sexo como otro aspecto de la formación integral del individuo, el texto de Fowler debía gastarse en definiciones sobre lo erótico y su diversa concepción según la diversidad de las culturas. Debía proveer el tema de naturalidad, de universalidad, de importancia, y reafirmarlo como saber, arte, literatura. Y también debía normalizarlo, ya que el erotismo, explicaba, era algo propio de la psicología social (2). Pero incluso en esa normalización el erotismo deberá aparecer como algo sólo legible sobre el cuerpo de la mujer (“nuestro erotismo es machista”, dice el autor), y que en modo alguno puede confundirse con lo pornográfico:

La pornografía es la imagen que no nace en el individuo sino que le viene *impuesta* del exterior, y que es considerada por la psicología social como imposición. El erotismo es propuesta compartida socialmente y se forma como resultado de la proposición dialéctica de las proposiciones de la comunidad. La pornografía es propuesta consumida y sólo quien recibe los beneficios de ella tiene el derecho de producirla.

[...]la dialéctica del desarrollo del sujeto hace que la tenue línea de lo erótico y lo pornográfico sea rota constantemente en el sentido de “lo que hoy es, mañana no es” y viceversa. (2)

La necesidad de resaltar lo positivo y natural del erotismo frente a lo negativo, artificial y comercial de la pornografía es aquí, me parece, tan obvia como lo imponían las autoridades culturales. Lo maligno de la pornografía de que habla el autor era el visado a una revista con temática e imágenes eróticas. El autor pasa por alto que poco antes ha hablado del erotismo como arte, es decir, como algo igualmente susceptible de comercialización y, para usar su término, de imposición. Acaso su concepto del arte en la sociedad socialista le permitía ese descuido. De cualquier modo, nótese cómo al final de

la cita Flower intenta recuperar lo polémico del asunto acercando erotismo y pornografía pero, ya planteados como valores opuestos, sin desaprovechar otra salvaguarda: la dialéctica.

Se entenderá, entonces, lo que quiere decir Foucault cuando habla de los métodos que han sido críticas importantes pero limitadas, y ante los cuales la integridad del conjunto teórico dominante queda ileso. Otro ejemplo lo tendríamos en las páginas de Rolando Prats, “Diez tesis provisionales sobre poesía”, también en *Naranja Dulce*, Nº 6. El propósito de esos párrafos no es sólo acercarnos a una definición de la poesía sino, además, mostrarnos los pasos y elementos necesarios para llegar a esa definición. El autor enumera premisas, las desarrolla y las descarta, hasta que quedamos frente a los recursos de la semiótica y un primer concepto basado en el reconocimiento del carácter propiamente sígnico, lingüístico, del poema; es decir, la poesía dentro del sistema del lenguaje y entendida como un lenguaje no artificial, que no privilegia determinados signos sobre otros ni distingue entre lenguaje y habla, lo que le sirve para enfatizar que «toda apropiación que el hombre hace de la realidad a través de un sistema de signos es un hecho del lenguaje, un acto u operación lingüística, una realización, en suma, de su competencia sígnica (lingüística)» (19). El poema en el absoluto del lenguaje es, por supuesto, una insistencia contra las definiciones y clasificaciones utilitarias de la creación poética. Por eso más adelante se refiere a la posibilidad de una subversión o enfrentamiento de las divisiones semánticas, sintácticas o estilísticas, a través de la teoría o de «acciones verbales concretas, cuyo objetivo sea la creación (individual o colectiva) del Texto Móvil, el Texto Total, el Texto Absoluto como expresión sistémica,

contradictoria e íntegra de un estado de cultura» (19), y de inmediato, para que se comprenda este acto subversivo y unitivo a la vez, concluye:

Poesía es unidad dialéctica de contrarios: realidad y pensamiento; pensamiento y lenguaje; lenguaje y realidad; lengua y habla. Poesía es el mecanismo de funcionamiento del lenguaje mismo, sobre el eje de sus antinomias: estática-dinámica, fenómeno-esencia, expresión-sustancia, retórica-ruptura; tradición-vanguardia.

Paul Celán, en “El Meridiano”, su conmovedor discurso de 1960 al recibir el Premio Georg Büchner, decía que el poema absoluto no existe, que no puede existir. Que lo que sí existe con cada poema verdadero, con el menos exigente incluso, es esa «cuestión insoslayable, esa pretensión inaudita» (507). Quizás Prats, al hablar del Texto Total o Absoluto, también pensaba, a su manera, en la sublime voluntad que hace a los hombres escritores de poesía. Quizás imaginaba alguna prodigiosa eficacia con que confrontar el obsesivo sentido unitario de su medio. Como sea, lo que para ese momento se ha perdido en Cuba es, precisamente, la posibilidad de llamar y describir la poesía como una «pretensión inaudita». Lo que se había perdido era la sencillez, la naturalidad y la capacidad de apelar a las emociones a través de un enunciado. El poema era defendido como experiencia lingüística pero desde un lenguaje que estaba rodeado de la mayor reserva: ninguna valoración podía aparecer sin explicarse, ninguna explicación podía estar desprovista de objetividad, nada sería dejado a la fantasía y sensibilidad de los lectores, nada se demoraba en el inefable poético sin quedar rodeado por cierto descrédito o ridículo, toda trascendencia era más apreciada mientras más política, no mientras más poética. La poesía no podía hacer uso de la poesía para definirse. Era preciso ser metódico, dialogar y hacer añicos todas las divisiones, subdivisiones, y sistematicidades, desde algo que, sin embargo, era también una sistematicidad, como el concepto con que

de modo irónico y también serio Prats concluía sus diez tesis provisionales: la poesía es unidad dialéctica de contrarios.

Los intérpretes de *Carta de Lord Chandos* hablan del presentimiento y el ocaso del Imperio austrohúngaro para explicar una disolución del yo que pronto se manifiesta en quiebra del lenguaje. Aquí tendríamos lo opuesto: una obsesiva imagen unitaria de la historia nacional y el Estado revolucionario, y sus herramientas, son las que, en buena medida y para bien o para mal, han erosionado los convencionalismos del lenguaje, o lo han enquistado en formas metódicas, en islotes de significaciones valiosas aunque cautivas, o lo han impregnado del revulsivo social de la escritura de vanguardia, como el movimiento independiente que le sigue a *Naranja Dulce*, el de la revista *Diásporas* que aparece y desaparece en los noventa, donde se juntan las teorías, los cuestionamientos a ciertas zonas de la tradición literaria cubana y la escritura experimental⁵⁷.

De vuelta a los ejemplos -y son abundantes los que podrían proveerse- creo que se entenderá por qué la cultura revolucionaria no ha descuidado ni tampoco ha temido demasiado a los empeños teóricos que periódicamente llenan de ciclos de conferencias y

⁵⁷ Sobre *Diásporas* escribe Argüelles: « [...] la asimilación positiva del fragmento, la negación de valores trascendentes (en primer lugar de la Nación como concepto sustantivo y como atributo de una literatura y un arte), del esencialismo de Orígenes, entendido como una función de nuestra cultura y con respecto al cual Diáspora(s) insistió en la negación vertical de toda ontología, apostando por el juego y la tergiversación de las jerarquías. Conformado por un grupo de escritores (Rolando Sánchez Mejías, C. A. Aguilera, Rogelio Saunders, Ricardo Alberto Pérez, Pedro Marqués de Armas, Ismael González Castañer, José Manuel Prieto y Radamés Molina), su gestión cultural no se limitó al ejercicio exclusivo de la escritura, pues también llevaron a cabo otras actividades como la organización de un curso sobre el postmodernismo (al que incorporaron un *performance* de C. A. Aguilera) y la publicación de una revista homónima. El sustento teórico de esta práctica artística que también se expresaba en textos reflexivos (marcadamente vanguardistas por la fuerza negativa de sus invectivas o el sostenido *ethos* experimental de sus textos) se fundaba en autores de la tradición literaria y filosófica internacional y en teóricos más recientes vinculados al postmodernismo o el postestructuralismo, incorporando a su escritura y –por obra de la difusión cultural en la que se empeñaron– al campo literario nacional, una actualidad temática, retórica incluso, que trajo a primer plano consideraciones teóricas acerca de la constitución de los objetos y las funciones culturales».

debates sus espacios. De hecho, la teoría sigue siendo considerada una herramienta idónea para mejorar la sociedad cubana desde las instituciones del estado. Argüelles inicia su “Breve sinapsis de las teorías culturales en Cuba” recordando el llamado que el veterano filósofo Fernando Martínez Heredia, director en los sesenta de la clausurada *Pensamiento crítico*, hizo en un coloquio de 1999 dedicado a Michael Foucault: « [...] entre otros graves problemas, tenemos el de la necesidad de teorías [...]. Sé que no lo parece, pero el pensamiento y el conocimiento social en Cuba tienen ante sí la posibilidad de dar un salto de avance. También está claro que la posibilidad no es igual a la realidad». En nuestra opinión, mejor hubiera sido informar a los jóvenes presentes en aquel coloquio (especialmente si estaba dedicado a Michael Foucault) sobre el largo y tortuoso camino de los estudios teóricos en Cuba, su ya larga historia entretejida a la del poder del gobierno de la Revolución; las repercusiones de ser un conocimiento distinguido como ciencia: saber de especialistas y especializado; el porqué de que unas veces aparezca cómo protegido y aupado por el gobierno y otras bajo censura. Pero para ello -y es algo que se verá mejor al llegar a las páginas “Pensamiento contra pensamiento”-, hubiera sido necesario pasar de la teoría a las estrategias políticas del gobierno revolucionario, un terreno todavía de muy difícil tránsito dentro de Cuba, con vacíos peligrosos y zonas infranqueables, como sabía perfectamente Martínez Heredia. Así, los años ochenta, los noventa y el inicio de este milenio estuvieron abarrotados de proyectos teóricos, tomados erróneamente como una novedad, proyectos reformistas en sus intenciones pero de impacto lento o muy limitado en la lucha contra las políticas opresivas del gobierno cubano. Valga la pena citar la actividad teórica recogida por

Argüelles en su trabajo y que, nos parece, demuestra la convivencia bastante serena de estos estudios con el gobierno:

[...] la publicación del volumen *La historia y el oficio del historiador*, una colección de artículos teóricos de autores franceses con breves introducciones de colegas cubanos, coordinada por la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz en 1996; la celebración en 1999 –organizado por la Cátedra Antonio Gramsci del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello en coauspicio con la anterior Casa de Altos Estudios– del mencionado Taller Científico «Los desafíos de Foucault: a tres lustros de su muerte», cuyas memorias fueron publicadas al año siguiente en el libro *Inicios de partida. Coloquio sobre la obra de Michel Foucault*; la intensa labor de extensión del pensamiento freudiano (y particularmente de la enseñanza de Jacques Lacan) del Grupo de Estudios Psicoanalíticos de La Habana, el cual organizó coloquios y cursos de extensión del psicoanálisis y convocó a intelectuales cubanos y foráneos a dictar conferencias en varias instituciones culturales, académicas y de salud; la ampliación de los estudios teóricos en la Facultad de Artes y Letras, con la incorporación de estos temas al currículum regular, la elaboración de selecciones de lecturas –como *Textos de teorías y crítica literarias. (Del formalismo a los estudios postcoloniales)*, compilado en 2003 por Nara Araújo y Teresa Delgado– o la creación del Grupo de Teoría en esa facultad; la reflexión en torno a problemas sociales y políticos promovidos por la Cátedra Haydée Santamaría y la Red Protagónica Observatorio Crítico, las cuales han llevado a cabo incluso acciones de intervención en el contexto social; la actividad de la Cátedra de la Complejidad (adscrita inicialmente al Instituto de Filosofía) que ha vinculado a profesionales de las diversas disciplinas humanísticas con científicos dedicados a las ciencias básicas o aplicadas en un proyecto de difusión de las teorías que estudian la complejidad organizacional y lógica de los sistemas, sean estas instituciones sociales o estructuras biológicas, y que ha comprendido la realización de cursos, la publicación de una revista electrónica y la realización de un congreso internacional con carácter bienal donde han participado relevantes científicos e intelectuales de varios países.

¿Qué oponer a esa profusión de las teorías o, más precisamente, a esa dignidad científica del conocimiento teórico? ¿Qué oponer a las sistematizaciones y a los saberes que se han impuesto como conjuntos globales? Son estas preguntas las que guían el proyecto investigativo de Michael Foucault en *Defender la sociedad*, la revisión de sus trabajos anteriores, y su propuesta de un saber genealógico, que explica de esta manera:

Las genealogías son, muy precisamente, anticiencias. No es que reivindicquen el derecho lírico a la ignorancia y el no saber, no es que se trate de la negativa de saber

o de la puesta en juego, la puesta de manifiesto de los prestigios de una experiencia inmediata, todavía no captada por el saber. No se trata de eso. Se trata de la insurrección de los saberes. No tanto contra los contenidos, los métodos o los conceptos de una ciencia, sino una insurrección en primer lugar y ante todo, contra los efectos de poder centralizadores que están ligados a la institución y el funcionamiento de un discurso científico organizado dentro de una sociedad como la nuestra. Y en el fondo importa poco que esta institucionalización del discurso científico cobre cuerpo en una universidad o, de una manera general, en un aparato pedagógico, que esta institucionalización de los saberes cobre cuerpo en una red teórico comercial como el psicoanálisis o en un aparato político, con todas sus aferencias, como el marxismo. La genealogía debe librar su combate, sin duda, contra los efectos de poder propios de un discurso considerado como científico. (22, 23)

En contenidos, si no marginales, singulares y acallados de la historia, encontró Foucault no sólo aquellos saberes útiles e insubordinados sino también una dinámica de rivalidad para ser reinsertada en la lucha a nivel de los textos: es el discurso afiebrado y partisano de la guerra de razas frente al aparato teórico jurídico de la soberanía o -para aventurar un ejemplo con obras mencionadas antes, aunque no contemporáneas-, el *Discurso de la servidumbre voluntaria* de La Boétie frente a la teoría absolutista y contractual del estado que tenemos en el *Leviatán* de Hobbes. Además de esos contenidos históricos marginados o silenciados, también estaría lo que Foucault llama el *saber de la gente*, algo que, por supuesto, nada tiene que ver con los rescates de un erudito, excepto en que igualmente aquí se trata de un contenido a recuperar, un contenido que también ha estado al margen, en este caso descalificado por su falta de rebuscamiento, de sustancia teórica, de porte conceptual. Sobre el *saber de la gente* leemos en *Defender la sociedad*: « [...] no es en absoluto un saber común, un buen sentido sino, al contrario, un saber particular, un saber local, regional, un saber diferencial, incapaz de unanimidad [...]» (21). Esa combinación de saberes históricos conseguidos por la erudición y el descalificado saber de la gente, resulta muy llamativa frente a regímenes como el de Cuba, donde sólo las

instituciones del gobierno pueden producir y poner en circulación la literatura histórico-política, y donde los rumores siempre han hecho de contrapartida, de desquite.

También en esta disertación hacemos un rescate de contenidos históricos sepultados o tergiversados, entre los cuales tiene un sitio primordial la entrada del marxismo en la cultura política y literaria del país, el hecho de que su imposición masiva, con todo lo desmesurado que ello pueda parecer, fue sólo otro velo: antes que argumento filosófico o ideológico de la política nacional, antes que un complejo de categorías y premisas de prestigio científico; antes que una concepción del mundo o una perspectiva de análisis histórico o literario, el marxismo fue, junto con la declaración del carácter socialista del proceso, un recurso para el aferramiento en el poder de Fidel Castro y los hombres de su entorno. Las luchas intestinas por el poder están entre las cuestiones más silenciadas del proceso revolucionario ya que, además de todas las alianzas y hostilidades que develarían, forma parte de la ética del revolucionario ser visto como un hombre profundamente desinteresado. Sea como sea, es de ese vínculo de los hombres del Partido Comunista de Cuba (llamado antes de 1959 Partido Socialista Popular) y del cultivo del marxismo con ciertas estrategias y luchas intestinas, más que del contenido de la filosofía, de donde salen algunos de los episodios represivos más violentos contra la cultura. En los capítulos “Pensamiento contra pensamiento” y “El diversionismo ideológico, una nueva lectura”, vamos a los inicios de esa implantación ideológica y los de su acoplamiento a prácticas represivas, pues ello pondrá otra luz en la represión a la cultura y a los escritores críticos del creciente despotismo del gobierno, represión que se hizo pasar, y que muchas veces pasó, como discordia entre el conservadurismo burgués y

la aspiración socialista⁵⁸. De esas peleas por el poder y el control de los individuos y el pensamiento, el ensayo literario salió profundamente dañado.

Lo que los relatos sistematizados de la gesta revolucionaria y su acople a un cuerpo filosófico evita es la entrada en la historia en tanto sucesos con que reconstruir y denotar un estado de opresión. Por ello, bajo un régimen tan insistente en la situación absolutamente miserable en que vivían los intelectuales y artistas antes de su advenimiento⁵⁹, la tradición cultural siempre se presenta expurgada y constreñida. Por ello también, conocer y trabajar con la tradición puede convertirse en un camino de hallazgos, un camino hacia los contenidos negados de la historia. Es el caso del escritor ya mencionado Antonio José Ponte, singular incluso en su ya singular círculo literario: prefirió la tradición a las escuelas teóricas; una idea del gran estilo a la experimentación y las vanguardias; la prosa inteligible a la esmeradamente críptica. Como veremos, sus ensayos fueron ganando nuevos terrenos, acercándose más y más a lo indecible dentro de Cuba, hasta que se convirtieron en trabajos bajo censura y el autor fue expulsado de la

⁵⁸ "Tesis y Resolución del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba", 1975, Acápite sobre la Educación y la Cultura: «Es evidente que estamos asistiendo a la confrontación ideológica de la cultura humanista del socialismo con las expresiones enajenantes de la cultura reaccionaria alimentada por el capitalismo y el imperialismo. En esta confrontación, el papel de la cultura socialista es cada día más importante y decisivo. Nuestros escritores y artistas han de cumplir la honrosa encomienda de contribuir con su trabajo a la victoria irreversible de la plena emancipación impulsada por el socialismo» *Política cultural* 129

⁵⁹ En el Informe del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, de 1975, presentado por Fidel Castro, se lee: «Con el triunfo de la Revolución se abrieron nuevas vías para el desarrollo cultural del pueblo. En el capitalismo la mayoría de los artistas, totalmente desamparados social y económicamente, estaban marginados o sólo eran aceptados para deleite de la élite burguesa. Cientos de talentos se frustraron al sucumbir ante el ambiente hostil que los rodeaba, aunque es cierto que en todo momento hubo grupos de intelectuales que lograron continuar una obra arraigada en la tradición nacional. Se estimulaban el sensacionalismo, el entretenimiento fácil y el arte de evasión, los recursos eran utilizados para desvirtuar los valores culturales de nuestro pueblo y falsear la historia. Los escasos centros de difusión cultural solo satisfacían a minorías privilegiadas. Los medios de difusión masiva servían principalmente para humillar al pueblo, sumido en el analfabetismo y la miseria cultural más embrutecedora. Las ciudades del interior, abandonadas, no ofrecían el menor vestigio de vida cultural» *Política cultural* 67

Unión Nacional de Artistas y Escritores y amenazado de ir a prisión. Algo que demuestra que los rescate de la historia y el manejo de la verdad son perspectivas de batalla poderosas pero todavía sujetas a una represión y un silenciamiento sobre los cuales no hay que engañarse. Los esclarecimientos y liberaciones que portan, y de los cuales el escritor es el primer beneficiario, abren caminos hacia la reflexión sobre la sociedad que pueden parecer largos y tortuosos, pero que no son precisamente inútiles o infértiles.

Primera parte. Un género en crisis y un reformismo a ciegas

I. El tiempo de los desencantados

También en Cuba muchas cosas parecían poder cambiar a finales de los años ochenta. Las noticias y los rumores sobre Europa del Este y la URSS habían llegado a la isla y las reuniones literarias -me refiero a las tardes y noches que pasaba en la azotea de la poeta Reina María Rodríguez (1952)- se iban volviendo más interminables y febriles, y más políticas al modo en que podían serlo, es decir, extraviadas pronto hacia toda clase de teorías e ideas de reformas: proyectos que harían más libre la palabra y más propias y auténticas las acciones. Los ochenta terminaron pero no las discusiones de sus tardes y noches, que sólo se hicieron más febriles y delirantes. De tertulia, la casa de Reina se convirtió en un refugio, el sitio donde aplacar todas las ansiedades y gastar todas las horas antes de volverse a echar a una ciudad paralizada en la miseria. Se convirtió, igualmente, en el sitio donde muchos se verían por primera o por última vez: los cubanos que dejaban el país, y los extranjeros que llegaban para testimoniar aquel momento tan único, a compartirlo, a examinarlo, a enterarse de lo que había sido y lo que iba quedando de la utopía cubana. A avivar, una vez más, las ideas de diálogo y reforma, o a enriquecer los relatos sobre la Caída del Muro de Berlín, esa noticia e imágenes que la televisión cubana nunca transmitiría⁶⁰.

Los noventa son, entonces, entre muchas otras cuestiones, los años en que se remoja la idea de la excepcionalidad cubana, un relato de lo distintivo y hasta misterioso que habría hecho de la isla el reducto indestructible del socialismo mundial: la isla que soportó

⁶⁰ Ver Sánchez "La prensa"

hambruna, pobreza, abandono, embargo económico impuesto por los Estados Unidos (*bloqueo* es el término, incorrecto pero más dramático, que suelen usar los políticos cubanos) y una profunda crisis de valores sin que el sistema saltara en pedazos. Pero no ha habido tales enigmas ni singularidades o, al menos, mucho de todo ello puede ser rebajado a su naturaleza más ordinaria de tácticas y estrategias. En realidad lo que ocurre en Cuba desde inicios de los noventa resulta bastante parecido a la capitulaciones anticipadas, astutas, de un régimen. Capitulaciones enmascaradas de indulgencia, de tolerancia, de apertura, que llevaban dentro el terror a la revuelta. Sin olvidar que, de hecho, el 5 de agosto de 1994, la revuelta ocurrió. Es fácil encontrar referencias e imágenes de ese día que ha pasado a la historia como la primera protesta pública después del triunfo de 1959: cientos de personas se echaron a las calles del malecón habanero coreando “Libertad”, revuelta de unas horas que no terminó, como algunos se apuran a decir, con los nuevos gritos de apoyo a Fidel Castro, cuando éste apareció y caminó hacia la muchedumbre. El maleconazo, que es como más se le conoce, debe ser leído junto a ciertos acontecimientos que le precedieron y le sucedieron; pensamos, sobre todo, en la caza y hundimiento de una embarcación de remolque en fuga hacia los Estados Unidos, hecho del 13 de julio donde murieron cuarenta y un pasajeros de los cuales doce eran niños, y pensamos en la determinación del régimen, el 19 de agosto, de franquear el paso a todo el que quisiera abandonar el país, ecuación de mar, objetos flotantes y cuerpos que unas treinta y cinco mil personas pusieron a prueba. No faltan quienes sospechan que la revuelta del Malecón fue provocada por el propio gobierno para dar ocasión a una coyuntura que tendría como término un éxodo masivo y así drenar un país molesto y hambreado, mientras otros opinan que fue un estallido de rabia que siguió al hundimiento

del remolcador 13 de marzo. De utilizarla o no, la chispa prendió de inmediato y así quedó en el imaginario popular: «un maleconazo», «otro maleconazo», «una protesta más grande que el maleconazo», son las amenazas con que desde entonces los cubanos responden a muchas de sus penurias económicas y políticas.

Los juicios según los cuales la Revolución cubana es un caso excepcional, una muestra de resistencia o, como se le llamó en el IV Congreso del Partido Comunista de 1991, la «reserva espiritual del socialismo», están plagados, en el mejor de los casos, de fanatismo, de silencio, intereses ideológicos y de hechos inexplorados. El fin del sistema que no tuvo lugar ni en los ochenta ni en los noventa, tendría que ser leído a la par de otros hechos: la enorme migración que comienza entonces; el desgaste de las fuerzas que impone la precariedad de la vida y el aturdimiento propio de los bruscos cambios de política; unos métodos de represión de larga práctica y muy variados -por mucho tiempo, por ejemplo, no se valieron sólo ni principalmente de violencia física, sino de la captura de la información y de la inhibición del pensamiento.

Los noventa, además, están llenos de aperturas que el tiempo probaría coyunturales y efímeras, y llenos también de ensayos que, llegada la ocasión, se aprovecharían en grande. La salida por mar de miles de personas, ese evento tan único y apoteósico, parece haber tenido su antecedente más cercano en algún oscuro departamento del Ministerio de Cultura convertido, de la noche a la mañana, en un procurador de becas en el extranjero y visados, asistencia que fue a caer entre algunos de los intelectuales e integrantes de los proyectos reformativos más osadas de aquellos días, Paideia y Tercera Opción. Para 1994, después de ver cómo sus mejores intenciones se deshacían en una nada seguida de acoso policial, burlas y castigos, algunos de los jóvenes de esos proyectos ya estaban muy

lejos de Cuba, y la estrategia de facilitar viajes, puesta a prueba y ensayada. Desde finales de los ochenta una práctica sería la de propiciar el exilio de los descontentos, práctica que perdura y que, por supuesto, siempre funciona según los intereses del régimen y el individuo de que se trate como una facilidad o como un obstáculo.

Sin el amparo de la URSS ni la mira del comunismo soviético, los ideólogos de la pequeña isla solitaria y a la deriva empiezan a echar mano al lastre de la historia propia. La memoria se aviva, la historia vuelve a llenarse de próceres y viejas batallas nacionales. Como muchos años atrás, cuando los asaltantes al Cuartel Moncada liderados por Fidel Castro se hacían llamar la Generación del Centenario, en homenaje a José Martí, en la sede del IV Congreso del Partido Comunista, la imagen del apóstol cubano aparece, junto a la de Marx, al fondo del proscenio; y unos años después, en el V Congreso, en 1997, en la misma línea de raigambre patriótica y marxista, las cabezas tutelares de la nación se multiplican: Martí, Mella y Guevara, a un lado, Marx y Lenin, al otro⁶¹. La República deja de ser llamada pseudo-república, retoma su cercanía en el tiempo, parpadean sus viejos neones. Todo vuelve a ser *nuestro*, autóctono. Criollo, caribeño, tropical. Las

⁶¹ El V Congreso del Partido Comunista de Cuba. Felipe Ruiz Alonso. (62).

Volvamos a los tiempos en que Nicolás Guillén hacía su Informe al Primer Congreso de Educación y Cultura de 1961, momento en que la Revolución se está enrumbando hacia el socialismo: « [...] la diferencia del Presidente de la República [Osvaldo Dorticós], el primer ministro [Fidel Castro] y de Alejo Carpentier, para ese entonces presidente de la Editora Nacional de Cuba- Guillén citó explícitamente a Carlos Marx, Federico Engels, José Stalin y Vladimir I. Lenin para demostrar sus tesis sobre la historia de la cultura cubana y sobre la relación que debía establecer el intelectual cubano con la política y el gobierno revolucionario.

[...] para Guillén y el sector que representaba, la historia que había que rescatar era la historia de la clase obrera y su vanguardia: el partido comunista en sus distintas versiones -Partido popular (1900), Partido Comunista (1925), Partido Socialista Popular, hasta la “inevitable [...] revolución [...] encabezada por Fidel Castro [...]

En esta propuesta, aun cuando se hablaba del Partido Comunista fundado por Julio Antonio Mella, previo a la mencionada “Revolución del 30”, no se incluía -ni explícita ni implícitamente- aquel proceso político y el pensamiento, de fuerte aliento socialista, de sus líderes: el del propio Mella y el de su mejor exponente: Antonio Guiteras. Este silencio de los intelectuales comunistas en torno a la “Revolución del 30” y sus protagonistas principales, sólo podía nacer de la preocupación de los políticos comunistas por acallar el distanciamiento de aquel PC del ala más radical del movimiento, y el apoyo del partido al primer gobierno de Fulgencio Batista.

Por estos motivos [...] es por los que Guillén y otros intelectuales de esta corriente, consideraban también que “la zona más rica de ese acervo cultural [el de la cultura cubana] está en el siglo pasado” » Liliana Martínez 52, 53.

raíces se hunden en las frescas arenas y reaparece en Cuba la industria del turismo. Fidel Castro acepta el arribo de los inversionistas extranjeros, y la vuelta nacional al pequeño negocio privado: las casas de familia se transforman en pequeños talleres, hostales, restaurantes y cafeterías; la gente puede tener dólares en los bolsillos sin ir a la cárcel. El paulatino y discreto reingreso a la cultura que desde inicios de los ochenta se estaba llevando a cabo con la obra de José Lezama Lima⁶², escritor emblemático por su literatura y por los atropellos de que fuera víctima, encuentra en esa vuelta al nacionalismo rancio, el mejor acople y disimulo. Muy pronto ya no va a tratarse de las permisiones y recuperaciones en torno a la obra de Lezama sino de todo lo asimilable de su grupo de poetas, de su revista *Orígenes* (1944 -1956) y del patrimonio literario en general⁶³. Los noventa se convierten así en los de la reconquista de una tradición hasta entonces muy despreciada o descuidada y con muchas de sus figuras más relevantes, ya muertos, envejecidos o en el exilio.

⁶² « [...] la inesperada muerte de Lezama [1976] ocurrió cuando ya se habían dado los pasos decisivos para rectificar errores que sólo podían beneficiar a los enemigos de la Revolución. De no haber sido así, no se hubieran publicado en Cuba, inmediatamente después de su muerte, *Fragmentos a su imán* y *Oppiano Licario*. », dice Cintio Vitier entrevistado por Carlos Espinosa en *Cercanía de Lezama* (83). Pero mejor que esta fecha de temprano rescate y esas publicaciones presurosas, que más parecen haber querido evitar la anticipación de editoriales extranjeras, la reinserción de la obra de Lezama pudo haber comenzado tras el Coloquio Internacional que la Universidad de Poitiers le dedicara entre el 19 y el 22 de mayo de 1982, con conferencistas invitados de Francia, España, Estados Unidos, Venezuela y Cuba. En efecto, en el curso de los ochenta fructifica la edición crítica de *Paradiso*, Colección Archivos de Fondo de Cultura Económica (1988), y la primera reedición nacional de la novela, publicada en 1991 por Letras Cubanas, y ambas con la coordinación de Cintio Vitier.

⁶³ En 1994 se realiza el Coloquio Internacional «50 Aniversario de la revista *Orígenes*» en Casa de las Américas. Fue un coloquio organizado por el Ministerio de Cultura, Casa, y el poeta origenista Cintio Vitier. Este evento significó la reincorporación oficial del grupo y su literatura a la cultura revolucionaria, y en su conferencia “*Lo cubano en la poesía: relectura en los noventa*”, el entonces Ministro de Cultura, Abel Prieto, quiso exponer y razonar las claves de ese recobro. Sin embargo, cierto revuelo tuvo lugar cuando jóvenes escritores comenzaron a leer conferencias sobre aquellos miembros de *Orígenes* más difíciles de asimilar por el gobierno e incluso por los propios origenistas, como las páginas de Antonio José Ponte sobre Lorenzo García Vega, o el ensayo de Rolando Sánchez Mejías, “*Olvidar Orígenes*”, que resultó una crítica doble: al funcionariado cultural y a los intelectuales y su mucho interés en el origenismo.

Esos aires de cambio y de apertura, siempre indecisos y ambiguos, quedarán atrapados en muchos de los libros que se publiquen entonces. Es el caso, por ejemplo, de la antología *Ensayo cubano del Siglo XX* que Fondo de Cultura Económica saca al mercado al despuntar el milenio: una editorial foránea, la posición diversa de sus compiladores -no sólo geográfica, como ellos mismos advierten en el prólogo (9)-, la defendida autonomía de las ideas, y la intención de subsanar vacíos que ya resultaban, cuando menos, embarazosos. Así, Rafael Hernández firmaba el prólogo en La Habana, ciudad en la que vivía, mientras Rafael Rojas lo hacía en México D.F., ciudad en la que recientemente se había exiliado, mientras en el índice se entreveraban, sin más imperativos en la distribución que el cronológico, “autores de dentro y fuera” de la isla.

Poco sabemos de cómo se hizo circular la antología de Hernández y Rojas en Cuba, si llegó a las redes de comercio y con cuánta holgura se puso al alcance de los lectores; ello nos diría un poco más sobre el grado de gestión o tolerancia de las autoridades ante ese proyecto tan fraternal⁶⁴. Tampoco sabemos de quién fue la idea, ni quién convenció o invitó a quién; sabemos, sin embargo, que no fue un proyecto modesto ni solitario. *Ensayo cubano del siglo XX* salió acompañado de otras dos muestras, una de poesía y una de cuento, con el mismo sello editorial, las mismas ambiciones panorámicas y de inclusión, y dos antólogos igualmente radicados, uno, en Cuba y, el otro, fuera del país: Jorge Fornet y Carlos Espinoza, para la cuentística, y Norberto Codina y Jesús Barquet,

⁶⁴ Los libros publicados en el extranjero y puestos a circular de manera restringida ya era práctica en Cuba; pensamos, por ejemplo, en la primera reedición de *Paradiso*, de José Lezama Lima, que cuando tuvo lugar por la Colección Archivos de Fondo de Cultura Económica, en 1988, dos décadas después de la edición príncipe, se envió a bibliotecas e instituciones culturales, y se distribuyó de mano en mano entre ciertos intelectuales y especialistas. Es decir, demoró mucho en ser un libro que pudiera adquirirse en librerías y probablemente nunca llegó a venderse en moneda nacional. Una reedición criolla, con el texto de la novela editado para la Colección Archivos y prólogo de Cintio Vitier, pero sin los ensayos ni el cuerpo de notas de aquélla, se vendió en 1991 en las librerías.

en poesía. Así, el nuevo milenio abría con aquellas tres retrospectivas donde al parecer cabían todos: los escritores de la primera mitad del siglo XX y los de la segunda, los de la República y los de la Revolución, los de adentro y los de afuera. Pero, ¿cabían todos?

Distantes entre sí y encargados de géneros distintos, los antologadores pudieron ser los más sorprendidos del segmento en blanco en que iban a coincidir las tres conjuntos producidos por ellos: con la excepción de dos poetas (Sigfredo Ariel y Damaris Calderón) y de un ensayista (Víctor Fowler), ninguno de los panoramas daba muestra de los autores que habían comenzado a publicar en las últimas dos décadas del siglo, precisamente los años en que la cultura cubana da sus primeras señas de salud, después de los sombríos setenta. Los ochenta, esa década que lleva en su proa el gran éxodo del Mariel (la vergüenza de aquella fuga masiva podría sopesarse a través de la carga de violento fanatismo que el gobierno permitió poner en los repudios contra los que abandonaban la isla); la pesadilla de los setenta; las quimeras ya tan lejanas, irrealizadas o traicionadas, de los sesenta; la década de los ochenta -decíamos- en que las formas de control (por los desgastes del propio régimen y sus aferencias y los influjos de la Perestroika) están siendo amortiguadas y transformadas, y los llamados hijos de la Revolución publican sus primeras obras, merecía toda la atención en esas antologías del poscomunismo y el nuevo milenio. Como lo merecían los caóticos noventa, en que aparece una nueva cuentística. Sin embargo, Jesús Barquet (el prólogo sólo lleva esa firma) achacó la ausencia de aquellos poetas a la cantidad de páginas de que disponía; Carlos Espinoza y Jorge Fornet alegaron que las ilusiones revolucionarias ya no tenían lugar en la más reciente cuentística, es decir, eligieron los autores por aquel tema, mientras los encargados del ensayo se refirieron a la necesidad de otra muestra que

hiciera justicia al despertar del género en el último lapso del siglo y se limitaron a ofrecer una serie de listas de autores a tener en cuenta. Sin embargo, esa armonía a la que los conjuntos habían llegado por caminos tan diferentes, resulta menos asombrosa en cuanto se presta atención a las obras y a los autores que habrían debido incluirse. Mientras la cuentística tomaba unos incómodos tintes testimoniales, y se llenaban de personajes y peripecias que los lectores terminarían de contornear como siluetas irónicas contra los muros de un viejo escenario, en los géneros restantes habría sido necesario lidiar con autores y situaciones ya imposibles de aprovechar por el sistema. Por rápidas y ambiciosas que hubieran sido y que siguieran siendo las mudanzas en el aparato de cultura, la producción de las promociones más recientes encajaban mal, o no encajaban en absoluto, en el panorama literario que deseaba mostrarse. Nos referimos, por ejemplo, a los ensayos de Antonio José Ponte, Ernesto Hernández Busto, Emilio Ichikawa, Iván de la Nuez o Rafael Rojas, el antologador más joven de *Ensayo cubano del siglo XX*, elegido para hacer una antología de la cual -como por cortesía y mesura (no muy difícil, pues parecen ser rasgos de su carácter)-, él mismo quedaría fuera. Nos referimos, igualmente, al grupo de la Revista *Diásporas*, samizdat y autores que no podían evitarse si se entraba en un repaso de la poesía de los noventa.

La juventud de los autores, las publicaciones que estaban comenzando a conseguir fuera de Cuba, o el exilio en el que ya muchos de ellos se encontraban, pudieron restar importancia o desfigurar el hecho de las exclusiones, pero no pasó inadvertido. En La Habana el arcano Fermín Gabor le dedicaba al asunto uno de los primeros libelos electrónicos de la serie *La lengua suelta* con que iba a fustigar al gremio artístico de la isla por toda una década. A propósito de la antología de los cuentistas, comentó:

Lo cierto es que a Fornet el Júnior parecen gustarle los destinos con arrepentimiento, la relojería larga de las novelas psicológicas, porque no acepta que alguien pueda estar desencantado en su escritura sin haber producido antes algún ejemplar de literatura encantada. Desconoce que puede nacerse desencantado del mismo modo que Buda naciera con dientes. (33)

Mientras fuera de Cuba, en la reseña en Letras libres “Un escándalo canónico”, podían leerse estas líneas de Ernesto Hernández Busto:

La zurdería más evidente de estos tres libros: soslayar a toda una generación de escritores cubanos. Me corrijo: a toda una generación menos un ensayista y dos poetas. Fuera de ellos, y por una de esas raras coincidencias que disculpan nuestra paranoia, el siglo XX de estas antologías termina en 1979.

Por supuesto, los responsables no aceptan que han representado el papel de censores y prefieren hablar de polémicas generacionales o estéticas....

La distancia de los hechos permite una mejor apreciación del conjunto: si los noventa habían sido años de aprietos y mudanzas apresuradas para el gobierno, también habría premura por regresar al viejo estado de cosas. En realidad no era un secreto. Fidel Castro hablaba a menudo de “concesiones coyunturales”, y los cambios políticos, desde el Congreso del Partido Comunista de 1991, no pasaban de ser reestructuraciones internas, como desburocratización, aumento de la representatividad, filiación y más acceso a las instancias de poder de negros, creyentes, mujeres y jóvenes. Lo más avanzado y esperanzador en términos políticos fue la propuesta que hiciera entonces el ideólogo y responsable de las relaciones internacionales del Partido, Carlos Aldana, con el apoyo del Secretario de la Unión de Jóvenes Comunistas y nuevo integrante del Buró Político, Roberto Robaina, de modificar el sistema electoral para hacer posible el voto secreto y directo de los diputados a la Asamblea Nacional, lo que, después de ciertas oposiciones y desconfianzas, fue aprobado y publicado como la Ley Electoral vigente en noviembre de

1992⁶⁵. Sin embargo, como comenta Felipe Ruiz Alonso en su recuento de las sesiones del V Congreso, todo esto «dista mucho de cualquier homologación con un sistema electoral libre y abierto con pluralidad de partidos políticos, ya que en lo más alto de los principios del socialismo cubano se mantiene la hegemonía del Partido Comunista como partido único», a lo que añade el artículo 5 de la Constitución modificada también en el 92: «El Partido Comunista de Cuba [...] es la fuerza dirigente superior de la sociedad y del Estado, que organiza y orienta los esfuerzos comunes hacia los altos fines de la construcción del socialismo y el avance hacia la sociedad comunista» (62).

Muchas cosas ya no eran ni volverían a ser iguales, pero la resistencia a los cambios era palmaria y se valdría, como se vale aún, del rescate y la idealización de aquellos momentos en que la Revolución, supuestamente, iba por buen camino; de la imagen escarmentada de los antiguos países del campo socialista en los que, se lamentaban, estaba triunfando el caos (robo, desempleo, desigualdades, pobreza, emigración (Ruiz Alonso, 66)); y en tácticas de retroceso desfachatadamente abusivas. Valdría hacer ver que el defensor de los cambios de la Ley Electoral, Carlos Aldana, fue acusado de malversación de bienes y sacado de su puesto poco tiempo después de su propuesta, y que algo no muy distinto ocurriría con Roberto Robaina, quien había mejorado el perfil de las ya muy escuálidas filas de las juventudes comunistas, y había ejercido como un

⁶⁵ «Esta reforma implicaría cambios en la Constitución (que de cualquier modo deberá ser modificada en su artículo 12, sobre las relaciones con la URSS) en lo referente a mecanismos electorales. Los candidatos serán propuestos por las asociaciones de vecinos, controladas por el partido, pero votados por elección directa. El alcance de esta medida no parece excesivamente renovador, dado el escaso papel que juega en la práctica la Asamblea Nacional y el rechazo radical de Castro hacia el pluripartidismo (calificado de "pluriporquería"), pero deja abierta la esperanza para que en algún momento puedan presentarse candidatos independientes. Recientemente Castro ha admitido la posibilidad de que los partidarios de la revolución pierdan la mayoría en el parlamento con el nuevo sistema de elecciones directas. Hay algunos intentos de reforzar el discreto papel de la Asamblea Nacional, aumentando el número de las comisiones de trabajo y ampliando sus facultades y sus responsabilidades». El IV Congreso del Partido Comunista de Cuba. Anduiza Perea, 74.

Ministro de Relaciones Exteriores original y aperturista entre 1993 y 1999. La neutralización de esas dos figuras, una al inicio de los noventa y otra a finales, dice mucho del tránsito no transitado, atajado a tiempo y abortado con todos los medios disponibles y a todos los niveles, de la llamada «reserva espiritual del socialismo». Una buena develación del pulso entre aperturistas e inmovilistas la tenemos precisamente en los reproches de Raúl Castro a Robaina recogidos en un video que el Partido hizo circular entre sus integrantes y que el corresponsal español en La Habana, Mauricio Vicent, reconstruyó para las páginas de El País en 2002:

[En el video] Raúl Castro establece un paralelismo entre Robaina y el ex jefe del poderoso Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del PCC, Carlos Aldana, defenestrado en 1992: 'Aldana ambicionaba convertirse en el Gorbachov de Cuba. Yo lo sabía y un día, delante de él, dije que si en Cuba salía un Gorbachov había que colgarlo de una guásima. Se puso pálido. Cuando después lo llamé a mi oficina y lo apreté, se desplomó. Lloró y lo contó todo', reveló Raúl Castro a Robaina. A continuación, Castro le recriminó al ex canciller no haber 'asimilado nada' de aquella lección.

En Cuba no habría un Gorbachov ni con Fidel Castro vivo ni con Fidel Castro muerto, y ahí estaba otro de los motivos de la expulsión deshonrosa: haber descubierto que el canciller, en unas conversaciones telefónicas con el Ministro de Relaciones Exteriores de España, Abel Matutes, había hablado de su candidatura para una posible transición postcastrista. «No voy a permitir que gente como tú -le espetó el general- jodan esta revolución tres meses después de que desaparezcamos los más viejos», y, no muy asombrosamente, la acusación se desvió a los vínculos que en provecho propio habría tenido Robaina con extranjeros, incluso con el narcotráfico, cargos de corrupción que permitían desenfocar la naturaleza política de la expulsión, ajustar el relato a una población que había soportado toda clase de privaciones («sacrificio» y «resistencia»)

eran dos de las palabras más socorridas de la propaganda gubernamental), y recibiría con cierta satisfacción aquellas estrepitosas caídas.

Para los años de la expulsión de Robaina (su proceso se extendió de 1999 a 2002) el país ha comenzado a dar muestras de recuperación económica⁶⁶ y se busca revertir lo andado en materia de cambios, retomar a toda costa el viejo camino de la Revolución, hacerla inextinguible. De esos empeños de retroceso salen los billetes de colores y las monedas ligeras que vendría a suplir al maligno dólar, atesorarlo lejos de la población, en las arcas del gobierno. Sale la perversa combinación de impuestos, desabastecimiento y duros controles y multas con que se estrangula a los pequeños negocios que han dejado de ser imprescindibles y que obligarían a sus dueños a volver a los empleos del Estado. Y salen libros como las antologías de Fondo de Cultura Económica, confusos emblemas de apertura. Cualquiera podía ilusionarse al ver aquellos índices, creer en el fin de los tiempos malos que anunciaban, fin de los castigos, las distancias y las separaciones para siempre. Y sin embargo, había una gran incongruencia entre lo que esos libros dejaban imaginar y la situación en la que se ponía entonces cualquier persona que abandonase

⁶⁶ Para 1997 algunos sectores de la producción se han recuperado. Algunos ejemplos: «el petróleo y el gas mejoraron en su producción debido al avance de las prospecciones, lo mismo que el cemento, los materiales de construcción y la producción de electricidad, las producciones tabacaleras y la generación de energía eléctrica [...] La producción de níquel ha constituido uno de los principales empeños del Gobierno cubano en vista de las grandes potencialidades de Cuba que se situaría en el segundo productor de níquel en el mundo después de Canadá. En el año 1997 se calcula que esta producción superaría las 25.000 toneladas, y es posible que en el 1998 aumente. [...] la pesca de langosta que se ha convertido en un producto de exportación. Crecieron los cultivos en presas, lagunas y estanques para paliar las dificultades de la pesca marítima por falta de combustible. También creció la producción de arroz. El turismo ha pasado de 267 millones de dólares en 1991, con motivo del IV Congreso, hasta los 1.380 millones de dólares en 1996. [...] la industria farmacéutica cubana ha tenido que desarrollar nuevos productos y aproximadamente son unos 700 productos los que se elaboran en el país. También la biotecnología ha obtenido un gran desarrollo para encontrar nuevas posibilidades en el sector farmacéutico. El salario medio cubano es muy bajo, pero en el Informe Central se considera un triunfo al haber pasado de 182 pesos a 208». Todavía contrasta más esta situación salarial en su comparación con el área del dólar que permite adquirir productos en mercados especiales. La divisa americana ha oscilado mucho y ha bajado mucho su cotización, pasando a cambiarse en el mercado interior de 150 pesos por dólar hasta 23 pesos por dólar» El V Congreso del Partido Comunista de Cuba. Resumen de Felipe Ruiz Alonso (64, 65)

Cuba. El aparato cultural propiciaba la difusión de unos autores expurgados años atrás mientras silenciaba a los más recientes, permitía la inclusión sin descuidar el sistema, lucrativo y controlador de actualizaciones periódicas del pasaporte (lo que quería decir, además de la vigencia del documento, que la persona contara con un permiso para salir del país o una habilitación para poder entrar). Y sale un nuevo desentendimiento del pasado, pues la Revolución se está haciendo una historia cada vez más larga y que posee sus propias lejanías, sus momentos terribles siempre precedidos por otros en los que el proyecto y los sueños todavía eran puros y a los que había que volver. No faltarán, entonces, quienes en una suerte de exorcismo o terapia colectiva recapitulen y traten de comprender y explicar los episodios más oscuros, o retomen la historia del marxismo cubano en sus dos vertientes, la liberal y la dogmática; la guerrillera, anticolonialista y antiimperialista y la de la coexistencia pacífica; la leninista y la estalinista; y vuelvan a apostar, otra vez, por aquella primera que durante el curso de la Revolución siempre había quedado bajo las garras de la segunda.

II. Una antología del ensayo en cuarenta años

Ensayo cubano del siglo XX pudo parecer un libro único por muchas razones. No sólo era la primera antología donde volvían a juntarse autores como Fernando Ortiz (1881-1969) y Jorge Mañach (1898-1961) o donde algunos darían por vez primera con los nombres de Roberto González Echevarría o Enrico Mario Santí, también era la primera antología de ensayo en los últimos cuarenta años, la edad que tenía entonces la Revolución. Sin embargo, de la decadencia del ensayo no hay mucho en las páginas introductorias de Rafael Hernández y Rafael Rojas. Al contrario, una concepción amplia del género y el registro superficial de ciertas épocas de menoscabo y vicios en su escritura que, se entiende, poco tendrían que ver con las obras allí recogidas, dan una extraña idea de plenitud. Y no porque los compiladores hayan ignorado o tomado a la ligera la llamada «ruptura de 1959», expresión que ellos también usan, sino porque esa falla habría quedado inmersa en la amplitud del siglo de la cultura cubana -«una sola e incluyente» (9)- que ellos se habían propuesto mostrar. Leyendo a los antólogos, viendo su esfuerzo por ofrecer una imagen de continuidad entre República, Revolución, y los tiempos postsoviéticos en que escriben, se entiende que 1959 es para ellos una fecha tan inevitable como incómoda, un periodo que era preciso desbordar si no se quería quedar atrapados, otra vez, en las calamidades del sistema cultural revolucionario. Que el siglo se convirtiera en un escenario o punto de partida hacia la Revolución, y que de la Revolución se reingresara en la historia del siglo XX de Cuba, todavía resultaba una perspectiva novedosa, encaminada a la rehabilitaciones del gremio literario del exilio y de la isla y que, de hecho, podía confundirse con la rehabilitación misma.

Algo a no ignorar en la imagen de continuada vitalidad del ensayo que nos ofrecen Rafael Hernández y Rafael Rojas son las oscilaciones del análisis, unas veces aferrado a lo que se escribe en la isla durante el régimen revolucionario y otras ignorando ese marco o rebasándolo con una riqueza de tópicos y abordajes que en realidad debe mucho a lo producido antes del 59 o en el exilio. Pero el elemento que más ayuda a la imagen de pujanza del género es el tema de la nación, constitutivo del ensayo latinoamericano como el ensayo mismo lo había sido de las naciones que imaginó y ayudó a formar desde los tiempos de las independencias. Fundacional, combatiente, discrepante, dogmático, reformista, el tema de la nación es naturalmente una continuidad, se extiende en el tiempo y en el espacio a la par de la nación misma, le acompaña y desde cierta distancia ofrece un paisaje compacto, vigoroso y edificante. En el prólogo de la antología también leemos:

A pesar del alcance histórico de la ruptura de 1959, el peso de lo nacional en el proceso social y político reforzaría muchas de las líneas maestras de la reflexión posterior en el terreno de la cultura. En efecto, resulta notable la vocación de continuidad que manifiesta este pensamiento cubano, más allá de sus considerables diferencias ideológicas, visiones de grupo social, generaciones, géneros, razas y vecindario geográfico. Esta confluencia cíclica, reveladora de una intensa pluralidad, se hace patente en la recta del fin del siglo. (16)

La historia del ensayo cubano aparece allí como si se tratara de un gran río y de afluentes y meandros que atravesaran el siglo, la República y la Revolución, para desembocar juntos en el océano del nuevo milenio. De modo no muy diferente, el periodo del gobierno revolucionario se sigue a través del vaivén de sus décadas: ruptura y continuidad, estancamiento y fluidez. Por ejemplo, del espíritu de debate de los sesenta al dogmatismo de los setenta, del dogmatismo de los setenta a la apertura cultural de los ochenta; o de la crisis del socialismo al apogeo de la crítica y la permisión de temas

tabúes en los tiempos más recientes (17). Sin embargo, esas fluctuaciones -que ya se encuentra con demasiada frecuencia en la historia de la Revolución- merecerían más que un mero registro. En estas páginas ponemos otra mirada sobre el tiempo, intentamos desprendernos de esas periodizaciones y fluctuaciones, a menudo más consoladoras o tácticas que reales. Igualmente, intentamos mostrar cómo ni las quiebras de 1959 fueron tan rotundas ni las continuidades han sido tan dadas y tersas.

Un indicio de la urgencia y, a la vez, la marginalidad de este trabajo panorámico del ensayo lo tenemos -al margen de la selección misma- en la gran cantidad de errores y erratas que contiene, y en la disparidad de los datos sobre los trabajos y autores incluidos⁶⁷. Las páginas que hasta entonces había publicado el historiador Rafael Rojas y las que poco después publicaría -pensamos en su libro *Tumbas sin sosiego*, un estudio sobre el lugar de los intelectuales ante el evento revolucionario y los destinos de su literatura -Premio Anagrama de Ensayo en 2006-, además de la coherencia y constancia de sus críticas al sistema cultural, indican que era alguien adecuado a la tarea. En su

⁶⁷ En su reseña “Comentarios a una antología”, Duanel Díaz Infante observa: “En cuanto a la corrección y factura del texto de la antología, hay que decir que *Ensayo cubano del siglo XX* muestra una imperfección verdaderamente lamentable. El libro está lleno de erratas y descuidos que evidencian un deficiente trabajo de preparación y edición. Basta con leer el índice para advertir, entre otros menores, dos errores graves que pueden confundir al lector poco familiarizado con la ensayística cubana: la autoría de «El ensayo como género», correspondiente a Medardo Vitier, le es atribuida a Fernando Ortiz; y el ensayo de Ramón de Armas «La revolución pospuesta: destino de la revolución martiana de 1895» aparece como «Ramón de Armas. La revolución pospuesta: destino de la revolución martiana de 1895, por Rafael Hernández». A esto vienen a sumarse los cambios en los títulos de dos ensayos de Varona y Cintio Vitier, respectivamente: la conferencia de Varona se llama «El imperialismo a la luz de la sociología», no «El imperialismo y la sociología», según se lee en la antología; y el ensayo de Vitier lleva por título «Experiencia de la poesía», no «La experiencia de la poesía». Por otro lado, la antología adolece de una notable falta de uniformidad en la presentación de los ensayos: mientras de algunos se dice el año y el lugar de publicación, de otros no se ofrece ninguno de estos datos. Además, los capítulos de libros antologados —textos de José Antonio Ramos, Ramiro Guerra, Jorge Ibarra, Gustavo Pérez Firmat, Antonio Benítez Rojo—, no aparecen con la debida indicación de su carácter de fragmentos, la cual sólo aparece de pasada en el prólogo, ni de los títulos de las fuentes originales. Por si fuera poco, «La curiosidad barroca», de Lezama, aparece, en contraste con el resto de los textos seleccionados, profusamente anotado: seguramente fue extraído de una edición crítica de la que no se consigna ningún dato, omitiendo de este modo a la autora [Irlemar Chiampi] de las abundantes notas explicativas. En general, se echa de menos en *Ensayo cubano del siglo XX* un aparato informativo complementario de los ensayos reproducidos.” (267)

reseña Ernesto Hernández Busto se pregunta cómo Rojas pudo haber asentido aquella muestra sobresaliente por sus exclusiones, desconcierto que se le esfuma en cuanto piensa en el otro compilador, Rafael Hernández. Las razones pudieron haber sido muchas: mala coordinación, conciliación forzada entre los antólogos, no tomar seriamente el impacto que tendrían las exclusiones, haber transado a cambio de aquellas primeras muestras del exilio histórico en la isla. Hay mucha incoherencia o, según se mire, mucha coherencia, entre publicar al viejo exilio y dejar fuera a los autores más jóvenes, no pocos de ellos ya en el exilio también, y nada sabemos de la relación entre ambos hechos, sin embargo, no cuesta demasiado esfuerzo imaginar a Rojas como el enlace y antólogo de los escritores radicados fuera de Cuba que fueron incluidos, una labor no muy distinta a la que estaba llevando a cabo la revista *Encuentro de la cultura cubana* (1996-2009) de cuyo consejo de redacción formaba parte y que, incluso, llegaría a dirigir. Como indica su nombre, *Encuentro* fue una publicación creada con el propósito de servir de reunión a una cultura cada vez más dispersa, y su fundador, el novelista Jesús Díaz, un escritor maduro en el exilio de los noventa, consiguió convocar a muchos que como él acababan de abandonar el país o que permanecían en la isla, y la revista se llenó pronto de gente de todas las edades, residencias y tintes ideológicos; una suerte de punto neutro para la congruencia de pensamientos muy poco neutrales. Esa voluntad de reunión fue, en gran medida, el tono de los noventa, pero, por supuesto, el gobiernos y las instituciones de la isla, que prefería que sus autores se fueran para siempre o se quedaran en la privacidad y el silencio de casa, llevaron muy poco crédito en ello⁶⁸. Y algo no muy

⁶⁸En 1996, precisamente, y a través de *Encuentro*, uno de los directores de la revista *Diásporas*, el poeta Rolando Sánchez Mejías, enviaba una carta abierta a la intelectualidad cubana sobre el comportamiento de las instituciones cubanas ante estas reuniones en el exterior: “La resistencia del Estado cubano a este tipo de eventos ha sido

distinto debió ocurrir con las antologías de ensayo, poesía y cuento del siglo XX pactadas por Fondo de Cultura Económica: a los funcionarios les resultaría más fácil reintegrar unas páginas del exilio histórico al patrimonio de la cultura nacional que lidiar con las obras más recientes.

Otra cosa que llama la atención en esta antología es que se le haya encargado a un historiador y a un sociólogo, lo cual, si no tiene que ser una limitación, sí dice mucho sobre lo ocurrido con el género en la isla: su relevancia decae a la par que cobran auge las ciencias sociales. Muy poco se ha avanzado en el prólogo de Hernández y Rojas cuando damos con estas líneas:

Aunque muchos de los autores aquí reunidos han estado o están vinculados al medio académico, sus escritos eluden las fórmulas más inextricables de la jerga profesoral y reivindican una voluntad de estilo. Esa tradición del ensayo cubano, bien pensado y escrito, cuyas cumbres en el siglo XX acaso sean Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Jorge Mañach y Cintio Vitier [1921-2009], no se funda, tampoco, en un fetichismo de la escritura, sino en una concepción humanista del saber como las que han defendido en fechas recientes George Stainer [1929-2020] y Jacques Barzun [1907-2012]. Esta idea del saber se mantiene equidistante del cientificismo y la retórica, del dogmatismo y la frivolidad, permeando la prosa de lucidez y belleza. (9, 10)

Lamentablemente esa imagen del mejor ensayo, bien pensado y escrito y, a su vez, libre de un «fetichismo de la escritura», era muy conocida en la cultura del periodo revolucionario, una manera de volver a señalar, con puntero nada fino, cierta limitación

notoria: el Encuentro de Estocolmo (1993), aunque pudo llevarse a efecto, supuso extensos y complicados trámites organizativos; el Coloquio sobre poesía “La isla entera” (Madrid, 1994) peligró, ya que los participantes de “adentro” de la isla obtuvieron sus “permisos de salida” apenas 24 horas antes de la partida; al Encuentro de Literatura Cubana de Berlín (1995) sólo pudieron asistir dos de los invitados de “adentro” luego de sobresaltos y complicaciones que duraron dos meses; el Festival de Nantes (1995), dedicado a la cultura cubana en su máxima concepción, a donde fueron invitados cientos de artistas y escritores cubanos y que recibió fuertes críticas del gobierno por haberse incumplido determinadas formalidades y acuerdos organizativos (los organizadores [ampliaron la participación a escritores y artistas pocos gratos para el Gobierno cubano), el cual, finalmente, no se llevó a cabo.” (90, 91)

del ensayo literario o ambicioso en cuanto a su calidad de escritura. A Duanel Díaz (1974), en la reseña que ya hemos referido, le asombraba poderosamente la ausencia de José Lezama Lima entre los cuatro grandes autores del género que, aún sin voluntad de establecer un canon, mencionan los antólogos. Un autor tan de moda en Cuba; el más importante del siglo XX, según opinión muy común, y con ensayos que al margen de su originalidad iban siendo tan difundidos fuera de la isla como las páginas de Ortiz (269), no era considerado excepcional por los compiladores Hernández y Rojas. Díaz, quien poco después publica *Los límites del origenismo*, un libro donde se abordan los despliegues antiorigenistas que cundieron a inicios de la Revolución pero también, y según opinión de Díaz, el conservadurismo literario y sociopolítico de ese grupo de poetas fundado en la República, hizo la observación -un guiño de asentimiento, nos parece- y siguió adelante; sin embargo, el conjunto que forman la escritura como fetiche y el Lezama relegado a un índice, es algo para detenerse.

Si Cintio Vitier, que compartió tantas ideas con Lezama, resulta un autor ejemplar para los antólogos, se deberá, suponemos, al comedimiento e inteligibilidad de su escritura. ¿O se deberá, acaso, al servicio de sus páginas a la Revolución, ése que tuvo que mostrarse y acentuarse mientras avanzaba el programa del gobierno? Pregunta que nos hacemos pues, si es cierto que Hernández y Rojas sólo parecen estar hablando en términos de estilo, para cualquiera con un poco de conocimiento de la vida literaria cubana de los últimos tiempos, es fácil colocar aquel fetiche en alguna cámara de las proverbiales torres de marfil, junto a otros artefactos como el trascendentalismo, el apoliticismo, la escritura crítica. En todo caso, no sé qué resulte peor, si una noción que se usa a sabiendas de la historia y los prejuicios que despierta, o la que se usa desenfadadamente y al margen de

esa historia, pues esto significaría que ha calado y ha ganado esas zonas de invisibilidad que van con el gusto, o con algo que creemos responde al gusto. A propósito de invisibilidades, detengámonos en este otro párrafo de *Ensayo cubano del siglo XX*:

Por otra parte, no basta con saber escribir y entregar una reflexión personal. En efecto, no todos los buenos narradores, poetas, filósofos, críticos artísticos o literarios, son capaces, más allá de su buena pluma o sus atinadas observaciones puntuales sobre una determinada obra, de conseguir profundidad de ideas, o trascender más allá de un cuerpo doctrinal establecido [...] Sobreviven así en el círculo de los elegibles aquellos ensayos que han podido permanecer como piezas de pensamiento y estilo de un interés para un lector actual -y no sólo para el de los estudiosos de la cultura y la historia cubana. (10)

¿No es curiosa esta lista de géneros en un libro de ensayos en el cual el ensayo mismo -bueno o malo, regular o excelente- no lleva mención? Muy significativa, y sin embargo, esa era la realidad del género, una presencia ausente, una literatura más olvidada mientras más se le intenta recordar, un género de pocos aunque practicado por muchos, y de esa abundancia y diversidad de autores dará muestra, después de las decantaciones necesarias, esta antología. Por supuesto que sí debía haber bastado con «saber escribir y entregar una reflexión personal», pues el ensayo no es tanto, como a menudo se advierte, un ejercicio de expresión de la individualidad, sino algo que aflora a través de una individualidad, y que entonces se descubre en lo que es. Pero como decía con graciosa perspicacia Hernández Busto -reseña en la cual, de paso, observa las ausencias en *Ensayo cubano del siglo XX* de Lamar Schweyer (1902-1942), Francisco Lles (1888-1921), Virgilio Piñera (1912-1979) o Calvert Casey (1924-1969)⁶⁹- habría sido necesario comenzar definiendo «qué territorios abarca ese género en un país como Cuba, donde

⁶⁹ Duanel Díaz igualmente observa las ausencias de Fernando Lles, Alberto Lamar Schweyer, así como las de Jesús Castellanos (1879-1912), Emilio Gaspar Rodríguez (1889-1939). Entre sus contemporáneos lamenta la ausencia de Antonio José Ponte (1964), Rolando Sánchez Mejías (1959), Iván de la Nuez (1964), Rafael Rojas (1965) y Ernesto Hernández Busto (1968). (268,269)

Montaigne se ve obligado a competir con el yo colectivo y las preocupaciones fundacionales». La antología de Hernández y Rojas es una reunión de trabajos muy diversos, hay discursos, conferencias radiales y -a pesar de lo dicho por los compiladores y de sus prevenciones-, estudios muy cercanos a la monografía y la investigación académica. Y, cierto, no se indica ninguna diferencia entre el ensayo literario y los otros que allí aparecen; una distinción básica que era muy factible pero que, además de haber ofrecido un conjunto mejor, hubiese ido a dar con la historia de desvalorizaciones que sufrió el ensayo literario muy poco después de 1959.

En su artículo de 2001, “Morir en Miami”, Rafael Rojas recordaba las enseñanzas de Manuel Moreno Friginals (1920-2001), el otro maestro y amigo, junto a Jesús Díaz (1941-2002), a quien un poco más tarde dedicaría su libro *Tumbas sin sosiego*:

Una de las virtudes de Moreno Friginals que más admiré y que siempre intentaré preservar, dentro de su cuantioso legado, fue su insistencia en que la historia es una ciencia social y, a la vez, un arte literario. Esa doble condición era, a su juicio, la esencia de las humanidades en la tradición occidental. Por eso defendía el uso de la poesía y la novela como fuentes documentales de la historia y rechazaba los estudios cientificistas, tan frecuentes en la academia norteamericana, que reducían toda la argumentación a unos cuantos datos, cinco tablas y diez gráficas. Quien haya leído *El Ingenio* sabe que esa crítica venía desde dentro, es decir, de alguien que había dibujado las curvas del precio del azúcar y calculado los ingresos arancelarios del puerto de la Habana. Alguien, justo es reconocerlo, que también criticaba aquellos estudios que, a fuerza de magnificar la ideología o la retórica, no pasaban de ser meros ejercicios de estilo. (62)

Sacar la historia de los cuartuchos polvorientos y húmedos; no desconocer nada, no desechar nada, quedarse entre la gente, escuchar lo que dicen, permanecer en la actualidad y mirar al pasado desde allí: hay rebeldía en ese magisterio que ve en las ciencias sociales y la literatura una reformulación y liberación del relato de la historia, según Friginals un relato estancado en los esquemas tradicionales⁷⁰. Pero, en las

⁷⁰ Ver Manuel Moreno Friginals. “La historia como arma.” *Ensayo cubano del siglo XX* (387-398).

circunstancias de Cuba, lo que resulta aventura y beneficio en unos campos puede pasar inadvertido o tener efectos muy distintos en otros. Esa perspectiva del estudio histórico y esas enseñanzas nada despreciables cobran cierta extraña ironía cuando repensamos el desigual trayecto que llevaron en la Cuba revolucionaria las ciencias sociales y el ensayo literario; las ventajas e, incluso, la suplantación que las primeras llegarían a significar para el segundo. La Revolución ha madurado y el historiador discípulo se escapa de lo que le dicen los libros a lo que se dice por ahí, presta atención a ambos saberes, divaga entre ellos, y la prosa que mejor le sirve para abordarlos pertenece a otra fuga: es una prosa literaria... , pero, ¿a dónde va el joven escritor, el ensayista?, ¿también necesita de escapadas semejantes o puede aferrarse a la de su género?, ¿se le ocurre que puede hacer el camino inverso, hacia la historia? ¿De qué le valdrían las ciencias sociales? ¿De qué le valdría la ciencia? Esas son las cuestiones que estamos repensando en esta tesis sobre el ensayo literario, la modalidad del género que sufrió los daños más tempranos y amplios.

La falta mayor que encontramos en *Ensayo cubano del siglo XX* la tendríamos en la confusa idea del ensayo que los antólogos manejan, confusa pues defienden una muestra de autores libres del “fetichismo de la escritura” (8) sin desprenderse nunca de la noción más tradicional del género donde todo está, precisamente, en relación con el estilo, ése por el que ciertas ideas terminaron expresándose no en una forma u otra sino en la del ensayo. No vamos a enfrascarnos aquí en la ardua polémica sobre la integridad de un género que desde sus orígenes se hizo de versos, filosofía, comedias, cartas, fábulas u oratoria con provecho muy propio. En “Los libros”, el capítulo X de *Los ensayos*,

Montaigne dice:

Que se vea, en lo que tomo prestado, si he sabido elegir con qué dar valor o auxiliar propiamente a la invención, que procede siempre de mí. En efecto, hago decir a los

demás, no como guía sino como séquito, lo que yo no puedo decir con tanta perfección, ya sea porque mi lenguaje es débil, ya sea porque lo es mi juicio. No cuento mis préstamos, los peso. Y, si hubiese querido valorarlo por su número, me habría cargado con dos veces más. Todos ellos, o casi, son de nombre tan famosos y antiguos, que me parece que se nombran suficientemente sin mí. (586)

Aunque, como se ve, un género podría ser híbrido sin perder su pureza, contener la hibridez en su quilate, esa unión de poesía y filosofía que tenemos en Montaigne y que Alfonso Reyes subrayaba cuando le llamó al ensayo el «centauro de los géneros», es manifiesto que nuestra época, mucho más que la modernidad de los siglos XVI y XVII, pondría a los guardianes del ensayo puro en una faena desesperante. Mejor que discutir si las obras incluidas en *Ensayo cubano del siglo XX* se corresponden con ese anuncio, sería denotar algo más sencillo y, a la vez, de mayor importancia para nosotros: la antología de Hernández y Rojas promueve una concepción amplia del ensayo —«pequeñas piezas de literatura de ideas, notables por su valor de reflexión y conocimiento, así como por su discurso expresivo, legibilidad e interés contemporáneo» (7) -, pero ha sido realizada según una concepción tradicional del género y, más importante, a partir del hecho de una carencia que, como veremos a lo largo de esta tesis, en Cuba es, muy particularmente, la del ensayo literario.

III. Pensamiento contra pensamiento

Cuestiones sobre la raza, el sexo, el género, la emigración, o sobre la postmodernidad, la globalización, la memoria, daban a *Ensayo cubano del siglo XX* una variedad muy llamativa, si se tienen en cuenta los nuevos relieves que esos sujetos y asuntos imprimían en un paisaje social del que siempre se quiso una imagen última sin fisuras. También era una variedad en consonancia con la revitalización de las ciencias sociales, medio intelectual de trayectoria muy accidentada en Cuba, siempre vinculado a la cultura y las tramas de poder. Sus entidades y muchas de figuras conocieron esos momentos que ahora, en la distancia, tienen algo de previsible: el mimo del gobierno en los sesenta, la defenestración en los setenta, la rehabilitación a finales de los ochenta, y el rescate y reuso en la década siguiente y hasta la actualidad.

Creo que no se puede comprender lo ocurrido con la crítica, el ensayo y, de manera general, con los trabajos de pensamiento en Cuba, sin observar la aparición entre 1962 y 1967 de ciertos organismos que muy pronto capitalizan todo el prestigio y pautan mucho de lo que sería la educación y la cultura, entre ellos la revista de ciencias sociales *Pensamiento crítico* (1967-1970), una más en la serie proverbial y algo fabulosa de las publicaciones rebeldes, ésas que habían hecho historia y que un día, de pronto, se habían vuelto inconvenientes y habían sido barridas; los infortunados heraldos de alguna verdad y, al fondo, los caminos del proyecto rebelde que se habían extraviado o que quedarán por recorrer. La desaparición de *Pensamiento crítico* -otra en la serie de las elevaciones y caída súbitas que había conocido y seguiría conociendo tanta gente; ciclo, al parecer, tan inevitable como..., inevitable- había estado precedida por la del periódico *Revolución*

(1956-1965)⁷¹, y por la del suplemento de éste, *Lunes de Revolución* (1959-1962)⁷², y como la de estos títulos, su historia se limitaba a menciones rápidas, vagas, cargadas de insinuación. Lo que pasó con esas publicaciones es mucho más conocido hoy, sobre todo fuera de Cuba, aunque nos parece que en el caso de *Pensamiento crítico* ha habido más parquedad y resignación, y que los estudios han sido bastante más tardíos. Quizás porque *Pensamiento crítico* no pertenece a los comienzos del sistema revolucionario, sino a los tiempos y estrategias de su afianzamiento, de modo que su personal, una vez defenestrado, permanece cautivo, sumido por los imperativos ideológicos de sus compromisos recientes y del medio. A diferencia de las revistas precedentes, que ocurrieron sobre la falla misma, aquel momento en que se sentía que la Revolución era de todos y que podía ser disputada por todos, entre un pasado no olvidado aún y un futuro nunca perdido de vista, *Pensamiento crítico* surge bastante más allá, cuando las distintas fuerzas que habían colaborado con el triunfo ya han desaparecido, bien porque han abandonado o han sido expulsadas del proyecto, o porque han caído bajo la égida del único grupo que entonces está tejiendo las tramas de poder, los comunistas. Sin embargo, *Pensamiento crítico* no sólo surge después de *Revolución* y *Lunes de Revolución*, sino que, además, en cierta medida, es su relevo. Sus aires son, igualmente, los de la polémica,

⁷¹ *Revolución* fue el órgano oficial del Movimiento 26 de julio, sale por primera vez como boletín clandestino en 1956. Continúa inmediatamente después del triunfo revolucionario con la dirección de Carlos Franqui. Desaparece en 1965, presuntamente fundido con el periódico de los comunistas *Hoy* para dar lugar a *Granma*, desde entonces el órgano de Partido Comunista de Cuba también fundado en 1965. Es bien conocido que Fidel Castro fiscalizó muy de cerca las tiradas de *Revolución*, y fue quien anunció su cierre.

⁷² *Lunes de Revolución* fue el suplemento cultural en forma de tabloide del periódico *Revolución*. Su primer número es de marzo de 1959. Sus directores fueron Guillermo Cabrera Infante, Pablo Armando Fernández y Raúl Martínez. Fue una publicación de impacto nacional por la variedad de sus artículos y la calidad de su diseño. Publicó 132 números, el último fue del 6 de noviembre de 1961 y estuvo dedicado a Pablo Picasso. Algunos de sus colaboradores más asiduos fueron: Antón Arrufat, José A. Baragaño, Rolando Escardó, Edmundo Desnoes, Ambrosio Fornet, César Leante, César López, Virgilio Piñera, Pedro de Oraá, Heberto Padilla, Lisandro Otero, Loló de la Torriente, Jaime Sarusky, Sergio A. Rigol, Rosa Hilda Zell, Euclides Vázquez.

la novedad, la rebeldía, la vanguardia, y habrá quien la catalogue como la revista de los herejes, jóvenes marxistas enfrentados a la ortodoxia revolucionaria y al dogmatismo de los viejos partidos comunistas de Cuba y Latinoamérica. Rebeldía y herejía en las que será preciso detenerse.

Pensamiento crítico puede ser tenida como una incursión de importancia en las ciencias sociales⁷³ y su director, Fernando Martínez Heredia, a menudo hablaría con orgullo de ese trabajo. En las páginas «Ciencias sociales y construcción de alternativas», de 2006, recogidas en su difundido libro *El ejercicio de pensar* (2008), dice:

Recuerdo que investigábamos cómo afectaba a trabajadores y sus familias el cambio de horarios laborales, la rehabilitación de prostitutas, las religiones de origen africano, por qué querían emigrar del país trabajadores manuales, actitudes de los campesinos afectados ante transformaciones rurales, ciertas comunidades, las causas del ausentismo laboral, etcétera. (88)

Pero el significado de esa publicación no puede calcularse sin tener en cuenta una diversidad de frentes en los que encajan ciertas estrategias políticas. Fue un espacio donde continuar pensando la liberación social en los momentos de emergencia de un nuevo Estado; una revista para la actualización teórica; para la comunicación y el diálogo con intelectuales extranjeros; para impulsar una cultura sofisticada donde congeniaran la filosofía y las matemáticas, la ciencia ficción y la historia; pero también, y esto es de gran importancia, fue el espacio de reflexión y difusión de la lucha nacional cubana transformada y ampliada a la de los pueblos del Tercer Mundo contra el colonialismo y el imperialismo. En sus páginas, entonces, tomaron visibilidad las metamorfosis y reajustes del Partido comunista cubano, aquel partido que, habiendo jugado un papel tan sombrío y

⁷³En la página Presentación de su primer número, 1967, se lee: «Hoy todas las fuerzas sociales de nuestro país están en tensión creadora; lo exigen la profundización y la magnitud de las metas de la Revolución. Contribuir a la incorporación plena de la investigación científica de los problemas sociales a esa Revolución es el propósito de esta publicación». (1)

hasta negativo en los años de la insurrección armada, terminaría cobrando un poder hegemónico después del triunfo. Fue, entonces, la revista donde pensar, formular y reformular la alianza entre el viejo partido comunista de Cuba y los guerrilleros que habían hecho la Revolución, una cuestión de valor combativo y estratégico fuera de Cuba, entre las guerrillas del continente que siguieron a la insurgencia cubana, y una cuestión con impacto en la isla, donde la asimilación del Partido comunista fue, desde los inicios y durante buena parte de los sesenta, un asunto relacionado con el establecimiento y afianzamiento del poder.

Los vínculos entre Fidel Castro, el rebelde y el gobernante, y los comunistas han sido largos y tortuosos. Quizás la parte más conocida de esas relaciones corresponda a los últimos veinte años de la República, cuando la organización comunista se llamaba Partido Socialista Popular, aunque incluso ese pasado ha sido tratado con mucha cautela, pues se acomoda mal a los deseos de una génesis revolucionaria siempre coherente, y siempre ejemplar y heroica. En esa génesis muy poco o nada se halla sobre la forma en que se manifestó la oposición de los comunistas a la lucha armada, sus duras críticas al asalto al Cuartel Moncada, acción de Fidel Castro en 1953 considerada el inicio de la insurgencia y de la cual dijeron que había sido un acto aventurero y un putsch; o su desdén ante el Directorio revolucionario, movimiento armado urbano que tuvieron como cosa de gánsteres. También se encontrará poco sobre los diversos acercamientos que necesitaron rebeldes y comunistas antes de llegar a una alianza en el que sería el último año de la guerra, y la irrelevancia o ausencia de éstos en la lucha a menudo se encontrará abordada como exilio y clandestinaje. De igual modo, sólo con gran esfuerzo un lector de la nueva Cuba daría con los oscuros pactos de la organización, como éste de 1938 que

narra Hugh Thomas en su excelente *Cuba, la lucha por la libertad*, protagonizado por los destacados comunistas Blas Roca y Joaquín Ordoqui y el militar Fulgencio Batista:

En esta curiosa reunión, eco de la que habían celebrado Machado y César Vilar cinco años antes, los comunistas accedieron a apoyar los planes de Batista para una nueva asamblea constitucional, e incluso a respaldar a los amigos de Batista que hubiera en ella; a cambio, Batista legalizaría el Partido Comunista y le otorgaría el derecho a reorganizar el movimiento sindical bajo su control. [...] Poco después Batista declaró a los informadores de prensa que, a su juicio, “el Partido Comunista, según su constitución, es un partido democrático que persigue sus fines dentro del marco de un régimen capitalista y ha renunciado a la violencia como método político”. Y el partido fue inscrito [...] Batista suprimió también las restricciones que pesaban sobre la organización sindical. El órgano de la Komintern, *World News and Views* comentó satisfecho: “Batista... ya no es el centro de la reacción”, añadiendo que “la gente que trabaja para el derrocamiento de Batista ha dejado de actuar en favor de los intereses del pueblo cubano”. (Thomas 926)

Tampoco nada se diría de los puestos de Ministros sin cartera que Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez ocuparon hacia el final del primer gobierno de Batista (1940-1944), hecho que hizo del Partido la primera organización de su tipo en Latinoamérica con ese encumbramiento pero que, a la vez, les ganó, a la organización y a aquellos representantes, críticas y desconfianzas que durarían para siempre, es decir, hasta que la historia comenzara a ser reescrita, en gran medida por ellos mismos. Algo tan llamativo como los pormenorizados relatos de Thomas, que van desde la fundación del Partido en 1925 hasta sus evoluciones en los primeros diez años del gobierno revolucionario, es el sino paradójico que parecen llevar a cuesta esta organización: sólo muy tardíamente apoyan y se unen a la lucha armada pero desde 1953 su antiguo aliado, Batista, arrecia las medidas contra el Partido y comienza a calificar a todos sus enemigos de comunistas, algo más bien a tono con las crispaciones que tal calificativo, en el contexto de la Guerra

Fría, solía despertar en el continente, pero que en el futuro les será de gran aval⁷⁴.

Igualmente, aunque ansiaron una solución política a la guerra civil cubana, haber sido proscritos los dejó al margen de toda candidatura al gobierno, actividad que los rebeldes habían prometido castigar si triunfaban. Así, siendo los últimos en escalar la Sierra Maestra, franquearon enero de 1959 como el único partido organizado, con un considerable número de seguidores, especialmente entre los obreros de las ciudades, y con el expediente de una larga vida política proscrita por el batistato⁷⁵.

El vínculo entre rebeldes y comunistas ha sido también uno de los grandes secretos de la Revolución cubana, pues se cree que por esa vía podría accederse a las zonas más oscuras de un movimiento insurgente que se planteó como una revolución reformista para después del triunfo redefinirse e imponerse como una revolución socialista radical. ¿Era

⁷⁴ Sobre la represión al Partido, leemos en Hugh Thomas: «La llegada de [Arthur] Gardner a La Habana coincidió con un endurecimiento de Batista en lo referente a los comunistas, mayor del que se había atrevido a mostrar hasta entonces respecto de sus antiguos amigos. El 10 de noviembre [de 1953] el Partido fue declarado ilegal. sus apéndices, como los periódicos *Hoy* y *Última hora*, la Federación de Mujeres Democráticas, y el movimiento juvenil, Juventud Socialista, fueron prohibidos. Sin embargo, las revistas *Carta Semanal* y la teórico, *Fundamentos*, mensual, siguieron editándose y vendiéndose, la primera, por lo menos, con bastante facilidad, aunque bajo mano. De hecho, Batista y sus ministros tenían una actitud bastante consentidora y relajada con los comunistas, por lo menos con aquellos con los que habían tenido tratos anteriormente: por ejemplo, Ramón Vasconcelos, el periodista que luego fue Ministro de Comunicaciones, se preocupaba de los intereses de los dirigentes comunistas negros. No se les perseguía mucho; sólo de vez en cuando les detenían e interrogaban cuando venían de México, Praga o cualquier otro sitio. [...] En general, los comunistas cubanos pasaron la mayoría de estos años casi retirados, recuperando salud y energía, y preparándose así eficazmente para el futuro. [...]» [En la nota 5 se agrega] «No obstante, más adelante la policía persiguió a algunos miembros aislados del Partido Comunista: por ejemplo, un joven atleta negro, Chiqui Hernández, fue asesinado en la comisaría de policía No 9, y José María Pérez, jefe de los obreros comunistas de transporte, desapareció sin dejar rastro. Algunos estudiantes o exestudiantes, como Valdés Vivó y Leonel Soto, fueron torturados brutalmente. » Hugh Thomas, 1095.

⁷⁵ «[...]el Partido se mantuvo intacto. Como no le habían permitido participar en ninguna elección de Batista, no había ningún decreto de la Sierra que le prohibiese participar en actividades públicas. A principios de 1959 era el único partido que contaba con una organización bien establecida por toda la isla: probablemente tenía unos 17 000 miembros. Aún así, el movimiento del 26 de julio tenía más miembros, pero era un movimiento más de aficionados, sin ideología; más que un partido, una alianza, una organización a la que el mes anterior a la huida de Batista se habían unido de forma oficial muchísimas personas que nominalmente eran miembros de otros grupos políticos, por el mero hecho de decir a otros o incluso a sí mismas que eran miembros del movimiento. Pasara lo que pasara, por lo tanto, el Partido Comunista de Cuba podría desempeñar un papel importante en la Cuba posterior a Batista. En 1947, al fin y al cabo, había obtenido 120 000 votos y antes, durante diez años, los comunistas habían llevado los sindicatos con gran competencia. En 1959, todos sus líderes más destacados habían participado en la Revolución de 1933. » Hugh Thomas, 1387

Fidel Castro comunista antes de 1959? ¿No lo eran, su hermano, Raúl Castro, y el argentino Ernesto Guevara, ambos en la guerrilla? ¿Ocultó su filiación para no perder simpatizantes? ¿Se hizo comunista después del triunfo? ¿Fue una conversión honesta? ¿Astuta? ¿Forzosa? Las preguntas y respuestas han sido innumerables; a nosotros, sin embargo, ya nos interesan muy poco esos enigmas, más que todos esos arcanos preferimos los elementos manifiestos de la relación, cuando cada parte se encontró cuestionada e impelida a responder por las acciones de la otra, intercambio de papeles que continuaría con gran alcance político después del 59.

Los relatos más comprometedores del pasado de los comunistas fueron apagándose o quedaron asimilados por las críticas de los nuevos marxistas, los llamados «marxistas herejes» de *Pensamiento crítico* y sus colaboradores latinoamericanos y europeos, por los reproches más o menos refrenados y las páginas rebosantes de argumentos y métodos sobre el valor de la lucha guerrillera con que los viejos militantes serían constantemente aleccionados y se dejarían aleccionar. Criticados por lo que fueron, usados por lo que fueron y, más que nada, en perpetua actualización y perfeccionamiento, la vieja organización comunista era un instrumento idóneo, dúctil y a la vez absolutamente único⁷⁶. Pero la revisión del pasado no iba en un único sentido: así como los dogmáticos comunistas se habían equivocado de verdad, pues solo muy tarde habían podido ver el valor de la lucha armada que se estaba desarrollando ante ellos, los rebeldes habían acertado de verdad, pues la práctica revolucionaria les había hecho dar naturalmente con

⁷⁶ En 1938 Blas Roca había dicho: « Cuando Batista halló el camino de la democracia, el Partido le ayudó». Al triunfo del 59 Carlos Rafael Rodríguez diría: «Si Fidel sigue el camino de la democracia, nos encontraremos. » (Thomas 925).

el bien del marxismo. Según Régis Debray en su conocido estudio «El castrismo: la gran marcha de América», lo que hubo en Cuba fue un movimiento que

responde en términos casi semejantes a los de Lenin en 1902 [...] En un régimen “autocrático” sólo una organización minoritaria de “revolucionarios profesionales”, muy capacitados teórica y prácticamente entrenados “según todas las reglas del arte”, puede hacer triunfar la lucha revolucionaria de las masas. En términos castristas: es la teoría del foco, del centro insurreccional del cual el Che Guevara ha expuesto las condiciones de desarrollo en la Guerra de Guerrillas.

Y hacia las últimas líneas:

[...]El castrismo no es más que un proceso de recreación del marxismo-leninismo a partir de las condiciones latinoamericanas y de las “condiciones anteriores” de cada país. [...]

Esperemos asimismo que hasta el rótulo “castrismo” desaparezca.

Pues el castrismo o el leninismo recuperado y adaptado a las condiciones históricas de un continente que Lenin desconocía, está en vías de pasar, se quiera o no, a la realidad de las estrategias revolucionarias.

Las especulaciones de Debray sobre el foco guerrillero, y las posibilidades o dificultades de su implantación en países del Tercer Mundo tuvieron la más rápida acogida en el equipo de *Pensamiento crítico*. El número cuarto de la revista, donde aparecía la reseña a su libro *¿Revolución en la Revolución?* -firmada escuetamente por un tal Rachid, “tunecino residente en Cuba, corresponsal de *Les Temps Modernes*”, según la página Los autores -, cerró con la noticia de su captura en Bolivia. En realidad, hay muchísimos elementos de esos estudios desarrollados y discutidos en *Pensamiento crítico* y hasta cabría preguntarse en qué medida no fue la revista, como lo habían sido los propios trabajos de Debray, una respuesta al programa de Ernesto Guevara en su *Guerra de guerrillas* del temprano 1961: «Encontrar las bases en que se apoya este tipo de lucha, las reglas a seguir por los pueblos que buscan su liberación; teorizar lo hecho, estructurar y generalizar esta experiencia para el aprovechamiento de otros, es nuestra tarea del momento». Poco después de esas palabras, tendremos en Cuba la apresurada formación

en el marxismo de un grupo de jóvenes del que saldría en 1963 el nuevo Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana. En el estudio de Néstor Kohan, *Pensamiento Crítico y el debate por las ciencias sociales en el seno de la Revolución Cubana*, leemos sobre aquella escuela:

Los jóvenes miembros del Departamento de Filosofía surgieron de un curso que se dio desde inicios de septiembre de 1962 al 31 de enero de 1963. Durante cinco meses completos estuvieron poco más de 100 personas como alumnos, a tiempo completo y durmiendo en la escuela, saliendo unas 30 horas los fines de semana, cursando una escuela interna de tipo acelerado orientada a formar instructores docentes de filosofía y de economía política marxista para la universidad. Se hizo en La Habana. La mayoría eran alumnos procedentes de años superiores de carreras universitarias. El curso enseñaba el pensamiento de Marx, Engels, Lenin y también otras materias auxiliares. Las asignaturas eran Materialismo Dialéctico e Histórico, Historia de la Filosofía, Historia Universal, Historia de Cuba, Economía Política del Capitalismo, y Colonialismo y Subdesarrollo. Los profesores eran tres hispanosoviéticos: Luis Arana Larrea, quien a su vez había sido designado jefe del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana; Anastasio Mansilla, quien era el profesor de Economía Política; y María Cristina Miranda, que explicaba Historia Universal. Los demás eran cubanos. El curso era consecuencia de la ley de reforma universitaria, que se había puesto en vigor en enero de 1962, y mediante la cual se instituían las asignaturas de Filosofía Marxista (Materialismo Dialéctico e Histórico) y Economía Política, como obligatorias para los alumnos de todas las carreras de las universidades cubanas. Al terminar la escuela se realizó una selección entre los más de cien alumnos que la hicieron. Fueron seleccionados 21 para Filosofía y 16 para Economía. El 1º de febrero de 1963 empezaron como instructores.

Alumnos e instructores a la vez, muy pronto estos jóvenes entre los diecinueve y los veintidós y veintitrés años se encontraron al frente de importantes tareas de difusión. En *Los hijos de Saturno. Intelectuales y revolución en Cuba* Ileana Martínez ha contado cómo el grupo de su padre, Fernando Martínez Heredia, radicado en una casa del Vedado en las cercanías de la Universidad, solía recibir las visitas nocturnas de Fidel Castro, donde pasaban horas conversando de libros y pensando en los títulos de ciencia y técnica

con que actualizar la educación superior⁷⁷, un proyecto del que saldrían entre 1965 y 1966 las conocidas Ediciones R (Ediciones Revolución o Ediciones Revolucionarias) que después de un año darían lugar al Instituto Cubano del Libro⁷⁸. De ese grupo saldría también, por la misma época, la dirección del suplemento cultural del periódico *Juventud Rebelde*, *El Caimán Barbudo*, según Ileana Martínez, algo que se hizo posible debido a la combinación de dos factores: la vocación política de algunos de sus gestores - particularmente de quien sería el director, Jesús Díaz- y la anuencia de los dirigentes que les eran cercanos (126). Para llevar adelante aquella publicación, el instructor de filosofía y autor recién laureado de *Los años duros*, se apoyó en sus colegas del Departamento de Filosofía y en poetas y escritores con los que estudiaba en la Escuela de Letras (125).

Aunque en el pasado había habido intercambios, será para 1965 y 1966 que los integrantes del Departamento de Filosofía sientan que están trabajando en vínculo estrecho y según los intereses del líder de la Revolución. Aquellas conversaciones sobre

⁷⁷ En uno de los muchos fragmentos de entrevistas que tenemos en *Los hijos de Saturno*, Ricardo Machado cuenta a la autora: [...]muchísimas veces, estoy hablando de 15, 20, 30 veces, nosotros nos quedamos hablando solos con Fidel, y yo recuerdo muchas veces, Jesús [Díaz], yo y Fidel hablando hasta las tres de la mañana [...] eran conversaciones nocturnas, que nosotros estábamos hablando con él de cualquier cosa, pocas veces de política. Los libros que estaba leyendo. Él tiene un ciclo de lecturas muy amplio, problemas de la agricultura, problemas de fumigación o problemas de genética [...]. Aunque, claro, esa es una cosa muy política, si tú hablas todas las noches, tantas horas con el presidente del país [sic] (118, nota 177)

⁷⁸ Rolando Rodríguez y Fernando Martínez Heredia (director y vicedirector –respectivamente– del Departamento de Filosofía desde los meses finales de 1965) fueron nombrados director y vicedirector de Ediciones Revolucionarias, organismo editorial que nació por iniciativa de Fidel Castro el 7 de diciembre de 1965, y se encargó de toda la tarea editorial hasta que fue convertido en el Instituto Cubano del Libro a partir del 1 de septiembre de 1966. Rolando Rodríguez fue nombrado su director, mientras Fernando Martínez quedó entonces como director del Departamento de Filosofía y colaborador del Instituto del Libro en lo que atañe a su Editorial de Ciencias Sociales. Es precisamente en esta época cuando el Instituto del Libro traduce y publica a A. Gramsci, L. Althusser, S. Freud, M. Weber, C. Levi-Strauss, H. Marcuse, G. Lukács y a J. P. Sartre, entre muchísimos otros autores de ciencias sociales. Ediciones cubanas que rara vez aparecen en las referencias académicas latinoamericanas cuando se citan las primeras traducciones de estos autores al español... Allí no se detuvo la incidencia de este grupo intelectual, ya que muchos de los materiales que no se incorporaban en *Pensamiento Crítico* se publicaban en Referencias (de la cual salieron más de una decena de números monográficos tan extensos como los de Pensamiento Crítico), también alentada por Fernando Martínez, y editada bajo la dirección de José Bell Lara –uno de los más jóvenes de todo el grupo– por el Partido Comunista de la Universidad de la Habana. (Kohan, 404)

libros a publicar, la ayuda que se les pide cuando la Primera Conferencia Tricontinental, de enero de 1966, en La Habana, y el seguimiento a los asuntos sobre la lucha de los pueblos de Asia, África y América contra el colonialismo y el imperialismo que allí se discutieron, eran parte del camino de Fidel Castro y algunos otros dirigentes como Guevara, muy distinto al de la coexistencia pacífica de los viejos comunistas y URSS⁷⁹. Por esa discrepancia con la URSS es que se oirá hablar de una Revolución cubana hereje, como también se le llamaría a los integrantes del Departamento de Filosofía que un poco más tarde, para 1967, conformarán el equipo de *Pensamiento crítico*⁸⁰.

Como deja ver todo lo anterior, la cercanía entre ciencias sociales, filosofía, literatura y política no sólo tenía que ver con el ideal de un nuevo escritor comprometido con las

⁷⁹ «A la vez viene la Tricontinental, un Congreso de Organizaciones Populares de Asia, África y América Latina. Enero del 66, La Habana. La Tricontinental, como tu comprenderás, es como una especie de otro movimiento comunista internacional y no sólo frente al imperialismo. Ahí la mesa directiva es expresión absoluta de eso. Son gente de las organizaciones de lucha armada de América Latina, África y Asia. Allí viene Augusto Turcios Lima a decir: “la idea principal que hay que tener es que para ayudar a los vietnamitas, hay que hacer la revolución en el propio país”. Entonces, a nosotros nos pide el secretario organizador del Partido, Armando Hart, al cual probablemente le habló Fidel Castro, eso sí yo no lo sé, que le prestemos ayuda para la Tricontinental en cuestiones ideológicas y de pensamiento. [...]y poco después de la Tricontinental [Armando Hart, Primer Secretario del Partido Comunista] nos dice que Fidel quiere, que Fidel le ha pedido, que se forme un grupo de trabajo de cuestiones teóricas de nosotros y que él sea el responsable, que él lo coordine. Entonces ahí hicimos una rápida reunión, entonces Rolando Rodríguez y yo, y ocho personas más, entre las que se encuentra Ricardo Jorge Machado y creo que Jesús [Díaz] está. [...]Este grupo era teórico, para cuestiones teóricas. Hay incluso un venezolano, decidieron que tenía que venir para La Habana [...] De ahí salió después, incluso, un seminario que se hacía en el Comité Central de entonces, o sea, era la oficina de Armando Hart [...] pero aunque esto lo hacíamos allá, en el Comité Central, nosotros seguíamos siendo la misma tribu [...] Esto era para contribuir a la Revolución mundial, aunque sería muy duro que tu vayas a pensar que alguien dijo “esto es para contribuir a la Revolución mundial”. Sin embargo, todo el mundo sabía que era para eso. » Entrevista a Fernando Martínez Heredia, *Los hijos de Saturno*. (nota 179, p. 119, 120)

⁸⁰ «éramos lo que hoy se llamaría ‘heterodoxos’, entonces se les llamaba ‘herejes’. ¡Pero es que la Revolución Cubana era una herejía! Es decir que no nos considerábamos herejes, sino que nos era natural la posición que teníamos. De todos modos no para todo el que se llamara marxista éramos dignos de aplauso. Había opiniones diferentes a las nuestras, incluso algunas virulentamente diferentes a ellas. » Fragmento de una entrevista de Kohan a Martínez Heredia, incluida en *Pensamiento Crítico* y el debate por las ciencias sociales en el seno de la Revolución Cubana (400)

Según el estudio de Kohan, el equipo de *Pensamiento crítico* estaba integrado por Fernando Martínez Heredia, Aurelio Alonso Tejada, Jesús Díaz, Gómez Barranco, Hugo Azcuy, Carlos Tablada Pérez, José Bell Lara y Mireya Crespo. Añade a los autores de los prólogos a los clásicos de la filosofía y la sociología como Germán Sánchez, y el resto del plantel docente del Departamento de Filosofía, como Juan Valdés Paz y Marta Pérez-Rolo. (410-411)

tareas culturales y sociales que estaban surgiendo, formaba parte de los inicios embrollados de las instituciones, una vaguedad de fronteras muy engañosa a la hora de sopesar los saldos de las posiciones beligerantes y los disensos. De hecho, la mezcla de las disciplinas⁸¹, y de la enseñanza y la divulgación con la actividad político revolucionaria, resulta connatural al Departamento de Filosofía y a la revista que llevan adelante sus miembros, donde se defiende la premisa de un arte y una literatura en estrecho contacto con la vida. Al igual que *El Caimán Barbudo*, *Pensamiento crítico* surgió en un tiempo de polémicas que algunos se empeñarían en describir como meras confrontaciones de tendencias estéticas. En las páginas culturales una supuesta vanguardia se enfrentaba a los timoratos interventores de la cultura y a los adalides del realismo socialista, mientras en las páginas de *Pensamiento crítico* los marxistas noveles no daban paz a la ortodoxia. Tiempos que, según Kohan, son evidencia de una vitalidad y amplitud del debate revolucionario que, de no haber sido soslayados, darían otra imagen de lo que fue aquel proceso y crearía, todavía hoy, otras expectativas:

El debate no era sólo estético, literario, cinematográfico, ni circunscripto a las ciencias sociales. Por supuesto, tampoco era sólo académico. Era también político. Lo que se estaba discutiendo abarcaba el rumbo estratégico de la revolución en su conjunto. En la política, en las ciencias sociales y en la cultura. Entre “el sectarismo” político y el burocratismo contra el cual arremetían Fidel Castro y el

⁸¹ Aunque formalmente eran independientes entre sí, la labor de investigación y docencia realizada por los miembros de *Pensamiento Crítico* en el Departamento de Filosofía se expresó tanto en la presentación y prólogo a la edición de autores clásicos y contemporáneos de la filosofía y las ciencias sociales como también en el seno de la revista. En ella, no sólo en todos los editoriales y en las notas introductorias a diversos ensayos y dossiers, sino también en artículos propios. Entre estos últimos merece destacarse, porque constituye un ejemplo significativo del “espíritu de lectura” e investigación que guio a este grupo intelectual, el artículo del director de *Pensamiento Crítico* Fernando Martínez Heredia “Althusser y el marxismo” (N° 36). Allí el intelectual cubano fija posición en torno al filósofo de la Escuela Normal Superior y su obra. No cabe duda de que *Pensamiento Crítico* tomó en serio la obra de Althusser ya que publicó varios trabajos suyos: “Materialismo dialéctico e histórico” (N° 5), “Dos cartas sobre el conocimiento y el arte” (N° 10), “Lenin y la filosofía” (N° 34/35), así como también numerosos artículos de sus discípulos franceses. Paralelamente, sus miembros impulsaron la publicación cubana por el Instituto del Libro y las Ediciones Revolucionarias de *Lire le Capital* (conocido en español con el título *Para leer El Capital*) y *Pour Marx* (titulado en español *La revolución teórica de Marx*). Además, incluyeron trabajos suyos en las dos ediciones de *Lecturas de Filosofía*, y también en *Lecturas de pensamiento marxista* (Kohan, 420)

Che Guevara y las posiciones “ortodoxas” en esas polémicas estéticas e ideológicas había un hilo negro de continuidad. Por eso Jorge Fraga pudo decir en su polémica de 1963 con Mirta Aguirre que: “El ‘culto a la personalidad’ [culto a Stalin, se entiende] no es otra cosa que la fase superior del sectarismo”. (399)

Se asombra Kohan de que los cubanólogos afincados en las academias se empeñen en ignorar tal franqueza y tal heterogeneidad de opiniones (399), sin embargo, se requiere muy poco detenimiento en esos debates para comenzar a encontrar sus límites: heterodoxos contra ortodoxos, o a la inversa, pero siempre en las arenas del marxismo. Para mediados de los años sesenta queda muy poco de lo que había sido la variada confrontación al gobierno de Fulgencio Batista. Aquel movimiento insurgente en el que participaron fuerzas de credo y acción muy diversos, ya está siendo descrita como una revolución burguesa liberal que tenía que ser dejada atrás por una revolución socialista radical, la revolución cubana y continental antiimperialista, la revolución tricontinental, o la revolución mundial de la que Martínez Heredia le cuenta a su hija. Podrá entenderse que cada una de esas reformulaciones constituyó, además de un alejamiento de la insurgencia originaria, deslindes, reducciones, eliminaciones, rechazos, enfrentamientos de fuerzas que debieron redefinir sus sitios y sus alianzas, lo que, por supuesto, no excluyó a los viejos comunistas, con su ambiguo pasado, ni tampoco a los rebeldes, en el apogeo de una actualidad cada vez más enfocada en la URSS y cada vez más cargada de futuro y grandeza. Así, el movimiento guerrillero en la Sierra será recodificado como un leninismo empírico, una lucha que no hubiera requerido saber de teorías para dar con su esencia, y una fuerza campesina que sin poder imaginarlo encarnaba a los bolcheviques de Lenin. En sus «Palabras al recibir el Premio Nacional de Ciencias Sociales» de 2007 decía Martínez Heredia:

“Sería un error creer que porque nos hicimos marxistas sucedió todo, cuando la verdad es que nos hicimos marxistas por todo lo que sucedió”, escribí hace años, y eso es muy cierto [...] No podíamos conformarnos con modernizar las profesiones de ciencias sociales, había que revolucionar esas ciencias a la vez que se aprendían sus técnicas y sus fundamentos, utilizarlas para investigar y plantear mejor nuestros problemas -durante aquella década se desató en Cuba una verdadera fiebre de investigaciones sociales-, y contribuir así a que los juicios y las decisiones de las instituciones y los dirigentes fueran más fundados y mejores. En suma, queríamos trabajar y fundar una ciencia social que fuese capaz de comprender nuestra angustia y nuestra maravilla, de plantear los cómo, de poner ladrillos en el proyecto, de ayudar a la gran revolución de liberación, y no a una modernización progresista de la dominación. (72, 73)

Por esta conversión al marxismo -como la del propio Fidel Castro, según algunos análisis y algunas explicaciones del propio líder- los redactores de *Pensamiento crítico* habrían quedado dotados de una herramienta con que actuar mejor en la sociedad y frente a sus estructuras, y, sin embargo, al mismo tiempo, acaso sin tener mucha conciencia de ello, formaban parte de una acción del gobierno sobre sí mismo, un artefacto que el gobierno lanzaba hacia aquellas zonas suyas que, real y simbólicamente, representaban al viejo partido comunista, del que tanto necesitaban y que de nuevo volvía a ser tan incongruente con el giro radical de la Revolución. Y eso es lo primero que, nos parece, disminuye el valor de disenso que tanto se le ha concedido a *Pensamiento crítico*: creer que podían impactar en la autoridad de instituciones y dirigentes mientras por su trabajo circulaba gran parte de los reajustes que el gobierno necesita para su agarre. Creer que podían servir de resistencia a la dominación de las nuevas instituciones mientras solidificaban el poder del que salían aquellas entidades. La otra cuestión son los pobres alcances que sus premisas tuvieron fuera de la pelea entre comunistas. Por ejemplo, suele resaltarse la fuerte crítica que *Pensamiento crítico* hizo a la enseñanza del marxismo a través de manuales («las diastasis de los espíritus sentados»), dice Rachid en su reseña a *¿Revolución en la Revolución?* (203)) y la suplantación que, siempre que les fue posible,

hizo de éstos por discursos de los revolucionarios cubanos y latinoamericanos y por teóricos del marxismo, pero nada de eso evitó que el marxismo se convirtiera en enseñanza obligatoria y en una referencia imperiosa y avalada. Más bien al contrario, pues pronto hubo una formación crítica y sofisticada -para cuestiones teóricas y de pensamiento, como se decía líneas atrás, y para la esgrima partidista-, y otra masiva, elemental, vulgarizada tanto como puede vulgarizarse cualquier método que comience a emular un habla, a distorsionarse en ella y a distorsionarla. De aquella propagación de la enseñanza del marxismo de los años sesenta, comenta un Kohan jubiloso:

El marxismo dejó de ser entonces simplemente una teoría más entre otras, circulando y compitiendo en el mercado de las ideas de reducidos grupos y capillas de intelectuales tradicionales (profesores, literatos, cineastas, economistas, periodistas o pintores) para convertirse en una cultura de masas que involucró en sus múltiples debates y discusiones a cientos de miles (cuando no a millones) (400)

Y en *Los hijos de Saturno* tenemos esta información más detallada y muy provechosa:

Las EIR [Escuelas de Instrucción Revolucionaria] se fundaron el 2 de diciembre de 1960 y se desintegraron en 1968. En sus tres niveles de enseñanza del marxismo recibieron instrucción más de medio millón de personas. Estaban constituidas por las Escuelas Básicas de Instrucción Revolucionaria (EBIR), el nivel más elemental, donde el texto de estudio clave era *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, de Blas Roca Calderío, el secretario general del antiguo PSP, y algunos documentos como *La historia me absolverá*, el alegato de defensa de Fidel Castro en el juicio por el asalto al Cuartel Moncada; las Escuelas Provinciales de Instrucción Revolucionaria (EPIR), con un programa más definido y cuyas líneas principales eran: economía política marxista, filosofía marxista, historia de Cuba e Historia del movimiento obrero internacional, impartidas a partir de manuales soviéticos, y la Escuela Nacional de Instrucción Revolucionaria “Raúl Cepero Bonilla” (ENIR), con un nivel de complejidad teórica mayor, basada en textos de los clásicos del marxismo y cursos más especializados a cargo de funcionarios públicos de alto rango. Según uno de sus promotores, las EIR no tenían pretensiones académicas, sino divulgar el marxismo.⁸²

⁸² Esta información la toma Liliana Martínez de dos investigaciones inéditas: La tesis de licenciatura de Héctor Veitía León. *El pensamiento hereje: institucionalización y crisis. Una aproximación a las ciencias sociales de los años sesenta* (Universidad de La Habana, 1996), y la tesis de maestría en pensamiento latinoamericano de Fidel Díaz Sosa *Las vías fundamentales de difusión del marxismo soviético en Cuba en la década del 60*. (Universidad Central de Las Villas, 2000.) *Los hijos de Saturno*, nota 168, p. 114

Al igual que en su rechazo a los manuales, los miembros de Pensamiento crítico insistían en que el marxismo fuera entendido como una filosofía con historia, comenzando por el pensamiento de Marx, que Martínez Heredia exploró no sólo por su lado filosófico sino en vínculo con la ideología y la política. Como dice Kohan, «hacía falta *una lectura política del propio Marx*», lectura política que, añade, «no era inocente» (422). Sumergirse en la política era hacerlo en la historia, lo mismo en la del marxismo (para sacarlo de sus fórmulas, resarcirlo de los daños de la época de Stalin) que en la historia de Cuba y de los pueblos latinoamericanos. Pero aquí volvemos a dar con el voluntarismo -apenas apuntado por Kohan y no como un rasgo negativo sino un como ardid- de estos nuevos marxistas: insistieron en una historia latinoamericana en la que no cabía ninguna forma de feudalismo porque ello les permitía romper con las descripciones de la lucha por fases de los marxistas de la vieja escuela, etapas que les hubiesen hecho desembocar en una clase burguesa a la que no querían dar el menor crédito. El sistematizado resentimiento con que comenzó a mirarse a la burguesía cubana después de 1959, muy en vínculos con las pugnas por el poder, el interés de neutralizar a los reformistas y demócratas burgueses que habían participado en la insurrección, encontró amplio espacio en *Pensamiento crítico*. Entre esas críticas a la burguesía, que Kohan sigue bien en su estudio (414, 415), estarían: una clase sin pasado, sin legitimidad, sin acumulación de capital y, por lo tanto, dependiente de las metrópolis; interesada, limitada, conservadora, incapaz de oposición, meros extremos de los tentáculos del pulpo -según la imagen de Guevara para referirse al imperialismo-, y, si acaso era marxista, limitada en sus métodos, pasiva, con falsas o engañosas ideas sobre la libertad, la paz, la solidaridad, como engañosas también eran las de los sociólogos burgueses, con sus

eurocentrista conceptos de modernización y progreso, un criterio éste último especialmente falaz si se piensa en los trabajos del periodo republicano que habían hecho Jorge Mañana y, sobre todo, Fernando Ortiz.

La crítica a la burguesía como una fuerza política nula y una clase siempre guiada por sus intereses y privilegios, pasados fue en la Cuba revolucionaria una guerra de muchísimas voces y consecuencias que *Pensamiento crítico* recibió y ayudó a continuar. En los sesenta todo irá quedando paulatinamente marcado por ese encono: la docencia, la producción artística, la literatura, los medios de difusión, el relato de la historia. Y algunas de sus más tempranas e importantes elaboraciones aparecen desde el propio gobierno, cuando éste comienza a recontar las batallas recientes y a nombrar sus héroes, y cuando los designios de la Revolución se reformulan. La burguesía terminará siendo un elemento más en la descripciones de la lucha de clases que traigan los compendios escolares, sin embargo, antes, hacia el primer lustro de la Revolución, había sido una fuerza para neutralizar y eliminar, muy especialmente los burgueses que esperaban una reforma de la economía y no una suplantación radical por el modelo comunista, o que se mostraron alarmados por el absolutismo que iba cobrando la figura de Fidel Castro. De ahí el tremendo protagonismo que cobran los campesinos en la *Guerra de guerrilla* de Ernesto Guevara, un libro que puede leerle como una historia de la Revolución cubana, como un programa libertario para América Latina, pero ambas cosas en vínculo muy estrecho con el gobierno que en el momento de esa publicación se está conformando en Cuba. El campesinado, que fue un apoyo disperso y desigual en la región de la Sierra Maestra, después del 59 será convertido, junto a los obreros, en el gran protagonista de la gesta. Todavía en unas páginas que datan de los años sesenta, *Cuba en el tránsito al*

*socialismo. 1959-1963 / Lenin y la cuestión colonial*⁸³, el miembro del antiguo partido comunista, Carlos Rafael Rodríguez, podrá hablar del campesinado cubano de los tiempos de la República como un sector desarraigado, convertido por el latifundio y «el tiempo muerto» del cultivo de caña en obreros agrícolas, campesinos que habían dejado de serlo «desde el punto de vista social y también por sus hábitos» (117-119); y todavía podrá hablar de un proletariado urbano desunido y pasivo entre 1952 y 1958, los años de la insurgencia, y con niveles salariales tan altos y sindicatos tan fuertes -especialmente en La Habana- que sólo con mucha seriedad y organización se les podía convocar a una huelga (102)⁸⁴; y podrá hablar de una revolución democrático-burguesa y antimperialista anterior (y diferente) a la revolución socialista de Fidel Castro -lo cual, de hecho, está parcialmente contenido en el primero de los títulos de su libro y es el meollo de esas conferencias-; de la revolución burguesa y progresista que había triunfado y que, al menos teóricamente, habría podido continuar:

Si las inversiones norteamericanas en Cuba ascendían en 1959 [...] a unos 700 millones de dólares, la expulsión del imperialismo de la economía cubana como fuerza dominante implicaba el paso a manos de la nación de al menos las propiedades decisivas, es decir, aquellas sin las cuales el proceso nacional-liberador no podría ni sostenerse ni guiar en beneficio del país su rumbo económico.

Valga decir que, a los efectos de un programa de lucha de liberación nacional sin contenido socialista inmediato, no resultaría teóricamente indispensable que la propiedad extranjera imperialista pasara *definitivamente* a manos del estado. En condiciones especiales, puede darse el caso de países en que durante el proceso de

⁸³ Aunque con una primera edición por Siglo XXI en 1978, es un trabajo más temprano: «Pretendíamos en él realizar un análisis completo del “periodo de transición de Cuba” del neocolonialismo al socialismo. Los quehaceres revolucionarios dejaron a medias ese ambicioso propósito. Lo que se publica es la primera parte del esquema más amplio, expuesto en formas de conferencia a los alumnos de la Universidad de La Habana. En los primeros años de la Revolución circuló restringidamente en los medios universitarios a partir de 1966. La damos a la publicación ahora, porque no nos será posible escribir la obra completa. En nuestra medida modesta confirmamos lo que había dicho Lenin: resulta más apasionante entregarse a la Revolución que escribir sobre ella. » (9)

⁸⁴ Carlos Rafael estaría pensando, entre otras, en la Huelga General del 9 abril de 1958 a la que llamó el Movimiento 26 de julio, y que fue un completo fracaso. Comenta, indirectamente, las razones de este fracaso, aunque deja al margen las diferencias entre los revoluciones del llano, los de la Sierra y los comunistas que hicieron fracasar la acción (Hugh Thomas (1271-1275).

liberación nacional un gobierno antimperialista transfiriera a individuos o compañías nativas para su explotación en arriendo o mediante venta una parte importante de la industria o servicios nacionalizados. Eso no contradiría *teóricamente* la naturaleza nacional-liberadora, antimperialista, de las medidas adoptadas ni del gobierno que las adoptare. Pero la práctica contemporánea ha demostrado que semejante política, si se aplicara a sectores decisivos de la economía nacional conduciría inexorablemente al estancamiento de la revolución y terminaría en la práctica por facilitar el reinicio del neocoloniaje.

Hoy apenas se discute que el único camino seguro para afianzar la liberación nacional conquistada es el del desarrollo «no capitalista» de la economía. La revolución cubana, bajo la orientación de Fidel Castro, adoptó resueltamente ese camino. (115, 116)

Las menciones a la pequeña burguesía como una de las fuerzas que hace triunfar y llevar adelante la Revolución quedarán en pocas páginas como en las de Carlos Rafael Rodríguez; con todas sus cautelas, provistas de oportunas adjetivaciones y distinguos entre práctica y teoría, estas conferencias de los sesenta todavía contienen mucho del celo de los historiadores marxistas republicanos que él mismo había convocado para los Cuadernos de Historia de Cuba, un trabajo de los años cuarenta que aspiraba a compartir el espíritu crítico de entonces, pasar con más cuidado y sutileza por los hechos y, sobre todo, refutar el criterio de que los marxistas «estamos empeñados en escribir la Historia de Cuba con odio sectario de clase, encenagando las figuras del patriciado, condenado en bloque a la burguesía cubana del siglo XIX, negándoles altruismo, desprendimiento y heroicidad a sus figuras dominantes» (7, 8); cuadernos en los que un Sergio Agirre, por ejemplo, se toma el tiempo de establecer ocho periodos del siglo XIX y el papel hegemónico en las luchas que en seis de ellos habría tenido la burguesía agraria y de grandes terratenientes; sus tendencias reformistas, anexionistas, independentistas; los anhelos libertarios que escondieron algunos de los afiliados al autonomismo, o el carácter netamente burgués que tuvo en sus inicios la guerra independentista de 1868, transformada después, con la participación de distintas clases, en una revolución

democrático burguesa (25-47). Lamentablemente el celo y el espíritu crítico y polémico de los historiadores republicanos se convertirá en algo muy distinto con la Revolución, y ya en esas páginas de *Cuba en el tránsito al socialismo*, aún con sus campesinos y obreros tan libremente abordados (hasta Hugh Thomas llegó a recomendar ese libro, por los muchos datos que ofrece), no demoraremos en dar con la débil y traidora burguesía cubana. Los estudios históricos desprejuiciados y descriptivos se volverán cada vez más remotos o inexistentes, como ocurrirá con el registro de las pugnas políticas internas, todas silenciadas o apaciguadas por la premisa de una vanguardia revolucionaria que ha hecho la Revolución junto al pueblo y es su guía. O por la premisa de la unidad, la más eficaz y mitigadora de todas. O sencillamente porque las confrontaciones han pasado a ser parte de unas peleas internas, como las que llevan los integrantes del viejo PSP y *Pensamiento crítico* hacia mediados de los sesenta, cuando ya todas las fuerzas de oposición política han desaparecido o se han integrado al poder total de los comunistas.

Pensamiento crítico, entonces, habría hecho dos batallas paralelas que a veces, incluso, resultan la misma: contra la burguesía reformista y contra los comunistas tradicionales y sus limitados métodos de lucha. Y, sin embargo, insistimos, cuando la revista surge queda muy poco del reformismo burgués, por el contrario, la revista pudo haber servido, entre otras cosas, para contener o, más precisamente, para jugar a las contenciones frente al amplio poder que desde 1960 habían estado ganando los miembros del antiguo PSP. Hay que recordar que en julio de 1959 Fidel Castro había pedido la dimisión del presidente del país, Manuel Urrutía Lleó, al acusarlo de crear una leyenda comunista que provocaría la agresión extranjera, y aunque Urrutía no había hecho más que resaltar una distancia del comunismo no muy distinta a la que el propio Fidel Castro había estado

mostrando hasta aquellos mismos días, desde ese momento será muy difícil volver a recelar de esa doctrina sin ser considerado un crítico interno y afecto a los Estados Unidos (Thomas, 1579). Ya en 1960 hay comunistas en muchos puestos de importancia: en la Escuela de Instrucción Revolucionaria (Leonel Soto), en la Editora Política (Ladislao González), en el Consejo Nacional de Cultura (Edith García Buchaca, Mirta Aguirre) (Martínez, 114). Más relevante, sin embargo, es el comienzo hacia mediados de 1961 de la unificación de grupos y entidades en las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI). Del mitin por el octavo aniversario del ataque al Moncada, con el cosmonauta Yuri Gagarin de invitado, Hugh Thomas, que también se encontraba en el auditorio, recuerda:

Castro, después de trabajar a la multitud con su habilidad de costumbre, pidió retóricamente: “Que levanten la mano los que apoyan la unión de todos los revolucionarios en el Partido único de la Revolución Socialista”. Y entonces todos los presentes, incluido el doctor Castro, levantaron la mano dando gritos de “¡Unidad!”, “¡Unidad!”. (1752)

La organización revolucionaria en la forma de partido único o nuevo partido comunista tardó en llegar hasta 1965, pero la buscada integración de grupos y organismos no fue abandonada y el propio Fidel Castro a finales de ese 61 revelaría al pueblo su secreta formación marxista-leninista: eran estudios que llevaba calladamente desde los tiempos de la universidad, dijo entonces, y habló de la necesidad que él y sus compañeros de lucha vieron de ocultar sus planes más radicales y de lo decidido que estaba a seguir aquella alineación hasta los últimos días de su vida. (Thomas, 1753). Pero todavía quedaban otros momentos sorprendentes y reveladores. En marzo del 62 hizo una crítica, igualmente televisada, a Aníbal Escalante, líder prosoviético de larga trayectoria y responsable de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), de haber copado

todos sus puestos con sus hombres⁸⁵, le acusó de sectarismo, corrupción, burocratización y le “desterró” a Praga, sin dejar de añadir el ingrediente de unas memorias que llevaban cierto tiempo reprimidas: cuando los fidelistas estaban luchando en la Sierra, los comunistas estaban metidos debajo de la cama. (Thomas, 1765)

Pensamiento crítico nace de esta relación ambigua, oscilante, de la necesidad de convertir a la vetusta militancia PSP -la postrera alianza de Fidel Castro, después de las muchas otras que había ido perdiendo y rompiendo por el camino- a la radicalidad revolucionaria y a la aventura insurgente. Nace, además, de la necesidad de normalizar esta relación; de darle una forma digna, creíble, y a la vez, provechosa (las teorías más elaboradas también pueden responder a necesidades políticas básicas). Es, entonces, un medio para modular la opinión de ciertos grupos, y para darle coherencia y funcionalidad a los nuevos derroteros del gobierno. No hay que olvidar que la Revolución fue siempre muy mediática, y no pienso sólo en reportajes como el de Herbert Matthews sobre los guerrilleros de la Sierra, o en los largos discursos televisados de Fidel Castro, en el que muy probablemente fuera el país con más televisores per cápita del continente⁸⁶, en la primera visita del rebelde a los Estados Unidos o en el discurso de Ernesto Guevara en la

⁸⁵ «En casi cada ciudad se instaló una oficina de las ORI, que de hecho no era más que la sede del antiguo Partido Comunista. Sus secretarios provinciales fueron simplemente los que ya eran secretarios de las juntas planificadoras (JUCEL) y que, en algunos casos, habían sido durante muchos años secretarios del Partido Comunista. » Thomas, 1752, y en nota 3 de la misma página: «Escalante dijo en octubre [de 1961] que las ORI tenían oficinas en 100 de los 126 municipios de la isla. »

⁸⁶ « [Antes del 59] Cuba tenía más teléfonos por habitantes que cualquier otro país latinoamericano, excepto Argentina y Uruguay; y muchos más televisores que cualquier otro país latinoamericano: en realidad, Cuba tenía más televisores por cabeza que Italia, y esta fría estadística ayudó a Castro a inflamar al país. En cuanto a la proporción de coches por habitantes, estaba por encima de todos los países latinoamericanos excepto Venezuela. En 1954 se decía que La Habana había comprado más Cadillacs que cualquier otra ciudad del mundo. Estos hechos tan interesantes, sin embargo, únicamente demuestran que los costes de transporte desde Estados Unidos a Cuba eran pequeños, a diferencia del resto de Latinoamérica, excepto México; y que no había ningún problema de comercio exterior. El dólar y el peso continuaban siendo intercambiables, y las exportaciones de Cuba a Estados Unidos siempre equilibraban sus importaciones. » Thomas (1422).

ONU, me refiero a aquellos medios republicanos -la emisoras radiales y televisivas de la CMQ y revistas como *Bohemia*, *Prensa Libre*, *Carteles*, *Avance*, *Variedades* o *Diario de la Marina*-, algunos de los cuales habían sido de absoluta importancia en el derrocamiento de Batista, pero que ya desde mediados de 1960 ya han sido intervenidos⁸⁷. En ese creciente desierto de periodismo político y de oposición, es que se despliegan, no pocas veces, y al parecer, con cierta oportunista teatralidad, los desplantes y las críticas del periódico del 26 de julio, *Revolución*, y del suplemento cultural *Lunes*, al periódico de los comunistas *Hoy*⁸⁸, una polémica muy estimulada por los apóstatas y críticos severos Carlos Franqui (1921-2010) y Guillermo Cabrera Infante (1929-2005), y que, según se dice, solo habría terminado por órdenes expresas de Fidel Castro. (Thomas, 1563, 1564). Esa tarea de ataque, un poco más elaborada y más restringida de público, pero también más formalizada y con un empaque científico, es la que retomará *Pensamiento crítico* varios años después. Según Kohan entre los ejes teóricos y políticos fundamentales de los 53 números de la revista, pueden distinguirse estas seis problemáticas:

1. La discusión historiográfica en torno al pasado de América Latina y de Cuba.
2. El debate en torno al presente sobre las estructuras sociales, económicas y políticas de las formaciones sociales latinoamericanas de aquel momento (correspondiente a la segunda mitad de la década del sesenta).
3. La polémica sobre el carácter de la futura revolución latinoamericana.
4. La disputa más general sobre el socialismo, la revolución cultural y los instrumentos teóricos, metodológicos y filosóficos del marxismo, necesarios para abordar los tres problemas anteriores.
5. La crítica a la izquierda tradicional.

⁸⁷ Rafael Rojas. *Historia mínima de la Revolución cubana*. (116)

⁸⁸ *Hoy* fue el periódico del Partido Socialista Popular, su primera salida pública es de mayo de 1938. Entre sus fundadores y directores están Blas Roca y Carlos Rafael Rodríguez. En el 53 fue clausurado por el régimen de Batista, y vuelve a salir en enero de 1959. Desaparece en 1965, al mismo tiempo que *Revolución*, sustituidos por *Granma*.

6. El análisis y la difusión de materiales teóricos y políticos de las opciones anticapitalistas y antiimperialistas a nivel continental y mundial (es decir, internacionalistas), alternativas a la línea soviética. (413)

Lo más significativo de esta crítica nada desconcertada o discontinua a la izquierda tradicional, o también, de esta crítica de los nuevos marxistas del Departamento de Filosofía, *Pensamiento crítico* y la redacción del *Caimán Barbudo* a los comunistas del Partido Socialista Popular, es que nunca supone la eliminación total de la otra parte. A diferencia de las hostilidades de clase y hacia otros grupos políticos, los ataques aquí, por lo general, se soportan, se incorporan, se silencian, se diluyen en directrices, voluntades máximas y lecciones edificantes y castigos, al tiempo que la imposición de un sistema teórico y filosófico avanza, y avanza un sistema de cohesión partidista como las ORI, que no desaparecieron junto a su jefe y acólitos, y gana cuerpo la idea de la Cuba ágil, polémica, teórica, filosófica, la Cuba herética, vanguardia en las ciencias sociales, la de un comunismo nuevo y propio, y así hasta que sea necesario que el dogmatismo despótico tome la delantera, como va a ocurrir en octubre de 1967 con la eliminación de los redactores de *El Caimán Barbudo* a raíz de la publicación de un artículo donde el poeta Heberto Padilla elogiaba *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante, autor éste que poco antes se había exilado en Londres, e insistía en la presión policial sobre medios que, como aquellas mismas páginas, estaban adjuntos a cuerpos políticos. (*El Caimán*, recuérdese, es el suplemento cultural de *Juventud Rebelde*, órgano de la Unión de Jóvenes Comunistas)⁸⁹. O como en 1968, cuando los poemas antiestalinistas de Heberto Padilla comienzan a resultar demasiado incómodos, y junto a los desasosiegos que provoca el mayo francés, la crisis en que han quedado los experimentos económicos

⁸⁹ Una descripción detallada y con entrevistas a muchos de los involucrados en la polémica entre *Juventud Rebelde*, *El Caimán Barbudo* y otros, puede leerse en el capítulo 7 de *Los hijos de Saturno*, de Liliana Martínez.

nacionales, y el fracaso de la contienda nacional de 1970 conocida como «La zafra de los diez millones», dejen al país en el sombrío umbral de una década de terror. ¿Sorprenderá demasiado que ese periodo, a juicio de muchos el más espantoso de la cultura revolucionaria, se haya iniciado con el cierre de *Pensamiento crítico*? ¿Y que entre los funcionarios que llegan a encargarse de la cultura se destaquen los miembros del viejo partido comunista y figuras de trayectoria militar como Jorge Serguera, integrante de la tropa rebelde de Raúl Castro, y fiscal encargado de los juicios de guerra contra los batistianos o contra aquellas figuras del movimiento revolucionario que, como el comandante Hubert Matos, desconfiaron y abandonaron el programa?⁹⁰ ¿Y cómo entender el abandono y silencio en que Fidel Castro, supuestamente el hereje mayor, dejó a sus jóvenes colaboradores? Y sin embargo, nada de esto tendrá repercusiones tan largas y negativas como las inhibiciones y capturas del pensamiento y de la capacidad de ejercer, no ya una oposición política, sino, incluso, una elemental crítica al sistema que posea eficacia y alcance: el enemigo más próximo -la represión, la censura, la coacción, los castigos, aquel despotismo nacido de instituciones y dirigentes que los nuevos sociólogos pensaban que iban a conjurar- es siempre menor y más tolerable que los otros

⁹⁰ «El fiscal, Jorge Serguera, había integrado la columna de Raúl Castro en la Sierra Cristal y, tras estar en los tribunales que juzgaron los crímenes de guerra en Oriente, era ahora [1959] auditor de guerra del ejército, después de haber estudiado Derecho. Más tarde había de convertirse en gobernador militar de la provincia de Matanzas, embajador cubano en Argelia y, finalmente, director de radio y televisión en los últimos años de la década del sesenta [...]» Hubert Matos presentó su renuncia del gobierno revolucionario en protesta por el rumbo comunista que estaba tomando el proceso, pero se le acusó de estar preparando un levantamiento y se le enjuició. En el juicio el fiscal Serguera pidió la pena de muerte. Se le condenó a veinte años de cárcel. Thomas, 1607, 1608. Sobre el cargo de gobernador militar en Matanzas de Serguera, apunta Thomas que lo «perdió por usar imprudentemente tanques contra las amas de casa que organizaron un alboroto pidiendo pan en Cárdenas, en 1962» (1865, 1866).

enemigos llamados imperialismo, colonialismo, mercenarismo, Estados Unidos o contrarrevolución.

Y es aquí donde comenzamos a ver más nítidamente las limitaciones de *Pensamiento crítico* como portadora del disenso intelectual al interior de Cuba: su empalme con las políticas más radicales de la Revolución -las de la lucha guerrillera antimperialista y la Revolución mundial- la imposibilita, en última instancia, para ello, pues mientras más general y ambiciosa se plantea una guerra, mientras más ideales o grandiosas son las batallas, más distantes y sordas se vuelven a los intereses de aquellos por las que se hacen. No es extraño, entonces, que Martínez Heredia rememore unos tiempos en los que su grupo está encarando la represión de las UMAP -Unidades Militares de Ayuda a la Producción, a donde entre 1963 y 1964 fueron a parar jóvenes homosexuales, indóciles, desafectos o, sencillamente con comportamientos y gustos distintos a aquéllos que se estaban convirtiendo en normas-, mientras, además, está trabajando en la reformatión de las prostitutas y en los encargos personales de Fidel Castro sobre libros de nivel científico y técnico para la educación superior (Martínez, 117). Tres tareas muy distintas en su puntualidad pero no en sus expectativas últimas respecto a individuos e instituciones. Por otra parte, el giro radical de la Revolución no pudo hacerse sin enormes dosis de desconcierto, eliminaciones y violencia; toda radicalidad es un estado de condiciones extremas que sólo con imposición puede hacerse de una cotidianeidad y permanecer indefinidamente en ella. Que a los cubanos de todas las filiaciones, clases, edades, grupos étnicos, intereses o desintereses, se les haya compelido a convertirse, de meros apoyos de un movimiento contra el batistato, en protagonistas de una Revolución de revoluciones, es la primera y la más larga de las imposiciones que los individuos han debido soportar,

entre otras cuestiones porque una oposición a esta solicitud es casi imposible sin dar con valores universales de independencia y justicia, valores en los que, por otra parte, el gobierno se fundamenta. Cuando en su libro *Cuba, la lucha por la libertad*, Hugh Thomas se acerca a los setenta, término de su estudio, parece asentir el cambio de ruta que tomara la insurrección: «Todos reconocen que a finales de los años cincuenta o incluso a principios de los sesenta no se mencionó que la Revolución tuviera estos designios, pero a nadie ha de sorprender que cambie la política de los gobiernos revolucionarios, como la de otros gobiernos más ortodoxos » (1963). Y, sin embargo, los gobiernos más ortodoxos, por serlo, dejan puertas abiertas al juego político, a las maniobras de partidos, a las oposiciones, al reto de las leyes. Al pluripartidismo, para decirlo más rápido y precisamente. Si insistimos en lo perjudicial que fue ese cambio en Cuba, y el de sus pregonadas temeridades y radicalidades, es porque en el camino de esa transformación nos aproximamos a formas cada vez más absolutas y despóticas: es la Revolución, bien supremo, contra todo lo que se le opone, una ecuación donde todo el espacio quedará ocupado por las políticas y entidades del Estado revolucionario.

Con su apoyo a la revolución radical y sus teorizaciones *Pensamiento crítico* pudo tener impacto renovador en la ortodoxia comunista pero ayudó a cimentar la ortodoxia revolucionaria que, además, ya estaba siendo defendida por ellos mismos como una suerte de marxismo empírico. Y si esa defensa de la radicalidad revolucionaria resultó muy liberadora fuera de Cuba, reforzó algunos de los argumentos más restrictivos en la isla. Por mucho que nos pese, la lectura iconoclasta de un marxismo con historia y nunca igual a sí mismo, o los empeños de hacer una lectura política de Marx, se resumían de manera muchísimo más sencilla fuera de esos claustros y lecturas de *Pensamiento crítico*:

la Revolución cubana, marxista-leninista, era una batalla contra el imperialismo y por la liberación de los pueblos hermanos. Y habría que añadir que, en la medida en que esta guerra de guerrillas sirve para reajustar el pasado (la insurgencia tal y como Fidel Castro la presentaba antes del 59) y sirve al futuro de educación ideológica que entonces se está regularizando, la sociedad civil cubana queda trabada a un concepto de guerra -la guerra que se hace y la que se sufre, la que amenaza al país y la que el país tendrá que hacer-, que todavía hoy se invoca constantemente.

La revista surge, además, cuando ya han ocurrido algunas de las cuestiones más importantes que han ido dando forma a la llamada *Política cultural de la Revolución*, por ejemplo, la censura del documental *PM*, el cierre del suplemento *Lunes de Revolución*, las “Palabras a los intelectuales” de Fidel Castro, hechos todos de 1961, y cuando muchas entidades culturales se han constituido, cohesionado y están representadas por determinados órganos difusores. En este proceso que reduce casi al mínimo toda capacidad de verdadero disenso, *Pensamiento crítico* no fue ninguna excepción⁹¹. Uno de los alcances más naturales y también, pensamos, más dañinos, fue el aura de revista cismática que la seguirá envolviendo después de su cierre. No porque no haya sido cismática, sino por los espejismos de grandes batallas y reformas a los que esos cismas, mucho más constreñidos, dan lugar. Como *Lunes de Revolución* y la primera redacción de *El Caimán*, *Pensamiento crítico* va a ayudar al surgimiento de una figura fundamental

⁹¹ No compartimos del todo la idea defendida por Liliana Martínez en varios momentos de *Los hijos de Saturno* de que los miembros del Departamento de Filosofía y de la Redacción de *El Caimán* actuaron muchas veces con real autonomía y sin las presiones de lo institucional que, considera, es un fenómeno más de los setenta. Creemos que, probablemente, los jóvenes filósofos y escritores tuvieron cierta verdadera libertad de acción, pues la espontaneidad es un buen recurso para medir fuerzas y alianzas, pero el Estado revolucionario y sus entidades comienzan a surgir o a reconstituirse como tal desde el momento mismo del triunfo y, de hecho, las revistas u organismos eliminados antes que la Redacción de *El Caimán* y *Pensamiento crítico*, se explicaron como fusiones en una entidad del nuevo Estado con más prestigio o alcance.

en la historia del último gobierno que ha tenido Cuba: la del intelectual revolucionario en conflicto con el sistema. Una vez que la vaga historia de lo ocurrido con estas revistas e intelectuales comienza a circular, comienza también la idea algo romántica de la publicación rebelde y, según el hambre de libertad, de la publicación disidente. Hay toda una gesta del intelectual revolucionario disconforme, como hay también toda una literatura llena de mensajes en clave, burla de la censura y de los censores. Pero para cuando *Pensamiento crítico* desaparece -desaparición que Kohan explica muy discretamente en su trabajo como algo motivado por el fracaso de la «Zafra de los diez millones», la entrada de Cuba al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) de los países socialistas, y el fin, patente después de la muerte en Bolivia de Guevara, del movimiento armado en Latinoamérica, dejando de lado el corte drástico de la palabra que siguen al encarcelamiento y proceso contra el poeta Heberto Padilla en 1971⁹²-, ya el pensamiento discrepante o reformista de la intelectualidad cubana está capturado en formas de luchas cada vez más teóricas, más abstractas, y también más internas; es decir, más ajustadas a herramientas que son o han sido las de la Revolución misma. Luchas en las que la Revolución, al menos a corto plazo, siempre queda intacta.

⁹² *Pensamiento crítico* desapareció en silencio y el silencio cayó también sobre los años felices de la revista. En su ensayo de 2000, “Necesitamos un pensamiento crítico”, su director Martínez Heredia, se admiraba de los enormes desconocimientos que había en Cuba e invitaba a las personas a apoderarse de la historia, pero él mismo mantuvo siempre una actitud muy discreta respecto al cierre de su revista, sólo hizo insinuaciones como ésta: «Participar en esa aventura del pensamiento fue un gran premio. Es cierto que no ganamos, que terminamos mal, pero no fuimos derrotados. [...] Si uno no se rinde nunca, si no se amarga ni se torna una pieza de museo, conserva intacta su humanidad y puede servir más. Eso he tratado de hacer en todos estos años [...]», “Palabras al recibir el Premio Nacional de Ciencias Sociales”, el 10 de febrero de 2007, durante la Feria Internacional del Libro, en la antigua fortaleza de La Cabaña. Estos ensayos están recogidos en *El ejercicio de pensar*.

IV. El ensayo en Cuba, un género sujeto a purgas

Curiosamente antes de la antología de Rafael Hernández y Rafael Rojas la carencia del ensayo en la Revolución era una idea muy común y poco discutida, sólo que en vez de daño o empobrecimiento se le tenía como una falta temporal, pausa necesaria dentro de la gran transformación del país. También sería común considerarlo un género de madurez, juicio con un antecedente en la literatura cubana. En su estudio de 1945, *Del ensayo americano*, al referirse al doble inconveniente que el término ensayo mostraba en nuestro idioma, Medardo Vitier había dicho: «Uno consiste en que se emplea también en las acepciones de prueba y de tarea de principiante, cosas que nada tienen que ver con el concepto de ensayo en literatura. El otro se debe a la amplitud con que hoy se denomina ensayo a escritos que en rigor no lo son» (45), y un poco después volvía sobre el hecho, incongruente pero estimulante, de que el ensayo, «género de madurez en las culturas» había tenido, no obstante, «una considerable manifestación en estas jóvenes repúblicas» (58, 59). Creo que el estudio de Medardo Vitier proporcionó esa pareja de ensayo y madurez que persistirá de la manera más machacona y elemental junto a los anuncios de recobro y las esperas en cierta crítica cubana. Enviado por Cuba al XIV Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana sobre el ensayo y la crítica celebrado en Toronto en 1969, José Antonio Portuondo inicia así su conferencia:

El *ensayo* y la *crítica* son, sin duda, entre los géneros literarios, los que exigen en grado mayor en sus cultivadores una firme concepción de la realidad. De aquí que en una etapa como la que vivimos actualmente en Cuba, en la que se liquida un viejo sistema de valores y emerge otro nuevo, no sean esos géneros los más favorecidos, en cantidad ni en calidad. Ello explica, al mismo tiempo, que las producciones más sólidas y más dignas de consideración sean producto de plumas maduras y, en algunos casos, de formación marxista, como ocurre con *José Martí escritor*, de Juan Marinello (1899-), trabajado en los duros días de la clandestinidad,

aparecido en México en 1958 y reeditado en Cuba después del triunfo de la Revolución. (215)⁹³

El viejo sistema de valores, la nueva Cuba y el ensayo por venir son las coordenadas en pasado, presente y futuro de la singular conferencia que Portuondo lee en Toronto: un listado de nombres y títulos que llegan para ensanchar todavía más los márgenes de esta manifestación literaria y reconfigurar el canon. El peso que han ganado las nociones de presente y realidad abre un flanco al reexamen de un género que se considera tan susceptible al yo como al entorno: a diferencia del poeta, con sus ambientes metafísicos, y del novelista, con la ficción de sus personajes, el escritor de ensayos, dice en la misma sala de conferencias Peter G. Earle, «es forzosamente el núcleo vital del mundo que confronta» (25)). Si los invitados al Congreso abordan la historia de una literatura surgida de pensar América, su ambición de poseerla en espacio y lenguaje, sus vínculos con los hechos de la emancipación, la fundación de las naciones y las circunstancias del continente, allí aparece, como recortada y sobrepuesta, la realidad de la nueva Cuba. La realidad: cuestión nada nueva, por supuesto. Ni vieja tampoco en aquel entonces. Sólo de lo más oportuna. Un género que ha ido «de lo abstracto a lo concreto, a las realidades actuales» (57), había escrito muchos años antes Medardo Vitier, mientras Portuondo ya sólo piensa el ensayo por sus desfases con las circunstancias o sus expectativas. En su conferencia, Cuba está en sus albores y los ensayistas del país son demasiado jóvenes o, con la excepción de los camaradas del autor, demasiado viejos, de modo que se resuelve por un escueto catálogo de publicaciones donde destacan obras de valor político y de figuras del nuevo gobierno revolucionario. Notemos, sin embargo, que Portuondo habla desde su puesto de director del Instituto de Literatura y Lingüística creado en 1965, y

⁹³ Juan Marinello, todavía vivo al momento de esa conferencia, murió en 1977

desde las relaciones todavía oscilantes entre los rebeldes y los antiguos miembros del Partido Socialista Popular, del que fuera miembro. Cuando se conocen estas cuestiones, se explica mejor su mención en Toronto de una obra clave del movimiento guerrillero latinoamericano que sigue a la insurgencia cubana:

No es posible pasar por alto el ensayo de más alta y polémica difusión producido en los últimos tiempos en nuestro país, *¿Revolución en la Revolución?*, (1967) de Régis Debray (1941-). Aunque su autor es francés de nacimiento, de formación y nacionalidad, su ensayo es un producto típico de nuestra Revolución, basado en la experiencia viva del proceso revolucionario cubano y en las palabras de sus líderes (216)

Advertida la carencia del ensayo en la Cuba revolucionaria, la labor de difusión de las nuevas editoriales toma la prioridad en las páginas de Portuondo, que pasa de los libros de valor ideológico a una serie de títulos recientes considerados por él como crítica literaria. Su lista es acción. Acontecimiento. Al igual que lo es la Revolución triunfante. No tiene que asumir un análisis del ensayo porque todo es promesa y espera para Portuondo o, porque todo es inicio, como «los discursos de los principales dirigentes revolucionarios cubanos», que él no gusta de llamar oratoria y considera un género que, nacido en 1959, bien cabría bajo el «epígrafe del ensayo político»:

No hay en ellos la menor intención retórica ni preocupación alguna estilística, sino un propósito de aclaración y análisis de los problemas colectivos, de planteamientos de tesis fundamentales para el desarrollo revolucionario, que los emparenta decididamente con el ensayo. Un ensayo alejado de la suave meditación idealista, al margen de las luchas cotidianas, de su ya muy lejano origen baconiano, pero mucho más cerca de la afiebrada discusión que en Nuestra América encienden las páginas mejores de Bolívar y de Sarmiento, de Bilbao y de González Prada, de Martí y de Julio Antonio Mella.... (216)

También aquí, aunque de la manera más apresurada, parece acogerse a las ideas de Medardo Vitier sobre los caminos propios que habría tomado el ensayo en España y en América. En las páginas de éste leemos:

[...] Ambos grupos de ensayistas [los de América y los de España] se alejan ideológicamente, no ya de Bacon y Montaigne, no ya de Addison y Steele, sino de Carlyle y Emerson, que están mucho más cerca. El ensayo hispanoamericano de los últimos cincuenta años representa, en los autores de más relieve, la conciencia de estos países. (56, 57)

La alborada de Cuba, parece decir Portuondo, no impediría recoger una tradición del pensamiento revolucionario, sólo sería un obstáculo para el ensayo añoso, meditativo, esteticista, desenfocado de la sustancia de la vida y de la verdad de las cosas. Medardo Vitier, como hemos visto con un estudio donde también abundan los contrastes, no llegó nunca, sin embargo, a ese tipo de desgarros. Sus observaciones de un ensayo hispanoamericano cada vez más alejado de los modelos europeos y su estima de la prosa americanista, no se resolvió en la fractura entre una escritura contemplativa, aislada, culta, bien escrita, y otra febril, espontánea, programática y colectivista. Por el contrario, cargó con todos esos rasgos a la vez, pues para él eran parte de un camino entre la tradición y la originalidad del género en este lado del mundo, y porque decía haberlos encontrado de naturalezas muy opuestas en un mismo autor. Le parecía imposible estudiar el ensayo sin el americanismo que, por su parte, tampoco había que reducir a cuestiones políticas, y antes de terminar su prólogo volvió sobre la importancia y, a la vez, los límites del pensamiento social, los caminos, a menudo indecibles, de su recepción: «Claro que la historia es cosa fluida, y no espera las fórmulas de los pensadores. Más bien son éstos un resultado histórico. Por otra parte, la influencia del escritor casi nunca puede sorprenderse o medirse. Actúa como la energía solar en la economía de los organismos, es decir, como las fuerzas divinas: ni las separamos, ni las medimos, ni en su esencia las conocemos» (13).

De una manera a la vez generosa y prudente, relacionó el elemento creativo de todo verdadero ensayo con la raíz de la misión social del género (48), pero la creatividad literaria entendida como un nervio de lucha ya iba pareciendo argumento demasiado débil, y en sus propias páginas se nota el esfuerzo por darnos una imagen lo más equitativa posible de los escritores que estudia, es decir, como ensayistas y como miembros al servicio de una comunidad. Así, *Del ensayo americano* es un título que bien habría podido invertirse y aparecer en la cubierta como *Del americanismo a través del ensayo* sin daño a lo allí expuesto, pues no hay primacía entre esas dos materias: el pensamiento en torno a los pueblos de la región y la prosa de ensayo en que se expresa, forman una continuidad que es, precisamente, uno de los grandes móviles del análisis. Los dos capítulos iniciales los dedica, el primero, a los antecedentes históricos y culturales de las repúblicas latinoamericanas y, el segundo, al ensayo en tanto género. El resto puede leerse como el lugar donde, gracias a los autores, esos dos ámbitos confluyen. Asimismo, comenzó su estudio con un autor que no pertenecía a los tiempos más actuales que tenía en miras, Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), porque tanto su americanismo como su prosa lo hacían imprescindible. Observó que el ensayo aparecía fragmentariamente en la obra del argentino sin significar por ello ninguna carencia; entre los diferentes registros de esa obra, el ensayo ocasional de Sarmiento bastaba para mostrar su gran calidad de escritor. La combinación de juicio, sensibilidad y fantasía del género, ¿cómo no iba a servir a la prosa de las repúblicas nacientes? y, entonces, ¿qué mejor primer ejemplo que el *Facundo*?; y compartió aquella opinión sobre el libro diatriba que alguna vez se había oído en los mismísimos círculos del general Rosas: «Esto se mueve, es la Pampa; el pasto hace ondas, agitado por el aire; se siente el olor de

las yerbas amargas» (71). Le interesó resaltar las dotes de escritor del estadista Sarmiento y de igual modo lo veremos discurrir, por ejemplo, sobre el americanismo cultural de José Enrique Rodó (1872-1917) y buscar en la obra de éste indicios de preocupación por los problemas de América, tan poco visible en *Ariel*, su ensayo más conocido⁹⁴. Con una expresión inicial que está por cobrar facilidad y hasta hábito en los medios intelectuales cubanos, Vitier dice: «*Ariel* es flor de civilizaciones viejas. Parte de su doctrina está sujeta a revisión. En rigor quizás floten allí contenidos estériles, o al menos impropios del momento hispanoamericano», para agregar de inmediato: «Sin embargo, a vuelta de cuantas negaciones convenga hacer, percíbense reductos inexpugnables en la construcción de Rodó. Replantea una vez más en el mundo la cuestión de nuestra riqueza interior, que desligada de la americanidad, abstracta y todo, es siempre la propensión humana que nos redime de inferiores impulsos» (127) y, no conforme, al parecer, dedicó los últimos párrafos de ese capítulo a un texto de Rodó muy poco conocido pero cargado de evidencias desde el título, «Del trabajo obrero en el Uruguay», y con citas extensas se aseguró de que notáramos que, ciertamente, estábamos ante un autor al que no sólo devanaban las cuestiones estéticas⁹⁵. En ambos autores, en Sarmiento y Rodó, pudo haber estado pensando Medardo Vitier cuando dijo del ensayo en América: «Ha depuesto la

⁹⁴ «En *Ariel* no se examinan las realidades hispanoamericanas. Por haberse dirigido el autor a la juventud de América, se echa de menos ese examen en el sugestivo ensayo. Ideales del mundo clásico, adhesión a valores estéticos, preocupación por la vida superior, temor a la corriente utilitaria, cautela ante la democracia..., De todo esto y de otras cosas habla Próspero a un auditorio imaginario, sin referencia concreta a los cuatro o cinco problemas que tiene por resolver Hispanoamérica. Sólo trata de ésta con motivo de la democracia. » M. Vitier (126)

⁹⁵ Sobre «Del trabajo obrero en el Uruguay» comentó Medardo Vitier: «Evidenció aquí su capacidad para comprender las cuestiones del capital y el trabajo manual. Demostró que no le eran indiferentes. Se ha hablado mucho del *Ariel*; casi nada de este escrito sobre el conflicto entre dos clases. Es de 1906. Su lectura convence de que los intereses estéticos, si bien predominantes, no eran exclusivos en nuestro hombre. Había pensado en todos los aspectos del problema obrero; conocía el ideario individualista y las impugnaciones que se le han hecho. Simpatizaba con las reclamaciones de los humildes. » (134, 135)

prestancia que le venía del Renacimiento. Fue príncipe altivo; ahora ha sido como soldado en la pelea, o monje en humildes menesteres de virtud» (58).

Llegamos, entonces, a uno de los grandes contrastes que tendremos entre la perspectiva de Medardo Vitier y Portuondo: mientras aquél busca y hasta rebusca una fluidez entre el ensayo y el americanismo, y una comprensión y aprovechamiento de los aportes de cada escritor en sus términos, Portuondo quiebra esos vínculos por el lado de la prosa, de lo literario. Sin concederlo y, quizás, acaso, sin haber caído en cuenta del todo, se vale de la tradición y de su estudio (en este caso, las páginas de *Del ensayo americano*) para arruinarla y disolverla. Recargado de nociones nuevas, algunas de las cuales hablan del leninismo empírico de la guerrilla cubana, el americanismo es ahora una cuestión absolutamente política, aunque una política que de inmediato se limita al hecho de la Revolución: su legitimidad, su justicia, su sobrevivencia. A la Revolución como ideal. Es de esta manera que los vínculos entre el ensayo y el americanismo se rompen y se conservan a la vez. Se rompen para unos, se conservan para otros, mientras el descarte de escritores gana una impunidad de batalla que, sin embargo, y ya que está incrustada en la sociedad civil y en las instituciones civiles en constitución, nunca se define enteramente como tal.

Sólo a través de la negación se acerca Portuondo a la naturaleza literaria del ensayo que, de hecho, no abordará nunca en sus páginas. Avanzada un poco su charla osará preguntar: « ¿Qué son acaso las *Palabras a los intelectuales* (1961), de Fidel, sino un ensayo? » (216). Ya volveremos a esa temprana alocución de Fidel Castro ante los artistas y escritores, y ya se verán los motivos de Portuondo, los no dichos, para tal mención. Señalemos por lo pronto que “Palabras a los intelectuales” fue el último

capítulo de una serie de reuniones entre políticos, funcionarios y artistas, motivadas por la prohibición -una de las primeras censuras, y también una de las únicas que alcanzara un radio de debate público tan amplio- del documental *Pasado Meridiano* o, como más se le conoce, *PM*, de los realizadores Orlando Jiménez Leal (1941) y Alberto (Sabá) Cabrera Infante (1929-2002). En esas reuniones del verano de 1961 en la Biblioteca Nacional “José Martí”, se discutió la censura del cortometraje, y la cuestión de la libertad artística, formal y de contenido, en el régimen de la Revolución. Varias cosas salieron de esos encuentros: el cierre del suplemento cultural *Lunes de Revolución*, la integración de los gremios artísticos en una Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, la edición de revistas órganos de esas nuevas entidades del Estado. Todo ello antecedido por las sentencias con que Fidel Castro había zanjado los debates sobre la censura: «¿Cuáles son los derechos de los escritores y de los artistas, revolucionarios o no revolucionarios? Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, ningún derecho»; o también: «dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada» (17), unas palabras en las que tiene su génesis la llamada *Política cultural del de la Revolución* y su precepto más recurrido.

Además de la nueva categoría del ensayo político que Portuondo le anuncia al género, dos formas de crítica, una erudita y científica (*juicio estético*), y otra de apreciación personal, impresionista y subjetiva (*juicio de gusto*) (217), son los cajones de los que saca las obras de su lista. Me pregunto cómo se habrá recibido esa conferencia entre unos colegas que no sólo se ocupaban de la tradición ideológica del ensayo, sino que buscaban estimular el examen, siempre más huidizo, de su escritura. De hecho, las actas del Congreso de Toronto abren con un repaso de las antologías y estudios del género según

sus temas y otro donde la cuestión del estilo es lo más importante⁹⁶. Para finales de los sesenta, después de corrientes o movimientos literarios como el modernismo, el regionalismo, la eclosión y ocaso de las vanguardias, fenómenos todos de la forma y el lenguaje, y después de obras como las de Alfonso Reyes, Octavio Paz, Ezequiel Martínez Estrada y Jorge Luis Borges, es fácil comprender, como indican muchas de las conferencias allí leídas, que un abordaje exclusivamente temático resultaba insuficiente. Sin embargo, una nueva realidad ha fracturado la tradición y el cultivo del género en Cuba. En la ponencia de Emir Rodríguez Monegal, que ya desde su título (*El ensayo y la crítica en la América Hispánica*) parece una réplica a las páginas leídas por Portuondo (*El ensayo y la crítica en Cuba revolucionaria*), encontramos un reparo a la tenacidades del argumento de lo real:

En cuanto a la materia prima esencial, tanto el creador como el crítico utilizan la misma: el lenguaje. Ya es hora de archivar la falacia naturalista que hace creer a mucha gente que el creador trabaja con la realidad (y no con las palabras que aluden a la realidad) en tanto que el crítico trabaja apenas con las palabras ajenas, que son también realidad. La única diferencia entre el creador y el crítico es una de instancias: el creador trabaja con el lenguaje *en primera instancia*: él crea un mundo lingüístico que proviene de la realidad pero proviene también de la literatura; el crítico, en cambio, trabaja con el lenguaje *en segunda instancia*. Es decir, crea su modelo lingüístico sobre la obra de otro. (224)

Aunque se entienda perfectamente lo que expresa Monegal, debe decirse que una vez que la realidad recibe un aval, se coloca en la génesis de la creación y se le hace rivalizar con otros conceptos, se está ante una batalla perdida o debilitada y a punto de perderse. Y a menudo no ayuda que se abunde en matices. A veces, incluso, mientras más se elaboran

⁹⁶ Me refiero a “Ensayo sobre el ensayo hispanoamericano”, de Ernesto Mejías Sánchez y, sobre todo, a “El ensayo literario como experiencia literaria”, de Peter G. Earle. En: *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica*. pp. 17-23 y 23-33 respectivamente. Lamentablemente, y como ya comentamos, los juicios de Earle sobre el ensayo de los setenta y, particular, sobre el ensayo en Cuba, en su libro en colaboración con Mead, *Historia del ensayo americano*, no fueron tan atinados.

éstos, más enturbiadas y cautivas quedan las explicaciones, como en este ejemplo que el mismo Monegal nos provee de inmediato:

Creo que es posible afirmar que no hay crítica de la literatura hispanoamericana sin crítica de la realidad de nuestra América. Es por eso muy sintomático que todos los escritores arriba mencionados sean, al mismo tiempo que críticos literarios o poetas, críticos de la realidad que los envuelve. En algunos, como en José Martí, o aún antes de él, en Sarmiento, esa función analítica de la realidad hispanoamericana se duplica también en acción, en milicia, y hasta en sacrificio e inmolación personal. (Monegal “El ensayo” 224)

La rápida y total captura que el discurso revolucionario conseguiría hacer de esas líneas es, pienso, evidente. Sin embargo, no se trata de evitar el concepto o de intentar las inversiones y contrastes más afortunados. Más que en el recurso mismo, habría que insistir en su naturaleza. Mientras Monegal esgrime una noción de realidad natural y desnuda, Portuondo maneja otra que está sobrecargada de evidencias. El resultado es un típico diálogo de sordos, una polémica donde ambas partes usan o estarían en condiciones de usar los mismos criterios sin reencontrarse ni reconciliarse nunca. Y ello porque ya es preciso abandonar las dicotomías y repartos acostumbrados para concentrarse en la noción misma, en su capacidad persuasiva, los respaldos que ha ganado a través de la historia y con los que ha adquirido una eficacia y funcionalidad que no es sólo teórica o filosófica sino también y, sobre todo, política.

Monegal le llama «falacia naturalista», y aunque la dicotomía de realidad y arte es asunto que se resiste mucho a las dataciones, que posee múltiples modos de entrar en escena, y que sería capaz de llevarnos hasta aquella «metáfora original» o «primer salto mortal del hombre» de que Octavio Paz nos hablara (sólo por irnos a un tiempo archirremoto en nuestro idioma), esa datación resulta menos caprichosa en cuanto se conocen los prestigios ganados por lo real en la época de las llamadas revoluciones

modernas y durante las cuales el naturalismo se desarrolla. En efecto, es en la historia y en la oratoria revolucionaria donde encontramos la noción de realidad con la que nos resulta inevitable y también, como seguiremos viendo en otras páginas, más apropiado continuar trabajando.

Mientras los trabajos políticos de Fidel Castro, Ernesto Guevara o Debray, las ediciones revolucionarias y la crítica objetiva versus la crítica impresionista consumía el tiempo de conferencia de Portuondo, los rumores sobre la situación en Cuba seguirían llenando la sala. ¿Qué significaba esa rápida mención de José Lezama Lima por su prólogo a la *Antología de la poesía cubana* de 1965? -«tres espesos volúmenes» (218), había dicho Portuondo, sin desaprovechar la ocasión de resaltar los beneficios de las nuevas instituciones. Brevemente referido como unas páginas de crítica subjetiva, ese prólogo es en realidad uno de los ensayos más ambiciosos del autor. Lleno de datos recónditos y de fabulosas reconstrucciones de la historia de Cuba: sus ciudades, su comercio, sus defensas, sus calles y amurallamientos interiores, sus bosques y maderas, sus familias, sus visitantes, sus mitos y refranes, su pueblo, y por supuesto, sus poetas, sus revistas, sus tertulias. El ensayo-prólogo, que va desde los días del descubrimiento hasta finales del XIX, con la escritura y muerte de José Martí, pertenece al tipo de trabajo que Alfonso Reyes ya había celebrado en sus conocidas páginas de los años treinta, “Notas sobre la inteligencia americana”, como «un empeño de autoctonismo que merece todo nuestro respecto, sobre todo cuando no se queda en el fácil rasgo de color local, sino que procura echar la sonda hasta el seno de las realidades psicológicas» o, también, como «un ardor de pubertad [que] rectifica aquella tristeza hereditaria, aquella mala conciencia con que

nuestros mayores contemplaban el mundo, sintiéndose hijos del gran pecado original, de la *capitis diminutio* de ser americanos» (Reyes, *Un hijo* 403).

Esta genealogía de la sensibilidad poética nacional, sin más métodos que el de la propia poesía -de las telas de colores en los primeros comercios al cuarzo de la luz meridiana que dejaba boquiabierto al naturalista Humboldt-, la encontraremos en otros ensayos del autor, como “Paralelos. La pintura y la poesía en Cuba (siglos XVII y XIX)” de 1966, y formó parte de las tareas que se dieron algunos de los escritores de *Orígenes*, como Cintio Vitier en *Lo cubano en la poesía* o en *Ese sol del mundo moral*. Por el hecho del descubrimiento, pensaba Lezama, Cuba era un país nacido dentro de la poesía, y sus páginas pueden leerse como el umbral de aquel sitio fabuloso donde habitan los poetas convocados por él. Pero, ¿qué encantamientos podía guardar la isla de los colonizadores frente a aquella otra de la emancipación primera y verdadera? ¿No era Lezama Lima parte de un mundo de clases y, entonces, de aquellos valores que la nueva Cuba estaba echando abajo? Las entrevistas que se le hacen en los sesenta -fragmentos de las cuales pueden leerse en la *Recopilación de textos sobre José Lezama Lima*, de la Serie de Valoración Múltiple que Casa de las Américas publica en 1970-, las insistentes preguntas sobre la función social del escritor, el valor de las generaciones, su estilo o su trato con la realidad, transparentan mucho del ánimo y de las prevenciones que le rodeaban. A propósito de una supuesta hornada de escritores de la Revolución, cuando la Revolución tiene poco más de un lustro, Lezama respondía a Jean-Michael Fossey:

[...] Me parece ilusorio fragmentar la historia de nuestra cultura en generaciones. Por ejemplo, usted me habla de la generación de la revolución. Y bien, en ésta, sus figuras más representativas por su obra ya realizadas se encontraban en *Orígenes*. Todos estos poetas que después ocuparon lugares distinguidos y de calidad en las filas de la revolución, se dieron a conocer en *Orígenes*. Le voy a citar nada más que algunos ejemplos: el caso de Fayad Jamís [1930-1988], Roberto Fernández

Retamar, Edmundo Desnoes [1930], Pedro de Orúa [1931-2020], Pablo Armando Fernández [1930-2021], etc... Todos ellos se dieron a conocer en *Orígenes*. ¿Por qué? Porque cuando hacíamos *Orígenes* tratábamos ya de vulnerar, de reaccionar un poco contra ese criterio generacional. Y más de una vez afirmé que Orígenes [se refiere al grupo de poetas, con el mismo nombre que la revista] no era una generación sino un estado poético que podía abarcar varias generaciones. Es la vuelta a los orígenes. Como decía Nietzsche, «el que vuelva a los orígenes, encontrará orígenes nuevos». (Lezama 39)

Y a propósito de la supresión de los derechos de autor y la situación del escritor en Cuba, dijo al mismo interlocutor:

He seguido profundizando mi obra, haciendo lo que creía mi deber y de acuerdo con mi momento, con mis preocupaciones. Desgraciadamente, no soy un adolescente de 18 años, sino que tengo ya otra madurez. Iba a decir que soy un hombre de otro momento, pero creo que es una expresión molesta; porque todos los momentos son el momento, todo va hacia el océano universal. Es decir, estoy en la temporalidad, fluyendo. He hecho lo que había hecho durante toda mi vida y quiero llegar hasta el final en la veracidad de mi expresión. Creo que un escritor, si sus valores son revolucionarios, es un escritor revolucionario. Por lo demás, hay que tener mucho cuidado. En la integración de lo histórico se dan sus paradojas; y lo que nos parece muy revolucionario hoy, mañana nos parece una reacción. Pienso, por ejemplo, en el caso de Stalin. Y pasa inclusive con la ciencia. Asimismo, las otras adquisiciones del hombre, sin intentar disminuirlas lo más mínimo, son características más bien saturnianas: se van logrando al destruirse a sí mismas. La historia se traga a la historia. Es como la elocuencia, según el decir de Pascal. (37, 38)

Bien se sabe que el triunfo revolucionario fue una noticia alegre para Lezama, que escribió páginas de elogio a la insurgencia⁹⁷ y que él mismo vivió por unos años entre la

⁹⁷ Escribe en su ensayo de enero de 1960 "A partir de la poesía", recogido en el conjunto *La cantidad hechizada*: «La Revolución cubana significa que todos los conjuros negativos han sido decapitados. El anillo caído en el estanque, como en las antiguas mitologías, ha sido reencontrado. Comenzamos a vivir nuestros hechizos y el reinado de la imagen se entreabre en un tiempo absoluto. Cuando el pueblo está habitado por una imagen viviente, el estado alcanza su figura. El hombre que muere en la imagen, gana la sobreabundancia de la resurrección. Martí, como el hechizado Hernando de Soto, ha sido enterrado y desenterrado, hasta que ha ganado su paz. El estilo de la pobreza, las inauditas posibilidades de la pobreza, han vuelto a alcanzar entre nosotros una plenitud oficiante. (1970: 51). Y en "El 26 de julio: imagen y posibilidad", publicado originalmente en *La Gaceta de Cuba*, en julio de 1965, leemos: Se decía que el cubano era un ser *désabusé*, que estaba desilusionado, que era un ensimismado pesimista, que había perdido el sentido profundo de sus símbolos. Como una piedra de frustración, el cubano contempla a Martí muerto, expuesto a la entrada de Santiago de Cuba, o a Calixto García, obligado a quedarse contemplando las montañas, sin poder entrar en la ciudad. Pero el 26 de julio rompió los hechizos infernales, trajo una alegría, pues hizo ascender como un poliedro en la luz, el tiempo de la imagen, los citareros y

crítica y el agasajo, entre los recelos y los homenajes, los nombramientos, las publicaciones. Sin embargo, para 1969 muchas cosas han cambiado en Cuba. Han cambiado los derroteros del gobierno revolucionario, las alianzas, los poderes. La salida en 1966 de la novela *Paradiso*, con un homosexual en la tríada de sus protagonistas y varias escenas de sodomía, crearon un escándalo que se aprovechó no poco en los ataques al escritor e hizo que el libro, presa de la curiosidad y la censura, desapareciera rápidamente, una situación en la que iba a permanecer hasta que casi veinticinco años más tarde volviera a reeditarse. También, para 1969, y esto es quizás lo más importante respecto al evento de Toronto, Lezama Lima había formado parte del jurado que diera el Premio “Julián del Casal” a *Fuera del juego*, libro de Heberto Padilla que la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba encontró, primero, impublicable y, después, publicable sólo con la advertencia de que era un libro contrario y dañino al proceso revolucionario. En la nota “Voto razonado del jurado” J.M. Cohen, César Calvo, José Lezama Lima, José Zacarías Tallet y Manuel Díaz Martínez, suscribieron:

Por otra parte, en lo que respecta al contenido, hallamos en este libro una intensa mirada sobre los problemas fundamentales de nuestra época y una actitud crítica ante la historia. Heberto Padilla se enfrenta con vehemencia a los mecanismos que mueven la sociedad contemporánea y su visión del hombre dentro de la historia es dramática y, por lo mismo, agónica (en el sentido que daba a Unamuno a esta expresión, es decir, de lucha).

[...] en *Fuera del juego* [Padilla] se sitúa del lado de la Revolución, y adopta la actitud que es esencial al poeta y al revolucionario: la del inconforme, la del que aspira a más porque su deseo lo lanza más allá de la realidad vigente.⁹⁸

los flautistas pudieron encender sus fogatas en la medianoche impenetrable» Y más adelante: «El 26 de Julio significa para mí, como para muchos cubanos tentados por la posibilidad, la imagen y el laberinto, una disposición para llevar la imposibilidad a la asimilación histórica [...]» (1992: 20, 22)

⁹⁸ *Fuera del juego* cuenta con muchas reediciones que incluyen la nota del jurado y la nota de la UNEAC, aquí citamos por el conjunto de Lourdes Casal. *Caso Padilla. Literatura y Revolución. Documentos*. Ediciones Universal, 1971, p. 56.

Mientras al dorso de aquellas páginas, una larga amonestación a nombre del Comité director de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, podían leerse comentarios a los poemas como éstos:

Resulta igualmente hiriente para nuestra sensibilidad que la Revolución de Octubre sea encasillada en acusaciones como «el puñetazo en plena cara y el empujón a medianoche», el terror que no puede ocultarse en el viento de la torre Spaskaya, las fronteras llenas de cárceles, «el poeta culto en los más oscuros crímenes de Stalin», «los cincuenta años que constituyen un círculo vicioso de lucha y de terror», el millón de cabezas cada noche, el verdugo con tareas de poeta, los viejos maestros duchos en el terror de nuestra época, etcétera. (Casal, 62)

Los versos de *Fuera del juego* van a materializarse pronto. En 1971 la seguridad del Estado encerrará al poeta, lo interrogará por varias semanas, le dará la oportunidad de no ir a un tribunal revolucionario, de confesar públicamente sus errores, sus actividades y, al parecer, de descubrir a otros. Y él poeta -por cierto, presentado por Portuondo a los escritores y artistas de la UNEAC que irán a presenciar el juicio- cumplirá con el trato. Sin embargo, el tono; las palabras supuestamente más precisas que seguían a sus tanteos y vacilaciones; los agradecimientos constantes a la Seguridad; los argumentos y un vocabulario familiar, empleado por figuras de la Revolución; sus contriciones y las acusaciones que hará (entre otros, acusará a su esposa, Belkis Cuza Malé, y al poeta que lo premiara, José Lezama Lima), dejarán en evidencia un ser roto y degradado por el terror⁹⁹. De modo que todavía hoy se sopesa la posibilidad de que, más que una autocrítica, Padilla hubiese intentado una parodia de los juicios del estalinismo, es decir, que hubiese hecho caer a sus verdugos en su propia trampa, dando al mundo una muestra de lo que ya cabía tener lugar en Cuba y de lo que, de hecho, podían llegar a padecer sus

⁹⁹Las personas mencionadas por Padilla fueron Belkis Cuza Malé, Pablo Armando Fernández, César López, José Yanes, Norberto Fuentes, Manuel Díaz Martínez, José Lezama Lima, David Buzzi. Después de referir individualmente las faltas de estas personas, les instó a rectificar su conducta. (Casal, 101)

intelectuales. Incluso para algunos de sus adversarios, Padilla se habría empleado en fabular y padecer un estalinismo que no tenía lugar en Cuba, versión bastante coja, pues como observó Antonio José Ponte en una entrevista reciente, «deja sin explicar cómo, en un ambiente tan imposible de asociar con el estalinismo, vienen a ocurrir la detención aquella y aquel discurso de autocrítica. Deja sin explicar cómo Padilla logra imponer un episodio de estalinismo en la nada estalinista revolución cubana. Cómo un poeta convence a un régimen de que le cumpla los poemas terribles que ha escrito. »¹⁰⁰.

En el evento de ensayista en Toronto Portuondo nada dijo del libro *Fuera de juego*, como tampoco habría aceptado estar ventilando rencores o ajustando viejas cuentas con los origenistas, críticos de la estética marxista que él profesaba¹⁰¹. De pronto, las antipatías, los rencores e incluso las diferencias políticas o ideológicas parecían haber caído a un plano inferior a la Revolución y sus creaciones, como aquel instituto que Portuondo representaba. En Toronto será Emir Rodríguez Monegal quien se las arregle para referirse -ya de ese modo- al «caso Padilla», para muchos, todavía hoy, el momento en que la profecía es definitivamente traicionada y comienza a caer en manos de la

¹⁰⁰ Antonio José Ponte. “Caso Padilla: el tiro por la culata”.

https://diariodecuba.com/cultura/1619521362_30689.html

¹⁰¹Aunque 1945 ya estaba lejos, muy poco habría olvidado la reseña “Los afanes escolares de José Antonio Portuondo” que José Rodríguez Feo, patrocinador de *Orígenes*, le había dedicado a su tesis doctoral en la revista - «Al apoyarse en Engels y Marx el señor Portuondo revela una innata incapacidad para la crítica literaria como una mediocre sensibilidad artística y una ignorancia fundamental de los únicos libros que deben elucidar todo análisis de la poesía. Se percibe claramente en sus citas y alusiones un total desconocimientos de los textos poéticos [...]. « [...]Desconocemos lo que impulsó al señor Portuondo a hablar de algo que le es tan ajeno pues en su libro no se dice nada sustancial ni novedoso. Ni establece un método para la investigación del fenómeno poético, ya que nadie podría hoy tomar en serio las teorías de Engels y Marx, en el candoroso primer plano en que las presenta Portuondo en materia de valorización estética». (39)- o de la atenciones que Feo volvió a prestarle en *Ciclón* con la reseña a su libro de ensayos *El heroísmo intelectual*, publicado en México en 1955 -« [...]No sabemos si el señor Portuondo se cuenta entre los defraudados, o, si sigue creyendo ingenuamente en que la Revolución nos ofrece “la solución definitiva a los problemas del hombre”. Es menester examinar detenidamente estos ensayos para ver por donde va a saltar la liebre, pues Portuondo ha reclamado la necesidad de que el crítico tenga una visión estable del mundo circundante así como una tabla de valores definidos en la que basar los juicios sobre la obra de arte. [...] (51)

burocracia oportunista y despótica que reinará en los setenta. En realidad, muchas de las cosas que van a ocurrir en los setenta se han tanteado y fraguado en la década precedente, un tiempos que no fue sólo de romanticismo y heroicidad, o de polémicas libres e interminables, o de sacrificios que no conseguían romper la jovialidad del cubano. La primera década de la Revolución también había sido la de los tribunales revolucionarios televisados; la del cambio de rumbo del gobierno gestionado e impuesto por Fidel Castro en una plaza pública¹⁰²; la de enormes migraciones que afectaron a todos los estratos sociales y no solo, como se ha dicho, a la burguesía; la de la restauración y rápida suspensión del *habeas corpus*¹⁰³; la del rompimiento de la promesa de elecciones hecha por Fidel Castro desde los días de la lucha en la Sierra; la de la nacionalización y estatización de las revistas y medios informativos; la de la censura de proyectos editoriales independientes, como las Ediciones El puente (1959 -1965); la de la creación del Servicio Militar Obligatorio (1963) y la de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción; éstas últimas, una réplica de los campos de trabajo forzado de los soviéticos que pudo haberse extendido de 1963 a 1967 (aunque también se manejan fechas más breves, como de 1965 a 1968) y adonde fueron enviados quienes se negaran a participar en el servicio militar, se opusieran al nuevo sistema, fueran religiosos (especialmente Testigos de Jehová o Adventistas del Séptimo Día), resultaran jóvenes indóciles, aficionados a las modas y la música americana, fueran homosexuales, gente con pasado delictivo, así como, según Héctor Maseda, los miles de muchachos que llegaron

¹⁰² El 16 de abril de 1961, en el sepelio a las víctimas de los ataques aéreos que precedieron una invasión por Bahía de Cochinos (lugar rebautizado como Playa Girón), Fidel Castro dijo: “Compañeros obreros y campesinos: esta es la revolución socialista y democrática de los humildes, por los humildes y para los humildes”. La ovación de la concurrencia significó que el carácter socialista de la Revolución quedaba proclamado y aprobado.

¹⁰³ El 7 de agosto de 1959 se restauró en *habeas corpus*, suspendido desde el derrocamiento de Batista, pero en noviembre del mismo año volvió a sus penderse. (Thomas, 1586, 1596)

engañados, ya que ni siquiera sabían que estaban siendo conducidos a un castigo y «pensaban que cumplían con un deber patrio»¹⁰⁴.

Esos sesenta, bastante menos esperanzadores, son los que parecen murmurar tras las palabras de otro invitado de Cuba al evento de Toronto. Imagino que a muy pocos de los presentes habrá pasado inadvertido el hecho de que Salvador Bueno, compilador de *Los mejores ensayistas cubanos*, de 1959, parte del proyecto de los Festivales del Libro Latinoamericano de la Biblioteca Básica de Cultura y la última muestra de ese tipo que se había hecho en la isla (y así hasta la antología de Rafael Hernández y Rafael Rojas, en 2001), prefiriera, mejor que hablar del género que allí se examinaban, ejercerlo. En Toronto esquivó detenerse en aquel trabajo acometido diez años atrás, aun cuando las páginas de cierre de su antología -páginas dedicadas al ensayista José Antonio Portuondo, precisamente- eran de 1938, lo que significaba que había dejado sin examinar las décadas del cuarenta y cincuenta, años de una vitalidad cultural que evidencian pronto sus revistas, *Orígenes* (1944-1956) y *Ciclón* (1955-1959), con sus comandos respectivos, José Lezama Lima y Virgilio Piñera¹⁰⁵. Pero los tiempos habían cambiado y a Bueno debió resultarle más seguro dejar el pasado en el pasado y entrar en el presente a través

¹⁰⁴ Héctor Maseda. "Los trabajos forzados en Cuba". *Revista Encuentro de la Cultura Cubana*. Dossier: El presidio político en Cuba. 20/primavera, 2001. p. 224

¹⁰⁵ *Orígenes*, 1944-1956. Duró unos cuarenta números. Fue patrocinada por José Rodríguez Feo, quien también la dirigió junto a José Lezama Lima. Entre los poetas y artistas vinculados estrechamente a la publicación estuvieron los poetas Cintio Vitier, Fina García Marruz, Eliseo Diego, Ángel Gastelu, Lorenzo García Vega, Virgilio Piñera, Octavio Smith, Justo Rodríguez Santos, y el músico Julián Orbón, el crítico de arte Guy Pérez Cisnero, y los pintores Mariano Rodríguez, Alfredo Lozano, René Portocarrero. *Ciclón*, 1955-1957. Tuvo quince números y surgió a raíz de un desencuentro entre Lezama Lima y José Rodríguez Feo. Virgilio Piñera colaboró estrechamente con Feo, igualmente patrocinador y director de esta publicación que, sin embargo, tuvo propósitos muy diferentes a los de *Orígenes*: atacar la pacatería republicana y promover a autores jóvenes y obras incómodas por su tema o composición, fueron algunos de sus primeros objetivos. Entre sus colaboradores están Humberto Rodríguez Tomeu, Antón Arrufat, Rolando Escardó, Nivaria Tejera, Ambrosio Fornet, Guillermo Cabrera Infante. Algunos de sus colaboradores extranjeros fueron Jorge Luis Borges (también colaborador de *Orígenes*), Ernesto Sabato, José Bianco, Victoria Ocampo, Carlos Mastronardi, Juan Rodolfo Wilcock, Julio Cortázar, Graziella Peyrou, Manuel Peyrou. También tuvo un variado grupo de colaboradores españoles.

de las ironías de la historia que encontraba en las novelas de Alejo Carpentier; traer a cuentas esos infalibles retornos de tiranías en que terminaban las sublevaciones y revoluciones de sus libros. Había mordacidad en pasar por los tiempos que corrían en Cuba a través de la narrativa de un autor reconocidamente de izquierdas, y que en la temprana República fuera a prisión bajo la acusación de comunista¹⁰⁶. ¿No había escrito Portuondo en sus páginas de 1938, “Pasión y muerte del hombre”, que los heroísmos de la razón estaban en servir a las masas y liberarlas de sus pasiones, creadoras de dogmas? Y, ¿no había dicho que el intelectual siempre debería enfrentarse sin miedo al hecho de ser visto como un hereje (aunque no un hereje demasiado soberbio)? Pues ahí estaban las páginas de Carpentier, con el relato de aquellas emancipaciones, aquellos actos de justicia traicionados de inmediato por la fuerza de la ambición y de los afanes de poder. Allí estaba la historia de las revoluciones pero, también, la de los revolucionarios, libertadores que no habían acabado de arrancarse una tiranía de encima cuando ya, nuevos tiranos, tenían a alguien bajo su tralla.

En clave y a través de un diálogo secreto con “Pasión y muerte del hombre” (acaso en la imaginación de Portuondo, eran esas páginas suyas las últimas del ensayo cubano tal y como se le conocía, y las primeras del ensayo por venir), Salvador Bueno recorría la distancia entre aquel presente de 1969 en Toronto y el año 1938 en que había quedado su sondeo del ensayo cubano, y eso era ya casi lo único que podía hacerse o, al menos, lo que se hacía. La actuación de Portuondo, por su parte, era bastante más que la de un crítico literario intransigente. Como ya hemos ido explicando, la declaración del carácter socialista de la Revolución en 1961 fue sólo la parte más visible y funcional de una

¹⁰⁶ A raíz de su participación en el Manifiesto Minorista, en 1927 es encarcelado por siete meses.

despiada pugna por el poder entre la burguesía democrático liberal, los miembros de las tropas rebeldes de Fidel Castro y los viejos comunistas, y en la que éstos últimos, después de una pobre actuación en la lucha contra Batista y de muchos desencuentros reales o fingidos, de muchos zigzags y enmascaramientos, terminaron por hacerse con el favor del máximo líder, que, en determinados momentos, llegó a requerir muchísimo del favor de ellos. Para 1969 la perspectiva crítica de Portuondo, donde se juntan marxismo leninismo, pensamiento revolucionario y guerra de guerrillas, ya había tomado forma de escuela y, a través de publicaciones como *Pensamiento crítico*, *El Caimán Barbudo* o los *Cuadernos de filosofía*, estaba teniendo un gran impacto entre los intelectuales.

Es fácil hallar en la obra de Portuondo, anterior y posterior a 1959, un reparo a los formalismos y al arte abstracto, los que entiende como evasiones ante un medio hostil, renunciadas o impotencias circunstanciales y transitorias, intervalos entre lo concreto que les habrá precedido y lo concreto que habrá de sucederles¹⁰⁷. El arte abstracto es para Portuondo una etapa y un eslabón, útil como los momentos del arte figurativo; ambos tipos, propone, se confrontan dialécticamente y se intercala en un largo desarrollo que tendrá como fin la absoluta realización y plenitud del hombre y lo innecesario mismo del arte (16). ¿Sorprenderá, entonces, que en los debates de la Biblioteca Nacional, a propósito de la censura del documental *PM*, se haya llegado a un acuerdo sobre la libertad de creación formal, aunque no de contenido?¹⁰⁸. Portuondo imagina una *solución histórica*, para usar el término de Herbert Marcuse en su estudio *El marxismo soviético*:

¹⁰⁷ Portuondo, *Estética y Revolución*. 1963: 53

¹⁰⁸ Se habló aquí de la libertad formal. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que se respete la libertad formal. Creo que no hay duda acerca de este problema. La cuestión se hace más sutil y se convierte verdaderamente en el punto esencial de la discusión cuando se trata de la libertad de contenido. Es el punto más sutil porque es el que está expuesto a las más diversas interpretaciones. El punto más polémico de esta cuestión es: si debe haber o no

Cuando la estética soviética critica la noción del «antagonismo insalvable entre esencia y existencia» como principio teórico del «formalismo», ataca con ello el principio mismo del arte. En la teoría marxista, este antagonismo constituye un hecho *histórico*, y ha de ser resuelto en el seno de una sociedad que armonice la existencia del hombre con su esencia, proporcionando las condiciones materiales para el libre desarrollo de todas las aptitudes humanas. Cuando se haya conseguido, se habrá socavado la base tradicional del arte, porque el contenido del arte habrá sido ya realizado. (133,134)

El triunfo revolucionario de 1959 le habrá dado a Portuondo todos los elementos de verificación que necesitaba. Ya en el temprano 1961, en páginas escritas para el Primer Congreso Nacional de Artistas y Escritores, publicadas originalmente en el suplemento *Lunes de Revolución*, “En busca de la expresión estética de una *nación para sí*”, propone un panorama de la estética nacional que, reflejo de su proceso histórico, contenga aquellas alternancias de arte concreto y abstracto. Segmenta la historia de Cuba en tres momentos que hará coincidir con tres tipos fundamentales de expresiones literarias, sin perjuicio de tendencias y escuelas. Inscribe el nacimiento del país a fines del siglo XVIII y a lo largo del XIX, y le llama a ese periodo *la nación en sí*. La burguesía es la clase hegemónica y es la época en que predomina como arte lo *concreto sensible*: «se trata del descubrimiento y la revelación de los aspectos externos de Cuba, sus paisajes, sus personajes típicos, lo que a los ojos de todos diferencia a la Isla de su metrópoli hispana. Es el arte criollo, romántico y naturalista [...] (*Estética*, 57, 58) ». Pintores, músicos y escritores, dice Portuondo, están en la búsqueda y expresión de esa Cuba que quiere distinguirse de España, que busca su independencia económica, política y también expresiva. Después tiene lugar *la nación fuera de sí*. Es el periodo de la república frustrada, mediatizada, el país de un solo cultivo y una sola exportación -el azúcar- para

una libertad de contenido en la expresión artística. Me parece que algunos compañeros defienden ese punto de vista. Quizás por temor a eso que estimaron prohibiciones, regulaciones, limitaciones, reglas, autoridades, para decidir sobre la cuestión. *Palabras a los intelectuales*, p. 11.

ganancia de los monopolios americanos, un ambiente alienante, como el evasivo arte que produce:

De Boti a Lezama, de Víctor Manuel a Hugo Consuegra, de Roldán a Carlos Fariñas, el arte sigue un proceso de *abstracción* que expresa el repudio de una realidad entregada, ajena económica y políticamente. Las influencias foráneas del mundo burgués en total alienación, favorecen el desarrollo de esta *voluntad de forma abstraccionista* en que se expresa *la nación fuera de sí*. (59)

Y es en estas condiciones que tiene lugar el hecho revolucionario. Por vez primera se pisa en suelo firme. Es el «rescate de la tierra y sus riquezas para el hombre que la trabaja», dice Portuondo. Es *la nación para sí*, un país con independencia ya no sólo política sino también económica, y con la clase trabajadora (campesinos, obreros, intelectuales) en el poder. Esa nación recién estrenada y para sí «tendrá a su tiempo una expresión estética propia que surja de las nuevas relaciones de producción y de la nueva estructura social y política [...] Un arte que recobre *la totalidad de lo real* (59) ».

Al menos en parte, es en razonamientos de esta índole que se apoya la selección y, sobre todo, las ausencias en la lista de ensayos que Portuondo llevará a Toronto ocho años más tarde. Se dirá que hay mucho voluntarismo y muchos errores y generalizaciones en ese panorama histórico y estético de Cuba para tomarlo en serio, sin embargo, como muchas otras fórmulas del marxismo soviético -que es el que heredan los marxistas cubanos de la República y, sobre todo, de la Revolución-, ni su cariz filosófico ni sus equívocos agrupamientos y diagnósticos les evitaron empalmar con políticas o constituirse en políticas por su propia cuenta; «la función de la teoría soviética» - advertía Marcuse al explicar su método de crítica inmanente- «no consiste en la formulación de categorías y técnicas de pensamiento generalmente válidas, sino en la definición de su relación con la realidad política» (18, 19). Portuondo corta sin muchas

desazones la historia literaria cubana, vacía el índice de autores, habla de inmadurez, improvisación, falta de rigor científico, y suplanta el ensayo literario por discursos políticos porque para él las obras literarias son ya, en su totalidad, más que literatura, manifestaciones y expresiones de un mundo imperfecto, muestras de las etapas variadas y forzosas por las que arte tiene que transitar antes de su desaparición última, ésa que según el marxismo ocurriría en acuerdo al desarrollo más pleno de las fuerzas productivas, desarrollo iniciado por la acción revolucionaria. No es el arte, sino una realidad transformada por la acción política y en la cumbre de su progreso, lo que en última instancia daría la felicidad al hombre¹⁰⁹.

Una de las turbiedades y de los escollos que plantea el mundo político de Cuba está en ese constante juego de respaldos y traspasos entre las nociones del marxismo y las del discurso revolucionario, la manera en que éstas se funden, se separan o se desdoblán, pues a menudo actúan en una determinada circunstancia o se cargan de cierto valor táctico sin haber perdido su empaque filosófico-científico o su eco de insurrección. Cuando Portuondo habla en Toronto de la realidad y de la nueva realidad de Cuba, se vale no sólo de unas categorías marxistas sino también de una noción que tiene, además del aval de los hechos, un relato propio mucho más antiguo y naturalmente más familiar a su auditorio, una noción de realidad que, a su vez, está incrustada en la noción de revolución, un fenómeno al decir de Hannah Arendt en su libro *Sobre la revolución*

¹⁰⁹ «Con la realización de la libertad, el arte dejará de constituir un vehículo de la verdad. Hegel, que consideró esta realización como la tarea de su propia época, proclamó ya que el arte se había convertido en una cosa del pasado, que había perdido su sustancia. Atribuyó esta pérdida de vigencia del arte al nuevo espíritu científico filosófico, que exigía una formulación de la verdad más estricta que la accesible al arte. La teoría marxista conservó el vínculo histórico entre el progreso social y la pérdida de vigencia del arte: el desarrollo de las fuerzas productivas hace posible la realización material de la *promesse du bonheur* que el arte expresa; la acción política -la revolución- ha de trasladar esta posibilidad a la realidad». Marcuse (134).

ningún historiador del siglo XX podía prescindir ni pretender narrar como un capítulo concluido. (422).

Un tiempo después de Toronto, en unas páginas de 1972 incluidas en su recopilación *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, Roberto Fernández Retamar presenta a Portuondo como «el más relevante estudioso hispanoamericano, con criterio marxista, de literatura, en la hornada que siguió a la extraordinaria de Mariátegui» (30), en el cual «los jóvenes estudiosos revolucionarios latinoamericanos -y no sólo ellos- tienen un maestro». No poco de ese magisterio va a encontrarse en las conferencias y estudios breves que el propio Retamar comenzará a producir desde finales de los sesenta, o en su llamado a conformar una teoría crítica propia de nuestros países, descolonizada y descolonizadora¹¹⁰. Y mucho de Portuondo y Retamar tendremos en la académica Luisa Campuzano cuando en 1983 se proponga un saldo del ensayo cubano después de la Revolución. Lejos de la dicotomía de esteticistas y americanistas que Medardo Vitier había querido salvar, en “Quirón o del ensayo”, básicamente una bibliografía, la cuestión es ya la del género en tanto género, una escritura que la estudiosa ve dinamitada y renovada por el suceso de la Revolución y la efervescencia del quehacer revolucionario. Campuzano encuentra el ensayo no en unas obras, en unos autores o en un grupo, sino en todas partes, disperso en los títulos y formatos más variados: en revistas y tabloides, actas de congresos, diarios y anuarios, prólogos, monografías, críticas, novelas, discursos, en catálogos de pintores y cubiertas de discos; incluso en «inauguraciones, presentaciones y clausuras de conciertos, festivales y exposiciones y eventos científicos y políticos, [o en]

¹¹⁰ En “Lecciones de Portuondo” dice: “[...]su asimilación crítica, desde una perspectiva *nuestra*, de conceptos y métodos novedosos entonces -que Portuondo supo ni aceptar de modo indiscriminado y colonial ni rechazar mecánicamente [...]” (37).

homenajes y jubileos, donde a veces, negación de la negación, alcanza su más alto nivel poético, sus tonos más subjetivos y convincentes» (29). Y, como sus predecesores, la estudiosa nos habla de modalidades pertinaces o novedosas: el «ensayo de circunstancia» o la «ensayística de pequeño formato» (47). Tantas muestras de un género que a juicio suyo, sin embargo, continuaba en la escasez, ¿eran vestigios o eran anuncios? Quizás ambas cosas, pues en estas páginas el ensayo ya no está en medio de una contienda, es visto y estudiado como «la literatura de una revolución» (14), y sus penurias, sus mutaciones, sus dispersión, sus urgencias, su rigidez y cientificismo, su monotonía temática, sus exclusiones y sus inclusiones, son llanamente asumidos o consentidos. Escrito en 1983, “Quirón o del ensayo” lleva un prólogo de 1985 y se publica en 1988. En sus páginas, que a la autora no le interesó revisar o actualizar (7), puede leerse:

[...] Al ocuparnos de las generaciones que cultivan el ensayo en este periodo, naturalmente que sólo tomamos en cuenta a los que llegan a la Revolución para quedarse. A aquellos que se habían opuesto a lo largo de sus vidas, de modo abierto o insidioso, a que triunfara el mandato martiano de justicia, o a los que como dice Roa, «les tembló la choquezuela izquierda -reducto óseo de la integridad revolucionaria», y desertaron, no los recogemos estas páginas. Ellas, sin embargo, sí quieren acoger a quienes como Ezequiel Martínez Estrada estuvieron en Cuba y *al servicio de la Revolución*, cubana o latinoamericana, que en fin de cuentas es la misma, andando y alentando con nosotros el camino de nuestro ensayo. Manuel Galich, René Dupestre, Mario Benedetti, Roque Dalton, Federico Álvarez, Nils Castro y otros han abierto e iluminado campos de trabajo para los que sus experiencias y sabiduría han sido muy valiosas. (23, 24)

A veinte años del evento de Toronto, todavía cabía defender una vieja política de exclusiones y, paradójicamente, todavía se aguardaba. No es de extrañar que la recuperación del ensayo -algo que, como ya mencionamos, comienza a ocurrir

precisamente hacia finales de los ochenta e inicios de los noventa- haya sido tan esperada y, a la vez, tan inadvertida.

V. El diversionismo ideológico, una nueva lectura

Para muchos de los nacidos por el año de su muerte, Lezama Lima fue un nombre que apareció entre rumores y hechos discordantes. Se decía que sin las nuevas editoriales no hubiera podido publicar gran parte de su obra, pero sus libros -la novela *Paradiso* (1966), la antología *Órbita* (1966), la *Valoración múltiple* de Casa de las Américas (1970) o el conjunto de ensayos *La cantidad hechizada* (1970)-, no se encontraban en las librerías ni parecía que fueran a reeditarse. Estaban agotados, decían unos. Estaban censurados, decían otros. De economía muy modesta en la República, se le había convertido, junto a los poetas de su grupo *Orígenes*, en el epítome del escritor burgués. La gente de *Lunes* lo había atacado; la gente de *Lunes* lo admiraba. ¿Era homosexual? ¿No era cierto que antes de morir su madre le había pedido que se casara con una amiga de la familia? Julio Cortázar, que apoyaba la Revolución, también había sido amigo suyo y había escrito unas páginas notables y oportunas sobre *Paradiso*. Fue condenado al ostracismo pero en *Imagen y posibilidad* Ernesto Guevara era el hombre «del quedarse con una sola muerte»; el que había hecho «de los Andes deshabitados la casa de los secretos» (23), y el 26 de julio había llegado para romper los hechizos infernales (20). La historia de Lezama Lima, entonces, era una historia de datos incongruentes, de piezas incompletas y extrañas entre sí, algunas tan escurridizas y disimuladas que ni siquiera habían llegado a cuajar como rumores. Así, la presencia de unas páginas suyas en una exposición sobre el delito denominado por entonces diversionismo ideológico.

La muestra a que nos referimos ocurrió en 1974, fue organizada por la Seguridad del Estado y el Ministerio del Interior, y entre las cosas que servirían para instruir sobre el delito hubo libros de autores cubanos y extranjeros; cuadernos religiosos de los Testigos

de Jehová; un mapa de emisiones radiales estadounidenses dedicadas a los jóvenes, como el Show de la Nueva Ola; bromas sobre los hombres en el poder; correspondencias familiares entre la isla y el exilio; propaganda sionista y trotskista; collares y juegos de mesa con imágenes de presidentes americanos; ejemplos de presuntas incitaciones desde el extranjero a hacer terrorismo; restos de dinamita de unos ataques de aquellos días a embajadas cubanas en Latinoamérica. Al parecer, sacado el provecho a la función, las salas fueron vaciadas, barridas, y no quedó nada, con la salvedad de un folleto: un ejemplar del programa de la muestra que el traductor y periodista cubano Jorge Luis García Vázquez vino a encontrar en los archivos del Ministerio de Inteligencia de Alemania del Este, la Stasi, que ahora sirven a la preservación de la memoria histórica de la época del comunismo¹¹¹. Un fragmento de ese folleto todavía puede verse en un blog que García Vázquez llevaba por la época de su hallazgo:

*En esta Sección se presentan materiales pertenecientes a Expedientes Operativos que forman parte del trabajo de Contrainteligencia en el enfrentamiento de las actividades del diversionismo ideológico, por parte de escritores cubanos.

*Se exponen materiales operativos del Caso “ILUSO” llevado contra el escritor diversionista HEBERTO PADILLA.

*Materiales operativos del Caso “ORBITA” llevado contra el escritor diversionista JOSE LEZAMA LIMA. Se expone también algunas de sus obras, editadas en nuestro país y los manuscritos que elabora actualmente.

Pero las descripciones de esa exposición y del folleto mismo, un documento de unas dieciocho páginas que lleva como epígrafe las palabras de Raúl Castro «El diversionismo ideológico, arma sutil que esgrimen los enemigos contra la Revolución», las debemos,

¹¹¹ En los años ochenta García Vázquez era un traductor que asistía a trabajadores cubanos en Alemania. En algún momento se le pidió colaborar con los servicios secretos pero, en vez de informar, ayudó a la fuga de un músico cubano de paso por Europa. La Stasi capturó su llamada a la embajada de los Estados Unidos, fue llevado a la prisión central de esta agencia, Berlin-Hohenschönhausen, y un poco después, deportado a Cuba. Volvió a salir de la isla después de la Caída del Muro. Esta información se lee en la ficha biográfica de empleado del memorial de la policía Berlin-Hohenschönhausen en el que actualmente trabaja como guía e investiga la relación entre los dos cuerpos policiales.

sobre todo, a las glosas al hallazgo de Duanel Díaz Infante, en su libro de 2009 *Palabras del Trasfondo. Intelectuales, literatura e ideología en la Revolución cubana*, y de Antonio José Ponte, en su artículo de 2011, en *Letras Libres*, “Lezama en los archivos de Stasi”¹¹². Para Díaz esa muestra fue una «especie de demostración gráfica» de un discurso de Raúl Castro de 1972 (149, 150) y, en efecto, en el número 6 de la Revista *Verde Olivo* de ese año pueden leerse unas páginas que llevan por título lo que sería más tarde el epígrafe del folleto, y en paréntesis: «[...] conferencia pronunciada por el comandante Raúl Castro el 6 de junio de 1972, con motivo del oncenario aniversario del MININT [Ministerio del Interior]». Igualmente, muchos de los ejemplos ofrecidos por el general y de las ilustraciones en las páginas de *Verde Olivo* coinciden con lo descrito en el folleto de la exposición de 1974. El documento encontrado por Vázquez, dice Ponte, «viene a probar que Lezama sufrió una represión sistemática, legitimada por las autoridades más altas». Y viene a probar, agregamos, que los escritores quedaron enredados en las sordas pugnas de poder que esas mismas autoridades habían desatado, y que continuaban manejando y aprovechando cuando resultaba posible.

En la reconstrucción de lo que debió ser la muestra Ponte dice como de pasada, irónicamente: «Ahí estaba lo ocupado al enemigo: una exhibición de atrocidades» (31), a Duanel Díaz le resulta de un estrambótico eclecticismo y, frente a la reunión de manuscritos y dinamita, no sale del asombro: «una confluencia, más insólita que cualquiera de las imaginadas por el poeta de Trocadero, tan surrealista como aquella del

¹¹² El artículo de Ponte puede leerse en línea en *Letras Libres* <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/lezama-en-los-archivos-la-stasi> pero ha sido incluido en un conjunto de artículos suyos publicados como libro en La Habana por una editorial independiente y, por supuesto, a despecho de la legalidad del régimen: *La censura raya tigres*. Boca de Lobo, 2019. Citamos por esta publicación.

paraguas y la máquina de coser en un quirófano [...]» (151). Sin embargo, en ese entonces, ni el acercamiento de literatura y dinamita era tan inusual, ni Lezama Lima, nunca corto de imaginación, era ya tan ingenuo. Inalcanzable al cielo de los “curadores”, algo de aquella exposición pudo estar contenido en los papeles del escritor que allí se exponían, muy probablemente fragmentos de la novela que escribía entonces, *Oppiano Licario*, con un París por el que deambulan cubanos expatriados y árabes conspiradores, y con la anécdota de un manuscrito heredado y destruido. En mi opinión, el par es asombroso no por lo incongruente de sus partes sino por la extensa superficie de mentiras y silencios a la que esa pareja ominosa sale de pronto; «apilaron tanto silencio -dice Ponte- que ninguno de los testimoniados de noticias biográficas lezamianas alcanzó (ni siquiera desde la inmunidad del exilio) a recordarla» (33). Aberrante, estremecedor, pero también muy familiar, el conjunto despierta pronto los vahos del régimen, los perfumes macabros de su historia, da pronto con la intimidad de su parafernalia y argumentos. Una ojeada a las imágenes de la revista *Verde Olivo*, o el recuerdo de una simple visita escolar a algunos de los museos de la Revolución, y comenzamos a recuperar el ambiente de aquel espacio, a percibir la disposición y el posible diálogo de las cosas que allí se exhibieron. Ahora hacemos un par con lo más nos sobrecoge: las páginas de Heberto Padilla o de Lezama Lima y unos restos de explosivos, pero en la muestra, al parecer, no estuvieron juntos sino en salas vecinas. No, claro está, por consideración, sino por obediencia a ese relato que una muestra así también ambiciona, y donde igualmente hay progresiones, pausas, climas, vínculos explícitos o sugeridos. El eclecticismo de la exhibición de 1974 debió responder más que a las integraciones masivas y extravagantes de un sistema totalitario -que todavía estaba formándose, con la ayuda de exhibiciones

como aquella- a una lógica de la guerra, lógica en la que los vínculos y afinidades sugeridos son tan útil como los nexos patentes. Cada elemento añadido al conjunto son como nudos de una cuerda que se ha echado a rodar a lo largo de la historia. Es obvio que Lezama Lima llega a aquella exposición a causa del proceso contra el poeta Heberto Padilla, y a causa del descontento que ya expresaba y que para inicios de los setenta la Seguridad de Estado le había grabado (Ponte, 29), pero una vez allí, será su procedencia pequeño burguesa, su literatura, su grupo literario, su pasado de colaborador del *Diario de la Marina*, lo que lo acabará de amalgamar su figura al resto de lo expuesto, integrarlo al relato que buscan narrar esas piezas: el de la joven revolución atacada por los enemigos de dentro, a los que mueven los intereses de clase, y por el enemigo de fuera, los Estados Unidos, el imperialismo. Así, la disidencia del poeta Padilla entra al flujo de unas fuerzas que llegan del pasado, mientras el pasado burgués de Lezama Lima se actualiza en las presuntas hostilidades del momento. Así también dos escritores quedan vinculados a un enemigo de formas que, ocasionalmente inocuas, conservan siempre un destello de horror.

En su conferencia de 1972, Raúl Castro se había referido al diversionismo ideológico como una nueva forma de guerra no convencional, una especie de «penetración pacífica» que el imperialismo comenzara a poner en práctica cuando ya no podía más que fracasar en el campo de batalla, una ofensiva bien disimulada y sinuosa que buscaba socavar el poderío creciente que después de la Segunda Guerra Mundial están mostrando los países socialistas. Sin embargo, la descripción de esta guerra, con su centro socioeconómico y político militar en los Estados Unidos, en seguida se llena de ecos mucho más íntimos:

[...]las ideas del socialismo científico, de las que han sido tenaces abanderados los países socialistas, constituyen la fuerza rectora de la transformación socialista que se desarrolla en la tercera parte de nuestro planeta y de la acción revolucionaria de millones de comunistas y patriotas que luchan por la independencia nacional, la democracia y el progreso social para todo el mundo. Esta realidad explica los métodos sinuosos, la perfidia, el fariseísmo, y la simulación a la que han apelado los ideólogos burgueses, en el último decenio para criticar al marxismo desde posiciones supuestamente marxistas, para denigrar a todos los países del campo socialista con criterios de “marxistas auténticos” y otras supercherías. (R. Castro 4, 5)

Es muy significativo este salto del socialismo científico internacional a los embaucadores del marxismo que Raúl Castro, muy pronto en su discurso, acepta tener en casa; muy significativa esta reprimenda que comienza con los partidarios de la ideología rectora de la Revolución. Y es que a pesar de las referencias a los monopolios, la guerra fría, a Kennedy y a Lyndon B. Johnson, esa conferencia del general que, además, abunda en citas de Fidel Castro, es una suerte de clausura apresurada a los juegos de poder que conllevaron, durante toda la primera década de la Revolución, la alianza de los gobernantes con el Partido Socialista Popular y el arrumbamiento de la Revolución hacia el socialismo. Ya para entonces se han acallado las peleas entre los comunistas dogmáticos y los comunistas herejes y sus grupos han sido purgados, y se han hecho desaparecer sus revistas y círculos de reunión. De ahí estas palabras que son como el paisaje final, los brochazos de congruencia y unificación con que borrar los zigzags dejados en el camino:

En aquellos primeros meses del año 1959, cuando la conciencia social de nuestro pueblo se encontraba envenenada por el anticomunismo sembrado durante más de cincuenta años, un sinnúmero de personajes que hoy se disputan las migajas prostibularias del imperialismo, tronaban contra las leyes y medidas revolucionarias con argumentos desenfadadamente anticomunistas, liberales y burgueses. Baste recordar algunos artículos que aparecieron incluso en la propia prensa que hablaba en nombre de la Revolución.

Hoy en día, cuando la enorme mayoría del pueblo apoya y defiende al socialismo, aun cuando no tenga una conciencia política desarrollada en el orden teórico (de lo

que no debemos de ninguna manera vanagloriarnos, como fatuamente hacen algunos), los enemigos de la Revolución, y en primer lugar el imperialismo, sólo pueden repetir esos argumentos a la minoría desafecta de los explotadores y expropiados y sus lacayos ideológicos. (5)

Al revisar las confrontaciones entre los nuevos y viejos comunistas y los procesos a que fueron sometidos ambos grupos, se hace evidente que la cuestión del diversionismo ideológico, como un mal a encontrar en la cultura, en la juventud, en los grupos religiosos y, de inmediato, como un acto de contrarrevolución en el que podía incidir cualquier ciudadano, tuvo sus primeras formas en las pugnas de poder y los conflictos del partido, cuando los hombres de esa organización se acusaban unos a otros de estar distorsionando la esencia del proceso. Los duros ataques que salieron del periódico *Revolución* y de su suplemento *Lunes* contra el Partido Socialista Popular, y que reviven más tarde -con intereses muy distintos, pues ya la ideología ha sido plenamente acogida por el gobierno- a través de *Pensamiento crítico*, encontró una resistencia entre los veteranos seguidores de Aníbal Escalante, de regreso de Praga en 1964. El nuevo proceso abierto en 1966 contra el comunista Escalante (recordemos que el primero, llamado sectarismo, había sido en 1962) se conoció como la microfracción, aunque gran parte del asunto se puso pronto a resguardo, pues, dijo Fidel Castro, no siempre era posible publicarlo todo, y en este caso había que evitar conflictos diplomáticos o el aprovechamiento de la cuestión que podía hacer el enemigo¹¹³. Un silencio desacostumbrado a la Revolución -insistió el gobernante- que ahora, frente a los papeles de ese proceso, se comprende perfectamente.

¹¹³ Fidel Castro se refirió brevemente a la Microfracción en un discurso en la escalinata de la Universidad de la Habana del 13 de marzo de 1968 donde el tema central fue la Ofensiva revolucionaria, es decir, la nacionalización de los últimos pequeños negocios privados que todavía quedaban en el país. Poco antes Raúl Castro había presentado el Informe sobre la microfracción al Comité Central del Partido. De este informe sólo aparecieron en el Granma aunque Prensa Latina lo publicó íntegro. Aquí usamos el facsímil del documento publicado por Prensa Latina, reproducido en aquellos días como Suplemento del número 48 de la revista chilena de izquierda *Punto Final* (1965-2018) y que hoy es posible encontrar en Internet.

Con el título de “Informe al Comité Central Partido Comunista de Cuba (sobre las actividades de la microfracción)” ese documento de 1968, leído por Raúl Castro, abunda en juicios sobre los implicados pero también es muy copioso en lo que los implicados pensaban del gobierno y de los nuevos comunistas. La ofensa de aquéllos veteranos del partido, algo difícil de captar, se hace más evidente cuando entramos en los detalles conspirativos con los funcionarios extranjeros o cuando aparecen opiniones directas sobre Ernesto Guevara o sobre el liderazgo de Fidel Castro. El deseo de la fracción de un gobierno que se acercara mucho más a la URSS, su desprecio de la burguesía, su estima de los obreros y los campesinos, y su alarma ante los revisionistas del marxismo, resultan muy coherentes con la retórica más machacona del gobierno desde inicios de los setenta. Entonces, para captar y sopesar la ofensa no puede olvidarse que todas esas opiniones fueron espiadas entre 1965 y 1967, y sacadas a la luz en 1968, es decir, que pertenecen a los años de la aventura insurgente de Cuba en Latinoamérica, finalizada a la muerte de Guevara, años también de la creación de *Pensamiento crítico* y la revista cultural *Caimán Barbudo*, y de la publicación de los Cuadernos de Filosofía. Son los años, subrayamos, en que lo que había sido la campaña rebelde en la Sierra está siendo reformulada por los nuevos marxistas, por los partidarios de la revolución radical, continental y mundial, y también por algunos de los antiguos miembros del Partido Socialista Popular que antes se habían opuesto a la lucha armada. Así, estas palabras de Carlos Rafael Rodríguez -escritas en 1966 aunque recogidas mucho tarde en su libro *Cuba en el tránsito al socialismo-*, una relectura de la insurgencia que también servía para matizar su propia posición y la de algunos otros veteranos:

Aquel grupo [el grupo de Fidel Castro en la Sierra] no era de comunistas, pero sus figuras principales serían conducidas por la influencia viva de los hechos y por la

firme intuición de la teoría, a posiciones revolucionarias que se identificaban más y más con el marxismo y que le permitiría, en el momento decisivo final, integrarse a él como un paso natural e imperativo. El tránsito de Fidel Castro, desde las posiciones de un joven hijo de terratenientes que ha asumido las ideas políticas y sociales propias de la pequeña burguesía radical, hacia la condición de dirigente de un partido revolucionario proletario marxista-leninista, surge de esta manera espontánea. (Rodríguez 98)

Según el informe leído por Raúl Castro, para los hombres implicados en la fracción el Comité Central del Partido estaba lleno de pequeñoburgueses y de viejos camaradas que ahora mostraban ser unos interesados y unos oportunistas; todo había comenzado a cambiar cuando Escalante había sido sacado de la dirección de las Organizaciones Revolucionarias Integradas y Fidel Castro se había rodeado de los jóvenes críticos de Stalin, críticos también del principio de coexistencia pacífica y del liderazgo de la URSS. Fue entonces, se entiende también del informe, que algunos miembros del viejo partido comenzaron a hablar de revisionismo; de la intromisión de Cuba en los asuntos internos de otros países; de la distancia o enemistad con los partidos comunistas latinoamericanos por la manera de encarar la lucha, que sólo parecían entender como lucha armada; de trotskismo y exportación de la Revolución; de lo saludable de la partida de Ernesto Guevara, que era un romántico, un aventurero y un anarquista, impugnador de la política soviética y representante de las posiciones de China; de la liquidación que se estaba haciendo de la vieja militancia y el deseo de algunos de ellos de asilarse en Rusia; de la economía deficitaria del país; del descontento popular y las altas cifras de emigración; del uso de los obreros, un proletariado al que se le pedían muchos sacrificios pero que cada vez estaba más lejos del poder; del desconocimiento del papel de los sindicatos en el tránsito al socialismo; de la inutilidad y el desgaste del trabajo voluntario; de la necesidad del estímulo material (al que Guevara se oponía); de la imposibilidad (por mala

organización de los hombres y de la siembra) de llegar en 1970 a los diez millones de toneladas de azúcar que el gobierno se había puesto como meta. En el discurso en la escalinata Fidel Castro dijo a la concurrencia que el grupo «como fuerza política carecía de significación; como intención política, sus actos eran de carácter grave», y así se les trató por un rato, permitiendo y expiando sus reuniones por casi dos años, hasta se hizo provechoso destruir su coalición y encausarlos. En el Informe, Raúl Castro dio ejemplos - es decir, leyó unas transcripciones- de lo discutido en las reuniones del grupo, como estas palabras grabadas a Arnaldo Escalante:

«Digámosle -a los soviéticos- que los principales dirigentes de esta revolución y del partido no tienen una formación comunista. La mayoría eran anticomunistas. El partido está penetrado por la pequeña burguesía. Hay una desviación izquierdista, aventurera, y ese aventurerismo está en el mando, que ellos consideran que Cuba es el ombligo del mundo. Nosotros, desde aquí, le damos orientaciones a todo el mundo, y no aceptamos consejos de nadie. No aceptamos órdenes de nadie; pero nosotros damos órdenes, nosotros queremos orientar. En el XXII congreso (“todo esto en tono irónico” [-agrega Raúl Castro]) hubo discursos de los cubanos diciéndole a los soviéticos lo que tenían que hacer. Supusimos nosotros que los soviéticos se reírían diciendo: ah estos muchachos, estos muchachos». (14)

Si las transcripciones son fidedignas, otro miembro del grupo, Orlando Olivera, habría comentado cómo la extracción burguesa de los líderes de la Revolución, su chovinismo de clase, estaba influyendo y dándole una dirección nacionalista al proceso, y sobre desgaste de recursos en una lucha que, aunque se dijera marxista, era revisionista y debilitaba el papel guía de la Unión Soviética:

El problema es que Fidel Castro quiere que Cuba se convierta en el ombligo del mundo, y él llegar a alcanzar una estatura superior a la de Marx. Y para lograrlo tenemos que inventar en filosofía, tenemos que inventar en economía, tenemos que inventar en política, tenemos que inventar en todo, para llegar hasta esa estatura superior a Marx, a Engels y a Lenin. (14)

A lo que Escalona habría agregado:

[...] aquí la política nada más la elabora Fidel Castro; el máximo organismo existe, pero no tiene oportunidad ni de discutir ni de expresar sus opiniones, y los antiguos dirigentes del partido pasan los meses y ni siquiera ven a Fidel. (14)

Abundante en ejemplos sobre las actividades y opiniones de los encausados, el Informe también transparentaba cómo las fuerzas Seguridad y la Contrainteligencia estaban al tanto de todas las ramificaciones del grupo. En la empresa Fruticuba, le habría grabado estas palabras al responsable de comercio, Francisco Brito:

[...] que el Che había fastidiado la economía de Cuba, inventando industrializar este país con importaciones de lápices, refrigeradores, bujías, etc., que él mismo había instalado la tecnocracia y traído técnicos latinoamericanos trotskistas, que lo mejor que hizo fue irse para el... (censurado) de este país. [...] que el Comandante Fidel Castro, después de “tronar” al Che, cogió la línea de éste que es muy... (censurado), que a Fidel no había quien lo entendiera, que estaba loco. (17)

Tan intolerantes a la crítica y la broma -aunque los sesenta hayan pasado y sigan pasando como una década de polémicas y desenfado en las opiniones-, muy difícilmente iba el gobierno a compartir semejantes palabras sobre sus hombres y su gestión fuera de las reuniones a puertas cerradas del partido. Además de lo bien ajustados a la realidad que podrían parecer, esos comentarios siempre estaban revoloteando sobre la cuestión de la alianza de Fidel Castro con el PSP y el cambio de derrotero de la gesta. Siempre estaban de vuelta a ciertas cuestiones en los orígenes del gobierno que seguían siendo incómodas y que ya se querían en el olvido. La idea del marxismo espontáneo de los guerrilleros de la Sierra Maestra, y del marxismo como formación en curso de las masas, ¿no eran fugas hacia el pasado o fugas hacia el futuro de aquel presente de afianzamiento del gobierno en que todavía se estaba, aquel gobierno que tenía en sus orígenes la tardía y oportunista alianza con el PSP? La microfracción se volvió un problema no tanto por los criterios y acciones de sus miembros sobre las políticas de la Revolución, y ni siquiera por las posibles ambiciones de sus integrantes, como por aquel pasado reciente -el de la

conformación del gobierno revolucionario y su pacto con los comunistas- que dejaban en paz. Es así como se da la paradoja de que, en la Cuba de Fidel Castro, unos hombres sean acusados de espiar para la URSS. De ansiar algún contratiempo que forzase una alianza más estrecha con los soviéticos y que permitiera que el marxismo más ortodoxo brillase de nuevo. Es así como unos hombres son llevados a un proceso por desear lo que, finalmente, sucedió. Como se sabe, en el verano de 1972, de una manera entre forzosa y oportunista, el gobierno de Cuba se integró al Consejo de Ayuda Mutua Económica liderado por la URSS. La muerte de Che Guevara y las desventuras del movimiento insurgente latinoamericano; el fracaso de la zafra de los 10 millones y el impacto negativo que tuvo la nacionalización de la pequeña propiedad privada, último resto de propiedades que todavía estaba en manos de sus dueños; las revueltas estudiantiles en Europa; las protestas de la intelectualidad internacional por el encarcelamiento y juicio público del poeta Heberto Padilla, hacen del final de los sesenta y el inicio de los setenta (exactamente de 1968 a 1972) un periodo de grandes dificultades y replanteos estratégicos para el gobierno cubano, y la decisión de convertirse en miembro del CAME fue parte de ello; un paso que, me parece, conllevó poner fin a las teorías del marxismo guerrillero y a las críticas al marxismo. Es decir, conllevó terminar con los comunistas herejes, el grupo de estudiosos, escritores y pensadores que había salido del Departamento de Filosofía de la Universidad de la Habana. Sus opiniones ya no sólo no eran necesarias, se habían vuelto un problema para el gobierno.

Varios de los hombres de la microfracción terminaron en la cárcel (las condenas oscilaron entre los tres y los quince años) pero sus opiniones permanecieron en la palestra y fueron cínicamente empuñadas por el gobierno durante su regreso de hijo pródigo a la

URSS. Acusados de revisionismo, de creerse los únicos marxistas de verdad, contaminados por las ideas europeas y otros embelecos, los integrantes de *Pensamiento crítico* y el Departamento de Filosofía fueron entonces los defenestrados. La revista fue inhabilitada y la agrupación de los filósofos y redactores disuelta en el verano de 1971.

En la conferencia de 1972, Raúl Castro hablaba así de estos intelectuales:

Al diversionismo ideológico del enemigo contribuyen, en forma activa, aquellos que, pretendiendo estar dentro de la Revolución, desarrollan una crítica sutil y sistemática a conceptos esenciales del marxismo-leninismo. De estas corrientes antimarxistas también hemos tenido ejemplos recientes en determinadas publicaciones de nuestro país, algunos de cuyos colaboradores demostraban con su actitud que estaban influenciados por las corrientes revisionistas europeas en boga, situación que oportunamente fue criticada y al parecer superada. (11)

No es nada extraño que Raúl Castro se haya ocupado de estas menciones purificadoras de las fuerzas revolucionarias. A diferencia de Fidel Castro, su filiación al partido comunista nunca estuvo oculta, sólo llevada con cierta discreción por momentos, una estrategia que ya podía terminar. Entonces, ¿qué había aprendido o descubierto el gobierno durante la eliminación de esas dos fuerzas comunistas? Había aprendido o descubierto que con ambiciones, celos, objetivos y herramientas muy distintas, ambos grupos podían ser culpados de lo mismo: de destruir la Revolución socialista desde dentro. Había aprendido o descubierto que una misma ofensa podía ser desplazada de un grupo a otro, y de esos grupos a elementos de la sociedad muy diversos, siempre que el eje de esos desplazamientos no se perdiera de vista en el traspaso. La ansiedad de ocultamiento del gobierno se revierte en una búsqueda de enemigos ocultos. Apremiado por sus fantasmas, su reciente pasado de tanteos, traiciones, encarcelamientos, ajusticiamientos, de pactos y abandonos, busca salirse de esos ámbitos y transita de la eliminación del comunista fraccionario -ese impertinente que con sus ambiciones de poder y su pregonada lealtad y

pureza está constantemente recordando las deslealtades e impurezas del gobierno constituido-, y de la eliminación de los jóvenes marxistas -esos pseudo revolucionarios que con sus nuevos acercamientos a la filosofía y sus autores y amigos extranjeros creen que pueden cuestionarlo todo-, a la caza y control de posibles adversarios en la ciudadanía. Un desplazamiento en el que no sólo se halla un enemigo sino que se le va conformando.

El asunto de la desviación siempre había estado bajo vigilancia entre los comunistas. Duanel Díaz advierte del concepto en una carta abierta de 1933 donde el joven comunista Raúl Roa le reprocha a Jorge Mañach su «confusionismo político», por poner a minorías revolucionarias al margen o por encima de la lucha de clases (Díaz, 126)¹¹⁴. Bien mirado, el proceso contra la microfracción es la neutralización de unos hombres en busca de injerencia política, ideológica, y de poder, pero siempre se manifiesta como el problema de unas fuerzas revolucionarias extraviadas, disuadidas, torcidas que, a su vez, hablaban de un gobierno extraviado, disuadido, torcido: «Hay una desviación izquierdista, aventurera, y ese aventurerismo está en el mando [...]» (14), recordemos lo que, según la transcripción leída en el proceso, había dicho uno de los enjuiciados. En las páginas del *Granma*, de enero del 68, las reuniones de la microfracción fueron descritas como «labor de proselitismo y de diversionismo ideológico entre algunos militantes que procedía de

¹¹⁴ La extensa carta a Mañach fue redactada en noviembre de 1931, mientras Roa estaba preso en el Hospital Militar de Columbia, y demoró en ser publicada. Puede leerse en la antología en cuatro tomos *Pensamiento y política cultural cubanos* de Nuria Nuiry Sánchez y Graciela Fernández Mayo, pp. 127-138. El momento al que se refiere Duanel Díaz dice: «Porque, en efecto, al tú aceptar categóricamente la existencia de minorías revolucionarias al margen, o por encima, de la lucha de clases estás incurriendo en flagrante confusionismo político. Estás por defecto de visión o conscientemente, deformando el sentido de un fenómeno de contornos nítidos y precisos. Por eso, tiene razón [Porfirio] Pendás cuando te replica, también categóricamente, que sólo pueden estimarse tales, en el régimen capitalista, a aquellas que combaten por su derrocamiento y la total reivindicación de sus víctimas. No sé si tú figurarás entre los que, a estas alturas, se empeñan en tapar con la pluma la realidad histórica de la lucha de clases, fenómeno que tiene su origen en la estructura económica de la sociedad y su base dialéctica en sus contradicciones» [...] 128, 129.

las filas del Partido Socialista Popular» (Díaz, 147). En sus formas más elaborada, cuando la ofensiva contra el diversionismo comience a enfocarse en otros sectores de la población, los orígenes de ese mal serán alargados hasta que se hundan en el anticomunismo más añejo y recalcitrante, y se le hará volver de allí, atravesando el terreno de la Guerra Fría y las urgencias del imperialismo frente al campo socialista, como si se tratara de arma íntegra del enemigo, tomada al enemigo y descifrada. Entonces, Cuba aparecerá en un contexto internacional como heredero de los mismos ataques que han conocido la URSS y los países de Europa del este, mientras la historia íntima de la organización comunista cubana, con su admirable progreso de la grisura a la hegemonía política, también queda ensamblada a aquel relato de intérpretes mundiales. Creo que no puede comprenderse bien esa figura del diversionismo ideológico sin sopesar estas circunstancias del Partido Socialista Popular, cómo se le saca de las pugnas del PSP con el gobierno de Fidel Castro al escenario de la Guerra Fría y donde la figura puede tener un uso más amplio y más sistemático. En esa articulación, que es a la vez estratégica e histórica, va a radicar mucha de su eficacia de esa figura.

Podrá objetarse que las represiones del gobierno revolucionario fueron más brutales, más amplias y tan tempranas como la Revolución misma, y por supuesto, no soslayamos nada de lo ocurrido antes del periodo que estamos tratando ahora. Conocemos los ajustes de cuenta y la represión de inicios de los sesenta, los tribunales revolucionarios y las tempranas violaciones del *habeas corpus*, la destrucción del Primer Gobierno de la Revolución, y el juicio al comandante Hubert Matos, el encierro de miles de personas en los estadios deportivos antes y después de los desembarcos contrarrevolucionarios por Playa Girón y Bahía de Cochinos; los campos de trabajo para desafectos y homosexuales;

los cierres y estatización de los medios difusores. Algunos de esos hechos ya han sido comentados y otros se comentarán más adelante. Lo que nos interesa aquí es describir el tránsito de una figura en particular -el diversionismo ideológico- y su conversión, entre finales de los sesenta e inicios de los setenta, de falta partidista en delito sociopolítico; su traslado de los ámbito del partido a los de la población; su metamorfosis de error ideológico en una sigilosa arma del enemigo que ahora puede encontrarse alojada en cualquier sitio de la sociedad. Nos interesa la falta no ya como reprimenda a determinados individuos, ni como praxis partidista o de determinados sectores, sino en su más amplio funcionamiento social. De hecho, el discurso de 1972 de Raúl Castro y la historia que se le provee allí a la figura del diversionismo ideológico, puede leerse, casi párrafo tras párrafo, como la historia tergiversada, enmascarada, del gobierno que emerge tras la eliminación de los rivales. Creo que para finales de los sesenta e inicios de los setenta todavía pesa en el gobierno el furibundo giro de la revolución burguesa liberal a la revolución socialista radical. Y pesa no porque tengan un compromiso con la verdad, sino, muy al contrario, porque es preciso producir una verdad. Como dice Michael Foucault en un momento muy notable de su estudio *Defender la sociedad* sobre lo agudo -más que sobre el mecanismo en sí- de la relación entre poder, verdad y derecho en las sociedades contemporáneas:

No hay ejercicio del poder sin cierta economía de los discursos de verdad que funcionan en, a partir y a través de ese poder. El poder nos somete a la producción de la verdad y sólo podemos ejercer el poder por la producción de la verdad [...] [...] Tenemos que producir la verdad del mismo modo que, al fin y al cabo, tenemos que producir riquezas, y tenemos que producir una para poder producir las otras. Y, por otro lado, estamos igualmente sometidos a la verdad en el sentido que esta es ley; el que decide, al menos en parte, es el discurso verdadero; él mismo vehiculiza, propulsa efectos de poder. Después de todo, como juzgados, condenados, clasificados, obligados a cumplir tareas, destinados a cierta manera de

vivir o a cierta de manera de morir, en función de discursos verdaderos que llevan consigo efectos específicos de poder. (34)

Verdad o verdades, pero que dieran justificación y arraigo al gobierno, a sus pedidos, a sus castigos, que le dieran sentido al peor de los sinsentidos revolucionarios. La búsqueda de una verdad fue algo nunca descuidado en la Revolución cubana; en sectores muy diversos de la población resultará algo tan efectivo como los hechos más palmarios de la política, y todavía hoy es fácil reencontrar los efectos de una cultura aferrada a la argumentación y a presuntas verdades. Así, la figura del diversionismo ideológico fue algo a lo que se le dotó de una historia y se le hizo parte de una historia, se le dotó de una coherencia, que se buscó meter en la sociedad como disciplina, y poner en acuerdo con el sistema de enseñanza, con ciertos valores ideológicos y, finalmente, con cierta legalidad. Todo esto tuvo algunos avances o tanteos en los sesenta, pero creo que ocurrió de modo más claro entre finales de la primera década de la Revolución e inicios de la siguiente, es decir, cuando terminadas las pugnas por el poder y una situación política y económica difícil, el gobierno notó que podía implementar un medio de control más extenso y, a fin de cuentas, en consonancia con la ideología de aquellas sociedades de los países del CAME a las que se estaba sumando.

No nos parece casual, entonces, que el caso Padilla, que se extiende de 1967 y 1971, haya comenzado como una censura moderada al contenido de un libro (al inicio se permitió la publicación del poemario, con una nota de la Unión de Escritores que repudiaba su contenido) y haya terminado en un juicio de corte estalinista contra el poeta y algunos otros individuos de su círculo literario. Podemos conjeturar que el caso Padilla tomó forma durante ese traspaso de la falta de la organización comunista a la ciudadanía y, asimismo, que sirvió a que tuviera lugar ese traspaso. Quizás, en cierta medida, fue su

primera muestra, y podría leerse, me parece, en relación con la historia del Partido Socialista Popular y el empleo de sus hombres en el gobierno, una trayectoria con muchos momentos que Padilla, como sus viejos amigos, los antiguos comunistas Carlos Franqui y Guillermo Cabrera Infante, conocía bien. Su juicio, pienso, está incrustado en ese traspaso de la falta del diversionismo de los ámbitos del partido a los de la población.

Es muy significativo que a pesar de las protestas internacionales y de la penosa imagen que dejó el encarcelamiento y la autoinculpación del poeta¹¹⁵, lo que continúa es un incremento de las prácticas represivas. ¿Por qué? Quizás porque se había comprobado que a pesar de los reproches más duros el gobierno de Fidel Castro no había sufrido mella, lo que tampoco significaba que no se corría ningún riesgo. O quizás porque fue precisamente durante esos hechos, a través de esos hechos, que se *descubrió* que la rutina partidista de regimentar la conducta y vigilar los desvíos¹¹⁶ podía ampliarse a los ciudadanos, es decir, extenderse en la forma de control, de disciplina, y absorber hostilidades más heterogéneas. Y ya en la conferencia de 1972 de Raúl Castro el

¹¹⁵ El 2 de abril el Pen Club de México envió una carta a Fidel Castro, donde desaprobaba la aprehensión del poeta. La firmaron José Álvaro, Fernando Benítez, Gastón García Cantú, José Luis Cuevas, Salvador Elizondo, Isabel Fraire, Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Vicente Leñero, Eduardo Lizalde, Marco Antonio Montes de Oca, José Emilio Pacheco, Octavio Paz, Carlos Pellicer, José Revueltas, Juan Rulfo, Jesús Silva Herzog, Ramón Xirau, Gabriel Zaid. (Casal, p. 76). El 9 de abril intelectuales europeos y latinoamericanos afectos a la Revolución también enviaron una carta al gobernante para expresarle su inquietud por el arresto de Padilla y pedirle que reexaminara la situación. La carta, publicada en *Le Monde*, fue firmada, entre otros, por Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre, Ítalo Calvino, Julio Cortázar, Margarite Duras, Hans Magnus Enzensberger, Carlos Franqui, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Juan Goytizolo, Luis Goytizolo, Octavio Paz, Jorge Semprún, Mario Vargas Llosa. (p. 74, 75).

¹¹⁶ Un ejemplo de esas prácticas que incluían la autocrítica pública y permitía ventilar los asuntos más íntimo en el círculo fiscalizador de los camaradas es la reunión a que fuera convocada la plana mayor del PSP en 1952 para discutir que Edith García Buchaca quisiera divorciarse de Carlos Rafael Rodríguez y casarse con su amante Joaquín Ordoqui. Cuenta la autora, Tania Díaz Castro: «El Secretario General, Blas Roca, que escuchaba atento los alegatos de los tres dirigentes comunistas implicados en el conflicto conyugal, le reprochó a Edith que se enamorara como una colegiala, sin importarle su posición en el partido, su pensamiento político, su esposo, sus hijas, mientras el resto de los dirigentes, Juan Marinello, Nicolás Guillén, Flavio Bravo, Manuel Luzardo, Salvador García Agüero, Lázaro Peña, Aníbal Escalante, su hermano César y otros, escuchaban en silencio, fumando con vehemencia.» “Infidelidad matrimonial comunista”. Publicado en Cubanet, 12 de junio de 2017. <https://www.radiotelevisionmarti.com/a/carlos-rafael-rodriguez-cuba-infidelidad-comunista/146754.html>

diversionismo es, más que una infracción en los códigos del partido, un arma fraguada en las ofensivas secretas contra el país de los soviets, empleada en Cuba, explica, desde que las invasiones y los levantamientos contrarrevolucionarios en las montañas han sido neutralizados. Como se ve, la purificación social y el orden que busca el gobierno se enmascaran de guerra y la guerra se enmascara de purificación. Así también las hostilidades se hacen más internas y contemporáneas, mientras la cuestión del estalinismo cobra un poco de ajenidad, un poco más anacronismo, y el gobierno cubano se despoja de las recriminaciones y se emplea más cómodamente en su papel de acusador.

Nada de esto es muy original, por supuesto, son sólo los vestigios y remedos de prácticas que ya tenían su historia en la URSS y que incluso en ese mismo momento, estaban siendo estudiadas y develadas. En su curso de 1975-1976, *Defender la sociedad*, Michael Foucault lo describe como una de las dos grandes transformaciones que el discurso revolucionario va a sufrir en el siglo XX, la metamorfosis subrepticia y difusamente *cientificista*, dice, del discurso revolucionario en el racismo de Estado soviético:

Se trata de retomar y asimilar el discurso revolucionario de las luchas sociales [...] a la gestión de una policía que garantiza la higiene silenciosa de una sociedad ordenada. Lo que el discurso revolucionario designaba como el enemigo de clase va a convertirse, en el racismo de Estado soviético, en una especie de peligro biológico. ¿Quién es ahora el enemigo de clase? Pues bien, es el enfermo, el desviado, el loco. Por consiguiente, el arma que debía luchar antaño contra el enemigo de clase (arma que era la de la guerra, o eventualmente la de la dialéctica y la convicción) ya no puede ser hoy más que una policía médica que elimina, como un enemigo de raza, a ese enemigo de clase. [...] [Así, el discurso revolucionario] se convierte en la prosa administrativa de un Estado que se protege en nombre de un patrimonio social que hay que mantener puro. (82)

Las palabras en el Informe de Raúl Castro de 1968 sobre una fracción opositora «que no provenía precisamente de las filas enemigas, sino de gente que se movía en las filas de

la Revolución, actuando desde supuestas posiciones revolucionarias» (3) son repetidas por el general en la conferencia de 1972 sobre el diversionismo, prelude, a su vez, de la exposición de 1974. Pero la pieza más ilustrativa de los vínculos entre la purga partidista y la cruzada de purificación ciudadana vamos a encontrarla en otra exposición, la que se desarrolló en la intimidad y el secretismo del Comité Central del Partido Comunista, cuando el proceso contra Escalante y sus hombres. Hacia el final del Informe Raúl Castro dice:

[...]En el Buró Político se tomó la decisión de organizar una exposición en un lugar próximo a este local, para lo que se le entregará a cada uno de los miembros del Comité Central que se encuentran aquí un folleto numerado, con el nombre de cada cual, que antes de salir de aquí, deben devolverlo, y que contiene un índice de todas las pruebas que obran en nuestro poder, para que, en la exposición, todo el que lo desee pueda apreciarlas directamente: documentos ocupados, declaraciones de los detenidos, fotografías de los encartados en distintas actividades conspirativas, grabaciones de conversaciones, reuniones, exposición de documentos y películas de interrogatorios practicados, logrados a través de la técnica operativa, etc., todo puesto a disposición de todo el Comité Central. Después que usen el folleto, lo vuelven a devolver [sic] en el mismo lugar donde se lo entreguen para su control por las cosas que en el mismo se exponen [...] (18)

Procedimiento, lenguaje, propósitos y precauciones que se repiten de la exposición de 68 a la del 74. Me pregunto si no fue esa clase de zozobra y vigilancia sobre los folletos lo que hizo del encontrado en la Stasi un ejemplar tan único. Me pregunto si la exposición del 74, abierta al público, fue también para un público determinado, lo que por supuesto no supone ninguna atenuación del terror, pues el individuo emplazado está completamente despojado de su ámbito, sin más historia que la de su presunta ofensa o la vinculada a la ofensa. La cruzada de los setenta contra el diversionismo parece haber sido un *hallazgo* del gobierno mientras se enfrentaba a su propia gente y a su propia historia. Poco importa lo bien que se le haya ajustado a circunstancias políticas internacionales y a amenazas más soberbias, la idea del diversionismo ideológico comenzó a hacerse posible

en el ambiente de la uniformidad partidista donde, más que de oposición, se hablaba de desvíos, y tuvo unos orígenes mucho más bajos, siempre en vínculo con las ambiciones de poder. Volvamos a estas palabras de Raúl Castro sobre la fracción de Aníbal

Escalante:

Los temas que se trataban eran, fundamentalmente, en aquella etapa, el problema chino soviético, la alianza obrero-campesina, la amistad Cuba-URSS, el regreso de Aníbal Escalante, brindis por la unidad revolucionaria. [Escalante alegaba] que en los años 56, 57 y 58 él había estado a favor de la lucha armada, frente al criterio de otros dirigentes dentro de ese partido. Afirmaba en ocasiones esto para reafirmar su figura y desprestigiar con sus intrigas a otros dirigentes del PSP que actualmente son miembros del Comité Central. (5)

No se empodera y se usa a un antiguo contrincante sin consecuencias y, bien examinados, esos años pondrían a luz los empeños de los hermanos Castro (curiosamente, cada uno de ellos adepto a uno de los grupos: Fidel a los herejes y Raúl a los dogmáticos) por dejar atrás los pormenores de esos vínculos, las ingratitudes y hasta las gratitudes de unos hombres y entrar en el paisaje de la revolución socialista de las masas, especialmente después del juicio a Padilla y las protestas de los intelectuales de izquierda. La trama verdadera en el proceso contra Escalante, y la más reprimida, la más simulada, es la cuestión del poder, y a ello responde que Carlos Rafael Rodríguez, uno de los veteranos aludidos por la fracción entre los traidores y oportunistas plegados al gobierno, haya sido quien cerrara, después del Informe de Raúl Castro, el proceso. Allí leemos:

Hoy solamente quisiéramos decir que, a nuestro juicio, lo que Aníbal Escalante ha hecho no lo pagaría con el fusilamiento -y no estoy, desde luego, proponiendo que se le fusile- pero no lo pagaría con el fusilamiento porque el daño que ha hecho consiste, a mi juicio, en esencia, en que un proceso de unidad que empezó siendo justo pudo ser un proceso alegre y fraternal, en que compañeros de distintas organizaciones que habíamos trabajado conjuntamente o separadamente por un mismo objetivo nos empezábamos a agrupar. Lo justo, lo convirtió en un proceso envenenado y en un proceso que después ha sido doloroso. Porque aunque la unidad cada día es mayor, quiero decir que me parece enteramente justificada la reserva que uno percibe que puedan tener algunos compañeros, la forma en que se nos

pueda mirar a algunos de nosotros, por la actuación de algunos de los que fueron nuestros antiguos compañeros.

Entonces, como el hombre designado por Fidel Castro en 1962 para crear las Organizaciones Integradas Revolucionarias -temprano recurso de centralización del poder que causó tanto recelo que tuvo que ser puesto en suspenso- no podía ser acusado de ir en contra de la unidad, fue acusado de haber estropeado la alegría del proceso de unificación. Por supuesto, Carlos Rafael no se detiene en lo que el predominio creciente de su partido significó para otros, comienza un poco más tarde en la historia, pues ya no se trata de hablar en los términos de conflicto sino en los del acuerdo, ni se trata de discutir los despotismos o las políticas del gobierno -cuestiones que ni del modo más inofensivo están en debate-, sino de acercarse como irregularidad y absurdo a aquello que lo dificulta. Carlos Rafael continúa:

Aníbal Escalante había demostrado ser una personalidad malvada o anormal, y queriendo ser generosos dijimos entonces [en 1962] que nos parecía que tenía más de anormal que de malvado.

Pero leyendo esa “autocrítica” suya que yo digo que es una autocrítica enteramente falta de sinceridad como tantas otras manifestaciones que ha tenido, diría en este caso -como decía un compañero actualmente miembro del Buró Político- que era a la vez un malvado y anormal; que los elementos de anormalidad en su conducta, de endiosamiento, de creerse el dueño y no sólo del Partido sino del país, y no creerse inferior ni siquiera a Lenin [...] estos elementos de anormalidad se conjugan de una manera muy ostensible con elementos que merecen moralmente la más dura calificación. (29, 30)

Si los fraccionarios habían visto en Escalante una figura del partido con más prestigio ante la URSS que el propio Fidel Castro, ahí estaba nuevamente, iluminado con la luz negra de su corrupción, su anomalía, su maldad, como reverso del verdadero líder. Y al igual que en el 62 el escandaloso acomodo de los comunistas en múltiples puestos de la dirección del país había sido expiado con la defenestración de un hombre, aquí se enjuicia un carácter. Y es que, a pesar del tiempo transcurrido, y de las bifurcaciones y

los saltos, continuamos en el mismo proceso. Pero lo verdaderamente importante ahora es la entrada, ya nada tímida, en la persona, en su índole, su comportamiento. Ahora es lo dañado en un individuo lo que va a decir quién es políticamente. Su moral es lo que va a determinar su falta política. Es lo que va a descubrir sus simpatías políticas y filiaciones. Resulta, entonces, que Aníbal Escalante no es el único de conducta censurable en las palabras de Carlos Rafael: Octavio Fernández se corrompió mientras bebía y compartía con los hombres de aquel grupo; Fleitas había montado un lupanar en su oficina; Ramiro Puertas era un inmoral; Alberto Maceiras alguna vez había sido expulsado del PSP por robo; Manuel Braso Chapman había mostrado problemas de alcoholismo (29-32). Como el propio Carlos Rafael Rodríguez dice, su intención es explicar qué tipo de gente es esta que se está presentando como defensora del proletariado y campeona del comunismo. Obviamente, su carácter o su conducta los tiene extraviados políticamente, y los invalida. En la conferencia del 72, a propósito de esa amenaza de la desviación que anda furtivamente por todas partes de la sociedad buscando donde prender y florecer, Raúl Castro retoma el asunto:

Figuran también, entre los factores que aprovecha el enemigo, las debilidades y los defectos [...] El enemigo está siempre a la caza de los descontentos, de los inconformes, de los criticones, de los vanidosos, de los indiscretos, de los que tienen una vida personal moralmente desordenada, de los que andan en busca de artículos procedentes del área capitalista, de los ambiciosos, vacilantes y débiles de espíritu. (12)

Por supuesto, el traslado de la infracción de que venimos hablando y la exigencia de una conducta íntegra -la más íntegra- requerían de un tiempo formativo y una cohesión que la sociedad, a diferencia de aquel viejo partido, aún no tenía. El partido es, entonces, el lugar de los primeros ejemplos de desvío, pero para la conferencia del 72 ya se han concebido nuevos grupos en riesgo: en la lista del general los comunistas conflictivos (y

en conflicto) son seguidos por los religiosos, los jóvenes, los escritores, gente en general de la cultura, gente en contacto con extranjeros, como, por ejemplo, los miembros de la marina mercante. El mal puede ser hallado en un sector, en un grupo o en un individuo. Se trata de un enemigo que hace mirar hacia afuera y hacia el pasado. Llega del imperialismo o se vale de la herencia burguesa y de la poca formación política y teórica que todavía tienen las masas. La microfracción habría criticado el carácter burgués del gobierno, pero, en realidad, es un arma que el gobierno tiene en sus manos desde los tiempos en que se adscribió al socialismo y que no soltará nunca. Apenas una década de gobierno revolucionario y lo burgués se ha convertido en un prejuicio de raíces muy profundas, siempre asociado a un pasado de males: la República decadente de corrupción, lujo y solaz; los privilegios de clase; el país como factoría americana. La ofensiva contra el diversionismo ideológico va a tener siempre esas coordenadas contra el afuera y el pasado, y a favor del futuro. Hay que lidiar con lo de antes, pero todas las miras están en la formación de los nuevos individuos, en la nueva sociedad proletaria y socialista. Poco hacía que Fidel había estado en Bulgaria -dice Raúl Castro en su conferencia-, y allí, en el congreso de las Juventudes dimitrovianas, se había referido a las sociedades de más desarrollo que aunque «hacen grandes alardes tecnológicos, grandes alardes de sus productos suntuarios, no han podido ofrecerle al hombre en el campo moral, en el campo espiritual, ningún incentivo. No han podido ofrecerle a la juventud ningún camino»; y en una de sus visitas a los Estados Unidos había traído a cuentas todos los daños de las sociedades avanzadas pero vacuas: cada vez más crimen, más delincuencia, más uso de drogas y desequilibrio mental entre los jóvenes -había dicho Fidel- y «los hábitos de vestir, de calzar, las indumentarias que usan son prácticamente irreconocibles. Y en

muchos casos no se puede siquiera distinguir un muchacho de una muchacha» (R. Castro, 11).

La exposición de 1974 sobre el diversionismo ideológico fue tan ecléctica porque contenía el traslado del control de unos grupos cercanos al poder a la vigilancia de la sociedad. Porque pretendía cubrir un amplio espectro que, sin obviar el gran tópico de la guerra, pasara también por los atavismos, la formación de los individuos y la conducta. No asombrará entonces la primacía que la novela policial revolucionaria toma en esos años, un subgénero muy bien estudiado por Duanel Díaz en el que la infracción social o laboral será siempre algo más: «los delincuentes están a menudo asociados a la CIA, los robos a los intentos de salida ilegal del país, los delitos comunes a la contrarrevolución, la criminalidad a la superstición y el ausentismo» (122, 152)

Aquellos delirantes argumentos según los cuales la guerrilla de la Sierra Maestra había llegado empíricamente al marxismo leninismo, resultan entonces más delirantes y más útiles que nunca, pues el partido y su filosofía se estaban convirtiendo en el eslabón entre el independentismo cubano, desde los tiempos de la conquista de América, y la sociedad de normalización y disciplinamiento a la que se aspiraba y que estaba comenzando a emerger. Como decíamos antes, con su supervivencia excepcional después del triunfo y la integración de fuerzas políticas a que sirvió, el partido resultó el medio más idóneo para el traslado del delito de diversionismo a una sociedad en la que todas las formas de oposición tradicionales habían sido eliminadas y comenzaban a parecer, frente a la idea de la revolución antiimperialista continental, obsoletas. Ya ni siquiera en la confrontación de sus enemigos el gobierno reconocía tener enemigos: se aspiraba a una sociedad homogénea políticamente, y todo lo que la perturbara no sería precisamente antagonismo,

sería desvío, corrupción, algo dañado por esos influjos que llegaban del pasado o de afuera. De todos aquellos lugares que todavía no eran el futuro pero que tampoco podían ser el presente. Entonces, no sólo se trataba, como pudo creerse, de un gobierno empeñado en la formación de la nueva sociedad, y de ese hombre nuevo del que se habló incansablemente y que consiguió alterar tantos procederes, no sólo se trataba de crear hombres que serían cada vez más perfectos y de lanzarlos a la vida como guardianes del bien y la justicia, también se trataba del desafío político cada vez más nulo que aquel individuo iba significando al gobierno de esa sociedad en saneamiento y mejoramiento permanentes, y de la que se estaba volviendo tan íntimo.

Ahora bien, no se piense que estos despliegues de control se hicieron y se continúan haciendo a través, fundamentalmente, de palabras. Aunque el ejercicio del poder en Cuba ha sido extremadamente retórico, no carece de recursos mucho más persuasivos: tribunales revolucionarios, juicios sumarios, fusilamientos, encarcelamientos, expulsiones, destituciones, y una gran variedad de amenazas y vigilancias, todo ello respaldado por la ley del Estado socialista. Cuando decimos que el delito del diversionismo fue trasladado de las pugnas del partido a la sociedad, nos referimos a un cambio de mira que ocurrió sin descuido de lo legal. En su conferencia Raúl Castro dijo:

No menos importantes son las bases jurídicas que deben garantizar plenamente los objetivos e intereses del Estado revolucionario. Desde los primeros meses del triunfo revolucionario fue necesario defender jurídicamente a la Revolución, aprovechándose la legislación prerrevolucionaria en la defensa penal del proceso revolucionario, en especial en la de carácter violento.

Pero contra actividades más sutiles como las que caracterizan el diversionismo ideológico, la Revolución no ha legislado lo suficiente. En nuestro sistema jurídico vigente hay una serie de leyes que garantizan los derechos de los ciudadanos en tal medida que favorecen la ejecución de acciones diversionistas convenientemente enmascaradas. Y debemos ir a la elaboración de leyes que caractericen el fenómeno en sus aspectos más comunes y relevantes, y posibiliten la acción de los órganos de la Seguridad del Estado, previendo responsabilidad penal para los que incurran en

acciones de diversionismo ideológico tales como la agitación y propaganda con el objetivo de derribar o debilitar el poder revolucionario, propagar de forma oral infundios calumniosos contra la construcción del socialismo o literatura con los mismos objetivos; la actividad organizativa hacia la preparación de delitos contrarrevolucionarios y la participación en organizaciones contrarrevolucionarias, y en virtud de la solidaridad internacional, sancionar todo delito cometido contra otro Estado de trabajadores o contra los movimientos y partidos revolucionarios. (13)

La exposición de 1974 sobre el diversionismo ideológico fue así, muchísimo más que una reprimenda, una advertencia de males mayores en los que estaría envuelta la ley. Cada vez más doméstico, ese delito, sin embargo, nunca perdió contacto con lo exterior, el lugar de donde llegaban a Cuba muchos de sus males pero también muchos de sus auxilios. Por eso, de la manera más abrupta y chapucera, Raúl Castro envuelve en una misma falta a un solapado propagador de infundios sobre el socialismo y a quien atente contra movimientos revolucionarios en otras partes del mundo. Por eso también John F. Kennedy había sido «el primero en proponer “el despliegue de una ofensiva ideológica pacífica” contra el socialismo», había llamado a sembrar las semillas de la libertad en cualquier grieta de la Cortina de Hierro, y durante la Crisis de Octubre había hablado de una lucha sin clemencia que iría más allá de los límites del enfrentamiento de los ejércitos (6, 7). La figura del diversionismo, con tanta historia propia entre los comunistas, encontró en la susodicha guerra psicológica del capitalismo contra el socialismo una de sus mejores piezas de engarce y extensión. La sociedad homogénea que se estaba buscando, y que había conocido unos momentos de lucha armada más convencionales, ahora aparecía amenazada por otra forma de esa misma guerra, la de las batallas silenciosas y veladas, y con un enemigo artero que a menudo ni siquiera parecía un enemigo, pero que seguía siendo el mismo y que lidiaba en ambos frentes:

Una gran responsabilidad en esta lucha contra el diversionismo ideológico - continuó Raúl Castro- recae sobre los combatientes del Ministerio del Interior. Es necesario señalar que el enemigo no abandona las otras formas de agresión contra nuestro pueblo, y seguirá recurriendo a la infiltración de agentes, sabotajes, ataques piratas, desembarcos. Y continuará alentando los trajines de los elementos contrarrevolucionarios que sueñan con un regreso en una nueva invasión. (13)

Hoy se sabe mucho más del papel que Estados Unidos jugó y del papel que no jugó en el desembarco de 1961 por Girón y Bahía de Cochinos, y también se sabe más sobre lo que requirió que Fidel Castro se hiciera con el mando de un movimiento revolucionario de fuerzas múltiples. Bastante diferente debió ser cuando se vivía, no en la distancia de los hechos, sino en ellos. La invasión de 1961 y el alzamiento de campesinos en las montañas del centro del país entre 1960 y 1964 fueron por mucho tiempo y, quizás, todavía, las bestias negras de la nueva épica nacional. Allí revolución y contrarrevolución estaban en su quintaescencia y acababan los razonamientos. La invasión del 61 y los alzados del Escambray se constituyeron en un segundo momento originario de la Revolución y se hicieron un amasijo con la gestión del país y la emergencia del nuevo Estado. En unas páginas muy inusuales que hemos mencionado (escritas en 1966 aunque publicadas mucho más tarde), Carlos Rafael Rodríguez, presidente del Instituto Nacional de Reforma Agraria entre 1962 y 1965, se refirió al temprano malestar que cundía en el campesinado:

Hubo un momento en la revolución cubana, en los finales de 1960, y durante 1961, en que algunos errores extremistas empezaron a sembrar entre los pequeños campesinos alguna desconfianza hacia los objetivos de la revolución. La utilización de medidas coercitivas para obligarlos a vender al estado aquellos productos que los intermediarios especuladores obtenían de ellos con el estímulo de un precio ilegítimo más alto, la aplicación a pequeños campesinos de ciertas medidas destinadas a sancionar a los burgueses reales contrarrevolucionarios y la hostilidad dirigida por igual contra las diversas capas del sector privado, sirvieron de caldo de cultivo a la contrarrevolución para sembrar entre los campesinos pequeños una incomodidad que de haberse extendido habría constituido un peligro. (Rodríguez *Cuba* 152, 153)

Relación inusual, sin dudas, pero siempre con la imagen pronta de un campesinado manejable por terceros, y otras líneas donde se nos habla de su avidez; del apego a sus posesiones; de su gran individualismo, paradójico en medio de su tremenda pobreza; de su inculta permeabilidad a la propaganda antisocialista y anticomunista y de su rechazo a las cooperativas (152) y, al fondo de todo ello, las bandas de alzados organizadas por la CIA o a su servicio que el autor nunca pierde de vista (138, 154), mientras el reparto de la tierra que Fidel Castro había prometido y que incluso había comenzado a ensayar cuando la lucha de la Sierra, en las áreas que la guerrilla dominaba (dos caballerías gratuitas para cada pequeño agricultor), sólo reaparece en esas páginas de Carlos Rafael como una de las etapas del tránsito a la agricultura socialista, un momento sujeto a aquellas leyes históricas por la cuales, en el tempranísimo 1963, el 70% de los suelos cultivables del país ya estaba, con el nombre de “propiedad de todo el pueblo”, en manos del Estado (153, 155). Y respecto a los invasores, ¿cuántos, andando el tiempo, no quedarían perplejos al descubrir que las incursiones anticastristas, los llamados desembarcos mercenarios, no fue únicamente un asunto de ricos propietarios desposeídos o de batistianos asesinos, sino también de antiguos miembros del 26 de julio, del Directorio revolucionario, y de gente que incluso había estado en primer gobierno de la Revolución?¹¹⁷

¹¹⁷ Por ejemplo, el piloto Pedro Díaz Lanz fue separado de su cargo de Jefe de la Fuerzas Aéreas del primer gobierno revolucionario después de una aparición pública en que se declaró en contra de todo tipo de tiranía, incluida la comunista. Se exilió inmediatamente después de la destitución, y ya en los Estados Unidos declaró ante el Subcomité de Seguridad Interna del Senado sobre la radicalización del régimen y sobre la amenaza que se estaban volviendo los comunistas. Al igual que en los años de su apoyo a los guerrilleros, a finales del 59, sobrevoló la capital con un bombardero B25 para lanzar proclamas que decían que Fidel Castro era comunista y llevaban su firma. La prensa cubana se refirió al hecho como “El Pearl Harbor de La Habana”. (Thomas, pp. 1592-1596). Pero Manuel Ray es probablemente la figura más ilustrativa al respecto: con una carrera brillante de ingeniero y obras entre las cuales están el túnel del río Almendares y el Hotel Hilton, se unió al movimiento 26 de julio y dirigió las

La gestión del gobierno se desarrolló en medio y a través de ese inextricable amasijo de fuerzas y acontecimientos, y donde el motivo de la agresión extranjera hizo siempre de gran decantador. Por su presumible vínculo con los Estados Unidos, toda forma de reacción armada -en un país que no estaba desacostumbrado sino, más bien, exhausto de violencia, y que tenía una larga relación de amor y odio hacia la potencia vecina- se convirtió en un resorte inmediato de aversión, y esa aversión rindió muchas ganancias al gobierno, una de las mayores, la captura o inhibición del pensamiento. «El diversionismo ideológico se realiza, ante todo, mediante la acción sobre la inteligencia, los sentimientos y las mentes de las personas» (8), dijo Raúl Castro en la conferencia del 1972 como si sólo hablara de los embrujos del enemigo.

La estrambótica muestra de 1974 se basaba precisamente en eso, en un camino de encuentro de las cosas allí reunidas que los prejuicios, las aversiones pasadas y presentes y los temores, se encargarían de completar. Mientras más se consolida el gobierno, mientras más control tiene sobre la población, más requiere de ese vínculo entre la agresión de afuera y la reacción interna. Y no sólo por todo lo que el vínculo daría como

acciones de sabotaje del movimiento de la Resistencia Cívica en la capital (Thomas, 1215, 1227, 1254, 1275, 1299). Al triunfo de la Revolución fue Ministro de Obras Públicas del primer gobierno revolucionario, pero adversario desde la República de los comunistas y tras desacuerdos con Fidel Castro, su protesta por el trato dado al Presidente Urrutia [Manuel Urrutia Lleó (1901-1981)] (1535, 1537) y su oposición a la ejecución del comandante del 26 de julio Hubert Matos (1597), fue destituido y pasó a la resistencia abierta (1602). Poco después, como en tiempos de la lucha contra Batista, comenzó la lucha clandestina, fundó el Movimiento Revolucionario del Pueblo que buscaba resistir sin vincularse a los Estados Unidos y estuvo integrado por antiguos partidarios de Fidel Castro que ya se le oponían dentro y fuera de Cuba. Ray tenía una consigna que, según H. Thomas, resultaba demasiado sofisticada: "Fidelismo sin Fidel" (1646). Bajo su mando y dirección el MRP consiguió rescatar de la prisión de La Cabaña a varios oficiales condenados durante el proceso contra Matos, acción relevante tras la cual Ray tuvo que huir de Cuba (1634, 1639, 1672, 1875). En el exilio continuó con las intenciones de derrocar a Fidel Castro desde dentro y seguir con las reformas liberales que guiaran su lucha de antes de 1959. Sin embargo, tuvo que entrar en tratos con la CIA que, a su vez, terminó por aceptar su participación en los grupos del exilio, pues se querían más liberales entre los integrantes (1667-9, 1686). Por el Consejo Revolucionario Cubano estuvo vinculado a la Brigada 2506 que desembarcaría en Cuba en abril de 1961 (1735), pero rompió estos vínculos por la participación de batistianos entre los invasores y la falta de apoyo de los americanos. Como miembro de una nueva organización, la Junta Revolucionaria Cubana, en 1964 participó en un desembarco que el mal tiempo hizo fracasar. Detenido con armas y explosivos en un cayo de las Bahamas, abandonó la lucha armada y pasó a la lucha cívica pacífica.

figura penal, sino también, como ya decíamos, por el interés, en no reconocer ninguna resistencia interna, en vaciar de enemigos el presente y el entorno del gobierno, y en conservar toda clase de hostilidad política enquistada o, cuando menos, relacionada con aquellos comienzos de la guerra y la invasión.

Épicos y cada vez más remotos, los sesenta van a convertirse en la tierra que guarde los despojos más extraños. Acaso, incluso, los más odiados; y, sin embargo, allí mismo había habido combates de flancos desconocidos, llamas perdidas en otras llamas, combates y restos de los que nunca se supo o de los que se supo cuando ya estaban convertidos en otra cosa. Lugares donde la historia amenaza con dar un vuelco entero y a los que se llega siempre, si se llega, con suma dificultad. Creo poder decir que de esos primeros sesenta data la noción muy restringida que la gente tendría en Cuba de un preso político, siempre asociado a la reacción armada, al *bandido* del Escambray, al *mercenario* invasor, a la contrarrevolución que hace sabotaje y está al servicio de la CIA. De esos años y de esas clasificaciones y prejuicios sistematizados debió salir también la distancia, muy visible hasta hace poco, entre el opositor político y el intelectual disidente. Vimos antes que publicaciones como *Lunes de Revolución* o *Pensamiento crítico* ayudaron al surgimiento de la figura del intelectual contestatario, y vimos cómo esas publicaciones -que en realidad nunca desaparecieron del todo, sino que fueron sucesivamente suplidas por otras más especializadas, como *Criterios* (1972-1994 y 2004-2017) y *Temas* (1984-1992 y 1995)¹¹⁸-, establecieron el terreno y, en gran medida, los términos de su crítica. Pues

¹¹⁸ En la conferencia inaugural del ciclo de enero de 2007 “La política cultural del periodo revolucionario: Memoria y reflexión”, recogido más tarde en un libro homónimo, el director de la revista *Criterios* y del Centro Teórico-Cultural Criterios, Desiderio Navarro, comentó: “Como le escribí recientemente en una carta privada -en estos días hecha pública -al amigo Fernando Martínez Heredia con motivo de su Premio Nacional de Ciencias Sociales: «Los que vieron en el parecido semántico-lexical una relación de familia entre los nombres de *Criterios* y *Pensamiento*

bien, cuando el intelectual se hizo disidente, por lo general no se mezcló con el resto de la oposición, aquellos sobre los que seguía cayendo la sombra nefasta del extremismo político, la falta de formación, su tendencia a la derecha, sus supuestos vínculos con el extranjero. Así, con intereses muy parecidos y a veces idénticos, andarán un largo trecho, ignorándose y en muchas ocasiones atacándose duramente, ambas oposiciones.

Con las reyertas entre comunistas y sus purgas -muy desconocidas por muchos pero que seguían dándole forma al gobierno-, con el juicio a Heberto Padilla, y el Congreso de Educación y Cultura que inmediatamente le siguió y que permitió a Fidel Castro uno de sus discursos más violentos, dirigido a la intelectualidad extranjera y, también, sin gran disimulo, a la de Cuba, la primera década de la Revolución desemboca en prácticas de saneamiento social y control político, un periodo que hoy se conoce con el impreciso término de Quinquenio gris¹¹⁹. Sin embargo, lo ocurrido entonces no ha solido explicarse

crítico, no se equivocaron. Los que vieron una relación de catálisis en la irrupción de *Criterios* tan solo siete meses después de la desaparición de *Pensamiento crítico*, tampoco se equivocaron.

«Sólo el aprovechamiento de la conjunción del culto de la URSS y -en menor medida- del campo socialista, por una parte, y la ignorancia total de las “vacas sagradas” del pavonato [Luis Pavón Tamayo, Presidente del Consejo Nacional de Cultura entre 1971 y 1976] sobre qué pasaba realmente con tales o cuales autores y teorías en esos países, por la otra, me permitió publicar durante dos años trabajos clásicos o artículos introductorios del formalismo ruso, la semiótica soviética y el neoestructuralismo checo, e incluso de Todorov, Tel Quel y Umberto Eco como partidarios y divulgadores de esas ideas. Nunca fue más cierta la expresión “docta ignorancia” entre nosotros» (16)

La revista *Criterios* tuvo varias muertes y resurrecciones: 1971-1974, 1976-1994, 2002-2017. La revista *Temas*, dirigida por Rafael Hernández, tuvo una primera temporada, entre 1984 y 1992, de trabajos especializados en la cultura, y una segunda, de 1995 hasta el presente, en la que se amplía su contenido y se propone un mayor alcance. Según este nuevo formato, está dedicada a las ciencias sociales y la humanística, las artes y las letras, la teoría política y la ideología, y busca ser una revista para el debate y la plural sociedad cubana actual.

¹¹⁹ En un momento de su intervención en el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, el 30 de abril de 1971 en el Teatro de la Central de Trabajadores de Cuba, Fidel Castro dijo:

¿Y los otros problemas? Si a cualquiera de esos “agentillos” del colonialismo cultural lo presentamos nada más que en este Congreso, creo que hay que usar la policía, no obstante lo cívicos y lo disciplinados que son nuestros trabajadores y que son estos delegados al Congreso. No se pueden ni traer, eso lo sabe todo el mundo. Así es. Por el desprecio profundo que se ha manifestado incesantemente sobre todas estas cuestiones.

De manera que me he querido referir a esto para explicarles el por qué a los liberales burgueses.

Están en guerra contra nosotros. ¡Qué bueno! ¡Qué magnífico! Se van a desenmascarar y se van a quedar desnudos hasta los tobillos. Están en guerra, sí, contra el país que mantiene una posición como la de Cuba, a 90

como algo en lo que Fidel Castro o Raúl Castro hubiesen tenido injerencia directa, ni como parte de las luchas de poder, esa serie de eliminaciones que comenzó con la burguesía reformista liberal, se extendió a los integrantes no comunistas del 26 de julio y del Directorio revolucionario, y que, llegado el momento, cayó sobre los veteranos y bisoños de la única organización partidista que tenía el país. Eliminada la reacción armada y los rivales, lo que entonces desvela al gobierno es la atomización de sus oponentes, el hecho de que toda posible oposición esté entonces, y cada vez más, alojada en la ciudadanía, es decir, en sectores que les son más desconocidos y distantes. Esa inquietud se refleja muy bien, pienso, en la heterogénea lista de faltas que tenemos en la conferencia de 1972 de Raúl Castro y la exposición de 1974 y, asimismo, en los

millas de Estados Unidos, sin una sola concesión, sin el menor asomo de claudicación, y que forma parte de todo un mundo integrado por cientos de millones que no podrán servir de pretexto a los seudoizquierdistas descarados que quieren ganar laureles viviendo en París, en Londres, en Roma. Algunos de ellos son latinoamericanos descarados, que en vez de estar allí en la trinchera de combate (APLAUSOS), en la trinchera de combate, viven en los salones burgueses, a 10 000 millas de los problemas, usufructuando un poquito de la fama que ganaron cuando en una primera fase fueron capaces de expresar algo de los problemas latinoamericanos.

Pero lo que es con Cuba, a Cuba no la podrán volver a utilizar jamás, ¡jamás!, ni defendiéndola. Cuando nos vayan a defender les vamos a decir: “¡No nos defiendan, compadres, por favor, no nos defiendan!” (APLAUSOS.) “¡No nos conviene que nos defiendan!”, les diremos.

Y desde luego, como se acordó por el Congreso, ¿concurritos aquí para venir a hacer el papel de jueces? ¡No! ¡Para hacer el papel de jueces hay que ser aquí revolucionarios de verdad, intelectuales de verdad, combatientes de verdad! (APLAUSOS.) Y para volver a recibir un premio, en concurso nacional o internacional, tiene que ser revolucionario de verdad, escritor de verdad, poeta de verdad (APLAUSOS), revolucionario de verdad. Eso está claro. Y más claro que el agua. Y las revistas y concursos, no aptos para farsantes. Y tendrán cabida los escritores revolucionarios, esos que desde París ellos desprecian, porque los miran como unos aprendices, como unos pobrecitos y unos infelices que no tienen fama internacional. Y esos señores buscan la fama, aunque sea la peor fama; pero siempre tratan, desde luego, si fuera posible, la mejor.

Tendrán cabida ahora aquí, y sin contemplación de ninguna clase, ni vacilaciones, ni medias tintas, ni paños calientes, tendrán cabida únicamente los revolucionarios.

Ya saben, señores intelectuales burgueses y libelistas burgueses y agentes de la CIA y de las inteligencias del imperialismo, es decir, de los servicios de inteligencia, de espionaje del imperialismo: En Cuba no tendrán entrada, ¡no tendrán entrada!, como no se la damos a UPI y a AP (APLAUSOS). ¡Cerrada la entrada indefinidamente (APLAUSOS), por tiempo indefinido y por tiempo infinito!

Eso es todo lo que tenemos que decir al respecto.

ordenamientos y regulaciones de la sociedad que se están buscando y en los empeños formativos.

VI. El hinchado barril de los setenta y el terror ancla

Largos años tuvieron que pasar para que aparecieran las primeras referencias públicas a los hechos de los setenta, y cuando aparecieron llegaron tratados como los males de la burocracia y los desafueros de unos funcionarios muy obtusos y muy celosos de su tarea. Ciertamente buena parte de las estrategias no estaban a la vista, y que había mucha información tergiversada y compartimentada, pero, ¿hubiera sido posible manejarlo de otro modo? ¿Se hubiera podido señalar directamente a Fidel Castro, a Raúl Castro, o siquiera a la política nacional? Hacia mediados de los años ochenta comenzó a hablarse del Quinquenio Gris de la cultura cubana, un término que, al decir de su creador, el crítico literario Ambrosio Fornet, surgió como el imperativo metodológico de tratar con aquel momento de prejuicios y empobrecimiento de la cultura, y de establecer un antes y un después de aquellos años que obviamente, continuaban rodeados de silencio. Imperativo metodológico al que habría que añadir la situación de unos ochenta que habían comenzado con el éxodo del Mariel¹²⁰ y que cada día iban quedando más aderezados por las noticias de la Perestroika y la Glásnost. El término, a pesar de las variantes burlonas que en seguida se atrajo, se abrió camino y se le escuchó con frecuencia en los debates y amagos de reforma que todavía llegaron a ocurrir en Cuba

¹²⁰ El éxodo del Mariel ocurrió entre el 15 de abril y el 31 de octubre de 1980. Comenzó con un asalto a la embajada del Perú en La Habana y la petición de asilo de un grupo de personas al que se unieron muchos otros cuando el gobierno, incapaz de controlar la situación, invitó a abandonar el país a todos los que lo deseara. Llegaron flotillas privadas desde la Florida y para finales de octubre unas 120 000 personas habían abandonado la isla. Se ha dicho que el éxodo se debió, sobre todo, a la crisis económica de Cuba en los setenta. Fue un factor, sin dudas, pero al que habría que añadir la represión sostenida y extendida de aquellos años. El éxodo del Mariel provocó rechazo en la comunidad cubano americana en los Estados Unidos, pues el gobierno había aprovechado la ocasión para sacar de sus prisiones e integrar al éxodo a criminales y delincuentes comunes, así como pacientes de psiquiatría. Algunos artistas de relevancia como el escritor Reinaldo Arenas, el pintor Carlos Alfonso y el jazzista Ignacio Berroa, abandonaron el país en ese momento.

antes del desplome del campo socialista y, por supuesto, en las inagotables discusiones de los noventa. Para el nuevo milenio, los setenta o el Quinquenio Gris parecían haberse convertido en cosa del pasado, un islote pesadillesco que, sin embargo, se rodeaba o se cruzaba con cierta facilidad, es decir, con la facilidad de lo que había sido explicado, sin demasiados detalles, como un desvío de la revolución verdadera -la de «los ubérrimos sesenta», para usar una expresión de Desiderio Navarro (2008, 7)-, o como un eclipse que dejaran unos funcionarios lamentables que no cabían en el futuro de Cuba. Resultaba, sin embargo, que el futuro ya era presente. La muerte había venido a tomarle las primeras medidas a Fidel Castro y mientras hilvanaba con sus alfileres y hebras terribles¹²¹, un curioso azar hizo que reaparecieran en televisión, por razones diversas que no excluyeron el homenaje, algunos de aquellos envejecidos y temidos funcionarios. Los escritores y artistas se alarmaron: ¿qué significaba aquello?, ¿era un acto de desmemoria o un recordatorio?, ¿era una amenaza?, y los precarios y siempre muy vigilados servicios de internet conocieron un inusual y muy a propósito rebote de mensajes, intercambio entre los intelectuales de la isla y los del exilio que hoy se conoce como “La guerrita de los emails”. De tal refriega con el pasado, y entre generaciones, comunidades e individuos, se concluyó que había una falta de memoria histórica en la isla y Desiderio Navarro, desde el Centro Teórico-Cultural Criterios, llamó a un nuevo ciclo de debates que Ambrosio Fornet tuvo a bien iniciar con su conferencia “El Quinquenio gris: revisitando el término”, páginas bastante curiosas, pues poseen la cualidad de mostrarnos el asunto desde una desacostumbrada abundancia de datos y recuerdos de la época y de dejarnos,

¹²¹ El 20 de octubre de 2004, mientras se alejaba del podio en la Plaza de la Revolución de Santa Clara, Fidel Castro sufrió una caída que lo forzó a una operación de rodilla y lo alejó del mando del país por varias semanas. Desde entonces su salud continuó en declive.

sin embargo, en el mismo punto. Como en los ochenta, en la conferencia de 2007 el término Quinquenio gris fue, más que un eufemismo, una creación de momentos todavía puros de la Revolución. Una creación de pasado. La cronología dentro de la cronología que comienza en 1959, historia ésta que puede ser tan intrincada como se desee, pero en la cual, ciertamente, ya se hacía preciso que hubiese los *antes* y los *después*. La grisura de un periodo presupone la existencia de tiempos más felices y luminosos, y en un relato que se interesa por la validación y persistencia del gobierno, ése es el primer provecho del término¹²². Sin esas etapas internas a la Revolución, no hay anclaje ni sitio al que regresar de los descabros, y los márgenes que van quedando son los de la Revolución misma, márgenes, por supuesto, más difíciles de traspasar o, incluso, según la persona, la información que se maneje y cómo se maneje, intraspasables. En las páginas de Fonet tenemos una engañosa abundancia de pormenores, pues la historia que se reconstruye será más desenfadada y rica mientras más se descarrile de aquello que el autor entiende como la historia revolucionaria y la de sus más altas figuras. Dice entonces:

Del Congreso de Educación y Cultura emergió, con Luis Pavón Tamayo a la cabeza, un CNC [Consejo Nacional del Cultura] transformado, ninguno de cuyos dirigentes, hasta donde recuerdo, había tenido relaciones orgánicas con la vanguardia. Los nexos de continuidad habían sido cuidadosamente rotos o reducidos al mínimo. A juzgar por sus acciones, el pavonato fue eso, justamente: un intento de disputarle el poder, o mejor dicho, de *despojar* del poder a aquellos grupos que hasta entonces habían impuesto su predominio en el campo de la cultura y que por lo visto no eran, salvo excepciones, «políticamente confiables». (Fonet, 38)

Fonet está pensando en el *Caimán Barbudo*, en *Pensamiento crítico*, quizás también en *Lunes de Revolución*, en su círculo literario y en los jóvenes escritores, protagonistas de

¹²² Fonet declara en sus páginas: «Necesitamos mantenernos firmes en nuestras trincheras -las que, por supuesto, no son los mejores lugares para ejercitar la democracia-, pero eso no quiere decir que podamos darnos el lujo de abandonar la crítica y la autocrítica, el único ejercicio que puede librarnos del triunfalismo y librarnos del deterioro ideológico. » (27)

las campañas culturales y editoriales de los sesenta. Y habla de fracturas, de nexos rotos, pero, ¿por quién? Referirse a despojos y luchas de poder entre dirigentes de cultura, como si esas peleas fueran una novedad y, sobre todo, como si fueran posibles al margen del gobierno de Fidel Castro, es mucho más que escritura eufemística. Fornet pone a la vista antecedentes del Quinquenio gris -el sectarismo y la microfracción, el cierre de *Pensamiento crítico*, el juicio contra Padilla y el discurso de clausura de Fidel Castro en el Congreso de Cultura-, pero no consigue ponerlos en relación ni derivar nada de ello. «Quienes contemplan el dato sin entenderlo» -dice Alfonso Reyes en “Mi idea de la Historia”- «son como aquel habitante de la Luna que al ver, con su poderoso telescopio, el ir y venir de los coches por las ciudades de la Tierra, toma al cochero por un príncipe vencedor que arrastra, en su carro de victoria, alguna familia de príncipes cautivos» (2015, 716). En las páginas de Fornet, los burócratas son los príncipes del terror que por unos años habrían tenido aherrojado al príncipe del humanismo, Fidel Castro. Los burócratas toman el papel protagónico, y en un país donde ‘compañero’ o ‘ciudadano’, según el caso, suele resultar identidad suficiente, son llamados por sus nombres y apellidos. Se trata aquí de Luis Pavón Tamayo (Consejo Nacional de Cultura), Jorge Serguera (Instituto Cubano de Radio Difusión) y Armando Quesada (Dirección de Teatro en el CNC). El término ‘pavonato’, de creación anónima, parece haber terminado siendo tan o más atractivo a Fornet que el de su autoría. Uno de los momentos más significativos de su conferencia lo tenemos cuando pasa de los alcances institucionales de la *parametración* al funcionario, pero sin dejar de enrarecer los posibles orígenes de esas políticas. Una cita extensa hará notar el tránsito:

[...]a una etapa en la que todo se consultaba y discutía -aunque no siempre se llegara a acuerdos entre las partes-, siguió la de los ukases: una política cultural

imponiéndose por decreto y otra complementaria, de exclusiones y marginaciones, convirtiendo el campo intelectual en un páramo (por lo menos para los portadores del virus del diversionismo ideológico y para los jóvenes proclives a la extravagancia, es decir, aficionados a las melenas, los Beatles y los pantalones ajustados, así como a los Evangelios y los escapularios.

Todos éramos culpables, en efecto, pero algunos eran más culpables que otros, como pudo verse en el caso de los homosexuales. Sobre ellos no pesaban únicamente sospechas de tipo político, sino también certidumbres *científicas*, salidas tal vez de algún manual positivista de finales del siglo XIX o de algún precepto de la Revolución Cultural china: la homosexualidad era una enfermedad contagiosa, una especie de lepra incubada en el seno de las sociedades clasistas, cuya propagación había que tratar de impedir evitando el contacto -no sólo físico, sino inclusive espiritual- del apestado con los sectores más vulnerables (los jóvenes, en este caso). Por increíble que hoy pueda parecernos -en efecto, el sueño de la razón engendra monstruos-, no es descabellado pensar que este fue el fundamento, llamémosle *teórico*, que sirvió en el 71-72 para establecer los «parámetros» aplicados a los sectores laborales de *alto riesgo*, como lo eran el magisterio y, sobre todo, el teatro. Se había llegado a la conclusión de que la simple *influencia* del maestro o del actor sobre el alumno o el espectador adolescente podía resultar riesgosa, lo que explica que en una Comisión del Congreso de Educación y Cultura [el mismo que Fidel Castro clausurara], al abordar el tema de la influencia del medio social sobre la educación, se dictaminara que no era «permisible que por medio de la calidad artística reconocidos homosexuales ganen un prestigio que influye en la formación de nuestra juventud». Más aún: «Los medios culturales no pueden servir de marco a la proliferación de falsos intelectuales que pretenden convertir el esnobismo, la extravagancia, el homosexualismo y demás aberraciones sociales en expresiones del arte revolucionario» [«Declaración» del Primer Congreso de Educación y Cultura]

En los centros dedicados a la docencia o al teatro, los trabajadores que no respondieran a las exigencias o «parámetros» que los calificaran como individuos *confiables* -es decir, revolucionarios y heterosexuales- serían *reubicados* en otros centros de trabajo. El proceso de *depuración* o parametración se haría bajo la estricta vigilancia de un improvisado comisario, conocido desde entonces en nuestro medio como Torquesada (quien no hace mucho, por cierto, apareció en otro programa de televisión, aunque no en calidad de homenajeado). Les complacerá saber que aunque en aquella época aún no existían en nuestro medio Marielas [Mariela Castro, la hija de Raúl Castro, actual directora del Centro de Educación Sexual] capaces de hablar del fenómeno con rigor y sensatez, sí existían, como es lógico, tribunales dispuestos a hacer cumplir la ley. A través de sus respectivos sindicatos y amparados por la ley de Justicia Laboral, los *parametrados* llevaron sus apelaciones hasta el Tribunal Supremo y éste dictaminó -que la “parametración” era *inconstitucional* y que los reclamantes debían ser indemnizados. (Fornet 39-41)

En esta reconstrucción el diversionismo ideológico es, igualmente, el concepto clave, el que preveía una contaminación con los males externos o del pasado, y por el cual los

individuos debieron responder a unos parámetros, pero el vínculo entre ambas políticas se deshace ante la mirada del lector. No encontramos allí ningún nexo entre el diversionismo ideológico, vocabulario del partido comunista que los gobernantes llegaron a manejar públicamente como una falta en la frontera de lo militar y civil, y la ordinaria *parametración*. El nexo entre ambas cuestiones, que es la de la idea de un enemigo y el recurso para eliminarlo, no aparece en las páginas de Fonet ni en muchas otras sobre esos años. Diversionismo y *parametración* han solido abordarse como figuras represivas coetáneas y más bien diversas; la primera, rebuscada, intimidante, voluble y elusiva; la segunda, rudimentaria, virulenta, rígida y baja como sus ejecutores.

Los márgenes del Quinquenio gris resultan estrechos lo mismo si se avanza en el tiempo como si se retrocede. En la alegría libertaria que supuestamente fueron los sesenta tiene sus fechas el antecedente de la *parametración*: los correccionales o campos de trabajo forzado conocidos como las UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción); una desafortunada ocurrencia hija de los resabios del pasado, a semejanza de los campamentos militares a donde las familias burguesas enviaban a sus hijos díscolos o timoratos, dice Fonet (32), sin advertir las diferencias entre un castigo a cuentas de la familia y el que impone y administra un estado. Sin aceptar tampoco que la variedad de los reclusos, el trasfondo político de las faltas y el propósito de corrección de la conducta, junto el rumbo ideológico que había tomado el gobierno, hacen que ese atroz ingenio, en silencio por largos años, encaje mucho mejor en el modelo del gulag.

Los setenta, entonces, no son las primeras zonas oscuras de la Revolución y ni siquiera, a veces, las más oscuras. A la moral judeo-cristina, los positivismo del XIX o los fanatismos de la Revolución cultural china va Fonet en busca de la base teórica de la

cruzada revolucionaria contra el homosexualismo, como si no hubiese habido bastante de todo ello en el viejo Partido Socialista Popular y su vástago, el Partido Comunista de Cuba, la cazuela donde comenzaron a cocerse aquellas políticas. Por los días de “La guerra de los emails” el incógnito Fermín Gabor satirizaba: «Aquello era la sastrería “El sol” con sastres, no anatómicos, sino quirúrgicos. Así que vinieron a coincidir en Cuba, durante los 70 del pasado siglo, dos míticos muebles: el hombre nuevo y el lecho de Procusto. Y tres sastres especializados entallaban a evríbari el safari del hombre nuevo» (242). Es decir -y esta es una de las notas serias de esa sátira de Gabor-, se trata de los sastres, como prefiere Fornet, pero también de la sastrería. De los que entallan, pero también de lo que se entalla. Cabrían aquí unas páginas (o, acaso, demasiadas) sobre los efectos del poder en los individuos, baste decir por el momento que no vemos ninguna distancia entre el Informe de Carlos Rafael Rodríguez contra los hombres de la microfracción, en el cual la índole de unos individuos le sirvió para explicar su conducta política, y la tarea que ejecutan los terroríficos funcionarios de los setenta. Y el enemigo sigiloso y disperso en la sociedad, ese individuo afectado de diversionismo que Raúl Castro concibe en su discurso de 1972, y los portadores de contaminación que los *Torquesada* buscan y castigan, también son los mismos.

Los hombres que en los setenta ocuparon los puestos en las entidades de cultura llegaron en un momento de crisis para el gobierno y debieron tener encomiendas bastante precisas. Esos hombres, además, respondían a un partido largamente chantajeado por su papel en la lucha contra Batista, un partido usado y sometido a purgas y enjuiciamientos que se extendieron por toda la primera década del gobierno. (No se recibe poder de un antiguo rival sin consecuencias.) De ahí, probablemente, el papel tan férreo que

desempeñaron no sólo funcionarios como Jorge Serguera, un hombre de Raúl Castro que, ya comentamos, había mostrado su inclemencia en otros mandos, sino también el de aquellos intelectuales veteranos del Partido Socialista Popular -al final sobrevivientes de todos los temporales-, como Carlos Rafael Rodríguez, Juan Marinello, Mirta Aguirre y José Antonio Portuondo. En el estudio de Duanel Díaz, *Palabras del trasfondo*, leemos:

Con la excepción de Marinello, quien en su juventud había estado influido por el posmodernismo de Enrique González Martínez y el vitalismo de Ingenieros, los doctores eran de formación clásicamente estalinista, y observaban por tanto estricta obediencia a las normas de KOMINTERN. Los obituarios que algunos de ellos publicaron en el excelente número de Bohemia de 1953, que casualmente, incluía un dossier sobre el primer año del golpe del 10 de marzo y la versión castellana, obra de Novás Calvo, de *El viejo y el mar*, pueden dar una idea del fanatismo que gente tan inteligente como Carlos Rafael Rodríguez y Marinello profesaban por Stalin. (125, 126)

Fornet, que dice no haber estado muy al tanto del grado de esas filiaciones –«Nosotros ni sospechábamos siquiera que la herencia del marxismo escolástico fuera tan fuerte en nuestro medio, o al menos entre algunos intelectuales procedentes del Partido Socialista Popular» (30) -, tampoco, ya enterado, se detiene en ello. La mediocridad, el dogmatismo y el cinismo de unos burócratas sin talla intelectual, son las claves de su análisis. Celebra la justicia del Tribunal Supremo, pero sin advertir que aquel fallo fue uno de los últimos coletazos de la llamada Constitución del cuarenta, y que poco tiempo después, el 24 de febrero de 1976, ese cuerpo de leyes sería suplantado por el de una nueva Constitución de la República de Cuba, esas nuevas reglas del juego que el Ministro de las Fuerzas Armadas pedía en el 72 para la protección del Estado socialista¹²³. Ni advierte que

¹²³ Son muchos los ejemplos que en este sentido podrían ofrecerse de la Constitución de 1976, baste citar el Artículo 52 y 61 del capítulo “Derechos, deberes y garantías fundamentales”:
«Artículo 52: 1. Se reconoce a los ciudadanos libertad de palabra y prensa conforme a los fines de la sociedad socialista. Las condiciones materiales para su ejercicio están dadas por el hecho de que la prensa, la radio, la televisión, el cine y otros medios de difusión masiva son de propiedad estatal o social y no pueden ser objeto, en

muchas de esas leyes, junto a las resoluciones del Primer Congreso de Educación y Cultura de 1971, aparecieron publicadas en aquel mismo 1976 con el título de *Política cultural de la Revolución cubana*, un libro-edicto de la editorial Ciencias Sociales que llevaba como prefacio estas palabras de Armando Hart, al frente del Ministerio de Cultura que igualmente acababa de estrenarse:

Estamos insistiendo en que la política cultural de la Revolución ha sido ya aprobada. La misma está contenida en las palabras de Fidel a los intelectuales, pronunciadas en 1961; las Conclusiones del Congreso de Educación y Cultura, en 1971; los preceptos de la Constitución de la República que se refieren a la cultura nacional y muy especialmente en la Tesis y Resolución sobre la Cultura Artística y Literaria del Primer Congreso del Partido. No se trata, pues, de elaborar una política que ya está acordada por nuestro Partido y por nuestro pueblo. Se trata de aplicar una política fundamentada en la línea de principios marxistas-leninistas de nuestra Revolución. (1)

Para Ambrosio Fornet la aparición de un Ministerio de Cultura y el nombramiento para su mando de un hombre decente, marcan el término del Quinquenio gris (45). Al margen de la fecha, obsérvese la insistencia en hacer de prácticas institucionales respaldadas por

ningún caso, de propiedad privada, lo que asegura su uso al servicio exclusivo del pueblo trabajador y del interés de la sociedad.

2. La ley regula el ejercicio de estas libertades.

«Artículo 61.- Ninguna de las libertades reconocidas a los ciudadanos puede ser ejercida contra lo establecido en la Constitución y las leyes, ni contra la existencia y fines del Estado socialista, ni contra la decisión del pueblo cubano de construir el socialismo y el comunismo. La infracción de este principio es punible.

O también, el Artículo 123 del capítulo “Tribunales y Fiscalía”:

«Artículo 123.- La actividad de los tribunales tiene como principales objetivos:

- a) mantener y reforzar la legalidad socialista;
- b) salvaguardar el régimen económico, social y político establecido en esta Constitución;
- c) proteger la propiedad socialista, la personal de los ciudadanos y las demás que esta Constitución reconoce;
- ch) amparar los derechos e intereses legítimos de los organismos estatales, y de las entidades económicas, sociales y de masas;
- d) amparar la vida, la libertad, la dignidad, el honor, el patrimonio, las relaciones familiares y demás derechos e intereses legítimos de los ciudadanos;
- e) prevenir las violaciones de la ley y las conductas antisociales, reprimir y reeducar a los que incurran en ellas y restablecer el imperio de las normas legales cuando se reclame contra su infracción;
- f) elevar la conciencia jurídica social en el sentido del estricto cumplimiento de la ley, formulando en sus decisiones los pronunciamientos oportunos para educar a los ciudadanos en la observancia consciente y voluntaria de sus deberes de lealtad a la patria, a la causa del socialismo y a las normas de convivencia socialistas.

unos valores que la retórica, la educación, las normas y finalmente las leyes han ido sistematizando y convirtiendo en costumbre, algo que responde a la probidad o falta de probidad de unos dirigentes y burócratas. El miedo a ser visto como el dirigente endiosado y corrompido de que hablara Carlos Rafael Rodríguez en el proceso contra la microfracción, y el delito de desvío anunciado por Raúl Castro, parecen, no los únicos, pero sí ingredientes muy importantes para el despotismo servil al gobierno que floreció en la burocracia de los setenta, sin embargo, Fonet prefiere creer que fue sólo cuestión de unos sujetos y de sus bajas pasiones, gente que llegó por su cuenta a ese comportamiento despreciable y que él sólo puede definir por su mediocridad, pues si intentara definirlo por su maldad, dice, «tendría que verlo como un fenómeno peligroso y grotesco» (44). Y agrega:

Hay hechos del periodo -incluso de *finales* del periodo- que pueden considerarse crímenes de lesa cultura y hasta de lesa patriotismo, como lo fue el veto que en 1974 se le impuso a la publicación en Cuba de *Ese sol del mundo moral*, de Cintio Vitier, un ensayo martiano y fidelista que explica como pocos por qué la inmensa mayoría de los cubanos se enorgullecen de serlo. Como buenos guardianes de la doctrina, los censores advirtieron de inmediato que no era una visión *marxista* de la historia de Cuba. Así que apareció primero en México que aquí; de hecho, aquí demoró veinte años en publicarse, no sé si por inercias dogmáticas o por simple desidia editorial. (44)

En realidad muchas cosas podrían haber causado la censura de *Ese sol del mundo moral*. Más que una historia desentendida del dogma, hay allí un José Martí crítico de Carl Marx (114) y un Julio Antonio Mella que se aleja del marxismo para refugiarse en Martí (111). Se habla de la grandiosa tesis, también martiana, de una guerra de independencia sin odios (89, 90) y de Máximo Gómez y Antonio Maceo, generales que «practicaron jamás el terror sino la justicia revolucionaria, caballerosa siempre con el enemigo» (53). Y relevante como lo anterior habrá sido la vuelta de *Ese sol del mundo moral* al

americanismo y la emoción histórica que había estudiado el padre del poeta, Medardo Vitier¹²⁴. Si en su conocido libro de 1957, *Lo cubano en la poesía*, Vitier se propone un viaje por estratos de la cubanidad y su nave o instrumento de arqueólogo son los poemas y versos que va encontrando, una exploración que él describe de la naturaleza al *carácter*, al *alma* y al reino del *espíritu* (29), en su ensayo de 1974 intenta el sondeo de esa espiritualidad a través de un aspecto concreto: la progresiva conciencia de justicia que ganan los cubanos, y sus batallas. Muchos elementos permitirían leer este libro sobre la eticidad redentora como una continuación de *Lo cubano en la poesía*, lo que, lejos de negar, reafirmaría su diálogo con las muchas situaciones adversas en que se han visto los escritores de Orígenes después de 1959. Todo el estudio es una celebración del pensamiento que la intelectualidad cubana había dedicado a su país, un sondeo de la conciencia moral de Cuba y, a su vez, una historia de la conducta generosa y creadora. El autor no evita hablar del bien, ni del imperativo de observar la moral en la búsqueda de la justicia de los pueblos. ¿Podía haber asunto más incómodo en aquel primer lustro de los setenta que mientras más regulaba la conducta más enfrentaba y envilecía a los individuos? Pero probablemente la censura necesitó de mucho menos y sólo buscó acallar la defensa del Orígenes de la República que el autor también intenta, o las correspondencias entre historia y poética que Vitier tantea cuando se detiene en la obra de Lezama Lima.

Muchos párrafos dedica Vitier a clarificar la posición y el trabajo de los origenistas. A los reproches de burgueses salió al paso con una condición predominante de clase media, el digno ensimismamiento del grupo en su trabajo poético, su desprecio a la corruptora

¹²⁴ Tratamos sobre esto en las páginas “El ensayo, un género sujeto a purgas.”

influencia de la cultura americana, o el desplante de Lezama Lima a los funcionarios republicanos cuando decidieron apoyar la producción de la revista *Orígenes*, desplante que con el tiempo se volvió una letanía en la defensa del grupo: -«Si anduvimos diez años con vuestra indiferencia, no nos regalen, ahora, se lo suplicamos, el fruto fétido de su admiración. Les damos las gracias, pero preferimos decisivamente vuestra indiferencia. La indiferencia nos fue útil, con la admiración no sabríamos qué hacer, pues nada más nocivo que una admiración viciada de raíz. [...] » (en Vitier, 143). Asimismo, resaltó la participación de Lezama en la manifestación de 1933 contra el dictador Gerardo Machado y las elogiosas palabras de Raúl Roa sobre ese hecho (142); insistió en el catolicismo del grupo, «totalmente al margen de la política de la Iglesia», advirtió que si no eran marxistas, tampoco tendían a la derecha (142), y propuso una valoración del periodo republicano que tuviera en cuenta la honradez personal y el servicio a la comunidad, y que se entendiese «dentro de la perspectiva real de cada época y momento» (149). Son páginas que buscan mostrar lo vívido y decoroso del desencanto del grupo con la República, mientras los ensayos de Lezama Lima, insiste Vitier, proveyeron a su autor de una «poética compensatoria», es decir, un auxilio ante los vacíos de la cultura nacional y la frustración histórica de Cuba:

Pero lo más significativo de este grupo de poetas fue la dimensión que en ellos alcanzó el tema tácito o explícito del «imposible», que venimos registrando como constante histórica y espiritual cubana desde los finales de la guerra [de 18]68. En una serie de ensayos –“Las imágenes posibles”, “Exámenes”, “Introducción a un sistema poético”, “La dignidad de la poesía” -, publicados entre 1948 y 1956, Lezama desarrolló una poética compensatoria del imposible histórico y una interpretación de la historia misma desde la perspectiva de la imagen, concebida como puente de posibilidad que une las dos orillas: la de lo real y la de lo inexistente. (143)

Poética compensatoria es, por supuesto, una noción muy reveladora. Mucho más que la imagen de Lezama, que es parte de un entramado de conceptos en el que fragmentos muy disímiles de la cultura universal, y no sólo cubana, dialogan y acontecen sin que una brújula pueda determinarlos o seguirlos, esa supuesta noción de Lezama resulta aquí, en y para *Ese sol del mundo moral*, la verdadera y más desesperada búsqueda de compensaciones. Ya desde la reedición de 1970 de *Lo cubano en la poesía*, Vitier ha estado intentando remediar los alcances de original perspectiva de análisis, aquella según la cual la poesía era un vehículo de conocimiento y un aliciente ante los desamparos y desgarrones de la historia; un refugio en la sucesión de tiranías y sacrificios estériles de la vida republicana (1998: 402)¹²⁵. Paradójicamente, al igual que los comunistas los poetas católicos de Orígenes tuvieron que matizar hasta el cansancio su prevención ante la lucha armada, además de su supuesto distanciamiento de la realidad del país. Por eso en el «Prólogo a la segunda edición» de *Lo cubano en la poesía*, de 1970, Vitier dice:

[...] a los doce años de escrito el último capítulo de este libro, comprendo que muchas de sus consideraciones estaban determinadas por un enfrentamiento de la historia y la poesía, y por una toma de partido a favor de ésta. La explicación de esa actitud, más allá de las razones temperamentales, están sin dudas en el ambiente general del posmachadismo, la guerra civil española y la segunda guerra mundial, que nos llevaron a una grave desconfianza de lo histórico [...] La inmersión desde la adolescencia en una atmósfera de frustración y de «imposible», dejó fuerte huella en nuestro modo de mirar la poesía y, a través de ella, el alma y el destino del país [...]

El elemento fundamental que falta en dichas «consideraciones finales», es sencillamente la *acción*. Eliminada la acción (por desconfianza y desconocimiento de sus verdaderas posibilidades), quedaban desconectadas la historia y la poesía: la primera representaba el sinsentido y la segunda, desde luego, el sentido, pero un sentido sólo platónica o proféticamente verificable. Sin renunciar a estas dimensiones, la acción revolucionaria nos ha enseñado, entre otras cosas, que la poesía *puede* encarnar en la historia y *debe* hacerlo, con todos los riegos que ello

¹²⁵ Aquí trabajamos con la edición de 1998 de *Lo cubano en la poesía*, considerada por el autor como la «Edición definitiva», que incluye el prólogo de Vitier a la primera reedición nacional del libro, de 1970, y el prólogo del ministro de cultura de entonces, Abel Prieto, «*Lo cubano en la poesía*: relectura en los 90»

implica, y que en la agonía de esa encarnación se desvanecen las frustraciones que nos paralizaban [...] (24)

Por eso también, en *Ese sol del mundo moral*, tendremos un concepto de imagen lezamiana cuya función más sobresaliente será la de servir de vínculo entre lo real y lo imaginario. El imposible histórico se transforma así, más que en un motivo de renuncia, en una fatalidad contra la cual, y a pesar de todas las circunstancias, el arte continúa operando. Y, además de todo ello, estaba el error: en algún momento hablará Vitier de la posibilidad del error en los hombres sinceros y de las flaquezas ocasionales, volverá a hablar del bien y citará estas palabras de Martí: «La honra puede ser mancillada. La justicia puede ser vendida. Todo puede ser desgarrado. Pero la noción del bien flota sobre todo y no naufraga jamás». Y como un dardo curativo disparado al cielo de aquellos tiempos, todavía añadía: «Sin embargo, ese Bien ideal que sirve de consuelo, soporte y guía en momentos tenebrosos, de nada vale si no encarna de algún modo, relativa y dialécticamente, en el acontecer de cada día» (149). Y, en efecto, la vida, que era muy cruel entonces, le hizo pasar sobre sus propias ideas, claudicar y volver a las manquedades y culpas del hombre de letras ante el hombre de acción. Así, hacia el final de aquel capítulo que dedicara mayormente a Orígenes y a Lezama Lima, terminamos leyendo:

Pero el eticismo cívico y emocional, como la fe humanista en la cultura, como la exploración poética del “imposible”, ya habían realizado sus aportes y demostrado su insuficiencia para salir de sus propios límites. Era necesaria una eticidad nueva, heredera de Martí y de los precursores del 30, enraizada en el análisis socioeconómico y en la decisión heroica de cambiar las estructuras. Eso fue lo que empezó a formularse en el discurso de Fidel Castro ante sus jueces el 16 de octubre de 1953. (150)

Hoy sabemos que no hubo tal cosa como una eticidad nueva o que, si existió, también a ella se habrá debido la larga censura que a pesar de todas sus condescendencias padeció

Ese sol del mundo moral. La defensa de Orígenes que hay en esas páginas tampoco impidió que un año más tarde la obra de Lezama llegara a un recinto donde el Ministerio del Interior y la Seguridad del Estado ofrecían ejemplos de diversionismo ideológico y de otros supuestos crímenes políticos y armados contra la Revolución. Me pregunto qué habrá pensado Ambrosio Fornet cuando se supo, poco después de su nueva conferencia de 2007 sobre el Quinquenio gris, de aquella exposición de 1974 y del programa que le acompañó y que hoy se conserva en los archivos históricos de la Stasi. ¿Se habrá tomado el hallazgo en serio y lo habrá sopesado entre aquellos delitos de lesa cultura y lesa patriotismo que mencionara, o lo habrá tomado como otro dato sacrificable en virtud de la unidad nacional? Apostamos a que lo habrá tomado como una nueva patraña o golpe bajo del enemigo, aunque esos “enemigos” ya fueran los nacidos y crecidos en el país del gobierno revolucionario, es decir, conocedores de primera mano de unas políticas que fueron para ellos, mucho más que políticas, más que leyes, toda una cultura, toda una educación o, dicho de otro modo, el pan y el agua de su infancia y juventud?

Segunda parte. En un siglo de revoluciones

I. Un técnico de la violencia

Revolución y realidad pueden ser términos muy cercanos. Es un par muy frecuente y de dominios que se topan y se confunden en los discursos de los gobernantes y en las páginas de la historiografía cubana más reciente. En «Palabras a los intelectuales» Fidel Castro dice:

Revolucionario es también una actitud ante la vida, revolucionario es también una actitud ante la realidad existente. Y hay hombres que se resignan a esa realidad, hay hombres que se adaptan a esa realidad; y hay hombres que no se pueden resignar ni adaptar a esa realidad y tratan de cambiarla: por eso son revolucionarios. Pero puede haber hombres que se adapten a esa realidad y ser hombres honestos, sólo que su espíritu no es un espíritu revolucionario [...]Y puede haber, por supuesto, artistas y buenos artistas, que no tengan ante la vida una actitud revolucionaria y es precisamente para ese grupo de artistas e intelectuales para quienes la Revolución en sí constituye un hecho imprevisto [...] (13)

Según palabras como éstas, la realidad es donde un hombre se convierte o no se convierte en revolucionario, el sitio de donde algunos salen vestidos de rebeldes y con la promesa de un desquite, de una vuelta redentora. Es aquello que unge al revolucionario y que, a su vez, el revolucionario va a subvertir y a transformar del todo, como se transformara él mismo. Hablamos, entonces, de una realidad que nunca será sólo la del universo de las cosas mudas y tangibles, nunca será completamente neutra o inanimada. Muy al contrario, estará pronta a impregnarse de algo humano, tan callado y palpable como suelen ser las condiciones de miseria e injusticia. Si se quiere sopesar mejor la fuerza que transita por ese concepto de realidad que, como hemos ido adelantando, va a convertirse en un recurso de batallas contra el artista, es preciso detenerse en la evocación de la pobreza que el término contiene, su valor de espacio donde encarna o busca encarnar el rescate revolucionario.

La pobreza, su doble faceta de elemento catalizador y de alta peligrosidad en los procesos políticos, fue uno de los ejes de análisis de Hannah Arendt en su libro *Sobre la revolución*, de 1963. Allí consideró innegable el gran papel que la cuestión social había desempeñado en todas las revoluciones (30); se refirió a la Antigüedad como un tiempo donde ya era bien sabido que los tiranos se encumbran y se mantienen en el poder «gracias a la ayuda de los pobres o pueblo llano» (31); y no dejó de preguntarse sobre los vínculos entre riqueza y gobierno:

La conexión existente en cualquier país entre la riqueza y el gobierno y la idea de que las formas de gobierno tienen que ver con la distribución de la riqueza, la sospecha de que el poder político acaso se limita a seguir al poder económico y, finalmente, la conclusión de que el interés quizás sea la fuerza motriz de todas las luchas políticas, todo ello, no es ciertamente una invención de Marx, ni de Harrington [James Harrington (1611-1677)] (“el poder sigue a la propiedad, real o personal”), ni de Rohan [Henri de Rohan, 1579-1638] (“los reyes mandan al pueblo y el interés manda a los reyes”). Si se quiere hacer responsable a un solo autor de la llamada concepción materialista de la historia, hay que ir hasta Aristóteles [384 a.C.-322 a.C.] quien fue el primero en afirmar que el interés [...] constituye la norma suprema de los asuntos políticos. (31)

Sin embargo, las revueltas, derrocamientos y restauraciones de la Antigüedad o de la Edad Media, no importa si habían sido motivados por el interés o la indigencia, nunca buscaron perturbar la distinción entre ricos y pobres, que se consideraba natural e inmutable. Según Arendt, no será hasta los tiempos modernos, con la conquista de América y el establecimiento de las colonias de Nueva Inglaterra, que la pobreza comience a transformarse en levadura de revoluciones:

La cuestión social comenzó a desempeñar un papel revolucionario solamente cuando, en la Edad Moderna y no antes, los hombres empezaron a dudar que la pobreza fuera inherente a la condición humana, cuando empezaron a dudar que fuese inevitable y eterna la distinción entre unos pocos, que, como resultado de las circunstancias, la fuerza o el fraude, habían logrado liberarse de las cadenas de la pobreza, y de la multitud, laboriosa y pobre. Tal duda, o mejor, tal convicción, de que la vida sobre la tierra puede ser bendecida por la abundancia en vez de ser maldecida por la escasez, en su origen fue prerrevolucionaria y americana; fue

consecuencia directa de la experiencia colonial americana. De modo simbólico puede decirse que se franqueó un paso en el camino que conduce a las revoluciones en su sentido moderno cuando John Adams, más de diez años antes del comienzo de la Revolución americana, afirmó: «considero siempre la colonización de América como el inicio de un gran proyecto y designio de la Providencia destinado a ilustrar a los ignorantes y a emancipar a aquella porción de la humanidad esclavizada sobre la tierra». (31, 32)

Sorprendente e inquietante propuesta de una América de los colonos ingleses que habría dado el primer gran despertar a Europa ante lo arbitrario y forzoso de la miseria¹²⁶. La «igualdad envidiable» y «orgánica» de los colonos -«hombres nuevos», a semejanza del suelo de peregrinaje, ignoto y fértil, que los acogiera-, habría llegado a Europa, avivado el fuego de la Revolución francesa y de las otras que le siguieron, pero para demostrarse una quimera a la que sólo se podría aspirar tras largos y sangrientos enfrentamientos.

En realidad no sabemos en donde ver más distancia, si entre los continentes o entre los poseedores de aquella noticia y quienes el 14 de julio de 1789 asaltan la Bastilla. Pero ello tampoco nos interesa tanto como la tensión de lo económico en el pensamiento de Arendt, su intento de rebasar el imperativo de lo social y su poner siempre en contraste los artificios de la política y las imposiciones de lo necesario. La bonanza de las colonias en la América prerrevolucionaria, decía Arendt, con sus hombres religados por los pactos

¹²⁶ A no ser que la autora estuviese pensando sólo en las muchedumbres, este aviso podría considerarse algo tardío. Recuérdese las complejas reflexiones de Étienne de La Boétie en su *Discurso de la servidumbre voluntaria*, o aquellas comparaciones que el parlamentario escocés Adam Blackwood hacía, allá por 1581, entre Guillermo el conquistador, Carlos V, y los políticos que le rodeaban. (Nos referimos a ambas cuestiones en nuestras páginas “El ensayo en los orígenes del estado moderno”). Recuérdese también que, según Michael Foucault, un nuevo manejo de la historia había aparecido en Europa y estaba incidiendo de manera visible, al menos desde el siglo XVI, en la política europea. Como ya vimos y continuaremos viendo más adelante, una cuestión clave de ese discurso era la conquista y dominación de una raza o pueblo por otro. A la luz de esa nueva práctica histórica, la noticia de América de que habla Arendt, a través de John Adams y otros, no sería ciertamente un asunto irrelevante, pero habría aparecido insertado en una palabra que ya tenía pasado, que había cobrado madurez y ya existía en Europa como discurso político belicoso o, en algunas vertientes, como discurso revolucionario.

y asociados en condiciones de igualdad, hechos a una vida modesta pero nunca de penurias, no sólo no impidió que hubiese una Revolución americana sino que además hizo posible que los hombres de esa revolución se dedicase plenamente a los ideales de la libertad, cosa muy distinta a lo que sucedería en Francia, donde una miseria extrema y extendida se demostró pronto un obstáculo para las realizaciones de la política, forzando un cambio en el curso de los acontecimientos y transformando la lucha de la emancipación de los oprimidos (búsqueda de la libertad) a la emancipación de los necesitados (afirmación de la vida y búsqueda de la felicidad).

América y sus bendecidos colonos dieron a Arendt un escenario único, algo milagroso e idílico, donde reencontrar una memoria perdida. La memoria de las posibilidades, las formas y el porqué de lo político en un siglo XX plagado crematorios y gulags, de revoluciones justicieras y armas de exterminio masivo. A esa rememoración se deben sus páginas sobre la igualdad y la libertad, valores que ve tan próximos en los antiguos y tan distantes en los tiempos modernos (nadie es libre sino entre sus iguales, es una idea de los griegos que subraya) (46, 47); su advertencia de los despotismos ocultos en las nivelaciones u otras presuntas formas de democracia; su interés en la herencia olvidada de la Revolución americana, que a pesar de su prioridad y éxito no ocupó nunca el lugar privilegiado de la francesa, siendo ésta -con todas sus falibilidades y momentos funestos- la que sigue siendo emulada; su certeza de que «todos los intentos realizados para resolver las aflicciones de la pobreza por medios políticos conducen al terror, y que es el terror el que envía las revoluciones al cadalso» (177); o sus reparos a la Declaración francesa de los Derechos del Hombre, principiada por unas figuras -alimentación, vestido y procreación de la especie-, que, advierte, eran necesidades vitales e inviolables,

derechos naturales anteriores a todos los derechos y que, no sin consecuencias, desplazaron a los de la libertad y la ciudadanía (Arendt, 171, 172). Como puede imaginarse, se trata de ideas tan significativas como en debate. También para nosotros, nacidos en una revolución que se ha dicho heredera de la francesa y de la Revolución rusa de octubre, ha sido de valor este libro de observaciones sutiles, peliagudas, y siempre vinculadas a lo más explorado de sus páginas: la de las revoluciones modernas en su fracaso.

De hecho, para Arendt las guerras y las revoluciones sólo pueden ser comprendidas al margen de la política (25). Su violencia imperiosa, aunque nunca absoluta, las aparta de esos dominios donde lo que valen son las palabras, el acuerdo, la inteligibilidad, las leyes. Más por su propia naturaleza que por impotencia, la violencia es silencio, una mudez en contraste con las nociones aristotélicas del hombre como ser político y dotado de lenguaje. Inarticulada, salida de los cuerpos y aplicada a los cuerpos, la violencia escapa a la teoría política, que sólo puede encargarse de lo visible, de lo expresado y patente, y debe ser dejada al análisis de los técnicos (26)¹²⁷. Arendt merodea por los flancos de su propio estudio cuando dice: «una teoría de la guerra o una teoría de la revolución sólo pueden ocuparse, por consiguiente, de la justificación de la violencia, en cuanto esta justificación constituye su limitación política», mientras todo ensalzamiento o fundamentación de la violencia en sí, serían plenamente antipolíticos (26). Ahora bien,

¹²⁷ Otra crítica semejante aunque más detenida y dirigida a las ciencias naturales y sociales se encuentra en el libro de Arendt *Sobre la violencia*, 77-87. Entre sus reparos a estos campos de estudio y su objeto está la de analizar al hombre a través de la conducta animal. Es una crítica que termina apuntando, más que a una u otra concepción de la violencia, a las desproporciones de los estudios científicos: «La diferencia entre el hombre y la bestia ya no es hoy, estrictamente, la razón (la *lumen naturale* del animal humano) sino la ciencia, el conocimiento de esas normas y de las técnicas necesarias para aplicarlas. Según esto, el hombre actúa irracionalmente y como un animal cuando se niega a escuchar a los científicos [...] Contra estas teorías y sus implicaciones, argumentaré que la violencia no es animal ni irracional [...] » (82)

¿cómo conciliar el carácter histórico de guerras y revoluciones y su exclusión de la esfera política? El concepto «estado de naturaleza», tan manejado en la convulsa Inglaterra del siglo XVII, le da una clave. Es decir, tantea una respuesta a través de la idea de la confrontación y la guerra de todos contra todos o, también, de la naturaleza criminal de los hombres, ese bautismo de sangre que -según nos confirman relatos legendarios como el de Rómulo y Remo, o Caín y Abel-, parecería pedir toda comunidad y alianza humanas (28). Guerras y revoluciones se presentan, entonces, como un vehículo hacia nuevos escenarios pero que por su matriz violenta quedan recortados y aislados, de ahí lo idóneo de la metáfora -muy usada por Marx, advierte la estudiosa-, de la revolución como alumbramiento, un tiempo dramático lleno de riesgos y dolores que dará origen a lo nuevo. Nuevo ser u organismo que es lo político y que permite lo político. El viejo concepto de «estado de naturaleza», su contenido de una «maldad original inherente a los asuntos humanos» y la justificación de la violencia que acarrea (29), aún resultan de importancia porque, se nos explica, dejan ver que «la esfera política no nace automáticamente del hecho de la convivencia» y, además, que existen acontecimientos - como las guerras y las revoluciones, se entiende- que siendo históricos no son auténticamente políticos (28).

¿Era Michael Foucault uno de esos técnicos de la violencia de que habla Arendt? Demasiado independiente y cuestionador de sus propios métodos para darle ese título de tono irónico, si pensamos, sin embargo, en lo tenaz y proporcionado de sus análisis sobre el poder, su interés en que finalmente fueran capaces de mostrar el avasallamiento en tanto avasallamiento, la respuesta puede quedar como afirmativa. También para Foucault la cuestión económica se mostró fundamental en sus análisis del poder. Durante la

introducción a su curso *Defender la sociedad*, se hace una pregunta de contenido y suspicacia que ya nos son familiares: « ¿puede el análisis del poder o los poderes deducirse, de una manera u otra, de la economía? » (26), y así como lo hallamos en Arendt, que observa el asunto a través de James Harrington, Marx o Aristóteles, Foucault presta atención a estructuras político sociales diversas e, incluso, opuestas:

No quiero de ninguna manera borrar diferencia innumerables, gigantescas, pero me parece que, a pesar y a través de ellas, hay cierto punto en común entre la concepción jurídica y, digamos, liberal del poder político -la que encontramos en los filósofos del siglo XVIII- y la concepción marxista, o, en todo caso, cierta concepción corriente que pasa por ser la del marxismo. Ese punto en común sería lo que yo llamaría el *economicismo* en la teoría del poder. (26)¹²⁸

El vínculo muy estrecho entre gobierno y riqueza (como Arendt dice) o entre poder y economía (como lo refiere Foucault), resulta aquí, más que un vínculo, una morfología de lo económico que ha saturado los ámbitos y la dinámica de la política y se ha incrustado en sus figuras. Continúa, entonces, un análisis y un cotejo de esos sistemas que parafraseamos brevemente: en la teoría jurídica clásica el poder es un derecho poseído como un bien que el individuo puede transferir o enajenar, total o parcialmente y mediante la cesión o el contrato, para asentar un poder o soberanía política; la constitución del poder político tiene la naturaleza de un intercambio jurídico contractual y la analogía entre poder y bienes es evidente (26, 27). Mientras que en la teoría marxista habría, si no esa forma de transferencias o reciprocidades, sí una «funcionalidad económica» del poder que consistiría en una dominación de clase, y en la apropiación y prórroga de las viejas relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas. Así, se trata de poderes políticos que, en el primer caso, «encontraría su modelo formal en el procedimiento del intercambio, en la economía de la circulación de los bienes»,

¹²⁸ Las cursivas pertenecen al original.

mientras el segundo «tendría en la economía su razón de ser histórica y el principio de su forma concreta y su funcionalidad actual» (27). Se trata de dos estructuras económicas y dos conjuntos teóricos ante los cuales Foucault se hace la misma serie de preguntas, que, además, puede leerse como un preámbulo a su manera muy novedosa de analizar el poder: ¿es cierto que el poder siempre secunda a la economía? ¿Es cierto que está allí para servirle, para solidificarla y hacerla avanzar? ¿El poder, como su modelo de la mercancía, es algo que circula: que se posee, se cede, se intercambia, se adquiere, que llega a un sitio y no llega a otro? (27). A pesar de la innegable y muy estrecha relación que habría entre economía y gobierno, y a pesar de reconocer muy limitados hasta el momento los análisis no económicos del poder, Foucault propone deshacerse de esa clase de isomorfismos y subordinaciones y comenzar a revelar vínculos de otra naturaleza que precisamente sería los que tendríamos que comenzar a descubrir (27). Lo que Foucault se propone es perturbar aquellos análisis donde el poder siempre aparece como una dinámica condicionada o cautiva por los imperativos económicos, manifestar sus encubrimientos y llevar a un primer plano el hecho desnudo de la dominación. Un método que nos parece, más que atractivo, imperioso frente al régimen de la Revolución cubana, que desde su temprana metamorfosis en estado socialista y hasta los días actuales, ha sido razonado a través de la economía.

Despojarse de los análisis economicistas del poder, factibles tanto en las sociedades liberales como en los sistemas totalitarios, significaba repensarlo como una relación de fuerza, propuesta que Foucault llama (por comodidad, dice) «hipótesis de Nietzsche» (*Defender* 29) y en la que el poder se traduce, algo provisionalmente, en combate,

enfrentamiento, una guerra proseguida por otros medios que no son las armas o los ejércitos sino los de la política:

[Las] relaciones de poder, tal como funcionan en una sociedad como la nuestra, tienen esencialmente por punto de anclaje cierta relación de fuerza establecida en un momento dado, históricamente identificable, en la guerra y por la guerra. Y si bien es cierto que el poder político detiene la guerra, hace reinar o intenta hacer reinar una paz en la sociedad civil, no lo hace en absoluto para neutralizar los efectos de aquella o el desequilibrio que se manifestó en la batalla final. [...] el papel del poder político sería reinscribir perpetuamente esa relación de fuerza, por medio de una especie de guerra silenciosa, y reinscribirla en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje, y hasta en los cuerpos de unos y de otros. (28, 29)

Foucault esperaba que sus estudios sobre el poder no se entendieran como un conjunto de ideas sistematizadas y rematadas por ciertos conceptos clave, y de hecho muchos de sus análisis tienen algo de reflejo, pues fueron realizados por medio de contenidos históricos que consideraba habían sido tergiversados o descalificados por otros de más prestigio. Y uno de esos contenidos lo encontró, precisamente, en las revueltas y violencia del siglo XVII inglés, enfrentamientos que Arendt miró a través del concepto «estado de naturaleza» y de Hobbes. Podría incluso conjeturarse que Foucault toma ese recurso justo donde Arendt lo abandona¹²⁹. Si para la estudiosa judía guerras y revoluciones eran hechos vinculados por la violencia, constreñidos y prepolíticos, para Foucault la guerra es una circunstancia que ha entrado en el discurso de la historia, un modelo de acometidas y enfrentamientos que en un determinado momento, más precisamente hacia los siglos XVI y XVII, fue transferido a las batallas políticas de la sociedad civil. Discurso belicoso que

¹²⁹ Para la época en que Foucault ofrece el curso *Defender la sociedad* el estudio de Arendt *Sobre la revolución* ya circulaba en francés (*Éditions Gallimard*, 1967). Por otra parte, en el epílogo «Situación del curso», de Alessandro Fontana y Mauro Bertani, tenemos este comentario: «En cuanto a la *coyuntura intelectual* de los años previos al curso, años marcados por la crisis del marxismo y el ascenso del discurso neoliberal, es difícil, si no imposible, saber a qué obras hace referencia Foucault, implícita o explícitamente, en *Defender la sociedad*. A partir de 1970 se habían traducido y publicado obras de M. Weber, H. Arendt, E. Cassirer, M. Horkheimer y T. W. Adorno, A. Solzhenitsin. En el libro se rinde un homenaje explícito a *El anti-Edipo* de G. Deleuze y F. Guattari». (256)

se despliega no frente a un ejército y sus escaramuzas, sino en medio del paisaje de las leyes, las instituciones, las costumbres. Como ya hemos comentado antes, su curso *Defender la sociedad* gira en torno a esa nueva historia que, dice, habría comenzado su carrera en Occidente o, acaso sólo una nueva carrera, hacia el final de las guerras civiles y religiosas de la Edad Media, en el contexto de la impugnación aristocrática y también popular del poder real, y que todavía, después de siglos de existencia, no está agotado (54):

[...] ya está presente, si no constituido sí al menos claramente formulado al comienzo de las grandes luchas inglesas del siglo XVII, en el momento de la revolución burguesa inglesa. Y a continuación se lo verá aparecer en Francia, a fines del siglo XVII, al término del reinado de Luis XIV [...] discurso, por lo tanto, inmediatamente ambiguo, puesto que, por un lado, fue en Inglaterra uno de los instrumentos de lucha, polémica y organización política de los grupos políticos burgueses, pequeñoburgueses, y eventualmente hasta populares, contra la monarquía absoluta. Y fue también un discurso aristocrático contra esa misma monarquía. Discurso cuyos titulares tuvieron, a menudo, nombres oscuros y, al mismo tiempo, heterogéneos, porque en Inglaterra encontramos a gente como Edward Coke [1552-1634] o John Lilburne [también llamado Freeborn John (1614-1657), representantes de los movimientos populares; en Francia tenemos igualmente nombres como los de Boulainvilliers [Henri de Boulainvilliers (1658-1722)], Fréret [Nicolas Fréret (1688-1749)] o de ese gentilhomme del Macizo central que era el conde d'Estaing [Charles Henri d' Estaing (1729-1794)]. A continuación fue retomado por Sieyès [Enmanuel Sieyès (1748-1836)], pero también por Buonarroti, Augustin Thierry o Courtet [Filippo Buonarroti (1761-1837, A. Thierry (1795-1856), Victor Courtet d'Isle (1813-1867)]. Y finalmente lo encontraremos en los biólogos racistas y eugenistas, etcétera, de finales del XIX. (54, 55)

«Discurso de la guerra», «discurso de la guerra de razas», «contrahistoria», «discurso revolucionario», y algo más tarde, «teoría de la lucha de clases» y «teoría de las razas», todas esas denominaciones adquiere paulatinamente, según sus transcripciones y énfasis, ese relato histórico incesante, y alojado en el tejido de nuestras sociedades y saberes. Discurso insólito y paradójico, lo describe Foucault, pues habla de la guerra pero habría aparecido hacia el final de las guerras de religión, justo cuando se apaciguan los

enfrentamientos internos, las ciudades se pacifican y el ejército, en vías de desarrollo como entidad estatal, marcha hacia las fronteras. Así, mientras ejércitos y guerras se alejan, cierto relato de la historia comienza a cargar de un tinte bélico un relato que, sin embargo, se refiere en primer término a la sociedad civil. Relato, entonces, que dice guerra y dispone de su dinámica de enfrentamientos para referirse a una «relación social permanente», para describir con ella el «fondo imborrable de todas las relaciones y de todas las instituciones de poder» (54). Según Foucault, ya lo apuntamos antes, podría considerarse el primero o uno de los primeros discursos histórico-políticos de la sociedad en Occidente, y a pesar de su multiplicidad de emisores y momentos, a pesar de sus énfasis, estaría vertebrado por esta idea:

[...] contrariamente a lo que sostiene la teoría filosófico jurídica, el poder político no comienza cuando cesa la guerra. La organización, la estructura jurídica del poder, de los Estados, de las monarquías, de las sociedades, no se inicia cuando cesa el fragor de las armas. La guerra no está conjurada [...] la guerra presidió el nacimiento de los Estados: el derecho, la paz, las leyes nacieron en el fango de las batallas. Pero con ello no hay que entender batallas ideales, rivalidades como las que imaginaban los filósofos o los juristas: no se trata de una especie de salvajismo teórico. La ley no nace de la naturaleza, junto a los manantiales que frecuentan los primeros pastores; la ley nace de las batallas reales, de las victorias, las masacres, las conquistas que tienen su fecha y sus héroes de horror; la ley nace de las ciudades incendiadas, de las tierras devastadas; surge con los famosos inocentes que agonizan mientras nace el día. (55, 56)

Si queremos saber de qué está hecho nuestro tiempo y los días en que nuestra vida transcurre, entender por qué estamos en la situación en que estamos; si queremos llegar al fondo de nuestro mundo de conformidad, a la raíz de los sometimientos que las estructuras e instituciones no nos dejan ver; si queremos conocer a quiénes debemos nuestra suerte y quiénes han sido nuestros verdaderos aliados, nuestros verdaderos enemigos; si queremos descubrir la naturaleza verdadera de los sometimientos que hoy padecemos y salir de ellos, es preciso dar, desde ese presente, con la memoria de los

combates antiguos, ver qué significa todavía nuestra victoria o derrota que entonces ocurrieron. La contrahistoria pide una voluntad de memoria, pues son los relatos de los combates de antaño los que van a darnos un entendimiento de nuestra circunstancia actual, los conocimientos que podrán convertirse en un arma y un método de lucha. El magma de la guerra todavía hierve bajo los suelos, y así como la paz no significa una legitimidad definitiva u absoluta de aquellos que se hicieron con la victoria, la ley tampoco significa pacificación. «La ley no es pacificación, puesto que debajo de ella la guerra continúa causando estragos en todos los mecanismos de poder, aun [en] los más regulares» (56). Foucault resalta: al contrario de lo que el mundo pacificado y ordenado de las sociedades, con sus leyes, sus instituciones, sus ordenamientos y prácticas hace pensar, la guerra no ha concluido, la guerra continúa o, más exactamente, la guerra permanece, está oculta en los paisajes más serenos, simulada y velada pero también inscrita en todos los mecanismos de la sociedad, y lo que se impone es buscarla, sacarla a la luz, descifrarla y, por supuesto, salir con ella de la derrota o del sometimiento, convertirse en el vencedor (56). Para Foucault, la frase de Carl Von Clausewitz (1792-1831) tan conocida y recurrida por nuestro sagaz presente, «la guerra es la continuación de la política por otros medios», no fue más que una inversión basada en las ideas de la política como continuación de la guerra que circulaban en los siglos anteriores.

II. Revoluciones opresivas

En vez de acogerse a la obra de los autores medievales más consagrados, de seguir el sistema teórico jurídico de la soberanía, o dejarse llevar por las prácticas más comunes y prestigiadas, esas vueltas al derecho romano y a la Antigüedad que, aunque moduladas por tonos y cuestiones contemporáneas, se encuentran siempre en la obra de Arendt, Foucault se aferra al momento de enunciación de esa historia singular y beligerante, estratégica, en el umbral de las sociedades modernas y portadora ella misma de modernidad¹³⁰. Más de una vez se refiere Foucault a la queja de Petrarca, « ¿Qué hay en la historia, entonces, que no sea la alabanza de Roma? », y buena parte de su trabajo es el examen de ese malestar en los historiadores del pasado. En la Antigüedad, la Edad Media, y algo más acá todavía, explica, la práctica esencial de los historiadores había sido «expresar el derecho del poder e intensificar su brillo» (68), emplearse en una ceremonia justificativa y fortalecedora que, por otro lado, vinculaba jurídicamente a los hombres con el sujeto de ese relato, la figura soberana o el estado. Fueran genealógicos,

¹³⁰ Para Foucault, estudiar la cuestión de la guerra en la sociedad civil requería despojarse de lo que llama «falsas paternidades»: Maquiavelo y, muy especialmente, Hobbes. (Nicolas Maquiavelo (1469-1527), Thomas Hobbes (1588-1679)) En la Clase del 4 de febrero Foucault analiza los distintos tipos de guerra mencionados por Hobbes en el *Leviatán*, el juego de representaciones que éstos serían y cómo podrían dar nacimiento a un Estado. pp. 85-119. Un resumen de su idea general sobre Hobbes y el *Leviatán* lo tenemos aquí: «Lo que [Hobbes] llama la guerra de todos contra todos no es en modo alguno una guerra real e histórica sino un juego de representaciones por el cual cada uno mide el peligro que cada uno de los demás representa para él, estima la voluntad de combatir que tienen los otros y calibra el riesgo que él mismo correría si recurriera a la fuerza. La soberanía -ya se trate de una “república de institución” o de una “república de adquisición”- no se establece por obra de una dominación belicosa sino, al contrario, por un cálculo que permite evitar la guerra. Para Hobbes, lo que funda el Estado y le da su forma es la no-guerra», p. 243

No hace Foucault un análisis detenido de Maquiavelo, más bien tenemos una serie de observaciones breves y dispersas a lo largo de *Defender la sociedad*; sin embargo, la comparación entre el manejo de la historia por Maquiavelo y el de la nobleza francesa de finales del siglo XVII y del XVIII, va en esa dirección crítica de un entendimiento de la guerra como representación y, en este caso, de la historia como prescripciones estratégicas para el Príncipe, y no como un material donde se mueven fuerzas múltiples: «Para Maquiavelo, la historia es simplemente un lugar de ejemplos, una especie de recopilación o jurisprudencia o de modelos tácticos para el ejercicio del poder. La historia para él, no hace nunca otra cosa que registrar relaciones de fuerza y cálculos suscitados por ella», p. 158-159

de memorización o de ejemplificación¹³¹, los relatos históricos medievales al estilo romano cumplían con las pautas de ese doble papel enaltecedor y vinculante:

Por un lado, el aspecto jurídico: el poder vincula por la obligación, el juramento, el compromiso, la ley; por el otro, el poder tiene una función, un papel, una eficacia mágica: el poder deslumbra, el poder petrifica. Júpiter, dios altamente representativo del poder, dios por excelencia de la primera función y el primer orden en la tripartición indoeuropea es a la vez el dios de las cadenas y los rayos. (70)

Pero la nueva historia de finales de la Edad Media, la contrahistoria, se ha desprendido de ese ritual que tenía como función primera el respaldo y fortalecimiento de la soberanía.

En sus relatos -y resumimos aquí la clase del 28 de enero de *Defender la sociedad* que Foucault dedicó a la contrahistoria de la lucha de razas o pueblos¹³²- la alabanza de Roma como origen mítico, fuente de legalidad y vínculo de los reinos medievales, es impugnada o desatendida. También ha comenzado a desaparecer la relación entre pueblo y monarca, o entre nación y soberano, pues la soberanía (lo vimos antes en el *Discurso de La Boétie*) ya no se describe tanto en su papel vinculante como en su capacidad de sojuzgar. Asimismo se debilita el deseo de reconocimiento del súbdito en la historia única, heroica y virtuosa del monarca. Al contrario, los relatos se fragmentan y la memorias se erizan de diferencias, la Historia se convierte en historias que empiezan a decir algo muy distinto de unos y de otros. Nuevas genealogías son sacadas del olvido o

¹³¹ Sobre estos ejes del discurso histórico tradicional en la Edad Media dice Foucault: «El eje genealógico contaba la antigüedad de los reinos, resucitaba los grandes antepasados, recuperaba las hazañas de los héroes fundadores de los imperios o las dinastías. [...]» La función de memorización sería el «registro permanente de la historia que practican los redactores de anales [...]: muestra que lo que hacen los soberanos y los reyes nunca es vano, nunca es inútil o nimio, nunca está por debajo de la dignidad del relato [...] y al mismo tiempo, cada una de sus decisiones se inscriben como una especie de ley para sus súbditos y de obligación para sus sucesores. [...] » Sobre la puesta en circulación de los ejemplos, dice: «El ejemplo es la ley viviente o resucitada; permite juzgar el presente, someterlo a una ley más fuerte que él. En cierto modo, el ejemplo es la gloria hecha ley, la ley que funciona en el fulgor de un nombre [...] ». Una descripción más amplia puede leerse en las páginas 68, 69 de *Defender la sociedad*.

¹³² De la página 67 a la 83.

de las desatenciones, y dan otro arrojito a lo narrado; suplantando la idea del origen romano y hacen cuestionarse la sólida imagen que todavía Roma poseía. Tiene lugar cierta conciencia de ruptura que hace que la Antigüedad se vuelva antigua y que la Edad Media se individualice: «La Edad Media ignoraba, desde luego, que era la Edad Media. Pero también ignoraba, por decirlo así, que ya no era la Antigüedad» (75). Aparecen entonces con un brillo particular los francos, los galos, los celtas, y con ellos unos nuevos orígenes vinculados siempre a las invasiones. Y también aparecen pueblos de identidad más difusa pero de presencia no menos tenaz o elocuente, como «la gente del norte» y «la gente del mediodía», o los dominadores y los sometidos, los vencedores y los vencidos. Es una historia que se desentiende del sistema jurídico filosófico de la soberanía a través, y en primer lugar, del relato de la guerra, la memoria -no importa si más o menos verídica- de una primera invasión, de los primeros sojuzgamientos.

Aunque seguramente se comprende, es importante subrayar que raza no tiene aquí, o no tiene todavía, el sentido médico biológico con que las teorías evolucionistas y racistas del XIX cargarán la palabra. La lucha por la vida, así como las cuestiones de la lucha de clases y los peligros sociales a eliminar, estarían, como ya se ha apuntado, entre las dos últimas transcripciones («tergiversaciones»), dice Foucault en algún momento, (80)) de esa contrahistoria, facetas o reversos con que se manifiesta en procesos políticos contemporáneos de proyecciones opuestas. La noción de raza en la contrahistoria de los siglos XVI y XVII debe leerse de la siguiente manera:

Se dirá, y ese discurso lo dice, que hay dos razas cuando se hace la historia de dos grupos que no tienen el mismo origen local; dos grupos que no tienen, al menos en el origen, la misma lengua y, con frecuencia, tampoco la misma religión; dos grupos que sólo constituyeron una unidad y una totalidad política al precio de guerras, invasiones, conquistas, batallas, victorias y derrotas: de violencias, en suma; un lazo que no se establece sino a través de la violencia de la guerra. [...] dos grupos

que, pese a su cohabitación, no están mezclados a causa de diferencias, disimetrías, barreras debidos a los privilegios, las costumbres y los derechos, la distribución de la fortuna y el modo de ejercicio del poder. (77)

Entonces, una de las consecuencias primeras y de mayor alcance de esta historia inspirada en la guerra y que busca reactivar la guerra, es su concepción de una partición binaria de la sociedad. La descripción piramidal de la sociedad, la de los tres órdenes, o la del organismo descrito por Hobbes en su *Leviatán*, (el cuerpo del Estado constituido por los súbditos, y con un alma central que es la soberanía, (Foucault, 38)), quedan refutadas, ignoradas o deshechas por esa nueva historia que habla de dos grupos, de dos enemigos, y que percibe la contienda a pesar y a través de las estructuras sociales. Leemos en

Defender la sociedad:

Este nuevo discurso ya no está ligado a una organización ternaria como el discurso histórico de las sociedades indoeuropeas, sino a una percepción y una partición binaria de la sociedad y de los hombres: por un lado, unos y por el otro, los otros; los injustos y los justos, los ricos y los pobres, los poderosos y quienes no tienen más que sus brazos, los invasores de tierras y quienes tiemblan ante ellos, los déspotas y el pueblo que murmura, la gente de la ley presente y de la patria futura. (74)

Rivalidades antiguas y antiquísimas en las que nuestra actual dinámica de oposiciones se reconoce de inmediato. Posición antagónica que el ánimo más contemplativo y civil podría recuperar hoy con la mayor prontitud. Muy al contrario del distingo entre violencia y política de que Arendt hablara, esta historia de la guerra que Foucault nos describe no sólo habría atravesado y comprometido leyes, costumbres, estamentos e instituciones, sino que también habría dado lugar a la idea misma de la revolución, cuajado en pensamiento y acción revolucionaria:

[A la historia de modelo romano] comenzó a oponerse otra: una contrahistoria que es la de la servidumbre oscura, la decadencia, la de la profecía y la promesa; la contrahistoria también del saber secreto que hay que recuperar y descifrar y, por último, la de la declaración paralela y simultánea de los derechos y la guerra. (74)

En el estudio de Arendt la revolución es siempre un momento limitado políticamente o de naturaleza prepolítica, es ese tiempo previo de oscuridad y violencia, o también es lo que nos devuelve al pacto primero, a la América de los peregrinos, con su concordada e igualitaria sociabilidad; la América anterior a la revolución, de condados, distritos y ciudades, de «cuerpos políticos civiles» que eran, más que nada «sociedades políticas», y «no implicaban ni gobierno ni división del pueblo en gobernantes y gobernados» (Arendt, 273), un mundo que la Revolución americana volvería a encontrar, por así decir, como una nuez intacta. Y, sin embargo, qué bien se reconoce a la gente que zarpa en el Mayflower (1620), su cisma religioso y su expatriación, en el sueño de libertad que recoge la contrahistoria¹³³. O a los que un siglo y medio más tarde convienen en que no habrá tributación sin representación, se llaman a sí mismos ingleses nacidos libres, y toman las armas por la independencia de Las Trece colonias¹³⁴. Aunque nunca pretendió

¹³³ Arendt no compartía la teoría «de que todas las revoluciones modernas son cristinas en su origen, incluso cuando se proclaman ateas». Quienes proponían esto, entendía, habían trasferido el espíritu rebelde de las antiguas sectas cristianas -con su igualdad de las almas ante Dios, su oposición a los poderes públicos y su promesa del Reino de los Cielos-, secularizado a través de la Reforma, a las revoluciones modernas. Objetaba que si bien Lutero podía considerarse como «uno de los grandes fundadores de la historia», su creación no había sido ni había intentado ser un *novus ordo saeculorum*; por el contrario se proponía librar una vida auténticamente cristiana, apartándola radicalmente de las consideraciones y preocupaciones del mundo secular, independientemente de cual fuera éste [...]» (2014: 37) Por otra parte, Arendt sopesó la posibilidad de que el Antiguo Testamento hubiese servido como guía en los pactos de los primeros colonos en América: «Si existió alguna influencia teórica que contribuyese a los pactos y convenios realizados durante los primeros tiempos de la historia de América, fue, sin duda, la fe puritana en el Antiguo Testamento y, especialmente, su redescubrimiento del pacto de Israel, que se convirtió para ellos en «instrumento con que explicar casi todas las relaciones de hombre a hombre y del hombre con Dios [...] el pacto bíblico, según lo entendían los puritanos, era un pacto entre Dios e Israel, en virtud del cual Dios dio la ley e Israel se comprometió a guardarla [...]» (2014: 282)

¹³⁴ En una nota que, como en muchas otras ocasiones, nos parece una discreta réplica al estudio de Arendt, Foucault dice: «Creo que, en líneas generales, nunca hay que olvidar que la Biblia fue, al menos a partir de la segunda mitad de la Edad Media, la gran forma en la que se articularon las objeciones religiosas, morales y políticas al poder de los reyes y el despotismo de la Iglesia. [...] En la Edad Media siempre se presentó a Jerusalén como objeción a todas las Babilonias resucitadas; siempre se le opuso a la Roma eterna, la Roma de los Césares, la que derramaba en los circos la sangre de los justos. Jerusalén es, en la Edad Media, la objeción religiosa y política. La Biblia fue el arma de la miseria y la insurrección, fue la palabra que sublevaba contra la ley y la gloria. [...] no me parece sorprendente que, a fines del medioevo, en el siglo XVI, en la época de la Reforma y también de la

precisarle orígenes ni agotar el enigma del fenómeno revolucionario, y aunque observó que no toda la contrahistoria europea cuajó en revueltas¹³⁵, Foucault asentía la posible existencia de una relación entre el pensamiento revolucionario y la historia de la guerra de razas:

Después de todo, ¿qué significarían, qué podrían ser la idea y el proyecto revolucionarios, en primer lugar, sin ese desciframiento de las disimetrías, los desequilibrios, las injusticias y las violencias que funcionan a pesar del orden de las leyes, bajo el orden de las leyes, a través de y gracias al orden de las leyes? ¿Qué serían la idea, la práctica y el proyecto revolucionarios sin la voluntad de sacar a la luz una guerra real que se desarrolló y sigue desarrollándose pero que el orden silencioso del poder tiene por función e interés, precisamente, sofocar y enmascarar? ¿Qué serían la práctica, el proyecto y el discurso revolucionarios sin la voluntad de reactivar esa guerra a través de un saber histórico preciso y sin la utilización de ese saber como instrumento en ella y como elemento táctico dentro de la guerra real que se libra? ¿Qué significarían el proyecto y el discurso revolucionarios sin la mira de cierta inversión final de la relación de las fuerzas y el desplazamiento definitivo en el ejercicio del poder?. (78,79)

Si queremos hacer un análisis del poder en las sociedades contemporáneas, proponía Foucault, es preciso desprenderse del modelo jurídico de la soberanía. No seguir con esas preguntas a unos sujetos ideales sobre qué cedieron de sí mismos o de sus poderes (naturales o primitivos) para dejarse someter, no continuar indagando sobre la presunta legitimidad de una soberanía y nuestra debida obediencia, sino conseguir llegar al asunto mismo de la dominación, «que la dominación, al contrario, [tenga] el valor de un hecho, tanto en su secreto como en su brutalidad» (36); encontrar y poner a la luz aquellas formas en que el derecho, legitimador y garante del poder soberano, y conformado no

revolución inglesa, aparezca una forma de historia que es estrictamente opuesta a la soberanía y los reyes -a la historia romana- y que se expresa en la gran forma bíblica de la profecía y la promesa». (2002: 72-73)

¹³⁵ Foucault se refería aquí a historiadores como Henri de Boulainvilliers (1658-1722), parte de una reacción nobiliaria a Luis XIV que, ya veremos más adelante, se expresa no precisamente en la forma de un llamado a la revuelta sino en la forma de un llamado al saber. Ver 2002: 147

sólo por las leyes sino también por las instituciones y las normas, moviliza relaciones que no son precisamente de soberanía sino de dominación.

Así, el privilegio dado en *Defender la sociedad* a la historia de la guerra de razas no tiene absolutamente nada de casual: el relato de una lucha sempiterna, febril entre sus esperanzas y sus memorias, desafiante ante el templo de los legajos de los hombres de la ley y del gobierno, equivalía a encontrar aquellos momentos y elementos que hicieron posible la opresión. A través de esos hallazgos, y de la recomposición y puesta a la luz de esos momentos en que se cae bajo un dominio, el acto de avasallamiento también se muestra en sus aspectos más completos y descarnados. La guerra de razas era para Foucault (y por lo mismo que nos interesa a nosotros) un modelo de exploración histórica donde encontrar un sitio o unos sitios de acometida desde los cuales la palabra no quede tan rápidamente entrampada o sofocada por los imperativos y los despliegues de lógica y valores de un determinado gobierno, tarea que cobra una dificultad particular cuando el espacio histórico en que nos movemos es el de una revolución, ya que entonces el recurso de impugnación ha salido de donde mismo saliera aquello que se impugna. Creo que estas duplicaciones no aportan poco a nuestro presente trágico y lleno de oscuridad (heredero por demás de un siglo XX de revoluciones), a nuestras paradojas morales, y a nuestros valores absolutamente extremos y absolutamente imprecisos. Nuevamente, es el hecho desnudo de la opresión lo que va a procurarnos un punto de divergencia en esas duplicaciones (reales o aparentes) que ofrecen aquí el recurso de impugnación y lo impugnado.

Por otra parte, un análisis desentendido del modelo soberano resulta muy oportuno en un contexto como el de la Revolución cubana, donde la figura mesiánica del líder y la del

autócrata se barajan constantemente y terminan por recubrir todo. Leer la dinámica del gobierno y de su dominación, a través del desciframiento de las intenciones de Fidel Castro, de su posible bondad o su maldad, fue en Cuba uno de los desvelos más persistentes y más estériles. No preguntarse « ¿qué tiene [el poder] en la cabeza?, ¿qué busca quién tiene el poder? » (37) es, precisamente, una de las precauciones de método que Foucault ofrece en su libro. Es decir, se nos propone abandonar los análisis del poder por sus zonas más internas y subjetivas y, en lugar de ello, acometerlo por lo más externo, «en sus prácticas reales y efectivas» (37). Por supuesto, observar el poder en esa exterioridad también puede convertirse en un trabajo muy arduo cuando la información está compartimentada, es imprecisa o falsa o está bajo censura, y con el juicio de la persona impactado por el aislamiento y cautivo por unos valores largamente inculcados. Y, sin embargo, entre tanta precariedad y teniendo en cuenta que el propio individuo es parte de las *producciones* más notorias del poder, también podría llegar el momento en que la persona comience a leerse y darse a sí misma como una revelación, ofrecerse como ejemplo. Es lo que cabe esperar y lo que hemos visto ocurrir en el largo trayecto de la Revolución cubana, ese programa emancipatorio y justiciero enquistado a su vez en múltiples formas de dominio y en un liderazgo tan carismático como tiránico.

Entonces, otro aspecto de importancia en un análisis del poder desprendido del sistema político de la soberanía lo tendríamos en ese desplazamiento de la atención hacia el otro extremo: «en vez de preguntarse cómo aparece el soberano en lo alto, procurar saber cómo se constituyen poco a poco, progresiva, real, materialmente los súbditos [sujets], el sujeto [sujet]» (37). Creo que, igualmente, pocas cosas se ajustan tan bien a la sociedad cubana, con lo masivo de sus organizaciones políticas y civiles y su centralismo del

estado, como esa propuesta de Foucault de ver el individuo como uno de los efectos primeros del poder, y ver el poder como algo en funcionamiento, algo que se ejecuta en red, que posee esa naturaleza móvil e imbricada, y en ante el cual los individuos «están siempre en situación de sufrirlo o también de ejercerlo » (38).

III. Gobernante y pueblo: una pareja monstruosa

Moderno en su percepción del individuo como víctima y relevo del poder (unas veces súbdito y otras sujeto, según implica la lengua francesa, con sólo una palabra para ambos significados), adecuado al funcionamiento de la utopía comunista y a las fantasías aterradoras de las distopías, fue, sin embargo, en la vieja historia de la guerra de razas donde Michael Foucault vio aparecer -acaso por vez primera, dice- ese análisis de la dominación concentrado no en el soberano sino en un grupo, una sociedad (en el sentido de gente vinculada por los mismos intereses, leyes y costumbres) y, en general, en los súbditos. Lo encuentra en el discurso que el noble Henri de Boulainvilliers (1658-1722) agrega al informe sobre la situación general de Francia encargado por Luis XIV a sus intendentes para la instrucción del futuro heredero al trono, su nieto, el duque de Borgoña. Añadido curioso, se nos dice, pues Boulainvilliers para estudiar el presente del país se remonta a los antiguos gobiernos, hasta el duque y rey de los francos Hugo Capeto (940-996). Es decir, reelabora y recodifica un informe administrativo sobre el Estado de Francia donde la historia (y ello, por supuesto, apunta en primer lugar a la historia de la nobleza a la que él pertenece y que se siente dañada económica y políticamente por el propio rey) tiene que valer más que los discernimientos de administradores y juristas. Y cuál era, entonces, la historia de la nobleza de Francia sino la de una sociedad que conoció la traición y la ruina desde los tiempos más remotos. Según Boulainvilliers y la reacción nobiliaria que le confiara la “revisión” del informe, su historia era la de una nobleza gala despojada de sus armas por los romanos; o también, la de la nobleza galorromana despojada de sus tierras tras la invasión de los francos y forzada a refugiarse en la Iglesia, -ahora su amparo, vehículo de influencia-, y a volcarse

en el cultivo de sus conocimientos del latín y del derecho romano. O, también, la historia de la nobleza guerrera franco germana, brío bárbaro que después de someter al más fabuloso de los ejércitos se verá igualmente despojada de sus armas por su propio jefe militar, que trasladando sus facultades de mando a la vida civil, se convertirá en monarca absoluto, se aliará a la plebe, se dotará de mercenarios galos y extranjeros, y hará de la nobleza una sociedad arrinconada, en un mundo de leyes en latín que le era desconocido. Detalles en los que nos demoramos no por una pasión por la historia, aunque hay mucho de apasionante en la historia, sino para hacer más visible la suplantación que todos esos relatos están haciendo de aquellos que antes tenían por matriz la cuestión soberana en sus aspectos administrativos y jurídicos. Ante el conocimiento de los administradores del reino y los doctos en leyes -«el del tribunal, el del procurador, el jurisconsulto y el escribano forense [...] Saber que los nobles odian, desde luego, porque los entrampó, los desposeyó mediante argucias que ellos no comprendían» (126)-, hombres tan próximos al rey y que, a su modo, en esencia, sólo hablan de algo creado por el rey y que concierne al rey, aparece ahora un relato novedoso por su valor, no precisamente histórico, sino histórico político. Por una parte, el saber de los legistas -saber circular, lo define Foucault, pues siempre parece ir del rey al rey, y del estado al estado (126)- y, por la otra, los volúmenes de Boulainvilliers con sus desplazamientos de la ley a la historia, de la actualidad a los orígenes, del soberano y del estado a los pormenores de una nobleza en apuros. Una de las primeras novedades que Foucault le señala al trabajo de Boulainvilliers es esa aparición de un nuevo sujeto histórico, en el sentido de nuevo hablante y nuevo asunto: el noble que va hasta las simientes del estado y más allá de ellas para no ocuparse más que de su grupo, de su sociedad, de su nación ante las otras

naciones¹³⁶. Una mirada que se ha desplazado de los ámbitos del rey y del Estado a los del súbdito. Pero valdrá que citemos lo que dice Foucault sobre estos primeros *hallazgos* de Boulainvilliers:

Descubría cierta materia de la historia que era el otro lado de la relación de poder. Pero no analizaba esta nueva materia de la historia como una sustancia inerte, sino como una fuerza o varias, de las cuales el poder no era más que una, una especie de fuerza singular, la más extraña de todas las que combatían dentro del cuerpo social. El poder es el del pequeño grupo de quienes lo ejercen pero no tienen fuerza; y sin embargo, ese poder al final de cuentas, se convierte en el más fuerte de todas las fuerzas, una fuerza a la que ninguna otra puede oponer resistencia, salvo con la violencia o con la rebelión. Lo que Boulainvilliers descubría era que la historia no debía ser la historia del poder, sino la de esa pareja monstruosa, o extraña, en todo caso, cuyo enigma no podía reducir ni analizar exactamente ninguna ficción jurídica, vale decir, la pareja formada por las fuerzas originarias del pueblo y la fuerza finalmente constituida de algo que no tiene fuerza pero que es, no obstante, el poder. (158)

Muchos elementos habían tenido que ver con la decadencia de la nobleza francesa, según Boulainvilliers: el rey, los antiguos nobles galos refugiados en la Iglesia, la Iglesia misma fortalecida a sus expensas, los galos y extranjeros mercenarios, la plebe¹³⁷, un derecho en latín que no comprendían. Contribuyó también la propia nobleza con su abulia, su confianza en sí misma y, a la vez, su enorme desconocimiento de su suerte, su malas decisiones, sus malas alianzas, sus felonías. Múltiples elementos o múltiples fuerzas,

¹³⁶ «En esa época, la nación no es, de ningún modo, algo que se defina por la unidad de los territorios o por una morfología política determinada o un sistema de sujeciones a un *imperium* cualquiera. La nación carece de fronteras, de sistema de poder definido, de Estado [...] La nación o, mejor, las *naciones*, es decir, los conjuntos, las sociedades, los agrupamientos de personas, de individuos que tienen en común un estatus, costumbres, usos, cierta ley particular -pero ley entendida mucho más como regularidad estatutaria que como ley estatal-. La historia se va a referir a esto, a esos elementos. Y son éstos, es la nación la que tomará la palabra. La nobleza es una nación frente a muchas otras que circulan en el Estado y se oponen unas a otras. De esta idea [...] va a salir el famoso problema revolucionario de la nación; de allí saldrán, desde luego, los conceptos fundamentales del nacionalismo del siglo XIX; de allí saldrá también la noción de raza; y por último, de allí va a salir la noción de clase», (129).

¹³⁷ Foucault observa como en Boulainvilliers tenemos esa nota sobre una nobleza debilitada a través de la «elevación artificial de la gente de baja condición» (139). Ya lo habíamos visto en Arendt, y Foucault no pierde la ocasión para este subrayado: «Vale decir que, con un procedimiento de todos los despotismos (cuyo desarrollo, por otra parte, ya se había constatado en la república romana, desde Mario hasta César) se hace creer a los inferiores que un poco más de igualdad en su beneficio traerá más igualdad para todos. Y de hecho, gracias a esa *igualitarización*, se desemboca en un gobierno despótico» (139).

porque se trata de un relato que no se queda ya en el momento de la invasión; por trastornadora o fundadora que la invasión de los romanos o de los francos hubiese podido ser, el relato de Boulainvilliers continúa, desborda aquel hecho, ya no le interesa quiénes fueron los vencedores o los vencidos, sino quiénes, tras aquellos primeros momentos, se volvieron fuertes o se volvieron débiles, por qué se dieron esos cambios de fuerza, y lo que esas transformaciones significaron o continúan significando (153). Y aquí tenemos otro de los *hallazgos* de Boulainvilliers reajustados por Foucault a los métodos de análisis del poder en las sociedades contemporáneas:

Al desplazar el eje, el centro de gravedad de su análisis, Boulainvilliers hacía algo importante. En primer lugar porque definía el carácter relacional del poder: éste no es una propiedad, no es una potencia; el poder nunca es otra cosa que una relación que sólo puede y debe estudiarse en función de los términos entre los cuales actúa. Por lo tanto, no se puede hacer ni la historia de los reyes ni la de los pueblos, sino la historia de lo que constituye esos dos términos uno frente al otro, de los cuales uno nunca es infinito y el otro nunca es cero. [...] Boulainvilliers no describió este fenómeno del poder en términos jurídicos de soberanía, sino en términos históricos de dominación y juego entre las relaciones de fuerza. Y en ese campo situó el objeto de su análisis histórico. (158)

No hay en Boulainvilliers un llamado a la revuelta, como sí lo hubo entre los nobles ingleses del XVII, pero sí hay un llamado a la conquista del saber. De ahí toda esa historia que escapa por los intersticios del derecho hasta los orígenes del estado, que recubre de historia el examen de la actualidad, que busca que ese conocimiento funcione a la vez como instrucción y como cálculo político. Que se convierta en recurso para reavivar la memoria del rey y recordarle su alianza original con los nobles, a quienes, igualmente, instiga a que salgan de su ignorancia o de su letargo. En el conocimiento de su historia están los elementos con los que se puede volver a hacer la batalla, «pues -dice Foucault a propósito de los trabajos del noble- la verdadera batalla, al menos dentro de la sociedad, ya no pasa por las armas sino por el saber» (148).

El noble Henri de Boulainvilliers ocupa un gran espacio en el estudio *Defender la sociedad*, es un historiador que al parecer había puesto a punto muchas cosas: su abandono de la cuestión de la invasión por lo que ocurre tras ésta; su interés por la nación y por las naciones, («empezaba a dar *status* en la historia a algo que, en el siglo XIX, se convertiría, con Michelet, en la historia del pueblo o de los pueblos» (157)), y su manera de usar la guerra como un analizador de toda la sociedad. No podemos detenernos ahora en sus generalizaciones de la guerra¹³⁸, decimos, sin embargo, que el gran interés de Foucault por Boulainvilliers reside en que allí ha encontrado una guerra que es sí es legible y que, en ese mismo sentido, resulta un vehículo de comprensión y descripción de múltiples fenómenos de la vida civil. En Boulainvilliers la guerra es legible y la guerra lee, describe, comprende, vincula; no es un punto ciego de violencia o un amasijo de actos inextricables o fragmentados, y el terreno del derecho o del estado no le está prohibido. Por el contrario, la historia de la guerra es lo que revela aquello que el derecho oculta; es lo que recorre, a través del derecho y del estado, toda la sociedad. Foucault dice:

De este modo, Boulainvilliers va a poder integrar esos acontecimientos -que antaño no eran más que violencia y se presentaban en su carácter masivo-, esas guerras, invasiones, esos cambios, en todo un estrato de contenidos y profecías que abarcan la sociedad en su totalidad (porque como hemos visto, esto se refiere al derecho, la economía, la política fiscal, la religión, las creencias, la instrucción, la práctica de la lengua, las instituciones jurídicas) (155).

Y más adelante:

La constitución de un campo histórico político, el funcionamiento de la historia en la lucha política fueron posibles a partir del momento en que, en un discurso como el de Boulainvilliers, esa relación de fuerza (que en cierto modo era el objeto exclusivo de las preocupaciones del Príncipe) pudo convertirse en el objeto del saber para un grupo, una nación, una minoría, una clase, etcétera. Así comienza la organización de un campo histórico político. El funcionamiento de la historia en la

¹³⁸ Ver las tres generalizaciones de la guerra que hace Boulainvilliers en las páginas 148-154.

política, la utilización de la política como cálculo de las relaciones de fuerza en la historia, todo eso se inicia aquí. (156)

Como se ve, para el siglo XVIII la historia de la guerra de razas ya no es una elaboración restringida y marginal. Es lo que unos y otros empuñan por igual, es el texto que introduce reparos, revisiones, que erosiona el suelo de las leyes y de los saberes históricos regulares. Pero Boulainvilliers es sólo uno de sus mejores ejemplo, en realidad se trata de una manera de historiar que lleva tiempo difundándose y que, como ya se indicara antes, se le verá pasar con facilidad de una fuerza a otra. En un texto de ese enemigo de clase de Boulainvilliers que todavía hoy circula y se lee con fruición en determinados círculos, el *Ensayo de los privilegios*, de Emmanuel Sieyès (1748-1836), podemos hallar un profundo desprecio por aquel viaje a los orígenes que veíamos en el alegato de la nobleza; la mirada del abate está puesta en el presente y en el futuro, y, sin embargo, la matriz de la impugnación sigue siendo la de una sociedad dividida en dos grupos y enfrentada desde los tiempos más remotos:

Se ha dicho que el privilegio es *dispensa para el que lo obtiene y desaliento para los demás*. Si es así, reconoced que los privilegios son una triste invención. Imaginemos la sociedad mejor constituida y más feliz posible: ¿no es evidente que, para trastornarla, bastará con dispensar a los unos y desalentar a los demás?. (Sieyès 73)

Y volveremos a encontrar ambas cuestiones -el desprecio al pasado y el binarismo social- en aquel trabajo suyo que le diera el mote de oráculo de la Revolución francesa, “¿Qué es el tercer estado?”:

Pero el Tercero no debe temer tiempos pasados. Se remitirá al año que precedió a la conquista; y puesto que hoy es lo bastante fuerte para no dejarse conquistar, su resistencia será sin dudas más eficaz. ¿Por qué no restituir a los bosques de Franconia a todas esas familias que mantienen la loca pretensión de provenir de las razas de sus conquistadores y de heredar sus *derechos de conquistas*?
[...]

Pero, si las razas están mezcladas, si la sangre de los francos, que no valdría más separada, corre confundida con la de los galos, si los ancestros del Tercer Estado son los padres de la nación entera, ¿no puede esperarse que cese un día ese prolongado parricidio que una clase se honra en cometer a diario contra todas las demás? ¿Por qué la razón y la justicia, fuertes un día, como hoy la vanidad, no empujarían a los privilegiados a solicitar por sí mismos, y por un interés nuevo pero más verdadero, más social, su *rehabilitación* en el Tercer Estado? (119)

Se trata, entonces, de hacer historia para desacralizarla, o mejor, para hacer contrahistoria. Para dejar al desnudo el relato de los enfrentamientos perpetuos y, también, como se ve hacia al final del párrafo citado, para entrar con ella el terreno de la lucha y el cálculo político, para llegar al momento de la alianza entre aquella retraída nobleza y ese Tercer Estado que a Sieyès le gustaba imaginar como lo que era ya la inmensa mayoría de Francia. O como Boulainvilliers, haciendo historia para despertar a los nobles, o Sieyès para darle nuevos alcances y poder político al Tercer Estado, en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, de Karl Marx, tendremos ya, más que una historia de la guerra, una memoria de esa historia. La historia inevitable también a la burguesía:

Completamente absorbida en la producción de riqueza y en la lucha pacífica de la competencia, la sociedad burguesa ya no comprendía que los fantasmas de la época romana habían protegido su cuna. Pero, por muy poco heroica que sea la sociedad burguesa, el heroísmo, el sacrificio, el terror, la guerra civil y las matanzas de los pueblos habían sido, sin embargo, precisos para traerla al mundo. (41)

La crítica al estado de cosas en la Segunda República francesa (1848-1852) que *El dieciocho Brumario* contiene, pide sacar lecciones de las revoluciones del pasado, de la francesa de 1789, de la inglesa de un siglo atrás...:

En aquellas revoluciones, la resurrección de los muertos servía, por tanto, para enaltecer las nuevas batallas, no para caricaturizar las antiguas; para engrandecer en la fantasía la misión presente, no para rehuir su cumplimiento en la realidad; para reencontrar el espíritu de la revolución, no para dejar vagar otra vez su espectro. (Marx 42)

Podríamos referir muchos otros momentos donde resuenan los vínculos entre el pensamiento revolucionario y la historia de la guerra de razas; por su parte, Foucault encontró bastante revelador y concluyente una correspondencia en la que Marx recordaba a Engels el hecho de que ellos hubiesen encontrado y elaborado su idea de la lucha de clases a través de los historiadores de la guerra de razas¹³⁹. Fue con este saber histórico y su desplazamiento a los grupos, al súbdito, a las naciones y a las clases, que el asunto del poder y el de la emancipación quedaron tan vinculados; muy lejos de la Antigüedad, de la Edad Media, esa contrahistoria y sus vínculos con la idea revolucionaria, sin embargo, va a permanecer con nosotros aunque no sin dejar de sufrir múltiples capturas, apaciguamientos y también deformaciones e inversiones. De ahí el signo emancipador de nuestra cultura y, asimismo, el signo emancipador y tiránico que encontramos en los proyectos revolucionarios del presente. En el texto *Defender la sociedad* leemos esta suerte de anuncio:

Petrarca se preguntaba: “¿Qué hay en la historia, entonces, que no sea la alabanza de Roma?”. Pues bien, nosotros -y esto es lo que caracteriza sin duda nuestra conciencia histórica y está ligado a la aparición de la contrahistoria- nos preguntamos: “¿Qué hay en la historia, entonces, que no sea el llamamiento o el miedo a la revolución?”. Y agregamos simplemente esta pregunta: “¿Y si Roma, de nuevo, conquistara la revolución?”. (83)

¹³⁹ En *Defender de la sociedad* leemos: «No hay que olvidar, después de todo, que Marx al final de su vida, en 1882, escribía lo siguiente en una carta a Engels: “Pero sabes muy bien dónde encontramos nuestra lucha de clases: en los historiadores franceses cuando relataban la lucha de razas” » p. 79. Se trata de una cita de memoria que ha sido rectificada en una nota al pie: Existe una carta más temprana (1852) y con otro destinatario (J. Weydemeyer) donde Marx expresa su aprecio por los historiadores franceses del pasado y su opinión de que en ellos podía aprenderse sobre la lucha de clases. También en una carta de 1854 a Engels le llama a Augustin Thierry « “el padre de la lucha de clases” en la historiografía francesa” ». Ver nota 6, página 79

IV. Un erudito de la violencia

Hemos visto dos maneras de llegar al fenómeno de la revolución y de analizarlo. En la que propone Arendt la revolución es algo próximo a nuestros días, tiene sus causas en el afortunado y ejemplar progreso de los puritanos ingleses en América; es un episodio de guerra que en algún momento termina y rescata el viejo orden de las cosas o da lugar a un orden nuevo, al tiempo del contrato, las leyes, la fundación, el estado. En la que propone Foucault, la revolución es parte de un sentimiento de opresión similar o confluyente con el surgimiento de una historia opuesta al estado, una historia que fragmenta la unidad estatal y la concepción teórico jurídica de la soberanía y extrae de allí individuos de razas enfrentadas y con un monarca que, lejos de la imparcialidad, es alianza y beneficio para unos y sometimiento para otros. Que reencuentra los enfrentamientos y derrotas del pasado en un presente de sometimientos permanentes, enmascarados en la cotidianidad de la paz y el mundo civil, que las reactiva y sueña con la batalla definitiva que invertirá para siempre (siempre que los otros lo permitan, cabe entender) el estado de las cosas. Tenemos, entonces, una violencia ininteligible, muda y sorda, frente a una violencia para descifrar y ser historiada y ser sacada a la luz; una violencia ajena a la política y una violencia que pasa, se aloja y permanece en el entramado de la sociedad civil; una violencia episódica y una violencia que se reanima de continuo como se reaniman (imaginaria o realmente) los enemigos.

Sin prescindir del todo del trabajo de Arendt, valioso para nosotros no tanto en el conjunto o en los métodos como en muchos de sus pormenores, la perspectiva de Foucault nos resulta más convincente y provechosa desde el momento en que ese objeto de examen, la historia de la guerra de pueblos o razas y sus posibles vínculos con el

proyecto revolucionario, se nos descubre en una relación orgánica con la conformación del poder en las sociedades contemporáneas. Antes de las lecciones de *Defender la sociedad* Foucault había realizado una serie de estudios que denominaba arqueologías, en unos casos, y genealogías, en otros. Uno de sus trabajos arqueológicos más reconocidos es *Las palabras y las cosas*, análisis de la cultura del Renacimiento, el periodo clásico y la modernidad comentado en el primer capítulo de esta disertación. A diferencia de las arqueologías, que intentan un análisis horizontal, la observación particularizada de unos estratos de cultura, *Defender la sociedad* es una genealogía, un viaje que atraviesa siglos, se vale de la historia y, en este caso, reconstruye una historia durante el trayecto. En las primeras páginas de este libro el autor comenta:

La genealogía sería, entonces, con respecto al proyecto de una inscripción de los saberes en la jerarquía de poder propia de la ciencia, una especie de empresa para romper el sometimiento de los saberes históricos y liberarlos, es decir, hacerlos capaces de oposición y lucha contra la coerción de un discurso teórico unitario, formal y científico. La reactivación de los saberes locales -menores, diría acaso Deleuze [Gilles Deleuze (1925-1995)] contra la jerarquización científica del conocimiento y sus efectos de poder intrínsecos es el proyecto de esas genealogías en desorden y hechas añicos. En dos palabras, yo diría lo siguiente: arqueología sería el método propio del análisis de las discursividades locales, y la genealogía, la táctica que, a partir de esas discursividades locales así descritas, pone en juego los saberes liberados del sometimiento que se desprenden de ellas. (24)

Pesquisas que buscaban dotar las palabras de capacidad de lucha, que se impregnaron del espíritu crítico de los años sesenta y los setenta –«la inmensa y proliferante criticabilidad de la cosas, las instituciones, las prácticas, los discursos» (20), y tuvieron por objetivo principal una comprensión del poder, ese fenómeno de tanta crueldad y de mecanismos tan elusivos en el siglo XX:

Ustedes conocen la apuesta de todas estas genealogías; apenas necesito aclararla: ¿qué es ese poder cuya irrupción, cuya fuerza, cuyo filo, cuyo absurdo aparecieron concretamente durante estos últimos cuarenta años, a la vez en la línea de hundimiento del nazismo y la línea de retroceso del estalinismo? ¿Qué es el poder?

O más bien -porque la pregunta “qué es el poder” sería justamente una cuestión teórica que coronaría el conjunto, cosa que yo no quiero-, la apuesta consiste en determinar cuáles son, en sus mecanismos, sus efectos, sus relaciones, esos diferentes dispositivos de poder que se ejercen, en niveles diferentes de la sociedad, en ámbitos y con extensiones tan variadas [...] (26)

Junto a sus otros trabajos -una historia del procedimiento penal, páginas sobre la evolución, la sofística, la Inquisición en la Edad Media, la moneda griega, la institucionalización de la psiquiatría en el siglo XIX o un esbozo de la sexualidad-, refiere lo hecho por otros autores, como *El anti-Edipo* de Gilles Deleuze y Félix Guattari [1930-1992], investigaciones de esos años y otras en curso que no sin orgullo describe como la «ofensiva de los saberes dispersos y discontinuos» (20). Trabajos que estima por su valor de críticas parciales, no sistematizadas, incisivas aunque fragmentarias e inconclusas y, sobre todo, independientes¹⁴⁰. Críticas locales y fragmentarias precisamente porque, entre otras cosas, habían conseguido ser «una especie de producción teórica autónoma, no centralizada» y que no buscaban ni basaban su validez en «el visado de un régimen común» (20). Y damos aquí, nuevamente, con algo de gran importancia para nuestro estudio: ese contraste que establece Foucault entre «la ofensiva de los saberes dispersos y discontinuos» y los grandes cuerpos teóricos, con su jerga, su prestigio, su lógica y despliegues. Al leer el repaso de Foucault a su trabajo anterior a *Defender la sociedad* se comprende que para él había críticas locales eficaces y críticas

¹⁴⁰ Según se nos explica en una nota al pie y, también, según el texto de *Defender la sociedad*, Foucault está aludiendo al movimiento psiquiátrico «fenomenología antropológica», con conceptos tomados de la filosofía de Heidegger y Husserl (ver nota 1, página 18 de *Defender la sociedad*), o a estudios críticos sobre la moral o la sexualidad tradicional con referencias algo difusas, dice, a Wilhem Reich y Herbert Marcuse y, finalmente, a las críticas al aparato legal y judicial que de algún modo remitían a la noción general de *justicia de clase* o al anarquismo. De *El anti-Edipo* dice: «Pienso también, y más precisamente aun, en la eficacia de algo -ni siquiera me atrevo a decir un libro- como *El anti-Edipo*, que prácticamente no estaba ni está referido a otra cosa que a su propia y prodigiosa inventiva teórica; libro, o más bien cosa, acontecimiento, que logró enronquecer hasta en la práctica más cotidiana ese murmullo -sin embargo, ininterrumpido durante mucho tiempo- que se hiló desde el diván hasta el sillón». (19, 20).

locales provechosas pero entrampadas. Estas últimas eran aquellas que se hacían según las premisas de un determinado cuerpo teórico, en los términos de lo que llama las «teorías totalitarias» o «teorías envolventes y globales», como el psicoanálisis y el marxismo (20). Críticas restringidas de antemano, ya que nunca conseguían tener un impacto en la totalidad del conjunto teórico que se estaba objetando. Veamos cómo lo dice:

[...] al mismo tiempo que ese desmenuzamiento y esa sorprendente eficacia de las críticas discontinuas y particulares, locales, se descubre en los hechos [...] algo que acaso no se había previsto en un principio: lo que podríamos llamar efecto inhibitor propio de las teorías totalitarias, y me refiero, en todo caso, a las teorías envolventes y globales. No digo que esas teorías envolventes y globales no hayan proporcionado y no proporcionen todavía, de una manera bastante constante, instrumentos localmente utilizables: el marxismo y el psicoanálisis están precisamente ahí para demostrarlo. Pero creo que sólo proporcionaron esos instrumentos localmente utilizables con la condición, justamente, de que la unidad teórica del conjunto quedara como suspendida o, en todo caso, recortada, tironeada, hecha añicos, invertida, desplazada, caricaturizada, representada, teatralizada, etcétera. Sea como fuere, cualquier recuperación en los términos mismos de la totalidad provocó, de hecho, un efecto de frenado. (20)

La cultura cubana está repleta de críticas entrampadas y debilitadas por el marxismo y la teoría revolucionaria que se le vincula¹⁴¹. El ímpetu de esas críticas varía según los años y la circunstancia en que fueron producidas pero todas, en algún momento, muestran que el autor ha dado con unos preceptos que lo rebasan o que tiene por intraspasables. Pensamos en peleas políticas trivializadas de inmediato porque carecían de doctrina, es decir,

¹⁴¹ Teoría revolucionaria no es una vana expresión aquí: en sus "Apuntes sobre la revolución y literatura en Cuba", del libro *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, Roberto Fernández Retamar se refiere, entrecomillando el término, a una «teorización de la revolución», que básicamente encuentra en los discursos revolucionarios –«van dando a conocer a todo el pueblo la problemática y el proceso de desarrollo del pensamiento de la revolución»– (166), y en ciertos ensayos de autores cubanos y extranjeros. Ofrece una lista de autores y títulos que, imaginamos, vería como inacabada: Ernesto Guevara (*La guerra de guerrillas*, 1960), el cubano Raúl Roa, el guatemalteco Orlando Fernández, el peruano Héctor Béjar (*Perú 1965: apuntes sobre una experiencia guerrillera*, 1969), el francés Régis Debray, (167-168).

porque no llevaban la lógica, las categorías, la jerga del marxismo, o porque no mostraban una verdadera comprensión (según la filosofía) de lo que había acontecido y estaba aconteciendo en Cuba.

Ya vimos antes, en el subcapítulo “La euforia científico teórica y sus problemas”, el influjo que la filosofía marxista llegó a tener incluso entre los escritores más contestarios de finales de los ochenta; otro buen ejemplo lo encontramos en uno de los trabajos cierre de la antología *Ensayo cubano del siglo XX*, de Rojas y Rafael Hernández, en el que se evalúa la situación de los intelectuales durante las cuatro décadas que entonces llevaba el régimen. “In medias res pública. Sobre los intelectuales y la crítica social en la esfera pública cubana”, de Desiderio Navarro, es un repaso casi cronológicamente dispuesto de la anulación progresiva del papel público del intelectual durante el régimen revolucionario y de los medios usados para ello. Se trata, sin embargo, de un recuento muy vinculado a los sesenta y, sobre todo a los setenta, un tiempo de errores que ya iban siendo reconocidos hasta por el propio gobierno. De ahí que el ensayo de Navarro aparezca publicado en la antología de Rojas y Hernández, y poco después, también, en la *Gaceta de Cuba*¹⁴². Por otra parte, el intelectual ha sido en la Revolución un ser tan vejado como requerido, y su participación en el proceso -ya que no su influjo, que corresponde unos pocos en ciertas élites- llegó a veces a parecer excesiva. Este hecho y la lejanía de las ofensas, hacían que “In media res pública” sirviera, casi más que como denuncia, como exorcismo. Uno de los tantos exorcismos que la Revolución necesitaba para dejar atrás unos días y comenzar otros. Navarro habla entonces de la desconfianza

¹⁴² Una nota al trabajo de Navarro en *Ensayo cubano del siglo XX* dice: Ponencia presentada en la Conferencia Internacional El Papel del Intelectual en la Esfera Pública, organizada por el Fondo del Príncipe Claus de Holanda, y celebrada en Beirut, del 24 al 25 de febrero de 2000. Publicada en la *Gaceta de Cuba*, La Habana, núm. 3, 2001, y, en traducción al inglés, en *Nepantla: Views from the South*, Duke University (EUA), Vol. 2, núm. 2, 2001.

hacia el intelectual y la burla de su persona, del cierre de revistas, de la imposición de corrientes o estilos (por ejemplo, a inicios de los años ochenta, el «intento de implantar como doctrina oficial el realismo socialista en su versión soviética más hostil a la crítica social» (Navarro, 694)), la persistencia de temas tabúes, el silenciamiento de conflictos pasados entre políticos y escritores y, por supuesto, la desconfianza ante el papel crítico de los intelectuales, un hecho este ante el que Navarro protesta sin dejar de presentarnos la forma más pura, es decir, más revolucionaria, de reparos al régimen:

[...] cuando la argumentación crítica se realiza, de manera consecuente, desde el punto de vista de los principios e intereses de la Revolución y con una impecable lógica marxista, entonces es posible que se recurra a un recurso neutralizador de emergencia: en vez de discutir públicamente sus afirmaciones, de impugnarlas con las armas intelectuales del marxismo, se acusa al autor de estar simulando que es revolucionario o marxista, de disfrazarse con una fraseología marxista, con lo cual se da por zanjada la parte intelectual del asunto y se hace el correspondiente daño moral a un verdadero revolucionario o marxista. (702)

La necesidad de un arma tan única y tan templada que, además, está siempre a punto de volverse contra el que la empuña, dice mucho de lo que todavía era el estado de la crítica en Cuba a inicios del milenio, época que Navarro escribe sus páginas. Por otra parte, «una impecable lógica marxista» no conduce únicamente a través de los motivos de objeción, sino que, precisamente, por ser lo que dice ser, hace regresar a unos principios cada vez que se encuentra el menor escollo. Y lo mismo puede afirmarse del fenómeno revolucionario: toda crítica hecha dentro de sus términos (sea por intención del autor, por coacción del medio, o por ambas cosas) tarde o temprano termina cautiva y enmudecida frente a aquellos conceptos que más se le han emparentado, por ejemplo, los de independencia, soberanía, justicia o pueblo. En un país donde incluso las organizaciones de masas existentes antes del triunfo revolucionario fueron remozadas y rearmadas en base a unas nociones sacadas del marxismo, el «efecto de frenado» que señala Foucault

no responde sólo a una genuina impotencia o incapacidad del crítico, a menudo es el producto de varias condiciones: desde luego, lo masivo o envolvente de la teoría o fenómeno de poder donde están alojados los motivos de crítica pero, también, las coacciones y las censuras concretas que impone el sistema, y que no se conforman sólo de unas reglas sino también de leyes. En Cuba el «efecto de frenado» fue a menudo una mezcla de convicciones, estrategia, incapacidad y coacción. O, en otro orden, de coacción, incapacidad, estrategia y convicciones. Traspasar esos límites o ignorarlos, colocarse en un sitio de acometida que no está demarcado por la ideología o la filosofía dominante, ha sido (aunque cada vez menos) algo muy inusual en Cuba, pues significa hablar desde un sitio tan insólito y propio como desvalorizado o, también, prohibido y peligroso.

El marxismo, sin embargo, es sólo una de las teorías y sólo una de las más recientes con la competencia de entrapar un discurso crítico del poder. Ya hemos visto cómo la teoría jurídico política de la soberanía había tenido la capacidad de disolver la cuestión de la dominación, poniendo en su lugar el derecho legítimo del soberano y la obligación legal de la obediencia. Así, con sus análisis de esa concepción jurídica tan importante aún en las sociedades contemporáneas, Foucault había intentado invertir las descripciones tradicionales, pero es sólo más tarde, en el curso de 1975-1976, donde tendremos una lectura del poder desprendida de la soberanía, no precisamente porque la ignore sino porque la desborda, porque llega a ella desde lugares imprevistos, la rodea, la traspasa, la abandona o retoma según sea necesario. Ese lugar es, desde luego, el del discurso histórico político de la guerra de que venimos hablando. El intento de comprender o de encarar la soberanía en lo patente de su dominación, puso a Foucault frente a una historia

concentrada en dar con los orígenes de una circunstancia desventajosa y opresiva. Podría decirse que le permitió apropiarse de un sitio y una perspectiva de análisis que los historiadores a contracorriente de finales de la Edad Media habían buscado para ellos. Por eso en las páginas introductorias de su curso se describe como aquejado de una «pereza febril», «la que afecta el carácter de los enamorados de las bibliotecas, los documentos, las referencias, las escrituras polvorientas, los textos que jamás se leen, los libros que, apenas impresos se cierran y duermen luego en anaqueles de los que sólo son sacados siglos después», y se reconoce miembro de «una de las sociedades secretas más antiguas y también más características de Occidente», «la grande, tierna y cálida francmasonería de la erudición inútil» (18). Sólo que en seguida repasa sus palabras: como en el caso de los autores que comentará tan detenidamente en sus lecciones, no hay nada vacío en esos conocimientos. Son un arma.¹⁴³ Una guerra erudita, decía, porque: «[...] sólo los contenidos históricos pueden permitir recuperar el clivaje de los enfrentamientos y las luchas que los ordenamientos funcionales o las organizaciones sistemáticas tienen por meta, justamente, enmascarar» (21).

Privar de información o tergiversarla, eliminar un tipo de escritura, borrar o prohibir autores, desvalorizar el acervo cultural, imponer cierta jerga, cierto lenguaje, prescribir modos de análisis y determinadas corrientes literarias, borrar autores o hacerlos morir en el ostracismo, han sido prácticas comunes en la cultura de la Revolución cubana, pero no estaban únicamente dirigidas a la modulación de una nueva sensibilidad y a la formación de un nuevo individuo, no apuntaban sólo al futuro sino también al pasado: buscaban

¹⁴³ En las páginas introductorias a *Defender la sociedad* Foucault da indicios de su propia batalla política, de los ataques a sus estudios desde el partido comunista francés, y de su cansancio, su necesidad de hacer precisiones y de encontrar nuevos rumbos..., esos que está explorando entonces. (23-25)

hacer más inaccesibles y embrollados aquellos momentos en que los primeros choques entre el poder y los intelectuales habían resplandecido; es decir, conseguían enturbiar el estado de opresión en su cara más primigenia, más elocuente, cuando los intelectuales perdieron sus batallas y el estado de dominio se concretó. Por eso se nos ha hecho tan necesaria la historia interna de Cuba y de la Revolución cubana después y también antes de 1959, y por eso nos han sido tan atractivos los *retornos de saber* descritos por Foucault -lo mismo el saber del erudito que el saber descalificado de la gente-, y su posible empleo en una reconstrucción del avasallamiento capaz de arrancarnos de sus formas más asumidas, pacificadas o alojadas en el día a día, casi invisibles de tanta costumbre, o de esas formas más crueles y que, sin embargo, cuentan con el amparo de los razonamientos sistematizados del régimen y con una legalidad. Sobre los *retornos de saber* Foucault apuntaba esta paradoja en las páginas introductorias de su curso *Defender la sociedad*:

[...] si bien es cierto que en estos años pasados nos encontramos a menudo, al menos en un nivel superficial, con toda una temática: « ¡No!, basta de saber, sino la vida», «basta de conocimientos, sino lo real», «basta de libros, sino la plata», etcétera, me parece que por debajo de ella, a través de ella, en ella misma, vimos producirse lo que podríamos llamar la insurrección de los *saberes sometidos*». (20, 21)

La hegemonía de lo real sobre el pensamiento y la escritura, un signo de la cultura occidental de los setenta y de los ochenta, no fue capaz, nos dice, de detener el retorno de los saberes sometidos. Es posible. Sin embargo, nuestra triste pero inevitable tardanza al respecto -ya que en esas mismas décadas Cuba era uno de los más grandes productores de ese poderoso y prestigiado argumento que lo real ha sido-, y las incomprensiones o tergiversaciones con que a menudo se toman las propias ideas de Foucault, nos dicen que las luchas serán siempre, de algún modo, fenómenos en metamorfosis, inagotables y, por

lo tanto, en ciernes. Y a fin de cuentas, ¿no era la perpetuidad de las luchas una de las primeras enseñanzas de la contrahistoria?

V. La realidad, cuando «infinito es el más pequeño trozo de mundo»

Durante las peleas que en el temprano 1961 suscitó la prohibición del documental *PM*, el fundador del Instituto Cubano del Arte y la Industria Cinematográficos, Alfredo Guevara, y, según los testimonios, el primer captor del filme, decía:

[...]si no reconocemos el deber de estudiar las posiciones filosóficas y el método de análisis del marxismo-leninismo todos los intelectuales cubanos en este momento -no voy a hablar del pasado-, en este momento, nosotros no podemos alcanzar la lucidez suficiente para tener siquiera la discusión que estamos teniendo, no en el campo de la crítica cinematográfica, sino en ningún campo [...] lo cierto es que después de la proclamación de nuestra Revolución como una Revolución socialista, no puede haber ni crítica ni posición honesta y seria de un intelectual que no parta del conocimiento profundo y serio de las posiciones marxista-leninista. (207)¹⁴⁴

Y más adelante:

[...]muchos de los problemas que se han planteado hubieran podido ser dilucidados de una manera mucho más fructífera, y hubieran podido discutirse de una manera mucho más correcta, si hubiéramos podido discutir las obras de arte a las que nos hemos referido en diversos momentos y al trabajo artístico en general, a partir de un método de análisis de esas obras de arte y a partir de un método de análisis de la realidad en la que se producen esas obras de arte. (207)

La búsqueda de un método de análisis donde realidad y obra quedaran traspasados por una misma saeta, fue una encomienda muy temprana y muestra cuán fácilmente se desplazaron las discusiones de una determinada práctica de poder al hecho del poder en tanto advenimiento revolucionario, y de las obras a la «realidad» en que se producían. Muy pronto cualquier protesta tuvo que lidiar con el hecho de que había una filosofía o una teoría donde la Revolución ya estaba *descrita*, ya poseía algún tipo de existencia. Inmersos en un devenir histórico inevitable, la filosofía marxista guardaba el secreto de lo

¹⁴⁴ Orlando Jiménez Leal, Manuel Zayas. *El caso PM. Cine, poder y censura*. Colibrí, 2012, (206).

incomprendido; contenía, sin que muchos de los más interesados todavía pudiesen saberlo, la inevitabilidad y el desenlace de las pugnas, el bálsamo de las ofuscaciones, el último indicio de largas y sobrellevadas ignorancias. Volvamos brevemente a las palabras de Alfredo Guevara:

[...]lo cierto es que muchas [personas] que están confundidas, cuando se estudien a fondo los problemas filosóficos que tenemos la obligación de estudiar encontrarán la lucidez que no han encontrado, y lo cierto es también que otros descubrirán que empiezan a estar con la Revolución y que este es un proceso inevitable, porque si un campesino puede no estudiar a Marx, Engels, o a Lenin, lo cierto es que el intelectual no se puede permitir el lujo por la razón muy sencilla de que el material con el cual nos toca trabajar es justamente el material de reflexión, la idea y la imagen, yo creo que hemos arribado al verdadero problema[...] (206)

Para poder discernir los acontecimientos y discutirlos era preciso enseriar la mirada, elevar a teorización los pensamientos, y también era preciso que esa diligencia y objetividad cayera sobre las obras. No es extraño que la crítica que *PM* todavía pudo arrancarle a algunos de sus defensores fuera la de «película inoportuna»?¹⁴⁵. La visión de unos bares habaneros hundidos en el cuenco voluptuoso de sus noches no era contrarrevolucionaria, ni precisamente política, ni vacua siquiera, era inoportuna. Encajaba mal en las circunstancias. Una realidad errónea había salido del celuloide. O, a la inversa, un celuloide erróneo había salido de la realidad. En lo que respecta a la cultura del periodo de la Revolución, los vínculos entre lo histórico y la creación artística habían comenzado a anudarse.

¹⁴⁵ El importante cinasta Tomás Gutiérrez Alea decía así: «Ahora, yo creo que ha quedado bastante claro -no sé si es necesario aclararlo más- que no se trata eminentemente de una película contrarrevolucionaria, pero que sí se trata de una película que, al tocar un aspecto de la realidad, no lo toca de la forma debida y, por lo tanto, dice una mentira, de la forma más hipócrita que se pueda decir, que es ocultando una parte de la verdad. [...] Está bien aclarado que nuestra situación de hoy es crítica, y que estamos rodeados de enemigos, y que, por lo tanto, aún cuando esta película tenga valores artísticos (que no tenemos que negárselos), y tenga valores como documento, es inoportuna. Inoportuna exhibición y sería realmente malo que esa película fuera a caer en manos de gente que fuera a utilizarla contra nosotros. Estaríamos dándole un arma al enemigo, cosa que no hay por qué hacer ahora. » Jiménez (173).

Para una teoría de la literatura hispanoamericana, libro que ya hemos referido en una nota al pie, puede leerse hoy como un testimonio de ese llamado a crear un método de análisis y una ciencia de los estudios literarios que estuviera en correspondencia con los tiempos. Para su autor, Roberto Fernández Retamar, lo más saludable era una literatura iluminada por su correspondiente teoría, mientras que, por su parte, la teoría era acción, algo no concluido sino en proceso, una práctica calada por el alma del marxismo tal y como la concebía Lenin: «el análisis concreto de la situación concreta» (Retamar, 75). Si la carencia de estudios teóricos era parte de nuestro pasado colonial y parte, un poco también, de nuestras pobres repúblicas, el salto hacia la madurez que había dado el continente con la Revolución cubana decía todo sobre la necesidad de esos nuevos análisis.

El libro, un conjunto de artículos y conferencias de finales de los sesenta y la primera mitad de los setenta, contiene varias revisiones de la tradición crítica y la teoría literaria hispanoamericana; cuarenta años más tarde el autor celebra y parece hacer suya la convocatoria de Pedro Henríquez Ureña de poner a circular tablas de valores, es decir, nombres centrales y libros fundamentales de la región, aunque en el caso de Retamar hacer visible un panorama literario implicaba reconstruir la tabla misma. Los capítulos y nombres del patrimonio crítico y teórico hispanoamericano -la polémica de Sarmiento y Bello, el pensador y poeta José Martí, los ensayistas Henríquez Ureña, Amado Alonso, el Mariátegui de *Siete ensayos de la realidad peruana* y Alfonso Reyes con *El deslinde* («el más hercúleo y delicado esfuerzo hecho en nuestras tierras por sentar las bases (los “prolegómenos”) de una teoría de la literatura» (33)), y el crítico marxista cubano José Antonio Portuondo- forman siempre un río flaco, aunque de aguas cargadas y profundas,

que de pronto desemboca en otro océano de títulos: el Círculo de Praga, el estructuralismo, ciertos materiales del formalismo ruso. Una multiplicidad de métodos que sin embargo, dice el autor, no era renuncia sino el ensueño de “una teoría general de la literatura general”¹⁴⁶. Más de una vez precisa Retamar que no hay para él método de análisis más adecuado que el provisto por el materialismo dialéctico e histórico (74). Sólo allí está el instrumental científico idóneo para una cabal comprensión del mundo en lo específico de los países y en su totalidad (104). Sólo allí está el remedio a la pobreza crítica, a los conceptos inadecuados; la solución a los análisis impresionistas, no valorativos, esteticistas, poco objetivos y desconectados de las circunstancias. Retamar dice:

[...] historia y crítica literaria son anverso y reverso de una misma tarea: es irrealizable una historia literaria que pretenda carecer de valoración crítica; y es inútil o insuficiente una crítica que se postule desvinculada de la historia (así como ambas mantienen relaciones esenciales con la correspondiente teoría literaria). (98)

La intención de crear una teoría *nuestra* para comprender el valor de las obras *nuestras* (aunque sin perder de vista lo nutricio de la cultura universal), tiene un aspecto poco explicado en este libro o, mejor, explicado a través de los hechos: ese reforzamiento de lo específico cubano, su latinoamericanidad alumbrada por una revolución socialista. En la historia de los pueblos (la historia de sus sometimientos y liberaciones) estaba la clave de las convergencias entre países aparentemente muy distantes entre sí, analogías ignoradas

¹⁴⁶ «Y el que, como un paso indispensable para elaborar nuestra propia teoría literaria, insistamos en rechazar la imposición indiscriminada de criterios nacidos de otras literaturas, no puede ser visto de ninguna manera, como resultado de una voluntad aislacionista. La verdad es exactamente lo opuesto. Necesitamos pensar nuestra concreta realidad, indicar sus rasgos específicos, porque sólo procediendo de esa manera, a lo largo del planeta, conoceremos lo que tenemos en común, detectaremos los vínculos reales, y podremos arribar algún día a lo que será de veras la teoría general de la literatura general» (116).

por las concepciones culturales metropolitanas y colonizadoras¹⁴⁷. Esta reforzada singularidad de Cuba, latinoamericanidad y socialismo, es lo que permite a Retamar hacer enfáticas objeciones a los métodos de análisis metropolitanos mientras sus páginas se calzan de autores rusos, polacos, rumanos, checos o, como él dice, de los investigadores marxistas, en muchos casos traducidos y publicados en la revista homónima de la institución *Casa de las Américas* (revista que el propio Retamar dirige desde 1965), en la *Gaceta de Cuba*, o como libros. En uno de esos trabajos, en este caso fechado en 1974 -cuando ciertos conflictos (el conocido caso Padilla, por ejemplo, que como hemos dicho se extiende de 1967 a 1971) han sacudido los gremios intelectuales cubanos y los mensajes de simpatía se han ido trocado en distanciamiento, en decepciones o, concretamente, en denuncias, el proyecto de Retamar sobre un sistema teórico se hace más contencioso, más porfiado, y más franco en sus vacíos:

[...]con cualquier criterio puede realizarse la crítica; pero cualquier criterio no es igualmente aceptable. Para nosotros hay una línea divisoria inmediata: la crítica de los colonizados, la crítica colonizada, no sólo, por supuesto, es incapaz de dar razón de nuestras letras, sino que, de modo más o menos consciente, realiza una tarea dañina, al tergiversar la apreciación de una literatura cuyo mérito central es, precisamente, contribuir a expresar y aún a afirmar nuestro ser. En esta categoría hay que situar a colonizados puros, militantes, que actualizan un traslado ramplón de cuanta cáscara de teoría cae de manteles occidentales; y a colonizados impuros o más maliciosos. Podemos prescindir aquí de sus nombres, tan divulgados por cierta previsible política editorial. (106,107)

En realidad Retamar lleva tiempo prescindiendo de autores, sólo que entonces los vacíos han ido cobrando el tinte de los conflictos. En su libro transitamos de una historia literaria

¹⁴⁷ Retamar celebra aquí la periodización en diez tomos proyectada por el Instituto Máximo Gorki de Literatura Mundial, y refiere el trabajo (publicado en el número cuatro de la revista *Ciencia Sociales* de 1971) donde Zlata Potapova explica: «es el deseo y el deber de sus autores de mostrar paralelamente el desarrollo de las literaturas del mundo entero liberándose al mismo tiempo del principio eurocentrista del análisis de la materia», para lo cual les es “absolutamente indispensable elaborar una periodización que sería válida tanto para el Occidente como para el Oriente, permitiendo así aprehender las leyes generales de la evolución literaria mundial sobre una base histórica dada, digamos para Rusia y América Latina...» (103).

coja u olvidadiza, desprovista de ciertos autores, a unos autores aludidos, desprovistos de nombres.

De vuelta al patrimonio crítico-teórico de Retamar, es de notarse que no haya escatimado precisarnos la anterioridad que el estudio *Concepto de poesía*, de José Antonio Portuondo, tuvo sobre *El deslinde*¹⁴⁸, mientras pasa por alto el título más relevante que siguió al libro de Reyes, y en el que Reyes mismo había tenido una influencia directa como autor y por sus funciones en el Colegio de México: *El arco y la lira* de Octavio Paz¹⁴⁹. Sin embargo, comprender hoy esa omisión no es muy difícil, sólo habría que repasar, por ejemplo, la dudas de Paz ante el poeta entendido como “vocero” o “expresión” de la historia (« ¿de qué manera las “fuerzas históricas” se transforman en imágenes y “dictan” al poeta sus palabras? » (164)); su insistencia en una modernidad poética centrada en el hombre y en la poesía misma («El poeta no ve en sus imágenes la

¹⁴⁸ Retamar dice en las páginas “Lecciones de Portuondo”, de 1972: «El *Concepto...* de Portuondo, pues -su *Introducción a la teoría de la literatura-*, aunque aparecido algo después que *El deslinde*, es tres años anterior a la publicación de este libro, el cual, por otra parte, había sido previamente “la base de un curso en el Colegio Nacional, México, junio a agosto de 1943, y febrero a marzo de 1944”: curso también posterior a la realización de la tesis de Portuondo[...]Este hecho obliga que leamos la tesis de Portuondo no como una obra en la estela de *El deslinde*[...]sino como un libro anterior al del maestro mexicano, lo que por tanto no puede sino provocar sorprendente admiración, cuando se piensa en ese joven estudioso, al filo de sus treinta años, proponiéndose, en un medio tan precario como la Cuba de aquel tiempo “iniciar en nuestro país y tal vez en nuestra lengua, de una manera más o menos sistemática, los estudios de teoría de la literatura”; y hacerlo, por añadidura, “apoyado en la adopción del materialismo histórico como criterio científico rector”. (32, 33).

¹⁴⁹ Sobre los orígenes del estudio de Paz, dice Emir Rodríguez Monegal en su ensayo “Relectura de *El arco y la lira*”: «*El arco y la lira* es el resultado indirecto de un curso de conferencias organizado por José Bergamín en México, 1942, para celebrar el cuarto centenario del nacimiento de San Juan de la Cruz. Dicha conferencia se convierte más tarde en el artículo que Paz publica en *El Hijo Pródigo* (núm. 5) sobre “Poesía de soledad y poesía de comunión”. Más tarde, aún, el artículo se expande en libro; este libro, con el estímulo de Alfonso Reyes y el apoyo económico de El Colegio de México. El libro en su primera edición refleja, pues, al Paz mexicano, viajero de la cultura universal a través de su reflejo en los libros de Occidente, enraizado simultáneamente en la tradición hispánica (Reyes, Bergamín) y en la francesa, que es también hispanoamericana por lo menos desde el Romanticismo. La cultura anglonorteamericana (a pesar de la estancia en los Estados Unidos) es apenas un elemento secundario entonces, y aparece vista principalmente con una óptica francesa. La cultura oriental (en 1952, Paz descubre en un vertiginoso primer encuentro la India y el Japón) es también una cultura descodificada en libros occidentales». (36, 37).

revelación de un poder extraño. [...] la escritura poética es la revelación de sí mismo que el hombre se hace a sí mismo. De esta circunstancia procede que la poesía moderna sea también teoría de la poesía» (233)); su gusto por aquellas indagaciones donde razonar e imaginar no son actos contrarios y, más aún, donde imaginar es razonar (« [Para Coleridge] la imaginación es el don más alto del hombre y en su forma primordial “la facultad original de toda percepción humana” », y unas líneas más adelante, « [Para Heidegger] la ‘imaginación trascendental’ es la raíz de la sensibilidad y del entendimiento y la que hace posible el juicio» (234)); sus constantes repasos de tensión entre la naturaleza social del lenguaje y la individualidad poética («La palabra poética es histórica en dos sentidos complementarios, inseparables y contradictorios: el de construir un producto social y el de ser una condición previa a la existencia de toda sociedad» (186)); su aprecio y trabajo con toda la cultura, europea, oriental, latinoamericana; o también, finalmente, aunque de seguro está aquí la razón de más peso, su relato y reflexiones en torno a las nupcias, siempre deseadas y siempre nefastas, entre el ideal revolucionario y la poesía moderna. La pregunta sobre la quimera de una sociedad donde las fuerzas contrarias del poema -su ser remoto y presente, sus palabras desarraigadas del habla y devueltas al habla, su legado de mundos únicos- se reconciliarán, aparece al inicio y hacia el final de *El arco y la lira*, pero es ya una interrogante sin pretensiones de respuesta, un asunto incisivo porque no atañe sólo a la poesía sino también y, sobre todo, a la historia, atizado y desvanecido al fuego de la aventura revolucionaria:

La idea cardinal del movimiento revolucionario de la era moderna -dice Paz- es la creación de una sociedad universal que al abolir las opresiones, despliegue simultáneamente la identidad o semejanza original de todos los hombres y la radical diferencia o singularidad de cada uno. El pensamiento poético no ha sido ajeno a las vicisitudes y conflictos de esta empresa literalmente sobrehumana. La gesta de la poesía de Occidente, desde el romanticismo alemán, ha sido la de sus rupturas y

reconciliaciones con el movimiento revolucionario. En un momento u otro, todos nuestros grandes poetas han creído que en la sociedad revolucionaria, comunista o libertaria, el poema cesaría de ser ese núcleo de contradicciones que al mismo tiempo niega y afirma la historia. En la nueva sociedad la poesía sería al fin *práctica*. (254)

La empresa revolucionaria y la poesía moderna van paralelas en el tiempo, poseen un mismo ímpetu emancipador: romper los dominios sobre los hombres, volver a la palabra prístina, reencontrarla en medio de todas esas corrupciones que son las hijas frecuentes, no de la imaginación, sino de la razón. La poesía, nos dice Paz, paladea el sabor de una palabra perdida, palabra original que equivaldría a «restablecer la religión original, anterior a los dogmas de las Iglesias y los Estados» (236). Por eso no deben sorprendernos las ilusiones que la Revolución francesa despertó en los poetas alemanes e ingleses (236), la América profética de William Blake, la militancia del surrealismo. Y, sin embargo, tarde o temprano la expulsión del poeta acontece, su soledad se impone y otra vez se reencuentra con ese fantasma, a ratos sublime y a ratos irrisorio, en que la época moderna lo ha convertido. Un hombre del subsuelo, lo describe Paz; el de las pasiones clandestinas, el de cenáculos tan afiebrados como recónditos, un desterrado perpetuo, un sin *status*, creador de cosas que ni crean valor ni son remunerables, un no-productor de bienes mercantiles —“la poesía no existe para la burguesía ni para las masas contemporáneas” (243)-, un distraído o un enfermo. Su religión es escandalosa; su rebelión y crítica son demasiado imaginativas; su ganancia, nula. No es un evadido de la realidad sino alguien que habla de una realidad que ya se desconoce, un mundo por el que se anda a tientas con los ojos abiertos. «Fantasma en una ciudad de piedra y dinero, desposeído de su existencia concreta e histórica, el poeta se cruza de brazos y vislumbra

que todos hemos sido arrancados de algo y lanzados al vacío: a la historia, al tiempo [...] (244).

El poeta de Paz es un centinela, el guardián de un sueño: a pesar de todo, sus poemas conservan la ilusión de que algún día los hombres podrán reencontrarse con aquella parte de su ser que se ha extraviado, así como las revoluciones de los hombres le dicen que la poesía encarnará en la historia. *El arco y la lira* narra los avatares de esas ilusiones en el siglo XIX y la primera mitad del XX, como un eco atrapado entre dos momentos, el de la Revolución francesa y el romanticismo y el la Revolución bolchevique y el surrealismo. O, también, como una historia circular, repetida siempre. Monegal ha observado la preeminencia que gana una concepción cíclica del tiempo entre la primera versión de *El arco y la lira*, de 1956, y la segunda, de 1967. Un dibujo de repeticiones y retornos, en lugar de la flecha del progreso. Influidos del Oriente, propone Monegal, como la eclosión del estructuralismo (jaque al existencialismo sartreano) y las estancias de Paz en Francia. También puntualiza los cambios radicales del Epílogo y la recolocación allí de las páginas sobre el duplo Poesía y Revolución que antes pertenecían al cuerpo del estudio, probablemente una manera que Paz encontró para enfatizar su desapego del movimiento surrealista: «Aunque sigue admirando a Breton, Paz ya no está tan dispuesto a seguir al pie de la letra muchas de sus afirmaciones. Los años que corren entre 1956 y 1967 han traído, al fin para Paz, una perspectiva más crítica sobre la doble aventura (poética y política) del superrealismo» (45). Esto opina Monegal, pero en realidad la severidad de Paz hacia el surrealismo artístico siempre busca aplacarse en una observación de las circunstancias históricas. Entiende, por ejemplo, que la escritura automática -práctica radical que parece querer abolir esa distancia entre las palabras, las cosas y el hombre

que, sin embargo, es indispensable para la existencia misma del lenguaje- resulta una paradoja y un cortejo de silencios algo más comprensible cuando la miramos a través de las ideas del arte en el comunismo (248). Las páginas de Paz, nos parece, no dicen tanto sobre su distancia del surrealismo como sobre la malhadada relación entre poesía y poder revolucionario. Así, en estas líneas tuyas:

El surrealismo no sólo se proclamó la voz poética de la Revolución, sino que identificó a ésta con la poesía. La nueva sociedad comunista sería una sociedad surrealista, en la que la poesía circularía por la vida social como una fuerza perpetuamente creadora. Pero en la realidad histórica esa nueva sociedad había ya engendrado sus mitos, sus imágenes, y un nuevo sagrado. Antes de que naciese el culto a los jefes, ya habían surgido los guardianes de los libros santos y una casta de teólogos e inquisidores. (248)

Asombrosa y desafortunadamente mucho de lo que sería la cultura revolucionaria cubana ya estaba narrado en *El arco y la lira* de 1956 y allí permaneció y, digamos, se volvió un subrayado a la luz de los años sesenta de Cuba. Como personajes de esa narración, uno creyendo que le agregaba nuevos vericuetos, y el otro haciéndola más invariable, Retamar y Paz todavía tienen en 1964 un intercambio de correspondencia a propósito de un coloquio de homenaje al Primer Manifiesto surrealista a celebrarse en La Habana. Convite al que Paz dio una respuesta cordial y negativa, y explícitamente personal y pública, pero que permanecerá en los archivos privados del cubano por treinta años exactos, hasta que la debacle del comunismo le permita o le impulse a publicarla en la revista *Casa de las Américas*.¹⁵⁰

Jorge Luis Borges es otro nombre de apariciones siempre forzosas, es decir, siempre nominales o resentidas, en el libro *Para una teoría de la literatura hispanoamericana* de

¹⁵⁰ Octavio Paz le escribió a Retamar desde Nueva Delhi, el 5 de julio de 1964. La carta aparece publicada por primera vez en *Casa de las Américas*. Sección Páginas Salvadas. Año XXXIV, Número 195, Abril-Junio de 1995. p 92

Fernández Retamar. Lo hallamos entre las menciones de los poetas y los cuentistas latinoamericanos más relevantes o cuando se trata de las vanguardias, pero el Borges pensador del trabajo literario no merece destaque en esas páginas: pertenece a ese sector tan fatal y lastimosamente nuestro de la cultura europeizada. De hecho, la primera referencia la tenemos ya bien avanzado el libro en una nota al pie -una rectificación de Retamar a una rectificación que «el siempre ingenioso (y equivocado) Borges» le había hecho a Unamuno (94, nota 43)-, mientras la última aparece en el cuerpo del texto a propósito de un contraste imperioso: los escritores en los que la literatura nace de un «enfrentamiento con la “realidad desnuda” de nuestra vida» (182) y aquellos en los que no ocurre así. Los escritores que reconocen o saben llevar en sí la gota de nuestra sangre negra o indígena y aquéllos en los que prevalecen «las visiones de países lejanos e imposibles» (182). A Borges, por supuesto, lo encontramos en el segundo de esos grupos que Retamar propone valiéndose del prólogo de Rubén Darío a *Prosas profanas*. Ni la «estética acrática» que Darío defendiera en esas páginas, ni su abominación de los manifiestos, por demás destinado a esa «mayoría pensante de nuestro continente, y en la cual impera [...] Celui-qui-ne-comprend-pas»(9), ni los poemas mismos de ese libro donde los marfiles anochecen lunas criollas y hasta los lejanos monarcas sufren de lejanías, contuvieron el empeño taxonómico de Retamar y el propio Darío resulta allí una suerte de recobrado a tiempo, absuelto pero siempre proclive a caer entre los autores de la segunda columna¹⁵¹.

¹⁵¹ Retamar dice: «Esa bifurcación que el gran poeta vio con lucidez (aunque por suerte estuvo lejos de permanecer atado a su primera decisión) explica las dos vertientes de nuestras letras en este siglo: la gota (más bien caudalosa) de “sangre de África, o de indio” (y sobre todo los problemas históricos vinculados a ella) resonarán en Vallejo y Arguedas, en Guillén y Carpentier, en Rulfo y Césaire, en Neruda y Amado; mientras las “visiones de países lejanos e imposibles” perviven en obras como las de José María Eguren, Vicente Huidobro,

El Retamar de los años sesenta no podía encontrar provecho ninguno en los tratos de Borges con el asunto de una literatura nacional, quien desde su ensayo de 1955 “El escritor argentino y la tradición”, consideraba un tema de arribo reciente, «apto para desarrollos patéticos», una especie de «simulacro», «una apariencia» o «un pseudoproblema». Que los tejados y ruiseñores de *La urna* de Enrique Banchs fueran, precisamente por foráneos, elementos idóneos para una expresión del carácter argentino, un ser de por sí pudoroso, reservado en el dolor, distante y desconfiado, es un comentario para hacer rabiar o para hacer sonreír, una futilidad (así lo calificará más tarde Retamar, en su ensayo *Calibán: un autor no tan maligno como pueril*, 61) en contraste con lo acérrimo de tantos nacionalismos.

Tampoco podría satisfacer a Retamar esa realidad imprecisa de la literatura *clásica* que Borges opone a la realidad fraguada por la literatura *romántica* de nuestros días. *Clásica* es una realidad literaria no agotada y total sino tomada sólo por sus aspectos de más interés; no apoyada en los énfasis sino en el registro de unas situaciones y hechos; no puntillosa sino general y casi abstracta; no recelosa sino confiada al lenguaje que la expresa; no pronta sino de espaciosa deducciones; no consumada sino mediada por la colaboración imaginativa del lector. Recordemos esta conjetura suya, del ensayo “La postulación de la realidad”:

[...]la imprecisión es tolerable o verosímil en la literatura, porque a ella propendemos siempre en la realidad. La simplificación conceptual de estados complejos es muchas veces una operación instantánea. El hecho mismo de percibir, de atender, es de orden selectivo. Toda atención, toda fijación de nuestra conciencia, comporta una deliberada omisión de lo no interesante. Vemos y oímos a través de recuerdos, de temores, de previsiones. En lo corporal, la inconciencia es

Jorge Luis Borges y Haroldo de Campos. Algunos de estos autores no han dejado de hacer aportes importantes, incluso importantes a la cultura occidental. Su divisa podría ser, en esencia, la que escribió en 1955 el mayor de ellos, Borges: “creo que nuestra tradición es Europa” (lo que no implica que carezcan de rasgos americanos); mientras los primeros estarían mejor encabezados por la divisa martiana “Patria es humanidad” » (182).

una necesidad de los actos físicos. Nuestro cuerpo sabe articular este difícil párrafo, sabe tratar con escaleras, con nudos, con pasos a nivel, con ciudades, con ríos correntosos, con perros, sabe atravesar una calle sin que nos aniquile el tránsito, sabe engendrar, sabe respirar, sabe dormir, sabe tal vez matar: nuestro cuerpo, no nuestra inteligencia. Nuestro vivir es una serie de adaptaciones, vale decir, una educación del olvido. Es admirable que la primera noticia de Utopía que nos dé Thomas More [1478-1535], sea su perpleja ignorancia de la “verdadera” longitud de uno de sus puentes... (395)

Un cuerpo que puede ser porque olvida, y una inteligencia más ágil que nosotros mismos, ojos que han visto antes de mirar y oídos que se aquilatan después de descubrirse dentro de una larga melodía..., todo eso resultaba demasiado campo libre, demasiados flancos de existencia neblinosa, paradójica, fugitiva, para una concepción de la literatura entendida como reflejo de la realidad o enfrentada a la realidad desnuda. Ciertamente, no puede verse muy bien de qué manera esa realidad imprecisa –un puente de longitud dudosa que, sin embargo, algo traía consigo de la tierra y el cielo entre los que colgaba, dando así, al mundo profusamente imaginario de Utopía, su primer asidero, su primera *credibilidad*- hubiese podido servir a la perspectiva teórica de Retamar, ni cómo un Borges francamente anticomunista hubiese encajado en ningún panorama literario salido de las imprentas de la Revolución cubana¹⁵². Sin embargo, hubo un tiempo, no ya

¹⁵² Es bastante conocido el manifiesto de Jorge Luis Borges, Bioy Casares, Eduardo Mallea y Mujica Láinez, entre otros, en apoyo a la invasión de tropas contrarrevolucionarias por Bahía de Cochinos, Cuba, en abril de 1961. Esa declaración dio título a uno de los capítulos del ensayo de Retamar *Calibán. Apuntes sobre la cultura en nuestra América*, “Del mundo libre” y, asimismo, recibió la contestación de Ezequiel Martínez Estrada, “Réplica a una declaración intemperante”, quien a la sazón se encontraba viviendo en Cuba. Tomamos el manifiesto de Borges y los otros del libro de Martínez Estrada, *Mi experiencia cubana*:

«Los últimos acontecimientos en Cuba son un episodio de la guerra entre el mundo libre y el mundo esclavizado. Detrás de Fidel Castro están las fuerzas que se proponen someter todos los pueblos a la monstruosa uniformidad del régimen soviético. Nuestro deber de intelectuales es alentar la constante y misteriosa voluntad de la especie humana que quiere que las naciones y los individuos se hallen en sí mismos y logren su cabal perfección en la diversidad de sus caracteres.

Presentar los hechos de Cuba como una prueba del imperialismo norteamericano es una trampa que se tiende para que los ingenuos caigan bajo el imperialismo ruso. Cuba tiene derecho a volver al mundo de la libertad, para que se cumpla su destino de nación independiente, destino imposible en el mundo soviético, que le ofrece la suerte de Polonia, de Rumanía, de Checoslovaquia, de Bulgaria, de Alemania Oriental y de Hungría.

posterior sino anterior a los ataques y las prohibiciones, en que Borges había sido celebrado y difundido en grande por las rotativas que el gobierno revolucionario acababa de hacer suyas. Nos referimos al número 24 que el magazín *Lunes de Revolución*, de agosto de 1959, le dedicó casi íntegramente. Con el cierre de ese magazín, y las peleas de los intelectuales por las paulatinas restricciones a la libertad de expresión, las referencias a Borges se irían haciendo cada vez más escasas o más agresivas, hasta que sea enteramente sacado de circulación, una censura explícita que durará unos treinta años y que el propio Fernández Retamar, con papel importante en aquel malhadado asunto, se encargará de comenzar a mitigar¹⁵³.

Pero las páginas más estridentes que Retamar produce en aquella época son las de su ensayo *Calibán. Apuntes sobre la cultura en nuestra América*, una recopilación y desarrollo de notas anteriores que, sin embargo, cierra con la línea «La Habana, 7-20 de junio de 1971». Este dato no es superfluo, y en más de una ocasión se nos sugiere que los acontecimientos en Cuba de aquellos días -el encarcelamiento y juicio público a que fue

No apoyamos una causa antirrevolucionaria y antiamericana; todo lo contrario. Quienes heroicamente luchan hoy contra Fidel Castro son los mismos que ayer lo acompañaron en su lucha contra el predecesor de la tiranía. Nos hallamos ante una revolución traicionada. La democracia representativa ya no existe en Cuba; la elecciones que el plan revolucionario prometió no se convocaron; los partidos políticos fueron suprimidos con excepción del comunista; en nombre de la Reforma Agraria se procede a implacables confiscaciones estatales; la libertad de opinión ha sido abolida (diarios, radiotelefonía y televisión son instrumentos del gobierno); se han cerrado algunas Universidades y se han militarizado las restantes; a los profesores, periodistas, y miembros de numerosas profesiones liberales que no se sometieron al comunismo, no les ha quedado otro camino que el destierro, el silencio o el paredón de los fusilamientos. Ninguna retórica antiimperialista puede ocultar estos hechos.

Apoyamos a los cubanos que luchan contra la tiranía de Fidel Castro y que, hoy o mañana, recuperarán su patria y su dicha y restituirán a sus hijos la dignidad de ser hombres» (122 – 123).

¹⁵³ En 1988 Casa de las Américas publicó *Páginas escogidas de Jorge Luis Borges*. Curiosamente el encargado de la selección y del prólogo del libro fue Roberto Fernández Retamar, quien, además, solicitó personalmente esa colaboración al argentino. Para conocer más de ese acercamiento, recomiendo al lector las páginas de Alfredo Alonso Estenoz “Borges en Cuba”, un texto sobre la difícil relación que tuvo siempre Retamar con la obra de Borges, que, como dijo a menudo, no podía no admirar: «[...]Nadie como él [Roberto Fernández Retamar] ilustra el consenso de voces que se unen contra Borges a partir de la polarización ideológica de la Revolución y de los debates en torno al papel del intelectual, y al mismo tiempo es quien propicia el cambio a su favor, con la publicación de *Páginas escogidas*.» (106)

sometido el poeta Heberto Padilla, y la protesta de la intelectualidad internacional ante esos hechos- habían sido un estímulo muy particular para la producción de aquel ensayo. *Calibán*, entonces, puede considerarse un manifiesto político, su belicosidad es diáfana, y acaso emula intencionalmente al *Calibán* de *La tempestad*, quien le recordaba a su señor Próspero que al haberle dado el lenguaje -su lengua de colonizador- también le había enseñado a injuriar. Allí Jorge Luis Borges es un gran escritor de absurdos, «un hombre sentado» (56), triste heredero ideológico del «activo y rugiente pionero» que fue Sarmiento, quien, por su parte y de cualquier modo, es la esencia del intelectual burgués de mentalidad colonizada. Con unos ecos como del *18 Brumario*, los actuales escritores de Latinoamérica son allí las «ruinas exangües», los despojos de lo que fueran los «pensadores enérgicos y audaces de la burguesía» (57). Carlos Fuentes es miembro de una mafia en torno a la revista *Mundo Nuevo*, con gente como Monsiváis y Sarduy a la cabeza, un gatopardo que alguna vez mostró simpatía por la Revolución cubana y hoy, como muchos otros, la abandona. Allí Rodó es un excelente lector del peligro de Estados Unidos, pero un equívoco intérprete de *La Tempestad*, naturalmente imposibilitado para reconocer que nuestro símbolo es Calibán y no Ariel, y Groussac protesta la intervención americana en la Guerra de Independencia de Cuba, en 1898, sólo en virtud de su afición por Europa, de su asombro ante la novedad desaforada del yankee (22). Asimismo, Montaigne, aquel que en un capítulo de *Los ensayos* había escrito -y citamos ahora, intencionalmente por Retamar- «no hay nada de bárbaro ni de salvaje en esas naciones [...] lo que ocurre que cada cual llama *barbarie* a lo que es ajeno a sus costumbres» (18), resulta como superado por el «implacable realista» Shakespeare, quien sí habría podido crear un Calibán acorde al «hombre concreto», animalizado, despojado de su tierra,

esclavizado, y «para quien son pocas las injurias» (18). Según Retamar, Montaigne pertenece a la línea de pensamiento utópico, esa que desde inicios del siglo XVI ha puesto en circulación, con la obra *Utopía* de Tomás Moro, la idílica figura del habitante paradisiaco, ser que comparte el espacio de las chácharas sobre América con aquel otro: el feroz caribe, el antropófago¹⁵⁴. En realidad, dice Retamar, no hay mucha distancia entre esas dos visiones: ambas constituyen «opciones del arsenal ideológico de la enérgica burguesía naciente» (14), y aunque establece un vínculo entre la criatura idílica y la izquierda burguesa y la visión del caníbal y la derecha, advierte que esta última sólo corresponde a «los que realizan el trabajo sucio del que van a disfrutar, igualmente, por supuesto, los encantadores soñadores de utopías» (15, 16). En fin, entre los escritores latinoamericanos abundan los enajenados, los de mentalidad colonial, los conocedores de cuanta cáscara se produce en las metrópolis.

Por supuesto, no vamos a discutir qué podrían tener de justo o injusto estos juicios sobre autores y obras, pero sí nos detendremos en aquel momento en que Retamar nos

¹⁵⁴ Esta apreciación sobre dos tipos de indígenas, toscamente simplificadas, sin embargo, parece deber mucho a las ideas de Ezequiel Martínez Estrada en su ensayo de 1963 “El mundo nuevo, la isla de Utopía y la isla de Cuba”: «Las noticias de los exploradores, empezando por Colón, las versiones epistolares de los primeros viajeros, presentaban al indígena ya como un salvaje caníbal y guerrero, ya como pastor apacible en grado de inocencia paradisiaca y de evangélica humildad. También es mérito de Moro el establecer, por primera vez, antes de existir la literatura romántica en que reaparece *le bon sauvage* y sus formas de vida como superiores moral e intelectualmente, al primo civilizado del Occidente en decadencia. El buen salvaje de la leyenda celeste que en Las Casas halla su panegirista y abogado defensor, en contraste con los panegiristas y amanuenses oficiales que se esmeran, por obligaciones del cargo, en presentar a los aborígenes bajo sus peores aspectos, como antropófagos, idólatras y sodomitas. Los viajes (*El Nuevo Mundo*), de Vesputio, dedicados a Pier Soderini, contienen también acusaciones de este tipo. En cambio Pedro Mártir en sus *Décadas del Nuevo Mundo*, especialmente en los tres primeros libros que se ocupan de las Antillas, y mucho más que el mismo Colón, tan generoso y humanitario en sus comunicaciones, tan filantrópico de péñola para el nativo americano, da una imagen simpática del autóctono y éste es, de los dos prototipos igualmente válidos o infieles, el que adopta como modelo Tomás Moro, exaltándolo y enaltecándolo superlativamente. En su *Utopía* tenemos el bosquejo o el predecesor inmediato del *orangoutang* de Rousseau, *el homo bonus et moralis* que contrapone al *homo sapiens et ecce-homo* de sus *Discursos*. Este indígena es del Caribe: concretamente, es el taíno de Cuba». (90, 91)

habla de una burguesía renacentista imaginativa y elucubradora de un mundo sin el feudalismo que batallaba en Europa. Dice el autor:

En general, la visión utópica echa sobre estas tierras los proyectos de reformas políticas no realizados en los países de origen, y en este sentido no podría decirse que es una línea extinguida: por el contrario, encuentra peculiares continuadores -aparte de los continuadores radicales que serán los revolucionarios consecuentes- en los numerosos consejeros que proponen incansablemente a los países que emergen del colonialismo mágicas fórmulas metropolitanas para resolver los graves problemas que el colonialismo nos ha dejado, y que, por supuesto, ellos no han resultado en sus propios países. De más está decir la irritación que produce en estos sostenedores de “no hay tal lugar” la insolencia de que el lugar exista, y, como es natural, con las virtudes y defectos no de un proyecto, sino de una genuina realidad. (15)

No se comprende bien cómo, en la mente de los utópicos renacentistas, o en la de sus continuadores, tienen lugar, a la misma vez, esos dos espacios, el que se quiere transformar y el que no existe..., sin embargo, lo que más nos interesa aquí es esa conformidad del autor con el flujo de ideas entre Europa y Latinoamérica. No, por supuesto, porque sea algo insólito, sino porque Retamar, siempre tan avisado ante lo no autóctono, está, sin embargo, desarrollando unos argumentos nada inéditos y, de hecho, incrustados en la historia política europea. La Revolución cubana le habría llevado a despreciar esos entretenimientos de domingo que eran los «westerns y las películas de Tarzán» (8), pero su diatriba contra la intelectualidad latinoamericana seguía estando (aunque fuera sin enterarse, que la misma inconsciencia es lo que reprocha a otros) tan influida por Europa como de costumbre. Y es que la diatriba de Retamar contra la mentalidad colonizada de los escritores del continente, no hace más que recoger, o repetir, dos vertientes fundamentales en que vino a dar el discurso histórico político europeo, esa contrahistoria, que hemos venido comentando a través de Foucault. Léase el ensayo *Calibán* con cuidado y se verá que siempre nos movemos entre dos imperativos:

la tierra americana sometida y esclavizada por el conquistador y la tierra americana de la emancipación y el desagravio. O, también, de modo más restringido: la Cuba de la conquista, el coloniaje, el pillaje, la dependencia, y la Cuba rescatada por la revolución obrero-proletaria de Fidel Castro. Pero, como decíamos, esa disposición de los argumentos no carecía de práctica: es lo que tenemos en aquella reflexión irónica de Emmanuel Sieyès en la introducción a su *Ensayo de los privilegios*, sobre si era preciso volver a interrogarse sobre los orígenes, ya que «el origen de los privilegios es puro» (Sieyès, 73), y lo que tenemos cuando en su influyente panfleto *¿Qué es el Tercer Estado?* imagina y describe cómo esta nación u orden debería aunar fuerzas, pues le había llegado el momento y estaba en la capacidad y la posibilidad de asumir las responsabilidades del desarrollo económico, social y político de Francia. Veamos este fragmento del texto de Sieyès:

Pero atosigo con razonamientos a gentes que sólo saben escuchar su interés. Sólo son sensibles a otro tipo de consideraciones. Les propongo una. ¿Es conveniente para la nobleza de hoy mantener el lenguaje y la actitud que tenía en los siglos góticos? ¿Le conviene al Tercer Estado, a fines del siglo XVIII, el mantenimiento de las tristes y cobardes costumbres de la antigua servidumbre? Si el Tercer Estado sabe conocerse y respetarse, los demás también lo respetarán, sin duda alguna. Que se piense que la antigua relación entre los órdenes ha cambiado por ambas partes simultáneamente. El Tercero, que había sido reducido a la nada, ha vuelto a adquirir, gracias a su trabajo, una parte de lo que la injuria del más fuerte le había arrebatado. En lugar de volver a pedir sus derechos, ha consentido en pagarlos; no se los han restituido, se los han vendido. Pero finalmente, de uno u otro modo, puede acabar por poseerlos. No debe ignorar que él es hoy la realidad nacional de la que antes no era más que la sombra; que durante este largo cambio, la nobleza ha dejado de ser esa monstruosa realidad feudal que podía oprimir impunemente, ya que sólo es sombra de lo que era y que dicha sombra se esfuerza en vano por asustar a una nación entera, a menos que esa nación quiera ser contemplada como la más vil del globo. (Sieyès, 144, 145)

La más vil del globo: la nación, obviamente, ha dejado de entenderse como un orden, un grupo, una sociedad de individuos, y ahora coincide con los márgenes del país. El Tercer

estado es, dice Sieyès, la nación más capaz, la más abarcadora, y sus márgenes se confunden con los de Francia. Su famosa propuesta: « ¿Qué es el Tercer Estado: Todo. ¿Qué fue hasta el presente en el orden político?: Nada. ¿Qué pide ser?: Algo» (Sieyès, 116, 117) expresa bien esos alcances buscados y proyectados para el Tercero, a menudo identificado indistintamente como el pueblo o la burguesía, y entonces empeñada en encontrar un pacto con la nobleza y el clero¹⁵⁵. Entonces, si hemos visto una historia que se desprendió de las funciones en torno al ritual de la soberanía, o que extrajo de la unidad soberana un conjunto de grupos, sociedades o naciones, que habló de vencedores y de vencidos, de desposeídos y de privilegiados, e hizo de las leyes y el estado la arena de sus enfrentamientos, ahora, entre los siglos XVIII y XIX, con el fortalecimiento de la burguesía, el estado vuelve a convertirse en la figura dominante: absolutamente nada de las viejas confrontaciones ha sido ni será olvidado, este relato de la historia también podría remontar todas las edades y relatarnos todos los sometimientos y humillaciones pasadas, de hecho, lo hace con frecuencia, pero ahora se esfuerza más en el llamado a la alianza, en la reconciliación, y cuando hable de un orden o nación se empleará, más que en una rivalidad con las otras naciones, en hacer ver sus capacidades para encargarse de

¹⁵⁵ Se trata de una reconciliación de naturaleza estratégica y política y, por lo tanto, de una unidad ficticia, que aparece en textos de la Revolución francesa y también marcará al pensamiento histórico político del XIX: « [...]La historia (tal y como la habían contado Boulainvilliers o Buat-Nançay, no importa) había puesto de manifiesto el gran peligro: el gran peligro de que quedáramos atrapados en una guerra indefinida; el gran peligro de que todas nuestras relaciones, cualesquiera que fueran, fuesen siempre del orden de la dominación. Y en el discurso histórico del siglo XIX, este doble peligro, la guerra indefinida como fondo de la historia y la relación de dominación como elemento de principio de la política, va a ser reducido, distribuido en peligros regionales y episodios transitorios, retranscripto en crisis y violencias. Pero más aún, creo que lo que va a suceder, de manera más esencial, es que ese peligro estará destinado a una especie de apaciguamiento final, [...] en el sentido de reconciliación » Foucault, 2002:197

las más diversas funciones del Estado. Como dice Foucault, ahora no se trata de dominación sino de estatización¹⁵⁶. (204)

Sin embargo, y como podrá suponerse, ese despliegue histórico político que, por una parte, habla de los orígenes oscuros, de invasión, o de servidumbre, de guerras y sometimientos y, por la otra, pone a la vista las posibilidades de una realización estatal, no es privativo del discurso revolucionario, o del burgués liberal; también se encontrará en los textos de la aristocracia, o de la reacción nobiliaria. Así como la contrahistoria fue un discurso de múltiples emisores, el empleo de estos contenidos se encuentra lo mismo en los discursos de la llamada derecha como de la llamada izquierda. Al introducir unos ejemplos ofrecidos en su libro (206, 208-211), Foucault dice:

Yo creo que la historia, tal como la vemos funcionar en el siglo XIX [...] utiliza las dos grillas de inteligibilidad: la que se despliega a partir de la guerra inicial que va a atravesar todos los procesos históricos y los animará en todos sus desarrollos, y otra grilla que va a remontarse desde la actualidad del presente, la realización totalizadora del Estado hacia el pasado, para reconstruir su génesis. De hecho, ninguna de las dos grillas funciona nunca sin la otra: siempre se las utiliza casi a la par, siempre van al encuentro una de la otra, se superponen en mayor o menor medida, se entrecruzan parcialmente en sus confines. En el fondo tenemos una historia que se escribe, por un lado, en la forma de dominación -con la guerra como segundo plano- y, por el otro, en forma de totalización, con la emergencia del Estado por el lado del presente, o en todo caso, en la inminencia de lo que ya pasó y lo que va a pasar. Una historia que por lo tanto se escribe, a la vez, en términos de comienzo desgarrado y de consumación totalizadora. Y yo creo que lo que define la utilidad, la posibilidad de utilizar políticamente el discurso histórico, es, en el fondo, la manera en que se privilegiará una o la otra.

En líneas generales, el privilegio acordado a la primera grilla de inteligibilidad -la del comienzo desgarrado- va a resultar en una historia que se calificará, por decirlo así, de reaccionaria, aristocrática y derechista. El privilegio otorgado a la segunda -al momento presente de la universalidad- redundará en una historia de tipo liberal

¹⁵⁶ Más adelante tiene Foucault estas observaciones importantes sobre la Revolución francesa: «Y la Revolución será, precisamente, el último episodio de una guerra violenta, que reactiva, desde luego, los antiguos conflictos pero no es, en cierto modo, más que el instrumento militar de un conflicto y una lucha que no son del orden bélico sino esencialmente del orden civil y cuyo objeto y espacio es el Estado. La desaparición del sistema de los tres órdenes y las sacudidas violentas de la Revolución no constituyen, en el fondo, más que una sola cosa: el momento en que el Tercer Estado, convertido en nación, convertido en *la* nación, gracias a la absorción de todas las funciones estatales, va a encargarse, efectivamente, por sí sólo de la nación y del Estado». (214)

o burgués. Pero, en realidad, ni una ni otra historia, cada una con su posición táctica distintiva, podrán eximirse de utilizar, de una u otra manera, las dos grillas (208, 209)

Que la palabra de *Caliban* sea la de un discurso corriente en Europa y empuñado desde grupos políticos opuestos es relevante, pero, sin embargo, no tanto como ese valor táctico que poseyó y que todavía posee. Si en las primeras veinte o treinta páginas de su ensayo *Retamar* se esfuerza en una reconstrucción algo minuciosa de los posibles vínculos entre los indígenas caribes de los tiempos precolombinos y el Calibán de Shakespeare, si insiste (a través de Ezequiel Martínez Estrada) en la posible referencia a la isla de Cuba que tendríamos en la *Utopía* de Tomas Moro¹⁵⁷, si más de una vez se detiene en esa raíz de nuestros problemas que sería el tener que expresarnos -tener que maldecir como tener que razonar- en la lengua del colonizador, si la historia de Cuba es un persistente volver a unos orígenes de conquista y dominación, a unos «comienzos desgarrados», el verdadero eje del ensayo diatriba de Retamar no es el de ese tiempo remoto sino el del presente de la Revolución cubana. *Calibán. Apuntes sobre la cultura en nuestra América* comienza con estas palabras:

Un periodista europeo, de izquierda por más señas, me ha preguntado hace unos días: “¿existe la cultura latinoamericana?”. Conversábamos, como es natural, sobre la reciente polémica en torno a Cuba, que acabó por enfrentar, por una parte, a algunos de los intelectuales burgueses europeos (o aspirantes a serlo), con visible nostalgia colonialista; y por otra, a la plana mayor de los escritores y artistas latinoamericanos que rechazan las formas abiertas o veladas de coloniaje cultural y político. (7)

¹⁵⁷ En el ensayo ya referido “El nuevo mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba”, de Martínez Estrada, leemos: «En Utopía: La isla de los Utópicos mide doscientas millas en su parte central, que es la más ancha; durante un gran trecho no disminuye su latitud, pero luego se estrechaba paulatinamente y por ambos lados hacia los extremos. Estos, como trazados a compás en un perímetro de quinientas millas dan a la totalidad de la isla el aspecto de una luna en creciente». Y en nota al pie agrega: «La forma que imagina Moro de la Isla es más adecuada a Cuba que a ninguna otra de las Antillas. Familiarmente se la llama aquí "caimancito". Luna creciente es un esquema metafórico». (100, 101)

El presente de la Revolución cubana (se nos dice en varias ocasiones) es lo que ha transformado al autor, ha radicalizado sus juicios y palabras. También es ese momento de polémicas, o de confrontaciones, lo que ha motivado la escritura del ensayo *Calibán*. Finalmente, el presente es el tiempo del argumento más irrefutable: el de la Revolución misma en su necesidad y en su triunfo. De ese hecho salen las páginas del ensayo de Fernández Retamar y a ese hecho se dirigen. El resto, los vínculos entre taínos, caribes, caníbales y calibanes que él indaga, o sus constantes retornos a los tiempos de los conquistadores, están allí iluminados por ese suceso o para iluminarlo.

Desde el momento en que la burguesía en ascenso se concentró en la realización estatal de las naciones, el presente adquirió una fuerza singular que las revoluciones, teóricas o consumadas, no harán más que profundizar. Y es que, en realidad, el presente es el tiempo privilegiado de toda revolución. Es el tiempo de las inversiones drásticas, siempre tan repentinas como duraderas. El tiempo del que toda la historia revolucionaria desea hablar con la llegada de su justicia, los cambios que ya tienen algo de su realización en el día que los enuncia, que los vislumbra. Al leer la historia de la Revolución cubana y mucha de la literatura que se produce entonces, la relevancia del presente salta a la vista. Resulta una de las características más notorias de la poesía coloquial cubana, muy pujante desde 1959 y hasta inicios de los ochenta. En su libro *Palabras del trasfondo. Estudio sobre el coloquialismo cubano*, Virgilio López Lemus lo describe como «Presentismo: la circunstancia, el aquí y el ahora aunque con visión de futuro» (79). Es la extraversión de la vida o la toma de lo privado por el afuera épico -«alzamiento nacional», «estado de guerra», «sentido de urgencia» (7)- según J. M. Cohen en su libro *En tiempos difíciles. La poesía en la Revolución cubana*, trastornos que siguen intactos a diez años del triunfo

rebelde. Es el ahora que Edmundo Desnoes concibió como atmósfera, aquella en que habían sido escritos y seguían existiendo los textos de una selección -antología íntegra: el cielo y el infierno revolucionarios, dice- que publicó en los años ochenta, fuera de Cuba, con el título *Los dispositivos en la flor. Cuba: literatura desde la Revolución*.

Alguna vez el presente había sido el momento más negativo de la historia: lo tenemos en la abulia, la ignorancia, la falta de memoria y la confusión que Boulainvilliers le reprochaba a los nobles, destinatarios de sus escritos. En Sieyès, sin embargo, toda pregunta sobre una antigua vejación o servidumbre sale de un presente de consumación estatal que cree absolutamente posible y, más que posible, forzosa. Ésa es la batalla del momento, y es su batalla particular. A nosotros nos interesa no sólo por las ideas que deposita en el discurso revolucionario contemporáneo, sino también por esa vitalidad que ha adquirido el presente y que el saber histórico transparenta: son cuestiones que permiten comenzar a explicarnos la persistencia y eficacia que el argumento de lo real ha tenido en nuestros días. A propósito de esa literatura histórico política que habla de la realización estatal de una nación, leemos en Foucault:

[...] a partir del momento en que la historia se polariza en la relación nación/Estado, virtualidad/actualidad, totalidad funcional de la nación/universalidad real del Estado, se advierte con claridad que el presente va a ser el momento más pleno, el momento de la mayor intensidad, el momento solemne en que se produce la entrada de lo universal en lo real. Ese punto de contacto de lo universal y lo real en un presente (un presente que acaba de pasar y que va a pasar), en la inminencia del presente, es lo que va a darle, a la vez, su valor y su intensidad, y lo que va a constituirlo como principio de inteligibilidad. El presente ya no es el momento del olvido. Al contrario, es el momento en que va a resplandecer la verdad, en que lo oscuro o lo virtual van a revelarse a plena luz. Lo cual hace que el presente se convierta, a la vez, en revelador y analizador del pasado. (207)

Con la Revolución francesa, la racionalidad de la burguesía para esbozar un nuevo funcionamiento del estado y la absorción completa de sus funciones, Foucault vio

conformarse una «historia de tipo rectilíneo» donde el momento lo constituía el paso de lo virtual a lo real. También vio allí una suerte de autodialectización de la historia (relacionada, en primer lugar, con su aburguesamiento) y unas transferencias entre el saber histórico y la filosofía. Es el momento, dice Foucault, en que la historia y la filosofía van a plantearse una misma pregunta: « ¿cuál es el elemento portador de lo universal en el presente? » (215). Por supuesto, un elemento portador de lo universal es aquel capaz de recolocarnos en la historia: sacarnos del paisaje de las disimetrías y los enfrentamientos, desplazarnos de la brutalidad de la guerra al diálogo, de la sociedad dividida en dos a la de un sujeto único y universal. No vamos a detenernos en los detalles de esa evolución que historiadores y pensadores políticos como Sieyès y Augustin Thierry imaginaron y describieron¹⁵⁸, en realidad se requiere de muy poco apresuramiento y muy poca brusquedad para hacer coincidir, por ejemplo, estas palabras de Thierry con el discurso histórico político más corriente de la Revolución cubana:

Inmensa evolución que hizo desaparecer sucesivamente del suelo en que vivimos todas las desigualdades violentas o ilegítimas, el amo y el esclavo, el vencedor y el vencido, el señor y el siervo, para mostrar por fin en su lugar a un mismo pueblo, una ley igual para todos, una nación libre y soberana. (215)¹⁵⁹

También en Retamar se nos hablará de alianzas: Ariel, que es el intelectual, siempre podrá optar por servir al amo Próspero, o por servir al humilde Calibán (82). Y también en Retamar caeremos como en el flujo de una *evolución* que, si en realidad sale de ese presente recargado de significado y de eventos de la lucha política en la que entonces está

¹⁵⁸ El lector interesado puede encontrar esos detalles en las páginas 212 -215 de *Defender la sociedad*

¹⁵⁹ Para Foucault tres cosas importantes ocurren con este discurso: se elimina o se delimita el discurso de la guerra como analizador de los procesos históricos políticos, ya que se pasa de la belicosidad entre grupo a la reconciliación y los pactos. En segundo lugar, la relación de dominación entre los grupos se transforma en una relación que se dirige fundamentalmente al estado. Y, en tercer lugar, aparece una filosofía de la historia, una filosofía que «encontrará en la historia y la plenitud del presente el momento en que lo universal se dice en su verdad» (215).

muy implicado el autor, siempre toma las formas de un relato progresivo y sobre el progreso: de aquellos comienzos sombríos del coloniaje a esa fuerza principal que ahora conforma la unidad obrero-campesina. Hacia las páginas finales de su ensayo dice:

Durante esos diez años [los diez primeros años de la Revolución] se ha ido produciendo una ininterrumpida radicalización de la Revolución que implica una creciente participación de las masas en el destino del país. Si a la reforma agraria de 1959 seguirá una revolución agraria, a la campaña de alfabetización seguirá la de seguimiento, y luego se anunciará una universalización de la universidad que supone ya la conquista por las masas de los predios de la llamada alta cultura; mientras paralelamente, el proceso de democratización sindical hace sentir el indetenible crecimiento en la vida del país del papel de la clase obrera. (91)

En 1961 no hubiera podido ser así todavía, en ese año se estaba realizando apenas la campaña de alfabetización: se estaban echando las bases de una cultura realmente nueva. Hoy, en 1971, se ha dado un salto en el desarrollo de esa cultura: un salto que por otra parte ya había sido previsto en el 1961, e implica tareas de inevitable cumplimiento para cualquier revolución que se diga socialista: la extensión de la educación a todo el pueblo, su asentamiento sobre bases revolucionarias, la construcción y afianzamiento de una cultura nueva, socialista. (92)

¿Quién recuerda entonces que la revolución cubana no era en sus inicios una revolución socialista? Seguramente muy pocos, y seguramente muchísimos. Ésa es aquí una parte importante de la cuestión: recordar, olvidar, hacer recordar, hacer olvidar. La revolución socialista de que habla Retamar es ya, y según un término empleado antes, una verdad sellada. El avance revolucionario que se nos narra es siempre provechoso. Nada se nos dice de las consecuencias de ese gran reajuste, aunque acaso, pálidamente, lo hagan sospechar tantas razones, tanto empeño cronológico en ese relato de la radicalización que el autor ofrece: radical en su devenir, pero también -pues es preciso que la Revolución siga siendo una esencia de bien y un punto de origen de las grandes transformaciones y no un amasijo de peleas políticas- de una radicalidad prevista desde sus inicios.

Incluso cuando quiere resultar más neutra, más panorámica y narrativa, desprendida de la inmediatez de la lucha, la palabra de Retamar resulta crispada y parca, impregnada por

todo lo que tenemos al fondo de ese ensayo político y que nunca sale del todo a la superficie. La revolución también fue, durante la lucha armada, y en sus inicios, un tiempos de alianzas y de reconciliaciones. Y en realidad ésa será una de sus marcas: la alianza, la reconciliación, pero también las rupturas y la creación de nuevos pactos. He ahí uno de los primeros malestares que no están en el ensayo *Calibán*. Y también tenemos las nacionalizaciones masivas; la unificación y dependencia de las entidades en un estado centrado y centralizador; la eliminación del primer gobierno revolucionario y de la enorme mayoría de sus integrantes (miembros de la burguesía liberal y reformista); el cierre de los medios de comunicación o su permuta en un recurso estatal; la exclusión de todos los partidos políticos con excepción del comunista, que entonces hará de guía y dará curso (apaciguamiento dialéctico) a los ímpetus políticos; los episodios de censura explícita y la censura que ya comienza a resultar de la formación, de la reglamentación del marxismo en los programas de estudio; los grandes debates de la intelectualidad en torno a la libertad creativa que siempre resultaron en nuevas y más poderosas prácticas de contención de las opiniones y en entidades más dependientes y vinculadas al estado; los ensayos de corrección de los individuos que tuvieron lugar en los sesenta y que en ese mismo 1971 del ensayo está de vuelta en la forma de cruzada nacional por la purificación permanente de la sociedad; o finalmente -y de todo lo anterior esto es lo único muy vagamente referido por Retamar en sus páginas (de hecho, hay un significativo silencio en *Caliban* respecto a los escritores cubanos)- el encarcelamiento del poeta Heberto Padilla y su proceso de autoinculpación y de autocrítica pública, motivado por sus poemas y sus comentarios sobre el creciente estalinismo o cesarismo de la Revolución. Como se dice popularmente, todas estas cuestiones brillan por su ausencia en la génesis y

evolución de esa fuerza ingente del pueblo, el Calibán proletario, que el ensayo nos narra.

En las páginas finales Retamar cita estas palabras de Fidel Castro:

Es precisamente el hombre, el semejante, la redención de sus semejantes, lo que constituye el objetivo de los revolucionarios. Si a los revolucionarios nos preguntan qué es lo que más nos importa, nosotros diremos: el pueblo y siempre el pueblo. *El pueblo en su sentido real*, es decir, esa mayoría del pueblo que ha tenido que vivir en la explotación y en el olvido más cruel. Nuestra preocupación fundamental serán siempre las grandes mayorías del pueblo [...]. El prisma a través del cual, lo miramos todo, es ese: para nosotros será bueno lo que sea bueno para ellas; para nosotros será noble, será bello y será útil, todo lo que sea noble, sea bello y sea útil para ellas. (90)¹⁶⁰

El pueblo, una entidad reforzada en tanto noción con otras entidades o nociones como la del presente, la de la tierra humillada de los orígenes, la de la pobreza, y en una equivalencia directa y casi somática con el concepto de lo real, es aquí el tapabocas al escritor. Y no sólo al escritor de origen burgués, sino, llegado el caso, a todo escritor. Bien que podríamos repetirnos aquella pregunta que alguna vez se hizo Nietzsche, « Pero, ¿quién no es pueblo ya? », sin embargo, no vamos a perder de vista los alcances que posee aquí ese sujeto. Su preeminencia tenía y seguirá teniendo muchísimo valor, ciertamente, pero no sólo en el sentido de su redención y su justicia.

El año 2003 es conocido en Cuba como el de la Primavera Negra: 75 disidentes, casi todas figuras de la intelectualidad, periodistas y profesionales de la salud, fueron detenidos, encausados y condenados a penas entre 14 y 28 años de prisión por disentir de la política de un gobierno que para entonces tenía veinte años de crisis económica e ideológica profunda. La reacción internacional fue significativa pero el gobierno se valió de dos hechos que atenuaron e, inclusive, arrancaron la atención de aquel asunto. En primer lugar, se dedicó a condenar la guerra de Estados Unidos en Iraq, y, en segundo, y

¹⁶⁰ El subrayado, si cabe un subrayado en el tono siempre enfático de Fidel Castro, es mío.

esto es más importante, emprendió un proceso contra tres ciudadanos por el intento de secuestro y fuga del país en una lancha dedicada al transporte público de las zonas portuarias. Este juicio sumarísimo tuvo lugar entre el 5 y el 8 de abril de 2003, y a pesar de que no había habido ninguna víctima en el suceso y que la ley hablaba de una condena máxima de veinte años de privación de libertad para tal clase de delito, los acusados fueron condenados a la pena de muerte. Se les ofreció tres días para apelar pero sus peticiones no prosperaron y fueron llevados al paredón de fusilamientos el 11 de abril de 2003. Pocos días antes de las ejecuciones se asentaba la Ley 88 del código penal, que la gente bautizó como la Ley Mordaza, y comenzaba el encarcelamiento masivo de la disidencia¹⁶¹.

Como puede suponerse, la opinión pública internacional, y también la nacional, se horrorizó ante lo expedito y cruento del proceso contra los secuestradores, acusados de terrorismo y portación ilegal de armas, con todo lo que ello puede significar en un país como Cuba, pero más todavía quedó embrollada y debilitada por la multitud de los hechos y argumentos: fusilamiento, cárcel, disidencia, emigración, terrorismo, secuestro, armas, palabras, pueblo, intelectuales, soberanía, guerra...etc., múltiples cuestiones y múltiples argumentos ocuparon de nuevo ese espacio tan denso de ocurrencias que fue siempre Cuba después de 1959. Buen quehacer habría en repensar la posible táctica castrista del alboroto, la radicalidad y el escándalo político. Por nuestra parte, siempre

¹⁶¹ Los condenados en 11 de abril a pena de muerte fueron Lorenzo Enrique Copello Castillo, Bárbaro Leodán Sevilla García, y Jorge Luis Martínez Issac. Sobre el encarcelamiento de los opositores, La Ley No. 88 de Protección de la independencia nacional y la economía de Cuba dice en su Artículo 1: «Esta Ley tiene como finalidad tipificar y sancionar aquellos hechos dirigidos a apoyar, facilitar, o colaborar con los objetivos de la Ley "Helms-Burton", el bloqueo y la guerra económica contra nuestro pueblo, encaminados a quebrantar el orden interno, desestabilizar el país y liquidar al Estado Socialista y la independencia de Cuba».
<https://web.archive.org/web/20081231125804/http://www.ruleoflawandcuba.fsu.edu/law-88.cfm>

vimos el fusilamiento de esos tres hombres negros de pueblo, como algo sólo explicable por su utilidad política, por su valor táctico. Fue, pensamos, uno de esos momentos en que el gobierno encontró la ocasión de jugar con sus máscaras: ponerse la más horrible, atraerse todos los desprecios, todas las injurias que puede despertar el paredón de tres hombres sin más amparo y defensa que la común de un hombre común, es decir, la de su familia y el pequeño grupo de sus conocidos, mientras mandaba a largas condenas de prisión, y con mucho menos agobio que ese que acababa de crearse, a todos aquellos portadores de amenaza política que le rodeaban. En fin, el gobierno había usado y agrandando un crimen y su condena, para manejar del mejor modo posible (y casi como una retomada cordura, ya que paredón y cárcel no son nunca lo mismo) el encarcelamiento de setenta y cinco opositores. Por un lado el criminal común, devenido terrorista, que fuerza al castigo más brutal, y por el otro el intelectual, el reflexivo que abandona, traiciona, pone en riesgo el país, y que tendrá que ser reprendido, puesto a raya, con un castigo que, sin embargo, no es desmesura, sino algo sopesado, muy racional y comedido para la gran amenaza que él comporta. Por supuesto, ninguno de los dos zarpazos careció de garra, pero ahí estaban para jugar a los contrastes, a las advertencias, a los equilibrios, y para, siendo tan brutales ambos, no gastar del todo la imagen de bondad e indulgencia de la Revolución. El hombre de pueblo -tan requerido por el gobierno de Fidel Castro-, ha sido siempre transformado en el más bajo y peligroso delincuente cuando ha resultado preciso, y si ese individuo es negro, las cosas se vuelven todavía más fáciles. Podemos decir, entonces, que había llegado el momento de usar a los calibanes, de meterlos en el juego político contra la intelectualidad opositora, sin importar el precio. Muy significativamente aquí, el gobierno pidió a las figuras nacionales que le

seguían siendo fieles su espaldarazo en aquel trecho al paredón y a las mazmorras. Entre las firmas de ese documento publicado en el Granma, el periódico oficial del partido, con el título “Mensaje desde La Habana para amigos que están lejos”, se encuentra, la de Retamar. Él había dicho de Borges que, fiel a su clase, había apoyado la invasión a Cuba por Playa Girón y que había pedido la pena de muerte para Debray (61), cosa ésta que, dicho sea de paso, no hemos conseguido verificar. Pues bien, fiel a su partido, en medio de la ruina ideológica de su país y de los despotismos más vergonzosos del gobierno, el escritor del ensayo del pueblo, *Calibán*, respaldó las condenas a muerte de unos jóvenes que sólo, y en una hora muy desafortunada, habían intentado abandonar la isla¹⁶².

¹⁶² Diario *Granma*. Abril 20, 2003. “Mensaje desde La Habana para amigos que están lejos”.

«En los últimos días, hemos visto con sorpresa y dolor que al pie de manifiestos calumniosos contra Cuba se han mezclado consabidas firmas de la maquinaria de propaganda anticubana con los nombres entrañables de algunos amigos. Al propio tiempo, se han difundido declaraciones de otros, no menos entrañables para Cuba y los cubanos, que creemos nacidas de la distancia, la desinformación y los traumas de experiencias socialistas fallidas. Lamentablemente, y aunque esa no era la intención de estos amigos, son textos que están siendo utilizados en la gran campaña que pretende aislarnos y preparar el terreno para una agresión militar de los Estados Unidos contra Cuba.

Nuestro pequeño país está hoy más amenazado que nunca antes por la superpotencia que pretende imponer una dictadura fascista a escala planetaria. Para defenderse, Cuba se ha visto obligada a tomar medidas energéticas que naturalmente no deseaba. No se le debe juzgar por esas medidas arrancándolas de su contexto. Resulta elocuente que la única manifestación en el mundo que apoyó el reciente genocidio haya tenido lugar en Miami, bajo la consigna "Iraq ahora, Cuba después", a lo que se suman amenazas explícitas de miembros de la cúpula fascista gobernante en los Estados Unidos. Son momentos de nuevas pruebas para la Revolución Cubana y para la humanidad toda, y no basta combatir las agresiones cuando son inminentes o están ya en marcha. Hoy, 19 de abril de 2003, a cuarenta y dos años de la derrota en Playa Girón de la invasión mercenaria, no nos estamos dirigiendo a los que han hecho del tema de Cuba un negocio o una obsesión, sino a amigos que de buena fe puedan estar confundidos y que tantas veces nos han brindado su solidaridad.

Firmantes: Alicia Alonso, Miguel Barnet, Leo Brouwer, Octavio Cortázar, Abelardo Estorino, Roberto Fabelo, Pablo Armando Fernández, Roberto Fernández Retamar, Julio García Espinosa, Fina García Marruz, Harold Gramatges, Alfredo Guevara, Eusebio Leal, José Loyola, Carlos Martí, Nancy Morejón, Senel Paz, Amaury Pérez, Graziella Pogolotti, César Portillo de la Luz, Omara Portuondo, Raquel Revuelta, Silvio Rodríguez, Humberto Solás, Marta Valdés, Chucho Valdés, Cintio Vitier.»

<https://www.granma.cu/granmad/2003/04/20/cultura/articulo04.html>

VI. Un Estado verde olivo

La historia de la revista cultural y literaria *Lunes de Revolución* ha sido una de las más silenciadas del régimen de 1959. O eso puede decirse por lo pronto, ya que la develación de hechos y figuras tabúes ha solido tener mucho de pesadillesco: cada *descubrimiento* no hace más que dejarnos ante la posibilidad de otro, que muchas veces es también más desagradable. Sin embargo, desde finales de los setenta e inicios de los ochenta, la historia de *Lunes* –esos vientos que la revista sopló hasta que se le volvieron contrarios y arrasadores–, ha ido tomando forma. Pensamos, por ejemplo, en *Retrato de familia con Fidel* (1981), de Carlos Franqui; en el Índice de la revista publicado por William Luis (1948), *Lunes de Revolución* (2003), con un estudio y entrevistas a los fundadores del suplemento¹⁶³, y en títulos más recientes como *El caso PM. Cine, poder y censura* (2012), documentos y ensayos compilados por Orlando Jiménez Leal (1941) y Manuel Zayas (1975) y, muy especialmente, en *Lunes: un día de la Revolución cubana* (2015), de Leandro Estupiñán (1977). Libros todos producidos en el exilio, con la excepción del de Estupiñán, una reconstrucción testimonial y documentada del ambiente en que se fraguó el magazín: las revistas, periódicos y libros que le fueron coetáneos, su aliño polémico, las intrigas que le rodearon, y un frenesí de sucesos políticos nacionales por donde deambular y escurrirse a la intimidad de las habitaciones perennemente iluminadas y atestadas de humo de cigarro donde se armaban los números; al fondo, el escaparate de las letras de hierro y la magia que sacaban de allí los linotipistas. Escrito en Cuba –con todo lo que eso debió facilitar y obstaculizar; el autor, por ejemplo, agradece a Roberto

¹⁶³ Las entrevistas que aparecen en el libro llevan fechas más tempranas. La entrevista de William Luis a Guillermo Cabrera Infante es de 1987. Las dos a Pablo Armando Fernández fueron en 1970 y 1980. La de Carlos Franqui fue en 1981.

Zurbano haberle procurado un ejemplar del Índice de William Luis-, *Lunes: un día de la Revolución cubana* fue mención en el Concurso de Ensayo de Casa de las Américas de 2011, pero, como los otros títulos mencionados, debió encontrar una editorial en el extranjero.

Empujada todavía hoy hacia el silencio, la historia de *Lunes de Revolución* es, sin embargo, bastante más conocida en Cuba que la de su creador, Carlos Franqui, otra víctima del dios Cronos de las revoluciones. Activista cultural de impacto en los años cincuenta, y un miembro de la llamada lucha clandestina del llano, pasó por las prisiones de Fulgencio Batista y estuvo en el exilio; cuando vuelva a la isla será para integrar las guerrillas del movimiento revolucionario 26 de julio (M-26-7) en la Sierra Maestra y, más adelante, formar parte de su comandancia. En unas memorias escritas y publicadas en Cuba en 1999, *Gobierno revolucionario cubano: génesis y primeros pasos*, Luis M. Buch (1913-2000) dice:

[Alto de Mompié, el 3 de mayo de 1958:] se acordó aplicar una política de mando único, centralizado en la figura de Fidel, que fue nombrado Secretario General del Ejecutivo del M-26-7 y Comandante en Jefe de todas las fuerzas revolucionarias, incluyendo las milicias de ciudades y comunidades urbanas que hasta entonces habían estado bajo la jefatura de René Ramos Latour, *Daniel*. Como resultado de esa centralización, se creó un secretariado con sede en la Sierra Maestra integrado por Fidel Castro, René Ramos Latour, Faustino Pérez, David Salvador y Carlos Franqui. (18)

Toda la actividad revolucionaria de Franqui parece muy vinculada a su vocación cultural. En la lucha de la ciudad se ha ocupado de la prensa y la radio clandestinas, en la Sierra lleva la Radio Rebelde; en cuanto la guerrilla triunfe creará el periódico *Revolución*, algo nuevo pero a la usanza de las publicaciones que había intentado en la República. De la sección cultural de ese periódico saldrá pronto (exactamente el 23 de marzo de 1959) el suplemento *Lunes de Revolución* que, después de varios tanteos, entre los que a veces se

encuentra el nombre de Roberto Fernández Retamar (Estupiñán, 23), acabará dirigiendo su amigo y compañero de lucha, el escritor Guillermo Cabrera Infante.

Una nueva forma de guerrilla, de clandestinaje, eso sería el periódico *Revolución*. Sería el reportaje en rótulos espectaculares del acontecimiento revolucionario -dice Franqui en sus memorias *Retrato de familia con Fidel-*, de las transformaciones, del «fenómeno Fidel Castro. Un fenómeno de popularidad real» (29), del apoyo y la participación de la gente y, a la par de todo eso, un sitio de crítica, de polémica, de pensamiento, de resistencia a los conservadurismos de todo tipo y a los juegos de poder que amenazaran la autenticidad y el espíritu libertario del proceso. Para el propio Franqui, una manera de estar dentro y fuera, cerca y lejos del gobierno que se está formando. Comprometido a fondo pero cauteloso, y con el ojo de águila que dan las distancias. ¿Era eso posible? Su posición pudo ser auténtica pero no demasiado novedosa o singular. En los días previos al triunfo, entre los farallones y montes de La Rinconada el jefe de las tropas guerrilleras, Fidel Castro, ha llamado a los otros líderes revolucionarios para anunciarles quién sería el Presidente Provisional -el abogado Manuel Urrutia Lleó- y para la conformación de un Gobierno, también transitorio, y en el que dijo no estar personalmente interesado; gobierno que, por otra parte, despertara en su hermano Raúl Castro, un profundo recelo. En las páginas de Buch, autor éste que llegaría a ser el Ministro de la Presidencia y Secretario del Consejo de Ministros del Gobierno Provisional de Urrutia, leemos:

Raúl no había hablado, estaba sentado en un toconcito, con un M-2 entre las piernas, y dijo: “Fidel, este hierro no lo suelto, me quedaré en el Segundo Frente, porque con Urrutia y Agramonte estimo que ese gobierno no podrá avanzar por los caminos que debemos emprender”.

Al terminar la reunión, Fidel planteó: “Bueno, ese es el gobierno de ustedes, porque yo estaré en contacto con el pueblo, en reuniones con los obreros, en la radio, en la televisión, criticando los errores que se cometan”.

Así se iniciaron los primeros pasos del Gobierno Revolucionario. Raúl, supuestamente alzado en el Segundo Frente; Almeida sin hablar, que implicaba coincidir con Raúl, y Fidel en la oposición. Yo quedé encargado de hacerle saber al presidente Urrutia las propuestas que fueron aceptadas. (31, 32)

Como aquellas prevenciones que, según Franqui, lo apartaron del poder y lo llevaron a crear el periódico *Revolución* en los primeros días de la victoria, el supuesto desinterés de Fidel Castro por el gobierno y las ojerizas de su hermano, son asuntos que se despejarán más tarde, en ese escenario de los primeros tiempos del triunfo que, sin perder nunca su naturaleza civil y hasta festiva, en seguida va a llenarse de llamados al ejército, alarmas, contiendas más o menos prolongadas. Un estudio muy particular merecería la imbricación de guerra y vida civil que tenemos en la sociedad cubana desde la República y que, de una manera u otra, permanecerá después del triunfo del 59. Una guerra que si pudo impregnar los ámbitos de la paz se debió, en buena medida, a que la paz misma nunca estuvo ausente de la guerra, nunca se perdió de vista. Y no pienso sólo en la divergencia entre lucha armada y pacífica que persistirá en las organizaciones políticas hasta bien avanzados los cincuenta, o en el rescate de la Constitución de 1940 que decían buscar los rebeldes, o en la naturaleza golpista y dictatorial del Batistato frente a la que todo opositor levantaba la promesa de un llamado a elecciones..., pienso sobre todo en las pugnas por el poder futuro, perceptibles en los empeños de unificación de las fuerzas revolucionarias, o en los gobiernos provisionales que al menos desde 1957 están queriendo tomar forma, con figuras y matices distintos, en el exilio o en las montañas.

En las páginas de Buch el nombramiento de Urrutia para presidente del Gobierno Provisional resulta una acción urgida y, en buena medida, vinculada al rechazo de Fidel Castro al “Pacto de Miami” o “Acuerdo de la Junta de Liberación de Cuba” (de octubre de 1957), un intento de cohesión de las organizaciones liberales que, dice el autor, «se

había fraguado a espaldas del M-26-7» y que si llegó a tener el respaldo de esta organización fue porque sus firmantes «se habían arrogado facultades que no tenían y habían alterado, en lo fundamental, los planteamientos suscritos en el Manifiesto de la Sierra Maestra [de julio de 1957]» (6). Aunque Buch no lo explica, ni recoge en el cuerpo de apéndices de su libro el texto del “Pacto de Miami”, la mudanza de que habla tendría que ver con la mediación o intervención de otras naciones en los asuntos de Cuba, que en el Manifiesto de la Sierra se dan como inaceptables. En un libro reciente, *Historia Mínima de la Revolución cubana* (2015), Rafael Rojas indica que entre las cuestiones del “Pacto de Miami” que más habrían contrariado a los de las montañas estaba la petición de reconocimiento que, y cita del “Pacto”, «dada la guerra civil que existe en la isla» la Junta de Liberación hacía a la ONU, la OEA y al gobierno de Estados Unidos (76). Y concluye: «Fidel Castro interpretó ese punto como una solicitud de mediación de Estados Unidos y como el establecimiento de un gobierno *de facto* en el exilio que relegaba a los jefes rebeldes» (76, 77).

Si la guerra, entonces, con todos sus obstáculos, azares y urgencias, podía adelantarse a los días de las paz y cavilarlos, si podía permitirse ingenio, pulso, tanteos, representaciones, y una trama de juegos, alianzas y consensos propios de una contienda que se tiene como temporal y que muy pronto va a devolvernos a la vida del estado y leyes, ¿por qué no habría de aflorar cuando esa paz ya estuviese establecida? Durante la guerra, un hombre sacado de la legalidad republicana y nombrado presidente provisional de Cuba, y durante la paz un abogado rebelde y con grados de comandante en las funciones de primer ministro, dicen mucho de las continuidades y, también, de los enmascaramientos que se prestan tales alternancias. En realidad hay un amplio paisaje de

sucesos, de pactos y vidas calcinadas en lo que va de aquella figura civil nombrada en la Sierra a la figura guerrillera que terminará como máximo poder del gobierno revolucionario.

En *Historia mínima de la Revolución cubana* que, acogiéndose al modelo de la historiografía sobre las revoluciones modernas, se enfoca en las décadas que van «de la destrucción del antiguo régimen a la construcción del nuevo» (9) -lo que para Hannah Arendt sería el paso de la violencia a la política, y para Michel Foucault el de la guerra episódica de la Revolución a una paz socava por la guerra-, tenemos al menos cuatro momentos donde lo que está en juego es la cuestión misma del gobierno: “El pacto de Miami”; el Gobierno Provisional Revolucionario con Urrutia como presidente; el Gobierno Provisional terminado de conformar en los primeros días del triunfo; y un segundo Gobierno Revolucionario, el que desbanca al anterior a inicios de 1960. Entre esos dos gobiernos revolucionarios hubo, además, varios momentos de crisis, con renunciaciones y nuevos nombramientos. Una de las renunciaciones más tempranas (febrero de 1959) fue la del abogado José Miró Cardona (1902-1974) como primer ministro, un puesto que Fidel Castro, entonces Jefe de las tropas de Tierra, Mar y Aire del nuevo ejército revolucionario, pasaría a ocupar. Para cerrar nuestro comentario sobre las alternancias y continuidades de guerra y paz, referimos aquí dos recuerdos de Buch:

En cuanto a Fidel, sabíamos que no le sería fácil tomar la decisión de asumir el Premierato. En más de una ocasión había manifestado el propósito de mantenerse como fiscalizador del Gobierno, ya que podía moverse con entera libertad, sin ataduras a reuniones, actos oficiales y demás funciones. Sin embargo, ante la gravedad del momento [se refiere a desacuerdos entre Urrutia y Miró Cardona, y a una falta de acometividad en las reformas del gobierno revolucionario], era necesario tomar medidas drásticas para evitar posibles desastres.

El Jefe de la Revolución, con su intuición innata, se percató de que no había otra solución y optó por el mayor sacrificio: integrarse al Gobierno como Primer Ministro.

Para ocupar ese cargo, planteó que debía tener el control directo de la política general, sin menoscabo de las facultades que, conforme a la Ley Fundamental, le correspondía al Presidente de la República. (74)

Sin embargo, la Ley Fundamental de 1959 -que fue la manera en que se cumplió, con exactitud en unos incisos y muy limitadamente en otros, la promesa de los rebeldes de restablecer la Constitución de 1940-, tuvo que ser cambiada. En unos párrafos bastante sorprendidos de ese libro que, recordamos, se publica en Cuba, Buch cuenta:

Antes de comenzar la sesión de ese día, se analizó el requisito planteado por Fidel para desempeñar el cargo de Primer Ministro. Esto dio lugar a un amplio debate. Buscamos la fórmula para modificar el artículo 146 de la Ley Fundamental, cuya redacción era igual al artículo 154 de la Constitución de 1940. Su texto expresaba: “El Primer Ministro representará la política general del Gobierno”

El artículo quedó redactado de la forma siguiente: “Corresponderá al Primer Ministro dirigir la política general del Gobierno, y despachar con el Presidente de la República los asuntos administrativos, y acompañado de los ministros, los propios de los respectivos departamentos”

[...]

Como se puede apreciar, no es lo mismo “representar” que “dirigir”. En virtud de este cambio, el Primer Ministro se convirtió en Jefe político del Gobierno. (74)¹⁶⁴

Sobre esta modificación a la Ley Fundamental relativa a la función del primer ministro,

Rojas la describe tal y como lo hace Buch, pero añade este comentario:

[...] la renuncia de Miró Cardona se verificó el 14 de febrero, una semana después de promulgada la Ley Fundamental, y la toma de posesión de Castro, como primer ministro, tuvo lugar el 16 de febrero. No es improbable que la idea de reforzar el papel del primer ministro, conforme al modelo semiparlamentario del 40 aunque sin una nueva representación constituida, también fuera deseada por el propio Miró Cardona, que por lo visto tuvo algunas diferencias con Urrutia que ralentizaron el gobierno, y por otros ministros, como Oltuski, Ray, Hart o Pérez, interesados en avanzar a más velocidad por el camino de las reformas (100).

¹⁶⁴ En *Historia mínima* tenemos estas notas sobre la Ley Fundamental de la Revolución: «El primer gobierno revolucionario, además de echar a andar las reformas sociales y económicas, restableció el orden constitucional de 1940 por medio de una Ley Fundamental, decretada el 7 de febrero de 1959. Este documento reproducía la legislación básica del texto del 40 en relación con las formas de gobierno, la nacionalidad, los derechos individuales, la familia, la cultura, el trabajo, la propiedad, el sufragio y los oficios públicos. Pero la Ley Fundamental introducía importantes modificaciones en el funcionamiento de los órganos de estado y preservaba la codificación de la “excepción” o la “emergencia”, propia de los Estatutos de Dolores de la dictadura de Batista, por medio de la suspensión de garantías constitucionales. Aunque reconocía el principio de la división de poderes, la Ley Fundamental concedía al Consejo de Ministros la autoridad legislativa» (99).

Esta observación parece de un celo cronológico algo excesivo: ¿Cómo saber con exactitud lo que ocurre en ese breve lapso de tiempo en que entra un ministro y sale el otro?; ¿cómo saber lo que se ha discutido y pactado en las oficinas cuando aparece a la luz la ley promulgada? Y, sobre todo, ¿por qué Miró Cardona renunciaría cuando había conseguido cambiar una Ley que lo dotaba de poderes tan extensos? Nos inclinamos a creer que las ocurrieron como las cuenta Bush.

Y, de cualquier modo, Fidel Castro nunca estuvo fuera del poder. Cómo podría haber estado fuera quien se imaginara en aquel sitio tan singular que era, a la vez, el más elevado de fiscalizador de los hombres designados para el gobierno, y el más bajo, el del líder hecho pueblo. Cuando se leen memorias de los primeros momentos de la Revolución se da siempre con esa figura ubicua y algo etérea, como suspendida en un mar de gente; «el enigma Fidel» lo describe Carlos Franqui; el que está siempre zafándose de las preguntas álgidas del momento y sobre los días futuros; siempre sin concretar, ganando tiempo, tanteando, tomándole el pulso a las cosas, siempre escurriéndose hacia la gente, siempre parco y calculador entre los de arriba y pletórico de palabras con los de abajo. En todas partes y en ninguna. El hombre metido en las muchedumbres y el político inaccesible. Si como dice Hannah Arendt, el poder es la capacidad humana de actuar en concierto, y pertenece a un individuo sólo en la medida en que un grupo se lo otorga, Fidel Castro no ha descuidado nada de aquella concesión¹⁶⁵.

En los primeros días es como una entidad recargada de valor simbólico

¹⁶⁵ En una nota que recuerda algo el carácter relacional del poder de que hablara Foucault en su análisis de los aportes de Boulainvilliers, Arendt dice: El *poder* corresponde a la capacidad humana no sólo de actuar sino también de actuar en concierto. El poder nunca es propiedad de un solo individuo, pertenece a un grupo y existe solamente mientras ese grupo permanece unido. Cuando decimos de alguien que “tiene el poder” en realidad nos referimos a que cierto número de personas se lo ha otorgado para que actúe en su nombre. En el momento en que

-justicia, bien, heroísmo, la revolución del pueblo- donde, sin embargo, está cobrando forma el gobernante. Además del vínculo entre su figura y la Revolución, establecido desde su jefatura y entrevistas en la Sierra y que después afianzarán sus conversaciones y largos discursos televisados, pasa del mando general de las fuerzas armadas revolucionarias, nombramiento que le hiciera Urrutia como continuación de su papel en la guerra, al de un primer ministro con plenitud de poderes. Mientras su hermano Raúl Castro ya no tendría que preocuparse por aquel fusil que no quería abandonar, pues entonces él mismo se encargaría del ejército. Comienzan así los cambios y la radicalización del gobierno. En el breve periodo de un año Cuba tuvo dos primeros ministros, dos presidentes, y dos gabinetes que ya sólo se parecían en que habían fraguado juntos el derrocamiento de Batista.

En ese escenario aparecen y tienen su corto pero intenso despliegue el periódico *Revolución* y el suplemento cultural de éste, *Lunes de Revolución*, otro vehículo de esa guerrilla de dianas múltiples, cambiantes; solapada en unos frentes y directa, temeraria y descarnada en otros. *Lunes* fue una revista muy abierta y muy agresiva a la vez; un gesto contra las élites intelectuales, aunque en algún momento su equipo editorial será forzado a observar sus propios beneficios y mimos de grupo y a iniciar una sección de autores noveles¹⁶⁶. Atacó a intelectuales importantes del periodo republicano, avivó viejos careos

el grupo que lo otorga desaparece (*potestas in populo*, sin pueblo o un grupo no hay poder) también desaparece "su poder" » (2018: 60).

¹⁶⁶ «Casi siete meses después del primer número, el 9 de octubre de 1959, inaugurando "Punto de Mira", se publicó la carta abierta de Odilio González dirigida a Guillermo Cabrera Infante con el título, "Todo al revés", una protesta firmada por quienes no habían sido invitados a publicar en el magazín y sin embargo, debían escuchar el lamento de los directivos ante la escasez de colaboraciones. El remitente es un total desconocido hasta donde se sabe [...] En cuanto a los pretendidos seguidores, cincuenta y cuatro nombres, algunos expresaron disconformidad con el mensaje en el cual se veía involucrados» Así, por esa y otras quejas *Lunes* se hizo más asequible a autores noveles y publicaron sus primeros textos Manuel Villavella, Ana María Simo, Miguel Cossio, Esther Díaz Lanillo, Arnaldo Cristóbal Pérez, Gerardo Fullea León, o la importante autora del grupo El Puente, Isel Rivero». (Estupiñán, 119- 127).

a veces sólo aparentemente literarios, al tiempo que daba un enorme protagonismo al sector de la cultura. Por su pluralidad de asuntos y generaciones, y por su naturaleza polémica, se le ha tildado de tornadiza y sin derrotero, un saco donde cabía todo¹⁶⁷, mientras sus creadores defendían la idea de una revista de libertad total y esgrimían aquella divisa surrealista del arte para cambiar la vida. En el estilo particular de sus memorias -una concisión de dardo que acaso involuntariamente no deja de contrastar con el enmarañamiento y las teorizaciones que cundirán pronto-, Franqui dice:

Los textos a gran tirada provocaban grandes polémicas.
A unos Marx, a otros Borges, Sartre, Neruda, o Faulkner, Joyce, Lezama, Paz, Martí, Picasso, Miró, Bretón, Virginia Woolf, los griegos, la novela norteamericana, el arte negro, Trotsky, Bernanos, Orwell, Brecht. Números-protesta, denunciado el colonialismo cultural: África, Puerto Rico, América Latina, Asia.
Revisión crítica de la historia cubana y de su literatura.
Su garra polémica.
La tipografía de *Lunes* era un escándalo para los bien pensantes de izquierda y derecha.
Qué horror.
Letrismo, Apollinaire, futuristas, dadaístas, surrealistas, suprematistas, Mayakovski, Kandinsky, arte negro y tradición popular cubana.
Era una revolución visiva.
Entraba por los ojos, leído a la cubana. (*Retrato*, 261, 262)

Didáctico y político, y afrentoso en ocasiones pero también lúdico, en los reproches a *Lunes* y el cierre de esta revista podría datarse uno de los comienzos del empobrecimiento de la crítica literaria cubana. Los juegos con el lenguaje, las marcas de estilo, la irreverencia, el ingenio, el humor, el coletazo de sus sornas e ironías, estarían entre lo más indómito e irritante del magazín, como también lo fueran el goce y la embriagada nocturnidad del documental *PM*. Los alcances de *Lunes* están en correspondencia con la manera en que en se le descuaja y entierra. En la ficha del

¹⁶⁷ William Luis en su entrevista a Carlos Franqui habla de esas críticas, aunque no precisa si eran de la época en que se producía el magazín o posteriores. Ver p.178

Diccionario de la literatura cubana, el que comienza a prepararse en 1975 bajo la dirección de José Antonio Portuondo y será publicado en la primera parte de los ochenta, no hay señas de la iconoclasia del magazín, la información es imprecisa y fragmentaria, y los temas y números que se destacan no son precisamente los más interesantes o valiosos, aunque algunos lo sean, sino los más coherentes con la ideología y la política de la época en que ese libro de consulta se confecciona. En su entrevista de 1981 con William Luis dice Franqui:

No sé cómo el Diccionario de la Literatura cubana puede hablar de *Lunes* si no hay ningún señor que se llama Carlos Franqui en ese diccionario. No sé cómo puede hablar de un fantasma cómo yo o como Guillermo Cabrera Infante que tampoco aparece como escritor en el *Diccionario*. Sería muy interesante que tú vieras cómo funciona la censura y a cuántos niveles en Cuba. (181)

Y continúa:

[Julián Orbón (1925-1991)] era uno de los grandes músicos cubanos. Era íntimo amigo de Alejo Carpentier y cuando Carpentier escribió *La música en Cuba*, Julián Orbón era uno de los músicos importantes. Si tú tomas las últimas ediciones de aquel libro de Carpentier, verás que Julián Orbón no existe, no hay ningún músico llamado Julián Orbón. [...] Es el caso de José María Minario [?], de Roberto Estopiñán [1921-2015], de Alfredo Lozano [1913-1997] de la revista *Orígenes*. Lozano fue uno de los primeros que revolucionó la escultura en Cuba. Si tú vas al Museo Nacional verás que ellos no existen en ninguna parte ni en los catálogos. [...] Evidentemente hay un plan muy bien hecho para borrar de la cultura cubana todos los nombres que de una manera u otra han discrepado con el gobierno o no están en Cuba. Hay una segunda cosa bastante curiosa. En el Diccionario hay algunos escritores burgueses que se exilaron pero que está muertos y aparecen en el libro. Empiezan a ser reivindicados después de muertos. (182)

Las generaciones posteriores, los nacidos en los sesenta y setenta, todavía oirán decir algo de ese magazín: desde allí jóvenes escritores de entonces (algunos precisaban el nombre de Heberto Padilla, quizás también el de José Álvarez Baragaño) habían atacado al grupo *Orígenes* y, en particular, a José Lezama Lima. *Lunes*, entonces, era un título que aparecía desvaídamente en las anécdotas de viejas peleas, otros títulos y otros

nombres igual de desvaídos, siempre las mismas historias compartidas con algo de irónica resignación: los escritores y artistas que tanto recelaban de instituciones, de funcionarios, también se atacaban entre ellos furiosamente; los escritores señalaban a otros escritores para más tarde convertirse en el señalado y correr una suerte no muy distinta. El relato de Leandro Estupiñán sobre su encuentro con *Lunes* dejará ver lo duradero de ese silencio:

Sería marzo de 2004 cuando escuché: “*Lunes de Revolución*” en una de las asignaturas que imparten a la carrera de Periodismo. La profesora repasaba las publicaciones que marcaron la vida cultural de la Isla cuando, en su avance por el tiempo, le mencionó. Al principio debí conferirle poca importancia. Era uno de esos espacios nacidos con el proceso revolucionario cubano y puesto a su servicio de manera aplastante e inmediata. No parecía haber novedad. Sin embargo, brotó en ella la idea de introducir un elemento perverso: además del abrupto cierre, en 1961, había contado con la dirección de un escritor asilado en España y, definitivamente, en Londres. Hablaba de Guillermo Cabrera Infante, de quien apenas tenía conocimiento de una de sus novelas, un libro de viñetas y cuentos, así como estaba al tanto de otro dato significativo: era un enemigo implacable del gobierno. (13)

No es extraño que el ataque de Heberto Padilla a José Lezama Lima fuera por mucho tiempo uno de los únicos vestigios de *Lunes*. El escritor republicano agredido por el poeta revolucionario que después sería llevado a un proceso público y auto inculpatario de traición a la patria. El arraigo popular de los cuentos con moraleja parece robustecerse en esos ejemplos de la volubilidad humana contra el fondo incólume de la Revolución. Por un lado, el destino recto del proyecto revolucionario y, por el otro, el camino zigzagueante, tan pronto al ascenso como a la caída, de los hombres, mucho más si éstos eran artistas, esos seres siempre tan abundantes en talentos como como en celos, traiciones y miserias. Sin embargo, a pesar de las ganancias que tuviese el cultivo de tales juicios, la materia misma de las polémicas quedó en una bruma impenetrable, engrosó la que sería una larga tradición de escamoteos y rumores.

Cuando damos con las rivalidades entre *Lunes de Revolución*, los miembros de Orígenes, los coloquialistas, los realistas, Ediciones *El puente*, peleas de escuelas y estéticas muy estridentes en la primera década del nuevo gobierno que Zaida Capote abordó en su artículo “Cuba, años sesenta. Cuentística femenina y canon literario” como un «verdadero campo de batalla» (20) o esa cuestión de las generaciones que también describió como un asunto baladí, para unos, mientras para otros, ya en 1966, decisivo en su sobrevivencia de escritores (20), nos enfrentamos a unos hechos que, como dice la autora, nacen de la propia institución de cultura; sin embargo, nacen allí solo en la medida en que ésta forma parte de algo mucho más extenso: la emergencia del estado revolucionario, que fue una mezcla de entidades nuevas y entidades antiguas reacondicionadas en sus funciones, inclusiones, y con unos objetivos y administración siempre vinculados y sujetos a la ideología del gobierno revolucionario, primero, y del Partido comunista, después.

Una unidad política del estado cubano todavía precaria, es lo que nos permite ver en puestos de relevancia a Carlos Franqui, Cabrera Infante, Calvert Casey, Antón Arrufat, Padilla, Nicolás Guillén, Carpentier, Virgilio Piñera; pero los conflictos en que algunos de ellos estuvieron envueltos se harán determinantes con un cambio: de las capacidades heterogéneas del estado a la unidad política del poder estatal. En esa unidad ya establecida, ya fortalecida, vamos a encontrar a los escritores que perduraron o relevaron en funciones matizadas por el prestigio, el carisma, los gestos personales, pero que como poder político de la comunidad literaria o artística ya no poseen gran alcance o autonomía.

Volvamos por un momento a la relación entre las naciones y el estado que Foucault analizó por medio de textos históricos de la Revolución francesa, de allí sacamos esta suerte de esquema: la lucha entre las naciones reaparece imantada por la figura del Estado, es una lucha que ya no mira tanto hacia el pasado como hacia el presente y la inminencia de lo que vendrá. Una nación será fuerte cuantas más capacidades tenga ante sí, cuantas más posibilidades tenga de ajustarse a la figura del estado. Y en ese sentido, la misión de un nación u orden no será tanto la de dominar a otras naciones como la de gestionar y asegurar su funcionamiento, su acople y utilidad en los márgenes del poder estatal. Ya no se trata tanto de un desplazamiento horizontal de dominación de la naciones rivales como una relación de verticalidad, de inserción y poder estatal. Se trata de una rivalidad y un esfuerzo que tienen por fin y medio la universalidad funcional del estado. Por supuesto, entendemos que hay una enorme distancia entre las naciones u órdenes sociales de que hablan los textos históricos de la Revolución francesa y las cofradías artísticas y literarias cubanas de comienzos de los sesenta, y sin embargo, la figura central del estado, las rivalidades, el trayecto de los individuos y grupos de individuos hacia su inserción y realización estatal, no resultan muy diversos.

Todo esto es para nosotros de gran importancia por otras dos cuestiones: primero, por el nervio político, centrado y centralizador que a instancias del proyecto revolucionario va a caracterizar y finalmente a definir la reaparición del estado cubano. Y, en segundo lugar, porque saca a la luz un aspecto otro del estado que no tiene que ver con su figura sólida, centralizada y universal, ni con el soberano que remata su tope, sino, por el contrario, con los individuos que lo integran. Como se nota, y a nuestro juicio esta es una de las propuestas más valiosas de Michael Foucault en *Defender la sociedad*, la relación entre

naciones y estado, o entre individuos y estado, no contiene otra cosa que las dinámicas del poder en las sociedades contemporáneas, y trasluce la necesidad de pensar el poder no como algo que cae sobre los hombres, sino como algo que asciende: es decir, los individuos colocados frente a unas capacidades, unas instituciones educativas, productivas, culturales, etc., que los inviste y los aloja en otras formas que, por su parte, son cada vez más amplias y abarcadoras. En ese sentido no vale tanto hacer un análisis descendente del poder, sino también ascendente, y en el que aflora esa investidura del individuo y esa fluidez y naturaleza entretejida y funcional que el poder posee. (Foucault, 38, 39).

De vuelta al debate en torno a la prohibición del documental *PM*, es sabido que esa reunión duró tres largos días, y que su acrimonia no impidió la abundancia y prolijidad de los argumentos. Ya hemos visto algo de los conceptos marxistas a los que Alfredo Guevara recurrió allí; por su parte, Cabrera Infante, en entrevista con William Luis, recuerda la esmerada defensa estética que intentó del documental, un gesto que con los años se le hizo ridículo (151). Sin embargo, por mucho tiempo sólo se supo de aquellas discusiones tan extensas -y que en momentos parecen traídas por los pelos del asunto de la libertad de creación a las confesiones de enemistades y discrepancias ideológicas entre grupos-, por los comentarios entre indulgentes o irónicos de Fidel Castro en la clausura que fue la única parte del encuentro que se publicó y que desde entonces no dejó de circular¹⁶⁸. Pero, ¿qué es lo que se escondía al silenciar esas discusiones? ¿Era su

¹⁶⁸ Aquí unos fragmentos de esa intervención conocida como “Palabras a los intelectuales”: «Después de tres sesiones en las que se discutieron distintos problemas relacionados con la cultura y el trabajo creador [...]nos toca a nosotros cubrir nuestro turno [...]Teníamos mucho interés en estas discusiones, y creo que lo hemos demostrado con eso que podría llamarse, “una gran paciencia”. » (5)

embrollo, su emotividad, sus ofuscaciones y complejidades eran sus tartamudeos o su profusión lo que las hacía prescindibles? ¿Se les desechaba o se les censuraba? El conocido edicto de Fidel Castro, «dentro de la Revolución todo, contra la Revolución, nada» (17), la amalgama de los gremios en un cuerpo único, y las nuevas revistas que como órganos de esa entidad cohesionada vendrían a suplantar *Lunes*¹⁶⁹, fueron secuelas inmediatas de aquellas discusiones y suelen aparecer en los análisis como el arranque de la vida intelectual, estatizada y restrictiva, que todavía Cuba posee. Nosotros las vemos ahora como acciones que apuntaban simultáneamente hacia el futuro y hacia el pasado. No al pasado de las cosas ardidadas y dejadas atrás en el momento de nacer la Revolución, sino al pasado todavía vivo de la lucha revolucionaria y de su diversidad de hombres. Porque la Revolución había sido eso: una fuerza de luchas múltiples y de combatientes diversos donde, por ejemplo, -sólo el ejemplo que más nos interesa- ser revolucionario y

«Nosotros creemos que con el esfuerzo de todos, estamos llevando adelante una verdadera revolución y que esa Revolución se desarrolla y parece llamada a convertirse en uno de los acontecimientos importantes de este siglo. Sin embargo, a pesar de esa realidad, nosotros que hemos tenido una participación importante en esos acontecimientos, no nos creemos teóricos de las revoluciones ni intelectuales de las revoluciones». (8-9) «Había ciertos miedos en el ambiente y algunos compañeros han expresado esos temores. Al escucharlos teníamos la impresión de que estábamos soñando un poco. Teníamos la impresión de que nosotros no habíamos acabado de poner bien los pies sobre la tierra. Porque si alguna preocupación, algún temor, nos embargan hoy, es con respecto a la Revolución misma. La gran preocupación que todos nosotros debemos tener, es con respecto a la Revolución misma». (10) “Palabras a los intelectuales”, en *Política cultural de la Revolución cubana*.

¹⁶⁹ Hacia el final de sus “Palabras a los intelectuales” Fidel Castro decía: «Nosotros que, sinceramente, solo deseamos contribuir a la comprensión y a la unión de todos, hemos tratado de evitar palabras que pudieran herir o desalentar a nadie; pero es incuestionable un hecho: que pueden darse el caso de esas luchas y controversias en que no existan igualdad de condiciones para todos. Eso, desde el punto de vista de la Revolución, no puede ser justo. La Revolución no le puede dar armas a unos contra otros. La revolución no le debe dar armas a unos contra otros y nosotros creemos que los escritores y artistas deben tener todos la oportunidad de manifestarse. Nosotros creemos que los escritores y artistas a través de su Asociación deben tener un *magazín* cultural, amplio, al que todos tengan acceso. ¿No les parece que eso sería una solución justa? Pero la Revolución no puede poner esos recursos en manos de un grupo; la Revolución puede y debe movilizar esos recursos de manera que puedan ser ampliamente utilizados por todos los escritores y artistas. Ustedes van a constituir pronto la Asociación de Artistas, van a concurrir a un Congreso [...] De él surgirá una fuerte Asociación de Artistas y Escritores a donde deben acudir todos con espíritu verdaderamente constructivo, porque si alguien piensa que se le quiere eliminar, si alguien piensa que se le quiere ahogar, nosotros podemos asegurarle que está absolutamente equivocado» (29).

ser comunista no eran lo mismo. De *Retrato de familia con Fidel* es este paisaje de las fuerzas en los primeros meses de la Revolución:

Cuatro grandes corrientes se disputan el país:

Una radical-antiimperialista.

Una democrática-reformista.

Una conservadora y pro norteamericana.

Una marxista y pro soviética.

En la primera, la clase obrera organizada y consciente: un millón entre ciudad y campo.

Y una juventud radicalizada por la lucha y las dificultades económicas.

En la segunda, una gran pequeña burguesía.

Y el campesinado medio y pequeño.

En la tercera, los intereses creados antes mencionados.

En la cuarta. Raúl Castro, Che, algunos comandantes, los viejos comunistas y los compañeros de viaje. (42)

No es gratuito que en el editorial del primer número de *Lunes* sus creadores se definan como «una generación que extiende su cordón umbilical hasta los albores de la pasada dictadura y sometida a un silencio ominoso» (2). Ya no sería más ese silencio. Por el contrario, sería sólo voz y lo ominoso mismo si tenía que serlo, pues nada había sido olvidado. Pero es precisamente ese no olvido, esa memoria demasiado clara del pasado, lo que en algún momento perderá utilidad y se volverá inoportuno. Es precisamente esa memoria tan fresca todavía de las fuerzas en pugna por la Revolución y en pugna entre ellas, la que tiene que aflorar y la que, también, muy pronto, tendrá que comenzar a callarse. En el libro *El caso PM. Cine, poder y censura* es posible leer algunos fragmentos extensos de aquellas conversaciones entre los intelectuales y Fidel Castro censuradas por más de cincuenta años. Entre las primeras que el libro recoge encontramos esta llamativa invitación de Carlos Rafael Rodríguez:

[...]hace una hora y media que estamos hablando de problemas en una forma que nadie se puede dar cuenta de cuáles son los problemas. Y yo veo que aparece el veneno, y el veneno hace daño a los que están metidos en los problemas. Y, sin embargo, los que están viendo de lejos las cosas no se dan cuenta que hay lucha

intestinal. Todo lo que se ha dicho aquí es una expresión de luchas de criterios, y las luchas de criterios no aparecen por ninguna parte. Parece que están discutiendo teorías. Y yo quiero echar un poco de sal, a ver si los problemas salen como tiene que ser, porque estamos en una discusión de revolucionarios o de gente que quiere a la Revolución, y que quiere saber cómo se resuelven los problemas de la Revolución [...] (165)

La invitación de aquel miembro del viejo partido comunista cubano, el Partido Socialista Popular ya referido, que era como se le conocía, «el único de los partidos republicanos que se mantenía en pie luego de dos años de Revolución» (Rojas, 2015, 118), no cayó en saco roto, los invitados al debate remontaron de inmediato el callejón de las especulaciones sofisticadas para meterse en la trampa de los desahogos y la manifestación de sus rivalidades. Fue entonces cuando el escritor Virgilio Piñera, alguien de renombre e influjo en *Lunes*, al igual que lo había sido en las revistas y la cultura republicana, habló de miedo:

Virgilio Piñera. - Como Carlos Rafael ha pedido que se diga todo, hay un miedo que podríamos calificar de virtual que corre en todos los círculos literarios de La Habana, y artísticos en general, sobre que el Gobierno va a dirigir la cultura. Yo no sé qué cosa es cultura dirigida, pero supongo que ustedes lo sabrán. La cultura es nada más que una, un elemento... Pero que esa especie de ola corre por toda La Habana, de que el 26 de julio se va a declarar por unas declaraciones [sic] la cultura dirigida, entonces...

Fidel Castro. - ¿Dónde se corre esa voz?

Virgilio Piñera. - ¿Eh? Se dice...

Fidel Castro. - ¿Entre quienes se corre esa voz? ¿Entre la gente que está aquí se corre esa voz? ¿Y por qué no lo han dicho antes?

Virgilio Piñera. - Compañero Comandante Fidel, yo puedo decir que he oído hablar de esa voz entre la gente que yo conozco.

[...] ¹⁷⁰

Mientras existió a través de la memoria fue un relato casi mítico de valentía, ayudado sin duda por la apariencia contrastante, ni solemne ni vigorosa, de aquel que se había atrevido a mentar el miedo ante el Jefe de la Revolución. «Todo el mundo aquí me

¹⁷⁰ Texto recogido en Orlando Jiménez Leal, Manuel Zayas. *El caso PM. Cine, poder y censura*, 220.

conoce», dijo en algún momento para referirse a su dedicación al arte pero también, seguramente, a su asumida homosexualidad. Para adelantarse al juicio de los recién llegados al gremio. Una vez recuperadas e impresas sus palabras, los trazos míticos se han ido desvaneciendo y, por el contrario, las cautelas, el respaldo del escritor al gobierno revolucionario, y la gran diferencia entre el «yo tengo miedo» de la leyenda y el «hay un miedo que podíamos calificar de virtual» o un miedo que es «una voz que se corre», y otros matices del material grabado, han ido cobrando relieve. Rafael Rojas parece haber sido el primero en llamar la atención sobre las palabras grabadas y en mostrarnos, no al Piñera de una confrontación con el gobierno, sino al revolucionario que estaría allí en una suerte de «coqueteo» y negociación. En las páginas de 2006, “Confesión de timidez”, Rojas interpreta así aquel momento:

El miedo a que se refiere Piñera no es, como en la leyenda, el miedo radical del artista frente a un poder totalitario, sino tan sólo la preocupación de un escritor revolucionario en torno a la posibilidad de que la política cultural de la Isla quede en manos de estalinistas. Se trata, por tanto, más de una duda que de un miedo, ya que el propio Piñera no cree que la Revolución ni Fidel sean capaces de estalinizarse y, de hecho, en su intercambio con Castro no faltan las frases de adhesión al Gobierno —«yo no creo que nos vayan a anular culturalmente», «no creo que nadie me pueda acusar de contrarrevolucionario», «porque estoy aquí, no en Miami ni cosa por el estilo»— propias de un intelectual que, lejos de oponerse, solicita garantías de que la política cultural se mantendrá dentro de los cauces del pluralismo y la vanguardia. (182, 187)

Me pregunto si a la luz de sus estudios posteriores Rojas seguiría pensando igual. Su *Historia mínima de la Revolución cubana* ofrece un fondo muy distinto a ese episodio. De vuelta a ese estudio vemos que para los días del encuentro entre Fidel Castro y los intelectuales, el segundo gobierno revolucionario lleva más de un año en el poder. A diferencia del primero, conformado por civiles, demócratas, gente proveniente de los partidos Auténtico y Ortodoxo y del movimiento 26 de julio que luchara en las ciudades,

y que «reflejaba la ideología moderada suscrita en los principales documentos programáticos de la revolución [...] una ideología nacionalista democrática» (98), el segundo gobierno es un producto de las luchas por el poder, un producto de la radicalización y un vehículo de radicalizaciones; se crea a inicios de 1960 pero ha estado en el horizonte al menos desde octubre de 1959, con la carta de renuncia al Ejército Rebelde del comandante camagüeyano Huber Matos y su deseo de apartarse de un proceso que consideraba dañado, entre otras cosas, por el «problema comunista». Pero el segundo gobierno será, precisamente, de comandantes y comunistas. Como es conocido, la renuncia de Matos no fue aceptada sino que se le acusó de estar organizando una sublevación armada y se le condenó por traición a veinte años de cárcel, condena que cumpliría. Otros, sin embargo, tuvieron menos suerte, «según cálculos imprecisos», - dice Rojas- «en diciembre de 1959 se habían realizado 553 ejecuciones, mientras que en noviembre del año siguiente la cifra había ascendido a más de 1330, en su mayoría ya no de batistianos sino de revolucionarios anticomunistas» (110). Si continuamos con *Historia mínima* tenemos que 1960 fue el año «de la expansión del control estatal de la economía cubana por medio de un agresivo paquete de confiscaciones y nacionalizaciones, de reorientación del comercio exterior y las relaciones diplomáticas con la URSS, China y el campo socialista, de la neutralización de la naciente oposición interna y del dominio de la esfera pública» (110). La pregunta de Fidel Castro a las masas enardecidas: «¿elecciones, para qué?», también tuvo lugar hacia el meridiano de 1960.

Razones habrá habido para que el miedo de Virgilio Piñera pasara como miedo -y como un miedo desafiante, por el simple hecho de haber sido enunciado- a la memoria popular.

Lo cierto es que de aquellas reuniones salió un gremio no más fraternal sino mucho más cohesionado, listo a ser reprimido y, a menudo, también, represor él mismo.

VII. La radicalidad que cavila

No hay manera de comprender la historia del régimen de 1959, su combinación de despotismo y persistencia, sin tener en cuenta las fuerzas múltiples de la lucha contra Batista que fueron destruidas en el terreno de la revolución que ellas mismas habían hecho triunfar, y sin tener en cuenta los recursos empleados en esas eliminaciones. En un *Historia mínima de la Revolución cubana* Rafael Rojas comenta:

La historia oficial de la Revolución cubana, tradicionalmente, ha aislado de su contexto algunos sucesos de la plural oposición a la dictadura de Fulgencio Batista, como el asalto al Cuartel Moncada en julio de 1953, el exilio de los moncadistas en México entre julio de 1955 y noviembre de 1956, y el desembarco del yate *Granma*, en la costa sur del oriente de Cuba, en diciembre de ese mismo año. Como hemos visto, esos sucesos están imbricados en la trama del conflicto político generado por el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 [golpe de Estado de Fulgencio Batista] y sus protagonistas no eran ajenos a la sociedad política construida en la isla luego de la Revolución de 1933 y, sobre todo, de la Constitución de 1940. La lucha pacífica o violenta contra el régimen batistiano fue disputada por dos generaciones de revolucionarios cubanos: la de los años treinta y la de los cincuenta. (59)

Esa disputa que en realidad tuvo más fuerzas implicadas y que fue verdaderamente feroz, es todavía hoy uno de los capítulos más ignorado y, sin dudas, el más costoso de la historia revolucionaria cubana. Las crisis del primer gobierno revolucionario y su pronta transformación en otro, fueron asuntos fugaces y conocidos muy superficialmente fuera de determinados círculos, mientras continuaba tomando forma el poder y gran parte de las políticas que prevalecerían. Aunque desprovistos de detalles, los conflictos en las altas esferas, sus efectos, repercutían pronto en los gremios obreros o, el que aquí nos interesa más, el de los artistas y escritores. No abundan los análisis de lo ocurrido en la cultura en relación con las eventualidades del gobierno, a causa, seguramente, del largo escamoteo de la información que hubiera permitido establecer esos vínculos. Por ejemplo, los encuentros en 1961 de gobierno y artistas han solido verse como un episodio constreñido al mundo de la cultura y el inicio, por ese flanco, de coacciones y servilismos que

después se harían masivos, pero, en realidad, las cuestiones más importantes que ocurrieron allí, el debate sobre la libertad de expresión en la creación artística y el anuncio de Fidel Castro (al final de las discusiones) de una entidad estatal de artistas y escritores, eran cuestiones fundamentales para el poder y no sólo en las áreas de la cultura, pues tenían que ver con el disenso y con la emergencia y consolidación en una unidad del nuevo estado. Es revelador que en esas reuniones Fidel Castro no haya mencionado el desembarco de las fuerzas contrarrevolucionarias con apoyo militar de los Estados Unidos que había tenido lugar apenas tres meses antes por Playa Girón y Bahía de Cochinos. Sencillamente, ya no era necesario y podía resultar excesiva. Sin embargo, esa evidencia, ese hecho patente y silencioso, cifra de los peligros presentes y futuros, estaba allí para impregnar e inhibir, silenciosamente también, cada argumento, para poner un límite al infinito de las libertades que se buscaban. Por eso, en parte, los razonamientos sobre la libertad de creación artística que, por supuesto, eran un modo de hablar sobre la libertad de expresión en general, se habían vuelto tan difíciles: lo que siempre *aparecía* en su otro extremo era la imagen de la Revolución bajo acoso. En sus Palabras a los intelectuales, sin dejar de hablar antes del sueño revolucionario y de los hombres que sin hacer las revoluciones podrían amarlas, Fidel Castro dijo:

La Revolución tiene que comprender esa realidad y, por lo tanto, debe actuar de manera que todo ese sector de artistas y de intelectuales que no sean genuinamente revolucionarios, encuentre dentro de la Revolución todo un campo donde trabajar y crear y que su espíritu creador, aun cuando no sean escritores o artistas revolucionarios, tenga oportunidad y libertad para expresarse, dentro de la Revolución. Esto significa que dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada. Contra la Revolución nada, porque la Revolución tiene también sus derechos y el primer derecho de la Revolución es el derecho a existir y frente al derecho de la Revolución de ser y de existir, nadie. Por cuanto la Revolución comprende los intereses del pueblo, por cuanto la Revolución significa los intereses de la Nación entera, nadie puede alegar con razón un derecho contra ella. (17)

Es la idea de la revolución siempre en peligro y siempre en supervivencia, idea que tampoco era precisamente nueva -la invasión por Girón y Bahía de Cochinos sólo le había dado sus ejemplos más eficaces- y que nunca desfallecerá. En realidad, los dos primeros años de gobierno que han transcurrido, bien podían resumirse como los de la Revolución de Fidel Castro, o como los de la Revolución de Fidel Castro frente a los Estados Unidos, pues desde entonces todo indicaba que no habría una cosa sin la otra. Para Fidel Castro los Estados Unidos muy pronto no fueron más que una rivalidad, un motivo de desafío, una posibilidad de desquite, un obstáculo o una amenaza. Allí parecían ir a dar, para esfumarse o para enmarañarse, todas las ilusiones de emancipación, reforma y progreso de la pequeña isla, los Estados Unidos potencia, imperio, dominio del hemisferio, el raptor de la independencia de Cuba medio siglo atrás.

Sin embargo, las apreciaciones de Fidel Castro sobre el “coloso del norte” no siempre habían sido tan perentorias. Pensamos, por ejemplo, en sus *negociaciones* de adolescente con Roosevelt¹⁷¹; su luna de miel en Nueva York; su estima de la Revolución americana, junto a la inglesa y la francesa; en los reductos de exiliados en aquellas tierras y los americanos liberales que simpatizaron y colaboraron con los revolucionarios en todas las etapas de la oposición a Batista; el lanzamiento de su lucha y liderazgo en la Sierra Maestra a través del New York Times, momento que, de hecho, no desaprovechó para hablar de su falta de encono hacia el país vecino aunque éste fuera la fuente de las armas

¹⁷¹ Es conocido que a la edad de catorce años (aunque dijo tener doce) Fidel Castro le escribió a Franklin D. Roosevelt. En esa misiva, ahora en el National Archives Fundación, el adolescente felicita a Roosevelt por su victoria presidencial, le pide 10 dólares (pues, dice, nunca ha visto un billete de diez dólares), y le ofrece al presidente mostrarle dónde están las minas de hierro de Mayarí, material que podría servirle en la construcción de sus barcos. Ver: Carta de Fidel Castro al Presidente Franklin D. Roosevelt; 11/6/1940; Records of the Foreign Service Posts of the Department of State, Record Group 84.

que el ejército batistiano estaba usando contra sus hombres y contra la población cubana.

En la entrevista con el corresponsal del New York Times, Herbert Matthews, leemos:

Puedo asegurar que no tenemos animosidad contra los Estados Unidos y el pueblo norteamericano -replicó a mis preguntas. Sobre todo –recalcó- estamos luchando por una Cuba democrática y por la conclusión de la dictadura. No somos antimilitaristas; por eso es que dejamos libres a los soldados prisioneros. No tenemos odio contra el Ejército porque sabemos que hay buenos hombres, incluyendo a muchos oficiales. (2)

O, también, su espectacular visita a los Estados Unidos en la primavera de 1959, donde, según Carlos Franqui, que era parte de la delegación, fue recibido como «un antiguo héroe romano», o como el rebelde mítico de las lomas en que se había convertido y lo había convertido Herbert Matthews, ese otro autor de la revolución cubana, al decir del historiador Hugh Thomas (630). En esa primera visita el Robin Hood de las lomas pasó tiempo entre la gente, con estudiantes universitarios y periodistas, y como lo hubiera hecho el niño de la carta a Roosevelt, rechazó la invitación a los museos de arte para irse al Yankee Stadium y al zoo¹⁷². En el estudio histórico de Thomas puede seguirse el curso de los sentimientos del rebelde hacia la gran potencia: distancia, flema, moderación, cortesía; una relación inmensamente más fluida, y más de político, estratega y diplomático que de fanático nacionalista, la caracterización que más le irá encajando después del triunfo de 1959. Pero la mejor muestra estaría, me parece, en el movimiento opositor y revolucionario que había terminado por liderar y donde, naturalmente, abundaban las posiciones e intereses respecto a los Estados Unidos.

La relación de los Estados Unidos con Cuba y con el resto de los países latinoamericanos es bien conocida, y si para alguien no tenía ninguna novedad era, precisamente, para muchos de los que, en un grupo u otro, en una fuerza u otra, habían

¹⁷² Ver Franqui *Retrato* 57-58.

participado o apoyado las luchas revolucionarias durante la República. ¿Qué quedaba, sin embargo, de esos participantes hacia inicios de los sesenta? ¿De qué consenso, como no fuera del conseguido a través de la plaza pública y las ovaciones, y el lenguaje enérgico de los desagravios y contra la injusticia y la desigualdad, había salido el giro de confrontación, las medidas radicales y la alianza con la URSS?

El empalidecimiento y la desaparición de fuerzas políticas implicadas en la lucha ante el predominio del Movimiento 26 de julio y, un poco más tarde, ante la hegemonía del Partido Comunista, tendrá múltiples consecuencias, pero lo primero que cabe decir aquí es que esa misma eliminación de fuerzas no podía hacerse sin una radicalización del proceso revolucionario. Comprender el surgimiento de opositores al proceso y su correspondiente eliminación como consecuencias de un programa revolucionario más radical, no es infrecuente, como tampoco ha sido infrecuente entender esa radicalización como algo inevitable, probablemente la única respuesta decorosa al fatalismo de Cuba, una isla dependiente del mercado internacional del azúcar y en las proximidades de los Estados Unidos. Pensamos, sin embargo, que la radicalización del proceso revolucionario también ayudó a hacer el camino más estrecho y obstaculizado; permitió que el gobierno tomara esas formas paradójicas de carismática intransigencia, de rebeldía fanática, y que se habituara a ella, y, asimismo, que se postergara indefinidamente (hasta romperla) la promesa de elecciones, que saliera de la escena toda forma tradicional de constituir un gobierno y que el barrido de rivales fuera más violento e impune.

Podrá objetarse que esa radicalización fue, más que una táctica, un testimonio del temperamento y del vehemente nacionalismo de Fidel Castro, y sin dudas siempre habrá zonas en las que comprender los motivos de una acción será muy difícil o imposible, sin

embargo, como Hugh Thomas observa, los programas del rebelde Fidel Castro -los fundamentos del Moncada, el manifiesto del 26 de Julio escrito en México por Mario Llerena pero que contenía o compartía muchas de las ideas de Fidel Castro, el Pacto de la Sierra Maestra¹⁷³-, eran de una moderación e, incluso, en ocasiones, de una vaguedad muy notorias comparados con lo que va a ocurrir en Cuba después de 1959, y a tal punto que en los primeros años de su régimen el propio Fidel Castro explicaba esa moderación como mero disimulo, una táctica a la que había estado obligado para no alterar la opinión pública ni espantar a simpatizantes y colaboradores en la lucha, palabras quizás falsas respecto al pasado pero nada inocentes en el presente en que estaban siendo dichas. La

¹⁷³A propósito del programa del Moncada -las medidas revolucionarias que Fidel Castro, dijo, proyectaba implantar si su asalto al Cuartel Moncada tenía éxito, y base de su alegato de defensa en el juicio que tuvo por esa acción- comenta Thomas: «De este programa no se podría decir que apoyara ninguna filosofía política en particular, aunque, evidentemente, fuera afín a las ideas de Chibás [Eduardo Chibás (1907-1951), había sido el líder del Partido Ortodoxo al que todavía pertenecía Fidel Castro cuando su asalto al Moncada en 1953]. Se concentraba en los aspectos de la sociedad cubana que conocía el propio Castro: el cultivo y la educación, la vivienda y las condiciones sociales. [...] No fue consultado ninguno de los distinguidos economistas que, como Cuervo o Pazos, tenían que ver con el movimiento ortodoxo [...] Verdaderamente resulta sorprendente la moderación con que Castro se aproxima al problema del azúcar. Participación de los trabajadores en los beneficios; fomento de la propiedad cubana (que ya estaba aumentando); participación del colono en la producción de caña garantizada en el 55% (que ya era algo normal); tendencia hacia una colonia que tuviera entre 150 y, por ejemplo, 1000 acres: todo esto no era muy radical y, por sí mismo, no habría satisfecho la exigencia de la independencia internacional de Cuba. No se mencionaba la nacionalización de la industria azucarera -medida que podía, indudablemente, haberse justificado dada su estructura y la medida en que la nación dependía de ella. [...]» Y sobre los asuntos económicos del Pacto de la Sierra, manifiesto suscrito en julio de 1957 por Raúl Chibás (al frente de los ortodoxos después de la muerte de su hermano), el importante economista Felipe Pazos y Fidel Castro, dice Thomas: «Castro redactó la parte económica del manifiesto basándose en las notas tomadas por un joven abogado, Baudilio Castellanos, en Santiago, en unas conferencias dadas por el propio Pazos y por su colega Regino Boti [el hijo del poeta] [...] Entre otras cosas se exigía la supresión del juego y de la corrupción; la reforma agraria, que llevase a la distribución de las tierras no cultivadas entre los trabajadores que no tenían tierras; el incremento de la industrialización, y la conversión de los granjeros arrendatarios y colonos en propietarios. Los propietarios existentes recibirían compensaciones. No se mencionaba la nacionalización de las empresas de servicios públicos, ni la colectivización de la tierra ni, por supuesto, de la industria. Era un documento menos radical que el escrito por Llerena en México, menos radical también que las propias declaraciones que el propio Castro había hecho en México, e indudablemente menos radical que las afirmaciones de *La Historia me absolverá*, y que las propias conferencias de Pazos, englobadas en unos apuntes que circulaban en México en 1956, elaborados por el propio Castro. Según Guevara, “Castro intentó hacer más explícitas algunas declaraciones sobre bla reforma agraria” pero no pudo romper el frente unido de los otros dos; pero los demás presentes discuten la veracidad de esta afirmación. » (1228, 1229).

moderación de sus programas no sería olvidada sino reelaborada, fabulada como silencios o simulaciones que las circunstancias del pasado habían impuesto.

La idea, muy afín a aquella medida, de volver de la guerra con un presidente provisional civil, el abogado Manuel Urrutia, que nombraría a la mayoría del gabinete mientras los rebeldes se apartaban o, mejor, permitían y protegían el restablecimiento de la sociedad democrática, sí tenía un indudable grado de simulación que en breve sería costoso para todos, menos para Fidel Castro, la persona que desde su mando en la Sierra Maestra había hecho el nombramiento de Urrutia y la persona que lo haría salir de la presidencia. Comunistas, terroristas, gánsteres, todas esas acusaciones tan comunes en la lucha política republicana y que, según sus afiliaciones, los opositores de Batista habían recibido, quedaban refrenadas ante la figura civil y jurídica del presidente provisional Urrutia. Un gobierno tranquilizador, así al menos para los primeros días del fin de la guerra. La fragilidad del momento no debió pasar desapercibida para nadie, y ya en su primera intervención, todavía en la ciudad de Santiago, Fidel Castro recordaba aquella otra victoria que los americanos le habían impedido a Cuba medio siglo atrás, y comparaba -gratuitamente, observa Hugh Thomas (1361)- los cuatro mil hombres de aquel momento con los cuatrocientos mil que, llegada la ocasión, estarían dispuestos a defender sus libertades. Gratuitamente, cierto, si se sopesan los hechos de aquel preciso instante, pero no cuando repasamos la oratoria de Fidel Castro, una mezcla sugestiva, conmovedora incluso, de esos dos elementos que desde hacía más de un siglo eran matrices del discurso rebelde y que ya hemos comentado antes: los orígenes desgarrados por la invasión, la conquista, la rapiña, y un presente de consumación nacional y de venidera plenitud.

Nunca más la nación ultrajada y la nación redimida volverán a desligarse ni a salir de la retórica de Fidel Castro, como tampoco quedarán fuera los elementos más contemporáneos que esas dos *naciones* llevan incrustadas: los Estados Unidos y el pueblo de Cuba; el coloso del norte y el país de milicianos que ya imaginaba aquel primer día de victoria y que, de hecho, llegaría a tener. Para Hugh Thomas, siempre empeñado en acometer los asuntos por la mayor cantidad de ángulos posibles (formación, familia, lecturas, las experiencias e influencias de otros guerrilleros como Ernesto Guevara o Raúl Castro), había algo patológico en el odio de Fidel Castro a los Estados Unidos, aunque, ya se ha visto, no siempre había sido así:

Las opiniones que, en el pasado, habían tenido muchos cubanos sobre los Estados Unidos eran vagas e inconexas, como las de Castro: en cierto modo, éste les hizo vivir con arreglo a dichas opiniones. En segundo lugar, Castro no tenía ningún plan. [...] Como la mayoría de los cubanos, Castro no parecía ser personalmente antinorteamericano; pero en el desafío a los Estados Unidos vio un modo de asentar la idea, por lo menos de libertad; tal vez el modo más fácil. Desafiar a los Estados Unidos y aguantar sus iras; vengar el insulto que el general Shafter había infligido al general Calixto García en 1898; vengar el insulto menos estudiado de Sumner Welles a Grau San Martín en 1933, ¿no era este el único camino por el que, por un antiguo instinto, podía encontrar la libertad un cubano honorable? (1361)

Fueran cuales fueran las razones de su desafío y de su hostilidad creciente e inmovible a los Estados Unidos, lo cierto es que ésta le dio muchos frutos en la lucha interna, y el primero y más importante de ellos fue el de desvirtuar esa lucha. La política creativa de moderación y alianzas ¿había terminado porque sólo había sido parte de un teatro y Fidel Castro ya podía sincerarse y emprender su revolución nacionalista radical y su fanática batalla contra el primer enemigo de Cuba, el imperialismo americano? Muchas cosas nos dicen que sin la radicalización del proceso, que también se fue convirtiendo en el lenguaje del desafío a la burguesía liberal cubana, y sin este enemigo en el afuera y de dimensiones incalculables -el enemigo de la isla toda, del pueblo todo,

de la nación toda-, la lucha por el poder y su arraigo hubiesen debido entrar en formas más tradicionales y, entonces, formas más arriesgadas e indeseadas para quien había conseguido llegar al día del triunfo como la figura más notoria entre los revolucionarios. Fidel Castro sabía perfectamente, a pesar del predominio de su figura, algo indudablemente vinculado a su elocuencia y a su trato con las masas, que había sido una victoria en colaboración, y que, por haber colaboradores, había habido -además de los grupos genuina y regularmente enfrascados en la lucha revolucionaria violenta o pacífica-, generales, oficiales y soldados del propio ejército de Batista, antiguos presidentes, países vecinos como Venezuela, México, Costa Rica y Puerto Rico, y hasta aquellos miembros de Partido Socialista Popular, aquellos críticos de la lucha armada que cuando llegaron a la Sierra, días antes del triunfo, encajaban mal en casi todas las tropas, excepto en las del miembro de las Juventudes comunistas Raúl Castro o en la de Ernesto Guevara¹⁷⁴.

No se puede imaginar ninguna posibilidad de triunfo si Fidel Castro, el del Moncada o el de la Sierra Maestra, hubiese dado señas de lo individual y radical que se volvería la Revolución, pero no sólo por táctica: ocurre que para 1959 esa radicalidad e individualidad están por ser descubiertas. La Revolución de 1959 produce radicalidad, pero la radicalidad también produce Revolución, es decir, produce gobierno y poder. Es en la ráfaga de las radicalizaciones que serían calcinados líderes, grupos, muchas de las

¹⁷⁴ Observa Hugh Thomas: «En realidad, a finales de 1958, el Partido Comunista se encontraba en una posición extraña. En la lucha contra Batista había tenido un papel menos destacado que los seglares católicos. Todavía en abril de 1958 había estado dispuesto a actuar directamente contra el Movimiento 26 de Julio en la huelga general. Después la dirección del Partido se había comprometido en una alianza con Castro, enviando a uno de sus miembros más destacados, Carlos Rafael Rodríguez, a la Sierra. Los dirigentes del Partido en Las Villas establecieron unas relaciones íntimas con Guevara y Cienfuegos cuando éstos llegaron en octubre. El mismo mes, los líderes obreros del Partido se habían aliado con la sección laboral del 26 de Julio. Desde luego, todos estos acontecimientos eran recientes y posiblemente se trataban de disposiciones tácticas que tal vez no continuarán después de la victoria: en realidad los acuerdos laborales no duraron. (1388,1389).

ideas y figuras del movimiento liberal y reformador de la República, y que se forjarían las nuevas alianzas en torno a la figura del revolucionario extremo.

En *Cuba en el tránsito al socialismo. 1959-1963 / Lenin y la cuestión colonial* (1978),

Carlos Rafael Rodríguez dice:

Entre enero de 1959 y octubre de 1960 la marcha objetiva del proceso revolucionario va acompañada de una fuerte lucha interna en el seno de la revolución: cada medida revolucionaria profundiza las discrepancias entre la izquierda y la derecha del movimiento revolucionario, dentro del gobierno y fuera de él. Los elementos conciliadores y “plattistas” (Agramonte, Miró Cardona, Urrutia) se desgajan del gobierno o son desalojados de él, en medio de una pugna por hacer avanzar la revolución que tiene a Fidel Castro como dirigente y al pueblo -obreros, campesinos, pequeña burguesía revolucionaria- como protagonista. (135)

Los “plattistas” que allí se apuntan son nada más y nada menos que el Ministro de Estado, el Primer Ministro y el Presidente del Primer Gobierno Revolucionario -según el orden de la cita-, puestos que se habían discutido en la Sierra con Fidel Castro o que, como el último, había propuesto él mismo. Con parsimonia pero, más que nada, con gran provecho, Carlos Rafael Rodríguez pasa por alto una de las causas de las pugnas de aquel momento: la posible influencia de los hombres de ideología comunista en el gobierno y la preponderancia que fuera tomando ese partido al cual él mismo pertenecía¹⁷⁵. En sus palabras, lo específico de ese conflicto parece transcendido por aquello que el marxismo llamara “la marcha objetiva del proceso revolucionario”, como si algo más poderoso y ajeno a las peleas estuviese en el tuétano de las cosas, más acá o más allá de los hombres,

¹⁷⁵ Las fechas de las que habla Carlos Rafael corresponden a lo que él ha llamado la transición de la revolución democrática y antiimperialista a la revolución socialista (124), pero en este mismo periodo también pueden encontrarse los procesos contra aquellos revolucionarios que se opusieron al posicionamiento en el gobierno de miembros del Partido Comunista. Tampoco se refiere Carlos Rafael a que la derrota de los liberales burgueses va paralela al posicionamiento de los hombres del Partido Comunista.

y que hace que la Revolución inevitablemente suceda y continúe sucediendo¹⁷⁶. Lógica según la cual los intereses que los comunistas pudiesen tener en el desenvolvimiento de los hechos y su papel en ello resultan absolutamente irrelevantes, pues la Revolución está sobre un camino inevitable. En las palabras de Carlos Rafael las pugnas toman la forma coagulada de una izquierda y una derecha revolucionarias en un enfrentamiento sin detalles, sin fechas y, excepto poquísimas excepciones, sin nombres. Apenas aparecen los 'revolucionarios' versus los 'revolucionarios conciliadores y plattistas', es decir, gente a favor de la injerencia americana en los asuntos nacionales, según la Enmienda Platt que se agrega en 1901 a la Constitución de la naciente República y que va a perdurar hasta 1934. De los conflictos internos, estamos de inmediato en el diferendo de Cuba y los Estados Unidos, y en la revolución agónica de Fidel Castro y el pueblo contra la gran potencia.

Las luchas de poder de aquellos primeros diez meses de gobierno provisional -que no fueron tanto, como dice Carlos Rafael Rodríguez, entre los revolucionarios de derecha y los de izquierda como entre los revolucionarios comunistas y los revolucionarios no comunistas (entiéndase, la burguesía liberal reformadora)-, están resumidas o silenciadas por una serie de ideas o temas que veremos repetirse inagotablemente en la historia producida después de 1959: inevitabilidad de la Revolución del pueblo, la amenaza de los Estados Unidos, el genio político y la justicia de Fidel Castro, la lucha de Cuba y de América Latina contra el imperialismo y el colonialismo. De lo que se trata entonces, es de un mundo de confrontaciones constantes y heterogéneas que nunca sale a la luz con la

¹⁷⁶ Recuérdese que en su *Guerra de guerrillas* Ernesto Guevara había propuesto lo siguiente: «No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución: el foco insurreccional puede crearlas» (6) Esto sólo plantea una diferencia respecto al estallido de una revolución que, entonces, se sobreentiende, se descubriría en las mejores condiciones de continuar y continuaría.

inmediatez y verdad de sus alcances reales, sus ambiciones, su crudeza, sino como un relato constreñido por las ideas de la unidad y la emergencia del estado revolucionario, y que en seguida comienzan a ser pugnas ventiladas solo en determinados círculos, silenciadas por inoportunas, indeseables o en nombre de la unión y la pujanza revolucionaria frente al enemigo, y que se reelaboran y entran de la manera más esquemática y ritual en los estudios históricos sobre la lucha nacional y continental, o como ejemplificaciones de las premisas marxistas en su realización local. Es, por ejemplo, el caso de las polémicas de los sesenta sobre la censura, la libertad formal, el realismo socialista, el burocratismo, celebradas por Kohan en su ensayo dedicado a la revista *Pensamiento crítico* por su transparencia y franqueza, y su carácter público, pero que, en realidad, una vez terminadas, quedarían silenciadas por unos veinte o treinta años, alojadas en libros y revistas inencontrables o que solo soltaban su secreto a los lectores más porfiados y pacientes, capaces de reconstruir una información que, de cualquier modo, sólo circularía en tanto se probara materia digerible para el sistema.

En su *Historia mínima de la Revolución cubana* (libro que en muchas ocasiones puede leerse como síntesis de los pormenorizados recuentos de Hugh Thomas), Rafael Rojas observa el trato de héroes, no de políticos, que Urrutia diera a Fidel Castro y a los otros comandantes al llegar a La Habana en la caravana de la victoria: «la democracia cubana se considera honrada con la presencia en el palacio presidencial del gran héroe en la lucha contra la tiranía» (Rojas, 99). Y aquí tenemos a Fidel Castro el rebelde, el revolucionario ineludible que recelaba de los políticos metidos en la lucha contra el batistato por *electoralistas*, aunque como todos los grupos y figuras relevantes durante la guerra, había prometido la reconstitución del sistema democrático con un pronto llamado

a elecciones¹⁷⁷. «Desde la entrada de Castro en La Habana, aquel ocho de enero, - agrega Rojas- se manifestó un choque entre dos maneras de hacer política, la institucional y la fidelista, que en muy poco tiempo acabaría predominando» (99). Sin embargo, si el gobierno no tenía injerencia sobre Fidel Castro, Fidel Castro sí la tenía sobre la institución gubernativa, y no habría entidad de importancia que no acabara pronto, directa o indirectamente, rindiéndole cuentas. Su intervención se hizo enorme en tanto él era o se esforzó en hacerse extraño a las figuras del político y del militar. Buscó seguir siendo el de la guerra de guerrillas, el de la fuerza del ingenio contra un ejército; el revolucionario que va a gobernar, y que ya está gobernando, pero que socava constantemente el mundo de la política, que lleva lo político a un plano de intimidad para en seguida suplantarlos con el raptó de su oratoria. Cultivó la figura del insurrecto e hizo de Cuba, según las coyunturas, una barricada, un fortín, una plaza sitiada, una inmolación. Argumentos de destinos dramáticos en los que todavía se intenta hacer vivir a los cubanos, y que no son sino los reflejos más alargados de aquellos días en que el rebelde descubrió que la espontaneidad, la insurrección ineludible, las acciones siempre extremas y la belicosidad eran, no sólo una manera de gobernar, sino una forma de hacerse con el gobierno. Y ésa es, pienso, la traición primera de la Revolución. No el haberse hecho socialista o comunista, sino el haberse invocado a sí misma, el haber convertido la asonada emancipatoria y redentora, en una cavilada forma de desalentar y neutralizar contendientes. De eliminar tanto a adversarios ideológicos como a rivales políticos. Fidel Castro, y también Cuba, quedó desde entonces atrapado en aquella rebeldía inagotable: la avenida de los actos más extremos de su justicia que eran también los de su autocracia.

¹⁷⁷ En el Pacto de la Sierra, por ejemplo.

VIII. La joya y el arma. A manera de conclusión

Comienza el milenio y se publica *Ensayo cubano del siglo XX*, un libro que, como ya hemos comentado, es la primera antología del género que la cultura revolucionaria asiente, y la primera en incluir autores residentes en la isla y del llamado exilio histórico. Un indicio mejor de lo que estaba ocurriendo con el género lo tendríamos, sin embargo, en un título pensado y armado fuera del país por el crítico de arte Iván de la Nuez, acabado de radicarse en Madrid para esa fecha. Nos referimos a *Cuba y el día después*, Reservoir Books, 2001, un libro muy ambicioso en su modestia, ya que se restringe a un pequeño grupo de autores, y propone trabajar con un tema y una época, todo ello bajo el presupuesto de que un nuevo ensayo está apareciendo en Cuba y de que los autores allí reunidos son parte de esa novedad. Nacidos por 1959 o más tarde, los autores de *Cuba y el día después* eran los primeros hijos legítimos del «engendro» revolucionario -como dice en el prólogo jovialmente Iván de la Nuez-, gente toda crecida y formada durante el régimen revolucionario y, en su mayoría, confinada a esa isla de fronteras infranqueables que Cuba había sido hasta los años noventa, cuando comienza un éxodo masivo que aún perdura¹⁷⁸. ¿Qué pasaría en Cuba? o, dicho de otro modo, ¿cómo sería la Cuba

¹⁷⁸ Las fechas de nacimiento de los incluidos en *Cuba y el día después* va de 1958 a 1972. Hacia finales de los ochenta, en unos encuentros entre artistas y funcionarios que tuvieron la intención de distender y revitalizar el mundo de la cultura, hubo muchas quejas sobre la imposibilidad de viajar y estudiar fuera del país (aparte de las carreras en los países socialistas). Como comentamos en las páginas “El tiempo de los desencantados”, estas peticiones se vieron muy bien acogidas a la caída del Muro de Berlín, las propias entidades del gobierno se encargaron de gestionar becas y documentos a los interesados que, por supuesto, eran posibles focos de oposición. Por otra parte, se ha dicho que las fronteras de la isla se hicieron más permeable desde el inicio de los años ochenta, con las primeras visitas a la isla de la comunidad exiliada y la ola de migración masiva que hubo entonces por el puerto de Mariel. Es muy cierto que el aislamiento de Cuba comenzó a cambiar desde aquel momento de trasiego en ambas direcciones, pero no hay que olvidar que se seguía saliendo hacia el exilio y se volvía sólo para un breve encuentro familiar. El encierro de Cuba comenzó a cambiar en los noventa, pero el control de quién entra y quién sale sigue siendo un mecanismo en perfecto estado y listo para funcionar cuando se desee. De hecho, uno de los castigos más practicados entre los años 2021 y 2022 ha sido el destierro de los disidentes, enviados en muchos casos a países de Europa.

postcomunista?, un enigma centelleante por los días de la Perestroika, por el tiempo de la desaparición de la URSS, por los años de enfermedad y muerte de Fidel Castro, y todavía hoy, era el tema para tratar por los autores convocados. Cabe preguntarse cuál habrá sido el reto mayor, si la decadencia de un régimen que todavía estaba en el poder y continuaba siendo tan rencoroso como despótico, si la historia misma de ese régimen, tan inhibidora y envolvente, o si la invitación a escribir un ensayo, y no debe sorprender demasiado que leyendo sus páginas nos encontremos una colaboración en versos, otra en forma de collage, y alguna otra donde se da cuenta de lo impenetrable y oscuro de semejante asunto. En el prólogo a la antología, que lleva por título “El hombre nuevo ante el futuro”, Iván de la Nuez ofrece un paisaje del ensayo en aquellos días de su renacer, palabras que traslucen algo el estado de ánimo y las ambiciones de los escritores jóvenes de aquel momento y de lo que había sido el pasado del género:

¿Cuáles serían, entonces, las líneas maestras del nuevo ensayo cubano? He aquí algunas: la victoria de una poética de la experiencia; el distanciamiento con lo que la academia norteamericana ha impuesto como *non-fiction*, lo cual usurpa la violencia imaginaria de todo buen ensayo; la necesidad de un compromiso con el dibujo del futuro; el ejercicio de la libertad, al enfrentar las consecuencias personales y políticas -en todos los bandos- de compartir proyectos como éste; la conciencia de una experiencia única con la cultura occidental; la incomodidad con el presente -lo mismo para los que viven en Cuba como para los que están fuera; la utilización de la primera persona del singular; la ironía; la irreverencia ante los padres fundadores; la puesta en solfa de la historia cubana como entidad invariable; el acto de la literatura como una continuidad de la amistad y el amor a los libros, al alcohol, a las veladas nocturnas y diurnas; y el hecho de ser la primera generación posterior a la Revolución -y eso no lo perdonan los estalinistas tropicales- que ha vivido una experiencia cosmopolita. Y no me refiero a los “viajes” de los funcionarios, sino a engendrar, vivir, trabajar, implicarse y crear en ciudades diversas: el hecho de compartir París y Milán, Nueva York y México, Moscú y Barcelona, Oporto y La Habana, algo que no ocurría desde la primera generación de la Revolución que reactivó la cultura cubana en los sesenta. (16)

Aunque hay allí algunas páginas que, bien por el manejo de los contenidos políticos o bien por el estilo, podrían haber estado en una antología menos prometedora de novedad, *Cuba y el día después* es, ciertamente, la mejor evidencia del renacimiento del género y, entonces, por el reverso, de su larga crisis. Como los rebrotes enérgicos, inesperados, de extraña resistencia y aparición, esos que siguen a la quema, el abuso, el abandono, o la sequía, allí estaban las páginas de Rafael Rojas, Ernesto Hernández Busto, Antonio José Ponte, Emilio Ichikawa, Emma Álvarez Tabío o las propias de Iván de la Nuez.

Respuestas que inmediatamente se cargaron de pasado, ahora que a aquellos habituales del presente perpetuo de la Revolución, y del porvenir comunista, se les había preguntado por el futuro. O mejor, respuestas llenas de ese marasmo insomne que Álvarez Tabío notaba en las ruinas de la ciudad de Acrotiri: «En la plaza de la ciudad abandonada el tiempo estaba en suspenso, “en el aire”. Allí concurrían el tiempo del recuerdo y el tiempo de la espera. Se profetizaba el pasado y se recordaba el porvenir» (85)

Hizo bien Iván de la Nuez al llamar a estos autores hijos de la Revolución y, a su vez, hijos de los libros, pues si algo los había salvado de las ideas manidas, de las formas impuestas, de las privaciones de toda clase y del encierro, de la monotonía y la soledad (soledad intelectual, pues muchas de las figuras tutelares existían, cuando existían, rodeadas de una extraña mezcla de admiración y prejuicios) eran sus lecturas. En uno de los ensayos más hermosos del conjunto, Ernesto Hernández Busto rememora su reciente vuelta de Rusia y unas primeras amistades de juventud fraguadas siempre por medio de los libros, una forma de relación que se hizo común entre los escritores jóvenes de los ochenta (quizás debía decir entre los poetas de los ochenta, pues la poesía era, casi exclusivamente, el género que se practicaba entonces): de los libros a la amistad, de la

amistad a los libros, como en un juego de indagaciones y reconocimientos, pliegues de las apetencias amorosas, literarias, y a veces también -no siempre en primera instancia ni siempre en última- fraternales. En nuestras páginas anteriores, “El tiempo de los desencantados”, referimos esa revitalización de la biblioteca cubana que tuvo lugar con la llegada a los predios literarios de la generación de los ochenta, con su curiosidad y sus ambiciones y esfuerzos, en los que no faltó la creación de una revista con un título -finalmente- nada épico ni referente a épica ninguna, *Naranja Dulce*, y que como ya hemos dicho quedó pronto fuera de circulación. En las páginas de Hernández Busto tenemos el recuerdo de un episodio en sí mismo memorable: un tren lo interna en un país que casi no conoce, acompaña a un amigo -mayor sólo por tres o cuatro años- en un viaje a la provincia de Matanzas, van hacia la casa de familia de éste:

La casona donde vivía el padre de mi amigo tenía las paredes manchadas de humedad, como un enorme test de Rorschach sobre muros amarillos. Era todavía una casa del XIX, con patio interior, largos corredores en penumbra y unos muebles lustrosos de caoba con rejilla. (101)

El tren de Casablanca traqueteando sobre las líneas de un viaje al pasado y, más trade, la conversación esquiva, al centro de aquella casa familiar carcomida por las ruinas pero que busca ser sobre otros estragos: los libros dispersos, las imposibles y malogradas bibliotecas de la literatura cubana:

Habíamos ido a buscar unos libros; condenado a ver su biblioteca dispersa entre los tres o cuatro lugares de los que se había mudado, mi amigo trataba de juntar los más queridos en un viejo mueble, un regalo de anticuario. P. me hablaba del desencuentro permanente entre él y los libros, parte de una maldición más antigua: pocos cubanos habían podido levantar una gran biblioteca; Lezama y Carpentier eran casos raros. «Ahí tenemos la pobre biblioteca de los Milanés, rica en Lope -me decía-; a Varela, a Saco, a Casal con su Cristo de Kempis, las maletas parisinas del conde Kostia, las novelas copiadas por Zacarías González del Valle, la errabunda colección de Martí, Heredia saliendo de Cuba sin sus libros, ¿saldría del Monte con la biblioteca suya reunida en casa de los Aldama?, los libros que leía y regalaba Virgilio Piñera...». Hasta ahora los historiadores cubanos habían llorado

los bosques quemados (curiosamente creo que es con relación a esto que la palabra «Cuba» aparece en la obra de Marx). ¿Cuándo lloraríamos las bibliotecas que no habían podido centrarse, las que ardieron?

La letra P se refiere a Antonio José Ponte, como sabía Hernández Busto que sabría pronto todo lector de su ensayo al tanto de la vida literaria de entonces y, la verdad, no sé qué admire más, si aquella voluntad tan temprana y solitaria de aferramiento a una tradición, tan consciente de sus desgarrones, de sus penurias, de sus imposibles, o la apuesta por lo transitorio, lo accidental, que el otro viajero, el estudiante en una Rusia inquieta de la que lo habían obligado a volver, proponía:

Esos incendios simbólicos desmentían la posibilidad de un futuro que fuese también una “constitución” de la memoria. El lamento no era nuevo, tampoco la lista de razones regeneradoras. Tal vez -le respondí- sea mejor pensar en las maletas, hablar de un grupo de libros reunidos poco a poco en algún mueble antiguo, leídos con el fervor de quien aprecia más los pecios que los bienes. (111-112)

Hay tanto de pasado y tanto de futuro todavía incógnito para ellos..., pero hablan a través de esos desconocidos; intuyen, adivinan, en algún momento será la propia conversación lo que los posea; el gusto de conversar y de admirar al amigo, de hacer alguna revelación, que es revelarse a sí mismo, de mostrar sabiduría en el momento de atisbarla. Pero lo que más importa aquí es esa paradoja de ser hijos de la Revolución e hijos de los libros. ¿Es que no estábamos en una tierra de censura? El régimen de 1959, ¿no era esa forja insaciable que se había tragado todos los periódicos y revistas del pasado (*Diario de la Marina, Bohemia, Prensa Libre, Hoy*) y no pocas de sus propias publicaciones (*Revolución, Lunes de Revolución, Pensamiento crítico*)? ¿No era Cuba donde un poeta le había hablado de miedo a Fidel Castro, y donde, diez años más tarde, otro poeta -Heberto Padilla-, había sido encarcelado y forzado a una autoacusación pública de actividad contrarrevolucionaria que incluía a su esposa y a algunos de sus

colegas y amigos? ¿No había habido campos de trabajo forzado para reformar a descarriados y descontentos, provenientes muchos de ellos del sector de las artes? Y en una exposición al pueblo del Ministerio del Interior apadrinada por la Stasi, ¿no habían tenido bajo las vitrinas, las obras y manuscritos del escritor José Lezama Lima, acusado de diversionista ideológico?

Ocurre, sin embargo, que para mediados de los años ochenta la censura, lejos de haber desaparecido, había aprendido a encargarse de sí misma, de manera que todos estos hechos, y muchos otros, eran ignorados o mal conocidos o, peor, formaban parte de una historia de luchas internas que había sido paulatinamente desdibujada, sacada de la historia nacional y convertida en otro tipo de guerra, la guerra de Cuba contra el imperialismo norteamericano y contra el colonialismo. De esa manera, los masivos proyectos editoriales de la cultura revolucionaria, su sistema de bibliotecas, sus ferias del libro, sus talleres literarios y sus campañas de publicación para autores tanto consagrados como noveles, no son hechos que sencillamente vengán a refutar el cargo de censor que siempre ha pesado sobre el sistema, sólo indican que hay que reexaminar sus mecanismos. La fiscalización y prohibición de los textos parece haber sido una práctica muy extendida -a veces una simple aunque destructora mezcla de paranoia y chapucería- hacia finales de los sesenta y en los años setenta, pero en otros periodos resulta más restringida, más coyuntural y puntual, y, algo muy importante, terminará por convivir y, en cierta medida, ser desplazada por otras formas de desaprobación, impuesta a través de los años de prevención ante ciertos autores, ciertos temas, ciertos estilos. Más que censura es su soplo, no prohíbe en primer lugar, se vale de los prejuicios y, en ese sentido, es más dañina que la prohibición de unas obras, pues no se subsana al

reintegrarse éstos a una librería o biblioteca, sino que permanece allí, sujeto por sus viejas y nuevas raíces. De esa prevención tendremos oportunidad de hablar en estas páginas, pues es precisamente cuando una cultura comienza a ensanchar sus horizontes o a recuperar lo perdido, que esos recelos y desprecios se distinguen mejor.

A menudo los ochenta son recordados como la década más tranquila y, económicamente, la más próspera y estable de la Revolución (así, por ejemplo, en el ensayo de Álvarez Tabío que recién mencionamos). En realidad es una década que comienza con el éxodo de unas 200 mil personas por el puerto del Mariel y que termina con la caída del Muro de Berlín. Su oasis breve y superficial también se ha descrito como un tiempo propicio a los proyectos reformativos, la vanguardia artística, y cierta democratización de la vida ciudadana. Sin embargo, ¿qué se sabía entonces o podía retomarse de lo que había sido la tradición demócrata de la República? ¿En qué sentido iba ese reformismo? En uno de los ensayos de *Cuba y el día después*, “Libertad y filosofía. Aplicando para ciudadano”, Emilio Ichikawa comenta sobre la cátedra de estudios filosóficos a que él había pertenecido en Cuba entre finales de los ochenta e inicios de los noventa:

La idea política más interesante que yo recuerde que se haya concebido en aquel contexto fue la de un socialismo democrático, en confrontación reformista con las tesis oficiales. No existe ni existió un pensador original del comunismo en la universidad. A lo que más se ha llegado es un keynesianismo de izquierda, en teoría, y a ciertas interpretaciones marxistas bastante dignas en el campo de la historiografía. De ahí que el democratismo fuese, además de incómodo, autogénico. (133)

La sociedad cubana tenía otros comienzos, otra generación había llegado a los predios intelectuales y culturales, las ideas de democracia volvían o renacían con ellos... Pero, en verdad, ¿había otro comienzo? No será tanto en los ochenta sino más tarde, en el primer

lustro de los noventa, con la desaparición de la URSS, la crisis profundísima que atraviesa Cuba, y con la emigración en masa de su población más joven, que el tiempo de agujas girando perpetuamente en torno a 1959 se haga pedazos.

Durante la década de los ochenta, incluso en su recta final, el reformismo democratizador está atrapado en los límites de la crítica constructiva, de las ideas de mejoramiento. Son los años de la Perestroika en la URSS y, en Cuba, los del “Proceso de rectificación de errores y tendencias negativa”, supuestamente estimulado por las figuras más altas del gobierno y el Pleno de su Comité Central¹⁷⁹. En realidad, los jóvenes escritores reformistas de los ochenta -ya lo hemos comentado en las páginas sobre la euforia científico teórica- estaban dentro de una batalla perdida hacía mucho tiempo y que apenas podía reconstruirse, no sólo por los escamoteos de la información, por la carencia de material histórico sobre los avatares de la Revolución misma, sino también porque, como hemos dicho, la lucha había sido tergiversada, sus actores llevados a otro plano, y el combate desplazado a otro terreno. Por eso gran parte del reformismo se pensará dentro de los márgenes del marxismo, y con frecuencia aparecerá acompañado de una crítica a los Estados Unidos o a lo burgués, esas dos obsesiones del discurso revolucionario. De esta manera, incluso en el prólogo a un libro tan adelantado y atrevido

¹⁷⁹ En algunos estudios afines al gobierno de la Revolución, este proceso aparece como espontáneo, es decir, no vinculado y, de hecho, adelantado a las reformas en la URSS de Mijaíl Gorbachov, la Perestroika (1985-1991). De este modo la rectificación aparece como una esencia, algo puntual, en vínculo con un determinado contexto y, a la vez, propio de toda la historia socialista. Dice Edgar Romero, de la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, Cuba: «El proceso que se denominó en Cuba, «rectificación de errores y tendencias negativas», abarcó *stricto sensu* desde 1984 hasta 1991, pero en un sentido más amplio abarca todo el proceso de construcción socialista, pues la misma se entiende, al menos para las condiciones de Cuba, como algo inédito; sin un guión preestablecido y sin un modelo específico a seguir. Nuestros líderes más preclaros ya lo habían advertido al principio de la Revolución y lo siguieron haciendo hasta el final de sus vidas. » en “La Rectificación de errores en Cuba: Causas e impronta a los 60 años de la Revolución Cubana” (179)

como *Cuba y el día después*, tenemos estas reveladoras palabras de Iván de la Nuez sobre los autores convocados:

[...] casi todos viven en los laterales (o sencillamente fuera) del mundo académico, sea porque han sido censurados en ese medio, o porque lo han abandonado, o porque, sencillamente, se consideran escritores ante todo. No son «cubanólogos», y se alejan de los modos de construcción de lo cubano de la cultura oficial de la Isla -marcada cada vez más por una lectura cerrada y esencialista en la línea del grupo Orígenes-, pero se distancian igualmente del paradigma cubanoamericano, que suele colocar la tradición en Cuba y la modernidad en los Estados Unidos. Aquí, como resultado de una modernidad anómala, todo concurre simultáneamente. (17)

Si se recuerda, de la Nuez había adjudicado la carencia imaginativa del ensayo a una concepción norteamericana del género como un trabajo de *non-fiction*, comentario que pasa enteramente por alto -acaso por parecerle una obviedad- la función casi testimonial y de servicio que se le había asignado en Cuba. También muy imprecisa es ahora esta opinión de un «paradigma cubanoamericano» y de su limitado o trillado entendimiento de lo moderno y lo tradicional. En realidad, y naturalmente, el enorme y enjundioso trabajo de los académicos cubanoamericanos era bastante desconocido o conocido de modo muy desigual para cuando de la Nuez escribe su prólogo, como hemos dicho algunos de esos autores comenzaba a conocerse o a volver a circular en Cuba en aquellos mismos días, con la antología de Rafael Rojas y Rafael Hernández. La cubanólogos asentados en la academia norteamericana no sólo no hacían esa distinción entre lo moderno y lo tradicional, sino que además estaban empleando todo el arsenal de los saberes en boga para la revisión, el rescate y la visibilidad de una cultura impactada por los sucesos políticos de los últimos cincuenta años. Sólo hay que recordar el hermoso ensayo *La isla que se repite* (1989), de Antonio Benítez Rojo, ese voluntad, entre muchísimas otras cosas, de reintegrar la isla de Cuba al conjunto histórico-cultural del Caribe:

La plantación de proyectiles atómicos sembrada en Cuba era una máquina rusa, una máquina esteparia, históricamente terrestre. Se trataba de una máquina que portaba la cultura del caballo y el yogurt, del cosaco y del mujik, del abedul y el centeno, de las antiguas caravanas y del ferrocarril siberiano, una cultura donde la tierra es todo y el mar es un recuerdo olvidado. Pero la cultura del Caribe, al menos el aspecto de ella que más la diferencia, no es terrestre sino acuática; una cultura sinuosa donde el tiempo se despliega irregularmente y se resiste a ser capturado por el ciclo del reloj o del calendario [...] (xiv)

O sus reconstrucciones del trabajo intelectual de una figura como José Antonio Saco [1797-1879], autor de la voluminosa *Historia de la esclavitud*¹⁸⁰, y a quien parece deberse la publicación en 1875, casi cuatro siglos después de haber comenzado a escribirse, la impresión y difusión de *Historia de las Indias* de Bartolomé de Las Casas. El análisis que hace allí Benítez Rojo, aunque tenga propósitos mayores, nada desatiende de las lecturas elementales que la cultura revolucionaria había hecho de ambas figuras: Saco, el gran historiador aquejado siempre de recios temores ante la africanización de Cuba¹⁸¹; y Las Casas el encomendero del que sólo se iba a saber que había sido el salvador de los indios y una simiente revolucionaria de América (así, por ejemplo, en el *Calibán de Retamar* (17)). Benítez Rojo, de reciente exilio entonces, se empeñaba en mostrar la complejidad de estas biografías y, a través de ello, las tergiversaciones, las

¹⁸⁰ El trabajo de Saco sobre la esclavitud fue muy amplio y en algún momento coincidió con sus esfuerzos de publicación de la obra de Las Casas. Aquel trabajo incluyó *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, que se publicó en tres tomos, en París, entre 1875 y 1877 y una *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en espacial de los países americano-hispanos*, de la que publicó un tomo en 1879, en Barcelona. Benítez Rojo, (70) y Notas (325)

¹⁸¹ En la antología *Pensamiento y política cultural cubanos* de 1986 y dirigida a los estudiantes universitarios, se publican unas páginas de Saco con esta clarificación muy simplificadora de su pensamiento y de la situación de Cuba en el momento en que el historiador escribía: «Al seleccionar obras como las de José Antonio Saco, lo hemos hecho con el fin de subrayar los enormes temores que este pensador tuvo ya en el siglo XIX acerca del peligro que constituían los Estados Unidos para Cuba. En la desesperación que esta amenaza le producía, proponía fórmulas que por supuesto hoy no compartimos, pero que indican sus desesperados esfuerzos por hallar soluciones. » (5) El ejemplar patriotismo de Saco, que terminó en el destierro, o sus críticas a la filosofía hegeliana, continuadas de algún modo por el Lezama Lima de *La expresión americana* y seguramente motivadas por la visión de Hegel sobre América, habrían dado páginas mejores y más adecuadas a aquel panorama, pero, ¿quién quería o podía hablar en aquellos días de destierros o de un Lezama Lima seguidor de Saco y crítico de Hegel?

simplificaciones, los usos políticos¹⁸². Sus estudios sobre la búsqueda de los orígenes en *Excursión a Vueltabajo* de Cirilo Villaverde, o de la formación de una conciencia nacional (que le pareció se había manifestado primero entre los hombres de economía, y no en los círculos literarios) en su excelente ensayo “Azúcar/poder/literatura”, también eran poco conocidos en la Cuba de inicios del milenio.

Y lo mismo decimos de los trabajos en torno al lenguaje de Mario Santí, un interés en la línea de Severo Sarduy (sus estudios del Barroco y su escritura barroca) pero también en la de Octavio Paz, que se remonta a los años setenta, con la primera versión de su fundamental texto “Parridiso” (1977), sobre las *incorrecciones* en la escritura de José Lezama Lima, y que Santí retomó, como protesta y como reflexión, en aquellos precisos noventa en que el sistema cultural de la isla, en coordinación con entidades foráneas, estaba produciendo la edición crítica de *Paradiso*, y de lo que saldría un libro expurgado de todas sus posibles erratas y con todos sus errores palmarios explicados y normalizados. Hoy, pienso, no habría cómo intentar un estudio a fondo de la evolución del lenguaje literario en la isla sin tener en cuenta los trabajos de Santí, amplio territorio que incluye la precaria escritura del esclavo Juan Francisco Manzano (1797-1854) y la recepción y manipulación de ésta en los círculos de la tertulia de Domingo del Monte (1804- 1853), el *error* en Lezama y el «efecto barroco» del que hablaba Sarduy, o la inestable imbricación de ensayo poético y material científico en un texto como

¹⁸² «El hecho de que Las Casas hubiera sido a la vez encomendero y esclavista, confería a su *Historia* una carga de culpa y una capacidad de rectificación de las que carecían otros textos de los que solemos estudiar hoy bajo el rubro de Crónicas de América u otros similares. También, y en esto sí admite comparación con otras crónicas [...] el texto de Las Casas podía tomarse como la base histórica de un argumento nacionalista dirigido a cuestionar la legitimidad del régimen colonial español en América, al cual Cuba aún estaba sometida. De ahí que Saco, que alcanzara su paradójica conciencia de cubano, a partir del deseo, el racismo, la culpa, la responsabilidad histórica y el temor a la total africanización de la isla y, a la vez, fuera uno de los constructores del pensamiento nacionalista de su país, se reconociera mejor en las ideas de Las Casas que en las de cualquier otro cronista o historiador de Indias. » (70, 71)

Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar de Fernando Ortiz; y todos de conjunto en eso que Santí llama, a través de otro estudioso, Antonio Vera León, el «estilo bárbaro», un desaliño, unas incorrecciones, y unas proliferaciones y desequilibrios que deben leerse como parte de una identidad nacional¹⁸³, y que, nos parece, era y sigue siendo un tema pendiente y muy prometedor, en particular si no ignora el lapso y los efectos de la cultura revolucionaria.

Finalmente, también podría señalarse la obra de Roberto González Echevarría, su estudio foucaulteano de 1990 sobre las relaciones entre la práctica archivera peninsular y los mitos, por ejemplo, se valió de obras fundamentales de la literatura cubana pero, nuevamente, puedo asegurar que no eran páginas en discusión en la Cuba de los noventa o la eran de un modo demasiado restringido todavía¹⁸⁴. Los años noventa de la isla están dominados por una fuerza centrífuga, es un ambiente de individuos en fuga, de centros que se vacían. Llegan más libros y noticias que nunca, ya que los visitantes de las academias europeas o norteamericanas fueron entonces muy abundantes, pero así mismo, nada permanecía y, de hecho, todo estaba bajo escrutinio o en franco descrédito. La riqueza que esos estudios sobre los orígenes, el lenguaje, y los mitos podía haber dado a la intelectualidad cubana era grande, pero cuesta hacerse de ninguna riqueza cuando el mundo más próximo sólo despierta inseguridad o muestra escamoteos, ruinas, falsedades y decadencia. Tendrían que pasar unos años para que esos jóvenes escritores, una

¹⁸³ Ver al respecto su magnífica introducción a la edición Cátedra de 2002 de *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*.

¹⁸⁴ En *Mito y archivo*. Una teoría de la narrativa latinoamericana, González Echevarría dice: «El que haya un recinto especial para manuscritos y libros en *Cien años de soledad* no debería sorprender a los lectores de la novelística moderna latinoamericana. Hay sitios análogos en *Yo el supremo*, *El arpa y la sombra*, *Crónica de una muerte anunciada* y *Oppiano Licario*, por mencionar unas cuantas de las novelas en las que estas figuras desempeñan un papel predominante. Asimismo, podría decirse que este recinto está prefigurado en la caja donde el narrador-protagonista de *Los pasos perdidos* guarda el manuscrito de su treno. (56)

generación casi toda en la diáspora, se reencontraran con la intelectualidad exiliada, y comenzaran a sacar provecho de lo fraternal y lo común que había en sus intereses y destinos¹⁸⁵.

Entonces, los jóvenes escritores de los noventa, eran más contestarios, estaban expuestos a más información, y al parecer, eran más propicios a la diversidad, pero también es cierto que muchos de sus lastres ideológicos y de los moldes a que fueron sometidos permanecían. De esos lastres está hecha, pienso, la relación conflictiva -de gran aprecio y de gran rechazo- que comienzan a mostrar entonces hacia la obra de Orígenes. Ese trato, no siempre espontáneo o provechoso, ni tan lúcido o de avanzada como se ha pensado¹⁸⁶, se manifiesta, como indica correctamente de la Nuez, durante la crisis ideológica, cuando los funcionarios se plantean el rescate de una tradición hasta entonces descuidada y despreciada, y para la cual el nacionalismo esencialista del grupo era de provecho. Ya hemos comentado que unos años atrás -exactamente desde inicios de los ochenta- el sistema cultural, muy presionado desde el exterior, y muy escuálido y

¹⁸⁵ Valdría comentar que una antología producida en La Habana en respuesta a *Cuba y el día después* no se hizo esperar, la selección y el prólogo fue de Enrique Ubieta, la produjo el Centro de Estudios Martianos en 2002, y se titula *Vivir y pensar en Cuba*. 16 ensayistas cubanos nacidos con la Revolución reflexionan sobre el destino de su país.

Al margen de su anuncio, el libro abre con un trabajo de Fernando Rojas, funcionario de larga carrera que ocupa hoy el puesto de viceministro de Cultura. Su texto puede leerse como una elaborada serie de justificaciones a los descalabros del sistema y una llamada a la resistencia. Mientras en el prólogo comenta Ubieta: «En los años finales del pasado siglo fue tal la fuerza alcanzada por la contrarrevolución, que quienes se opusieron a la traición fueron declarados idiotas. “Reinserción cubana en la modernidad”: FMI, BM, IBM, Nike, Coca Cola, NBA, etc. -acota Omar Pérez en su respuesta a una antología que manipula un texto suyo, y agrega: “¿‘Patriotismo suave’? Ningún ‘ismo’ es verdaderamente suave. Por otra parte, ninguna forma de amor ocurre como los cursos por correspondencia o las compras a crédito”. » (8). También valdría comentar ahora que Omar Pérez, el excelente poeta que a finales de los ochenta integró el Proyecto Paideia, y lideró el más radical de Tercera Opción, y que fuera enviado a un correccional por estas acciones de abierta disidencia (ya hemos comentado antes estos hechos), cambió su postura cuando descubrió ser un hijo ilegítimo de Ernesto Guevara de la Serna. Su poesía también ha desmerecido mucho en los últimos tiempos.

¹⁸⁶ En ese ánimo de desapego crítico escribió Duanel Díaz su largo estudio *Los límites del origenismo*, un libro lleno de información pero, en nuestro criterio, carente de sutileza en la lectura de los hechos, y carente también de sensibilidad literaria.

necesitado de grandes figuras, había comenzado a hacer las paces con el origenismo y reintegrado algunas de sus producciones a la cultura revolucionaria (de ahí la edición crítica de *Paradiso*, coordinada por Cintio Vitier). El regreso a la tradición que emprendió el sistema cultural en los noventa, pronto significó hacerse no sólo de unas nociones y unas figuras fundacionales, sino también, de ciertas obras y autores del periodo republicano, y de una Habana vintage para turistas, con autos americanos, tabacos, guayaberas, hoteles y bares legendarios. Este oportunista (y en ocasiones repulsivo) amasijo despertó críticas y, entre la intelectualidad, hizo renacer un rechazo a los valores burgueses y nacionalistas muy sonoro en ocasiones pero en el que volvieron a faltar los buenos tajos y discernimientos. A estas cuestiones volveremos pronto.

Los excelentes poetas y ensayistas del grupo Orígenes, que llegan como figuras maduras a 1959, permanecerán como el vínculo más vivo (a pesar y gracias al atolladero que los nuevos tiempos serán para ellos) con lo que había sido la cultura de la República. Si como Rafael Rojas dice en su estudio de 2006, *Tumbas sin sosiego*, al menos cuatro plataformas simbólicas se disputaron la hegemonía intelectual en la cultura que antecede a la Revolución - la republicana (con Fernando Ortiz a la cabeza); la marxista (con José Antonio Portuondo y Juan Marinello al frente), la católica (con Cintio Vitier y Lezama Lima); y la vanguardista (con Virgilio Piñera) (18); en realidad había una producción de ensayo, si no óptima, sí vívida y diversa que fue arrastrada por la ingratitud y, más que ello, por los intereses ideológicos y las tácticas políticas, al desconocimiento y el olvido. Si la plataforma católica persiste, pues Orígenes es una generación puente; si los vanguardistas, en tanto contendientes de Orígenes y generación puente también, tampoco desaparece nunca del todo; y si los marxistas perseveran y salen de aquella encrucijada

radicalizados y con vínculos muy sensibles con el gobierno, la plataforma republicana que no vemos directamente relacionada a escuela o movimiento ninguno, como no sean los implicados en la comunidad y el desarrollo cívico de la nación, y en la que también se reconocerían, de un modo u otro, los grupos antes mencionados, es lo que verdaderamente se esfuma. El vacío que se abre es enorme, y en ese vacío cae el ensayo, y cae con la sobrecarga muy particular de haber sido pensamiento y escritura sobre una sociedad que apenas tenía sesenta años de conformada cuando se le pide convertirse en otra.

El ensayo desaparece como desaparece la sociedad republicana, un género que además de unas figuras descollantes (Varona, Ortiz, Mañach, Lezama, Vitier), había sido abundante en figuras medianas (Jesús Castellanos, (1879-1912), Luis Rodríguez Embill (1879-1954), Fernando Llés (1883-1949), José Antonio Ramos (1885-1946), Alonso Hernández Catá (1885-1940), Emilio Gaspar Rodríguez (1889-1939), José María Chacón y Calvo (1892-1969), Francisco J. Castellanos (1892-1920), Alberto Lamar Schweyer (1902-1942)); una situación que no hubiera redundado más que en provecho, como lo muestran las décadas de los cuarenta y cincuenta, con la obra, entre otros, de los origenistas. Los dos últimos autores, Francisco Castellanos y Lamar, están entre los más talentosos de este grupo, pero la temprana muerte del primero y el giro hacia las ideas de derecha del segundo, hicieron más recio su olvido. A Lamar se debe el primer libro dedicado a Nietzsche en Latinoamérica; su prosa es admirable y hoy -en gran medida por razones políticas- está siendo redescubierto por los lectores cubanos. De Francisco Castellanos cabe mencionar, además de su escritura compleja e imaginativa, que fue un discípulo de Henríquez Ureña en la estancia de éste en Cuba y que conservó, también a

través de Ureña, una relación cercana con círculos intelectuales mexicanos y con autores como Reyes y Julio Torri (1889-1970) (Lizaso: 219).

Al llegar la Revolución se rompe la continuidad que venía teniendo el trabajo de recopilación del ensayo, y que produjo periódicamente antologías y estudios relacionados con el género. Aunque ya hemos usado o referido estos títulos en páginas anteriores, recordamos que en 1928 había aparecido *La prosa en Cuba*, un Índice de obras de 1608 a 1927 en dieciocho volúmenes, trabajo de José Miguel Carbonell y Rivero con una sección dedicada al ensayo, artículos de costumbre y periodísticos. En 1938 se publica la antología *Ensayistas contemporáneos, 1900-1920*, de Félix Lizaso, a nuestro juicio muy importante en esos primeros tiempos republicanos; también en 1938 tenemos un estudio muy útil para conocer y calibrar la vida literaria y el pensamiento cubanos en la colonia y los primeros cuarenta años de República, *Las ideas en Cuba*, de Medardo Vitier, y en 1945 aparece *Del ensayo americano*. La última antología del periodo y que en su tardanza y saltos parece anunciar el descampado que le espera al género, es *Los mejores ensayistas cubanos*, de Salvador Bueno, con fecha de impresión en 1959. Este conjunto se detiene con un ensayo de 1938 de José Antonio Portuondo y por lo tanto deja fuera los cuarenta y los cincuenta, décadas de gran riqueza como lo muestran la aparición del grupo Orígenes y sus múltiples revistas, o la revista *Ciclón*, y la obra de los escritores de esos años.

Había un interés en difundir y en escribir ensayo, un género muy adecuado a una república naciente. El arielismo de Rodó fue una influencia grande en esas primeras generaciones, marcadas por el la intervención de los Estados Unidos en la Guerra de Independencia y, en seguida, en la República, con la Enmienda Platt, y frente a un país

con problemas sociales, productivos y educativos de toda clase, que entraba en el siglo XX después de cinco siglos de coloniaje y como uno de los procesos antiesclavistas y de emancipación nacional de más tardía realización en Latinoamérica. No hay que leer mucho de ese periodo para encontrar el tema recurrente de la decepcionante República, plagada por la injerencia extranjera, el juego político, la corrupción, la falta de estructura en grandes grupos sociales y las carencias educativas, de salud y de vivienda. Como se sabe, la economía cubana prosperó pronto tras el fin de la guerra contra España, y muy especialmente con la coyuntura de la Guerra Mundial y el papel de la isla en la producción y comercio del azúcar, en la que llegó a ser el primer proveedor a nivel internacional de este producto. Sin embargo, ese periodo conocido como el de las “Vacas gordas” o la “Danza de los millones” (1919-1920) también vendría acompañado de grandes inversiones americanas en suelo cubano, algo que continuó al finalizar la guerra y dio a la economía de la isla ese carácter complejo de prosperidad estancada; una nación con gran acceso a la riqueza pero sujeta al monocultivo de la caña, una industria siempre afectada por sus largos periodos de tiempo muerto (es decir, tiempo de desamparo para los cañeros), los vaivenes del mercado internacional y las posesiones e intereses foráneos.

El malestar de la intelectualidad republicana nunca desapareció, y vamos por sus páginas entre lamentos, tonos abúlicos, escepticismo, nihilismo, quejas sobre su soledad, su cultivo del arte en ambientes frívolos o incultos, la falta de acervo, o, por el contrario, entre llamados al reconocimiento de lo hecho, y al estímulo del trabajo cívico con las instituciones. Bajo este signo entusiasta realiza Lizaso su programa radial dedicado a los ensayistas de las dos primeras décadas de la República, y al que siguió su antología, donde la dilatadas notas biográficas -como en acuerdo con el rasgo de individualidad del

género- siempre principian. Mientras los tonos pesimistas los seguiremos encontrando en las postrimerías de la República, como la muy aguzada que tenemos en las palabras finales que Cintio Vitier le escribe a su estudio de 1957 *Lo cubano en la poesía*. Pero también, sin embargo, había muchos trabajos en la nota edificante. Así, por ejemplo, muchas páginas de Varona, siempre interesado en la cuestión demográfica y las ciencias sociales; de Jesús Castellanos; los reconocidos textos de Jorge Mañach sobre los motivos del carácter choteador del cubano, los propios estudios de Medardo Vitier, y mucha literatura de Fernando Ortiz. Vamos a usar unas conocidas páginas de este autor para regresar al periodo revolucionario.

En su hermoso ensayo “Por la integración cubana de blancos y negros” (1942) publicado en la antología de Bueno, un Fernando Ortiz maduro recuerda cuando el Ortiz veinteañero merodeaba por la «selva negra» de la raza negra de Cuba, una mezcla de secretos y ritos, de relatos, fábulas macabras, de cantos y bailes maravillosos, de ensalmos, oráculos y filosofía folclórica; el joven escritor todavía esmerado en la copia fidedigna de lo que ve, en comparaciones atrevidas, sutiles; los márgenes de los tratados sesudos y eminentes, a veces, dice, «de tanta sabiduría en la estructura como barbarie en el pensamiento» (39), carcomidos de apuntes. Es el Ortiz de *Los negros brujos* (1906), un libro que, recuerda, para muchos blancos no pasó de ser un puñado de páginas exóticas, un pintoresquismo algo chusco, y entre los negros, el entrometimiento de alguien que seguramente buscaba hacerles daño (40). De aquel primer libro escribió:

Fue suerte que ya en la primera investigación de la brujería en Cuba y sus misterios pudiéramos asegurar que aquí no había vuelos de la aeronáutica diabólica y que la llamada brujería en Cuba era sobre todo un complejo conjunto de religiones y magias africanas mezcladas entre sí y con los ritos, leyendas hagiográficas y supersticiones de los católicos y con las supervivencias del paganismo precristiano que entre éstos se conservan. (39)

Suerte, pues todo era tan incipiente -la población negra convertida en objeto de estudio, el escritor, la nación misma, esa República con el anteayer de la esclavitud y el ayer del coloniaje- que un solo elemento extraviado, extraviado de verdad, entre todos los que se juntaron para llevar a buen puerto aquella curiosidad solitaria y excéntrica, y el resultado hubiese sido otro. Pero hubo suerte, y ya que pocas cosas parecen servir de estímulo mayor a ciertos jóvenes que el haber sido tomados a la ligera o no comprendidos, también hubo constancia, de modo que para fines de los años veinte sus estudios de las razas africanas y afrocubanas ya tienen el peso de una seria tarea cultural; se descubren, como él mismo los describe, la «base para poder fundamentar mejor los criterios firmes de una mayor integración nacional» (42), recursos para el entendimiento de una nación y una cultura mestizas.

Creo que sólo el trastorno y los reinicios que trae consigo una revolución podían emular los muchos albores en que se encontraba aquella Cuba de comienzos del siglo XX, pero en este otro momento no hay camino hacia lo ignoto, ni aventura del saber, ni curiosidad o aprendizaje que no vaya a dar pronto con los muros de lo institucional. Muy pronto estaremos no tanto frente a un saber que crea instituciones como frente a unas instituciones que reglamentan el saber. Después de 1959 por dondequiera que nos asomemos encontramos el flanco de una entidad vinculada al gobierno: sociólogos, historiadores, filósofos, pintores, poetas, ensayistas, amas de casa, policías, médicos, constructores, artesanos, cosmonautas, carpinteros, matemáticos..., todos en el entramado vasto y único del Estado revolucionario. En el sabor de una vida, si no pareja, sí emparejada. Aquí los trampas del error son de otra naturaleza, pasan por el achatamiento de la norma y los requerimientos políticos de las entidades. Por eso resulta

tan extraño aquel joven, Antonio José Ponte, que a treinta años de Revolución, aparece en un círculo de poetas o en una conferencia para ponerse a hablar como lo hubiera hecho el miembro de alguna aristocracia irredenta. Ya hemos visto que nación en Matanzas, de modo que no faltan quienes piensen que sus achaques de clase sólo tienen que ver con eso, con ser de provincia. Desde los quince o dieciséis años vive con su madre y su hermana en un barrio de la Habana Vieja, a unos pasos de la calle peatonal Obispo, larga vena de antiguos comercios, bares, restaurantes y librerías, los laureles del Parque Central y el Capitolio en un extremo y las aguas de la Bahía en el otro. Es un sitio de cierto ambiente cultural y Ponte se hace conocer pronto, primero como poeta y, poco después, como el lector de unos textos breves, unas conferencias que en realidad poco tenían de conferencia, al menos si las comparamos con lo que entonces se leía bajo ese rótulo. Eran esos ensayos que más tarde iban a conformar sus libros, piezas con rasgos ya muy desacostumbrados en la literatura cubana.

Como un súbito retoño salido de una cultura pasada y de las fuerzas de ésta, así, en una página de *La gaya scienza*, imaginaba Nietzsche los espíritus excepcionales, extraños a su época, y que de persistir, de defender y cultivar energías tan recónditas, están abocados a la marginalidad o a la locura, aunque también, si la suerte acompaña, a la grandeza. Especie de atavismo de un pueblo y de su urbanidad, se decía el filósofo, hay en ellos algo que realmente aún cabe *entender* (34). ¿Pensaba Nietzsche en una cultura remota, bien establecida, duradera, o se refería a las que se volvieron ajenas en el breve lapso de algún cataclismo natural o político?

Primero de enero de 1959: desde entonces Cuba será ese momento, todo girará en torno a él, quedará contenido en él. Arendt afirma que «las revoluciones son los únicos

acontecimientos políticos que nos ponen directa e inevitablemente en contacto con el problema del origen» (2014: 29). Podríamos agregar que las revoluciones buscan ser un origen, aunque no le llamen de tal modo. Es un advenimiento que nunca acaba de disolverse y entrar en los hábitos del día. Hasta que poco a poco sean los hábitos los que se hayan acomodado al gran hecho, a esa ocurrencia que nunca gastó del todo su hora, a esa circunstancia excepcional en que comenzaron a transcurrir y a desarrollarse, para siempre, todas las cosas. Hábitos rotos que se irán haciendo costumbre, la rutina dentro del tiempo siempre provisional y siempre urgido e imperioso del suceso revolucionario.

Uno de los rasgos más singulares que tenemos en la escritura de Ponte será el tratar y saber tratar con ese tiempo fracturado. No diremos -como si hubiese seguido el consejo de Foucault- que se hizo erudito para batallar mejor la situación opresiva de los escritores o del país; muy probablemente fueron sus cualidades de gran lector, su curiosidad, sus ambiciones literarias, los que lo pusieron en el camino de ser ese gran conocedor de la literatura cubana que sus páginas o su conversación dejaban notar de inmediato, pero sí diremos que la erudición se le descubrió pronto como un arma: unido a su discernimiento, a su frase elegante y sagaz, el dato se hizo un elemento anómalo, desprendido, irreductible. *El libro perdido de los origenistas* fue, en gran medida, parte de un proceso, y algo de ello quedó contenido en unas líneas del prólogo que agregó al conjunto poco antes de enviarlo a la imprenta mexicana que lo publicaría:

Éste podría considerarse un libro político. Una ordenación cronológica de sus piezas alcanzará a mostrar cómo el autor fue desembarazándose del temor a escribir ciertas cosas, perdió cautelas y precauciones, se hizo más libre. Porque resulta provechoso que quien se ocupe de la censura historie también la autocensura, variante hipocondriaca de aquella. (12)

‘Político’ sin ninguna duda lo consideró el aparato cultural cubano, que todavía hoy, a veinte años de la primera edición lo tiene entre sus títulos nunca publicados ni publicables en la isla. En la reseña al libro que Rolando Sánchez Mejías envió a *El Nuevo Herald* desde su entonces reciente exilio en Madrid, leemos:

Al fin un buen libro de ensayos, ¡y escrito por un cubano! El género estaba de capa caída, por no decir en crisis, en un país que sepultó el ensayo, que lo mandó a bolina.

Desde Lezama Lima y sus ensayos-poemas, y desde García Vega y sus ensayos-diatribas, el género ha menguado hasta la extenuación. El totalitarismo, que no es más que una guerra contra las imágenes, lo proscribió de la literatura. Tampoco Cuba ha sido un país de gran envergadura ensayística, al menos si no confundimos el ensayo con las tareas de la prensa y la antropología.

El libro perdido de los origenistas, de Antonio José Ponte, es impublicable en Cuba. Por eso ha sido México, y una de sus editoriales marginales, Aldus, quien lo ha publicado. El mismo México que apoyó una de las Ferias del Libro más ridículas e infames que se efectuarán en el siglo XXI, donde el país invitado, Cuba, se sirvió en bandeja de la confusa diplomacia con ese país [...]

Sin embargo -y esta es la cuestión a la que queríamos llegar-, Sánchez Mejías, que fue uno de los integrantes del círculo literario de Ponte y, aunque un poco mayor en edad, una de las personas más cercanas al matancero¹⁸⁷, nunca se refirió al hecho de que muchas páginas de ese libro, verdaderamente «impublicable en Cuba», se habían leído en público y, más, habían circulado impresas en las revistas literarias de la isla: *La gaceta de Cuba*, *La Habana elegante* (una edición especial por el centenario de Casal), Ediciones *Vigía*, *La revista del Vigía*, *La revista Unión*. Tenemos aquí una paradoja acaso demasiado densa para los propósitos habituales de una reseña de la edición dominical del *Herald*, pero que nosotros comentaremos. Cuando repasamos las páginas de conclusión de *El libro perdido de los origenistas* vemos que de sus nueve ensayos, todos excepto los tres últimos y el Prólogo ya mencionado, habían sido publicados en Cuba. ¿Qué ha

¹⁸⁷ Testimonio de esa amistad es el poema que le dedicó, “Juegos con el toro”, inspirado en los versos que Federico García Lorca escribió para un amigo de iguales apellidos: “Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías”.

ocurrido, entonces? ¿Cómo entender lo que ha hecho de todos esos ensayos publicados un libro impublicable?

La respuesta más obvia estaría en la nueva visibilidad que cobra ese material al integrarse y adquirir la forma de libro, sin embargo, los ensayos de Ponte ya estaban llenos de notas incómodas antes de ser esa excelente articulación de segmentos en que se convirtió. Había insinuaciones de peso político, un nuevo trato con los autores, y una revisión de lecturas y conceptos que parecían tan fosilizados como corrientes, de modo que si esas páginas entraron sin mucho problema en las revistas nacionales pudo haber sido por el hecho de que quien escribía era, precisamente, alguien interesado en el pasado, con un gusto por las cosas vetustas y con los intereses propios de un señorito desubicado, un joven con ínfulas de clase, de burgués o, acaso mejor, de aristócrata, esas dos sociedades absolutamente extintas en Cuba y con la reserva de unas antipatías casi reflejas. Las revistas nacionales publicaron los ensayos de Ponte con notable frecuencia, pero ello debió ejecutarse bajo cierta garantía: que enquistada en un pasado, seducida y atrapada por sus formas, esa escritura llevaba consigo sus propios límites. (Cálculos nada insólitos y asunto concerniente al poder nada desprovisto de cuerpo, a juzgar por aquella observación de Foucault según la cual «Quién habló» o «Quién detenta la palabra» ya era un motivo de examen e, incluso, el verdadero interés de Nietzsche en sus trabajos sobre el lenguaje, y también en su filosofía).

Si los fiscalizadores de revistas tantearon estas cuestiones, al menos en lo de las antipatías, no se equivocaron. Por un tiempo que no fue muy breve sus páginas (casi ejercicios de una oratoria bien modulada) tuvieron una acogida que por lo general fue de la aceptación unánime al reparo: excesivo desvelo por la forma, demasiada reescritura,

todo como demasiado bien, demasiado limpio y planchado, como si las destrezas retóricas fueran más importantes que las ideas..., y si se iba un poco más lejos, entonces aparecía aquello del anhelo burgués y la relación de esos deseos con maneras de escritura tan convencionales. En efecto, la elegancia y la preocupación por el estilo es una de las primeras impresiones que dejan los textos de Ponte: su eficaz planteamiento de las ideas, su cuidado con las palabras, una corrección de la frase que no desdeña de las cadencias, pero todavía había más: se le reprochaba cierta falta de dificultad en lo que escribía, como si ser diáfano o inteligible equivaliera a ser simple o trivial, mientras a otros les molestaba que nunca usara teorías, que todos sus juicios fueran impresionistas, y que en lugar de ir al meollo o de meterse en lo verdaderamente complejo, se dedicara al candoroso merodeo o restauración de unos paisajes.

En realidad, Ponte venía de una familia de la clase alta matancera y eso no fue -al menos en una etapa de su juventud- algo para tener precisamente en secreto. Un poco de anacronismo emergía gustosamente de su persona, y lo mismo ocurría con sus textos, como si sus palabras hallaran su moldura nombrando una tradición, siguiendo sangres, títulos, herencias. Abrimos su libro y damos en seguida con esa prosa calma, cultivada, que juega a ser tiempo y dato, vida y escritura, a alejarse, con todo ese sobrepeso del estilo, para reaparecer como recuerdo de las cosas alguna vez sabidas. A propósito de una página de *Paradiso*, donde el coronel Cemí, el padre del protagonista, estudia un mapa de Matanzas, dice Ponte:

Incluso hoy, pasado tanto tiempo, mirando trabajar a una comisión de topógrafos, puede encontrarse un poco del aire caballeresco con que Cemí padre ejecuta unas disciplinas: entran a un bosque encantado que fanáticamente volverán exacto, cuentan pasos con la severidad de los duelistas, pasos de estrictamente un metro. Reproducen a escala ampliada brincos de saltamontes, los saltos de un compás de puntas secas sobre un plano de la ciudad de Matanzas.

También a nuestros ojos la cartografía de inicios de siglo resulta caballeresca. Más que un plano lo que maneja José Eugenio Cemí, es un grabado, uno de esos grabados coloniales de ciudad donde sobre una cumbre que avista el trazado completo de unas calles, merienda una familia poderosa. Las líneas del grabado han sido pacientemente iluminadas con azules de acuarela, terrosos, verdes, y los colores que dan al plano la hermosura de lo superfluo. (15, 16)

Sólo un buen lector -y recuérdese que los textos ni siquiera estaban allí para ser leídos de inmediato, aunque después se les pudiera encontrar en una revista- conseguiría sacar los mejores sentidos de esas líneas, su mezcla de añoranza y desaire; el soplo de pasado que a menudo envolvía sus modales de joven poeta y el irónico ensalzamiento de un abolengo. Una estirpe tan derrotada y tan barrida ya de la historia que no sería nada mentarla. Y que entonces Ponte mentaba y coloreaba, desafiante, de un matiz meridiano, vacuo y feliz. ¿Quién que no lo conociera entonces podría imaginar que el escritor de esos párrafos era un ingeniero hidráulico graduado pocos años atrás, y que ese párrafo también se debía a sus andanzas por los montes agrestes a donde fuera enviado a trabajar como castigo por su participación en una revista universitaria de tono contestatario? Pero Ponte prefiere el topógrafo al ingeniero; y más que a los topógrafos, prefiere su andar de caballeros y duelistas, del mismo modo que el coronel Cemí se dobla ante algo que parece, más que un plano, un grabado de los tiempos de la Colonia. La literatura de Ponte, desde un inicio y para siempre, aunque con propósitos que irán cambiando y ganando la precisión que imponen determinadas peleas, está llena de señales como éstas, guiños que se valen primeramente de las palabras, de lo que son, de lo que han sido, de su epidermis y de sus resonancias más profundas.

De vuelta al párrafo citado, creo poder decir que desde entonces los temas de la ascendencia familiar y de la tradición literaria se imbricaron y tomaron un sitio particular en su literatura, pero también en la manera en que ésta sería interpretada. Era un medio

literario demasiado escrupuloso, demasiado prevenido y prejuiciado para dejar pasar aquella singular simpatía de Ponte por Orígenes, pero también era un medio demasiado yermo para que el escritor quisiera prescindir de esa simpatía. La cuestión de la ascendencia en la que había mucho de añoranza pero también de provocación, de impostura, de fábula y juego, terminó por marcar, y no siempre para la mejor fortuna, sus años formativos, por eso bastante a menudo vamos a dar con unas líneas en las que se le trata (burlonamente, desde luego) como el heredero, el depositario, o el que emula a Orígenes. Ese interés suyo en la historia de un libro sagrado que un personaje de Lezama Lima recibe en herencia y pierde, sirvió para subrayar su presunto anhelo de beneficiario origenista. Su lectura del libro perdido que, nada tiene de adoración a un objeto y que, muy por el contrario, intenta remontar la idea del libro talismán y con mayúscula e iluminarlo en sus aspectos más humildes, en sus inicios de pequeñez y laboriosidad, no fue comprendida en absoluto¹⁸⁸. Podríamos decir que el tema del libro sagrado se adelantó a su interpretación, dejó caer todo el arabesco legendario sobre las palabras, que se quedaron hablando a solas, sin que nadie consiguiera oír lo que verdaderamente decían. Sin embargo, esas páginas y muchas otras de entonces nos indican que Ponte sabía -tenía muchas razones para intuirlo y terminó de aprenderlo sobre la marcha de

¹⁸⁸ Pienso en ciertas insinuaciones que aparecen en el texto de Rolando Sánchez Mejías “Olvidar Orígenes”; en *Vilis* de Lorenzo García Vega; en líneas de la reseña de Ernesto Hernández Bustos a *El libro perdido de los origenistas*, o en el reciente estudio de Duanel Díaz a *La lengua suelta* (2020), un libro satírico de la cultura cubana de estos últimos tiempos escrito por Ponte bajo el seudónimo de Fermín Gabor.

En el Prólogo a *El libro perdido de los origenistas* Ponte cuenta lo que Lorenzo García Vega escribió sobre él en su libro *Vilis*: «Después de ofrecer la noticia de que existe en Cuba un joven que habla del libro perdido (juventud y geografía parecen alejar la posibilidad de que alguien vaya a ocuparse de un asunto así) quien narra *Vilis* confiesa que no hay tal pérdida porque Lezama Lima le entregó tal libro a él para que lo sacara al exilio. “En realidad yo soy el único heredero de Orígenes”, afirma. Y Constructor de cajitas y narrador echan tales carcajadas que tienen que aguantarse las barrigas.

Mi apreciación de Orígenes está en deuda con *Los años de Orígenes* de Lorenzo García Vega. Me enorgullece haber dado en una revista habanera, por primera vez desde su marcha al exilio, noticias suyas y de su trabajo. Aquí le va más de mi agradecimiento» (13)

aquellos años-, que la distancia entre Orígenes y él, como la distancia entre sus antepasados y su persona, era insalvable. Tan insalvable, si se quiere, como Juan José Saer lo había imaginado de la relación de otros dos escritores, Turguénev y Dostoyevski:

No hablaban de ningún modo el mismo lenguaje.
Y la misma patria
dicha en otro nivel, ya es otra patria,
y el mismo oficio, en una dimensión diferente,
come perpetuamente el corazón y las manos.

Sólo habría que reconstruir un poco la naturaleza de los encuentros literarios de finales de los años ochenta y los noventa, para notar la originalidad de su escritura. (Creo que hubiera parecido desacostumbrada en muchos otros círculos, pero aquí nos ceñimos al medio cultural habanero). Nunca se presenta como el semiótico, el crítico que se dice armado de ciencia y objetividad y que por aquellos días tanto frecuenta los debates y discurre esmeradamente sobre la novela de moda, es decir, sobre *Paradiso*, acabada de reeditar después de dos décadas y media de prohibición. Según parece, no se atiene a la gran dificultad de esa novela (dificultad que por los años sesenta hizo hablar de un club de lectores tan exclusivo que casi nadie cabía en él, pero que en los noventa ha comenzado a ser tan extenso que nadie puede quedar fuera). No comparte con la academia el desvelo de la interpretación especializada. A veces parece que sólo está allí para recordar y fabular. Poeta, y rodeado de poetas, a sus ensayos llega el reproche que ya también, con frecuencia, se destina a sus versos: no es moderno, su escritura está en las antípodas de toda vanguardia, y allí, en los coloquios literarios, donde el sistema poético de Lezama es una seria apuesta de interpretación, y las palabras quieren ser un entramado de análisis rigurosos y de desmontajes soberbios, las páginas de Ponte (con esa fe suya en el lenguaje, y ese deseo de avenencia entre las palabras y lo que ellas

buscan decir), tiene entonces algo de esparcimiento, se les ve en un ocio brillante.

Memoriza, relata, discierne... pero... ¿para quién?

Pasado, Erudición y Estilo, esa trinidad le dio solidez y prestigio a su escritura pero también ayudó a desvirtuar muchos de sus mejores mensajes, entre ellos, el propio valor de su retorno en el tiempo. *El libro perdido de los origenistas* bien podría leerse como una reinención del pasado. No de un determinado periodo sino del pasado en general. Un tiempo válido por sí mismo, que avanza hasta 1959 y continúa, de modo que permite internarse en el tiempo de la Revolución, recorrerlo, y dar con los días en que el ensayista escribe. Al margen del contraste con el ensayo de entonces, son páginas poseen la soberbia soledad de las cosas que están en un comienzo. Proponía un trabajo con el tiempo que a la altura de los años noventa fuera capaz de salvar o de ignorar críticamente esa falla que 1959 había sido, y esa página en blanco que el discurso político y la historiografía revolucionaria siempre querrían poner antes que la suya. Y en ese sentido, no hay un solo viaje al pasado en la escritura de Ponte que no haya salido de su presente o que no tenga por objetivo ese presente. Un juego de tiempos remotos y actualidad que, con intereses muy distintos, también vimos en el ensayo *Calibán* de Fernández Retamar. Por eso sus temas son la ciudad (una ciudad que amaba, de la que conocía toda su historia y que recorría por las mismas calles que lo había hecho Julián del Casal, por rutina, para poder pensar, decía, o para observarla). Una ciudad de la que saldría ese pequeño libro con un título tan acertado que debe tenerse como una declaración de estilo y una prueba de sus hermosas síntesis: *Un seguidor de Montaigne mira La Habana*; o el tema de los espacios y hábitos del escritor; de la escritura de poesía; de la amistad y enemistad entre

escritores; de sus lecturas, sus obsesiones, y hasta de las cuestiones de la fama, las venturosas o infelices cuestiones de la posteridad.

Su generación podía sorprenderse o tomar con condescendencia aquellos temas suyos, lo cierto era que poco a poco Ponte se había ido convirtiendo en el ensayista de un mundo en el que ya, a fuerza de las urgencias, la provisionalidad, el desenfado de una vida entera en las circunstancias de una revolución y, más recientemente, por causa de la crisis económica y la absoluta escasez de todo, ni se sabía cómo vivir. Aquella circunstancia le hizo pensar en espacios y hábitos: el aplomo que éstos pueden dar al pensamiento, al lenguaje, que es una de las primeras cosas en sufrir con la ruina de toda costumbre. (Los hábitos breves son en sí mismos una manera de conocimiento, apuntaba Nietzsche en su *Gaya Scienza* (Nota 295 (171)). Y no hay allí nada de una nostalgia ñoña y fútil. Se trata de reflexiones basadas en su existencia, en sus ambiciones de escritor y en las de sus amigos, en la de los autores que leía y admiraba. Reflexiones de una intimidad sobre la vida del artista que como, diría G. C. Lichtenberg, unas pocas de esa clase bastarían para ennoblecer a todo un volumen sobre asuntos cotidianos. De Julián del Casal escribió:

Fue el primero de nosotros en levantar interiores a su aire. Debió haber comprendido que cuatro paredes podían ser extensión del poema, que dentro del poema podía vivirse. Y ahora somos codiciosos de esos interiores suyos, obedecemos a una superstición moderna por el puesto donde trabaja el escritor. Ya que hemos descartado cualquier inspiración y valoramos al poeta como un técnico más, lo misterioso que pudo haber en la figura de éste ha pasado a los objetos de su mesa, a algunos instrumentos propiciatorios. Perseguimos el inventario de la habitación del poeta, querríamos saber más de sus hábitos, de su oficio. Con estas apetencias, parecemos disculparnos de este modo: la poesía es bastante inefable, debemos dejarla a sus lectores, pero la crítica puede hacer conversación de... Con trajes, con objetos, la crítica hace cháchara de celador de museo (36)

Mientras en *Un seguidor de Montaigne* tenemos aquella misma ciudad mirada desde un afuera ruinoso pero que cada ser alarga, saca un poco de sí y hace que siga existiendo:

En una ciudad donde parece estar lloviendo siempre en las paredes, el tiempo echa su aliento demasiado pegado a los muros. Tumba vigas, desprende balcones, y en tanto el habanero (permiso para imponer este arquetipo) opone al tiempo su único lujo, el lujo de vivir. Todos los días se hace creer que vive y cada uno de sus gestos, de sus hábitos y de sus sorpresas, suman La Habana. Parece decir, soy el único lujo de esta ciudad más miserable cada día.

Los edificios habaneros son menos que su gente. Valen, no por estilos, no por las historias que hayan podido acumular, valen por cuanto permiten sospechar de vida adentro. Importan por lo que dejan adivinar de su gente. Por lo que pueda enterearse en sus fachadas. Enterear: una mirada al sesgo, mirada de sospecha. (76, 77)

La familia, la ascendencia, pronto se convirtieron en ese camino de reflexión sobre lo que era convertirse en un escritor, vivir como un escritor, con el fondo entre ridículo y agónico que el oficio tenía y tiene aún en Cuba. (Ser poeta en Cuba, ha dicho Lorenzo García Vega, es lo que puede dar lugar a un malentendido). Esa cuestión es el verdadero tema de sus ensayos. Ha llegado a ello a través de la ascendencia y de la vocación, de la casa y sus espacios, de la familia y la ciudad y, asimismo, cuando parezca completamente entregado a una escritura del vivir -por ejemplo, soportar la hambruna de los años noventa, que es uno de los temas explícitos de su ensayo *Las comidas profundas*-, se verá de nuevo, como en el inicio, escribiendo sobre su literatura y la de otros:

El que escribe sobre la mesa con mantel de comidas dibujadas parece tan desprovisto de materia como si se dispusiera a un ejercicio de recogimiento. Escribe en una celda acerca de comidas. Porque tiene muy pocas concreciones a su alrededor cree merecer un poco de abstracción. Tiene la barriga en blanco y las carencias le ayudan a pensar que toda comida es sustitutiva, que comer es siempre metaforizar, tender un puente. Todo es remedo de la leche materna, de aquello que cruzaba la tripa del ombligo, de la neblina que al inicio...

Sentado a la mesa de comer y de escribir, recuerda las verdaderas comidas, lo que toman al final de sus vidas los grandes taoístas: un poco de rocío, un pedazo de nube, algún celaje, arcoíris. Lo que está al final del comer cubano, supone, el final de todas las metáforas de las comidas cubanas, es la sombra. Por eso José Lezama Lima habrá escrito que el cubano al comer se incorpora el bosque. Un pueblo tan solar está obligado a comer oscuridades por naturaleza. (31)

Las críticas a su estilo, el ambiente de dispersión de los noventa, la precariedad de la vida, deben haberle hecho repasar sus afectos, sus deseos y obsesiones. Nada de esto

sabemos con precisión, pero sí sabemos que cayó sobre sus asuntos con una mirada paulatinamente más lúcida, más sarcástica, más desprendida de sus viejos apegos, y que su estilo se hizo más ligero, más rápido, más dado a los contrastes; la frase lapidaria y jocosa «cháchara de celador de museo» era una manera de permanecer y a la vez sonreír frente a sus antiguos respetos. Comedido lo mismo en sus afirmaciones como en sus negaciones, siempre reservado con sus asuntos (aunque muy curioso de los ajenos), se transformó poco a poco sin dejar mucho rastro, y sin transformarse nunca del todo. De esa transformación que ocurrió paulatinamente a lo largo de la década de los noventa, sale la tensión de sus ensayos, y ese tema recurrente del escribir, y de hacerlo en un país como Cuba. Salen también los rasgos de escritura vanguardista, experimental, que poco a poco irá agregando a su obra.

Se equivoca Sánchez Mejías cuando en su reseña propone *El libro perdido de los origenistas* casi como una pelea de Ponte con Cintio Vitier, o una confrontación con las distorsiones que éste habría hecho del trabajo intelectual de Orígenes: los enlaces entre el nacionalismo urgido de los noventa y el nacionalismo esencialista de su grupo que Vitier permitió hacer a los ideólogos y que él mismo ayudó a elaborar. En realidad, el libro de Ponte es ese careo sólo cuando el tema se lo impone, pero en seguida se retira, observa, continúa el asedio por otras zonas, aquellas por donde aflore en su aspecto más provechoso la oportunidad de oponerse, no a Orígenes o a otro grupo o generación literaria, sino, en primer término, al poder. Así, entonces, *El libro perdido de los origenistas* no es ni una alabanza de ni un ajuste de cuentas con estos autores, es un libro siempre en perspectiva -la perspectiva que impone una batalla-, y siempre sobre el hecho de ser un escritor y serlo en las condiciones particulares de Cuba.

“El abrigo de aire”, páginas en las que pide sacar a Martí de la ingravidez ideológica, repasar su biografía íntima, devolver su obra al examen de la crítica, van a darle otro temple al libro y marcarán la diferencia entre el autor tolerado y el autor que ha comenzado a ser definido como un enemigo por el sistema. Ese ensayo, para muchos la pieza mejor lograda del conjunto, le valió esta respuesta de Fidel Díaz, el director de la revista literaria *El Caimán Barbudo*, Órgano oficial de la Unión de Jóvenes Comunistas:

Siempre he pensado que cualquier obra y autor están sujetos a discusión por la crítica, y que todo crítico, además de contar con una base profesional para ejercer su oficio, debe guiarse por ciertos principios éticos. Leí “Reclamaciones equivocadas a Virgilio Piñera”, de Antonio José Ponte, y aprecié que la crítica ponderada era sustituida por el ataque y por aseveraciones irrespetuosas contra un escritor como Cintio Vitier. Allí se le atribuye a Vitier nada menos que una “retórica de despedidor de duelos”. La trasgresión como procedimiento de lo que parece ser una práctica en la ensayística de este autor, llega a límites extremos en su artículo “El abrigo de aire”, especulación de clara intencionalidad política, y que constituye en realidad una diatriba contra el fundador de la nación cubana. Ni los enemigos de Martí en vida fueron jamás tan lejos en su intento de denigrarlo¹⁸⁹.

Eran los tiempos en que su estilo había ganado tanta ligereza que ya podía dedicarse a desplazar las críticas y burlas, a redirigirla a otros, o sencillamente a reír. De ahí aquello de «despedidor de duelos», y tantas otras frases que se le conocieron entonces. La comicidad de Montaigne, ese lado tan inexplorado del gran maestro del ensayo, sus reflexiones sobre nuestra condición ridícula y reidora -«No creo que en nosotros haya tanta desdicha como vanidad, ni tanta malicia como sandez; no estamos tan llenos de mal como de inanidad; no somos tan miserables como viles» (Montaigne, 439)- debió darle

¹⁸⁹ El trabajo de Fidel Díaz, “Pero los dientes no hincan en la luz”, fue publicado junto al “El abrigo de aire” en la revista cubana *Temas*, No 29, abril-junio, 2002, 111-118. El ensayo de Ponte había sido publicado originalmente en *Crónica dominical*, No 142, México, D.F., 19 de septiembre de 1999. En *Temas* podían leerse ambos trabajos, aunque en el caso de “El abrigo de aire” sin un breve post scríptum que Ponte le agregaría en la edición de *El libro perdido de los origenistas*, vinculado con la materia original del ensayo y no con la polémica. Sin acceso al número de *Temas*, remitimos al lector a la revista digital *La Habana Elegante* donde los textos de la polémica fueron íntegramente reproducidos.

nuevas seguridades, no sólo estéticas, también éticas, frente a ese recurso. El humor apareció con progresiva plenitud en su conversación y en su literatura, pero el régimen cubano, tan malo en soportar las bromas como las discrepancias, comenzó a darle reprimendas y advertencias, la primera de ellas, su expulsión de la Unión Nacional de Artistas y Escritores.

Con una prosa cada vez más ágil y en ocasiones satírica -un modo éste de encontrarle flancos más llevaderos a la miserable vida política de la intelectualidad cubana, quitarle lastre a lo muy gravoso de las acciones en aquel ambiente-, llevó a la palestra de los salones de conferencia muchos temas que nunca se habían abordado o que se habían abordado de manera tan discreta que pasaron inadvertidos: se preguntó y pidió pensar en las dimensiones civiles del vocablo ‘política’, pensarlo otra vez como los modos de vivir en una ciudad; advirtió sobre los desvelos de la crítica empeñada en desmenuzar las presuntas sistematicidades de Lezama en lugar de degustar el estilo y el argumento de su prosa; cuestionó la justeza del concepto de «pobreza irradiante» con que Vitier se refería a la situación nacional; habló de los delirios en torno a los objetos y del verdadero servicio que esos apegos y manías le prestaron a la poesía de Casal y a la de otros; ventiló zonas de la vida de José Martí como no se había hecho en Cuba desde la biografía de Mañach, tan pródiga (de ahí su silenciamiento) en cartas y datos íntimos; revisó y criticó la idea origenista y republicana de un país en la levedad de unos pocos mitos y con escaso acervo literario, pues le parecía que esos mismos autores ya eran parte de esa tradición puesta en duda; defendió la necesidad de ser un lector de todas las literaturas, e hizo abundantes sus referencias a autores foráneos; impugnó desde muchos ángulos la supuesta distinción entre el hombre del letras y el hombre de acción, y por primera vez en

una conferencia, refiriéndose al escritor Lorenzo García Vega, dijo la palabra tabú 'exilio'. No sabía entonces que daba una definición de lo que un día iba a ser, a cambio de no acabar en la cárcel, su propia suerte.

Works Cited

- Águila, Gorki. "La nostalgia no es carne de puerco." *Encuentro de la cultura cubana*, no. 51/52, invierno/primavera 2009, pp. 187-189.
- Aguirre, Sergio. "Seis actitudes de la burguesía cubana del siglo XIX." *Historia de Cuba*, Editorial Páginas, 1944, pp. 25-47.
- Alonso Estenoz, Alfredo. "Borges en Cuba." *Variaciones Borges*, no. 36, 2013, pp. 105-123.
- Anduiza, Eva. "Resumen: El IV Congreso del Partido Comunista de Cuba." *América Latina Hoy*, vol. 3, enero 1992, pp. 73-75.
- Arendt, Hannah. *Sobre la revolución*. Alianza Editorial, 2014.
- . *Sobre la violencia*. Alianza Editorial, 2018.
- Argüelles Acosta, Pablo. "Breve sinapsis de las teorías culturales en Cuba." *Rialta Magazine*, julio 6 2017, rialta.org/sinapsis-teorias-culturales-cuba/.
- Bachelard, Gastón. *La poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Benítez Rojo, Antonio. *La isla que se repite: El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Ediciones del Norte, 1989.
- Borges, Jorge Luis. "La postulación de la realidad." *Obras completas*. I 1923-1949: Edición crítica. Emecé, 2009, pp. 394-397.
- , "El arte narrativo y la magia". *Obras completas*. I 1923-1949: Edición crítica. Emecé, 2009, pp. 401-406
- , "El escritor argentino y la tradición". *Obras completas*. I 1923-1949: Edición crítica. Emecé, 2009, pp. 438-444.
- Buch Rodríguez, Luis M. *Gobierno revolucionario cubano: Génesis y primeros pasos*. Editorial Ciencias Sociales, 1999.
- Buch Rodríguez, Luis M y Reinaldo Suárez. *Gobierno revolucionario cubano: Primeros pasos*. Editorial Ciencias Sociales, 2009.
- Bueno, Salvador, editor. *Los mejores ensayistas cubanos*. Imprenta Torres Aguirre, 1959.
- Campuzano, Luisa. *Quirón o del ensayo y otros eventos*. Letras Cubanas, 1988.
- Capote, Zaida. "Cuba, años sesenta. Cuentística femenina y canon literario." *La Gaceta de Cuba*, enero-febrero 2000, pp. 20-23.

- Carbonell y Rivero, José Manuel, editor. *La prosa en Cuba: Evolución de la cultura cubana, 1608-1927*. Imprenta Montalvo y Cárdenas, 1928.
- Casal, Lourdes, editor. *Literatura y Revolución: Documentos*. Ediciones Universal, 1971.
- Castañón, Adolfo. “La ausencia ubicua de Montaigne.” *Vuelta*, no 184, marzo 1992, pp.86-88.
- Castro Díaz, Tania. “Infidelidad matrimonial comunista.” *Cubanet*, 12 junio 2017, radiotelevisionmart.com/a/carlos-rafael-rodriguez-cuba-infidelidad-comunista-146754.html.
- Castro Ruz, Fidel. “Carta de Fidel Castro al Presidente Franklin D Roosevelt.” 11/6/1940, Service Posts of the Department of State, Record Group 84, March 28, 2021, docsteach.org/documents/document/letter-from-fidel-castro-to-president-franklin-d-roosevelt.
- . “Discurso en el acto conmemorativo del XI Aniversario de la Acción del 13 de marzo de 1957, efectuado en la escalinata de la Universidad de La Habana, el 13 de marzo de 1968.” www.cuba.cu/gobierno/discurso/1968/esp/f130368e.html.
- . “Discurso en el Primer Congreso de educación y cultura.” Teatro de la Central de Trabajadores de Cuba, 30 de abril de 1971. www.cuba.cu/gobierno/discursos/1971/esp/f300471e.html.
- . “Palabras a los intelectuales.” *Pensamiento y política cultural cubanos: Antología*. Tomo II. Editorial Pueblo y Educación, 1986.
- Castro, Raúl. “El diversionismo ideológico, arma sutil que esgrimen los enemigos contra la Revolución.” *Revista Verde Olivo*, no. 6, 1972, pp. 2-19.
- Celan, Paul. *Obras completas*. Editorial Trotta, 2016.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Edición del IV Centenario. Real Academia Española, 2004.
- Cohen, J. M. *En tiempos difíciles: La poesía cubana de la Revolución*. Tusquets, 1970.
- Cuba, Ministerio de Cultura. *Política cultural de la Revolución cubana. Documentos*. Editorial Ciencias Sociales, 1977.
- Cuba, Ministerio de Justicia. *Constitución de 1976 con reformas de 1992*. archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/6/2525/52.pdf
- Darío, Rubén. *Prosas profanas*. Espasa Calpe, 1985.
- Debray, Régis. “El castrismo: la gran marcha de América Latina.” Centro Estudios “Miguel Enríquez”, archivochile.com

- Desnoes, Edmundo. *Los dispositivos en la flor. Cuba: literatura desde la Revolución*. Ediciones del Norte, 1981.
- Díaz, Fidel. “Pero los dientes no hincan en la luz.” *Temas*, no. 29, abr.-jun., 2002, pp. 111-118.
- Díaz Infante, Duanel. “Comentarios a una antología.” *Encuentro de la cultura cubana*, no. 30/31, otoño/invierno 2003-2004, pp. 265-270.
- . *Palabras del trasfondo. Intelectuales, literatura e ideología en la Revolución cubana*. Editorial Colibrí, 2009.
- Dumézil, Georges. *Los dioses soberanos de los indoeuropeos*. Editorial Herder, 1999.
- Earle, Peter G. y Robert G. Mead, Jr. *Historia del ensayo hispanoamericano*. Ediciones de Andrea, 1973.
- Earle, Peter G. “El ensayo literario como experiencia literaria.” *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica*. Universidad de Toronto, 1970.
- “Editorial.” *Lunes de Revolución*, marzo 23, 1959, p. 2.
- Espinosa, Carlos. *Cercanía de Lezama Lima*. Letras Cubanas, 1986.
- Estupiñán, Leandro. *Lunes: un día de la Revolución cubana*. Editorial Dunken, 2015.
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán. Apuntes sobre la cultura en nuestra América*. Editorial Diógenes, 1974.
- . *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Editorial Nuestro tiempo, 1977.
- Franqui, Carlos. *Retrato de familia con Fidel*. Seix Barral, 1981.
- Fornet, Ambrosio. “El Quinquenio gris. Revisitando el término.” Navarro, pp. 25-46.
- Foucault, Michael. *Defender la sociedad: Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Fondo de Cultura Económica, 2002.
- . *Microfísica del poder*. Ediciones de La Piqueta, 1980.
- . *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI, 2004.
- Fowler, Víctor. *La maldición: Una historia del placer como conquista*. Editorial Letras Cubanas, 1998.
- González Echevarría, Roberto. *Mito y archivo: Una teoría de la narrativa latinoamericana*. Fondo de Cultura Económica, 2011.

- González Fernández, Martín. “De Montaigne a Nietzsche: El retorno de lo trágico.” *Cuadernos de pensamiento*, no. 9, 1994, pp. 129-154
- Guevara de la Serna, Ernesto. *Guerra de guerrillas*. www.proyectoespataco.dm.cl.
- Hernández Busto, Ernesto. “Entre difuntos”. De la Nuez, pp. 109-124.
- . “Un escándalo canónico.” *Letras Libres*, 31 marzo 2003, www.letraslibres.com/mexico/libros/un-escandalo-canonic.
- . “El Libro perdido de los origenistas.” *Letras Libres*, año 5, no. 56, 2003, pp. 73-75.
- Hernández, Rafael, y Rafael Rojas. *Ensayo cubano del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Henríquez Ureña, Pedro. *La utopía de América: La América española y su originalidad*. UNAM, 1978.
- Hofmannsthal, Hugo von. *Carta de Lord Chandos: Seguida de “La herrumbre de los signos” de Claudio Magris*. Alianza Editorial, 2008.
- Huizinga, Johan. *El otoño de la Edad Media*. Alianza Editorial, 1981.
- Imbert, Anderson. “Defensa del ensayo.” *Skirius*, pp. 384-387.
- . *Los domingos del profesor*. Editorial Cultura, 1965
- Kohan, Néstor. “Pensamiento Crítico y el debate por las ciencias sociales en el seno de la Revolución Cubana.” *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*. Buenos Aires, 2006, pp. 389-437.
- La Boétie, Etienne. *El Discurso de la servidumbre voluntaria: Seguido de lecturas del texto de La Boétie por Pierre Leroux; Pierre Clastres y Claude Lefort*. Terramar, 2008.
- . *Discurso de la servidumbre voluntaria: Con estudios de Pierre Clastres, Santi Soler, Simone Weil, Andrée May*. Virus Editorial, 2016.
- Leal, Jiménez, y Orlando Manuel Zayas, editores. *El caso PM. Cine, poder y censura*. Colibrí, 2012.
- Levi-Strauss, Claude. *Todos somos caníbales*. Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Levy, Kurt L., y Keith Ellis, editores. *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica: Memoria del XIV congreso internacional de literatura iberoamericana. 24-28 de agosto de 1969*.

- Universidad de Toronto, 1970.
- Lezama Lima, José. *La cantidad hechizada*. UEAC, 1970
- . *Imagen y posibilidad*. Letras Cubanas, 1992
- Lizaso, Félix. *Ensayistas contemporáneos*. Editorial Trópico, 1938.
- López Lemus, Virgilio. *Palabras del trasfondo: Estudio sobre el coloquialismo cubano*. Letras cubanas, 1988.
- Luis, William. *Lunes de Revolución: Literatura y cultura en los primeros años de la Revolución cubana*. Verbum, 2003.
- Marcuse, Herbert. *El marxismo soviético*. Alianza Editorial, 1974.
- Marichal, Juan. "Montaigne en España." *Nueva revista de filología hispánica*, vol. 7, no. 1/2, Jan. - Jun, 1953, pp. 259-278.
- Martí, José. *Nuestra América*, edición, presentación y notas de Cintio Vitier. Universidad de Guadalajara/Centro de Estudios martianos, 2002.
- Martínez Estrada, Ezequiel. *Heraldos de la verdad: Montaigne. Balzac. Nietzsche*. Nova, 1957.
- . *Mi experiencia cubana*. El Siglo Ilustrado, 1965.
- . "El nuevo mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba." *Cuadernos americanos*, año 22. vol. 127. no. 2, marzo-abril, 1963, pp. 89-122.
- Martínez Heredia, Fernando. *El ejercicio de pensar*. Editorial Ciencias Sociales, 2010.
- Martínez Pérez, Liliana. *Los hijos de Saturno: Intelectuales y revolución en Cuba*. M. A. Porrúa, 2006.
- Marx, Karl. *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Alianza, 2018.
- Maseda, Héctor. "Los trabajos forzados en Cuba." *Encuentro de la cultura cubana*, no. 20, primavera 2001, pp. 224-227.
- Matos, Uber. "Carta de renuncia. Camagüey. Oct. 19, 1959." *Radiotelevisión Martí*, 27 feb. 2014, www.radiotelevisionmarti.com/a/la-carta-de-renuncia-de-huber-matos/32444.html.
- Matthews, Herbert L. "Entrevista a Fidel Castro." *Bohemia*, no. 9, mar. 3 1957, pp. 2-3.
- Mead, Jr., Robert G. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Ediciones de Andrea, 1956.
- Medina, Tristán de Jesús. *Mozart ensayando su réquiem*. Prólogo de Cintio Vitier. Biblioteca

- Nacional José Martí. Colección cubana, 1964
- Montaigne, Michel. *Los ensayos*. Según la edición de 1595 de Marie de Gournay. Prólogo de Antoine Compagnon. Edición y traducción de J. Bayod Brau. Acantilado, 2016.
- Morejón Arnaiz, Idalia, editor. *Naranja Dulce: Edición facsimilar*. 1988-1989, www.incubadorista.files.wordpress.com/2020/09/naranja-dulce-1.pdf.
- Navarro, Desiderio et al. *La política cultural del periodo revolucionario: memoria y reflexión: Ciclo de conferencias organizado por el Centro Teórico-Cultural Criterios*. Centro Teórico-Cultural Criterios, 2008.
- Nietzsche, Friedrich. *La gaya ciencia*. Monte Ávila Editores, 1985.
- Novo, Melisa C. “César Mora. La valentía de los justos.” *El estornudo*, 13 nov. 2020, revistaelestornudo.medium.com/c%C3%A9sar-mora-la-valent%C3%ADa-de-los-justos-fc2dbfeb3
- Nuez, Iván de, editor. *Cuba y el día después: Doce ensayistas nacidos con la revolución imaginan el futuro*. Mondadori, 2001.
- Ortega y Gasset, José. *La deshumanización del arte*. Austral, 1991.
- Oviedo, José Miguel. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Alianza, Madrid, 1991.
- Paz, Octavio. “A propósito del surrealismo.” *Casa de las Américas*, año XXXIV, no. 195, abr.-jun. 1994, pp. 92-94.
- . *El arco y la lira*. Fondo de Cultura Económica, 2003.
- . *Los hijos del limo*. Biblioteca de Bolsillo, 1993.
- . *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. Fondo de Cultura Económica, 1983
- Ponte, Antonio José. “Caso Padilla: el tiro por la culata.” *Diario de Cuba*, 27 abr. 2021, diariodecuba.com/cultura/1619521362_30689.html.
- . *La censura raya tigres*. Boca de Lobo, 2019.
- . *Las comidas profundas*. Éditions Deleatur, 1997.
- . *La lengua suelta*. Renacimiento, 2020.
- . *El libro perdido de los origenistas*. Editorial Aldus, 2002.
- . *Un seguidor de Montaigne mira La Habana*. Vigía, 1995.
- Portuondo, José Antonio. “El ensayo y la crítica en Cuba revolucionaria.” Levy y Ellis, pp. 215-

220.

---. *Estética y Revolución*. Ediciones Unión, 1963.

Prats, Rolando et al. "Paideia. (Proyecto de promoción, crítica e investigación de la cultura y Tercera Opción (una alternativa democrática por la independencia económica, la soberanía política, la justicia social y los derechos del hombre)." *Rialta*, 16 abr. 2021, rialta.org/cubista-magazines-2004-2006/#Cubista_Magazine_n_5_verano_2006.

Prieto, Abel E, editor. Cintio Vitier: *Lo cubano en la poesía*. Edición definitiva. Letras Cubanas, 1998.

Reyes, Alfonso. *Un hijo menor de la palabra: Antología*. Fondo de Cultura Económica, 2015.

---. *Páginas escogidas*. Casa de las Américas, 1978

Rodríguez, Carlos Rafael. *Cuba en el tránsito al socialismo 1959-1963 / Lenin y la cuestión colonial*. Siglo XXI, 1978.

---. "El marxismo y la historia de Cuba." *Historia de Cuba*, Editorial Páginas, 1944, pp. 3-24.

Rodríguez Feo, José. "Los afanes escolares de José Antonio Portuondo." *Orígenes*, año 2, no. 7, Otoño 1945. pp. 38-39.

---. "La dialéctica de José Antonio Portuondo." *Ciclón*, vol. 1, no. 3, mayo 1955, pp. 51-53.

Rodríguez Monegal, Emir. "Relectura de *El arco y la lira*." *Revista Iberoamericana*. vol. XXXVII, no. 74, mzo. 1971. pp. 35-46.

Romero Fernández, Edgar. "La Rectificación de errores en Cuba: Causas e impronta a los 60 años de la Revolución Cubana." *Islas*, no.193, mayo-ago. 2019, pp.178-195.

Rojas, Rafael. *Historia mínima de la Revolución cubana*. Colegio de México, 2015.

---. *Tumbas sin sosiego: Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*. Anagrama, 2006.

Roy Cabrerizo, Joaquín. "Cristóbal Colón, periodista." *Texto crítico*, vol. 6, no. 16-17, 1980, pp.114-134.

Sánchez Mejías, Rolando. "Carta abierta a los escritores cubanos." *Encuentro de la cultura cubana*. no.1, verano de 1996. pp. 90-92.

---. "Reseña: El libro perdido de los origenistas." *El Nuevo Herald*, feb. 2003, www.heraldsublications.com/endigital/#navlink=navbarql.

Sánchez, Nuria Nuiry y Graciela Fernández Mayo, editores. *Pensamiento y política*

cultural cubanos: Antología I. Editorial Pueblo y Educación, 1986.

Sánchez, Yoani. “La prensa oficial cubana aún no ha anunciado la Caída del Muro de Berlín.” 14 y medio, 9 nov. 2020, www.14ymedio.com/blogs/generacion_y/oficial-cubana-anunciado-Muro-Berlin_7_298237136.html.

Santí, Mario. *Bienes del siglo: Sobre cultura cubana*. Fondo de Cultura Económica, 2002.

---, editor. *Fernando Ortiz: Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Cátedra, 2002.

Sieyès, Emmanuel. *¿Qué es el Tercer Estado? Ensayo sobre los privilegios*. Alianza, 2019.

Simón, Pedro. editor. *Recopilación de textos sobre José Lezama Lima*. Casa de las Américas, 1970.

Soler, Santi. “Lectura a triple nivel”, *Discurso*. pp. 131-148.

Skirius, John, editor. *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica, 2004.

Ubieta Gómez, Enrique. *Vivir y pensar en Cuba: 16 ensayistas cubanos nacidos con la Revolución reflexionan sobre el destino de su país*. Centro de Estudios Martianos, 2002.

Valdés Navia, Mario Juan. “Umbral: el minorismo matancero en el contexto de la crisis de la Primera República burguesa.”. *Cuba posible*, 26 sept. 2017, cubaposible.com/socialismo-las-visiones-contrapuestas-dos-minoristas-matanceros-medardo-vitier-fernando-lles/.

Vitier, Cintio. *Ese sol del mundo moral. Para una historia de la eticidad cubana*. Ediciones Unión, 1990.

---. *Lo cubano en la poesía*. Editorial Letras Cubanas, 1998.

Vitier, Medardo. *Del ensayo americano*. Fondo de Cultura Económica, 1945.

---. *Las ideas en Cuba*. Editorial Trópico, 1938.

Vicent, Mauricio. “Castro expulsa del partido a Roberto Robaina, ex ministro de Exteriores.” *El País*, 2 ago. 2002, elpais.com/diario/2002/08/02/internacional/1028239212_850215.html.

Yates, Frances A. *Las últimas obras de Shakespeare: una nueva interpretación*. Fondo de Cultura Económica, 1986.

VITA

Aliuska Molina Placeres, Ciudad de La Habana, 1968. Licenciada en Letras por la Universidad de La Habana, 1991. Master en español por la Universidad de Missouri, 2014.

Sus colaboraciones literarias, casi todas en el género de poesía, pueden encontrarse bajo el seudónimo de Alessandra Molina.

En 1996 publica su primera colección de poemas *Anfiteatro entre los pinos* (Extramuros, 1996). En 1999 la editorial argentina Siesta publicó *Usuras del lenguaje*. En el año 2001 aparece en La Habana, por la Editorial Unión, su libro de poemas *As de triunfo*. Entre los años 2006 y 2007 fue acogida por el programa de becas de la Casa Internacional del Autor, de la ciudad de Graz, Austria. La editorial austriaca Leykan publicó en edición bilingüe su libro de poemas y ensayos *Otras maneras de lo sin hueso/Andere Arten, knochenlos zu sein* (2008). En 2015 publicó *Algodón del sueño, cuchillo de los zapatos*, por ediciones Unión. Una segunda edición de este libro fue publicada en 2017 por la editorial Rialta. Su colección Poesía reunida apareció en 2021, también por Rialta.

Su creación poética ha sido incluida en múltiples antologías, de las que mencionamos: *Island of my hunger. Cuban poetry today* (City Lights Books, San Francisco, 2007). *The whole island: six decades of Cuban poetry. A bilingual anthology*. Editor Mark Weiss. University of California Press, 2009. *Poesia Cubana Contemporânea. Dez Poetas* (Antígona, 2009), *Cuerpo Plural. Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea* (Pre-textos, 2010), y *Otra Cuba secreta. Antología de poetas cubanas del siglo XIX y del XX* (Editorial Verbum, 2011)

En 1999 participó en la Bienal Internacional de Poesía de Bal-de-Marne, París, y en 2007 en el Festival Internacional *Poezijos Pavasaris* de Vilnius, Lituania, y en 2013 en el Festival Internacional de Poesía de Granada, Nicaragua.

Reside en Estados Unidos desde 2003.